



OBRAS ESCOGIDAS

*L. Trotsky*

# *La guerra y la revolución*

*El naufragio de la II Internacional.*

*Los inicios de la III Internacional*

## **León Trotsky**

Edicions internacionals Sedov



**Edicions Internacionals Sedov**  
**Obras Escogidas de León Trotsky en Español**



Valencia, abril de 2023, 2ª edición digital (con nueva versión del capítulo III).  
[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Versión al castellano desde *La guerre et la révolution*, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, en dos tomos. Versión al francés desde el ruso de André Oak. El capítulo III, “La guerra y la Internacional”, reproduce la versión de este opúsculo ofrecida por nuestras OELT-EIS. También señalar que todos los artículos reproducidos en esta obra han aparecido anteriormente en estos últimos años en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

Presentamos la primera traducción y edición digital de esta obra de Trotsky que hasta el momento solo cuenta con la edición impresa en francés de la que traducimos y la primera edición en ruso, impresa en Petersburgo-Moscú por la Editorial Estatal, en 1922-1924 y en dos tomos. Es uno de los dieciocho volúmenes de las *Obras completas de León Trotsky*, una obra que se dejó de producir y editar en la Rusia soviética en 1927. Nosotros os la presentamos en un tomo para facilitar su manejo.

Según el editor francés. “En 1929, para editar su autobiografía *Mi vida* [en estas mismas OELT-EIS: *Mi vida. Autobiografía (con apéndice y anexos)*] Trotsky incluyó en este libro algunos materiales relacionados con los acontecimientos y los políticos del período 1914-1917. Pero los pocos pasajes “utilizados” tienen una forma muy diferente en cada versión.”

Obra de Trotsky indispensablemente complementaria con esta: [1917. El año de la revolución, Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución, Zimmerwald y Kienthal. La lucha contra la guerra imperialista y la degeneración de la Segunda Internacional: el camino de la Tercera Internacional](#) (recopilación de materiales de nuestro sello), las tres editadas en estas mismas obras escogidas.

## Índice

Tomo Primero.....	11
Prefacio .....	12
Introducción .....	14
<i>En Austria-Hungría</i> .....	14
<i>En Suiza</i> .....	15
<i>En París</i> .....	16
<i>Golos</i> [La Voz] y <i>Nache Slovo</i> [Nuestra Palabra] .....	17
<i>Mártov</i> .....	18
<i>Plejánov</i> .....	18
<i>K. Kautsky</i> .....	21
<i>Nache Slovo</i> y <i>Sozial-Demokrat</i> .....	24
<i>Los colaboradores de Nache Slovo</i> .....	25
<i>G. I. Chudnovsky</i> .....	25
<i>El periódico Chernov</i> .....	26
I. De Austria a Suiza.....	28
<i>Los terroristas serbios y los “liberadores” franceses. El estado de ánimo de los vieneses en los primeros días de la guerra</i> .....	28
<i>El estado de ánimo en la socialdemocracia austríaca. Victor Adler. Salida hacia Zúrich</i> 30	

<i>La socialdemocracia suiza. - “Grütli”. - “Eintracht”. Fritz platten. - Mi folleto en alemán</i>	
<i>La guerra y la Internacional. - “Agente del gran estado mayor alemán”</i> .....	32
II. Las primeras semanas de la guerra.....	34
<i>Extractos de mi diario en Suiza</i> .....	34
La guerra y la Internacional .....	47
<i>Introducción</i> .....	47
<i>I. La cuestión balcánica</i> .....	52
<i>II. Austria-Hungría</i> .....	57
<i>IV. La guerra contra occidente</i> .....	66
<i>V. La guerra defensiva</i> .....	70
<i>VI. La quiebra de la Internacional</i> .....	82
<i>VII. La era evolucionaria</i> .....	93
IV. La guerra en la política.....	99
<i>Mi llegada a Francia. - París. - Viviani. Joffre. - Briand. - Clemenceau</i> .....	99
<i>Imperialismo e idea nacional</i> .....	100
<i>En los Balcanes</i> .....	101
<i>Secretos de guerra y misterios políticos</i> .....	103
<i>Gallieni</i> .....	105
<i>La esencia de la crisis</i> .....	106
<i>Sin un programa, sin perspectiva, sin control</i> .....	107
<i>¡Todavía hay censura en París!</i> .....	108
<i>De la guerra del desgaste a la guerra de movimientos</i> .....	108
<i>La simetría no es perfecta</i> .....	110
<i>Al otro lado de los Vosgos</i> .....	111
<i>¡Clemencia!</i> .....	112
<i>Recuento en Dublín</i> .....	113
<i>El malestar</i> .....	115
<i>La clave de la situación</i> .....	116
<i>En torno al principio de las nacionalidades</i> .....	117
<i>El destino de la idea</i> .....	118
<i>Vandervelde, Nache Slovo y Vorwärts</i> .....	120
<i>Argumentos sólidos</i> .....	120
<i>Comentarios de un lector</i> .....	123
El honorable europeo desorientado .....	123
El aumento de los poderes de Albert Thomas.....	123
“¡Pensaremos en vosotras!” .....	123
¡Inconcebible! .....	124
Llamamiento a Prisión.....	124
79 Rue de Grenelle .....	124
“Narodnaia Mysl” .....	125

Plejánov juzgando a Jvostov .....	125
Cervantes y Swift .....	125
“La ley de la mecánica” .....	126
Dos grandezas... la tercera aparte... ..	127
¿Por qué no hemos mencionado a Plejánov? .....	127
El nuevo régimen de censura .....	128
V. Ecos de Rusia.....	129
¿Qué pasa con la democracia? .....	129
<i>Los monárquicos de Petrogrado y la República Francesa</i> .....	131
<i>¡Hagan juego, señores!</i> .....	132
<i>¡El primer paso ya está dado!</i> .....	132
<i>La política de “retaguardia”</i> .....	133
<i>La Asamblea del desconcierto y la impotencia</i> .....	134
<i>Catástrofe militar y perspectivas políticas</i> .....	136
1. Las causas de la crisis .....	136
2. Derrotas y Revolución .....	138
3. Las fuerzas sociales de la Revolución Rusa.....	140
4. ¿Actualidad nacional o internacional? .....	142
<i>Por turnos</i> .....	143
“ <i>¡Hasta el fin!</i> ” .....	144
<i>El papirotazo irónico de la historia</i> .....	145
<i>Lo increíble. Reflexiones del Primero de Mayo</i> .....	147
<i>¡Lo patriótico!</i> .....	149
<i>Decepción e inquietud</i> .....	150
<i>Las lecciones de la última sesión de la дума</i> .....	152
<i>Comparemos con Makarov</i> .....	153
<i>Dos telegramas</i> .....	154
“ <i>La lucha por el poder</i> ” .....	155
<i>Las impresiones y generalizaciones de Miliukov (zimmerwaldianos y longuetistas)</i> .....	156
1.- Victoria y libertad .....	156
2.- Zimmerwaldianos y longuetistas.....	158
“ <i>Sombras</i> ” de la patria .....	159
<i>¡Una brecha!</i> .....	160
VI. Sobre la teoría del socialpatriotismo.....	163
<i>Un triste documento: Plejánov y su folleto Sobre la guerra</i> .....	163
<i>La respuesta de Kautsky a Plejánov</i> .....	164
<i>Evaluación no crítica de una época crítica (La leyenda de la “lucha por la democracia”)</i> .....	168
1.- Debilidad o fuerza: ¿quién no tiene confianza en sí mismo?.....	168
2.- La leyenda de “la lucha por la democracia” .....	169

¡Ni subjetivismo ni fatalismo!.....	170
<i>Las babilonias del pensamiento patriótico (Plejánov y el kantismo)</i> .....	173
<i>Su literatura</i> .....	179
“Autodefensa”.....	180
1.- “Será necesario” .....	180
2.- El aprendizaje del patriotismo.....	183
<i>Juicio de K. Kautsky sobre la Internacional</i> .....	185
<i>Estrategia y política socialistas</i> .....	188
“La garantía de la paz”– <i>Las características del pacifismo – La resolución de Kienthal sobre el pacifismo</i> .....	190
Tomo Segundo.....	194
Introducción .....	195
<i>Entre los franceses</i> .....	195
<i>Karl Liebknecht. - Hugo Haase</i> .....	196
<i>Después de Zimmerwald</i> .....	197
<i>Expulsión</i> .....	198
<i>A través de España</i> .....	199
<i>En Nueva York</i> .....	200
<i>Novy Mir</i> .....	200
<i>Ecos de la revolución</i> .....	201
<i>El retorno</i> .....	202
VII. Zimmerwald.....	204
<i>Sí, ¡la conferencia de Zimmerwald se ha celebrado!</i> .....	204
<i>Principales datos fácticos sobre la Conferencia de Zimmerwald</i> .....	205
<i>P. Grimm y O. Morgari</i> .....	207
<i>C. Rakovsky y B. Kolarov</i> .....	210
<i>Lebedour y Hoffmann</i> .....	211
<i>Kautsky, Bernstein y Haase</i> .....	213
<i>Las actividades de la izquierda en Alemania</i> .....	215
<i>Los trabajos de la Conferencia [de Zimmerwald]</i> .....	216
<i>Manifiesto de Zimmerwald</i> .....	221
<i>Conclusiones</i> .....	224
<i>Ecos de Zimmerwald</i> .....	226
Respuesta a Axelrod.....	226
Los austríacos en Zimmerwald .....	227
VIII. Etapas .....	229
<i>¿Es cierto?</i> .....	229
<i>Hacia el número 100 de Golos</i> .....	229
<i>¡Hasta el fin!</i> .....	230
<i>Primero de Mayo (1890-1915)</i> .....	231

<i>Dobrogeanu-Gherea</i> .....	234
<i>Problemas y métodos de nuestra lucha</i> .....	235
Declive y renacimiento de las antiguas agrupaciones del socialismo .....	235
Las nuevas agrupaciones en el socialismo.....	237
División y unidad .....	239
<i>Un año de guerra</i> .....	242
<i>La socialdemocracia búlgara y la guerra</i> .....	245
<i>Segundo Año Nuevo</i> .....	247
<i>Primero de mayo (1916)</i> .....	248
<i>En la lucha por la III Internacional</i> .....	250
<i>El aniversario de Nache Slovo</i> .....	252
<i>Fechas</i> .....	254
<i>Dos años. Europa entra en su tercer año de guerra</i> .....	256
<i>Conferencia de los neutrales... conferencia de las sombras</i> .....	256
IX. Socialpatriotismo ruso .....	259
<i>Axelrod y el socialpatriotismo</i> .....	259
<i>Intervenciones comunes con los socialpatriotas (Sobre la “carta de MártoV”)</i> .....	260
<i>La colaboración con los socialpatriotas (Respuesta a MártoV)</i> .....	263
<i>Hay que sacar todas las conclusiones. Sobre las elecciones obreras en los comités de industria de guerra</i> .....	265
<i>Hechos y conclusiones (Otra vez sobre las elecciones de Petrogrado)</i> .....	268
<i>Esquirols políticos (Nuevas “elecciones” al comité de industria de guerra)</i> .....	270
<i>¿Zimmerwaldianos o gvosdievanos?</i> .....	271
<i>El socialpatriotismo en Rusia</i> .....	273
Su “victoria”.....	273
Las “industrias de guerra” de la socialdemocracia y sus agrupaciones .....	277
Clases y partido, masas y dirigentes.....	279
Es esencial aislar al estado mayor socialpatriota.....	281
<i>La lógica de una mala posición (Respuesta a L. MártoV)</i> .....	283
<i>La fracción socialdemócrata de la дума. Política revolucionaria y política pasiva de esperar a ver qué pasa</i> .....	285
<i>Sin pivote</i> .....	286
<i>Argumento en forma de coz</i> .....	288
<i>Divergencia fundamental</i> .....	289
Las bases políticas del “internacionalismo” de la industria de guerra. Dos líneas de táctica que se excluyen mutuamente .....	289
Dos líneas de táctica que se excluyen mutuamente.....	290
<i>Dos caras</i> .....	292
<i>Los agrupamientos en la socialdemocracia rusa</i> .....	293
<i>El viaje del diputado Chjeidze</i> .....	295

<i>Más sobre el viaje del diputado Chjeidze</i> .....	297
X. La crisis del socialismo francés .....	299
<i>Se va una época [Bebel, Juarès y Vaillant]</i> .....	299
<i>Nuestro concurso</i> .....	302
<i>Maniobras de los longuetistas</i> .....	303
<i>La declaración propuesta al Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales</i> .....	304
<i>En el Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales</i> .....	305
<i>¿Cómo combatir al longuetismo?</i> .....	306
<i>Los socialpatriotas franceses y alemanes</i> .....	308
<i>¿Cuál es la realidad de la oposición longuetista?</i> .....	308
<i>Longuetismo y “mayoría” alemana</i> .....	310
<i>La crisis del socialismo francés</i> .....	313
XI. En la socialdemocracia alemana.....	317
<i>Todavía hay socialdemócratas</i> .....	317
<i>Son de otra pasta</i> .....	318
<i>“Izquierda” y “centro” en la socialdemocracia alemana</i> .....	320
<i>Sin escala de medida</i> .....	321
<i>Los agrupamientos en la socialdemocracia alemana</i> .....	323
<i>La declaración de los veinte</i> .....	324
<i>Hacia el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata</i> .....	326
<i>Imperialismo y socialismo</i> .....	328
<i>El aliado no siempre tiene la misma idea</i> .....	329
<i>El futuro de los espartaquistas</i> .....	331
<i>¿Por la república o por el socialismo?</i> .....	332
<i>Observaciones sobre el artículo anterior</i> .....	333
XII. En la socialdemocracia austríaca.....	335
<i>Una política de impotencia, espera y declive</i> .....	335
<i>La época del “espíritu colectivo”</i> .....	336
<i>De los dos, ¿cuál es el mejor?</i> .....	339
<i>Friedrich Adler</i> .....	340
<i>Post scriptum</i> .....	342
XIII. La persecución contra Rakovsky .....	344
<i>Una bajeza contra Rakovsky</i> .....	344
<i>¡A los calumniadores!</i> .....	345
<i>Comentarios sobre el telegrama de Rakovsky del Primero de Mayo</i> .....	346
<i>Rakovsky juzga a los socialpatriotas rusos</i> .....	347
<i>Rakovsky y el gobierno rumano</i> .....	349
XIV. En un mundo de vileza y desesperación.....	351
<i>¡Los tiempos actuales son así!</i> .....	351

<i>Somos rojos... seguiremos siéndolo</i> .....	352
<i>Milagros con los que los sabios jamás habían soñado</i> .....	354
<i>Historia con moraleja</i> .....	356
<i>Prisiv y su Alexinsky</i> .....	357
<i>Alexinsky y su Prisiv</i> .....	358
<i>Un canalla</i> .....	358
XV. Expulsado de Francia.....	360
<i>El zarismo en tierra republicana</i> .....	360
<i>Carta a Jules Guesde</i> .....	364
XVI. A través de España.....	369
<i>Impresiones españolas</i> .....	369
<i>Las sugerencias de los “jefes”. Las revelaciones de los “agentes”</i> .....	372
XVII. En los EEUU.....	374
<i>¡Viva la lucha!</i> .....	374
<i>Bajo la bandera de la revolución social (Discurso pronunciado en la reunión internacional de “bienvenida”, Nueva York, 25 de enero de 1917)</i> .....	375
<i>Repetición del pasado</i> .....	378
<i>El gran compromiso (A propósito de la resolución del mitin de Carnegie-Hall)</i> .....	380
<i>Hay que escoger el camino</i> .....	381
<i>¿Qué significa la guerra para Norteamérica?</i> .....	383
<i>La constitución de los borregos. La conferencia de Gompers y compañía</i> .....	384
<i>El censo revolucionario de Hillquit (Carta a la redacción de N. Y. Volkszeitung)</i> .....	386
<i>Es mejor dejar en paz a Clara Zetkin</i> .....	387
<i>Y a pesar de todo os referís en vano a Clara Zetkin</i> .....	387
<i>Respuestas a las preguntas de los lectores</i> .....	388
Sobre la Cruz Roja.....	388
Sobre Plejánov.....	389
<i>¡Preparad al soldado de la revolución!</i> .....	390
<i>Nada en común con Vorwärts</i> .....	390
<i>No es cierto</i> .....	391
<i>La depuración es indispensable (El papel de Vorwärts en el movimiento obrero judío)</i> .....	391
<i>Kagan, intérprete de la revolución rusa ante los trabajadores de Nueva York</i> .....	392
<i>Guerra y revolución</i> .....	392
<i>El pacifismo, cipayo del imperialismo</i> .....	393
<i>El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano</i> .....	398
En la escuela de la guerra.....	398
<i>¿Qué decía la Internacional sobre la defensa de la patria?</i> .....	399
Dos campos beligerantes.....	401
Poca calma en Europa.....	402
Bajo la bandera de la Comuna.....	403



<i>Ecoss neoyorquinos sobre los acontecimientos en Rusia</i> .....	405
Lecciones de un gran día (9 de enero de 1905-9 de enero de 1917) .....	405
Se vuelve a abrir la Duma.....	407
En el umbral de la revolución .....	408
La revolución en Rusia .....	409
Dos rostros (Las fuerzas internas de la revolución rusa) .....	410
El conflicto en aumento (Las fuerzas internas de la revolución) .....	412
¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución) .....	413
<i>Contra quién y cómo defender la revolución</i> .....	415
<i>1905-1907. Los problemas prioritarios de la revolución</i> .....	417
XVIII. En las prisiones de Lloyd George.....	421
<i>Explicaciones indispensables</i> .....	421
<i>Carta al Señor Ministro de Asuntos Exteriores de la República Rusa</i> .....	423
XIX. Programa de paz.....	428
I <i>¿Qué es el programa de paz?</i> .....	430
II <i>“Status quo ante bellum”</i> .....	432
III <i>El derecho a la autodeterminación</i> .....	434
IV <i>Los Estados Unidos de Europa</i> .....	435
<i>Epílogo de 1922</i> .....	439

A la memoria  
de  
Moses Solomonovich Uritsky

Uritsky entabló amistad con Trotsky en Siberia. Se convirtió en el corresponsal de *Nache Slovo* en Escandinavia, desde donde aseguraba las relaciones con Rusia durante la guerra. En la revolución fue uno de sus dirigentes en Leningrado. Cayó abatido por una socialista-revolucionaria. Nota del traductor al francés.

# *La guerra y la revolución*

*El naufragio de la II  
Internacional.*

*Los inicios de la III  
Internacional*

**Tomo Primero**

## Prefacio

Ha surgido toda una generación cuya juventud política estuvo marcada por la revolución de octubre o los comienzos de la Tercera Internacional. Para esta generación, especialmente en Rusia, la Segunda Internacional representa un fenómeno bastante penoso. La juventud revolucionaria siempre ha considerado a los mencheviques y a los SR como enemigos de clase, siempre al otro lado de la barricada, de la trinchera. No vivió el momento histórico de un pasado reciente, no sólo hasta la guerra imperialista, sino durante esa misma guerra, cuando en el seno mismo de la II Internacional, que vergonzosamente y sin honor se dobló ante el imperialismo, se inició el proceso interno que llevó al cisma y a la creación de la Internacional Comunista.

Hoy en día hay una generación aún más joven que, sin experiencia de guerra civil, no puede concebir el papel desempeñado por los mencheviques y los “*eseristas*”. No en vano estos mismos mencheviques confían en la virginidad política de los jóvenes para darse una nueva vida en forma de organización juvenil. Piensan que los hechos han puesto fin definitivamente al pasado, y quieren conseguir una amplia audiencia entre los jóvenes.

No hay duda de que la consigna de un “*Frente Unido de todos los trabajadores*” les parece, bajo estas circunstancias, que tiene que encontrar una cierta resonancia. Si es posible un frente unido con Scheidemann y Vandervelde, ¿por qué no con Márto y Chernov? ¿En qué sentido es posible este frente unido con Scheidemann? Y, antes que nada, ¿quién es Scheidemann? ¿Y quién es Vandervelde? Los jóvenes comunistas (que primero se enfrentaron con la Segunda Internacional en la persona del social-revolucionario Kerensky y el menchevique Tseretelli, cuando desarmaron a los proletarios en Petersburgo y encarcelaron a miles de obreros, deteniéndolos por ser supuestamente espías alemanes, o más tarde, cuando los mismos mencheviques y la SR, como organizadores, oradores, terroristas, agitadores, administradores y ministros de Noullans, Kolchak, Denikin, Yudénich, Miller, masacraron a los obreros y campesinos rusos en nombre bajo las banderas de la Entente), estos jóvenes comunistas ya están informados sobre los partidos mencionados, pero todavía no los conocen perfectamente. Los líderes de la socialdemocracia internacional, incluyendo a nuestros “*SR*” y mencheviques, habían jurado en el Congreso de Basilea, apenas un año y medio antes de la Guerra Mundial, responder a la apertura de las hostilidades con la revolución proletaria. El oportunista pequeñoburgués es capaz de cualquier giro. Juega a menudo con los colores de la revolución, pero en momentos decisivos de la historia “*se aplana*”. Los representantes cualificados de la generación más joven deben ser conscientes del pasado reciente. Se les debe enseñar, de la manera más concreta posible, a través de cuadros expresivos de la vida política, a través de figuras humanas, cómo fue el período preparatorio para la revolución de octubre y el nacimiento de la Tercera Internacional.

La historia de ese período (pensamos en la historia de las clases trabajadoras y sus agrupamientos políticos) todavía no se ha escrito y no se escribirá pronto. Este pasado muy reciente debe ser estudiado utilizando materias primas como recuerdos, documentos, discursos y artículos. La comprensión de estas partes del pasado es tanto más fácil cuanto que los acontecimientos actuales, incluso demasiado directamente, son el resultado de los acontecimientos de ayer.

Este libro pretende demostrar lo que hemos dicho, aunque de forma limitada, ofreciendo a los jóvenes un estudio de este pasado tan reciente. Durante la guerra, el autor tuvo la ventaja, como emigrante, como observador y también como participante, de poder penetrar incluso dentro de varios partidos socialistas europeos y norteamericanos. Aquí encontraremos, reunidos, los frutos de estos trabajos, nacidos de esta participación y relacionadas con el tema central: la guerra y la Internacional.

La idea de este libro nació a principios de 1919. Pero hasta ahora no he podido reunir los elementos necesarios para su composición.

Entonces había escrito una introducción explicativa. Ésta, escrito en marzo de 1920, está definitivamente terminada.

L. TROTSKY  
Moscú, 24 de abril de 1922

## Introducción

En este libro se recogen documentos relacionados con la lucha política que tuvo lugar durante la gran guerra imperialista. Todos estos acontecimientos que se presentan aquí distan mucho de tener el mismo interés.

### *En Austria-Hungría*

La guerra me encontró en Viena. De ahí comenzó la señal de la primera guerra mundial, tras el asesinato del Archiduque por jóvenes terroristas serbios. La vida interior de esta nación, ya desgarrada por la disidencia interna que la hacía parecer una gigantesca casa de locos, se agudizó en 1914. Allí se destruyeron las esperanzas y todas las ventajas adquiridas en 1906 gracias a la primera revolución rusa. Había aclarado decisivamente las contradicciones de clase y rechazado la “repugnante” lucha nacionalista, con su miasma de chovinismo. Después de todo, cada derecho ganado, como todo régimen democrático, no es en sí mismo un remedio, sino que pone de relieve las heridas de toda sociedad. Para limpiar la vida política, habría sido necesario tener un partido revolucionario capaz de reunir a los proletarios de todas las nacionalidades y oponerse al creciente imperialismo. Pero esto no sucedió. La adquisición del derecho de voto coincidió con la retirada de la oleada revolucionaria rusa y dio una ventaja decisiva a los elementos oportunistas del socialismo en Austria-Hungría. La caza de los mandatos en un país con múltiples nacionalidades propicia el surgimiento del oportunismo provincial y nacionalista. La socialdemocracia “realista”, es decir, reformista y adaptable, se abrió camino gracias al chovinismo, pero al hacerlo, acentuó la caída del proletariado. Como resultado, había una atmósfera de profunda desesperación en Austria-Hungría que no existía en Rusia a pesar de la naturaleza incomparablemente más horrible del despotismo ruso.

La guerra se mostró como una salida al impasse del imperialismo austrohúngaro, que esperaba efectuar la soldadura total de la monarquía con la llama del incendio mundial. Lo mismo ocurrió con el pequeño burgués chovinista que, al tener que resistir la competencia del comercio internacional, buscó su salvación donde menos se puede encontrar. Lo mismo se aplica a la socialdemocracia austrohúngara.

Su jefe, prudente y evasivo, oportunista pero hábil y perspicaz, dentro de los límites del oportunismo, Victor Adler, renunció por completo a las riendas y cedió el primer lugar (a medias voluntariamente, a medias en contra de su voluntad) a los Austerlitz, Renner, Zeiss y otros burgueses a los que la Segunda Internacional permitió, y aún permite, llamarse “socialistas”. Todos respiraron aliviados. Recuerdo cómo Hans Deutsch (actualmente, al parecer, un amigo del ministro de guerra) habló abiertamente sobre la inevitable guerra “salvadora”, que debía liberar definitivamente a Austria de el “callejón sin salida” de Serbia. La decadencia de los círculos dirigentes socialdemócratas se reveló repentinamente en todo su horror.

El sentimiento de vergüenza por el partido y de aversión hacia los “falsos marxistas” (que sólo esperaban el momento oportuno para traicionar abiertamente), este sentimiento había conservado en aquel momento toda su frescura, ¡y la desilusión era aún

más dolorosa! Me vi obligado a abandonar Viena, donde había pasado siete años de mi vida como emigrante. Cuando llegué en 1907, firmé un compromiso de permanecer dentro de los límites del territorio de la monarquía “bis auf Widerruf” (hasta la cláusula contradictoria), es decir, ¡hasta el momento en que fui expulsado! ¡Lo que, en principio, no podría suceder sin mi acuerdo! El colorido grupo de expulsados rusos, conducidos por agentes de policía austriacos, se dirigió a Suiza el 3 o 4 de agosto de 1914 (nuevo estilo).

### *En Suiza*

En Suiza, empezamos a medir la magnitud del choque que iba a ocurrir, golpeando así a toda la organización socialista internacional e, inmediatamente, buscamos caminos de salvación. La pequeña nación neutral, estrechada entre tres de los principales beligerantes (un cuarto sólo se preparaba para la lucha: Italia), se había convertido en una arena política en la que los marxistas rusos, de vez en cuando, podían tener una visión de los acontecimientos que se estaban produciendo. En cuanto a mí, sentí la necesidad de estar al tanto de lo que estaba sucediendo en el mundo. Esto me obligó a llevar un diario, una forma de literatura que nunca había usado antes. Esta experiencia sólo la repetí una vez, en una prisión española después de mi expulsión. Sin embargo, cuando después de dos o tres semanas, los periódicos socialistas alemanes y franceses recibidos en Zúrich dieron una imagen clara de la inmensa catástrofe política y moral del socialismo, la forma de mi diario cambió. Se convirtió en un panfleto crítico y político. ¡El marxismo no podía dejarse llevar al desánimo ante el aterrador rostro de los acontecimientos! El marxismo tenía que demostrar que, sólo derrotando políticamente y rechazando las superestructuras de la II Internacional, el proletariado podría abrirse camino hacia el desarrollo revolucionario. Este proceso cruel, pero salvador, sólo pudo ser acelerado por los horrores y el salvajismo de la guerra. Escribí un folleto *La guerra y la Internacional*<sup>1</sup>, que se publicó en Zúrich en noviembre de 1914 y que, gracias a la colaboración de Fritz Platten, tuvo una amplia difusión en Suiza, Alemania y Austria.

Destinado a los países de habla alemana y publicado en alemán, el folleto atacaba en primera línea a la socialdemocracia alemana, el partido líder de la Segunda Internacional. Por supuesto... se señaló que... los franceses, habiendo decapitado a su rey, vivían muy bien en la república. Al analizar el despreciable servilismo de la ideología bélica alemana, el folleto no deja lugar a dudas de que, ante una nueva contradicción de la historia, el imperialismo y el socialismo (en guerra con sus consignas, programas y antagonismos) representan ambos una reacción armada que debe ser aplastada y rechazada del camino de la historia. Dada la forma en que se ha redactado, el folleto ha recibido la acogida que cabe esperar de la prensa socialpatriótica. Recuerdo al líder de los periodistas chovinistas Heilemann, declarando abiertamente que el trabajo era de un loco, pero consecuente consigo mismo en su propia locura. Por supuesto, no faltaron los comentarios que afirmaban que el folleto estaba inspirado en un patriotismo secreto y que resultó ser un arma de propaganda aliada. El tribunal alemán declaró el libro irreverente hacia los Hohenzollern y condenó al autor, en rebeldía, a unos pocos meses de prisión. No tengo ni idea de si la república de Ebert tendrá en cuenta esta condena...

Recibí una invitación del periódico *Kievckaya Mysl* para ir a Francia como corresponsal de guerra. A lo largo de mi estancia en el extranjero, he mantenido vínculos con el equipo de redacción de este periódico. Se le conocía, en los círculos revolucionarios internacionales en general y en Kiev en particular, por su radicalismo no confesado claramente con un “punto” de marxismo. Como la “intelligentsia” de Kiev está

---

<sup>1</sup> En esta misma obra, en página 47 y siguientes, o *La guerra y la Internacional*, en estas mismas Obras Escogidas de León Trotsky (OLT-EIS).

compuesta de terratenientes y hay poca industria, la lucha de clases no alcanza el grado observado en Petrogrado ni en los otros centros del movimiento obrero. La presión política del poder, basada en la del nacionalismo, obligó a la oposición burguesa a adornarse con el matiz del radicalismo. Esto explica la línea seguida por la redacción, que, al no identificarse ni con la socialdemocracia ni con la clase obrera, concedió un lugar importante a los colaboradores marxistas y les permitió explicar los acontecimientos, especialmente los del extranjero, desde su punto de vista revolucionario. Durante la guerra de los Balcanes, cuando la mentalidad imperialista aún no se había apoderado de los círculos de la pequeña burguesía, tuve la oportunidad, en las columnas de este mismo periódico, de dirigir una lucha abierta contra el engaño y los crímenes de los diplomáticos aliados en los Balcanes y también contra el imperialismo “neoslavo”. Sobre esta base, la oposición de los “kadetes” [Demócratas Constitucionales] había establecido una alianza con la monarquía. Acepté la propuesta tanto más cuanto que me dio la oportunidad de acercarme a la vida política francesa en estos tiempos críticos. Después de algunas vacilaciones, el periódico, cediendo a la presión de la opinión burguesa y a las autoridades de sus colaboradores socialpatrióticos, se entregó por completo al patriotismo, esforzándose por mantener sólo “una pizca de honor”.

### *En París*

El partido socialista francés se encontraba totalmente desmoralizado. Jaurès había sido asesinado en vísperas de la guerra. Vaillant, antiguo antimilitarista, se había convertido a la tradición patriótica de Blanqui desde los primeros días de la ofensiva alemana y, cada día, redactaba a cuenta del órgano central del partido, *l'Humanité*, artículos prestados del chovinismo más desenfundado. Jules Guesde, el líder del ala marxista, habiéndose agotado en una abrumadora lucha contra los fetiches de la democracia, y siguiendo el ejemplo de su amigo Plejánov, demostró ser únicamente capaz de sacrificar en el ara del sacrificio de “la defensa nacional” lo que quedaba de sus pensamientos políticos y de su autoridad moral. El superficial periodista Marcel Sembat secundaba a Guesde en el gobierno Briand. Pierre Renaudel, apareciendo a plena luz tras haber actuado en las sombras y gran maestro de las pequeñas causas, devino jefe del partido en el lugar de Jaurès, del que, a costa de agotadores esfuerzos, intentaba imitar la gesticulación y las explosiones de voz. Longuet tomó partido a favor de Renaudel, pero con ciertas reservas. El sindicalismo oficial estaba representado por el presidente de la CGT, M. Jouhaux que, renegando de sus ideas, emprendió el mismo camino. Hervé (el autosatisfecho, bufón pseudorrevolucionario y ex antimilitarista encarnizado), le dio la vuelta a la chaqueta y siguió el mismo camino también. Diversos miembros separados de la oposición estaban diseminados por aquí y por allá, pero, por decirlo así, no presentaban ningún signo de vida. ¡Ninguna perspectiva de un futuro mejor!

Entre los emigrantes rusos residentes en París, particularmente entre los miembros de la intelectualidad socialista revolucionaria, el patriotismo se abría en flores dobles. Cuando París se encontró, precisamente, amenazada, un importante número de esos emigrados se alistaron en el ejército francés. Los otros asaltaban a los parlamentarios y a la prensa burguesa, demostrando por todos los medios que no eran simples emigrados, sino sinceros aliados. Los elementos proletarios, por el contrario, estaban desorientados e indecisos. Muchos de los que habían tenido la oportunidad de fundar una familia francesa, cedían a la corriente patriótica. Pero la mayoría resistían y se esforzaban en comprender dónde estaba el buen camino.



### ***Golos* [La Voz] y *Nache Slovo* [Nuestra Palabra]<sup>2</sup>**

En estas circunstancias, dos emigrantes rusos relativamente desconocidos fundaron un modesto diario en ruso. Este órgano tenía que resolver el siguiente problema: informar a los miles de proletarios abandonados por sus países y, al mismo tiempo, mantener su creciente interés en los gigantescos acontecimientos cotidianos.

El periódico intentó (y ese era su objetivo) iluminar estos acontecimientos a la luz del socialismo internacional y no dejar que el espíritu de solidaridad entre los pueblos se extinguiera. Los nombres de estos dos iniciadores, estos dos organizadores y trabajadores incansables, ganaron gran fama durante la revolución. Antónov-Ovseienko, actualmente comandante en Ucrania y Manuilsky (Bezrobotny), miembro de la delegación soviética en Ucrania. Eran publicistas sinceros, dotados de lirismo, pero en diferentes grados: Manuilsky era más analítico, el segundo más patético, pero ambos estaban ardientemente dedicados a su tarea. Manuilsky enfermó, tuvo tuberculosis pulmonar y fue enviado a Suiza para recibir tratamiento, y más tarde participó en el movimiento desde allí. El periódico entonces descansaba enteramente sobre los hombros de Antónov. Y esto no es sólo una figura retórica: no sólo escribía artículos, escribía la columna diaria sobre la guerra, traducía telegramas y hacía correcciones, sino que también llevaba sobre sus hombros fajos enteros de ediciones recién impresas. A esto hay que añadir el hecho de que organizó conciertos, espectáculos, fiestas para el periódico y aceptó todo tipo de donaciones para una lotería. El periódico salió con dificultades técnicas y materiales cada vez mayores. Antes de que saliera el primer número, quedaban treinta francos en la caja. Cualquiera con sentido común habría pensado que era imposible publicar un periódico revolucionario diario en las condiciones impuestas por la guerra, el chovinismo rabioso y la censura maliciosa. Esta publicación tenía tanto más mérito por aparecer, con breves interrupciones, ya que siguió existiendo, con un nombre diferente, hasta la revolución rusa, es decir, durante dos años y medio.

Después de que los ejércitos alemanes habían sido contenidos en el Marne, la guerra se volvió cada vez más cruel y despiadada. No tuvo en cuenta ni a las víctimas ni los enormes gastos que requería: ¡miles de millones! ¡*Nache Slovo*, que había declarado la guerra al monstruo imperialista, reportó en sus cuentas sumas de diez francos! ¡Una vez a la semana, al menos, parecía que el periódico no podría sobrevivir a las exigencias financieras! ¡No hay salida! ¡Y, sin embargo, siempre hubo una! Los tipógrafos dejaban de comer. ¡Antónov andaba con zapatos agujereados! ¡y de nuevo se cumplía el milagro!, el siguiente número salía. La fuente principal de recursos eran las fiestas organizadas por el periódico. Para hundirnos, la prefectura prohibió los conciertos. ¡Las donaciones aumentaron! El conocido personaje moscovita Chajov, simpatizante de la “idea”, que se encontraba en París, nos envió inesperadamente la suma de 1.100 francos acompañada de una palabra: “contra la arbitrariedad”. Resultó que había preguntado por el tamaño de la cantidad máxima de dinero recaudado en una noche y nos hizo una donación igual.

Apenas llegué a París, encontré el periódico en su segundo mes de existencia. Uno de los colaboradores más activos en esta primera época era Márto, que privó al periódico de la objetividad indispensable. Márto seguía esperando revivir el partido con la ayuda del socialpatriotismo, mientras que el ala izquierda estaba convencida de la bancarrota total de la II Internacional y de la absoluta necesidad de formar la combativa Unión combatiente de los socialistas revolucionarios. En otras palabras, el periódico era, al principio, el órgano de un bloque provisional compuesto por miembros de la actual centroizquierda (¡Internacional II y ½!) y por comunistas actuales. El bloque pronto llegó

---

<sup>2</sup> *Golos* fue prohibida en la segunda quincena de enero por orden del gobierno francés, pero el 29 reapareció bajo el título de *Nache Slovo*.

a una feroz controversia interna y luego a una ruptura total. Poco después de Zimmerwald, Mártoov rompió con *Nache Slovo*.

### **Mártoov**

Sin la menor duda, Mártoov se muestra como una de las figuras más trágicas del movimiento revolucionario. Escritor dotado, político inventivo, espíritu penetrante, pasado por la escuela marxista, Mártoov permanecerá en la historia de la revolución obrera como un “gran negativo”. Carente de carácter, su agudeza no está acompañada por la suficiente voluntad. El marxismo es un método de análisis objetivo y, al mismo tiempo, la vanguardia de la “acción” revolucionaria. Exige un perfecto equilibrio entre el pensamiento y la voluntad, alía la “energía física” con la disciplina de la voluntad mediante los razonamientos dialécticos, subjetiva y objetivamente. Mártoov ejerce todo su poder de análisis para emprender la línea de menor resistencia. Dudo que haya existido jamás un político socialista que haya sabido explotar el marxismo con tanto talento para justiciar sus propias evasiones y traiciones a la doctrina. Bajo este aspecto, Mártoov puede ser considerado como un virtuoso. Otros más instruidos que él, como Hilferding, Bayer, Renner e incluso [Kautsky](#), no eran más que aprendices comparados con Mártoov en el plano de la falsificación política del marxismo, es decir, como representantes de la pasividad y el espíritu de capitulación como las formas supremas de la implacable lucha de clases. Sin la menor duda, Mártoov posee el instinto revolucionario. Su primera reacción ante grandes acontecimientos era la de un revolucionario. Pero tras cada reacción de este tipo, su pensamiento no se apoyaba en el resorte de la voluntad, se apagaba y degradaba. A principios de siglo ese proceso ya se podría haber observado... en los signos precursores del oleaje revolucionario (ver el diario *Iskra*), después, a principios de la guerra imperialista y también a principios de la revolución de 1917. ¡Pero en vano! Su facultad de invención y la flexibilidad de su espíritu le permitían sortear las dificultades creadas por las nuevas cuestiones a resolver. Incluso sacaba de ellas argumentos para defender lo “indefendible”. La dialéctica se convertía en él en la casuística más refinada. Esta extraordinaria facultad para poseer al mismo tiempo una voluntad sin voluntad y terquedad en la indecisión le permitió durante años mantenerse en posiciones contradictorias y sin aparente salida. Se equivocó en cada una de las ocasiones de tomar una posición histórica y despertar esperanzas. Y, cada una de esas veces, ¡se deslizaba por la pendiente! Para concluir, se convirtió en el más fino, en el más agudo, político de esa intelectualidad pequeñoburguesa a medias idiota, cobarde y despreciable. El hecho de que él mismo no se apercibiese, de que, por tanto, no comprendiese esa caída, muestra hasta qué punto el mosaico de su espíritu se ha reído cruelmente de él. En la época de los problemas y las posibilidades gigantescas, Mártoov se encuentra crucificado entre Longuet y Chernov. ¡Basta con citar estos dos nombres para medir la caída ideológica y política de este hombre al que le fue dado mucho más que a tantos otros!

### **Plejánov<sup>3</sup>**

La guerra, al poner fin a toda una era de socialismo, puso a los dirigentes de esa época en el balance y los evaluó definitivamente. Sin piedad, ella hizo recortes profundos entre sus filas. Este fue el caso de G. Plejánov.

Plejánov fue un gran hombre. Es doloroso pensar que la juventud proletaria actual, que se unió al movimiento en 1914 y más tarde, ve en Plejánov sólo al protector de los

---

<sup>3</sup> En nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#), ver la serie [Obras escogidas de G. V. Plejánov](#). Versión ligeramente diferente de este epígrafe en [Perfiles políticos](#), páginas 50-53 del formato pdf en estas mismas OELT (EIS), o en [“Apuntes sobre Plejánov”](#), en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

Alexinsky, al colaborador de los Avksentiev, al partidario de Brechkovskaya, y por lo tanto al Plejánov de la época de decadencia “patriótica”. Verdaderamente, era un gran hombre. Una gran figura que ha entrado en la historia del pensamiento público ruso. Plejánov no creó la teoría del materialismo histórico; no la enriqueció con nuevas contribuciones, sino que la introdujo en la vida rusa. Le hizo un servicio de gran alcance. Tuvo que superar los prejuicios de la inteligencia rusa, que no era precisamente muy avanzada. Plejánov “nacionalizó” la teoría marxista y, al hacerlo, desnacionalizó el pensamiento revolucionario ruso. Éste, gracias a Plejánov, adoptó un lenguaje verdaderamente científico, estableció un vínculo espiritual con el movimiento obrero internacional y abrió perspectivas y posibilidades efectivas para la revolución rusa, encontrando argumentos extraídos de las leyes objetivas del desarrollo económico para apoyarlas. Plejánov no inventó la dialéctica materialista, pero la reveló como un neófito convencido, apasionado y brillante a principios de los años ochenta.... Para este papel, se requería una gran penetración de la mente, un amplio horizonte histórico y una notable firmeza de alma.

Con todas estas cualidades, Plejánov combinó el arte de saber mostrar sus ideas brillantemente y el talento de la broma. ¡El primer cruzado ruso del marxismo “trabajó con la espada, por la gloria”! ¿Cuántas heridas infligió? Varias de ellas, causadas por el talentoso Mijáilovsky, fueron letales. Para poder estimar en su verdadero valor la fuerza del pensamiento plejanoviano, es necesario imaginar la trivialidad de los círculos subjetivos, idealistas y falsamente populares que reinaban en Rusia y en la emigración rusa entre los radicales. Estos círculos representaban lo más revolucionario de lo que Rusia había sido capaz de lograr por sí sola en la segunda mitad del siglo XIX.

Afortunadamente, el desarrollo ideológico de la juventud obrera se está moviendo en otras direcciones. Un colapso social de extrema importancia histórica nos separa de esos tiempos en los que se estaba produciendo el duelo Beltov-Mijáilovsky<sup>4</sup>. Por eso la forma de las mejores y más controvertidas obras de Plejánov ha envejecido; al igual que la forma del panfleto de Engels: *Anti-Dühring*<sup>5</sup> ha envejecido. Los puntos de vista de Plejánov le parecen al trabajador que reflexiona incomparablemente más comprensibles que los que Plejánov destruye. Por eso el joven lector tendrá que dedicar mucha más atención y comprensión a restaurar intelectualmente las opiniones de los populistas y subjetivistas que a comprender la fuerza y precisión de los golpes de Plejánov. Esta es también la razón por la que los libros de este último nunca tendrán un gran impacto. Sólo el joven marxista, que tiene la oportunidad de trabajar para ampliar y profundizar su visión del mundo, se dirigirá al introductor del pensamiento marxista en Rusia: Plejánov. Con este fin, es necesario referirse, cada vez, a la atmósfera particular del radicalismo en Rusia alrededor de los años sesenta y noventa. El problema no es fácil. ¡Qué recompensa, qué expansión de los horizontes políticos y teóricos y qué satisfacción estética! La misma que da la victoria de un pensamiento claro en la lucha contra los prejuicios, la estrechez de miras y la estupidez. A pesar de la fuerte influencia ejercida sobre él por los maestros franceses del estilo, Plejánov sigue siendo el representante de la antigua escuela rusa de publicistas de los linajes de Belinsky, Herzen y Chernichevsky. Le gustaba escribir abundantemente y no dudaba en desviarse del tema distraendo al lector con bromas.... Para nuestra época “soviética”, que corta las frases demasiado largas en pedazos y luego las “pega” de nuevo, el estilo plejanoviano parece anticuado. Pero caracteriza a toda una

---

<sup>4</sup> Plejánov logró publicar en 1895, a pesar de la censura zarista, su panfleto más impactante bajo el pseudónimo de Beltov: *La concepción monista de la historia*. [De próxima edición [en su serie](#) en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#)].

<sup>5</sup> *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. Anti-Dühring*, en nuestras [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#).

época y, en su género, sigue siendo inigualable. La escuela francesa la ha marcado con su sello benéfico, en el sentido de la precisión de la fórmula y la claridad de la exposición. Como orador, Plejánov se distinguió, al igual que el escritor, por sus dones particulares, tanto en su beneficio como en su perjuicio. ¡Leed a Jaurès! Sienten ustedes el discurso escrito. En el caso de Plejánov... ¡todo lo contrario! En sus discursos se escucha la voz del escritor. La escritura oral, como el discurso escrito, puede producir muy buenos resultados. Por eso los libros de Jaurès cansan con la búsqueda constante del efecto oratorio. Plejánov, da la impresión de ser un lector talentoso de sus propios artículos. Sobre todo, sobresalió en estos concursos de oratoria en los que toda una generación de la intelligentsia rusa se vio deliciosamente inmersa. La esencia de la discusión es unir la oratoria y la escritura epistolar. Su parte más débil fue el discurso político. Al respecto surge el siguiente problema: llevar a los oyentes a uno mismo por la persuasión de deducciones y doblarlos por la fuerza de la voluntad. Plejánov habló como observador, como publicista, como crítico, pero no como líder. Nunca tuvo éxito en hacer contacto directo con la masa, agarrándola en plena acción y convirtiéndose en su amo. Su principal mérito es que introdujo el marxismo en territorio ruso y fue su precursor.

Ya hemos dicho que Plejánov, por así decirlo, no ha dejado ningún trabajo que pudiera tener repercusión entre la clase. Hay una excepción, sin embargo, es su *Historia del pensamiento social ruso*, pero este libro está lejos de no merecer reproches desde un punto de vista teórico. Las tendencias patrióticas y conciliadoras de la política plejanoviana en el último período de su vida sacudieron todas sus superestructuras teóricas. Extraviado en las contradicciones sin salida del socialpatriotismo, Plejánov comenzó a buscar directrices en la teoría de la lucha de clases, pero lo hizo tanto en el campo del interés nacional como, a veces, en los principios de la ética abstracta. En sus últimos escritos, realiza monstruosas distorsiones de la moralidad aceptada al tratar de convertirla en un criterio político (*¡Una guerra defensiva es una guerra justa!*).

En su introducción al libro *Historia del pensamiento social ruso*, limita la esfera de acción de la lucha de clases a los contactos internos y la transforma en relaciones nacionales de solidaridad, en caso de agresión<sup>6</sup>. ¡Esto ya no es Marx, sino... Sombart! Sólo quien sabe lo prometedor, eficaz y brillante que fue Plejánov en su lucha contra el idealismo en general, contra la filosofía normativa, contra la escuela Brentano, contra Sombart, falsificador del marxismo, puede medir el abismo de degradación teórica en el que cayó Plejánov bajo el peso de la ideología patriótico-nacional.

Esta caída ya era previsible: fue un precursor, y de ahí vino su desgracia y su mérito inmortal. No era el líder de un proletariado en acción, sino sólo su teórico. En las controversias, utilizaba métodos marxistas, pero no sabía cómo ponerlos en práctica. Aunque había vivido en Suiza durante unos diez años, seguía siendo un emigrante ruso (un ruso en el extranjero). La política suiza (política parroquial) no le interesaba en absoluto. Plejánov consideraba como único partido en Rusia al pequeño grupo de miembros del “Grupo de Liberación del Trabajo” (compuesto por él mismo, Axelrod, Zasúlich y Deutsch, entonces en prisión). Trató de fortalecer sus raíces filosóficas y teóricas, sobre todo porque carecía de raíces políticas.

Como observador del movimiento obrero europeo, se mantuvo al margen sin prestar atención a la mezquindad, el desmoronamiento y la facilidad de sumisión de los partidos socialistas.

Por otro lado, Plejánov se mantuvo muy atento (en alerta) a posibles herejías en la literatura socialista. La ruptura del equilibrio entre la teoría y la práctica fue fatal para

---

<sup>6</sup> El proceso de desarrollo de toda colectividad dividida en clase se diferencia del de esas clases y sus relaciones recíprocas: 1.- las luchas intestinas cuando se trata de la organización colectiva interna; 2.- una más o menos amistosa colaboración para la defensa del país contra toda agresión externa.

Plejánov. Demostró que no tenía el tamaño necesario para afrontar los grandes acontecimientos políticos, a pesar de toda su preparación teórica. Ya la revolución de 1905 lo tomó por sorpresa. Este brillante y profundo teórico marxista se guió en los acontecimientos de la revolución con la mirada empírica del ciudadano recién llegado. Carente de confianza en sí mismo, evitó las preguntas precisas, vaciló y se liberó de ellas a través de fórmulas algebraicas o anécdotas muy espirituales, por las que tenía una marcada predilección.

Vi por primera vez a Plejánov a fines de 1902, cuando terminó su notable campaña teórica contra el populismo y el revisionismo<sup>7</sup> y se enfrentó a los problemas políticos de la creciente revolución. En otras palabras, fue en esos momentos cuando comenzó la caída de Plejánov. Sólo una vez tuve la oportunidad de verlo y escucharlo en toda su gloria y “en gran forma”. Fue en Londres en julio de 1903. Los representantes del grupo “Raboche Dielo”, Martínov y Akimov, los del “Bund”, Lieber y otros, así como algunos delegados provinciales, intentaron que se aprobaran enmiendas al proyecto de programa del partido, ni bienvenidas ni teóricamente correctas, y que había sido preparado casi en su totalidad por Plejánov. En las escaramuzas de la comisión, Plejánov era intratable y ... despiadado. Para cada cuestión planteada, para cuestiones incluso secundarias, movilizó los recursos de su brillante erudición y logró convencer a los oyentes e incluso a los opositores de que la cuestión comenzaba precisamente donde los autores de las enmiendas pensaban que la habían terminado. Vino con la clara concepción de un programa diseñado científicamente. ¡Había que verlo! con fiado en sus conocimientos, en su fuerza, con un brillo alegre e irónico en sus ojos, con sus bigotes alegremente enrollados, con gestos vivos y expresivos al límite de la “teatralidad”; presidiendo la sesión, la iluminó con un espléndido espectáculo de fuegos artificiales de conocimiento y finura de mente. Todo lo que salía de él causaba admiración en todos los rostros, incluso en los de los oponentes, entre los que el orgullo combatía con el despecho. Durante el mismo período de sesiones, cuando tuvo que resolver problemas tácticos y organizativos, fue claramente inferior, hasta tal punto que suscitó dudas y decepciones en los mismos delegados que lo acababan de admirar.

Con motivo del Congreso de Zúrich en 1893, Plejánov declaró que el movimiento revolucionario ruso ganaría como movimiento obrero o desaparecería. Esto significaba que en Rusia nunca podría existir una burguesía revolucionaria, capaz de tomar el poder. Esto demostró que una revolución sólo podía ganar gracias al proletariado y sólo podía terminar con la transferencia del poder a las manos de los trabajadores. Pero Plejánov se alejó de esta realidad con horror. Además, se negó a admitir sus viejas propuestas teóricas y no creó otras nuevas. De ahí su impotencia política, sus vacilaciones que lo abrumaron con el peso del patriotismo.

Para los auténticos y fieles seguidores de Plejánov, lo único que les quedaba por hacer en la época de la guerra y la revolución era luchar contra él en una lucha sin cuartel.

### ***K. Kautsky***

El diario *Nache Slovo* tuvo que zanjar sus cuentas con Kautsky. La autoridad internacional de éste todavía era muy fuerte en vísperas de la guerra imperialista, aunque no alcanzaba ni de lejos el nivel que tenía a principios de siglo y, particularmente, durante la primera revolución rusa. Sin la menor duda Kautsky era el teórico con más talento de la Segunda Internacional y, durante más de la mitad de su vida representó y “encarnó” las mejores tendencias de esa internacional. Propagandista y divulgador del marxismo,

---

<sup>7</sup> Revisionismo, teoría ecléctica basada en la refundición (revisión) del marxismo hecha con mentalidad oportunista.

Kautsky consideraba su misión de teórico encaminada a llevar a la reforma y a la revolución; pero únicamente consideraba como realidad la reforma. Consideraba a la revolución como un punto de vista teórico, como una perspectiva histórica.

La teoría darwinista del origen de las especies abarca al reino vegetal y al animal en todas sus dimensiones. La lucha por la vida, la selección natural prosigue de forma constante. Si pudiese existir un observador que dispusiese de mil años de vida (tiempo indispensable para las observaciones cósmicas) establecería, sin la menor duda, que en determinadas épocas el proceso de la selección natural es casi imperceptible, que las especies conservan los caracteres propios y parecen ser encarnaciones de las ideas-tipo platónicas; en el medio geográfico, y en el mundo vegetal y animal, existen épocas de ruptura, períodos de crisis geobiológica, cuando las leyes de la selección natural se expanden con toda su crudeza y encuentra su cumplimiento sobre los cadáveres de la fauna y la flora. En el marco de esa gigantesca perspectiva, la teoría de Darwin se mantiene ante todo como la teoría de las épocas críticas en el desarrollo de todo lo que vive.

La teoría de Marx del proceso de la historia abarca toda la historia del hombre organizado colectivamente. Pero en las épocas de equilibrio en la sociedad, la sumisión de las ideas a los intereses de clase y al sistema de la propiedad permanecen ocultos. Los períodos de revolución son la mejor escuela del marxismo, cuando la lucha de las clases adquiere el carácter de una guerra civil y los sistemas de gobierno, los derechos y la filosofía, quedan al descubierto como órganos al servicio de las clases. La teoría marxista misma fue formulada en una época prerrevolucionaria, cuando las clases buscaban una nueva orientación, y fue establecida definitivamente tras las experiencias de la revolución y de la contrarrevolución de 1848 y de los años siguientes.

Kautsky no poseía esa irremplazable experiencia revolucionaria. Se impregnó del marxismo y lo vulgarizó como un buen maestro de escuela del socialismo científico. El máximo de su actividad se manifestó durante el período de degradación que siguió al aplastamiento de la Comuna hasta la primera revolución rusa. El capitalismo se volvió a levantar con toda su pujanza. Las organizaciones obreras crecían casi automáticamente, pero “el objetivo a alcanzar a cualquier precio”, a saber, la revolución social y proletaria, se diferenciaba del movimiento y sólo conservaba ya una existencia puramente académica. De ahí el aforismo de Bernstein: “El movimiento lo es todo... el objetivo a alcanzar no es nada...” ¡En tanto que filosofía de un movimiento obrero, esta afirmación es un contrasentido y una trivialidad! Pero en tanto que característica de la mentalidad de la socialdemocracia alemana durante el cuarto de siglo que precedió a la guerra, esa opinión de Bernstein es completamente significativa: la lucha reformadora cotidiana tomó una cadencia absolutamente regular, “el objetivo a alcanzar a cualquier precio” se estancó bajo la dirección de Kautsky.

Defendía incansablemente el carácter revolucionario de la doctrina de Marx y Engels, aunque, al respecto, la iniciativa de la resistencia a las tendencias revisionistas pertenecía a los elementos decididos, como [Rosa Luxemburg](#), [Plejánov](#) y [Parvus](#). Pero políticamente se reconcilió con la socialdemocracia, sin ver su profundo oportunismo y sin poder darle un carácter decisivo a la táctica del partido. Por su parte, la burocracia dirigente se reconcilió con el radicalismo teórico de Kautsky. Esta combinación del oportunismo práctico y de los principios revolucionarios encontró su máxima realización en la persona del obrero tornero August Bebel, jefe indiscutible durante casi cincuenta años. Bebel apoyaba a Kautsky en el dominio de la teoría, siendo para este último una autoridad incuestionable en las cuestiones políticas. Únicamente Rosa Luxemburg revolucionaba a veces a Kautsky con más ardor del que deseaba Bebel. La socialdemocracia alemana ocupaba el lugar dirigente en el seno de la Segunda

Internacional. Kautsky era su teórico reconocido y, también parece ser, su inspirador. Salió vencedor del combate con Bernstein. En el congreso de Ámsterdam en 1904, donde se condenó el “ministerialismo socialista francés” (millerandismo), se adoptó la resolución de Kautsky que así se convirtió en el teórico probado, en el jefe de filas del socialismo internacional. Fue el período supremo de su influencia. Sus enemigos y oponentes lo apodaban “el Papa de la Internacional”. Recuerdo que su vieja madre, autora de novelas tendenciosas, recibió en su 75 cumpleaños las felicitaciones de los socialistas italianos dirigidas “allá mamma del Papa” (a la madre del Papa).

La revolución de 1905 fortaleció las tendencias radicales del movimiento socialista obrero internacional y reforzó de forma extraordinaria la autoridad teórica de Kautsky. En las cuestiones internacionales de la revolución, tomó (cierto que bastante más tarde que otros) una posición definitiva y pudo prever la formación de un gobierno socialdemócrata revolucionario en Rusia. Bebel, en sus frecuentes entrevistas, se burlaba con una sonrisa irónica del “seductor Charles”. El partido alemán abordó la siguiente cuestión: ¿se necesitaba una dirección común y una revolución radical? Esta discusión marcó el punto culminante de la carrera de Kautsky. Después vino el declive.

Me encontré con Kautsky por primera vez en 1907, tras mi evasión de Siberia. La derrota de la revolución todavía no era evidente. La influencia de Rosa Luxemburg sobre Kautsky era preponderante en aquella época. La autoridad de este último era indiscutible para todas las fracciones de la socialdemocracia rusa.

No sin agitación interior, subí la escalera de la pequeña casa tan aseada, calle Fridenay, en Berlín. Kautsky, pequeño anciano de cabellos blancos y ojos claros, me saludó en ruso, “buenos días”, y esta recepción, junto a todas las excelentes impresiones que yo tenía de sus obras científicas, formó un conjunto muy seductor. Me di cuenta, a continuación, de que esa amabilidad provenía de su indiscutible autoridad, que le confería una total confianza en sí mismo. Sin embargo, la entrevista tuvo pocos resultados. Tenía el espíritu seco, anguloso, no era de réplica fácil, le faltaba psicología y se dejaba llevar al esquematismo. Además, sus bromas eran banales. Por todos esos motivos se le puede considerar como un orador de segundo orden.

En Rusia la revolución estaba derrotada, el proletariado aplastado y el socialismo obligado a refugiarse en la clandestinidad; la burguesía liberal buscaba la forma de reconciliarse con la monarquía sobre la base de un programa imperialista: una decepción completa ante los métodos revolucionarios se abrió paso brutalmente en las filas de la internacional. El oportunismo se tomaba la revancha. Durante esos tiempos, las relaciones entre los estados capitalistas se tensaban cada vez más; se aproximaba el desenlace. Los partidos socialistas debían zanjar el dilema: ¿estar a favor del gobierno nacional o contra él? O era necesario aplicar la teoría revolucionaria o seguir la línea oportunista hasta el final. Toda la autoridad de Kautsky consistía en la conciliación del oportunismo en política y del marxismo en teoría.

El ala izquierda (Rosa Luxemburg) exigía respuestas precisas. Por otra parte, los reformistas pasaban al ataque en todo el frente. Kautsky, cada vez más desorientado, combatía más ásperamente al ala izquierda, se acercaba a los partidarios de Bernstein, esforzándose en vano en conservar el objetivo marxista. Cambió de tal forma en ese período que incluso su apariencia se vio afectada; su habitual calma desapareció por completo y sus ojos reflejaban una nada habitual agitación.

La guerra sacó a la luz del día toda la mentira y podredumbre del “kautskismo”. Kautsky aconsejaba al mismo tiempo no abstenerse de votar los créditos para “Guillermo” y no votarlos con “reservas”. Durante los meses siguientes vio la luz una polémica explicando lo que realmente Kautsky había aconsejado hacer. “La internacional es el instrumento de la paz, no de la guerra.” Kautsky se aferraba a esta fórmula banal y vacía

como a un salvavidas. Al mismo tiempo que criticaba los desbordamientos del chovinismo, Kautsky preparaba la reconciliación de todos los socialpatriotas tras la guerra. “Todos los seres humanos se equivocan, pero, a pesar de ellos, la guerra pasará y volveremos a partir de cero.” ... Durante el aplastamiento de la revolución alemana, Kautsky devino una especie de ministro de la república burguesa. Propuso una ruptura completa con la Rusia soviética (“No tiene importancia, se hundirá en algunas semanas”) y se arrodilló ante Wilson... ¡Con cuánta crudeza se venga la dialéctica de la historia de uno de sus apóstoles!

### **Nache Slovo y Sozial-Demokrat**

En la lucha contra sus enemigos, *Nache Slovo* se libró desafiadamente de sus dudosos colaboradores y aseguró el equilibrio de una plataforma política que hasta entonces sólo había sido mantenida por el compromiso. El 1 de marzo de 1916, el equipo editorial esbozó el siguiente programa: *Nache Slovo* tiene como objetivo la restauración de la Internacional en el marco de la lucha revolucionaria del proletariado de todos los países contra la guerra y el imperialismo y contra los principios del capitalismo.

La lucha sin cuartel contra el socialpatriotismo, que extravía la conciencia de los trabajadores y paraliza su voluntad revolucionaria, es el objetivo principal de la acción emprendida por *Nache Slovo*.

Nuestro grupo apoya la resolución “zimmerwaldiana”, considerándola como un paso en el camino hacia *la creación de una Tercera Internacional revolucionaria*.

*Nache Slovo* ve como una obligación de *ala izquierda* de los internacionalistas,

-condenar el eclecticismo político,

-suministrar al proletariado las explicaciones necesarias para que comprenda las condiciones y el carácter de la época histórica en la que estamos entrando,

-hacerle entender la importancia de las tácticas revolucionarias que señalan el cambio de una lucha hasta ahora defensiva a una ofensiva,

-mostrarle el camino hacia una profundización y ampliación económica sistemática que conduzca a conflictos entre la clase obrera y su gobierno...

“Todo esto bajo la bandera de ‘*la conquista del poder político para lograr la revolución social*’”.

*Nache Slovo* tiene la obligación, dentro de los marcos socialdemócratas rusos, de purgar sus filas de todos los socialpatriotas que llevan en sí el carácter más antirrevolucionario y desmoralizador.

*Nache Slovo* exige una ruptura total con los estados mayores socialpatriotas y una lucha despiadada contra ellos. Dada la influencia de estos últimos sobre las masas trabajadoras, es absolutamente necesario conseguir la unión de todos los internacionalistas rusos.

En Ginebra, durante la guerra, el periódico *Sozial-Demokrat*, bajo la dirección de Lenin, publicó unos 33 números. Las diferencias de opinión entre *Nache Slovo* y *Sozial-Demokrat* se fueron reduciendo a medida que se ampliaba la brecha entre los socialpatriotas y los socialpacifistas. El hecho mismo de la participación de MártoV en *Nache Slovo* (el MártoV que, olvidando su antiguo deslizamiento hacia la izquierda, siguió demostrando que los mencheviques no habían evolucionado en términos de internacionalismo) sólo podía desdibujar las cartas. La crítica de *Sozial-Demokrat* fue, a este respecto, irreprochablemente correcta y ayudó a la izquierda a desemboscar a MártoV. Además, tras la conferencia de Zimmerwald aquella crítica dio un giro más preciso e inflexible de los acontecimientos. En la segunda Conferencia de Zimmerwald (Kienthal), la ruptura entre el periódico *Nache Slovo* y los internacionalistas de tipo MártoV se convirtió en un hecho consumado. MártoV volvió a presionar hacia la derecha



y caminó de la mano de Axelrod, que unió la francofilia y el pacifismo, poniendo por encima de todo su odio al bolchevismo.

Hubo tres puntos de desacuerdo (y especialmente cuando la redacción pasó a manos del “ala izquierda”) entre los dos periódicos. Estos tres puntos se referían al derrotismo, la lucha por la paz y el carácter de la creciente revolución en Rusia. *Nache Slovo* rechazó el derrotismo. *Sozial-Demokrat* denunció el eslogan “la lucha por la paz” temiendo que ocultara tendencias pacifistas y se opusiera a la guerra civil. Finalmente, *Nache Slovo* pensó que el objetivo del partido era tomar el poder en nombre de la revolución socialista. *Sozial-Demokrat* se pronunciaba por una dictadura campesina y obrera “democrática”. La revolución de marzo eliminó estas diferencias.

\*\*\*

En sus columnas, el periódico *Nache Slovo* revelaba todas las noticias llegadas a París relacionadas con el despertar del espíritu internacional entre los movimientos obreros. A través de este periódico, llamamos a los internacionalistas de Inglaterra, Suiza, Italia, América e incluso Australia, desde donde enviaba correspondientes Artem (Sergueiev), ya fallecido.

Nos lanzamos con avidez sobre cualquier cosa que pudiera evocar una idea revolucionaria en Alemania y profundizamos en todos los documentos publicados por la oposición socialdemócrata alemana.

### ***Los colaboradores de Nache Slovo***

Entre los trabajadores rusos que residían en París, Londres e incluso Suiza, *Nache Slovo* tenía amigos devotos y su número aumentaba constantemente. Mucho más de una décima parte de estas personas se consagró gracias a ello a la causa de la revolución proletaria. El estado mayor literario del periódico estaba compuesto por miembros de diferentes tendencias:

Había bolcheviques con opiniones conciliadoras, bolcheviques puros, “vanguardistas” y futuros mencheviques. Es lógico enumerar los principales colaboradores, después de la partida de Mártov y sus amigos: Angelica Balabanova, M. Bronsky, Vladimirov, Divikovsky (Avdiev), Zalesky, Kollontai, Lozovsky, Lunacharsky, Manuisky (Bezrabotny), Mechtcheriakov, Ovseenko-Antónov (Gallsky), Pokrovsky, Pavlovich, Poliansky, Radek, Rappoport (Varin), Riazánov (Bukvoied), Rascovsky, Rothstein, Sokólnikov, Sergueev (Artem), Trotsky, Uritsky (Boretsky), Chudnovsky, Chicherin (Ornatsky). Nuestros amigos más cercanos entre los extranjeros eran Alfred Rosmer y Henriette Roland-Holst.

### ***G. I. Chudnovsky***

Dos de los más asiduos colaboradores de *Nache Slovo* perecieron durante la guerra civil: Uritsky y Chudnovsky. Todo el mundo conoce el nombre de Uritsky, ese personaje amable y cortés que hizo un trabajo tan ingrato durante la revolución. Aquí debemos hablar de Chudnovsky. Murió demasiado joven y, por eso mismo, la juventud no lo conoce. Era un entusiasta. Como suele ocurrir a menudo con los jóvenes entusiastas, su fuerza de carácter le permitía ocultar su ardor interior (pero esto ocurría durante los periodos de calma). Le interesaba mucho la teoría marxista. Pero al primer acontecimiento interesante estallaba en una llamarada de pies a cabeza. A nuestra llegada de Norteamérica, estando en edad de servir, ingresó en el ejército de Kerensky y pronto obtuvo un mando en uno de los cuerpos del ejército.

Desde el primer día de la revolución, no se separó nunca de su fusil. En el campo de batalla de Púlkovo, luchó como jefe de un destacamento contra los cosacos de

Kerensky comandados por Krasnov; había obtenido este rango no por sus conocimientos militares, sino porque era más decidido y valiente que los demás. Alcanzado por una bala, apenas vendado, volvió a la línea de fuego y ya no se marchó. Allí donde estaba el asunto “más caliente”, en Ucrania, allí estaba Chudnovsky. En las filas de los guerrilleros luchó contra el ocupante alemán y las autoridades ucranianas, que lo condenaron a muerte, pero no consiguieron ahorcarlo (no había tiempo) porque los ejércitos rojos, entrando en Kiev, liberaron a Chudnovsky, pero no por mucho tiempo. Cayó durante la retirada de Jarkov. ¿Qué bala lo mató? ¿Una bala disparada por los soldados Hohenzollern, una bala “democrática” disparada por un fusil “socialrevolucionario”, o una bala “socialdemócrata” (pues las había en las bandas ucranianas que lucharon junto a los alemanes)? No lo sabemos. ¿No es lo mismo?

### ***El periódico Chernov***

La existencia de *Golos* y luego de *Nache Slovo* llevó a un grupo de socialistas-revolucionarios, encabezados por Chernov, a fundar un diario de tendencia subjetivista. Entre los miembros de la intelligentsia populista, la epidemia patriótica se desató de manera más incomparable que en las filas marxistas. Se podrían haber contado con los dedos de las manos a los socialistas-revolucionarios-internacionalistas. Su internacionalismo no era revolucionario, sino humanitario e idealista. En cuanto al líder de este partido, cumplió su función “natural”, lo que significa que intentó adoptar una posición sin atreverse a hacerlo, defendiendo el internacionalismo a su manera en cooperación con los socialpatriotas franceses y llenando los vacíos y agujeros de esta doctrina con el bla-bla-bla-bla de sus escritos y discursos. Criticando, en primer lugar, a la socialdemocracia alemana, crítica para la que se había estado preparando durante mucho tiempo tomando prestados argumentos de aquí y de allá, a veces de Bernstein, a veces de los sindicalistas, Chernov, después de un cierto período de espera, decidió que la crisis sufrida por la II Internacional significaba la ruina total de la ideología marxista y que era necesario golpear el hierro cuando estaba al rojo vivo. Es obvio que no fue más allá del nivel de una argumentación ordinaria y del llamado patetismo moralizador. Incluso en el barro del chauvinismo francés, buscaba argumentos para apoyar su gran descubrimiento: “Marx y Engels fueron los fundadores del socialimperialismo alemán.” La crisis sólo se produjo por la falta de audiencia de la voz de Chernov entre los dirigentes responsables de la II Internacional. Este famoso profeta “subjetivista” simplemente se olvida de explicar por qué 9/10 de sus partidarios, junto con los blanquistas, sindicalistas y anarquistas, se vieron arrastrados a la confusión del patriotismo. Durante dos o tres meses, intentó todos los días demostrar que tenía opiniones que se distinguían por su alto contenido político. La censura francesa le tomó la palabra y, tras el cierre de nuestros periódicos, también prohibió el suyo propio. Se fue a Zimmerwald donde figuró de provincial y finalmente se aferró a la izquierda zimmerwaldiana (un resultado totalmente impredecible no sólo para la izquierda, sino también para la misma conferencia y para él mismo). Es obvio que esto no le impidió ser el ministro de la guerra imperialista y, en discursos vacíos y ampulosos, defender la ofensiva de junio de 1917 en cooperación con los ejércitos de la Entente imperialista. En la figura política de Chernov se encuentran las peores características de una intelectualidad oportunista, a pesar del enriquecimiento que le da su experiencia parlamentaria y periodista. La indescifrable ola revolucionaria proyectó a este charlatán a la presidencia de una asamblea y luego lo rechazó repentinamente en el olvido total.

\*\*\*

Tras una cuidadosa selección y estudio de la documentación necesaria para nuestra publicación, resultó imprescindible dividirla en dos volúmenes. En el segundo libro, publicaremos artículos sobre los grupos políticos y la lucha interna dentro de los principales partidos socialistas europeos; lo mismo ocurrirá con los documentos relativos a dos meses de trabajo en Norteamérica, en vísperas de la revolución de marzo.

Nos hemos fijado el objetivo de no reproducir *todos* los artículos de este período de guerra, porque su publicación habría hecho que este libro fuera demasiado gravoso. Excluimos los de interés secundario, también los que contienen repeticiones. También tuvimos que privarnos de artículos demasiado maltratados por la censura francesa. ¡Y estos últimos son mucho más numerosos!

A pesar de los recortes realizados por la censura, el significado de algunos artículos sigue siendo transparente y hemos intentado devolverles su integridad. En general, era imposible escapar a las repeticiones, ya que una parte significativa de los artículos fueron escritos para un diario que, por su esencia, vive sólo de las repeticiones.

A la luz de una revisión cuidadosa, pensamos que estas repeticiones serían útiles para los lectores jóvenes.

Estos últimos deben sumergirse en la atmósfera de la época de la guerra imperialista, época revolucionaria para nosotros mismos y para para quien, para siempre, cruza un foso sangriento entre el pasado y el futuro de la humanidad.

L. TROTSKY

Moscú-Simbirsk, 18 de marzo de 1919

Moscú, 24 de abril de 1922

## I. De Austria a Suiza

### *Los terroristas serbios y los “liberadores” franceses. El estado de ánimo de los vieneses en los primeros días de la guerra*<sup>8</sup>

Algunos jóvenes serbios, todavía niños, al asesinar al heredero del trono de los Habsburgo desataron acontecimientos cuyo alcance fue incalculable.

Esos revolucionarios nacionalistas y románticos esperaban menos que nadie las repercusiones mundiales de su acto terrorista. Más tarde, en París, me encontré con uno de los miembros de esta organización. Pertenecía al grupo encargado del atentado, pero había franqueado la frontera antes del acontecimiento y, en los primeros días de la guerra, se enroló como interprete en la flota francesa. El objetivo de los Aliados era realizar un desembarco en la costa dalmata, a fin de provocar un levantamiento en las provincias yugoslavas de la monarquía austrohúngara.

Los navíos de guerra franceses fueron equipados con prensas serbias a fin de poder imprimir proclamas revolucionarias. Jóvenes serbios, prestos al sacrificio, tenían que difundir esos panfletos y llamar a la revuelta de cara a la “independencia nacional”. Sin embargo, como toda esa juventud a bordo de un navío de guerra constituía un material demasiado inflamable, se les añadió, en el buque insignia, a un viejo “encargado de la vigilancia interior”, ¡un viejo espía serbio! Es más que probable que esta sabia precaución se debiese a la embajada de Rusia que poseía, en este género de operaciones, una verdadera supremacía sobre los Aliados...

Como se sabe, toda la empresa acabó en aguas de borraja. La flota francesa cruzó el Adriático, llegó hasta Pola y después, tras algunas salvas sin resultado, dio media vuelta. ¿Por qué? Se preguntaron con asombro todos los no iniciados. Pero en los círculos políticos y periodísticos franceses la noticia ya corría de boca en boca: “Italia no quiere” ... desembarco. Levantar a las provincias meridionales de Austria-Hungría no podía hacerse más que bajo la bandera de la unión nacional yugoslava. Italia, habiendo considerado siempre a Dalmacia como suya por “derecho” (¿qué derecho?, “imperialista” evidentemente), elevó una protesta contra ese proyecto de desembarco. En esa época era necesario pagar con la misma moneda la neutralidad benevolente de Italia, como más tarde su entrada en el conflicto. Ha ahí el motivo por el que los navíos franceses tomaron el camino de vuelta de forma inesperada, trayendo de vuelta todo el material de imprenta, los intérpretes y al viejo espía que los vigilaba...

“Entonces, ¿qué debo hacer?”, me preguntaba el joven serbio del que he hablado más arriba. “Los Aliados venden a los serbios a Italia. ¿Dónde está la guerra por la liberación de los pequeños pueblos? ¿En nombre de qué causa debemos perecer nosotros, los serbios? ¿Me he convertido en voluntario para que con mi sangre Dalmacia caiga en manos italianas? ¿Y para qué han muerto mis camaradas de Sarajevo, Gavrilo Princip y el resto?”

Este joven hombre había caído en plena desesperación, con su mirada extraviada y sus ojos febriles.

---

<sup>8</sup> Tres extractos de “De Austria a Suiza” se imprimieron en *Novy Myr* a principios de 1917. La ilación cronológica de los artículos queda sometida, como a menudo, en beneficio de la de los acontecimientos.

La mentira de la guerra “liberadora” se le revelaba por su lado dramático... Gracias a él conocí muchos detalles sobre las organizaciones revolucionarias yugoslavas y en parte fui informado sobre el grupo de esos jóvenes que abatieron al archiduque. La organización, que llevaba el nombre romántico de “Tserna ruka” (La mano negra) se inspiraba en severos reglamentos observados por los “carbonari”<sup>9</sup>. Se llevaba al candidato a algún lugar misterioso, se le ponía un cuchillo en el pecho descubierto y, bajo pena de muerte, se le hacía prestar juramento de silencio y fidelidad. Las directrices partían de Belgrado hacia todas las provincias de la monarquía de los Habsburgo, todas ellas llenas de jóvenes dispuestos a los sacrificios. Los hilos de la conjura estaban, en Belgrado, en manos de políticos y oficiales próximos al trono y a la embajada rusa. Los agentes de los Romanov en los Balcanes nunca retrocedían ante el empleo de la dinamita.

Viena estaba de luto, lo que no impedía en absoluto a numerosos ciudadanos dejar percibir cierta indiferencia ante la pérdida del heredero imperial. Pero entonces la prensa intervino para “trabajar” a la opinión pública. Es difícil encontrar acentos bastante severos para estigmatizar los procedimientos empleados por los diarios de todos los países para describir los acontecimientos de la guerra. La prensa austriaca no ocupa el último lugar en esta orgía de bajezas.

A las órdenes de esta “central” desconocida por el público, los “chupatintas” de todas las categorías, salidos de la “caldera” diplomática donde se deciden los destinos de los pueblos, contaron sobre el atentado de Sarajevo mentiras como jamás el mundo había escuchado desde su creación.

Nosotros, socialistas, podríamos mirar con un tranquilo desprecio el trabajo “de Caín” de la prensa “patriótica” de los dos campos, prueba de la baja moral de la sociedad burguesa si... si importantes diarios de los partidos socialistas no se hubiesen adentrado en la misma vía. Esto descargó sobre nosotros un golpe mucho más terrible por inesperado. Pero la palma se la lleva el *Arbeiter Zeitung* [Diario de los Trabajadores]. Cuando habité en Viena (siete años: de 1907 a 1914), tuve suficientes ocasiones para acercarme a los círculos dirigentes socialdemócratas como para no esperar de ellos ninguna iniciativa revolucionaria. El cariz puramente chovinista de los artículos de Leitner, el responsable de la crónica extranjera, ya era suficientemente conocido antes de la guerra. En 1909 ya tuve la ocasión de intervenir en *Neue Zeit* contra la línea prusoaustríaca mantenida por el órgano central de la socialdemocracia austríaca. ¡Durante mi viaje a los Balcanes escuché muchas veces a mi inolvidable amigo Dmitri Tutsevich (muerto más tarde como oficial del ejército serbio) expresarse como sigue al respecto de los socialistas balcánicos en general y serbios en particular! ¡Se quejaba de que la prensa burguesa serbia citaba con una malvada alegría al *Arbeiter Zeitung*, antiserbio, para demostrar que la solidaridad internacional entre los trabajadores sólo era un mito!

A pesar de esas informaciones, jamás hubiese esperado por parte de *Arbeiter Zeitung* semejante desencadenamiento de odio...

Tras el “famoso” ultimátum de Austria a Serbia, comenzaron en Viena manifestaciones patrióticas. La mayor parte de los participantes eran adolescentes. La masa no mostraba un real chovinismo, pero reinaba en ella una gran excitación; accesos de entusiasmo se juntaban con una espera de grandes acontecimientos y una esperanza de cambio... cambio a mejor, evidentemente. Y la prensa explotaba bajamente este estado de ánimo.

“Todo dependen ahora de la actitud de Rusia, me declaró el diputado socialista del Reichstag Leopoldo Winarsky, muerto durante la guerra. Si el zar se une, la guerra se hará popular.”

---

<sup>9</sup> Carbonari: revolucionarios italianos que combatían el yugo austriaco en el siglo XIX.

De hecho, no hay la menor duda que la advertencia dada por el zar a Austria y Alemania conmovió a las multitudes “germánicas” en un grado extraordinario. El zarismo tenía tal reputación de despotismo que los propagandistas alemanes no tenían la menor dificultad para hacer admitir que la guerra dirigida contra el tirano oriental era “una guerra de liberación”. Ello no excusa en nada a los Scheidemann que se dieron prisa en “traducir” las mentiras “hohenzollernianas” al lenguaje “socialista”. Ello nos muestra el estado de degradación en el que han caído “nuestros” Plejánov y Deutsch que se han hecho abiertamente los abogados de la diplomacia zarista de la época de sus más grandes crímenes.

### ***El estado de ánimo en la socialdemocracia austríaca. Victor Adler. Salida hacia Zúrich***

Se precipitan los acontecimientos. Nos ha llegado un telegrama anunciando la muerte de Jaurès. Como los diarios llegan de tal forma repletos de odiosas mentiras, no queremos creerlo y permanecemos varias horas entre la duda y la esperanza, mucho más teniendo en cuenta que había llegado un telegrama relatando el asesinato de Poincaré y un levantamiento de los parisinos. Pero muy pronto se desvaneció la esperanza de que la desaparición de Jaurès no fuese más que una falsa noticia... El 2 de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia. Pero la partida de la colonia rusa ya había comenzado. El 3 de agosto visité la nueva sede de la *Arbeiter Zeitung*, en Winzeil, donde habían ocupado un nuevo inmueble, para conferenciar con los diputados socialdemócratas sobre nuestra suerte futura (la de los rusos).

En la secretaría me encontré con [Friedrich Adler](#), Alias “Dr. Fritz” para diferenciarlo de su padre, [Victor Adler](#), al que simplemente se le denominaba por “Doctor”, sin ningún otro distintivo. De porte bastante alto, delgado, con una generosa frente y cabellos claros, Fritz era un fuera de lo común que tendía a un lenguaje contundente y anécdotas triviales. Había pasado un año y medio en Zúrich en calidad de privat-docent en la cátedra de física y de redactor del diario socialista *Volksrecht*.

Durante la guerra, el socialismo suizo experimentó una renovación interna total, sus objetivos cambiaron por completo. Los “bonzos” del partido, que creían que el marxismo descansaba en la frase “chi va piano, va sano”<sup>10</sup>, pasaron a segundo plano...

Hasta la guerra, el socialismo suizo se caracterizaba por su profundo provincialismo. Adler no pudo resistirlo y volvió a Viena, entró en la redacción del mensual *Der Kampf* y en el secretariado del partido. Además, asumió la difusión del boletín de combate semanal *Das Volk* que tenía una gran tirada, principalmente en provincias. Durante las primeras semanas precedentes a la guerra, Fr. Adler se ocupaba de los preparativos de un congreso internacional. Encima de su mesa se extendían sellos especialmente encargados para el congreso y una pila de folletos de toda suerte. El partido ya había gastado más de 20.000 coronas, como se “plañía” el tesorero.

Sería prematuro decir que se podían constatar en el inmueble de la Wienzeile reagrupamientos significativos. ¡No! Esto todavía no se había producido. Pero se notaba claramente el cambio psicológico en la opinión sobre la guerra. Se ha dicho que “ellos” (los miembros del partido) se alegraban de la guerra; maldecían a los rusos y serbios sin distinguir netamente entre pueblos y gobiernos. Demostraban ser nacionalistas convencidos, con un delgado barniz de cultura socialista que desaparecía a toda prisa.

Otros, con Victor Adler a la cabeza, consideraban la guerra como una catástrofe exterior, frente a la que no quedaba otro remedio que “soportarla”. Esta actitud pasiva de atentismo del jefe influyente del partido no era más que un escudo para la frenética

---

<sup>10</sup> Quien va despacio, va seguro.

agitación del ala “nacional-activista”. Victor Adler, espíritu penetrante y fino, de carácter encantador, en tanto que personalidad estaba muy por encima de su política, que consistía en hábiles compromisos establecidos bajo condiciones desesperantes. Esto le llevaba a un alto grado de escepticismo. Esta actitud, muy individual, superaba la mentalidad de los colaboradores de Adler, en ellos el escepticismo devenía cinismo. La aversión del primero al “artificio de la ciencia” en política se transformaba en sus colaboradores en una burla a los valores fundamentales del socialismo. Este surtido de colaboradores es por sí solo característico y basta para juzgar todo el sistema de Adler senior.

El hijo de Adler, con su temperamento revolucionario intransigente, era hostil a este sistema. Dirigía sus críticas brindando testimonio de toda su desconfianza y odio a su propio gobierno. En el curso de nuestra última entrevista me mostró el más reciente llamamiento del poder a la población: espiar y hacer arrestar a los extranjeros sospechosos. Me habló con un total desprecio de los inicios del desbordamiento del chovinismo. Únicamente su dominio de sí mismo le impedía dar rienda suelta a su excitación interna. Pasó una media hora antes de la llegada del “Doctor”. Éste me propuso que, en su compañía, visitase enseguida la prefectura de policía a fin de entrevistarnos con el jefe de la policía política, un tal Geyer, para asegurarme en cuanto al comportamiento del gobierno hacia los emigrados rusos residentes en Viena.

De camino a la prefectura, en el auto llamé la atención de mi interlocutor sobre el hecho de que Viena había tomado un aire de fiesta. “Quienes parecen contentos son los que no marchan al frente; y su alegría le parece patriótica. Además, aparecen todos los desequilibrados, todos los locos: es su hora.”

“Pero la gente seria permanece en casa, alerta. La muerte de Jaurès solamente es el principio. La guerra concede licencia a todos los instintos, a todas las formas de demencia...”

Psiquiatra, según su antigua especialización, Adler considera los acontecimientos políticos desde un punto de vista psico-patológico. ¡Cuán lejos estaba entonces de pensar que su propio hijo cometería un asesinato político! ... Lo recuerdo aquí de pasada porque la prensa “amarilla” de Adler y toda una serie de publicaciones socialpatrióticas intentaron explicar ese acto desesperado como el acto de un ser desequilibrado e incluso “anormal” (evidentemente estando dada su propia “normalidad” de mala calidad). Pero la medicina oficial de los Habsburgo tuvo que capitular ante la valerosa actitud del terrorista. ¡Con qué glacial desprecio tuvo que responder a las provocaciones de los eunucos del socialpatriotismo, si es que pudo escuchar sus voces desde su celda...!<sup>11</sup>

Geyer emitió la suposición de que al día siguiente por la mañana se podría dar la orden de internar a los rusos y serbios. “Por supuesto que liberaremos enseguida a los que conocemos, pero pueden producirse actos desconsiderados. Añada usted a eso que, más tarde, no los autorizaremos a abandonar el territorio.”

–“En resumidas cuentas, ¿usted me recomienda partir?” – “Absolutamente. Es lo mejor que puede hacer”. – “Bien, mañana marcharé a Suiza con mi familia.” – “Hum... preferiría que lo hiciese usted hoy mismo...”

Esta entrevista tuvo lugar a las tres. A las seis y diez minutos estábamos sentados en el tren que nos llevaba a Zúrich

---

<sup>11</sup> La fuerza del pensamiento no igualaba en Fr. Adler al coraje personal. Liberado por la revolución, Adler capituló ante el partido que lo había llevado a la desesperación y que, después, lo había “vendido”. Actualmente Adler ocupa un puesto de dirigente en la Segunda Internacional y Media, al servicio de esa causa que combatió arriesgando la vida...

***La socialdemocracia suiza. - “Grütli”. - “Eintracht”. Fritz platten. - Mi folleto en alemán La guerra y la Internacional. - “Agente del gran estado mayor alemán”***

La socialdemocracia suiza está vinculada, por un lado, a la socialdemocracia alemana y, por otro, al socialismo francés. Por lo tanto, es obvio que la crisis de estos dos poderosos partidos tuvo repercusiones en Suiza, rodeada por todas partes por el fuego de la guerra. El socialpatriotismo suizo se caracterizó por el reflejo de las contradicciones que trajeron los dos enemigos. He aquí un ejemplo sorprendente de esta dualidad simétrica. El parlamento suizo tenía dos diputados con el mismo nombre y apellido: Johann Sigg de Zúrich y Jean Sigg de Ginebra. Ambos son socialpatrióticos, pero el primero es un germanófilo ardiente y el segundo un francófilo aún más ardiente. En tales condiciones, la política internacionalista demostró ser el procedimiento más seguro de autopreservación. De hecho, el punto de vista internacionalista recibió un apoyo casi total “en la base del partido”. Pero no pasaba lo mismo en las cúspides. El ala de la derecha nacionalista recibió inesperadamente el apoyo de la antigua liga “Grütli”, la que tanto había contribuido al desarrollo de la socialdemocracia suiza. Uno de los nacionalistas más combativos, el expastor Pflüger, era uno de los representantes del partido en el parlamento federal. “Si yo fuera el Káiser”, dijo una vez en una reunión del partido, “también apuntaría con mi espada a Rusia.” Repitió esta frase un mes más tarde en Berna, pero, ¡oh!, estupor, esta vez se produjo el efecto contrario... Una tormenta de risas y silbidos se levantó, lo que impidió que el desafortunado candidato terminara su discurso.

El centro de la izquierda era la organización “Eintracht” [concordia], que reclutada principalmente entre los extranjeros: alemanes, austríacos, rusos, etc. Fritz Platten, secretario de la dirección del partido, era uno de los más activos entre los elementos suizos. Alto de talla, rostro abierto, buen orador popular, de origen y modo de vida proletario, Platten es una de las figuras más representativas de la socialdemocracia suiza. “Los obreros han tenido una vez más la bajeza de inclinarse... Pero aún espero que, durante esta guerra, demuestren que son capaces de morir, no por los asuntos de los demás, sino también por los suyos.”

En boca de Platten, ¡esto no eran palabras! En 1905 participó en la revolución rusa (¡tenía entonces 20 años!) y conoció las cárceles del zar... En 1912, ocupó un puesto de preponderancia en la Comisión Suprema de Zúrich, como uno de los líderes más decididos y valientes.

En 1914, “Eintracht” había elaborado (septiembre) un manifiesto internacional de combate e invitado a los “líderes” del partido a una reunión, donde se me pidió que leyera una declaración defendiendo este manifiesto. ¡Los “líderes” no se presentaron! Calcularon que era demasiado arriesgado adoptar una posición clara; prefirieron esperar y limitarse a los comentarios de los socialistas alemanes y franceses. Es lamentable tener que constatar que esta psicología está muy extendida entre los círculos políticos de las naciones neutrales, incluyendo los Estados Unidos, más que en ningún otro lugar<sup>12</sup>.

Esta reunión organizada por “Eintracht” aceptó el manifiesto casi unánimemente, y luego lo hizo publicar en la prensa socialista, donde su prolongada resonancia hizo mucho para formar la opinión general de los miembros del partido.

El juez Otto Lang tomó la palabra en la reunión de Berna, que ya hemos mencionado. Su presentación fue de un pacifismo “gimiente” cercano a la posición actual adoptada por Kautsky. ¡Pero el conjunto de las intervenciones fue mucho menos matizado! Durante la guerra, el Partido Socialista Suizo dio un gran paso a la izquierda, que llevó a muchos de los antiguos “Grütli” no sólo a la separación, sino también a la

<sup>12</sup> Extracto del diario de Nueva York *Novy Mir* antes de la entrada en guerra de los Estados Unidos.



fundación de un Partido Independiente reformista y socialpatriótico. No podemos ver aquí ninguna prueba suplementaria de la profunda diferencia entre el socialpatriotismo y el internacionalismo.

Mi estancia en Suiza fue principalmente estuvo ocupada con mi trabajo, que consistió en escribir un folleto en alemán: *La Guerra y la Internacional*. Este folleto fue compuesto con extractos de mi diario. Intenté explicar (a mí mismo primero) las razones de los fracasos de los partidos socialistas y encontrar soluciones a esta crisis. Platten asumió la responsabilidad de distribuir el folleto y se encargó de que se distribuyeran unos cuantos miles de ejemplares en Alemania y Austria. Mientras tanto, estuve en Francia y me enteré por un periódico francés, no sin sorpresa, que un telegrama de origen suizo informaba de mi condena por un tribunal alemán: ¡fui sentenciado en rebeldía a prisión en una fortaleza! Debo decir aquí que los jueces a sueldo de los Hohenzollerns, gracias a su veredicto (al que no tuve prisa en someterme), me rindieron un importante servicio. Para los calumniadores socialpatrióticos y los auxiliares clandestinos de la policía, este veredicto fue un coronamiento a sus encomiables esfuerzos, que tendían a demostrar que yo era sólo un agente del “Gran Estado Mayor Alemán”.

La aduana francesa retuvo un paquete de folletos que me habían enviado desde Zúrich y me informó de que los folletos habían sido confiscados, dado su origen alemán. Un ruso le contó la historia a Gustave Hervé, que de vez en cuando tenía destellos de espíritu opositor. En su periódico *La Guerre Sociale*, publicó una asombrosa protesta contra la confiscación de un folleto antialemán. ¿Fue por eso, o por cualquier otra cosa, por lo que unos días después me llegaron los folletos?

Cabe señalar que la prensa socialpatriótica alemana intentó demostrar que el autor de este folleto era, en realidad, un patriota ruso camuflado y un defensor de los intereses de los Aliados. En las acusaciones lanzadas contra mí, ¿cuál fue la parte de la calumnia consciente y cuál fue la parte del chovinismo irreflexivo? No es fácil responder. En cualquier caso, no hay duda de que el socialpatriotismo le quita a la gente el hábito de considerar a un socialista sólo como socialista.

Cuando los siervos se reunían, se hacían la pregunta: “¿De dónde eres? - “Pertenece a Cheremetiev.” “Nuestro amo es el Sr. Bobrinsky.” Y ahora esta servil psicología de “pertenencia” se ha arraigado en los cerebros de los socialpatriotas...

¿A quién puede servir un internacionalista? ¿Cuál es el estado mayor cuyos intereses defiende? ¿Quién es su amo? ¿Los Romanov? ¿El Hohenzollern?

Estas “personas” son incapaces de creer que uno puede ser el enemigo de todos los “Amos”.

Tampoco pueden imaginarse que uno mantenga su propia bandera y se sienta, como dijo Friedrich Adler, el soldado del “ejército permanente de la revolución social”.

## II. Las primeras semanas de la guerra

### *Extractos de mi diario en Suiza*

*4 de agosto (nuevo estilo) 1914*

¡Qué cosa tan extraña! Aparte de la conmoción, ¡el comienzo de la guerra causa una explosión de alegría entre la gente! Cuando uno grita por la ventana que la orden de movilización acaba de ser firmada, la multitud responde con “víttores”; se desborda por las calles, canta canciones patrióticas y produce la impresión de que no ha hecho otra cosa más que esperar a la declaración de guerra y que este sueño se ha hecho realidad!... Estas escenas se repiten en todos los lugares donde he visto la guerra: en Serbia y Bulgaria, donde se trataba de “liberar a nuestros hermanos del yugo turco”; en Rumanía, donde se trataba de la anexión abierta de territorios búlgaros; en Austria, donde estaban a punto de ahogar a Serbia... Se llega a la conclusión de la monstruosidad de que el pueblo “se alegra” de hacer la guerra, independientemente de los objetivos y las cuestiones que ésta plantee. Tal es la realidad.

La guerra afloja los nudos de condiciones de vida tan penosas de soportar que los trabajadores sienten como barrotes de presidio. Es suficiente con examinarlas, ¡y ya no son soportables!

La guerra os saca de vuestra prisión diaria y os promete un cambio. La guerra se apodera de todos y, en consecuencia, de los oprimidos, de los aplastados, quienes han sido engañados por la vida se sienten en pie de igualdad con los ricos y los poderosos. La tensión de la esperanza hacia el cambio y el acuerdo provisional de todas las clases dan lugar a esta sobreexcitación (que podría llamarse alegre) que justifica la sentencia de todos los periodistas en todos los países: “La orden de movilización fue recibida con entusiasmo.” Esta esperanza de un cambio repentino y definitivo de vida, la esperanza de que la guerra os libere de la pesada carga del amanecer al anochecer sin descanso y sin alegría, esta esperanza es, en parte, una mentalidad infantil. No en vano los niños desempeñan un papel tan importante en las manifestaciones patrióticas. ¡La primera ola de desembriagamiento llegará pronto! La guerra no aporta un entendimiento duradero entre las clases. Además, los engaños que puede ofrecer (en forma de una moratoria, etc.) no compensan, con mucho, las cargas materiales que lleva consigo. La guerra ha provocado a menudo la revolución: no porque no fuera rentable (en el sentido del gobierno), sino porque no pagaba las facturas de la esperanza.

La guerra sacude a las masas de arriba abajo, las desgarran en su vida cotidiana, las obliga a pensar colectivamente, suscita olas de profundas esperanzas en ellas, pero luego termina por engañarlas. Esto, por supuesto, es un esquema basto: en las perspectivas de los tiempos de guerra, la alternativa es la esperanza y la desesperación.

La orden de movilización provoca, como ya hemos dicho, una explosión de esperanza. No teniendo ésta todavía tiempo de extinguirse en la confusión de la movilización y ya llega la declaración de guerra. Una nueva ola, ¡más alta! Las consecuencias de la movilización ya son cada vez más graves. Aparecen dificultades. La noticia de una brillante victoria sube la exaltación a su paroxismo, y entonces nacen las esperanzas de una paz cercana. ¡Entonces comienza (de vez en cuando se producen nuevas exaltaciones) el reflujó! para los que ya no están y para los que permanecen...

9 de agosto

Anoche conocí a Greilich. Debe tener entre 73 y 74 años, no muy grande, pero sólido y cumplido, la antítesis lograda del difunto Bebel. Ambos eran de la misma edad, ambos obreros, pero ese era el fin del parecido. Bebel encarnaba la idea del deber: era estricto y abstemio. El segundo, en cambio, tenía la misma predilección por “Weib, Wein und Gesang” (mujeres, vino y canciones) que Martín Lutero. Miré al viejo con interés. El pelo era muy blanco, sin arrugas, pero con surcos profundos en la cara extraordinariamente inteligente. Los ojos estaban protegidos por pesados párpados, pero durante las conversaciones se llenaban de inteligencia. Hablamos, por supuesto, de la guerra. Greilich estaba insatisfecho con la conducta de los partidos socialistas, pero esta insatisfacción era la de un socialdemócrata tranquilo y neutral. “Ahora la Internacional no existe. Son más fuertes que nosotros. Cuando actuamos como vanguardia, nos vemos a nosotros mismos como una fuerza; pero cuando, en el escenario mundial, están surgiendo grandes masas en el escenario mundial, entendemos que somos sólo una minoría. Esa es la explicación de lo que está pasando. Y como estamos claramente en minoría, entonces el estado de ánimo colectivo se apodera incluso de nuestra propia “gente”. Mire usted a Adler, Austerlitz, Renner, Bayer; todos admirables, ¡pero mire cómo se comportan! Votan a favor de créditos militares. Y Vandervelde, ¡que ocupa el cargo de ministro...! Esta guerra revela la profunda crisis de la Internacional. Obviamente renacerá, pero sobre nuevas bases. Los partidos políticos están comprometidos. Pero los sindicatos se han mantenido al margen (!?). No pueden vivir sin una organización internacional. Creo que después de la guerra, la Internacional renacerá sobre la base de asociaciones sindicales.”

¿De dónde sacó Greilich la idea de que los sindicatos se habían mantenido al margen? Era completamente incomprendible para mí. Tenía razón cuando dijo que éramos una minoría. Pero los que hacen la guerra también son una minoría, lo que no les impide liderar a la mayoría. ¡Y ésta marcha “como un solo hombre”!..

El *Corriere della Sera* retransmite una declaración de Haase. Si esta retransmisión es correcta, parece que Haase justifica su voto a favor de los créditos militares “invocando el peligro zarista”. Ni una palabra sobre Francia.

Inglaterra justificó su entrada en la guerra por la necesidad de rescatar a Francia de la agresión alemana. Asquith no dijo ni una palabra de Rusia.

La política seguida por la socialdemocracia necesita silencios (omisiones por silencio), al igual que la del gobierno inglés. Así que el juego no es muy limpio, ni en Asquith ni en Haase. Otra consecuencia: se puede justificar muy bien la guerra ante la opinión pública, 1º bien llamando a la absoluta necesidad de luchar contra el zarismo, 2º) o bien guardando silencio sobre su alianza con él.

Sobre el tema de las perspectivas militares, Greilich se expresó de la siguiente manera: “En Francia, Alemania no alcanzará ninguna victoria brillante. Si eso ocurriera, sería demasiado triste. Los alemanes sufrirán grandes pérdidas y, aunque alcancen algunos éxitos, no podrán infligir daños irreparables a Francia. Pero en Rusia, allí lograrán grandes victorias.”

*“El día del pueblo alemán”*

*Una sesión en el Reichstag*

“Nunca olvidaremos el 4 de agosto. Ahora que el destino está echado, esperamos de todo corazón que nos traiga la victoria, la victoria para la santa causa del pueblo alemán. La pintura que el Reichstag nos ha ofrecido hoy queda profundamente grabada en la memoria de cada alemán y marcará para siempre este día de la historia como la ascensión más orgullosa y poderosa del alma alemana... De la otra parte, lamentables

especuladores, una coalición de pequeños tenderos privados de todo sentido moral. Aquí, un pueblo unido, levantado por una voluntad poderosa. ¡La historia del mundo retrocedería si el buen derecho del pueblo alemán no triunfara!... (*Wiener Arbeiter Zeitung*).

¡Oh, bandas de Smerdiakov!<sup>13</sup>

Sobre el tema de la votación de la socialdemocracia del 4 de agosto, *Arbeiter Zeitung* nos habla del gran día de la nación alemana. Este hecho, en el que sólo vemos la vergonzosa caída del socialdemócrata, llena el corazón del llamado periódico “obrero” de alegría, orgullo y esperanza. Encuentra acentos poéticos y expresiones nobles, ¡que nos llenan de asco y vergüenza! ¡Oh, bandas de Smerdiakov! ¿Cómo puede ser que la Segunda Internacional termine en un fiasco total?

La Internacional examinaba el problema de la guerra cada tres años (“Guerra a la guerra”) y, en caso de que surgieran diferencias, sólo se referían a los medios de que disponía la socialdemocracia internacional para “bloquear el camino” hacia la guerra y, si a pesar de todo estallaba la guerra, se trataba de cómo se podía arrancar a las masas de las garras del poder y devolver las consecuencias del conflicto sobre las cabezas de las clases dominantes. (Resolución de Stuttgart.) Cuando las señales de alerta de la guerra se hicieron evidentes, la socialdemocracia alemana entabló conversaciones secretas con el gobierno, que proporcionó pruebas “tangibles” de su amor por la paz; el estado francés también convenció a sus socialistas; los socialistas austriacos aprobaron el ultimátum enviado a Serbia. Cuando estalló la guerra, los socialdemócratas alemanes no encontraron nada mejor que votar en masa por los 5.000 millones de créditos militares solicitados; los socialistas austriacos llegaron a una intoxicación obtusa, cuyos efectos hemos visto anteriormente.

El caso está perfectamente claro: no se trata de pequeñas combinaciones políticas, de negociaciones oportunistas, de declaraciones “torpes” (supuestamente) en lo alto de la tribuna parlamentaria, de votaciones por el presupuesto de los “Grandes Duques” de Baden, de las experiencias del “ministerialismo” francés, de la negación de algunos líderes, no, el caso es muy diferente: ¡se trata del hundimiento de la Internacional en esta época de responsabilidades!

### 10 de agosto

No hay duda de que los síntomas (y no eran sólo síntomas) de las contradicciones nacionales dentro de la Internacional aparecen ya claramente. La socialdemocracia austríaca no había sido capaz de mantener su unidad y estaba fragmentada en “capillas” nacionalistas. Tuve ocasión de escribir en *Neue Zeit*, ya hace unos años, sobre la tendencia chauvinista del *Wiener Arbeiter Zeitung*, especialmente sobre cuestiones de política exterior. Los marxistas austriacos (O. Bauer y compañía) se sintieron conmovidos por mi inoportuna “intervención” y trataron de explicar el caso diciendo que L... estaba a cargo de la oficina de política exterior, y que L... ¡tenía puntos de vista falsos! (escrito en blanco y negro), pero que tenía una familia numerosa y que, por lo tanto, no se le podía negar el puesto de redactor. Pero sus “falsas opiniones” no eran de recibo en una oficina (Asuntos Exteriores) que pertenecía a Austria, ¡dentro del marco de la política de prestigio! “Los trabajadores no leen esto...” “¡En nuestro país, en Austria, esto no significa absolutamente nada!”... A V. Adler le gustaba definirlo todo sobre la Internacional con estas palabras: “La oficina de Bruselas... la política de prestigio”. Este punto de vista era completamente falso y de escasa importancia política en último término, sobre todo en Austria, ¡que cuenta con tantas nacionalidades diferentes! La política exterior de los socialdemócratas

<sup>13</sup> Smerdiakov, personaje lacayo particularmente vil pero ingenioso en *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Nota de traductor al francés.

austro-alemanes se enfrentaba a las opiniones de los trabajadores de todas las razas del Imperio. Era imposible celebrar la idea alemana, el espíritu alemán, oponiéndola a las ideas eslavas como lo hizo *Arbeiter Zeitung* y querer, al mismo tiempo, unir a los obreros alemanes y eslavos. Era imposible llamar a los serbios “ladrones de caballos” y querer unir a los trabajadores alemanes y yugoslavos de las provincias bajo el control de Austria. El diputado socialdemócrata Ellenbogen hizo esta declaración en una “mitin” en Berna: “Somos leales a la nación alemana tanto en la felicidad como en la desgracia, en la paz como en la guerra.” Pernerstorffer y Austerlitz hicieron comentarios similares... Otros tenían palabras de este tipo, pero menos provocativas. Esta política dividió al partido en fracciones nacionalistas, y la socialdemocracia resultó ser, una vez la guerra declarada, un apoyo a la monarquía.

Hay que decir con franqueza que, si Berchtold hubiera escrito un plan de acción para la socialdemocracia, no habría encontrado nada mejor que el que se estaba elaborando en el edificio de la “Rechte Wienseile”<sup>14</sup>.

Estos síntomas no eran tan claros entre los socialistas alemanes. Sin embargo, tampoco faltaban advertencias alarmistas. Bebel había prometido “tomar el fusil” para defender al país del zarismo. Los subordinados del partido aceptaron esta declaración muy seriamente. Noske repitió la misma frase en su discurso sobre el presupuesto, lo que tuvo cierto impacto. “Ha bebelizado a Bebel”<sup>15</sup>, se dijeron los miembros del partido. En los encuentros privados, los funcionarios medios del partido muestran tal estupidez, tal autosatisfacción “nacional-filisteá”, que era imposible no abrir los ojos con asombro... En cuanto a los imperativos formales del internacionalismo (política de prestigio, según Adler), la socialdemocracia alemana los observaba mejor que sus homólogos de Europa Occidental<sup>16</sup>.

\*  
\*\*\*  
\*

### 11 de agosto

El choque entre la tendencia nacionalista y los problemas del internacionalismo, ambos enfrentados al desarrollo del imperialismo, ha llevado al suicidio de la II Internacional. No cabe duda de que, en los próximos meses, el proletariado europeo levantará la cabeza y demostrará que bajo una Europa militarista existe una Europa revolucionaria. Sólo el despertar de un movimiento revolucionario y socialista, que adoptará inmediatamente una forma volcánica, puede llevar a la fundación de una nueva internacional. Abrirá el camino para una profunda lucha interior eliminando los elementos antiguos, ampliando las bases del socialismo y revisando sus objetivos políticos. En cualquier caso, no se podrá volver a empezar el socialismo. La Tercera Internacional será heredera del espíritu de la Primera, pero con las modificaciones que traen consigo las conquistas de la Segunda.

Los años venideros verán la era de la revolución social. Sólo el ascenso revolucionario del proletariado puede detener esta guerra, sin lo cual, y dada la complicación de sus factores y la inmensidad de los campos ofrecidos a su acción,

<sup>14</sup> La sede del partido, también sede del diario *Arbeiter Zeitung*.

<sup>15</sup> Juego de palabras alemán prácticamente intraducible al francés. El sentido sería el siguiente: “Imitándolo, lo supera”.

<sup>16</sup> Dejamos a un lado las páginas siguientes de nuestro diario porque se retomarán y desarrollarán en el capítulo “La guerra y la Internacional”.

continuará hasta el agotamiento total de Europa y el mundo y dejará atrás nuestra civilización por un período indefinido...

12 agosto

República... república, como dice un burgués ruso en París (en casa de Gleb Uspensky), ¿dónde diablos han metido las patatas?

Este es el criterio fundamental de Suiza. Por supuesto, la Suiza germana representa a Alemania, la Suiza francófona a Francia. Pero ambas se ocupan principalmente del avituallamiento. En este lugar lejos de Europa, los acontecimientos se reducen al nivel de la "patata". Suiza ha tomado las armas para garantizar la integridad de sus casas, viñedos y vacas. Ahí es donde terminan las simpatías. Cuando se trata de sus patatas, a los suizos ya no les gusta. Hay que reconocer que esta milicia pequeñoburguesa y cantonal se impone por su apariencia, mucho más que los regimientos europeos tan bien entrenados y que se van tan elegantemente a la guerra. El austriaco está a punto de "pacificar" a Serbia e inculcar el respeto a la monarquía. El alemán camina por Brest-Litovsk del que ni siquiera conoce su lugar en el mapa. La flota inglesa parte de sus bases para ayudar al sistema continental. El pequeño campesino de Kursk entra en campaña para apoyar a sus hermanos eslavos y a la "bella Francia" (¡no le faltaba más que eso!) ¡Y ahora el suizo está armado con un rifle para defender sus coles, sus conejos, sus patatas! Sabe por qué va a la frontera y qué necesita proteger. Cuando contempla uno a esta gente sólida, bronceada y tranquila, con los ojos agudos del cazador y del tirador, cuando observa su disciplina voluntariamente consentida, su independencia personal y su confianza en sí misma, en uno mismo se manifiesta un respeto por esta democracia conservadora, burguesa y campesina que no puede uno experimentar en la Europa medio-feudal con sus cortes, sus insignias, su oscurantismo religioso y sus otros accesorios medievales...

Los rusos que viven en Suiza sólo están interesados en los acontecimientos mundiales debido a su impacto en el tipo de cambio del rublo y en los precios de la comida. De repente quedó bloqueado el crédito. Se han cortado las relaciones con Rusia. ¡El dinero ruso ya no se puede cambiar! Después se cambian 100 rublos por 100 francos suizos; entonces, el cambio se detiene otra vez, luego se cambia de nuevo y así sucesivamente... Esta mañana se cambiaban 240 francos suizos por 100 rublos. (Pero, ¡es imposible!) ¡Sí!... le aseguro que Inglaterra acaba de declararle la guerra a Alemania. Deshágase usted de sus acciones.... mañana Italia entrará en el baile, ¡al diablo!... Y otra vez, el cambio será ridículo...

\*\*\*

¡Las noticias sobre las fronteras ruso-austriacas-alemanas son bastante raras!... De vez en cuando salen a la luz informaciones, siempre de origen austriaco (¿Conrad von Hoetzendorff o Daszinsky?): en la Polonia rusa se habría producido un levantamiento supuestamente, se habría formado un gobierno nacional revolucionario en Varsovia, los ejércitos rusos han evacuado completamente Polonia, etc....

Estas noticias nos parecen increíbles sólo porque llegan demasiado pronto. Todas las opiniones coinciden en que Rusia ha tomado el camino de la autodestrucción.

Comencemos con la masa de soldados y su característica campesina. No hay razón para suponer que las reformas agrarias hayan sido capaces, en siete años, de crear nuevas generaciones de aldeanos que se han convertido en "respetuosos de la ley" y "conscientemente patrióticos". Por el contrario, todos los plumíferos reaccionarios trataron de abrumar a estas generaciones de campesinos con todas las características de pereza y disipación. Basta recordar los discursos pronunciados en las asambleas de la nobleza, la novela de Rodionov *Nuestro crimen*, los artículos de Menchikov, etc. En el

campo, en 1905 e incluso antes, comenzó una gran revolución: el despertar de la personalidad, y consecuentemente el colapso de la teoría de tolstoyana, el “karatayavevismo”.

El despertar del sentido de la personalidad del campesino estaba destinado a llevar a algunos propietarios individualistas y conservadores a prestar ayuda al orden burgués. Estos jóvenes “matones” de aldea, contra los cuales Rusia del 3 de junio exigió medidas draconianas, iniciaron un proceso que durará 15 años, 20 años (¡los promotores del derecho agrario exigieron casi cien años para completar su buena obra!), pero un proceso irreversible, que dependerá de toda la evolución económica y política del país. Pero la acción directa de estos trastornos económicos y psicológicos se dirige contra las autoridades: los padres, las comunidades, los terratenientes, la iglesia y el poder.

El desarrollo de la educación, incluso reducida al ABC, es de gran importancia para el ejército actual. La contrarrevolución ha hecho importantes progresos cuantitativos en este ámbito. Pero las generaciones de campesinos, que constituyen la mayor parte del ejército ruso, no se han beneficiado de esta renovación de la escuela. La guerra empuja al aldeano ruso a una nueva forma de vida. Esto tendrá que manifestarse en las filas de esta infantería campesina de una manera lamentable pero peligrosa para los dueños de la situación. Sin hacer grandes discursos está claro que los obreros marchan al frente llenos de odio hacia los dirigentes. No olvidemos que el porcentaje de obreros en el ejército desde la guerra ruso-japonesa es extraordinariamente alto. No olvidemos tampoco que, en vísperas de la guerra, se manifestó un descontento que adquirió un carácter revolucionario en Petrogrado. La mentalidad de los muchos elementos alógenos [no nativos] del ejército no debe ser mejor.

En conclusión, el siguiente cuadro: una masa campesina definitivamente arrancada de su pasividad patriarcal, pero que no alcanza de lejos la forma de vida burguesa de los obreros rebeldes; alógenos irritados. Este es el material humano disponible para el ejército ruso.

Pasemos ahora a los líderes de este ejército. En tiempos de paz, el cuerpo de oficiales formaba un círculo muy cerrado. Pero para juzgarlos honestamente, uno no debería limitarse a las descripciones de Kuprin ni disfrutar detallando los excesos de los que son culpables todos los portadores de espadas en los clubes nocturnos, restaurantes y estaciones. Basta decir que la casta de los oficiales representa, en su mayor parte, la Rusia de los líderes. Se trata aquí de un conjunto de puntos de vista, intrigas y relaciones comunes. El ministro de guerra, Sujomlinov, deseando casarse con la esposa de cierto terrateniente, logró que se divorciara por medio de un esquema similar a los utilizados por Sheglovitov durante el juicio de Beylis<sup>17</sup>. Oficiales y burócratas forman dos vasos perfectamente comunicantes. Esta alianza, que no dudó en derramar sangre como en la época de la pacificación, por ejemplo, se fortaleció aún más en la era del servilismo nacionalista (bajo Stolypin) y encontró su desarrollo natural en el saqueo desenfrenado de las arcas del estado, en el “amiguismo” y en una impunidad increíble. La Rusia prerrevolucionaria no conocía un gobierno como el de Makla Kov-Kasso-Dumbadze, inspiradores como Rasputín.... Tales tipos..., ¡ni siquiera Chedrin se los había imaginado! Este espíritu rasputiniano ejerce sin duda su influencia en los altos mandos del ejército y de la flota.

---

<sup>17</sup> Beylis, sin alcanzar la magnitud del caso Dreyfus, este proceso, basado en una falsa acusación de crímenes rituales, fue comentado con pasión por la opinión pública. La provocación policiaca que hizo estallar este asunto llevó a la confusión a los acusadores y dejó a la luz la colusión entre la policía política y las organizaciones antisemitas de las Centurias Negras. Proceso que acabó con una absolución. Traductor. [De Trotsky, ver “El caso Beylis”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano.](#)]

De todo esto vendrá inevitablemente una horrible catástrofe, que despertará la energía revolucionaria del pueblo. No es imposible que a finales de año podamos volver a casa...<sup>18</sup>

\*\*\*

El periódico socialdemócrata de *Zürich Volksrecht* (número 185, 12 de agosto de 1914) plantea la cuestión del avituallamiento.

Suiza sólo produce una cuarta parte de sus necesidades de trigo. El resto proviene de las importaciones, que ahora están demostrando ser cuestionables. Se utilizará la patata familiar. ¡En el dominio del trigo, la patata y... el almidón... se hará notar la mayor necesidad! El margen de seguridad es mucho mayor para la producción de lácteos, carne y grasa, dada la producción natural del país. *Volksrecht* pide la requisita del trigo y de las patatas de este año; considera que es esencial retirarlas del mercado y organizar una distribución planificada a través de organismos cantonales y comunales. El aspecto financiero de la cuestión se resolverá a través de un banco nacional, que actuará como puente entre el gobierno y el productor. Esta es la única manera (según *Volksrecht*) de evitar la privación a los no propietarios.

Pero, se dirá, ¡es una medida socialista! De hecho, podría ser un paso (tímido), pero aun así logrado, hacia una distribución justa de los recursos. Esta posibilidad está vinculada a la posición geográfica de Suiza. Cuanto más desorden traiga la guerra a las relaciones internacionales, más severo tendrá que ser el avituallamiento de acuerdo con métodos de planificación rigurosos.

Pero sólo se puede producir y distribuir razonable y económicamente sobre bases socialistas.

¡Esta es nuestra fuerza! Se manifestará en los tiempos venideros, hecha de ruinas, luto y necesidades.

Entre los emigrantes rusos: estudiantes, gente que toma las aguas, turistas, etc., se ha creado un “Comité de Salvación Pública” que intenta ayudar a nuestros compatriotas por todos los medios. Emite certificados, proporciona información, organiza la asistencia material, etc. En torno a este comité se han agrupado todas las clases de la sociedad: desde el desertor al magistrado, desde el obrero al director del Instituto Lazarov. A la cabeza están los socialdemócratas (por supuesto) que gozan de una confianza ilimitada y tienen una amplia experiencia en asuntos corrientes. El comité organiza una cantina barata (sopa y pan por 30 centavos). Esta cantina es gratis para los pobres. El primer día, 15 personas almorzaron, hoy hay unas 160 personas. Allí nos encontramos con gente muy rica, pero actualmente sin dinero, sin posibilidad alguna de recibir fondos de Rusia.

¡¡Es muy posible que, pronto, Suiza y Europa se indignen por “convertirse” en cantinas baratas...!! Esta cantina sólo puede organizarse con la ayuda de los obreros. Este papel de “proveedor” sólo puede ser desempeñado (no hace falta decirlo) por la socialdemocracia.

Este será el comienzo del rescate de la organización, en medio del caos actual en Europa. La humanidad no sucumbirá a los humeantes escombros del militarismo.

---

<sup>18</sup> Más arriba no hemos recordado el papel ejercido por la intelligentsia que ocupaba los grados medios y subalternos del cuerpo de oficiales. Toleró el renacimiento decisivo de la burguesía durante el período de contrarrevolución y en numerosos dominios, incluyendo en los puestos de mando, se mostró claramente de tendencia liberal imperialista. La movilización patriótica de la opinión burguesa, la movilización técnica de la industria y la actividad de la intelligentsia en el ejército suministraron un estable apoyo a la Rusia imperial. Al fin de cuentas, esto no hizo más que retrasar la catástrofe. Los acontecimientos han justificado mi análisis (abril de 1922, L. Trotsky).



Emergerá para tomar el camino correcto. Habiendo comenzado con la distribución justa de las patatas, llegará a la etapa de producción organizada socialista.

### 13 de agosto

Jean Jaurès ha muerto en un momento en que el socialismo internacional estaba completamente comprometido. A través del pensamiento, recorro la historia y no descubro ningún otro ejemplo de un espíritu tan grande destruido por un asesinato político. Los acontecimientos actuales son de tal magnitud que nos obligan a olvidar la memoria de Jaurès y su sangre derramada. Pero, para muchos, la muerte de Jaurès seguirá siendo el acontecimiento más trágico de ese fatídico mes de agosto, ese horrible mes de la historia de la humanidad.

Cuando llegó el telegrama que anunciaba la desaparición del gran tribuno francés, nos quedamos petrificados unos minutos; luego pensamos: ¿no deberíamos ver en él la mano de la reacción rusa? Esta suposición no contiene ningún elemento improbable. Jaurès era enemigo de la alianza entre la república y el zarismo y se opuso a la entrada de Francia en la guerra hasta el final. Con la pasión que combinaba en él el oportunismo político y el idealismo revolucionario, hizo todo lo posible para lograr su objetivo: la fuerza de su elocuencia como tribuno, sus relaciones entre bastidores con miembros del gobierno y su “alumno” Viviani y, finalmente, la presión de las masas. Era un poderoso obstáculo en el camino del chovinismo francés y la diplomacia rusa. Si no era apartado del camino, nunca podría haber ninguna seguridad de que Francia seguiría fielmente las políticas de Nicolás y Poincaré. Y Jaurès fue “borrado” por la bala de un monárquico francés, tras el cual, si se mira con atención, se encuentra probablemente la sombra de uno de los colegas del general Harting...<sup>19</sup>

\*\*\*

Jaurès era un ideólogo, en el sentido definido por el ahora olvidado sociólogo Alfred Fouillée, el padre de las “ideas de fuerza”. Napoleón habló con desprecio de los “ideólogos” (la palabra es su creación, por cierto). Olvidó que él mismo era el ideólogo del neomilitarismo.

El ideólogo, no sólo no se conforma con la realidad, sino que al extraer “su idea”, la persigue hasta las consecuencias extremas. Esto puede asegurar éxitos que el empirismo no puede lograr, pero también conduce a caídas vertiginosas.

¡Jaurès está muerto! Encarnó mejor que nadie la vieja era del socialismo francés. La dotó de la “Idea” y, a su servicio, nunca se detuvo a mitad de camino. Así, en la época del caso Dreyfus, impulsó hasta el final la idea de la colaboración con la izquierda burguesa; con toda su pasión apoyó a Millerand, ese vulgar arribista, sin ideal y sin coraje. Siguiendo este camino, Jaurès entró en un callejón sin salida con toda la ceguera del ideólogo que accede a cerrar los ojos ante muchas cosas, siempre y cuando no tenga que renunciar a su idea rectora. No es la miopía del topo, sino la ceguera del águila cuya mirada ha sido quemada por la “Idea” (el sol). Con toda su apasionada ideología, Jaurès luchó contra el militarismo y el peligro de una guerra europea. En esta batalla política (como en cualquier otra) utilizó métodos que no se correspondían con los habitualmente utilizados para la lucha de clases, métodos que podrían parecer, para un verdadero marxista, inadmisibles o, al menos, arriesgados. Confiaba mucho en su poder de persuasión; en los pasillos del parlamento, llamaba a los ministros y los ponía contra la pared con todo el peso de su argumentación. Para apoyarla, contaba mucho con sus relaciones personales con el primer ministro Viviani y la Oficina Internacional de

<sup>19</sup> Uno de los más conocidos miembros de la Ojrana zarista. Ojrana, policía secreta imperial.

Bruselas. Pero todas estas maniobras en los pasillos no afectaron en modo alguno a su naturaleza: no era un doctrinario del oportunismo, sino un ideólogo. Podía igual de fácilmente instar a Viviani a “abandonar” al zarismo, que, de la misma manera, podía movilizar a las masas revolucionarias para que se manifestasen contra los gobiernos de guerra.

Al servicio de su “Idea”, pudo lanzarse a las empresas más oportunistas y revolucionarias, y si esta “Idea” se hubiera correspondido con el espíritu de la época, Jaurès habría logrado resultados como nadie más podría haberlo hecho. Pero iba a enfrentarse a derrotas catastróficas. Como Napoleón, podía conocer tanto Austerlitz como Waterloo.

¡Jaurès está muerto...! ¡La guerra europea ha pasado sobre el cadáver de Jaurès! Quizás podría haber desplegado toda su fuerza en el período de la posguerra, que ofrece perspectivas problemáticas pero grandiosas.

Luchó por la paz, la democracia y las reformas, pero la guerra y la revolución lo habrían tomado menos de improviso que a cualquier “bonzo” de la Internacional. El doctrinario se apoya en la teoría, el que está acostumbrado al oportunismo recurre a todos los recursos de su profesión como político y, entre dos períodos, se siente como un pez fuera del agua... ¡Un ideólogo de un estilo tan brillante como Jaurès sólo es impotente en el momento en que la historia lo desarma! Pero aquí de nuevo, sin embargo, es capaz de ser poseído por una nueva idea rectora y de ponerse al servicio de una nueva era. La muerte de Jaurès decapitó al socialismo francés de una manera más radical que la muerte de Bebel a la socialdemocracia alemana. No es que la personalidad y la actividad de Bebel fueran menores que las de Jaurès, sino porque la naturaleza más dramática del carácter francés requiere más cualidades que las demandas alemanas: especialmente en esta era de agregaciones moleculares de fuerzas que expresó, ingeniosamente y hasta el final, Auguste Bebel.

El asesinato de Jaurès quitó un peso considerable de los hombros del chovinismo francés y de la diplomacia rusa. Pero la cuestión aún no se ha resuelto... ¿Quién armó el arma del asesino fanático...?

#### *14 de agosto*

A finales de septiembre de 1905, estaba escondido en Finlandia, en una pensión aislada, a orillas de un lago, en medio de un bosque, una pensión llamada “Rauha” (en finlandés: paz); no pasó mucho tiempo antes de que fuera desenmascarado el informador Nicolas Dobroskok, que me conocía. Esta posada forestal podía acomodar a unas cien personas y estaba llena durante la temporada, pero vacía en septiembre. El personal quedaba reducido al mínimo. Pero el mecanismo del hotel seguía funcionando (como me pareció, sólo para mí). La patrona, enferma del corazón, sostenía sus fuerzas con champán, luchando así contra la muerte. El primer camarero había ido a buscar al jefe (a la ciudad).

En el gran comedor, me sirvió un camarero de 14 años. Era el único ser vivo que encontré durante dos o tres días seguidos.... Y durante este tiempo se preparaba una tormenta... Volviendo un día de una caminata por el bosque vacía y sacudiendo la nieve de mi pelliza en la antecámara, vi el cadáver de la patrona sobre la mesa y, junto a él, un paquete de periódicos. La prensa de San Petersburgo reproducía el llamamiento del 17 de octubre. Qué fantástico contraste entre la calma de esta pensión vacía, el cadáver de la patrona y la tormenta que se levantaba y cuyos ecos me trajeron estos periódicos.

A principios de octubre, dejé “Rauha” y me fui a Petrogrado, donde hablé en una sala del Instituto Tecnológico. La pensión desierta abandonó mi memoria y durante mucho tiempo...

Suiza parece ser, en su género, una especie de hotel “Rauha”. Su ejército está en alerta; desde Basilea, se oye retumbar el cañón, pero Suiza es un oasis rodeado de un cordón de hierro y fuego. Todos los días, los telegramas nos traen informaciones sobre acontecimientos históricos y.... ¿quién sabe?... tal vez llegue el día en que podremos dejar la pensión suiza “de la paz” y encontrarnos con los trabajadores de Petrogrado en una sala del Instituto Tecnológico.

### 15 de agosto

La prensa burguesa alemana está llena de elogios para la socialdemocracia, que ha pasado su prueba de patriotismo con una impudicia significativa. El periódico *Vossische Zeitung* cuenta cómo Haase apareció en la tribuna, todo el público estaba pendiente de sus labios y se mostró entusiasmado al final del discurso: “¡Basta de clases, basta de partidos! ¡Sólo alemanes que aman su patria!” Se nos informa que el diputado Wendel se unió al ejército alemán, el mismo que recientemente terminó su discurso (para el gran escándalo de la burguesía) con este grito “Viva Francia”. La prensa burguesa de los países de la Entente se apoderó de esta información y la imprimió para edificación de sus propios socialistas. No hay duda de que en los relatos de la prensa patriótica hay muchas mentiras. Este terreno lleno de embustes impide desenmarañar lo verdadero de lo falso. Cada vez más sale a la luz el horrible crimen perpetrado por la socialdemocracia alemana cuando votó a favor de los créditos militares. Hoy he leído los números de los *Vorwärts* del 29 de julio al 5 de agosto (los otros números aún no han llegado) y me he dado cuenta de hasta qué punto las razones dadas oficialmente para intentar explicar el voto sobre los créditos no fueron aprobadas por todo el partido, ni tampoco por *Vorwärts*. La declaración de Haase todavía juega un papel importante en la historia del partido.

No cabe duda de que sigue habiendo una minoría de opositores a la votación sobre los créditos. Hay aún menos dudas de que habrá protestas del núcleo del partido tan pronto como surja la oportunidad.

[...] Me interrumpió la noticia de que Karl Liebknecht, llamado como oficial de reserva, se había negado a participar en la guerra y había sido fusilado. Como resultado, hubo una manifestación en Berlín. La tropa abrió fuego... hay muchas víctimas y, entre ellas, Rosa Luxemburg... Todas estas noticias requieren confirmación, porque nos llegan a través de Copenhague, Londres y Roma. El anuncio de la ejecución de Liebknecht se ve confirmado por las acusaciones negativas de funcionarios alemanes que afirman que en Berlín no se ha visto ninguna maniobra relacionada con este hecho. Entonces, de acuerdo con esta negación, ¿el tiroteo tuvo lugar? Entonces, ¿la manifestación, sin derramamiento de sangre, habría tenido lugar? Si ha caído realmente Liebknecht ha sido para salvar la dignidad y el honor de la socialdemocracia alemana.

### 17 agosto

¡Guerra y paz! Hoy he conseguido que mis hijos vayan a la escuela. Temía dificultades ya que no podía proporcionar ningún documento de estado civil para mis hijos. Pero esta vez, la república (la cosa pública) justificó su lema. Me preguntaron sus nombres, edades y dónde habían dado sus primeras clases. ¡Ninguna petición de papeles! El más grande ha entrado en tercero, el otro en primero - “¿Cuáles son los libros de texto esenciales?” – “Se los daremos”. ¡Por muy poderoso que sea el espíritu pequeñoburgués en esta república arcaica, ha abierto sus escuelas a todos!

### 18 agosto

La agencia de prensa alemana niega absolutamente el castigo de Liebknecht y la sangrienta represión de la manifestación de Berlín.

Anoche vimos a Molkenbuhr, que nos informó de los siguientes hechos: 36 diputados (1/3) querían votar en contra de los créditos, 15 querían abstenerse, de modo que la mayoría triunfó por sólo unos pocos votos.

Los radicales estaban tan seguros de su éxito que impusieron una moción según la cual la minoría tenía que someterse, sin protestar, a la mayoría que, ¡con sólo unos pocos votos!, dio a la Internacional el golpe más duro de su historia.

El hecho de que casi la mitad de los diputados hayan dudado no quita nada a la vergüenza que la socialdemocracia ha provocado. ¡Pero las cifras hablan por sí solas! ¡Son extremadamente sugerentes para el futuro!

Si casi la mitad de los parlamentarios, y por lo tanto de los ejecutivos del partido, de sus hombres de confianza, hubieran votado no, ¿qué no habría hecho la masa de trabajadores?

En conclusión, se demuestra que las masas socialdemócratas se comportan con total indiferencia hacia los principios del socialismo revolucionario y están dispuestas a abandonarlo si uno de ellos se convierte en una cuestión de vida o muerte.

26 agosto

El menchevique M... acaba de ofrecernos un informe sobre la Internacional durante la guerra. Su intento de explicar la rendición de la socialdemocracia como un paso inesperado y fortuito, resultante de un pánico general, fue desplazado al punto más alto. Antes de la guerra, explicó M..., había pleno acuerdo sobre los principios de la política internacional, que se renovó de nuevo en el Congreso de Basilea. Como resultado de la ruptura causada por la guerra, los pueblos están completamente aislados.

En el caos creado por el pánico, la socialdemocracia se ha visto atrapada en su propio instinto de conservación. ¡Buena explicación! Junto a este pánico general, se han ejercido otras presiones sobre la socialdemocracia: el gobierno, los diplomáticos, los estados mayores, los bancos y la prensa burguesa continúan sus políticas a través del caos de la movilización. El periódico *Frankfurter Zeitung* escribe que seremos testigos del surgimiento de un amanecer majestuoso y hermoso (¡¡¡!!!) como el mundo aún no ha visto. ¡Para ellos, el pánico es el cemento nacional!

¡Las monarquías, los parlamentos, la soldadesca capitalista y la prensa burguesa conocen su cenit gracias a la guerra y durante la guerra!

En este ascenso, mortal para nuestra misión histórica, la socialdemocracia internacional desaparece sin casi dejar huella.

La explicación de M... puede adquirir sentido si vamos más lejos y decimos: la burguesía, como clase dominante, apoyándose en la maquinaria del gobierno, utiliza el pánico creado por la guerra para tomar prisionero al proletariado. Pero esta concepción no resuelve la cuestión; ¿adónde se ha ido todo el trabajo de medio siglo de socialismo internacional?

La actividad de la socialdemocracia en los parlamentos, municipios, sindicatos y cooperativas la llevó a formar una verdadera burocracia. Los dirigentes de ésta fueron conducidos a establecer contactos permanentes con las más altas personalidades burguesas.

Esta cooperación constante, en el ambiente “cerrado” de los parlamentos, comisiones, etc., etc., no podía dejar de influir en los representantes de la clase obrera. Limitó sus horizontes y los hizo “más maleables” en cuanto a las demandas de la burguesía. La influencia de esta última es tanto más fuerte cuanto que se basa en un poderoso parlamentarismo, tradiciones históricas y una gran experiencia política. En el arte de desmoralizar y doblegar a sus intereses a los representantes de la clase obrera, la burguesía inglesa no conoce rivales. Luego viene la francesa. Los dones políticos de la

burguesía alemana son de un nivel incomparablemente inferior, lo que explica el gigantesco desarrollo de la socialdemocracia. Las colosales cifras del capitalismo y el militarismo alemanes que se publican a diario no pueden dejar de impresionar a los burócratas socialdemócratas, hacerles admitir otras concepciones y, poco a poco, eliminar cualquier veleidad de independencia.

A esta mentalidad burocrática, la masa de trabajadores aporta un sólido correctivo. Ignora las combinaciones dictadas por el oportunismo, todos esos métodos tan populares entre los diputados, periodistas y burócratas del partido: escucha una sola voz, la de la lucha de clases. El parlamentario socialdemócrata medio tiene un doble comportamiento: en las comisiones parlamentarias habla un idioma completamente diferente al de los mítines. Esta dualidad le impide que deslizarse definitivamente en el parlamento burgués.

¿Qué hace la movilización?

Por un lado, multiplica por diez la presión de la opinión general burguesa sobre los principales líderes de la socialdemocracia y, por otro lado, priva a estos últimos del control sobre las masas organizadas. Los trabajadores alemanes fueron educados en la disciplina y el respeto por la organización. Permitir que una minoría tome iniciativas sin control (como intentaron los sindicalistas franceses) es una actitud incompatible con el espíritu del proletariado alemán. Tiene todas las carencias de sus méritos. En una organización bien administrada, sólo puede oponer una resistencia muy pequeña a cualquier presión externa. La movilización arrancó a los trabajadores de estas “jaulas” llamadas talleres, asociaciones profesionales, organizaciones políticas y los colocó en otras jaulas expuestas al hierro y al fuego, llamadas regimientos, brigadas, divisiones y cuerpos de ejército. La masa se ha visto paralizada y aislada bajo la poderosa presión de la opinión pública en general. La educación dada a la socialdemocracia no le ha dado un verdadero alcance internacional, ni un “temperamento” revolucionario. Es la combinación de todas estas condiciones lo que ha permitido que el “pánico” penetrara en la Internacional, casi sin resistencia.

### *1 de septiembre*

Por casualidad, he tenido en mis manos el libro *Heerwesen und Kriegsführung* (La esencia del ejército y la conducta en guerra) de un tal Reingold, Günther, Doctor en Filosofía y coronel suizo.

Este autor examina, entre otras cosas, las condiciones morales de la guerra, es decir, la influencia de la opinión pública. Cita como particularmente perniciosos los artículos de los periodistas de la oposición que muestran su desconfianza hacia las autoridades civiles y militares. Este respetable doctor en filosofía recomienda que todos los escritores de este tipo sean enviados a una fortaleza donde puedan, en su tiempo libre, participar en “der inneren Beschaulichkeit” (la contemplación interior). Este valiente coronel suizo, de formación intelectual prusiana (la mayoría de los coroneles, como el actual general Willy, se inspiran en los métodos prusianos) podría haber aconsejado enviar a todos los escritores de la oposición a la Suiza neutral.

Aquí, debemos comprometernos en la contemplación interior. El giro totalmente insoportable de este diario personal resulta ser la única manera de aumentar los resultados de esta contemplación interior. La pregunta que surge es cada vez más aguda: ¿qué hay más lejos? No cabe duda de que la receta sencilla pero eficaz del “tan valiente” Dr. Günther no encuentra una amplia resonancia en nuestro tiempo de “guerra liberadora”. La guerra no está en armonía con la noción de libertad para los escritores.

\*\*\*

Bélgica ya no existe desde hace unos días. Fui a Bruselas el 20 de julio para participar en una reunión de “unificación” organizada por la socialdemocracia rusa. El cielo político belga estaba despejado. Vivía en un pequeño hotel con el nombre histórico de “Waterloo”. Pero nada, ni en el hotel ni en Bruselas, recordaba la historia del mundo. Hacía calor y el tiempo estaba calmado. Del 16 al 19, Vandervelde y luego Huysmans, uno tras otro, asumieron la presidencia. El primero estaba lejos de sospechar que, en pocos días, sería (no sólo un ministro, porque ya había pensado en serlo), sino.... ¡el ministro de la defensa nacional!

En una de las sesiones, Vandervelde quiso ilustrar nuestras diferencias tácticas con el siguiente ejemplo: “Supongamos que participáramos en un gobierno burgués, ¡bien! (y mostró a sus dos asesores) Anseele estará a favor, Huysmans estará en contra, en cuanto a mí, dependerá de las circunstancias”. Y he aquí que esas “circunstancias famosas” se produjeron. Se pronunció a favor (!) refugiándose en Amberes con la familia real: ¡todos los matices tácticos desaparecieron ante el patriotismo!

Bélgica estaba celebrando entonces no sé qué jubileo: el centenario de la independencia, tal vez. Desde mi hotel, vi pasar una procesión católica. Me parecía interminable. Los sacerdotes tenían narices grandes, barbillas gruesas, rasgos toscos, y llevaban sobrepellices ornamentados con encajes que parecían blusas de mujer. Los músicos estaban sudando bajo sus sombreros de copa. Los rostros de los hombres en oración eran obtusos y lastimosos. Luego vinieron los portadores de pancartas, los músicos, un coro de niños vestidos de rojo, sacerdotes, cruces, un coro de niñas. A continuación, apareció la estatua de la Madona en terciopelo y brocado, una especie de muñeca grande sin ningún gusto y por todos lados colgaban bandas ¡a las que se aferraban las niñas asustadas! Le siguieron los adolescentes, seguidos de los jóvenes que llevaban una gran cesta llena de confeti y lanzaban papeles de colores por las aceras. Bajo un dosel, un obispo; un quídam se arrodilla. En una palabra, una repulsiva mezcla de estupidez, sentimentalismo e indecencia.

¡Qué lenta es la evolución de la humanidad, que se aleja de las tinieblas de la barbarie! Al contemplar esta procesión, una mezcla de “santurronería y charlatanería”, ¿quién podría decir que tenemos a Darwin y a Marx?

\*\*\*

Hoy es el cuarto día de la Conferencia Socialdemócrata en Zúrich. No fui ayer y no iré hoy. ¡Se han agotado los temas! ¡Y sólo habrá repeticiones! En cualquier caso, una confirmación (ya evidente a principios de agosto): un cierto crecimiento del nacionalismo y del patriotismo en la socialdemocracia rusa. Es una especie de patriotismo falso, avergonzado de sí mismo y presto a las concesiones. Estos neopatriotas también se encuentran entre aquellos que han sido forzados a abandonar su patria por el poder romanovo-raputiniano. Por eso ocultan su patriotismo, por una parte, por simpatía hacia la Francia democrática y, por otra, ante la emoción causada por la bajeza de la socialdemocracia alemana. Su declaración en la famosa sesión del Reichstag les permitió, bajo el pretexto del falso radicalismo, insultar a los alemanes. Invocando sus sentimientos por Francia, apoyan con temor a la Alianza francorrusa.

Estos sentimientos tan viles se observan en todos los partidos. Los desacuerdos están surgiendo en todas las reuniones y la brecha entre nacionalistas e internacionalistas se ensancha irremediabilmente.

## La guerra y la Internacional

### *Introducción*

La base de la guerra actual es la rebelión de las fuerzas productivas generadas por el capitalismo contra su forma de explotación nacional-estatal. El globo entero, la tierra y el mar, la superficie y sus profundidades, se han convertido ya en el escenario de una *economía mundial* cuyas partes individuales están inextricablemente unidas. El capitalismo ha hecho este trabajo. Por otra parte, también ha hecho que los estados capitalistas subordinen esta economía mundial a los intereses de lucro de cada burguesía nacional. La política del imperialismo es ante todo un testimonio de que el viejo estado nacional, creado en las revoluciones y guerras de 1789-1815, 1848-1859, 1864-1866 y 1870<sup>20</sup>, ha sobrevivido a sí mismo y aparece ahora como un obstáculo intolerable para el desarrollo de las fuerzas productivas. La guerra de 1914 significa sobre todo el naufragio del *estado nacional* como territorio económico independiente. La nacionalidad sigue siendo un hecho cultural, ideológico, psicológico; sin embargo, su base económica ha sido arrancada de cuajo. Todo lo que se afirme sobre que el sangriento enfrentamiento actual es una obra de defensa nacional es hipocresía o ceguera. Por el contrario, el fin objetivo de la guerra es aplastar a los actuales centros económicos nacionales en nombre de la economía mundial. Pero no se pretende resolver esta tarea del imperialismo sobre la base de una cooperación razonablemente organizada de toda la humanidad productora, sino sobre la base de la explotación de la economía mundial por la clase capitalista del país vencedor, a la que esta guerra debe transformar de gran potencia en potencia mundial.

---

<sup>20</sup> Revoluciones y guerras: a) 1789-1815: las guerras revolucionarias francesas (dirigidas desde 1799 por Napoleón Bonaparte) establecieron el estado-nación francés y abolieron los derechos feudales al oeste del Elba; b) 1848-1859: la lucha por la liberación de Italia de Austria y la unificación italiana, incluida la liberación de la ciudad de Roma del Papa; c) 1864-1868: Prusia y Austria atacan Dinamarca en enero de 1864; Prusia se anexiona Schleswig y Austria Holstein; en 1866 Prusia, tras asegurarse la neutralidad de Rusia, Francia e Italia, declara la guerra a Austria, una guerra, que en palabras de Moltke, jefe del estado mayor, “era una lucha por la hegemonía... largamente contemplada y serenamente preparada...” El 3 de julio de 1866, en Sadowa (Königgrätz), los austriacos fueron derrotados rotundamente. Esto aseguró el dominio de los Hohenzollern sobre la Confederación del Norte de Alemania y puso fin a la Confederación Alemana; d) 1870-1871: el 2 de julio de 1869, el gobierno provisional de España promulgó la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern para suceder a la reina Isabel, que había sido depuesta en 1868, el 6 de julio, Francia protesta y seis días más tarde se retira la candidatura. El 7 de julio, el embajador francés en Alemania, Benedetti, exigió al Kaiser una disculpa y el compromiso de que un Hohenzollern no volvería a aspirar al trono español. El Kaiser estaba en Ems, tomando las aguas. Bismarck redactó de nuevo la respuesta del káiser (el ahora famoso despacho de Ems) para hacer inevitable la guerra. El 19 de julio de 1870 Francia declara la guerra. Prusia obtiene victorias inmediatas: El 4 de agosto en Wissenburg, el 6 de agosto en Worth. El 27 de octubre, en Metz, 175.000 soldados al mando del mariscal Bazaine fueron rodeados. El ejército principal al mando del mariscal MacMahon y el propio emperador Napoleón III se rindieron en Sedán el 2 de septiembre. París cayó tras cuatro meses de asedio: del 19 de septiembre al 28 de enero de 1871. Por la Paz de Frankfurt (10 de mayo de 1871) Francia perdió Alsacia-Lorena, Mosela, Alto Rin, Bajo Rin y tuvo que pagar una indemnización de cinco mil millones de francos. La victoria de Prusia supuso la unión de Alemania bajo la hegemonía prusiana. Guillermo I fue coronado emperador de Alemania en Versalles el 18 de enero de 1871. La derrota de Francia condujo a la Comuna de París ([Comunas de París y Lyon](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#)) y al fin de la monarquía francesa.

La guerra proclama el hundimiento del estado nacional. Pero, al mismo tiempo, anuncia también la quiebra de la *forma capitalista* de la propiedad. A partir del estado nacional, el capitalismo revolucionó toda la economía mundial distribuyendo todo el globo entre las oligarquías de las grandes potencias, en torno a las cuales se agrupan sus satélites, los pequeños estados, que viven de la rivalidad de los grandes. El desarrollo ulterior de la economía mundial sobre una base capitalista significa una lucha incesante de las potencias mundiales por nuevas zonas de la superficie terrestre como objeto de explotación capitalista. Bajo el signo del militarismo se alternan constantemente la rivalidad económica, por un lado, y el robo y la destrucción por otro lado, que disuelven los fundamentos elementales de la economía humana. La producción mundial se levanta no sólo contra el caos nacional-estatal, sino también contra la propia organización económica capitalista, que ha conducido a esta bárbara desorganización.

La guerra de 1914 es el mayor colapso conocido en la historia de un sistema económico que perece por sus propias contradicciones.

Todas las fuerzas históricas que estaban llamadas a dirigir la sociedad burguesa, a hablar en su nombre y a explotarla, han declarado su bancarrota histórica con la guerra de 1914. Protegían al capitalismo como sistema de la cultura humana. La catástrofe nacida de este sistema es ante todo *su* catástrofe. La primera oleada de acontecimientos elevó a los gobiernos y ejércitos nacionales a alturas sin precedentes y aglutinó a las naciones en torno a ellos por un momento; pero la caída de los gobiernos será tanto más terrible cuando el significado de los acontecimientos en desarrollo se revele en su verdad y horror a los pueblos ensordecidos por el tronar de los cañones.

La reacción revolucionaria de las masas será tanto más poderosa cuanto más tremenda sea la conmoción que la historia está provocando en ellas.

El capitalismo ha creado las condiciones materiales de una nueva economía socialista. El imperialismo ha conducido a las naciones capitalistas a un caos histórico. La guerra de 1914 muestra el camino para salir de este caos, conduciendo por la fuerza al proletariado hacia la vía de la revolución.

\*\*\*

En los países económicamente atrasados de Europa, la guerra pone al orden del día cuestiones de una etapa mucho más temprana del desarrollo histórico: cuestiones de democracia y unidad nacional. Este es el caso de los pueblos de Rusia, Austria-Hungría y la península Balcánica. Pero estas cuestiones históricamente tardías, legadas a la época actual por su predecesora, no cambian el carácter básico de los acontecimientos. No fueron las aspiraciones nacionales de serbios, polacos, rumanos o finlandeses las que pusieron en pie a 25 millones de soldados, sino los intereses imperialistas de la burguesía de las grandes potencias. Al trastocar tan profundamente el statu quo europeo mantenido durante cuatro décadas y media, el imperialismo ha planteado a su vez las viejas cuestiones que la revolución burguesa se mostró impotente para resolver. Pero en la época actual, estas cuestiones carecen por completo de carácter independiente. La creación de condiciones normales de vida nacional y de desarrollo económico en la península balcánica es impensable con la pervivencia del zarismo y de Austria-Hungría. El zarismo aparece ahora como la reserva militar indispensable para el imperialismo financiero de Francia y para el poder colonial conservador de Inglaterra. Austria-Hungría sirve de sostén al imperialismo de Alemania. Es cierto que la guerra comenzó por los enfrentamientos internos de los terroristas nacionalistas serbios con la policía política de los Habsburgo; pero muy pronto reveló su verdadero rostro: la lucha a muerte entre Alemania e Inglaterra. Mientras los tontos y los hipócritas parlotean sobre la defensa de la libertad y la independencia nacionales, la guerra anglo-alemana se libra en realidad por el “derecho” a la explotación imperialista de los pueblos de la India y Egipto, por una



parte, y por una nueva división imperialista de los pueblos de la tierra, por otra. Alemania, despertada al desarrollo capitalista sobre una base nacional, comenzó con la ruptura de la dominación continental de Francia en 1870/1871. Ahora que el desarrollo de la industria alemana sobre una base nacional ha convertido a Alemania en la primera potencia capitalista del mundo, su desarrollo ulterior se enfrenta a la dominación de Inglaterra. La dominación plena y sin restricciones del continente europeo aparece para Alemania como una condición previa indispensable para la derrota de su enemigo mundial. Por esta razón, la Alemania imperialista ha inscrito sobre todo en su programa la creación de una confederación centroeuropea de estados. La actual Alemania, Austria-Hungría, la península Balcánica con Turquía, Holanda, los países escandinavos, Suiza, Italia y, si es posible, también la debilitada Francia con España y Portugal deben formar un todo económico y militar: una Gran Alemania bajo la hegemonía del actual Reich alemán. Este programa, que está siendo minuciosamente elaborado por economistas, políticos, juristas y diplomáticos del imperialismo alemán y realizado por sus estrategias, es la prueba más contundente y la expresión más demoledora del hecho de que el capitalismo se ha visto insoportablemente constreñido dentro de los confines del estado nacional. La potencia imperialista mundial debe ocupar el lugar de la gran potencia nacional.

Bajo estas condiciones históricas, no puede tratarse para el proletariado de defender la “patria” nacional caduca, convertida en el principal obstáculo para el desarrollo económico, sino de crear una patria mucho más poderosa y resistente: los *Estados Unidos republicanos de Europa*, como fundamento de los Estados Unidos del mundo<sup>21</sup>.

El proletariado sólo puede oponerse a la impotencia del capitalismo imperialista con un programa práctico para el día, con la organización socialista de la economía mundial.

El proletariado se ve obligado a oponer a la guerra como método de solución de las contradicciones insolubles del capitalismo en el apogeo de su desarrollo, *su* método, el método de la revolución social.

\*\*\*

La cuestión balcánica y la cuestión del derrocamiento del zarismo (estas tareas que nos propone la Europa *de ayer*) sólo pueden resolverse en conexión con la solución revolucionaria de la tarea de la Europa *unida de mañana*. La socialdemocracia rusa, a la que pertenece el autor de este folleto, considera como su primera y más urgente tarea la lucha contra el zarismo, que busca en Austria-Hungría y en los Balcanes ante todo una salida para sus métodos estatales de saqueo, robo y violencia. La burguesía rusa, hasta su intelectualidad radical, completamente desmoralizada por el tremendo auge de la industria en los últimos cinco años, ha formado una alianza sangrienta con la dinastía que, mediante su nuevo robo de países, debe asegurar al impaciente capitalismo ruso su parte del botín mundial. Asaltando y devastando a Galitzia, privándola incluso de los jirones de libertad de los Habsburgo, desintegrando a la infeliz Persia e intentando anudar la soga en el cuello los pueblos de la península balcánica desde la esquina del Bósforo, el zarismo deja al liberalismo, al que desprecia, que disfrace su robo con la odiosa declamación de la defensa de Bélgica y Francia. El año 1914 significa la liquidación completa del liberalismo ruso, eleva al proletariado de Rusia a único portador de la lucha de liberación

---

<sup>21</sup> Los Estados Unidos de Europa, consigna propuesta por los socialdemócratas rusos en 1914 y 1915 y posteriormente retirada por razones tácticas. Se convirtió en consigna oficial de la Internacional Comunista en 1923, durante la crisis del Ruhr. Véase “¿Es apropiado el momento para la consigna: los Estados Unidos de Europa?”, en L. Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, en estas mismas OELT-EIS, página 633 y siguientes del formato pdf.

y convierte definitivamente a la revolución rusa en parte integrante de la revolución social del proletariado europeo.

En nuestra lucha contra el zarismo, en la que nunca conocimos una tregua “nacional”<sup>22</sup>, nunca buscamos ni buscamos la ayuda del militarismo de los Habsburgo o de los Hohenzollern. Conservamos una perspicacia revolucionaria suficientemente clara como para ver que al imperialismo alemán le repugna bastante la idea de destruir a su mejor aliado en su frontera oriental, que está ligado a él por la igualdad de estructura social y de tareas históricas. Pero incluso si el asunto no fuera así, si pudiera suponerse que, obedeciendo a la lógica de las operaciones bélicas, el militarismo alemán, en contra de la lógica de sus propios intereses políticos, asestara un golpe aplastante al zarismo, incluso en este caso (bastante improbable) nos habríamos negado a ver en los Hohenzollern a un aliado, ya fuera objetivo o subjetivo. El destino de la revolución rusa está tan inseparablemente ligado al destino del socialismo europeo, y los socialdemócratas rusos nos situamos tan firmemente en el terreno internacional, que nos abstenemos de una vez por todas de comprar el precario paso hacia la liberación de Rusia con la destrucción segura de la libertad de Bélgica y Francia, y (lo que es aún más importante) de llevar el envenenamiento imperialista al proletariado alemán y austríaco.

Estamos ligados en muchos aspectos a la socialdemocracia alemana. Todos pasamos por su escuela, aprendimos de sus éxitos y de sus errores. Para nosotros no era *un partido de la Internacional*, sino el partido por excelencia. Siempre preservamos y reforzamos la alianza fraternal con la socialdemocracia austriaca. Por nuestra parte, nos enorgullecía la conciencia de que en la conquista del sufragio universal en Austria y en el despertar de las tendencias revolucionarias en el proletariado alemán estaba también nuestra modesta contribución, comprada con más de una gota de sangre. Aceptamos sin vacilar el apoyo moral y material de nuestro hermano mayor, que luchaba por objetivos comunes al otro lado de nuestra frontera occidental. Pero precisamente por respeto a este pasado, y más aún por respeto al futuro que ha de unir a la clase obrera de Rusia con el proletariado de Alemania y Austria, rechazamos indignados la ayuda “liberadora” que el imperialismo alemán (¡ay!, bajo la bendición del socialismo alemán) nos trae en la caja de municiones de Krupp. Y esperamos que la indignada protesta del socialismo ruso resuene lo suficientemente fuerte como para ser oída en Berlín y en Viena.

\*\*\*

El *hundimiento de la II Internacional*<sup>23</sup> es un hecho trágico, y sería ceguera o cobardía cerrar los ojos ante él. La posición de los socialistas franceses y de la mayor parte de los ingleses es tan partícipe de este hundimiento como la actitud de los socialdemócratas alemanes y austríacos. Y si este panfleto dedica la mayor parte de su sección crítica a la socialdemocracia alemana, es exclusivamente porque ésta era el miembro más fuerte, más influyente y más principista de la comunidad socialista mundial: en su capitulación histórica es donde emergen más claramente las causas del hundimiento de la *II Internacional*.

<sup>22</sup> El concepto de “tregua nacional” (Burgfriede) se basaba en una antigua costumbre medieval según la cual las rencillas privadas debían cesar cuando el castillo estaba bajo asedio. En la Alemania de 1914 significaba el cese total de la tarea de oposición y de la lucha de clases. El 3 de agosto, el Kaiser declaró: “Ya no conozco partidos, sólo conozco alemanes...”. La tregua entre clases duró poco y se rompió por completo la paz civil el 1 de mayo de 1916, con la detención de Karl Liebknecht. En Francia, tuvieron la Union Sacrée. M. Deschanel, al elogiar a Jaurès, dijo: “Aquí ya no hay adversarios, sólo hay franceses...”

<sup>23</sup> El 4 de agosto de 1914 (pocas horas después de que los ejércitos alemanes hubieran violado la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo) se votaron los créditos de guerra en el Reichstag, y toda la fracción socialdemócrata votó a favor de los créditos. Esta fecha marca el hundimiento de la socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional. Ver en estas mismas EIS: [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#).

A primera vista, puede parecer que las perspectivas social-revolucionarias de la época futura, de las que hemos hablado más arriba, son bastante engañosas frente a la insuficiencia catastróficamente clara de los viejos partidos socialistas. Pero una conclusión tan escéptica sería fundamentalmente errónea. Ignoraría la “buena” voluntad de la dialéctica histórica, del mismo modo que nosotros ignoramos con demasiada frecuencia su “mala” voluntad, tan despiadadamente demostrada en el destino de la Internacional.

La guerra de 1914 proclamó la desintegración de los estados nacionales. Los partidos socialistas de la época que ahora se cierra, eran partidos nacionales. Con todas las ramificaciones de sus organizaciones, de su actividad y de su psicología, estaban fundidos con los estados nacionales y, contrariamente a las solemnes seguridades de sus congresos, se alzaron en defensa de las entidades estatales conservadoras cuando el imperialismo, que había crecido en suelo nacional, atravesó con la espada las anticuadas barreras nacionales. En su hundimiento histórico, los estados nacionales arrastran consigo a los partidos socialistas nacionales.

No es el socialismo lo que perece, sino su expresión histórica actual. La idea revolucionaria se muda liberándose de su caparazón osificado. Este caparazón está formado por personas vivas, por toda una generación socialista que, a pesar del abnegado trabajo de agitación y organización de algunas décadas, se osificó en la reacción política y quedó atrapado por los puntos de vista y hábitos del posibilismo nacional (oportunismo). Los intentos de “salvar” a la *II Internacional* (sobre las viejas bases) mediante métodos personales, diplomáticos y concesiones mutuas son bastante inútiles; demasiado bien está cavando ahora el viejo topo de la historia sus pasadizos, y a nadie le es dado detenerlo.

Del mismo modo que los estados nacionales se han convertido en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, los viejos partidos socialistas se han convertido en el principal obstáculo para el movimiento revolucionario de la clase obrera. Tuvieron que revelar todo su atraso, comprometerse por la absoluta estrechez de sus métodos, traer la vergüenza y el horror de la discordia nacional sobre el proletariado, para que éste, a través de estas terribles decepciones, pudiera liberarse de los prejuicios y hábitos serviles de la época preparatoria y convertirse finalmente en lo que la voz de la historia le llama ahora a ser: la clase revolucionaria que lucha por el poder.

La *II Internacional* no ha vivido en vano. Ha realizado una enorme obra cultural, sin parangón en la historia: la educación y unificación de la clase oprimida. El proletariado no necesita ahora partir de cero. No emprenderá el nuevo camino con las manos vacías. La época pasada le deja un rico arsenal de ideas. La nueva época hará que el proletariado añada a las viejas armas de la crítica la nueva crítica de las armas<sup>24</sup>.

Este folleto ha sido escrito de prisa, bajo condiciones poco favorables para el trabajo planificado. Una gran parte de este trabajo está dedicada a la vieja *Internacional*, que ha caído. Pero todo el folleto, desde la primera página hasta la última, está escrito con el pensamiento de la nueva *Internacional* que debe surgir de la actual convulsión mundial, la Internacional de la lucha final y de la victoria final.

León N. Trotsky  
Zúrich, 31 de octubre de 1914

---

<sup>24</sup> “Evidentemente, el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que la fuerza material tiene que derrocar mediante la fuerza material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas.”, Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, en nuestra serie *Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional*, página 6 del formato pdf.

## I. La cuestión balcánica

El 31 de agosto de este año, un periódico socialdemócrata escribía:

“La guerra que ahora se libra contra el zarismo ruso y sus vasallos está dominada por una gran idea histórica. La consagración de una gran idea histórica llena con su ímpetu los campos de batalla de Polonia y Rusia oriental. El rugido de los cañones, el traqueteo de las ametralladoras y las cargas de caballería significan la ejecución del programa democrático de liberación de los pueblos. Si el zarismo no hubiera logrado reprimir la revolución, en alianza con el poder del capital francés y en alianza con la desmesura de una *política de mercachifles*<sup>25</sup>, la presente guerra genocida habría sido superflua pues el pueblo ruso liberado jamás habría consentido esta guerra sin conciencia e inútil. Las grandes ideas de libertad y justicia hablan ahora el enfático lenguaje de las armas, y todo corazón capaz de un sentido de justicia y humanidad debe desear que el poder zarista sea destruido y que las oprimidas nacionalidades rusas recuperen su derecho a la autodeterminación.”

El nombre del periódico en el que están impresas estas líneas es *Nepszava*, el órgano central de la socialdemocracia de Hungría, (ese país cuya vida interna entera está construida sobre la opresión violenta de las minorías nacionales, sobre la esclavización de las masas trabajadoras, sobre el parasitismo fiscal y la usura de los latifundistas gobernantes), un país en el que gente como Tisza son señores de la situación, agraristas de pura cepa con modales de bandidos políticos. En una palabra, un país lo más parecido a la Rusia zarista. No es casualidad que el destino obligara precisamente a *Nepszava*, el órgano socialdemócrata de Hungría, a dar esta expresión tan entusiasta a la misión liberadora de los ejércitos alemán y austrohúngaro. ¿A quién, si no al conde Tisza, se le pide que lleve a cabo “la ejecución del programa democrático de liberación de los pueblos”? ¿Quién, sino la camarilla gobernante de panamistas<sup>26</sup> de marca de Budapest podría afirmar (en contraste con la “falta de conciencia de una política de mercachifles” de la pérfida Albión<sup>27</sup>) los principios eternos del derecho y la justicia en Europa? La risa le hace a uno conciliador, y se puede decir que la trágica contradicción de la política de la Internacional encuentra no sólo su culminación en los artículos del pobre *Nepszava*, sino también su superación humorística.

Los acontecimientos actuales comenzaron con el ultimátum austrohúngaro a Serbia. La socialdemocracia internacional no tiene la menor razón para tomar bajo su protección las intrigas de la dinastía serbia o de otras insignificantes dinastías balcánicas que disfrazan sus aventuras con pretendidos fines nacionales. Pero aún tenemos menos razones para indignarnos moralmente por el hecho de que un joven serbio fanático respondiera a la criminal y cobarde política nacional de los gobernantes de Viena y Budapest con un sangriento asesinato<sup>28</sup>. En cualquier caso, no nos cabe duda de una cosa,

<sup>25</sup> Referencia a Inglaterra.

<sup>26</sup> La Compañía del Canal de Panamá (Presidente: Ferdinand de Lesseps), financiada internacionalmente, quebró en febrero de 1889. El escándalo afectó a muchas personalidades, entre ellas a Clemenceau.

<sup>27</sup> Pérfida Albión, en francés *La perfide Angleterre* [pérfida Inglaterra], implantada la referencia durante la Gran Revolución, la revolución burguesa francesa.

<sup>28</sup> Es instructivo que los mismos oportunistas austro-alemanes que siempre simpatizan con los terroristas rusos, más que nosotros, los socialdemócratas rusos, que nos oponemos por principio al modo de lucha terrorista, se retuerzan ahora de indignación moral y dejen salir a la luz todas sus entrañas morales por el “hecho sangriento de Sarajevo, vilmente consumado”. En la bruma del chovinismo, esta gente ni siquiera es capaz de considerar que ese lamentable terrorista serbio llamado Gawrilo representa el mismo principio nacional que el terrorista alemán Sand. ¿Acaso llegarán siquiera a exigir que transfiramos nuestras simpatías de Sand a Kotzebue?, por ejemplo, ¿aconsejarán estos eunucos a los suizos que derriben los

a saber: que, en el trato histórico de la monarquía del Danubio con los serbios, el verdadero derecho histórico, es decir, el derecho al desarrollo de la nación, está totalmente del lado de estos últimos, como lo estuvo del lado de Italia en 1859. Bajo el duelo lumpen de la policía real-imperial con los terroristas de Belgrado se esconde una razón mucho más profunda que la glotonería de los Karageorgievich o los crímenes de la diplomacia zarista: por un lado, las pretensiones imperialistas de un estado de nacionalidad sin vitalidad ni viabilidad; por otro, el esfuerzo de la fragmentada Serbia por unirse en un todo estatal viable.

¿Para esto hemos pasado tanto tiempo en la escuela del socialismo? ¿para olvidar las tres primeras letras del alfabeto democrático? Por cierto, este completo olvido sólo se produjo después del 4 de agosto. Hasta esta fecha fatal, los marxistas alemanes se habían dado cuenta de lo que estaba ocurriendo realmente en el sudeste de Europa:

“La revolución burguesa de los eslavos del sur está en pleno apogeo, y los disparos de Sarajevo, por exagerados e insensatos que sean, son un capítulo tan importante de ella como las batallas en las que búlgaros, serbios y montenegrinos rompieron el yugo de la explotación feudal turca que sojuzgaba al campesino macedonio. No es de extrañar que los eslavos meridionales austrohúngaros miraran con nostalgia a sus hermanos de raza del reino de Serbia, que han alcanzado el objetivo más elevado de un pueblo en el orden social existente, la independencia nacional, mientras Viena y Pest tratan a todo lo que se llama serbio y croata con puñetazos y puntapiés, con la ley marcial y la horca... Siete millones y medio de eslavos meridionales, más audaces que nunca desde las victorias de los eslavos balcánicos, claman por su derecho político, y si el trono imperial austriaco intenta a la larga resistir su embestida, caerá y el imperio al que hemos ligado nuestro destino se romperá en pedazos. Pues, precisamente, tales revoluciones nacionales caminan a zancadas hacia la victoria en la línea del desarrollo histórico.” Así rezaba el *Vorwärts* del 3 de julio de 1914, tras el asesinato en Sarajevo.

Si la socialdemocracia internacional, junto con su sección serbia, ofreció una resistencia inflexible a las reivindicaciones nacionales serbias, no fue ciertamente en aras del derecho histórico de Austria-Hungría a suprimir y fragmentar las nacionalidades, ni mucho menos en aras de la misión liberadora de los Habsburgo, de la que hasta agosto de 1914 nadie se atrevió a pronunciar una palabra, salvo algún plumífero mercenario. Nos guiaban motivos de otra índole. En primer lugar, el proletariado, aunque no negaba la legitimidad histórica de la lucha de los serbios por la unidad nacional, no podía confiar la solución de esta tarea a las manos que ahora dirigen los destinos del reino serbio.

En segundo lugar, sin embargo (y esta consideración era decisiva para nosotros), la socialdemocracia internacional no podía sacrificar la paz de Europa a la causa nacional de los serbios, cuya unidad, salvo mediante una revolución europea, sólo podía lograrse mediante una guerra europea.

Pero en el momento en que Austria-Hungría trasladó al campo de batalla la cuestión de sus destinos y los destinos de Serbia, no nos cabe la menor duda de que el progreso social y nacional en el sudeste de Europa se vería mucho más gravemente afectado por una victoria de los Habsburgo que por una victoria serbia. Y si, como antes, no hay ninguna razón para que identifiquemos nuestra misión con los objetivos del ejército serbio (y fue precisamente esta idea la que expresaron los socialistas serbios Liapchevich y Katzlerovich<sup>29</sup> en su valeroso voto contra los créditos de guerra), menos

---

monumentos del asesino Teil y los sustituyan por monumentos de uno de los predecesores espirituales del archiduque asesinado, el gobernador austriaco Geßler? L. Trotsky.

<sup>29</sup> Para apreciar plenamente este proceder, hay que recordar todo el contexto político. Un grupo de conspiradores serbios mata a un Habsburgo, portador del clericalismo, el militarismo y el imperialismo austrohúngaros. Aprovechando este acto, que celebra, el partido militar vienés lanza a Serbia uno de los

aún para apoyar los derechos puramente dinásticos de los Habsburgo y los intereses imperialistas de las camarillas feudal-capitalistas contra la lucha nacional de Serbia. En cualquier caso, sin embargo, la socialdemocracia austrohúngara, que ahora bendice las espadas de los Habsburgo por la liberación de Polonia, Ucrania, Finlandia y el propio pueblo ruso, tendría que dejar en claro sinceramente en primer lugar sus ideas extremadamente confusas sobre la cuestión serbia.

Pero la cuestión no se limita a los destinos de las decenas de millones de serbios. El enfrentamiento de los pueblos de Europa vuelve a plantear la cuestión balcánica en su totalidad. La Paz de Bucarest de 1913<sup>30</sup> no resolvió ni los problemas políticos nacionales ni los mundiales en Oriente Próximo, sólo reafirmó por un tiempo esa nueva confusión que había surgido del agotamiento total momentáneo de los participantes en las dos guerras balcánicas.

En estos momentos, se plantea con toda agudeza la cuestión de la actitud ulterior de Rumania, cuyo ejército de medio millón de hombres puede resultar un factor extremadamente importante en el desarrollo de los acontecimientos. Rumania, a pesar de las simpatías latinas de la población, al menos de la urbana, se vio arrastrada bajo la influencia de la política austro-alemana. Este hecho estaba determinado no tanto por causas dinásticas (en el trono de Bucarest se sienta un Hohenzollern) como por el peligro inmediato de una invasión rusa. En 1879, el zar ruso cercenó un trozo de territorio rumano ( Besarabia) en agradecimiento por el apoyo de Rumanía en la guerra de “liberación” ruso-turca. Este hecho elocuente dio suficiente apoyo a las simpatías dinásticas de los Hohenzollern de Bucarest. Pero con su política de desnacionalización en Transilvania, que cuenta con tres millones de rumanos frente a  $\frac{3}{4}$  de millón en la Besarabia rusa, así como con sus tratados comerciales con el reino rumano, dictados por la voluntad de los latifundistas austrohúngaros, la camarilla magiar-habsburguesa ha vuelto a la población rumana contra ella. Y si, a pesar de la valiente y decidida agitación del partido socialista dirigido por nuestros amigos Gherea y Rakovsky, Rumania uniera su ejército a los ejércitos del zarismo, la responsabilidad de ello recaerá enteramente sobre la clase gobernante de Austria-Hungría, que también cosechará aquí lo que ha sembrado. Pero la cuestión de la responsabilidad histórica no ha terminado. Mañana, dentro de un mes, o incluso dentro de medio año, la guerra planteará la cuestión del destino de los pueblos balcánicos y de Austria-Hungría en su conjunto, y el proletariado debe tener su respuesta a esta cuestión. A lo largo del siglo XIX, la democracia europea desconfiaba de la lucha de liberación de los pueblos balcánicos porque temía un fortalecimiento de Rusia a

---

últimátum más insolentes de la historia diplomática. En su respuesta, el gobierno serbio hace concesiones extraordinarias y pide que la solución de las cuestiones en litigio se entregue al Tribunal de Arbitraje de La Haya. Austria declara entonces la guerra a Serbia. Si el término “guerra defensiva” tiene algún significado, es obviamente en su aplicación a Serbia en este caso. A pesar de ello, nuestros amigos Liapchevich y Katzlerovich, en inquebrantable conciencia de su deber socialista, se negaron rotundamente a confiar en su gobierno. El autor de estas páginas se encontraba en Serbia al comienzo de la guerra de los Balcanes. En la Skuptschina, en una atmósfera de indescriptible entusiasmo nacional, se votaba sobre los créditos de guerra. La votación fue nominal. Contra doscientos “síes” hubo un solo “no”, el del socialista Liapchevich. Todo el mundo sintió la fuerza moral de esta protesta, que quedó en nuestra memoria como un recuerdo imborrable. *Adenda* a la edición en *La guerra y la revolución*, 1922: Liapchevich no logró extraer las conclusiones indispensables para su posición revolucionaria. El desarrollo de los acontecimientos le hizo retroceder. Actualmente pertenece, junto con su grupo, a la II Internacional y  $\frac{1}{2}$ . L. Trotsky.

<sup>30</sup> Guerras de los Balcanes, la primera comenzó en octubre de 1912. Los turcos se vieron repelidos de vuelta a Constantinopla. Terminó con el Tratado de Londres, el 30 de mayo de 1913. Turquía se vio obligada a renunciar a todas sus reclamaciones sobre sus antiguas posesiones europeas. Se creó Albania como nuevo estado. En junio de 1913 estalló la segunda guerra. Bulgaria atacó a Serbia y Grecia, y Rumania y Turquía se opusieron a Bulgaria. Terminó con el Tratado de Bucarest, el 30 de julio de 1913. Italia invadió Albania en 1914.

expensas de Turquía. Marx escribió sobre estos temores en 1853, en vísperas de la guerra de Crimea:

“Puede sostenerse que cuanto más se consolidan Serbia y la nacionalidad serbia, más se relega a un segundo plano la influencia directa de Rusia sobre los eslavos turcos. Porque Serbia, para poder mantener su posición particular como estado, ha tenido que extraer sus instituciones políticas, sus escuelas... de Europa occidental”.

Esta predicción se ha visto brillantemente confirmada por los destinos de Bulgaria, creada por Rusia como puesto avanzado en los Balcanes. Tan pronto como la “entidad” búlgara estuvo más o menos asentada, produjo un fuerte partido antirruso (dirigido por el antiguo alumno ruso Stambulov) y este partido imprimió su sello de hierro a toda la política exterior del joven país. Todo el mecanismo de los partidos políticos búlgaros está hecho a medida para poder maniobrar entre las dos combinaciones europeas sin acabar finalmente en las aguas de una u otra. Rumania tomó el camino austro-alemán, Serbia después de 1903 el ruso, porque la primera está directamente bajo la presión del peligro ruso, la segunda bajo el peso del austriaco. Cuanto más independientes sean los países del sudeste de Europa respecto a Austria-Hungría, más resueltamente podrán proteger su independencia frente al zarismo.

El equilibrio balcánico creado en el Congreso de Berlín de 1879 estaba repleto de contradicciones<sup>31</sup>. Cortados en pedazos por fronteras etnográficas artificiales, sometidos al control de dinastías importadas del vivero alemán, atados de pies y manos por las intrigas de los grandes estados, los pueblos balcánicos no podían dejar de luchar por una mayor liberación y unificación nacionales. La política nacional de la Bulgaria independiente se centró naturalmente en Macedonia, poblada de búlgaros y que el Congreso de Berlín había dejado bajo control de los turcos. Por el contrario, Serbia, con la excepción del Sandžak Novy Bazar, no tenía nada que hacer en Turquía. Sus intereses nacionales naturales estaban más allá de la frontera austrohúngara: en Bosnia-Herzegovina, Croacia, Eslavonia y Dalmacia. Rumanía no tenía nada que hacer en el sur, donde Serbia y Bulgaria la separaban de la Turquía europea. La expansión nacional de Rumanía se dirigió hacia el noroeste y el este: hacia la Transilvania húngara y la Besarabia rusa. Por último, la expansión nacional empujó naturalmente a Grecia, como a Bulgaria, contra Turquía. Bulgaria y Grecia tenían así un obstáculo incomparablemente más débil en su camino nacional que Serbia y Rumanía. La política austro-alemana, dirigida a la preservación artificial de la Turquía europea, se hizo añicos no por las intrigas diplomáticas de Rusia, de las que, por supuesto, no carecía, sino por el curso inevitable del desarrollo. Esto elevó a la agenda histórica la autodeterminación del estado-nación de los pueblos balcánicos, que habían entrado en la senda del desarrollo capitalista.

La guerra de los Balcanes liquidó la Turquía europea. Creó así la condición previa para la solución de las cuestiones búlgara y griega. Pero Serbia y Rumanía, cuya unificación nacional sólo podía realizarse a costa de Austria-Hungría, se vieron arrojadas hacia atrás en sus aspiraciones expansionistas hacia el sur y recibieron compensaciones a costa del elemento étnico búlgaro: Serbia en Macedonia, Rumanía en Dobrudja. Este es el significado de la Segunda Guerra de los Balcanes y de la Paz de Bucarest que la concluyó. El hecho mismo de la existencia de Austria-Hungría, esta Turquía centroeuropea, no deja espacio para la autodeterminación natural de los pueblos del sureste, los empuja al camino de constantes luchas mutuas, les hace buscar apoyos exteriores unos contra otros y los convierte así en instrumentos de combinaciones a gran escala. Sólo bajo semejante caos tiene la diplomacia zarista la posibilidad de tejer la red

---

<sup>31</sup> El Congreso de Berlín, celebrado en junio-julio de 1878 bajo la presidencia de Bismarck, revisó el Tratado de San Stefano (marzo de 1878) que puso fin a la guerra ruso-turca de 1877-78. En Berlín, las grandes potencias se repartieron el sudeste de Europa en beneficio propio.

de su política balcánica, cuya malla final es Constantinopla. Y sólo una federación de los estados balcánicos (económica y militar) constituiría una defensa protectora insuperable contra las lujurias del zarismo. En la actualidad, tras la liquidación de la Turquía europea, Austria-Hungría se interpone en el camino de la federación de los pueblos del sudeste de Europa. Rumania, Bulgaria y Serbia, habiendo encontrado sus fronteras naturales y unidas sobre la base de la comunidad económica en una alianza defensiva con Grecia y Turquía, habrían ofrecido por fin la paz a la península balcánica, esa caldera que ha amenazado periódicamente a Europa con explosiones hasta arrastrarla a la catástrofe actual.

La socialdemocracia se vio obligada hasta cierto punto a resignarse a la dejadez balcánica de la diplomacia capitalista, que en sus conferencias y acuerdos secretos sólo tapaba un agujero para abrir otro aún más enorme. Mientras esta dejadez pospusiera la solución final, la Internacional Socialista podía esperar que la liquidación del legado de los Habsburgo no fuera asunto de una guerra europea, sino de la revolución europea. Pero ahora que la guerra ha trastornado a toda Europa, y cuando los asaltantes del gran estado intentan redibujar el mapa de Europa, no sobre la base de los principios democráticos nacionales, sino sobre la base del equilibrio militar de poder, la socialdemocracia debe tener claramente en cuenta que uno de los obstáculos más importantes para la libertad, la paz y el progreso (junto con el zarismo y el militarismo alemán) es la monarquía de los Habsburgo como organización estatal. El aventurerismo criminal del grupo socialista galiciano Daszyniskis consiste no sólo en poner la causa de Polonia por encima de la causa del socialismo, sino también en vincular los destinos de Polonia con los de los ejércitos austrohúngaros y la monarquía de los Habsburgo.

El proletariado socialista de Europa no puede adoptar tal solución de la cuestión. Para él, la cuestión de una Polonia unida e independiente está en la misma línea que la cuestión de una Serbia unida e independiente. No podemos resolver y no resolveremos la cuestión polaca por los métodos que conducen a la perpetuación del actual caos sudoriental y paneuropeo. Para nosotros, la independencia de Polonia significa su independencia en ambos frentes: en el de los Romanov y en el de los Habsburgo: queremos no sólo que el pueblo polaco se libere de la presión del zarismo, sino también que los destinos del pueblo serbio no dependan de los terratenientes galicianos. No necesitamos ahora considerar qué formas adoptarán las relaciones de una Polonia independiente con Bohemia, Hungría y la Federación Balcánica. Pero está perfectamente claro que un complejo de estados medianos y pequeños a orillas del Danubio y en los Balcanes formará una barrera mucho más poderosa contra los asaltos del zarismo a Europa que la actual Austria-Hungría, caótica e impotente, que sólo demuestra el derecho a su existencia mediante continuos ataques a la paz de Europa.

En el artículo de 1853 antes citado, Marx escribió con ocasión de la cuestión de oriente:

“Hemos visto cómo los hombres de estado europeos, en su obcecada estupidez, su rutina osificada y su inercia mental heredada, rehúyen cualquier intento de responder a la cuestión de qué va a ser de Turquía en Europa. Contra la fuerza impulsora que favorece el avance ruso hacia Constantinopla, se piensa emplear, como medio para alejarla de tal camino, la teoría hueca y nunca aplicada del mantenimiento del statu quo. ¿En qué consiste este statu quo? Para los súbditos cristianos de la Puerta<sup>32</sup>, no significa otra cosa que la perpetuación de su opresión por Turquía. Mientras estén subyugados por el dominio turco, ven en el jefe de la Iglesia griega, el gobernante de 60 millones de cristianos griegos, a su protector y liberador natural.”

---

<sup>32</sup> La Sublime Puerta o Puerta Otomana fue la corte turca en Constantinopla hasta 1923.



Lo que aquí se dice de Turquía se aplica ahora en gran medida a Austria-Hungría. La solución de la cuestión balcánica es impensable sin la de la cuestión austrohúngara, ya que ambas se engloban en una misma fórmula: la federación democrática de los pueblos danubianos y balcánicos.

“Pero los gobiernos con su diplomacia anticuada [escribió Marx] nunca resolverán la dificultad. Como la solución de tantos otros problemas, el de Turquía está reservado a la revolución europea.” Esta afirmación conserva toda su fuerza incluso ahora. Pero precisamente para que la revolución dé solución a las dificultades acumuladas en el curso de los siglos, el proletariado debe tener *su* programa para la solución de la cuestión austrohúngara. Y debe oponer este programa con igual fuerza a los deseos conquistadores del zarismo, así como a las cobardes preocupaciones conservadoras por el mantenimiento del statu quo austrohúngaro.

## ***II. Austria-Hungría***

El zarismo ruso representa indiscutiblemente una organización estatal más tosca y bárbara que el absolutismo austrohúngaro, más frágil y atemperado por la decrepitud. Pero Rusia, incluso considerada como una organización puramente estatal, no es en absoluto idéntica al zarismo. La destrucción del zarismo no significa la extinción de Rusia; al contrario, significa su liberación y fortalecimiento. Afirmaciones como que es necesario devolver Rusia a Asia fueron transmitidas también a cierto sector de la prensa socialdemócrata, pero se basan en un conocimiento deficiente de la geografía y la etnografía. Sea cual sea el destino de cada una de las partes de la Rusia actual (la Polonia rusa, Finlandia, Ucrania o Besarabia), la Rusia europea no deja de existir como territorio nacional de un pueblo de muchos millones de habitantes, que en el último cuarto de siglo ha realizado grandes conquistas en el camino del desarrollo cultural.

La situación es muy diferente con Austria-Hungría: como organización estatal es equivalente a la monarquía de los Habsburgo, con la que se mantiene y cae, de forma similar a la Turquía europea, que era idéntica a la casta militar-feudal otomana y también cayó con ella<sup>33</sup>. Como conglomerado de esquiras nacionales centrífugas impuestas dinásticamente, Austria-Hungría representa la entidad más reaccionaria del centro de Europa. Su conservación, tras la actual catástrofe europea, no sólo retrasará el desarrollo de los pueblos danubianos y balcánicos durante nuevas décadas, no sólo garantizará la repetición de la guerra europea, sino que fortalecerá políticamente al zarismo al dejarle la principal fuente de su alimento espiritual.

Si la socialdemocracia alemana se conforma con la desintegración de Francia como castigo por su alianza con el zarismo, hay que exigirle que aplique el mismo criterio a la alianza germano-austriaca. Si la valoración que la prensa inglesa y francesa hace de la guerra actual como liberadora para el pueblo queda hecha añicos por la alianza de las dos democracias occidentales con el zarismo que somete al pueblo, parece tanto o más presuntuoso extender la bandera liberadora, como hace la socialdemocracia alemana, sobre el ejército de Hohenzollern, que lucha no sólo contra el zarismo y sus aliados, sino también por la conservación y fortificación de la monarquía de los Habsburgo.

---

<sup>33</sup> La predicción de Trotsky sobre la desintegración del Imperio Austrohúngaro resultó ser correcta. En su *El folleto de Junius. La crisis de la socialdemocracia*, escrito en 1915, Rosa Luxemburg escribió: “La liquidación de Austria-Hungría, históricamente no es más que la prosecución del derrumbamiento de Turquía y de la necesidad del proceso de evolución histórica.”, página 43 del formato pdf en nuestra serie [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#).

Austria-Hungría es indispensable para Alemania, para la Alemania gobernante tal como la conocemos. Al empujar a Francia en brazos del zarismo mediante la apropiación por la fuerza de Alsacia-Lorena, al agravar sistemáticamente las relaciones con Inglaterra mediante el armamento rápido en sus fuerzas navales, al rechazar todos los intentos de acercamiento y entendimiento con las dos democracias occidentales, ya que este entendimiento habría supuesto la democratización de Alemania, la casta gobernante junker<sup>34</sup> se vio obligada a buscar un apoyo en la monarquía austrohúngara como reserva auxiliar de fuerza militar contra los enemigos del oeste y del este. Desde el punto de vista alemán, la misión de Austria-Hungría [monarquía dual]<sup>35</sup> era poner cuerpos auxiliares húngaros, polacos, rumanos, checos, rutenos, serbios e italianos al servicio de la política militarista junker alemana. La Alemania gobernante se resignó fácilmente al hecho de que entre 10 y 12 millones de alemanes quedaran separados de su metrópoli nacional; al fin y al cabo, estos doce millones formaban el núcleo estatal en torno al cual los Habsburgo habían unido a más de 40 millones de no alemanes. Una federación democrática de pueblos danubianos independientes los habría hecho inútiles como aliados para el militarismo alemán. Sólo una organización monárquica militarmente impuesta de Austria-Hungría la haría útil como aliada de la Alemania de los junkers. La condición inevitable de esta alianza, santificada por la lealtad nibelunga<sup>36</sup> de las dinastías, es la constante disposición de Austria-Hungría para la guerra, que, sin embargo, sólo puede preservarse mediante una supresión mecánica de las tendencias nacionales centrífugas.

Para Austria-Hungría, que está rodeada en todas sus fronteras por naciones relacionadas con su propia población, la política exterior está más íntima y directamente relacionada con la política interior. Para poder apretar a 7 millones de serbios y eslavos del sur en su marco estatal-militar, Austria-Hungría debe sofocar el corazón de su atracción política: el reino independiente de Serbia.

El ultimátum austriaco a Serbia fue el paso decisivo en este camino. “Austria-Hungría dio su paso bajo los dictados de la necesidad”, escribe E. Bernstein en el *Sozialistische Monatshefte* [Cuaderno del mes socialista] (cuaderno 16), y esto es absolutamente correcto si uno mira los acontecimientos políticos desde el punto de vista de las necesidades *dinásticas*.

Uno puede defender la política de los Habsburgo señalando el bajo nivel moral de los gobernantes de Belgrado sólo si uno cierra su mente al hecho de que los Habsburgo sólo podían hacer amistad con una Serbia dirigida por una agencia austriaca, en la forma de Milano, el gobierno más bajo que la historia de la desafortunada península balcánica haya conocido jamás. Si el ajuste de cuentas con Serbia llegó tan tarde, fue sólo porque la preocupación por la autoconservación no era lo bastante vigorosa en el frágil organismo de la monarquía. Tras la muerte del archiduque, apoyo y esperanza del partido militar austriaco y de Berlín, un poderoso golpe alcanzó las costillas del aliado, que exigía inexorablemente una demostración de firmeza y fortaleza. El ultimátum austriaco a Serbia no sólo fue aprobado de antemano, sino que, según todos los indicios, fue precisamente inspirado por la Alemania gobernante. De ello se habla con suficiente claridad en el mismo *Libro Blanco* que los diplomáticos profesionales y no profesionales intentan presentar como un documento del amor de Hohenzollern por la paz.

<sup>34</sup> Los Junkers (de “Jungherr” = joven aristócrata o cadete militar) eran terratenientes prusianos con grandes propiedades al este del Elba. Fueron los conservadores dominantes de Alemania, conservando sus derechos medievales hasta el final de la I Guerra Mundial y sus haciendas hasta el final de la II.

<sup>35</sup> La monarquía dual Austrohúngara fue establecida por el “Ausgleich” (Compromiso) entre el gobierno austriaco y la oposición húngara en 1867. Fue gobernada por los Habsburgo hasta la revolución de 1918.

<sup>36</sup> Lealtad [a la alianza] nibelunga, del poema clásico alemán *Nibelungenlied* (c. 1200 d. C.), una alianza entre el héroe y su traidor.

Al caracterizar los objetivos de la gran propaganda serbia y las maquinaciones del zarismo en los Balcanes, el *Libro Blanco* afirma:

“En estas circunstancias, Austria tuvo que decirse a sí misma que no sería compatible ni con la dignidad ni con la autoconservación de la monarquía permanecer de brazos cruzados y observar por más tiempo los tejemanejes al otro lado de la frontera. El gobierno imperial nos informó de este punto de vista y solicitó nuestra opinión. Desde el fondo de nuestro corazón pudimos concederles a nuestros aliados nuestro acuerdo con su valoración de la situación y asegurarle que cualquier acción que considerase necesaria para poner fin al movimiento en Serbia, dirigido contra la existencia de la monarquía, contaría con nuestra aprobación. En esto éramos muy conscientes de que cualquier acción bélica de Austria-Hungría contra Serbia podría traer a Rusia a la escena e implicarnos así en una guerra de acuerdo con los términos de nuestra alianza.

Sin embargo, reconociendo los intereses vitales de Austria-Hungría que estaban en juego, no podíamos aconsejar a nuestro aliado que cediera de forma incompatible con su dignidad, ni negarle nuestro apoyo en estos difíciles momentos. Tanto menos podíamos hacerlo cuanto que nuestros intereses también se veían amenazados por la continua agitación serbia. Si se hubiera permitido a los serbios, con la ayuda de Rusia y Francia, poner en peligro por más tiempo la existencia de la monarquía vecina, el resultado habría sido el colapso gradual de Austria y la subyugación de toda la raza eslava bajo el cetro ruso, lo que habría hecho insostenible la posición de la raza germánica en Europa central. Una Austria moralmente debilitada, derrumbándose como consecuencia del avance del paneslavismo ruso, ya no sería para nosotros un aliado con el que contar y en el que confiar, como debíamos hacer en vistas de la actitud cada vez más amenazadora de nuestros vecinos orientales y occidentales. Por lo tanto, dimos a Austria carta blanca en su acción contra Serbia”.

La relación de la Alemania gobernante con el conflicto austro-serbio se dibuja aquí con toda claridad. Alemania no sólo fue informada por el gobierno austriaco de sus intenciones, no sólo las aprobó, no se limitó a asumir las consecuencias derivadas de su “lealtad a la alianza”, no: ella misma consideró el avance austriaco como salvador e inevitable y, de hecho, hizo del avance austro-húngaro en los Balcanes *una condición para el mantenimiento de la alianza*. De lo contrario, “Austria dejaría de ser un aliado con el que contar”.

Este hecho y el peligro que escondía estaban perfectamente claros para los marxistas alemanes. El 29 de junio, al día siguiente del asesinato del archiduque austriaco, el *Vorwärts* escribió:

“Una política demasiado chapucera ha ligado los destinos de nuestro pueblo a los de Austria. Nuestros gobernantes han hecho de la alianza con Austria la base de toda su política exterior. Pero cada vez más se demuestra que no es una fuente de fuerza, sino de debilidad. El *problema de Austria* se está convirtiendo cada vez más *amenazadoramente en un peligro para la paz de Europa*.”

Un mes más tarde, cuando el peligro amenazaba ya con convertirse en la terrible realidad de la guerra, el 28 de julio, el órgano central de la socialdemocracia alemana escribía con no menos firmeza: “¿Cómo ha de comportarse el proletariado alemán ante semejante paroxismo insensato?”; y respondía: “*Ciertamente, no le interesa lo más mínimo la continuación del caos austríaco de naciones*”.

Al contrario. La Alemania democrática no está interesada en la continuación, sino en la desintegración de Austria-Hungría. De este modo, Alemania habría aumentado en 12 millones de habitantes cultos, con un centro de primer orden como Viena. Italia habría logrado su complemento nacional y dejado de desempeñar el papel de factor imprevisible que siempre ha desempeñado en la Triple Alianza. Una Polonia independiente, Hungría, Bohemia y una federación balcánica con una Rumania de 10 millones de habitantes en la frontera rusa, serían un poderoso baluarte contra el zarismo. Pero lo que sería más importante: una Alemania democrática con 75 millones de habitantes alemanes podría,

sin los Hohenzollern y los junker gobernantes, llegar fácilmente a un entendimiento con Francia e Inglaterra, aislar al zarismo y condenarlo a la impotencia en su política exterior e interior. Una política encaminada a la consecución de estos objetivos sería verdaderamente liberadora tanto para los pueblos de Rusia como de Austria-Hungría. Pero tal política requiere una condición previa esencial: a saber, que el pueblo alemán, en lugar de confiar a los Hohenzollern la liberación de otros pueblos, se libere él mismo de los Hohenzollern.

La actitud de la socialdemocracia alemana y austrohúngara en la presente guerra ha demostrado estar en flagrante contradicción con tales objetivos. Procede en el momento presente enteramente de la necesidad de preservar y consolidar la monarquía de los Habsburgo, en interés de Alemania o de la nación alemana. El *Wiener Arbeiter-Zeitung* formula el significado histórico de la guerra actual, “que es ahora sobre todo la guerra contra la esencia alemana”, expresamente desde este punto de vista antidemocrático, que produce un ardiente rubor de vergüenza en el rostro de todo socialista internacionalmente consciente.

“Si la diplomacia actuó correctamente, si había que llegar a esto, eso se podrá decidir más tarde. Ahora lo que está en juego es el pueblo alemán y no hay vacilaciones ni titubeos. El pueblo alemán está unido en la férrea e indomable resolución de no dejarse subyugar y no triunfará sobre él ni la muerte ni el diablo, etc.” (*Wiener Arbeiter-Zeitung*, 5 de agosto). Ahorramos al gusto político y literario del lector el no continuar con esta cita. Aquí no se dice nada de la misión liberadora en relación con otros pueblos; aquí la tarea de la guerra se plantea como la preservación y salvaguarda de la “humanidad alemana”.

La defensa de la cultura *alemana*, del suelo *alemán*, de la humanidad *alemana*, aparece aquí como una tarea no sólo del ejército alemán, sino también del austrohúngaro. Por tanto, los serbios deben luchar contra los serbios, los ucranianos contra los ucranianos: por la *humanidad alemana*. Cuarenta millones de seres de nacionalidad no alemana de Austria-Hungría son considerados aquí simplemente como abono histórico para los campos de la cultura alemana. No es necesario demostrar que éste no es el punto de vista del socialismo internacional. Aquí hay incluso una falta de pureza de la democracia nacional elemental. El estado mayor austrohúngaro explicó qué significa esta “humanidad” en su comunicado del 18 de septiembre, según el cual “todos los pueblos de nuestra venerable monarquía deben permanecer unidos con un mismo valor y, como dice el juramento de nuestros soldados: ‘contra todo enemigo, sea quien sea’”.

El *Wiener Arbeiter-Zeitung* se apropia por completo de esta concepción Habsburgo-Hohenzollern del problema austrohúngaro como una reserva militar antinacional, similar a la forma en que la Francia militar considera a los senegaleses y marroquíes, e Inglaterra a los indios. Y cuando observamos que estas opiniones no son un fenómeno nuevo en la socialdemocracia alemana de Austria, nos damos cuenta de la razón principal por la que la socialdemocracia austriaca se desintegró tan tristemente en grupos nacionales y redujo así su importancia política al mínimo. La descomposición de la socialdemocracia austriaca en secciones nacionales combatientes fue una de las manifestaciones de la insuficiencia objetiva de Austria como organización estatal. Al mismo tiempo, la actitud de la socialdemocracia germano-austriaca demuestra que ella misma se convirtió en una triste víctima de esta insuficiencia, ante la que capituló idealmente. Cuando se mostró impotente para unir al numeroso proletariado de Austria mediante los principios del internacionalismo y renunció finalmente a esta tarea, la socialdemocracia germano-austriaca no liquidó aquella “idea” que Renner, el socialista defensor de la monarquía del Danubio, intentó presentar como la idea inquebrantable de Austria-Hungría, sino que subordinó esta Austria-Hungría y, por tanto, también su propia

política, a la “idea” del nacionalismo prusiano-junquero. Este completo fracaso de principios nos habla en un lenguaje sin precedentes desde las páginas del *Wiener Arbeiter-Zeitung*. Pero si uno escucha con más atención la música de este nacionalismo histórico, no puede dejar de oír la voz más seria, la voz de la historia, que nos dice que ¡el camino hacia el progreso político de Europa central y sudoriental pasa por la desintegración de la monarquía austrohúngara!<sup>37</sup>

### III. La lucha contra el zarismo

Pero, ¡y el zarismo! ¿Acaso no significa la victoria de Alemania y Austria la derrota del zarismo? ¿Y no compensa con creces tal resultado todas las consecuencias arriba indicadas?

Esta pregunta tiene una importancia decisiva en toda la argumentación de la socialdemocracia alemana y austriaca. El aplastamiento de un pequeño país neutral, el aplastamiento de Francia, todo se justifica por la necesidad de la lucha contra el zarismo. El voto a favor de los créditos de guerra es justificado por Haase con la necesidad de “conjurar el peligro del despotismo ruso”. Bernstein recurre a Marx y Engels y, utilizando viejos textos, lanza la consigna: “Ajuste de cuentas con Rusia”.

Südekum, descontento con el resultado de su misión italiana, ve el yerro de los italianos en no comprender el zarismo. Y cuando los socialdemócratas vieneses y de Budapest se colocan bajo la bandera de Habsburgo, que declara la “guerra santa” contra los serbios que luchan por la unidad nacional, sacrifican su honor socialista a la necesidad de la lucha contra el zarismo.

Pero no se trata sólo de los socialdemócratas. Toda la prensa burguesa alemana no quiere conocer actualmente otro objetivo que la destrucción de la autocracia zarista, que oprime a los pueblos de Rusia y amenaza la libertad de Europa.

El canciller del Reich denuncia a Francia e Inglaterra como vasallos del despotismo ruso. Incluso el general de división alemán von Morgen, sin duda probado “amigo de la libertad y la independencia”, hace un llamamiento a los polacos para que se rebelen contra el despotismo zarista.

Sin embargo, para nosotros, que, después de todo, hemos pasado por la escuela del materialismo histórico, sería vergonzoso que no reconociéramos las verdaderas conexiones de intereses a pesar de estas frases, mentiras, fanfarronadas, sucias vulgaridades y estupideces.

Nadie creerá seriamente que el zarismo es tan odiado por la reacción alemana y que sus golpes se dirigen contra ella. Al contrario. Después de la guerra, como hasta ahora, el zarismo será para los gobernantes de Alemania la forma de gobierno más afín y cercana. El zarismo es indispensable para la Alemania de los Hohenzollern, por dos razones. En primer lugar, debilita a Rusia económica, cultural y militarmente al frenar su desarrollo como rival imperialista. En segundo lugar, la existencia del zarismo fortalece a la monarquía Hohenzollern y a la oligarquía de los junker. De no existir el zarismo, el absolutismo alemán se erigiría ante Europa como el último reducto de la barbarie feudal.

---

<sup>37</sup> En el texto se contempla tal revolución que nos solamente derrocaría a los Hohenzollern, sino que demolería las bases sociales del régimen imperial alemán. Es evidente que semejante revolución no ha tenido lugar todavía en Alemania. *Adenda* a la edición de 1922: sobra decir que la derrota y dislocación de Austria-Hungría por los Aliados no nos acerca en nada a la solución del siguiente problema: cómo lograr que cohabiten y colaboren económica y culturalmente los pueblos de Europa central y sudoriental. Se han apretado desesperadamente los nudos. Sólo podrá cortarlos la espada del proletariado. L. Trotsky.

El absolutismo alemán nunca ha ocultado su interés consanguíneo por la existencia del zarismo, que es el mismo tipo social, aunque con formas más escandalosas. Intereses, tradición y simpatías conducen uniformemente a la reacción alemana al lado del zarismo. “La tristeza de Rusia, tristeza de Alemania”. Al mismo tiempo, sin embargo, con el zarismo a sus espaldas, los Hohenzollern pueden desfilar, si no ante Europa occidental, al menos sí ante su propio pueblo, como un baluarte de la cultura “contra la barbarie”.

“Con sincero dolor he visto quebrarse una amistad fielmente conservada por Alemania”, dijo Guillermo II en su discurso desde el trono tras la declaración de guerra. No se refería a Francia ni a Inglaterra, sino a Rusia, o más correctamente a la dinastía rusa, según la religión rusa de los Hohenzollern, como diría Marx.

Los socialdemócratas alemanes inculcan ellos mismos el plan político a Guillermo II y a su canciller, o se lo atribuyen después de todo: por un lado, crear las condiciones para un acercamiento a Francia e Inglaterra derrotándolas, y por otro, explotar la victoria estratégica sobre Francia para aplastar el despotismo ruso.

En realidad, sin embargo, los planes políticos de la reacción alemana tienen un carácter precisamente opuesto y no pueden tener otro.

Si la ofensiva destructiva contra Francia fue dictada por consideraciones estratégicas, si la “estrategia” no permitía tácticas defensivas en la frontera occidental, dejamos esta cuestión abierta por el momento.

Pero sólo aquellos que tienen razones para mantener los ojos cerrados no pueden ver que la política de los junker exigía la destrucción de Francia. Francia, ¡ese es el enemigo!

Eduard Bernstein, que honestamente se esfuerza en mediar para justificar la posición política de la socialdemocracia alemana, llega a las siguientes conclusiones: si Alemania fuera gobernada democráticamente, tampoco habría dudas sobre cómo podría lograrse el ajuste de cuentas con el zarismo. Una Alemania democrática conduciría la guerra hacia el este de forma revolucionaria. Llamaría a las naciones oprimidas por Rusia a resistir y les daría los medios para luchar seriamente por la liberación. Muy bien. Sin embargo (continúa Bernstein) Alemania no es una democracia, por lo que sería utópico (¡incluso!) esperar de ella una política semejante con todas sus consecuencias. (*Vorwärts* 28 de agosto) ¡Ya está! Pero aquí Bernstein rompe de repente el análisis de la política alemana real “con todas sus consecuencias”. Tras exponer la contradicción clamorosa de la posición de la socialdemocracia alemana, concluye sus observaciones con la inesperada esperanza de que una Alemania reaccionaria cumpla lo mismo que sólo sería capaz de cumplir una revolucionaria, *credo quia absurdum* [lo creo porque es absurdo]. Sin embargo, se podría objetar: la élite dirigente alemana no tiene naturalmente ningún interés en la lucha contra el zarismo. Pero Rusia se enfrenta ahora a Alemania como enemigo, y de esta guerra, de la victoria de Alemania sobre Rusia, el zarismo podría salir debilitado, si no derrumbarse por completo, independientemente de la voluntad de los Hohenzollern. ¡Viva Hindenburg, el gran instrumento inconsciente de la revolución rusa!, gritamos con el *Volksstimme* de Chemnitz. Larga vida al heredero prusiano al trono, ¡también una herramienta bastante inconsciente! ¡Viva el sultán turco, que ahora bombardea las ciudades rusas del mar Negro al servicio de la revolución! La feliz revolución rusa, ¡qué rápidamente se multiplican sus líneas de batalla! Pero tratemos de poner un aspecto serio a esta cuestión. ¿Acaso no podría la derrota del zarismo hacer avanzar realmente la causa de la revolución?

No hay nada malo en esta *posibilidad*. El Mikado y sus samuráis no estaban en absoluto interesados en la liberación de Rusia. Sin embargo, la guerra ruso-japonesa fue un poderoso impulso para los acontecimientos revolucionarios que la siguieron<sup>38</sup>.

Por tanto, también cabe esperar las mismas consecuencias de la guerra germano-rusa.

Pero para poder valorar políticamente tales posibilidades históricas hay que tener en cuenta las siguientes circunstancias.

Quienes piensan que la guerra ruso-japonesa provocó la revolución no conocen ni comprenden los acontecimientos y sus conexiones. La guerra sólo aceleró el estallido de la revolución. Pero también debilitó a la revolución. Pues si la revolución se hubiera desarrollado a partir del crecimiento orgánico de las fuerzas internas, se habría producido más tarde, pero con más fuerza y de forma más sistemática. En consecuencia, a la revolución no le interesa en absoluto la guerra. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, la guerra ruso-japonesa, al debilitar al zarismo, fortaleció el militarismo japonés. A la guerra ruso-alemana se aplican aún en mayor medida las dos consideraciones anteriores.

En el transcurso de los años 1912-1914, Rusia salió por fin del estado de depresión contrarrevolucionaria gracias al tremendo auge de la industria.<sup>39</sup>

El crecimiento del movimiento revolucionario sobre la base de los levantamientos económicos y políticos de las masas trabajadoras, el crecimiento del sentimiento de oposición en las capas más amplias de la población, condujeron al país a una nueva época de convulsiones y luchas. Pero en contraste con los años 1902 a 1905, el movimiento se desarrolló de una manera incomparablemente más consciente y planificada y, además, sobre una base social mucho más amplia. Necesitó tiempo para madurar plenamente, pero de ningún modo las lanzas de los samuráis orientales, que, por el contrario, dieron al zar la oportunidad de desempeñar el papel de defensor de los serbios, belgas y franceses.

Suponiendo catastróficas derrotas rusas, la guerra *puede* propiciar un surgimiento más rápido de la revolución, pero al precio de su debilitamiento interno. Y, si incluso bajo tales condiciones, la revolución se impone, los ejércitos de los Hohenzollern girarán sus bayonetas contra ella. Y esta perspectiva, por su parte, no puede dejar de paralizar las fuerzas revolucionarias de Rusia, porque no se puede negar que detrás de las bayonetas de los Hohenzollern está el partido del proletariado alemán. Pero éste es sólo un aspecto de la cuestión. La derrota de Rusia presupone necesariamente victorias decisivas de Alemania y Austria en los demás teatros de la guerra, y esto significa el mantenimiento forzoso del caos político-nacional en el centro y sudeste de Europa, así como la dominación ilimitada del militarismo alemán en toda Europa.

Un desarme forzoso de Francia, los miles de millones en indemnizaciones, la inclusión forzosa de los vencidos en una frontera aduanera, un tratado comercial forzoso con Rusia, todo esto en combinación, haría al imperialismo alemán dueño de la situación durante varias décadas.

El giro en la política más reciente de Alemania, que comenzó con la capitulación del partido proletario ante el militarismo nacionalista, se fortalecería durante mucho tiempo, la clase obrera alemana se alimentaría material e idealmente de las sobras de la

---

<sup>38</sup> La guerra ruso-japonesa por Manchuria y Corea comenzó con un ataque de los japoneses a Port Arthur el 8 de febrero de 1904. Los rusos perdieron en tierra y, en mayo de 1905, en la batalla de Tsushima, perdieron toda su armada. La paz se firmó en Portsmouth (New Hampshire, EEUU) en septiembre de 1905. La derrota rusa contribuyó a la Revolución de 1905.

<sup>39</sup> Entre 1909 y 1913, la industria rusa creció enormemente: la producción de hierro aumentó en 60 toneladas de acero, los 20.000 km de raíles supusieron un 200% de aumento en su producción y la de traviesas aumentó en un 87%. [?].

mesa del imperialismo victorioso, y la revolución social, por otra parte, recibiría un golpe en su corazón.

No es necesario demostrar que, bajo tales circunstancias, incluso una revolución rusa temporalmente victoriosa sólo podría ser un fracaso histórico.<sup>40</sup>

Por consiguiente, el actual choque de pueblos, que han caído bajo el yugo del militarismo que las clases poseedoras han descargado sobre ellos, contiene en sí mismo las tremendas contradicciones que la guerra misma y los gobiernos que la dirigen no son capaces en modo alguno de resolver en interés del futuro desarrollo histórico.

Los socialdemócratas no podían ni pueden combinar sus objetivos con ninguna de las posibilidades históricas que encierra esta guerra, es decir, ni con la victoria de la Entente ni con la de la Triple Alianza.<sup>41</sup>

La socialdemocracia alemana lo sabía muy bien en el pasado, y concretamente sobre la cuestión de la lucha contra el zarismo el *Vorwärts* escribió el 28 de julio:

“Pero entonces, ¿qué pasa si no se logra localizar el conflicto, si Rusia entra en escena? ¿Qué actitud debemos adoptar frente al zarismo? En esta pregunta reside la gran dificultad de la situación.

¿No ha llegado ya el momento de asestar un golpe mortal al zarismo, no será llevada a la victoria la revolución en Rusia cuando los ejércitos alemanes crucen la frontera rusa?”.

Examinando esta cuestión, el *Vorwärts* llega a la siguiente conclusión:

“¿Es seguro que la revolución rusa será llevada a la victoria si los ejércitos alemanes cruzan la frontera rusa? Es muy posible que este acto provoque el derrumbamiento del zarismo, pero ¿no lucharán los ejércitos alemanes y tratarán de aplastar a una Rusia revolucionaria con mayor energía aún que a la absolutista?”

Y más. El 3 de agosto, en vísperas de la histórica sesión del Reichstag, el *Vorwärts* escribió en su artículo titulado *Der Kampf gegen den Zarismus* [La lucha contra el zarismo]:

“Mientras la prensa conservadora, para regocijo de los países extranjeros, insulta al partido más fuerte del Reich como altos traidores, se intenta por otro lado aclarar a la socialdemocracia que la guerra que ahora es inminente es en realidad una vieja reivindicación socialdemócrata. La guerra contra Rusia, la guerra contra el zarismo manchado de sangre y, como se la llama desde hace algunos días en la prensa antes entusiasta de los knuts, contra el zarismo infiel, ¿no es una vieja reivindicación socialdemócrata desde el principio?

Esto es, en efecto, lo que se argumenta en una parte de la prensa burguesa, de hecho, en la parte más seria, y con ello sólo se demuestra el gran peso que se atribuye al estado de ánimo incluso de aquella parte del pueblo alemán que apoya a la socialdemocracia. Por eso ya no se dice: ¡La tristeza de Rusia, tristeza de Alemania! sino: ¡Abajo el zarismo! Por supuesto, desde que los líderes de la socialdemocracia antes mencionados (Bebel, Lassalle, Engels, Marx) exigieron la guerra democrática contra Rusia, ésta no se ha convertido en un mero bastión de la reacción, sino también en el corazón de la revolución. Derrocar al zarismo se ha convertido ahora en la tarea del pueblo ruso en general y del proletariado ruso en particular, y las últimas semanas han sido testigos del vigor con que la clase obrera rusa está afrontando esta tarea que la historia le ha encomendado... Y hasta ahora han fracasado todos los intentos nacionalistas de los

<sup>40</sup> En aquella época había que suponer, como lo hacían sobre todo los social-patriotas, que Alemania lograría la victoria en algunas semanas que el militarismo alemán aplastaría la revolución rusa. Pero, no habiéndose prolongado la guerra y no habiendo estallado la revolución más que tres años más tarde, la Europa burguesa, y victoriosa y vencida a la vez, estaba talmente agotada que no encontró las fuerzas para aplastarla. L. Trotsky, 1922.

<sup>41</sup> La Triple Alianza, a la doble alianza de 1879 entre Alemania y Austria-Hungría se unió Italia en 1883. Italia se separó en 1906 en la Conferencia de Algeciras y se unió a las naciones de la “Entente” (Gran Bretaña, Francia y Rusia) en 1915.



“rusos verdaderos” para desviar el odio de las masas hacia el zarismo y desencadenar una agitación reaccionaria contra los países extranjeros, sobre todo contra Alemania. El proletariado ruso sabe demasiado bien que su enemigo no está al otro lado de sus fronteras, sino en su propio país. Nada fue más desagradable para los agitadores nacionalistas, los “rusos verdaderos” y paneslavistas, que la noticia de las grandes manifestaciones pacifistas de la socialdemocracia alemana. ¡Oh!, cómo se habrían alegrado si hubiera ocurrido lo contrario, si hubieran podido decir al proletariado revolucionario ruso: ¿qué queréis? ¡la socialdemocracia alemana está a la cabeza de los belicistas contra Rusia! Y el padrecito<sup>42</sup> de Petersburgo habría respirado aliviado: ¡esa era la noticia que necesitaba! Ahora la columna vertebral de la revolución rusa, mi enemigo más peligroso, ¡está rota! La solidaridad internacional del proletariado se ha roto. ¡Ahora puedo desatar a la bestia nacionalista! ¡Estoy salvado!”

Así escribían los *Vorwärts* cuando Alemania ya había declarado la guerra a Rusia.

Estas palabras denotaban la posición honesta y viril del proletariado ante el chovinismo beligerante. *Vorwärts* comprendió y denunció admirablemente la ruin hipocresía de la Alemania gobernante, que de repente había tomado conciencia de su destino de liberar a Rusia del zarismo. *Vorwärts* advirtió a los obreros alemanes contra el chantaje político que la prensa burguesa quiere ejercer sobre su conciencia revolucionaria. No creáis a esos rufianes, decía *Vorwärts* a los proletarios alemanes, están codiciando vuestras almas, encubriendo sus intereses imperialistas con la mentira de la fraseología liberal. Os traicionan, a vosotros, a la carne de cañón que necesitan. Si consiguieran convencerlos, sólo ayudarían al zarismo asestando un terrible golpe moral a la revolución rusa.

Y si, a pesar de ello, la revolución rusa levantara la cabeza, esas mismas personas ayudarían al zarismo a sofocarla.

Este es el sentido de lo que *Vorwärts* enseñaba a la clase obrera hasta el 4 de agosto.

Y exactamente tres semanas más tarde el mismo *Vorwärts* escribía: “Liberación del moscovitismo, [...] libertad e independencia para Polonia y Finlandia, libre desarrollo para el propio gran pueblo ruso, disolución de la alianza antinatural de dos naciones cultas con la barbarie zarista, ese era sólo el objetivo que entusiasmaba al pueblo alemán y al que estaba dispuesto a sacrificarse”, y con el pueblo alemán también la socialdemocracia alemana y su órgano central.

¿Qué ocurrió entonces en estas tres semanas?, ¿qué hizo que *Vorwärts* renunciara a la postura que había adoptado inicialmente?

¿Qué ha ocurrido? Nada de importancia. Los ejércitos alemanes han estrangulado a la Bélgica neutral, han incendiado varias ciudades belgas, destruido Lovaina<sup>43</sup>, cuyos habitantes se mostraron lo suficientemente criminales como para disparar con toda audacia, sin casco ni uniforme<sup>44</sup>, contra los extraños armados que invadieron por la fuerza sus hogares. Durante estas tres semanas, los ejércitos alemanes llevaron la muerte y la destrucción al territorio de Francia, y el ejército austrohúngaro, que estaba aliado con ellos, inculcó el amor a la monarquía de los Habsburgo en los serbios del Sava y del Drina: estos son los hechos que aparentemente convencieron a *Vorwärts* de que los Hohenzollern estaban librando una guerra por la liberación de las naciones.

<sup>42</sup> “Padrecito”, zar de Rusia.

<sup>43</sup> Lovaina, sede del cuartel general belga en 1914, fue incendiada por el ejército alemán a partir del día 25 de agosto de 1914. La universidad y el ayuntamiento medievales, así como la biblioteca (fundada en 1426) se perdieron para la posteridad. Los civiles fueron ejecutados sumariamente. El saqueo duró seis días.

<sup>44</sup> “¡Genuinamente prusiana la declaración”, escribió Marx a Engels, “de que nadie puede defender su ‘patria’ si no es de uniforme!” L. Trotsky.

La Bélgica neutral fue aplastada, los socialdemócratas guardaron silencio. Y Richard Fischer vino a Suiza especialmente como enviado extraordinario del partido para explicar a la población de un país neutral que la destrucción de la neutralidad belga y el aplastamiento del pequeño pueblo era un fenómeno bastante natural. ¿Por qué tanto ruido? Cualquier gobierno de Europa habría actuado de la misma manera en lugar del alemán. Fue precisamente en ese momento cuando la socialdemocracia alemana no se reconcilió simplemente con la guerra como una obra real o supuesta de defensa nacional; no, adornó a los ejércitos de Hohenzollern-Habsburgo con la aureola de una campaña ofensiva-liberadora. ¡Qué caída sin precedentes para un partido que durante cincuenta años enseñó a la clase obrera alemana a ver en el gobierno alemán al enemigo de toda libertad y democracia!

Mientras tanto, cada nuevo día de la guerra revela más y más el peligro europeo que los marxistas deberían haber previsto enseguida. Los principales ataques del gobierno alemán no se dirigían hacia el este, sino hacia el oeste, contra Bélgica, Francia e Inglaterra. Incluso si asumimos la improbabilidad de que sólo consideraciones estratégicas determinaran este plan de campaña de guerra, la trascendental lógica política de esta estrategia permanece en toda su fuerza, la necesidad de la derrota decisiva total de Bélgica, Francia y el ejército terrestre inglés para tener las manos libres contra Rusia. ¿No estaba claro, entonces, que lo que se declaró como una medida estratégica provisional, para consuelo de la socialdemocracia alemana, debía convertirse, por la fuerza de los hechos, en un objetivo independiente? Y cuanto más obstinada sea la resistencia de Francia, a la que realmente se le ha obligado ahora a la tarea de proteger su territorio y su independencia contra el ataque alemán, tanto más firmemente atará al ejército alemán en su frontera occidental; ¡cuanto más se agote Alemania en el proceso, menos fuerzas y ganas le quedarán para resolver su supuesta tarea principal, a saber, el “ajuste de cuentas con Rusia” que le atribuyen los socialdemócratas alemanes! Entonces la historia será testigo de una paz honorable entre las dos potencias más reaccionarias de Europa: entre Nicolás, a quien el destino había concedido benignas victorias sobre la monarquía de los Habsburgo<sup>45</sup>, podrida hasta la médula, y Guillermo, que ajusta cuentas, pero no con Rusia, sino con Bélgica.

La alianza entre los Hohenzollern y los Romanov (tras el agotamiento y la humillación de los estados occidentales) significará una nueva época de la más negra reacción en Europa y en todo el mundo.

Con su política actual, la socialdemocracia alemana está preparando el terreno para este terrible peligro. Y este peligro se hará realidad si el proletariado europeo no interviene como factor revolucionario en los cálculos de las dinastías y los gobiernos capitalistas.

#### ***IV. La guerra contra occidente***

A la vuelta de su viaje diplomático desde Italia, el Dr. Südekum escribió en el *Vorwärts* que los camaradas italianos no comprendían suficientemente la naturaleza del zarismo. Estamos totalmente de acuerdo con el Dr. Südekum en que es más fácil para un alemán comprender la naturaleza del zarismo, puesto que conoce diariamente de primera

---

<sup>45</sup> “Sólo tales guerras pueden convenirle [a la diplomacia zarista]”, escribió Engels con razón en 1890, “en las que los aliados de Rusia tienen que soportar la carga principal, abandonar su territorio a la desolación, proporcionar la gran masa de los combatientes, y en las que el papel de reservas corresponde a las tropas rusas. Sólo contra los que son decididamente más débiles, como Suecia, Turquía, Persia, hace la guerra por su cuenta el zarismo. Ahora Austria-Hungría debe situarse en línea con Turquía y Persia.” L. Trotsky.

mano la naturaleza del absolutismo prusiano-alemán. Y estas dos “naturalezas” están muy relacionadas entre sí.

El absolutismo alemán representa una organización feudal-monárquica para la que el desarrollo del último medio siglo ha creado una poderosa base capitalista. La fuerza del ejército alemán, tal como volvemos a conocerla en su sangriento trabajo, consiste no sólo en el poder material-técnico de la nación, en la inteligencia y exactitud de los soldados obreros que han pasado por la escuela de la industria y las organizaciones de clase, sino también en su cuerpo de oficiales junker, con sus tradiciones de dominación, supresión de los de abajo y subordinación a los de arriba. El ejército alemán, como el estado alemán, representa una organización feudal-monárquica con recursos capitalistas inagotables. Los escritoruelos burgueses pueden parlotear todo lo que quieran sobre la superioridad del alemán, el hombre del deber, sobre el francés, el hombre del placer; la verdadera diferencia no reside en las características de la raza, sino en las condiciones sociales y políticas. El ejército permanente, este estado autónomo y autosuficiente dentro del estado, sigue siendo, a pesar de la conscripción universal, una organización de castas que requiere para su florecimiento la selección artificial de rangos y la coronación monárquica de la jerarquía de mando.

En su escrito *El nuevo ejército*, Jaurès demostró que Francia sólo podía tener un ejército defensivo construido sobre la base del armamento popular, es decir, la milicia. La república francesa burguesa expía ahora el hecho de haber querido tener en su ejército un contrapeso a las formas democráticas del estado. Creó, en palabras de Jaurès, “un régimen bastardo en el que formas obsoletas chocaban con formas en ciernes y se neutralizaban mutuamente”. Este desajuste entre el ejército permanente y el régimen republicano es la debilidad fundamental del sistema militar francés. Por el contrario, el atraso político verdaderamente bárbaro de Alemania le confiere una gran preponderancia militar. La burguesía alemana podía refunfuñar de vez en cuando si el espíritu de casta pretoriana del cuerpo de oficiales provocaba arrebatos como los de Zavern<sup>46</sup>; podía poner cara irónica ante el príncipe heredero y su eslogan “¡Immer feste druff! [¡siempre firmes para golpearlos!]”; por mucho que la socialdemocracia alemana denunciara el maltrato sistemático de la persona del soldado alemán, que provocaba en los cuarteles alemanes el doble de suicidios que en otros países, ha sido la falta de carácter político de la burguesía y la ausencia de formación revolucionaria entre el proletariado alemán lo que permitió, sin embargo, a la casta dominante levantar el monstruoso edificio del militarismo que pone a los inteligentes y exactos obreros alemanes bajo el mando de los héroes de Zavern, y bajo su eslogan “¡Immer feste druff!”

---

<sup>46</sup> Zavern, (Saverne), ciudad minera de Alsacia que no había sido completamente germanizada desde la anexión (1870), en 1913 fue escenario de fricciones entre el ejército y el pueblo. El teniente barón von Forstner había insultado a la bandera francesa mientras instruía a los reclutas. La historia se filtró y los reclutas fueron arrestados acusados de traicionar secretos militares. El 10 de noviembre de 1913, las tropas alemanas dispararon contra una multitud, Forstner les pidió que hicieran pasar un mal rato a los mineros. El 28 de noviembre, Forstner dijo que le habían insultado en la calle y se enviaron tropas armadas contra una multitud de mujeres, niños y lisiados. Se proclamó la ley marcial, se registraron casas y el juez y el fiscal de la ciudad fueron encerrados durante la noche con otras 28 personas. El 3 de diciembre, el Reichstag se ocupó del asunto y el ministro de Guerra Falkenhayn se negó a revelar el castigo impuesto a Forstner. El Reichstag aprobó una moción de censura contra el canciller Bethmann-Hollweg por 293 votos a favor y 54 en contra. El 19 de diciembre, los reclutas alsacianos fueron condenados a tres semanas por quejarse. El 4 de enero, Reuter, el oficial al mando, y Forstner fueron absueltos por el consejo de guerra. El príncipe heredero felicitó a Forstner y le instó a “seguir así...”. Reuter también fue condecorado con la Orden del Águila Roja.

¡Hans Delbrück está plenamente justificado al buscar la fuente del poder militar de Alemania en el bosque de Teutoburgo!<sup>47</sup>

“La organización guerrera germánica más antigua”, dice, “se basaba en la lealtad de los príncipes como guerreros especialmente elegidos y una masa guerrera que comprendía a todo el pueblo. Eso es lo que tenemos hoy en día. ¡Qué diferentes se han vuelto las formas, cómo luchamos hoy, de cómo lo hacían nuestros antepasados en el bosque de Teutoburgo! La maravillosa técnica de los modernos rifles y morteros y esta maravillosa división de las inmensas masas, y sin embargo, básicamente, la misma organización de la guerra: el espíritu guerrero elevado a la máxima potencia, entrenado en el más alto grado en un cuerpo que entonces era pequeño, pero que hoy comprende muchos miles, lealmente comprometidos con su caudillo y considerados por él, todavía de forma similar a los antiguos príncipes, como sus camaradas, y todo el pueblo bajo su liderazgo y educado por ellos y disciplinado. *Aquí tenemos el secreto del carácter guerrero del pueblo alemán*”.

El comandante francés Driant mira, con la envidia no disimulada de un republicano a la fuerza, al emperador alemán con el uniforme blanco de los coraceros (seguramente el más imponente y guerrero de todos los uniformes) y se complace en verle pasar el tiempo “en medio de su ejército, esta familia propia de los Hohenzollern”.

La casta feudal, a la que hacía tiempo que le había llegado la hora de pudrirse política y moralmente, encontró de nuevo su conexión con la nación en el suelo del imperialismo. Y tan lejos llegó esta conexión con la nación que la profecía del comandante Driant, escrita hace algunos años, que hasta entonces sólo podía parecer la insinuación venenosa de un bonapartista secreto o la cháchara de un loco, se hizo realidad.

“El emperador es el comandante... y detrás de él toda la Alemania trabajadora se alza como un solo hombre... Los socialdemócratas de Bebel están en las filas con él, con el dedo en el gatillo, y también ellos no piensan en otra cosa más que en la salvación de la patria. Los diez mil millones de indemnización de guerra que Francia tendrá que pagar serán una mejor ayuda para ellos que las fantasías socialistas con las que se alimentaron justo hasta el día anterior.”

Sí, algunos periódicos socialdemócratas (!) ya están escribiendo sobre esta futura indemnización (no 10, sino 20 o 30 mil millones), con verdadero descaro lumpen.

La victoria de Alemania sobre Francia (una lamentable necesidad estratégica, en opinión de la socialdemocracia alemana) significaría, en primer lugar, no la derrota del ejército permanente en el régimen de la democracia republicana, sino la victoria de la constitución feudal-monárquica sobre la democrático-republicana.

La vieja raza de los Hindenburg, Moltke y Kluck, herederos especializados en cuestiones de asesinatos en masa, son una condición tan inevitable de las victorias alemanas como los cañones de 42 centímetros de diámetro, ¡la máxima expresión de la capacidad técnica del hombre!

Incluso ahora toda la prensa burguesa habla de la inquebrantabilidad de la monarquía alemana, reforzada por la guerra. E incluso ahora los eruditos alemanes (los mismos que proclamaron a Hindenburg doctor en ciencias) declaran que la esclavitud política es una forma superior de vida social.

“¡Qué poco capaces”, escriben, “se han demostrado en la tormenta la república democrática, la monarquía a la sombra del régimen parlamentario, y todas las demás cosas bellas que se alababan!”.

Y es insultante y vergonzoso leer los artículos de los socialistas franceses, que se mostraron demasiado débiles para romper la alianza de Francia con Rusia, o al menos para impedir la vuelta a los tres años de servicio militar obligatorio, y que, sin embargo,

<sup>47</sup> En tiempos de Augusto, 9 d.C., una legión romana dirigida por Varo fue completamente aplastada por los teutones de Herman en el bosque de Teutoburgo.

partieron con sus pantalones rojos para liberar a Alemania, ¡nos embarga un sentimiento de inexpressable indignación cuando leemos a la prensa del partido alemán alabar, en el lenguaje de esclavos exaltados, a la heroica casta de opresores hereditarios por sus hazañas de armas en el territorio de Francia!

El 15 de agosto de 1870, cuando los victoriosos ejércitos alemanes se acercaban a París, Engels escribió una carta a Marx en la que caracterizaba el confuso estado de la defensa francesa:

“Sin embargo, un gobierno revolucionario, si viene pronto, no debe desesperar. Pero debe abandonar a París a su suerte y continuar la guerra llevándola al sur. Entonces sería posible que semejante gobierno pudiera sostenerse hasta que pudieran comprarse armas y municiones y crearse un nuevo ejército organizado, con el cual el enemigo pueda ser gradualmente rechazado hasta la frontera. Esto sería un buen término de la guerra para los dos países, demostrando, así, que no pueden ser conquistados.”

Y hay quienes gritan con voz de ilotas borrachos: “¡A París!” y tienen la osadía de referirse al mismo tiempo a Marx y Engels. En qué sentido son más elevados que los liberales rusos triplemente despechados que se arrastran ante el ilustre comandante en jefe que está introduciendo la “Nagajka” rusa en la Galitzia oriental. ¡Cómo suena a cobarde presunción el discurso sobre el carácter puramente “estratégico” de la guerra en la frontera occidental! ¿Quién tiene eso en cuenta? Al menos no las clases dirigentes alemanas. Esas clases hablan el lenguaje de la convicción y la fuerza. Llaman a las cosas por su nombre. Saben lo que quieren y saben cómo luchar por sus objetivos.

Los socialdemócratas nos dicen que la guerra sirve a la causa de la independencia nacional. “¡Eso no es cierto!”, les responde el Sr. Arthur Dix:

“Así como la gran política del siglo anterior debía un rasgo básico particularmente marcado a la idea nacional, así los acontecimientos políticos mundiales del presente siglo están bajo el signo de la idea imperialista. Está llamada a dar impulso, marco y meta a la lucha por el poder de los grandes”. (*Der Weltwirtschaftskrieg* [La guerra económica mundial], 1914, p.3).

El mismo Sr. Arthur Dix escribe: “Fue una agradable señal de comprensión por parte de los círculos que tenían que preparar la guerra militarmente que, ya en la primera etapa de la guerra, el avance de nuestro ejército contra Francia y Rusia tuviera lugar precisamente allí donde era necesario mantener los particularmente valiosos recursos minerales alemanes libres de la penetración enemiga y ocupar aquellas partes del territorio enemigo que pudieran complementar nuestra propia posesión de riquezas del subsuelo.” (op. cit., p.38)

La “estrategia” de la que los socialistas hablan ahora con susurros reverentes, en realidad comienza su actividad con el robo de los recursos minerales.

Los socialistas nos dicen que la guerra está al servicio de la defensa nacional. Pero el Sr. Georg Irmer escribe claramente:

“Que no se diga siempre como algo evidente que el pueblo alemán ha llegado demasiado tarde a la competición por la economía y el poder mundiales, que el mundo ya está repartido. ¿Acaso no se ha repartido la tierra una y otra vez en todas las épocas de la historia?”. (*Los vom englischen Weltjoch* [Liberarse del yugo mundial inglés], 1914, p.42)

Los socialistas nos consuelan diciendo que Bélgica sólo ha sido aplastada temporalmente y que los alemanes abandonarán pronto los cuarteles belgas. Pero el Sr. Arthur Dix, que sabe bien lo que quiere y dice, escribe: “la salida alemana al océano Atlántico abierto, eso es lo que más teme Inglaterra. Por esta misma razón, sin embargo, no debemos dejar Bélgica fuera de nuestro alcance ni abstenernos de cuidar de que la costa, posiblemente desde Ostende hasta la desembocadura del Somme, no caiga de nuevo en manos de ningún territorio de estados que pueda convertirse en vasallo político de Inglaterra, sino que *quede asegurada en alguna forma a la influencia alemana*”.

Ahora, en incesantes batallas entre Ostende y Dunkerque, la sagrada “estrategia” cumple también este punto del programa de la Bolsa de Berlín.

Los socialistas nos dicen que la guerra entre Francia y Alemania es sólo un pequeño preludio de una alianza permanente entre ellas, pero el Sr. Arthur Dix descubre también aquí todas las cartas. Según él, no hay “más que una respuesta para nosotros: ¡la prosecución de la destrucción de la parte inglesa de la economía mundial y de los golpes mortales contra la economía nacional inglesa!” “La política exterior del Imperio Alemán”, proclama el profesor Franz von Liszt, “está claramente marcada para las próximas décadas. ‘Protección contra Inglaterra’, esa debe ser nuestra consigna”. (*Ein mitteleuropaischer Staatenverband* [La Confederación de Estados de Europa Central], 1914, p.24)

“Debemos”, clama un tercero, “acabar con el más traicionero y despiadado de nuestros enemigos, debemos romper la tiranía que Inglaterra ejerce sobre los mares con puro egoísmo y desprecio desvergonzado de la ley.” La guerra no se libra contra el zarismo, sino principalmente contra la superioridad naval de Inglaterra.

“Bien puede decirse”, admite el profesor Schiemann, “que ningún éxito provocó tanta alegría como las derrotas de los ingleses en Maubeuge y San Quintín el 28 de agosto.”

Los socialdemócratas alemanes afirman que el principal objetivo de la guerra es “ajustar cuentas con Rusia”. Pero el anodino Herr Rudolf Theuden quiere entregar Galitzia a Rusia y, por si fuera poco, el norte de Persia. Entonces “(Rusia) habría conseguido tanto que podría estar satisfecha durante muchas décadas; incluso tal vez con ello se podría pensar en hacerla amiga nuestra”. Esto fue escrito incluso antes de los éxitos rusos en Galitzia. “¿Qué tenía que aportarnos la guerra?”, preguntó el Sr. Theuden, respondiendo:

“Lo principal, que Francia tendría que pagarnos [...] Francia tendría que cedernos, además de Belfort, la parte de Lorena limitada por el Mosela, y, en caso de resistencia obstinada, la parte de Lorena limitada por el Mosa; si hacemos del Mosela y del Mosa ríos fronterizos alemanes, los franceses podrían, de una vez por todas, perder la costumbre de pensar en hacer del Rin un río fronterizo francés.”

Los políticos y profesores burgueses nos dicen que el enemigo principal es Inglaterra, que Bélgica y Francia son una ruta abierta hacia el océano Atlántico, que las esperanzas de indemnizaciones pagadas por los rusos son, después de todo, utópicas; que Rusia es más ventajosa como amiga que como enemiga; que Francia tendrá que pagar en dinero y en tierra; y el *Vorwärts* exhorta a los trabajadores alemanes a resistir “hasta que la victoria sea finalmente nuestra”. Y al hacerlo nos dice que la guerra se libra por la independencia de la nación alemana y por la liberación de los pueblos de Rusia. ¿Qué significa eso al fin y al cabo? Evidentemente, no hay que buscar el pensamiento, la lógica y la verdad donde no los hay; aquí simplemente ebullición de sentimientos serviles y la podredumbre se arrastra por las páginas de la prensa obrera. Es evidente que la clase oprimida, que avanza, aunque sea lenta y perezosamente, hacia la libertad, debe a última hora arrastrar todas sus esperanzas y promesas a través de la suciedad y la sangre antes de que se alce en su alma la voz no adulterada: la voz del honor revolucionario.

## V. La guerra defensiva

“Es necesario conjurar este peligro [el despotismo ruso], salvaguardar la cultura y la independencia de nuestro propio país. Aquí hacemos realidad lo que siempre hemos subrayado: no abandonamos a la patria en la hora del peligro [...] Guiados por estos principios, aprobamos los créditos de guerra”. Esta fue la declaración del grupo

parlamentario socialdemócrata leída por Haase en la sesión del Reichstag alemán del 4 de agosto.

Aquí sólo se habla de la protección de la patria, y no se dice ni una palabra de la tarea “liberadora” de esta guerra con respecto a los pueblos de Rusia, que más tarde cantó en todos los tonos la prensa socialdemócrata; esa prensa, cuya lógica no iba a la par con su patriotismo, se esforzó espasmódicamente en presentar la guerra al mismo tiempo como una guerra puramente defensiva, cuya tarea era asegurar las posesiones alemanas, y como una ofensiva revolucionaria dirigida a la liberación de Rusia y Europa del zarismo.

Más arriba hemos mostrado con suficiente claridad por qué los pueblos de Rusia tienen todas las razones para declinar con agradecimiento la ayuda que se les ofrece a punta de bayonetas de los Hohenzollern. Pero, ¿qué decir del “carácter defensivo” de la guerra?

Sobre todo, lo sorprendente de la declaración de la socialdemocracia alemana no es sólo de lo que habla, sino aún más de lo que calla. Después de que Bethmann Hollweg anunciara en el Reichstag que ya se había roto la neutralidad con Bélgica y Luxemburgo con el propósito de atacar Francia, Haase no pronunció ni una palabra, ni un sonido sobre este hecho. Este silencio es tan monstruoso que uno se siente tentado de leer la declaración una segunda y una tercera vez, pero en vano: la declaración está escrita como si nunca hubieran existido Bélgica, Francia e Inglaterra en el mapa político de la socialdemocracia alemana.

Pero los hechos no desaparecen porque los partidos políticos hagan la vista gorda ante ellos. Y todo miembro de la Internacional tiene derecho a preguntar al camarada Haase: “¿Qué parte de los cinco mil millones concedidos por la fracción socialdemócrata estaba realmente destinada a la destrucción de Bélgica?”. Es muy posible que para proteger a la patria alemana del despotismo ruso fuera inevitable aplastar por el camino a la patria belga. Pero, ¿por qué la fracción socialdemócrata guardó silencio al respecto?

La razón es clara: el gobierno liberal inglés, deseoso de hacer popular la guerra entre las masas, invocó sólo la necesidad de proteger la independencia de Bélgica y la integridad de Francia, pero ocultó por completo su alianza con la Rusia zarista. Del mismo modo, y por los mismos motivos, la socialdemocracia alemana sólo habla a las masas de la guerra contra el zarismo, sin mencionar siquiera por su nombre a Bélgica, Francia e Inglaterra. Este hecho, por supuesto, no es precisamente halagador para la reputación internacional del zarismo. Sin embargo, es muy triste que la socialdemocracia alemana sacrifique su propia reputación al llamamiento a luchar contra el zarismo. Lassalle decía que toda gran acción política comienza por “decir lo que es”. ¿Por qué entonces la defensa de la patria comienza con un tímido ocultamiento de lo que es? ¿Acaso porque no resulta ser una “gran acción política”?

En cualquier caso, la defensa de la patria es un concepto muy amplio y elástico. La catástrofe mundial comenzó con el ultimátum de Austria a Serbia. En esto, por supuesto, Austria se guió únicamente por la necesidad de defender sus fronteras frente a su atribulado vecino. El respaldo de Austria fue Alemania. Su instigación, como ya sabemos, surgió de nuevo de la necesidad de seguridad del estado: “Sería absurdo creer”, escribió Ludwig Quessel al respecto, “que se podría tirar abajo un muro de este edificio multiforme [Europa] sin poner en peligro la seguridad de todo el edificio”.

Alemania abrió su “guerra defensiva” con el ataque a Bélgica, en el que la violación de la neutralidad belga sólo debía verse como un medio para irrumpir en Francia por la línea de resistencia más débil. A su vez, la derrota militar de Francia sólo debía aparecer como un episodio estratégico en la defensa de la patria.

Por buenas razones, esta interpretación no parecía del todo plausible a algunos patriotas alemanes. Conjeturaban otra situación mucho más acertada: Rusia, que ha entrado en una nueva era de armamentos de guerra, será mucho más peligrosa para Alemania dentro de dos o tres años de lo que es ahora; Francia, mientras tanto, habrá llevado a cabo por completo su contrarreforma de tres años [de servicio militar obligatorio]. ¿No está claro, como exige un bien entendido interés en la autodefensa, que Alemania no debe esperar a que el enemigo ataque, sino anticiparse dos años y tomar la ofensiva lo antes posible? ¿Y no está claro que tal guerra de agresión, provocada deliberadamente por Alemania y Austria, resulta ser en realidad una guerra defensiva preventiva? Por cierto, estas dos opiniones parecían combinarse no pocas veces en una sola. Es cierto que entre ellas hay alguna contradicción: una de ellas afirma que Alemania no quería ahora una guerra, sino que ésta le fue impuesta por la Triple Alianza; de la segunda se desprende que precisamente para la Triple Alianza la guerra era ahora desventajosa, y que precisamente por esta razón Alemania tomó la iniciativa de enfrentarse; pero esta contradicción se concilia sin dolor en el concepto salvador de una guerra defensiva.

Pero los beligerantes contrarios discuten con éxito las ventajas de una posición defensiva de Alemania. Francia no podía permitir que Rusia fuera derrotada por razones de legítima defensa. Inglaterra motiva su intervención con el hecho de que un fortalecimiento de Alemania en la desembocadura del Canal habría significado un peligro inmediato para las Islas Británicas. Por último, también Rusia habla exclusivamente de legítima defensa. Es cierto que nadie amenazó el territorio ruso. Pero las posesiones nacionales (recordémoslo) no son sólo territorio, sino también otros factores imponderables, incluida la influencia sobre estados más débiles. Serbia “pertenece” a la esfera de influencia rusa y sirve para mantener el llamado equilibrio en los Balcanes, no sólo el equilibrio entre las potencias balcánicas, sino también entre la influencia austriaca y la rusa. Un ataque austriaco victorioso contra Serbia amenazaba con romper este equilibrio a favor de Austria y, en consecuencia, significaba un ataque indirecto contra Rusia. Sin duda, Sasonov extrae su argumento más sólido de las palabras de Quessel: “Sería absurdo pensar que se podría tirar abajo una sola pared de este edificio de muchas caras sin poner en peligro la seguridad del conjunto”. No hace falta añadir que Serbia y Montenegro, Bélgica y Luxemburgo también pueden aportar pruebas del carácter defensivo de sus políticas. De este modo, todos estaban a la defensiva, ninguno era el agresor. Pero entonces, ¿qué sentido tiene contraponer la guerra defensiva a la ofensiva? Los criterios aplicados en tales casos son muy diferentes y no pocas veces bastante inconmensurables.

De importancia fundamental para nosotros, marxistas, es la cuestión del papel *histórico* de la guerra: ¿es capaz de promover eficazmente el desarrollo de las fuerzas productivas, las formas de estado, la aceleración de la concentración de las fuerzas proletarias o, por el contrario, de obstaculizarlas? Esta evaluación materialista de las guerras está por encima de todas las consideraciones formales y, por su propia naturaleza, no tiene ninguna relación con la cuestión de la defensa o del ataque. Pero a veces estas expresiones formales designan, con mayor o menor justificación, la valoración histórica de la guerra. Cuando Engels decía que en 1870 los alemanes estaban a la defensiva, lo que menos tenía en mente eran las circunstancias políticas y diplomáticas inmediatas: lo decisivo para él era el hecho de que en esta guerra los alemanes defendían su derecho a la unificación nacional, que a su vez constituía la condición necesaria para el desarrollo económico del país y el agrupamiento socialista del proletariado. En este sentido, los pueblos cristianos de los Balcanes libraron una guerra defensiva contra los turcos,



defendiendo su derecho a un desarrollo nacional independiente frente al dominio extranjero.

Independientemente de la valoración histórico-materialista de la guerra está la cuestión de sus precondiciones políticas mundiales inmediatas. La guerra de los alemanes con la monarquía bonapartista era históricamente inevitable, en esta guerra el derecho de desarrollo estaba del lado alemán. Pero estas tendencias históricas no predeterminaban por sí mismas la cuestión de qué parte estaba interesada en provocar la guerra precisamente en 1870. Ahora sabemos muy bien que las consideraciones políticas y militares mundiales movieron a Bismarck a tomar sobre sí la iniciativa real de la guerra. Pero también podría haber sido de otro modo: con mayor previsión y energía, el gobierno de Napoleón III podría haberse adelantado a Bismarck y haber iniciado la guerra unos años antes, lo que habría cambiado radicalmente la fisonomía política inmediata de los acontecimientos, pero históricamente no habría afectado a la evaluación de la guerra.

En tercer lugar, están las circunstancias de carácter diplomático. La tarea de la diplomacia a este respecto es doble: en primer lugar, debe provocar la guerra en el momento en el que, según las consideraciones internacionales y militares, sea más conveniente para su país; en segundo lugar, debe lograr este fin por medios que hagan recaer sobre el gobierno enemigo la carga de la responsabilidad del sangriento conflicto a los ojos de la opinión pública. La denuncia de los tejemanejes y argucias diplomáticas es una tarea de agitación política muy importante para la socialdemocracia. Pero independientemente de hasta qué punto lo consigamos, está claro que la red de intrigas diplomáticas no dice nada por sí misma, ni sobre el papel histórico de la guerra ni sobre sus verdaderos iniciadores. Mediante maniobras artificiales, Bismarck obligó a Napoleón III a declarar la guerra a Prusia, mientras que la iniciativa real de la guerra le correspondió al bando alemán.

Además, siguen criterios puramente militares. El plan estratégico de operaciones puede calcularse predominantemente para el ataque o la defensa, independientemente de qué bando haya declarado la guerra y en qué condiciones. Por último, los primeros pasos tácticos hacia la realización del plan estratégico no pocas veces desempeñan un papel importante en la valoración de la guerra como guerra de ataque o de defensa.

“Es una buena cosa [escribía Engels a Marx el 31 de julio de 1870] que los franceses ataquen primero en territorio alemán. Si los alemanes rechazan la invasión y siguen hasta invadir Francia, esto no producirá la misma impresión que si los alemanes hubieran entrado en Francia sin una invasión previa en su país. De esta manera la guerra resulta por parte de los franceses más bonapartista.”

Así, vemos en el ejemplo clásico de la guerra franco-alemana de 1870 que el criterio de guerra de ataque y defensa es bastante contradictorio para evaluar el choque de dos pueblos, por no hablar de varios. Si se desenredamos la pelota desde el final, se obtiene la siguiente conexión de los momentos ofensivos y defensivos. El primer paso *táctico* de los franceses pretendía (al menos en opinión de Engels) hacer entrar en la conciencia del pueblo la responsabilidad [alemana] del ataque sobre los franceses. Todo el plan *estratégico* alemán tenía un carácter completamente ofensivo. Las gestiones *diplomáticas* de Bismarck obligaron a Bonaparte, en contra de su voluntad, a declarar la guerra y, de este modo, a aparecer en el papel de perturbador de la paz europea, mientras que, sin embargo, la iniciativa político-militar de la guerra pertenecía por entero al gobierno prusiano. Estas circunstancias no son en absoluto indiferentes para la valoración *histórica* de la guerra, pero no son en absoluto exhaustivas. La causa de esta guerra fue la progresiva lucha de los alemanes por la autodeterminación nacional, que chocaba con las pretensiones dinásticas de la monarquía francesa. Sin embargo, esta guerra nacional “defensiva” desembocó en la anexión de Alsacia-Lorena y se convirtió así, en su segunda etapa, en una guerra dinástico-conquistadora. En su relación con la guerra de 1870, Marx

y Engels, como demuestra su correspondencia, procedieron principalmente a partir de consideraciones históricas generales. Por supuesto, no les era en absoluto indiferente quién y cómo se libraba la guerra. “¡Quién hubiera creído posible [escribe Marx con amargura] que 22 años después de 1848 una guerra nacional en Alemania tuviera tal expresión teórica!”. Pero un significado decisivo para Marx y Engels eran ¡las consecuencias objetivas de la guerra! “Si los prusianos ganan, la centralización del poder estatal es útil a la centralización de la clase obrera alemana”. Liebknecht y Bebel, sin embargo, partiendo de la misma valoración histórica de la guerra, se vieron obligados inmediatamente a tomar una posición política respecto a ella. Liebknecht y Bebel rechazaron en el Reichstag cualquier responsabilidad por esta guerra, y no lo hicieron en absoluto en contradicción con las opiniones de Marx y Engels sino, por el contrario, con su pleno acuerdo. La declaración que presentaron decía: “No podemos conceder los fondos exigidos al Reichstag para la conducción de la guerra, porque esto sería un voto de confianza al gobierno prusiano... Como opositores de principio a toda guerra dinástica, como socialrepublicanos y miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores, que combate a todos los opresores sin distinción de nacionalidad y pretende unir a todos los oprimidos en una gran liga fraternal, no podemos declararnos directa o indirectamente a favor de la presente guerra.”

Schweizer actuó de otro modo. Hizo de la valoración histórica de la guerra la línea directriz inmediata de la táctica, ¡uno de los engaños más peligrosos de todos!; Schweizer votó a favor de la guerra, y junto con los créditos votó también a favor de la política de Bismarck, mientras que precisamente por esta razón, para que la centralización del poder estatal que surgió de la guerra resultara beneficiosa para la causa socialdemócrata, la clase obrera tuvo que oponerse desde el principio a la centralización dinástico-junkeriana con su propia centralización de clase, llena de desconfianza revolucionaria hacia los gobernantes. Con su postura política, Schweizer interfirió en las propias consecuencias de la guerra que le llevaron a dar un voto de confianza a sus responsables subjetivos.

Cuatro décadas más tarde, como conclusión de la obra de su vida, Bebel escribió:

“La actitud que Liebknecht y yo adoptamos dentro y fuera del Reichstag al estallar la guerra y mientras ésta duró, ha sido durante décadas objeto de discusión y de feroces ataques. Al principio también en el partido; pero sólo por poco tiempo, luego se nos dio la razón. Confieso que no lamento en absoluto nuestra actitud de entonces y que, si ya hubiéramos sabido al estallar la guerra lo que llegamos a saber en el transcurso de los años siguientes sobre la base de publicaciones oficiales y extraoficiales, nuestra actitud habría sido aún más dura desde el primer momento. No nos habríamos abstenido, como ocurrió, en la primera petición de dinero para la guerra, habríamos tenido que votar directamente en contra.” (*Aus meinem Leben* [Sobre mi vida], Parte II, 1911, p.167)

Si comparamos la declaración Liebknecht-Bebel de 1870 con la anunciada por Haase en 1914, llegamos a la conclusión de que Bebel se equivocó cuando dijo: “¡Entonces se nos dio la razón!”. Pues la votación del 4 de agosto fue ante todo una condena de la política de Bebel de hacía 44 años, ya que según la terminología de Haase habría que decir que Bebel había abandonado entonces a la patria en la hora del peligro.

¿Qué causas y consideraciones políticas llevaron al partido del proletariado alemán a renunciar a su tradición más brillante? No hemos oído una sola palabra de peso al respecto. Todos los argumentos que se han esgrimido están llenos de contradicciones y parecen comunicados diplomáticos redactados para justificar un acto que ya se ha realizado. El director del *Neue Zeit* escribe (con la bendición del camarada Kautsky) ¡que la posición de Alemania frente al zarismo es la misma que tenía frente al bonapartismo en 1870! “Toda la masa del pueblo alemán de todas las clases”, el editorialista trae tal cita de una carta de Engels, “se ha dado cuenta de que se trata precisamente de una cuestión de existencia nacional en primer lugar y, por tanto, se ha lanzado inmediatamente.” Por

la misma razón, la socialdemocracia alemana había saltado ahora, era una cuestión de existencia nacional. “Lo que dijo Engels es igualmente cierto si se sustituye el zarismo por el bonapartismo”. Pero al menos sigue siendo plenamente válido el hecho de que Liebknecht y Bebel rechazaron demostrativamente el crédito financiero y político al gobierno en 1870. ¿No es igualmente cierto “si se sustituye el zarismo por el bonapartismo”? No obtenemos respuesta a esta pregunta.

Pero, ¿qué dijo realmente Engels en su carta con respecto a la táctica del partido obrero? “Que un partido político alemán en estas circunstancias pueda predicar la obstrucción total y anteponer toda clase de consideraciones secundarias a las principales me parece imposible.” ¡*Obstrucción total!* Pero entre la obstrucción total y la capitulación total de un partido político hay todavía un amplio espacio, y fue precisamente sobre este espacio sobre el que se distribuyeron las dos posiciones de Bebel y Schweizer en 1870. Marx y Engels estaban con Bebel contra Schweizer, el camarada Kautsky podía habérselo dicho a su portavoz, Hermann Wendel. Y si Simplicissimus reconcilia ahora las sombras de Bebel y Bismarck en las esferas celestiales, esto no es más que una denigración de los muertos. Si Simplicissimus y Wendel tienen derecho a despertar a alguien de su reposo sepulcral para afirmar la táctica actual de la socialdemocracia alemana, no es a Bebel, sino a Schweizer. Es su sombra la que pesa actualmente sobre el partido político del proletariado alemán.

\*\*\*

Pero incluso la analogía entre la guerra de 1870 y la actual parece superficial y falsa en extremo. Dejemos de lado todas las conexiones internacionales. Olvidemos que la guerra significó ante todo la destrucción de Bélgica; que la principal potencia de ataque de Alemania no se lanzó contra el zarismo, sino contra la Francia republicana; olvidemos que el punto de partida de la guerra fue la aspiración de aplastar a Serbia y que uno de sus objetivos era fortalecer al archirreaccionario estado de Austria-Hungría. No queremos insistir en el hecho de que la revolución rusa, que ha resurgido tan tempestuosamente en los últimos años, recibió un duro golpe por la actitud de la socialdemocracia alemana. Queremos cerrar los ojos ante todos estos hechos, como hizo la socialdemocracia alemana el 4 de agosto, para la que no existen en el mundo ni Bélgica, ni Francia, ni Inglaterra, ni Serbia, ni Austria-Hungría. Queremos que sólo cuente Alemania.

En 1870 la valoración histórica de la guerra era clara: “Si ganan los prusianos, la centralización del poder estatal es útil a la centralización de la clase obrera alemana.” ¿Y ahora? ¿Qué condiciones se darán para la clase obrera alemana si los prusianos triunfan ahora?

La única ampliación territorial que la clase obrera alemana podría acoger con agrado, puesto que sería un añadido a la unidad nacional, es la unificación de la Austria alemana con Alemania: ¡la victoria de Alemania conlleva la conservación y fortalecimiento de Austria-Hungría! Cualquier otra ampliación de la patria alemana, sin embargo, significa un nuevo paso hacia la transformación de Alemania de un estado nacional en un estado de nacionalidades, con todas las complicaciones resultantes para la lucha de clases del proletariado.

Ludwig Frank esperaba (y expresaba esta esperanza en el lenguaje de un lassalleano tardío) ocuparse más tarde, después de una guerra victoriosa, del “desarrollo interno” del estado<sup>48</sup>. No cabe duda de que Alemania, tras la victoria, necesitará este “desarrollo interno” tanto como antes de la guerra. Pero, ¿facilitará la victoria este trabajo? La experiencia histórica de Alemania, como la de otros países, no justifica tales esperanzas. “Dábamos por sentado lo que hacían los que estaban en el poder (tras las

---

<sup>48</sup> Ludwig Frank, socialpatriota muy conocido, alistado como voluntario cayó a inicios de la guerra.

victorias de 1870)", cuenta Bebel en sus memorias. Era precisamente una ilusión del comité del partido creer en un arreglo liberal en el nuevo orden, que iba a ser concedido por el mismo poder que hasta entonces se había mostrado como el mayor enemigo de todo desarrollo liberal, ni siquiera digo democrático, y que ahora, como vencedor, ponía la bota de coracero en el cuello del nuevo Reich." (Vol. II, p.188) No hay razón alguna para esperar otras consecuencias de una victoria desde arriba en el presente. Aún más. En los años setenta la casta de los junker prusianos tuvo que adaptarse por el momento a la nueva constitución imperial; no pudo sentirse de inmediato del todo a gusto; la Ley [anti] Socialista<sup>49</sup> llegó sólo 8 años después de las victorias. En estos 44 años la casta junker prusiana se ha convertido en la casta junker del Reich, y si, después de medio siglo de la más tensa lucha de clases, aparece a la cabeza de la nación victoriosa, no hay que dudar de que no habría sentido necesidad de los servicios de Luis Frank para el desarrollo interno del estado si éste hubiera regresado indemne de los campos de las victorias alemanas.

Pero mucho más importante que el fortalecimiento de las posiciones de clase de los gobernantes es la influencia que la victoria de Alemania ejercerá sobre el propio proletariado. La guerra ha surgido de los antagonismos imperialistas entre los estados capitalistas y, como ya se ha indicado, la victoria de Alemania sólo puede producir un resultado: conquistas territoriales a expensas de Bélgica, Francia y Rusia, tratados comerciales impuestos a los enemigos, nuevas colonias. La lucha de clases del proletariado se situaría así sobre la base de la hegemonía imperialista de Alemania, la clase obrera estaría interesada en el mantenimiento y el desarrollo de esta hegemonía, y el socialismo revolucionario estaría condenado durante mucho tiempo al papel de secta propagandística.

Si en 1870 Marx preveía correctamente un rápido desarrollo del movimiento obrero alemán bajo la bandera del socialismo científico, como resultado de las victorias alemanas, las condiciones internacionales dictan ahora un pronóstico exactamente opuesto: la victoria de Alemania significará el embotamiento del movimiento revolucionario, su aplanamiento teórico y la muerte de las ideas marxistas.

\*\*\*

Pero se nos dirá que la socialdemocracia alemana no aspira en absoluto a la victoria. A esto tendremos que responder ante todo que eso no es cierto. Lo que quiere la socialdemocracia alemana, nos lo dice su prensa. Con dos o tres excepciones, día tras día le dice al obrero alemán que una victoria de las armas alemanas es *su* victoria. La toma de Maubeuge, el hundimiento de tres buques de guerra ingleses o la caída de Amberes despiertan en ella los mismos sentimientos que, de otro modo, la conquista de nuevas circunscripciones o las victorias en las luchas salariales. No hay que perder de vista que la prensa obrera alemana, tanto la del partido como la sindical, constituye hoy un poderoso aparato que sustituye la educación de la voluntad de lucha de clases por la educación de la voluntad de victorias militares. No nos referimos aquí a los excesos chovinistas adversos de órganos individuales, sino al estado de ánimo básico de la inmensa mayoría de los periódicos socialdemócratas. La votación del grupo parlamentario del 4 de agosto parecía ser una señal para tal acción.

Pero la fracción no tenía en mente la victoria de Alemania. Hacía de su tarea únicamente la defensa contra el peligro exterior, la defensa de la patria. Nada más.

---

<sup>49</sup> Las conocidas como leyes antisocialistas fueron preparadas por Bismarck ya desde 1862, se pusieron en marcha incluso antes de ser aprobadas por el Reichstag en octubre de 1878. En virtud de ellas se prohibía toda actividad extraparlamentaria de los socialistas. Las leyes fueron derogadas en 1890, el año de la caída de Bismarck.

Aquí volvemos a la comparación de las guerras de defensa y las guerras de agresión. La prensa alemana, y con ella la prensa socialdemócrata, no cesa de repetir que Alemania se encuentra en una posición defensiva en esta guerra. Más arriba hemos establecido los criterios que se utilizan para distinguir una guerra de agresión de una guerra de defensa. Estos criterios son múltiples y contradictorios. Pero en el caso que nos ocupa, todos ellos atestiguan unánimemente que las hazañas militares de Alemania no pueden en modo alguno entrar en el concepto de una guerra defensiva, que, dicho sea de paso, no tiene absolutamente ningún significado para la táctica de la socialdemocracia.

Desde el punto de vista *histórico*, el joven imperialismo alemán, como ya sabemos, aparece como un imperialismo completamente agresivo-temerario. Acosado por el febril desarrollo de la industria nacional, el imperialismo alemán está perturbando el antiguo equilibrio de poder entre los estados y jugando el primer papel en la carrera de armamentos.

Desde el punto de vista de la *política mundial*, el momento actual parecía el más adecuado para que Alemania asestara un golpe aplastante a sus rivales, lo que, por supuesto, no disminuye un ápice la culpabilidad de los enemigos de Alemania.

El cuadro *diplomático* de los acontecimientos no deja lugar a dudas sobre el papel protagonista de Alemania en la provocación austriaca; el hecho de que la diplomacia zarista aparezca habitualmente aún más vil en esto no altera la cuestión. *Estratégicamente*, todo el plan de guerra alemán se basa en una impetuosa ofensiva.

Finalmente, el primer movimiento *táctico* del ejército alemán resulta ser la ruptura de la neutralidad belga.

Si todo esto es defensa, ¿qué significa atacar? Pero supongamos que el cuadro diplomático de los acontecimientos permitiera otras interpretaciones (aunque las dos primeras páginas del *Libro Blanco* ya hablan con bastante claridad), ¿no tiene el partido revolucionario de la clase obrera ningún otro criterio para determinar su política que los documentos que le muestra un gobierno que tiene el mayor interés en engañarle?

“Bismarck”, nos dice Bebel, “engañó a todo el mundo y consiguió crear la creencia de que Napoleón provocó la guerra y que él, el pacífico Bismarck, se encontró con su política en el papel de agredido.”

“Los acontecimientos que condujeron a la guerra fueron tan engañosos que se pasó totalmente por alto el hecho de que Francia, que declaró la guerra, no estaba preparada con su ejército para ninguna guerra, mientras que Alemania, que parecía ser la parte provocada a la guerra, había terminado de prepararse para la guerra hasta el último detalle y la movilización procedía como un reloj.” (*Aus meinem Leben* [Sobre mi vida], Vol. III, pp. 167 y 168.)

Más cautela crítica, al parecer, podría exigírsele a la socialdemocracia, ¡después de semejante precedente histórico!

Es cierto que Bebel no sólo repitió más de una vez que, en caso de ataque a Alemania, la socialdemocracia defendería a su patria. En el congreso del partido en Essen<sup>50</sup>, Kautsky le replicó:

“En mi opinión, no podemos comprometernos a compartir el entusiasmo del gobierno por la guerra toda vez que estamos convencidos de que una guerra de agresión es inminente”. Bebel, sin embargo, piensa que hoy ya estamos mucho más avanzados que en 1870; hoy ya podemos distinguir con precisión en cada caso si hay una guerra de agresión real o supuesta. Yo no quisiera asumir esta responsabilidad. No quisiera asumir la garantía de que ya podemos hacer una distinción tan precisa en cada caso, de que siempre sabremos si un gobierno nos está engañando o si realmente representa los intereses de la nación contra una guerra de agresión [...] Ayer fue agresivo el gobierno alemán, mañana el francés, y no podemos saber si pasado mañana no lo serán los

<sup>50</sup> El Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania se celebró en septiembre de 1907 en Essen.

británicos. Cambia todo el tiempo [...] En realidad, en caso de guerra, para nosotros no se trata de una cuestión nacional sino internacional, porque una guerra entre grandes estados se convierte en una guerra mundial, afecta a toda Europa y no sólo a dos países. Pero el gobierno alemán podría un día hacer creer a los proletarios alemanes que son ellos los atacados, el gobierno francés podría hacer creer lo mismo a los franceses y entonces tendríamos una guerra en la que los proletarios alemanes y franceses seguirían a sus gobiernos con el mismo entusiasmo y se asesinarían mutuamente y se cortarían el cuello. Eso hay que impedirlo y eso se impedirá si no aplicamos el criterio de la guerra de agresión, sino el de los intereses proletarios, que son al mismo tiempo intereses internacionales [...] Afortunadamente, es un malentendido, como si la socialdemocracia alemana quisiera juzgar en caso de guerra según puntos de vista nacionales y no internacionales, que se sintiera ante todo un partido alemán y en segundo lugar un partido proletario.”

Kautsky revela con espléndida claridad en este discurso los terribles peligros (que ahora se han convertido en una realidad aún más terrible) que se ocultan en el empeño de hacer depender la actitud de la socialdemocracia del indefinible y contradictorio juicio formal de una guerra, ya sea de agresión o de defensa. Bebel no respondió esencialmente a esto y su posición parecía bastante inexplicable, especialmente después de sus propias experiencias en 1870. Sin embargo, la posición de Bebel, a pesar de su insuficiencia teórica, tenía un significado político muy definido. Las tendencias imperialistas que crearon el peligro de guerra excluían la posibilidad de que la socialdemocracia esperara la salvación de la victoria de una de las partes combatientes. Por esta misma razón, toda la atención se dedicó a la prevención de la guerra; la tarea principal era mantener a los gobiernos temerosos de las consecuencias. “La socialdemocracia”, dijo Bebel, “estará en contra de aquel gobierno que tome la iniciativa de la guerra”. Con esto amenazaba al gobierno de Guillermo II: “¡No cuente con nosotros si un buen día le apetece estrenar sus morteros y cruceros blindados!”. Pero al mismo tiempo dijo también en dirección a Petersburgo y Londres: “¡Cuidense de atacar a Alemania fiándose en el falso cálculo sobre la obstrucción interna de la poderosa socialdemocracia alemana!” Sin incluir ningún criterio político, la opinión de Bebel significaba una amenaza política y esto simultáneamente en dos frentes, el interno y el externo. A todas las objeciones históricas y lógicas respondió obstinadamente: “Ya encontraremos los medios para desenmascarar al gobierno que dé el primer paso hacia la guerra; somos lo suficientemente inteligentes para hacerlo.” Esta posición amenazadora de la socialdemocracia, no sólo alemana sino también internacional, no quedó sin resultado. Los gobiernos hicieron realmente todo lo posible por retardar el estallido. Pero no sólo eso. Los monarcas y los diplomáticos, con redoblada atención, adaptaron sus pasos a la psicología pacífica de las masas, sisearon al oído de los dirigentes socialistas, olfatearon en el buró internacional, y crearon así un ambiente gracias al cual fue posible que Jaurès, como Haase, afirmaran en Bruselas (pocos días antes del estallido de la guerra) que sus gobiernos no conocían otro objetivo que la preservación de la paz<sup>51</sup>. Y cuando estalló la tormenta, la socialdemocracia de cada país buscó al culpable ¡al otro lado de la frontera! El criterio de Bebel, que desempeñó un papel definitivo como amenaza, perdió todo su significado en el momento en que los primeros disparos resonaron a lo largo de las fronteras. La misma calamidad que Kautsky había predicho se hizo realidad.

Pero lo que sorprende a primera vista es que la socialdemocracia no sintiera de hecho la necesidad de un criterio político. En la catástrofe de la Internacional que vivimos,

---

<sup>51</sup> El 29 de julio de 1914, después de una reunión del Buró Socialista Internacional en Bruselas, Jaurès, el líder reconocido de los socialistas franceses, y Haase, presidente de la socialdemocracia alemana y jefe de su fracción en el Reichstag, pronunciaron un discurso en una reunión pública a la que asistió numeroso público. Jaurès rodeó a Haase con el brazo, en medio de los aplausos del público.

los argumentos se han caracterizado por una extraordinaria superficialidad; se contradecían entre sí, se alternaban y tenían una importancia subordinada en general; el meollo de la cuestión era que *había que defender la patria*. Independientemente de las perspectivas históricas de la guerra, de las consideraciones democráticas y de clase, ¡hay que defender la patria que nos ha sido dada históricamente! Defender no porque nuestro gobierno quería la paz, sino porque los enemigos nos “invadieron pérfidamente”, como escriben los internacionales, sino porque la guerra es un peligro para todo país beligerante, independientemente de las condiciones y la forma en que se produjo, de quién tiene razón y quién no en ella. Las consideraciones teóricas, políticas, diplomáticas y militares caen en ruinas como ante un terremoto, una conflagración o una inundación. El gobierno con su ejército se eleva a único poder protector y salvador. Las amplias masas vuelven en realidad a un estado prepolítico. Este estado de ánimo de las masas no requiere ser criticado, siendo sólo un estado de ánimo temporal, el reflejo elemental de la catástrofe. Otra cuestión, sin embargo, es la actitud de la socialdemocracia, representante política responsable de las masas. Las organizaciones políticas de las clases poseedoras y, sobre todo, del poder estatal, no se dejaron llevar simplemente por la corriente, sino que desarrollaron inmediatamente una actividad muy tensa y polifacética destinada a levantar este estado de ánimo apolítico y a unir a las masas en torno al ejército y al poder estatal. La socialdemocracia no sólo no desarrolló ningún tipo de actividad equivalente en sentido contrario, sino que desde el primer momento capituló ante la política del gobierno y ante el estado de ánimo elemental de las masas, y en lugar de armar a estas masas con la crítica y la desconfianza, aunque sólo fuera pasiva, ha acelerado con toda su actitud la transición de las masas a este estado prepolítico. Lo menos que podía haber hecho era infundirles respeto a las clases dominantes, pero en una llamativa disposición renunció a sus cincuenta años de tradiciones y obligaciones políticas.

Bethmann-Hollweg declaró que el gobierno alemán estaba totalmente de acuerdo con el pueblo alemán, y según las declaraciones y lo escrito en *Vorwärts*, dada la posición adoptada por la socialdemocracia, tenía todo el derecho a decirlo. Pero tenía otro derecho: si las circunstancias no le hubieran inducido a aplazar la polémica política hasta un momento más favorable, habría podido decir precisamente aquí, en la reunión del 4 de agosto, dirigiéndose a los representantes del proletariado socialista: “Hoy reconocéis, junto con nosotros, el hecho del peligro en que se encuentra nuestra patria, y junto con nosotros queréis conjurarlo con las armas en la mano. Pero este peligro no nació ni creció ayer mismo. Debíais saber algo antes sobre la existencia y las tendencias del zarismo. Sabíais que teníamos otros enemigos. ¿Qué derecho teníais a atacarnos cuando estábamos construyendo un ejército y una flota? ¿Con qué derecho nos negabais créditos militares año tras año, con el derecho de la traición o con el derecho de la ceguera? Si no hubiéramos construido nuestro ejército contra vosotros, ahora estaríamos impotentes ante este mismo peligro ruso que también os ha hecho entrar en razón. Ningún crédito concedido ahora nos daría la oportunidad de recuperar lo que hubiéramos perdido; ahora estaríamos sin armas, sin cañones, sin fortificaciones. Con vuestro voto de hoy a favor de los cinco mil millones de créditos, reconocéis que vuestro rechazo anual del presupuesto no era más que una manifestación vacía y peor que eso: demagogia política; ¡porque en cuanto tuvisteis que pasar un serio examen histórico, renegasteis de todo vuestro pasado!”.

Así podría haber hablado el canciller alemán, y el discurso habría sonado esta vez bastante convincente. ¿Qué podría haber respondido Haase?

“Nunca hemos adoptado la postura de desarmar a Alemania frente a los peligros exteriores; tal tipo de pacificación siempre nos ha sido completamente ajena. Mientras las contradicciones internacionales generen por sí mismas los peligros de guerra, queremos que Alemania esté protegida de la invasión extranjera y del sometimiento. Pero luchamos

por una organización militar que, en la vida interna del país, no pueda (como organización artificialmente adiestrada) servir para el sometimiento de clase, que no sea apta para las aventuras imperialistas en las relaciones internacionales, pero que al mismo tiempo sea invencible en la labor de defensa nacional. ¡Esa organización es la milicia! No podíamos confiaros la labor de la defensa nacional. Habéis convertido el ejército en una escuela de formación reaccionaria; habéis educado a vuestro cuerpo de oficiales en el odio a la clase más importante de la sociedad contemporánea, el proletariado. Sois capaces de poner en juego millones de vidas, no por los verdaderos intereses populares, sino por los intereses egoístas de la minoría gobernante, que disfrazáis con el nombre de la idea nacional y el prestigio del estado. No confiamos en vosotros, y por eso gritábamos anualmente: “¡Ni un hombre ni un céntimo a este gobierno de clase!”.

“Pero ¡cinco mil millones! ...”, podría interrumpir una voz tanto de la izquierda como de la derecha.

“Desgraciadamente, ahora no tenemos elección: no poseemos otro ejército que el que han creado los actuales amos de Alemania, y el enemigo está a las puertas. En este momento no podemos sustituir el ejército de Guillermo II por una milicia popular, y si es así, no podemos negar alimentos, ropa y material de guerra al ejército que nos defiende, sea cual sea. Ni renegamos de nuestro pasado ni renunciamos a nuestro futuro, nos vemos obligados a votar a favor de los créditos de guerra.” Eso seguiría siendo lo más convincente que Haase podría haber planteado.

Pero si con tales consideraciones se puede explicar por qué los obreros socialistas, como *ciudadanos*, y no la organización militar, no obstruyeron, sino que cumplieron lo que las circunstancias les obligaban como deber cívico, esperaríamos en vano una respuesta a la pregunta principal, ¿por qué la socialdemocracia, como organización política de una clase a la que se niega una participación en el gobierno, como enemiga irreconciliable de la sociedad burguesa, como partido republicano, como rama de la Internacional, asumió la responsabilidad de los actos cometidos por sus irreconciliables enemigos de clase?

Si hoy no tenemos todavía la posibilidad de sustituir el ejército de Hohenzollern por una milicia, eso no significa que debemos asumir hoy la responsabilidad de las operaciones de ese ejército. Si luchamos contra la monarquía, la burguesía y el militarismo en el momento de su pacífica normalidad y nos comprometemos en esta lucha con toda nuestra autoridad ante las masas, cometemos el mayor crimen contra nuestro futuro en cuanto ponemos esta autoridad a disposición de la monarquía, la burguesía y el militarismo en el momento en que se muestran en los terribles, antisociales y bárbaros métodos de la guerra.

La nación o el estado no pueden eximirse de la defensa. Pero si nos negamos a depositar nuestra confianza en los gobernantes, de ninguna manera estamos privando al estado burgués de armas y medios de defensa, así como de ataque, mientras no seamos lo suficientemente fuertes como para arrebatarle el poder de sus manos. Somos un partido de oposición y no de poder, tanto en la guerra como en la paz. De este modo servimos también con mayor seguridad a esa tarea parcial que la guerra pone tan agudamente de relieve: la obra de la independencia nacional. La socialdemocracia no puede apostar el destino de una nación, propia o extranjera, al éxito militar. Al hacer responsable al estado capitalista de los métodos con los que protege su independencia, de la violación y aplastamiento de la independencia de otros estados, la socialdemocracia sienta las bases de una verdadera independencia nacional en la conciencia de todos los camaradas del pueblo. Preservando y desarrollando la solidaridad internacional de los trabajadores, aseguramos la independencia de la nación, incluso del calibre de los morteros. Si el zarismo es un peligro para la independencia de Alemania, el único remedio prometedor contra este peligro es el que depende de nosotros: la solidaridad de las masas trabajadoras



de Rusia y Alemania. Pero esta solidaridad socava la política que permite a Guillermo II declarar que todo el pueblo alemán le apoya. ¿Qué debemos decir los socialdemócratas rusos a los obreros rusos, cuando las balas con que los obreros alemanes les disparan llevan el sello político y moral de la socialdemocracia alemana? “No podemos hacer nuestra política para Rusia, la hacemos para Alemania”, me respondió uno de los más distinguidos funcionarios del partido alemán cuando le planteé esta cuestión<sup>52</sup>. Y en aquel momento sentí con la más dolorosa claridad el golpe que se había asestado a la Internacional desde su seno.

El asunto no mejora, naturalmente, en el caso en el que los partidos socialistas de los *dos* países beligerantes han ligado su destino al de sus gobiernos, como en Alemania y Francia. Ningún poder exterior, ninguna confiscación, ninguna detención y ninguna destrucción podrían asestar a la Internacional un golpe tan duro como el que ella misma se asestó cuando capituló ante el monstruo estatal cuando éste empezó a utilizar el lenguaje del fuego y del hierro.

\*\*\*

En su discurso de Essen, Kautsky (como argumento lógico, en absoluto como posibilidad real) dibujó el terrible cuadro del hermano que se levanta contra el hermano bajo el signo de la “guerra defensiva”. Ahora que este cuadro se ha convertido en una sangrienta realidad, Kautsky se esfuerza en reconciliarnos con él. No ve el hundimiento de la Internacional. “El contraste entre los socialistas alemanes y franceses no reside en el criterio, ni en la concepción fundamental, sino en la diferente concepción de la situación, que surge a su vez de la diferencia en la posición geográfica (!) de los jueces. Por tanto, esta oposición será difícilmente superada mientras dure la guerra: sin embargo, no es una oposición de principio, sino que ha surgido de una situación particular y, por tanto, no tiene por qué durar más que ella”. (*N.Z.* 33. Jg. p.3). Cuando Guesde y Sembat aparecen como ayudantes de Poincaré, Declassé y Briand y como adversarios de Bethmann Hollweg, cuando los obreros franceses y alemanes se degüellan mutuamente, y no como hermanos obligados de la república burguesa y de la monarquía Hohenzollern, sino como socialistas que cumplen su deber bajo la dirección espiritual de sus partidos, no se trata de un hundimiento de la Internacional; “el criterio” es uno y el mismo con el socialista alemán que degüella al francés y con el socialista francés que degüella al alemán. Si Ludwig Frank tomó las armas, no fue para expresar una “oposición de principio” a los socialistas franceses, sino para abatirlos en plena unanimidad de principios, y si el propio Frank cayese por la bala de un francés (quizás también de un compañero de fracción socialista) no hay aquí ningún daño al “criterio” común, es sólo la consecuencia de “la diferencia de situación geográfica”. Verdaderamente, es amargo leer tales líneas, doblemente amargo que provengan de la pluma de Kautsky.

La Internacional siempre estuvo en contra de la guerra. “Si, a pesar de todos los esfuerzos de la socialdemocracia, sobreviene la guerra”, dice Kautsky, “entonces cada nación debe defenderse lo mejor que pueda”. De ello se desprende para la socialdemocracia de todas las naciones el mismo derecho o el mismo deber de participar en esta defensa y no puede reprochárselo (!) a la otra”. (*op. cit.*, p.7).

Este criterio común es de tal naturaleza: defender el propio pellejo, golpearse mutuamente el cráneo para defenderse, sin “reprocharse” nada. Pero, ¿la cuestión se resuelve por la unidad del criterio y no por su contenido? En el caso de Bethmann-Hollweg, Sasonow, Grey y Delcassé también hay completa uniformidad de criterio; tampoco hay oposición de principios entre ellos; son los que menos derecho tienen a reprocharse mutuamente nada, su comportamiento surge sólo de “la diferencia de

---

<sup>52</sup> El viejo Molkenbuhr, con el que me encontré a principios de la guerra en Zúrich. L. Trotsky, 1922.

posición geográfica”; si Bethmann hubiera sido ministro inglés, habría actuado de la misma manera que Sir Grey. Su criterio es el mismo que el de sus cañones, que sólo se diferencian entre sí por su calibre. La cuestión, sin embargo, es si podemos hacer nuestro su criterio. “Afortunadamente, es un malentendido pensar que la socialdemocracia alemana debiera juzgar en caso de guerra según puntos de vista nacionales y no internacionales, que se sintiera principalmente un partido alemán y secundariamente proletario”. Así habló Kautsky en Essen. Y ahora que el punto de vista internacional común a todos los partidos obreros de la Internacional ha sido sustituido en cada partido por el nacional, Kautsky no sólo se reconcilia con este “malentendido”, sino que busca en él una unidad de criterio y la garantía del renacimiento de la Internacional.

“En cada estado nacional, el proletariado debe consagrar también toda su energía a mantener intactas la independencia y la unidad del territorio nacional. Esta es una pieza esencial de la democracia, base necesaria para la lucha y la victoria del proletariado.” (op. cit., p.4.)

Pero, ¿qué ocurre en tal caso con la socialdemocracia austriaca? ¿Debe también dedicar toda su energía a la preservación de la monarquía danubiana no nacional y antinacional? ¿Y la socialdemocracia alemana? Al enredarse políticamente con su ejército, no sólo promueve el mantenimiento del caos nacional austrohúngaro, sino que facilita la destrucción de la unidad nacional de la propia Alemania. *La unidad nacional se ve amenazada no sólo por la derrota, sino también por la victoria.* Desde el punto de vista del proletariado europeo, es igualmente perjudicial que una parte del territorio francés sea anexada a Alemania, o que una parte del suelo alemán sea anexado a Francia. Por último, el mantenimiento del statu quo europeo no figura en modo alguno como nuestro programa; el mapa político de Europa está trazado con la punta de la bayoneta que ha pasado por encima del cuerpo vivo de las naciones en todas las fronteras. Al apoyar con su energía a sus gobiernos nacionales (o antinacionales), la socialdemocracia deja de nuevo la corrección del mapa de Europa al poder y la perspicacia de la bayoneta. Al hacer pedazos la Internacional, la socialdemocracia destruye el único poder capaz de oponerse a la actividad de la bayoneta con su programa de independencia nacional y democracia, y de realizar este programa en mayor o menor grado, independientemente de cuál de las bayonetas nacionales se corone con la victoria.

La vieja experiencia se ha confirmado recientemente: si la socialdemocracia antepone sus tareas nacionales a sus tareas de clase, comete el mayor crimen no sólo contra el socialismo, sino también contra el interés bien entendido de la nación.

## ***VI. La quiebra de la Internacional***

En la conferencia de su partido en París, dos semanas antes de que estallara la catástrofe, los socialistas franceses insistieron en comprometer a todas las secciones de la Internacional en la acción revolucionaria en caso de movilización. Pensaban sobre todo en la socialdemocracia alemana. El radicalismo de los camaradas franceses en cuestiones de política exterior no tenía tanto raíces internacionales como nacionales. Los acontecimientos de la guerra acabaron por confirmar lo que ya estaba claro para muchos. El partido socialista francés quería alguna garantía de su partido hermano alemán de que Francia permanecería intocable. Sólo entendiéndose así con el proletariado alemán habrían creído los socialistas franceses tener por fin las manos libres para una lucha decisiva contra el militarismo nacional. La socialdemocracia alemana, por su parte, se negó rotundamente a asumir una obligación de este tipo. Bebel demostró que, si los partidos socialistas firmaban la resolución francesa, no podrían cumplir sus obligaciones

en el momento decisivo. En la actualidad, apenas se puede dudar de que Bebel tenía razón. Como han vuelto a demostrar los acontecimientos, el periodo de movilización paraliza casi por completo al partido socialista; en todo caso, excluye la posibilidad de aplazar la acción. En cuanto se anuncia la movilización, la socialdemocracia se encuentra frente a frente con el poder concentrado del gobierno, que cuenta con un poderoso aparato militar dispuesto a aplastar todos los obstáculos que se interpongan en su camino, con la colaboración incondicional de todos los partidos e instituciones burguesas.

No menos importante es el hecho de que la movilización despierta y pone en pie a aquellos círculos cuya importancia económica es mínima y que en tiempos de paz no desempeñan casi ningún papel político. Cientos de miles y millones de pequeños artesanos, lumpenproletarios, pequeños campesinos y obreros agrícolas, serán adscritos a las filas del ejército, revestidos con el uniforme del emperador cada uno de ellos, significa tanto una unidad y, además, un obrero con conciencia de clase. Sus familias son despertadas forzosamente de una aburrida indiferencia y se interesan por el destino del país. En todos estos círculos, en los que nuestra agitación casi no penetra y a los que nunca arrastrará en condiciones ordinarias, la movilización y la declaración de guerra despiertan nuevas expectativas. Confusas esperanzas de un cambio en el actual estado de cosas, un giro a mejor, se apoderan de las masas que han sido arrancadas de la apatía de la miseria y la servidumbre. Aquí ocurre lo mismo que al comienzo de una revolución, pero con la diferencia decisiva de que la revolución vincula a estos círculos del pueblo recién despertados con la clase revolucionaria, mientras que la guerra los vincula con el gobierno y el ejército. Si en la revolución todas las necesidades insatisfechas, todos los sufrimientos acumulados, todas las esperanzas anhelantes encuentran su expresión en el entusiasmo revolucionario, en este caso los mismos sentimientos sociales toman temporalmente la forma de la embriaguez patriótica. Amplios círculos de la clase obrera influidos por el socialismo se ven arrastrados por la misma corriente. La vanguardia socialdemócrata se siente en minoría, sus organizaciones quedan devastadas con la implementación de la organización del ejército. En tales circunstancias no puede hablarse de acción revolucionaria por parte del partido. Y todo esto es bastante independiente de la evaluación de la guerra. A pesar de su carácter colonial y de su impopularidad en el país, la guerra ruso-japonesa sofocó casi por completo el movimiento revolucionario en el curso de los seis primeros meses. Por lo tanto, es evidente que, con toda su buena voluntad, los partidos socialistas no podían asumir la obligación de la obstrucción total en el momento de una movilización, es decir, precisamente en el momento en que el socialismo demuestra estar políticamente más aislado.

Por lo tanto, el hecho de que los partidos obreros no se opusieran a la movilización militar con su movilización revolucionaria no es inesperado ni desalentador. Si los socialistas se hubieran limitado a pronunciar su juicio sobre la guerra actual, a rechazar toda responsabilidad en ella, a negar la confianza en sus gobiernos y en los créditos de guerra, su deber se habría cumplido por el momento. Habrían adoptado una posición política de espera, cuyo carácter de oposición habría sido igualmente claro para los gobernantes y las masas. Las acciones ulteriores habrían surgido del curso objetivo de los acontecimientos y de los cambios que los sucesos de la guerra debían producir en la conciencia popular. El vínculo interno de la Internacional se habría mantenido, la bandera socialista habría permanecido inmaculada; la socialdemocracia, temporalmente debilitada, habría conservado sus manos libres para interferir decisivamente en los acontecimientos tan pronto como se hubiera producido el cambio en el estado de ánimo de las masas trabajadoras. Y se puede decir con certeza: toda la influencia sobre las masas que la socialdemocracia hubiese perdido con tal actitud al principio de la guerra, la habría recuperado tras el inevitable hundimiento.

Si esto no ocurrió, si la señal de la movilización para la guerra se convirtió también en la señal de la caída de la Internacional, si los partidos obreros nacionales, sin ni una protesta entre ellos, se unieron a sus gobiernos y ejércitos, tiene que haber causas profundas para ello y causas comunes a toda la Internacional en esto. Estas causas no hay que buscarlas en los errores personales, en la estrechez de miras de los dirigentes y de los comités ejecutivos de los partidos, sino en las condiciones objetivas de aquella época en que nació y se construyó la Internacional Socialista. Esto no significa que haya que justificar nunca la falta de fiabilidad de los dirigentes y la confusa insuficiencia de las ejecutivas de los partidos. En absoluto. Pero no son factores fundamentales. Esos factores hay que buscarlos en las condiciones históricas de toda la época. Para esta época (y hay que darse cuenta claramente de ello) no se trata de errores individuales, no de combinaciones oportunistas, no de torpes declaraciones desde la tribuna parlamentaria, no del voto de los socialdemócratas granducales de Baden a favor del presupuesto<sup>53</sup>, no de experimentos individuales de ministerialismo francés y de arribismo socialista; se trata del fracaso completo de la Internacional en la época histórica de más responsabilidad, para la cual toda la obra del socialismo realizada hasta ahora sólo puede considerarse como una preparación. La retrospectiva histórica permite constatar fácilmente toda una serie de hechos y síntomas que deberían haber causado alarma en cuanto a la profundidad y firmeza del internacionalismo en el movimiento obrero.

No hablamos de la socialdemocracia austriaca. En vano los socialistas rusos y serbios buscaron en los artículos de contenido político mundial de la *Wiener Arbeiter-Zeitung* [Periódico obrero de Viena] citas que pudieran transmitir a los obreros serbios y rusos sin avergonzarse de la Internacional. La defensa del imperialismo austroalemán no sólo contra sus adversarios externos, sino también contra los internos (¡*Vorwärts* era uno de ellos!) siguió siendo siempre una de las directrices más destacadas de este periódico. Puede decirse, sin ironía, que en la actual crisis de la Internacional el *Wiener Arbeiter-Zeitung* se ha mantenido de lo más fiel a su pasado.

El socialismo francés tenía en un polo una fuerte expresión patriótica, no exenta de hostilidad hacia Alemania; en el otro, jugaban los colores más vivos del antipatriotismo hervéano [Hervé], que, como demuestra la experiencia, se convierte fácilmente en su contrario.

El patriotismo de Hyndman, demostrado y tory<sup>54</sup>, que complementa su radicalismo sectario, ha causado a menudo dificultades políticas a la Internacional.

En menor medida, podían observarse síntomas nacionalistas en la socialdemocracia alemana. Es cierto que el oportunismo de los alemanes del sur se desarrolló en el terreno del particularismo, que era el nacionalismo alemán en octava [=en miniatura]. Pero a los alemanes del sur se les consideraba, con razón, la retaguardia del partido. La promesa de Bebel de empuñar el fúsil en caso de peligro tuvo una acogida dividida en el partido. Y cuando Noske repitió la misma frase, la prensa del partido se ensañó con él. En general, la socialdemocracia alemana se adhirió más estrictamente a la línea internacional que ningún otro de los antiguos partidos socialdemócratas. Pero fue precisamente por esta razón por la que rompió de forma más brusca con su pasado. A juzgar por las declaraciones formales del partido y los artículos de la prensa, no existe conexión alguna entre el ayer y el hoy del socialismo alemán. Está claro, sin embargo, que esta catastrófica convulsión no habría podido producirse si sus condiciones previas

<sup>53</sup> En 1904, en el Landtag de Baden (Alemania del Sur), una coalición entre socialdemócratas y liberales elaboró y votó un presupuesto. Era la primera vez que un socialista votaba a favor de un presupuesto capitalista.

<sup>54</sup> Tory, conservadores ingleses a los que perteneció Hyndman en su juventud. Fue el líder de la organización socialdemócrata británica hasta la guerra.

no se hubieran preparado en la época pasada: el hecho de que dos partidos jóvenes, el serbio y el ruso, se mantuvieran fieles a sus deberes internacionales no es en absoluto una confirmación de la filosofía filisteá que considera la fidelidad a los principios como una expresión natural de inmadurez. Pero este hecho nos lleva a buscar las causas del hundimiento de la II Internacional en las mismas condiciones de su desarrollo, que sobre sus jóvenes miembros ejercieron menor influencia.

\*\*\*

El *Manifiesto Comunista*, escrito en 1847, concluye con las palabras “¡Proletarios de todos los países, uníos!”<sup>55</sup>. Pero esta consigna apareció demasiado pronto para convertirse inmediatamente en una realidad viva. El orden del día histórico en aquel momento era la revolución burguesa de 1848. A los propios autores del *Manifiesto* no se les asignó el papel de dirigentes de un proletariado internacional en esta revolución, sino el de luchadores de la extrema izquierda de la democracia nacional.

La revolución de 1848 no resolvió ninguno de los problemas nacionales, sólo los planteó. La contrarrevolución y el auge industrial rompieron el hilo del movimiento revolucionario. Pasó una nueva década de calma, hasta que las contradicciones que no habían sido resueltas por la revolución volvieron a intensificarse hasta tal punto que exigieron la intervención de la espada. Esta vez, sin embargo, no era la espada de la revolución la que había caído de las manos de la burguesía, sino la espada de la guerra sacada de la vaina dinástica. Las guerras de 1859, 1864, 1866 y 1870 crearon una nueva Italia y una nueva Alemania. Los feudales, a su manera, cumplieron el legado de la revolución de 1848. La bancarrota política de la burguesía, expresada en este intercambio histórico de papeles, se convirtió en un acicate decisivo para un movimiento proletario independiente sobre la base del rápido desarrollo capitalista.

En 1863, Lassalle fundó en Alemania la primera asociación política obrera<sup>56</sup>. En 1864, bajo la dirección de Marx, se crea en Londres la Primera Internacional<sup>57</sup>. La consigna final del *Manifiesto Comunista* pasa a la primera circular de la Asociación Internacional de los Trabajadores<sup>58</sup>. Es muy característico de las tendencias del movimiento obrero moderno que en sus primeros pasos cree una organización de carácter internacional. Sin embargo, esta organización aparece mucho más como una anticipación de las necesidades ulteriores del movimiento que como un verdadero aparato director de la lucha de clases. Seguía existiendo un gran abismo entre el objetivo último de la Internacional, la revolución comunista, y su práctica inmediata, que era predominantemente la participación internacional en el caótico movimiento obrero de los trabajadores en los distintos países. Incluso los creadores de la Internacional esperaban que el curso revolucionario de los acontecimientos superara la discrepancia entre ideología y práctica en el menor tiempo posible. El Consejo General, al mismo tiempo que transfería sumas de dinero a los distintos grupos de Inglaterra y del continente, hacía intentos clásicos de unir la acción de los obreros de todos los países en el terreno de la política mundial.

Pero estos esfuerzos no tenían todavía una base material suficiente. La actividad de la Primera Internacional coincide con aquella época bélica que allanó el camino al desarrollo capitalista en Europa y Norteamérica. Los intentos de intervención por parte

<sup>55</sup> *Manifiesto Comunista (anexas)*, página 45 del formato pdf en nuestra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#).

<sup>56</sup> La Asociación General de Trabajadores Alemanes se fundó en Leipzig el 23 de marzo de 1863. Presidente, Ferdinand Lassalle (1825-1864); Vicepresidente, Dr. Otto Dammer; Secretario, Karl Julius Valteich, zapatero (1839-1915).

<sup>57</sup> *Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*, serie en estas mismas EIS.

<sup>58</sup> Ver en *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*, en nuestra serie *Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*, página 7 del formato pdf.

de la Internacional, a pesar de toda su significación principista y pedagógica, no podían sino hacer sentir más claramente a los obreros más avanzados de todos los países su impotencia frente al estado nacional de clase. La Comuna de París, que estalló a raíz de la guerra, fue la culminación de la época de la Primera Internacional<sup>59</sup>. Así como el *Manifiesto Comunista* fue la anticipación teórica del movimiento obrero moderno, y la Primera Internacional la anticipación organizativa de la asociación obrera de todo el mundo, la Comuna de París fue la anticipación revolucionaria de la dictadura del proletariado. Pero sólo una anticipación. Precisamente por eso se demostró que no es posible que el proletariado someta el aparato del estado y transforme la sociedad sólo con su improvisación revolucionaria. Los estados nacionales surgidos de las guerras crearon la única base real, la nacional, para esta obra histórica. Por tanto, debe pasar por la escuela de la autoeducación. La Primera Internacional ha cumplido su misión, la de vivero de los partidos nacionales socialistas. Después de la guerra franco-prusiana y de la Comuna de París, la Internacional arrastró su existencia semiactiva durante poco tiempo y en 1872 fue trasladada a América, donde muchos experimentos de carácter religioso, social, etc., habían ido a menudo a morir.

Comenzó la época del poderoso desarrollo capitalista sobre la base del estado nacional. Para el movimiento obrero fue la época de la acumulación gradual de fuerzas, de la formación de organizaciones y del posibilismo político.

En Inglaterra, la época tormentosa del cartismo<sup>60</sup>, el despertar revolucionario del proletariado inglés, se agotó completamente diez años antes de la aparición de la Primera Internacional. La abolición de los impuestos sobre el grano (1846), el auge industrial que le siguió y que transformó a Inglaterra en el taller del mundo, la introducción de la jornada de diez horas (1847), el crecimiento de la emigración de Irlanda a Norteamérica y, finalmente, la extensión del voto a los trabajadores urbanos (1867): todas estas condiciones, que mejoraron significativamente la posición de las capas superiores del proletariado, condujeron al movimiento de clases a la corriente del tradeunionismo y a la política obrera liberal que lo complementaba. Para el proletariado inglés, la época del posibilismo, es decir, de la adaptación consciente y planificada a las formas económicas, jurídicas y estatales del capitalismo nacional, comenzó, como el mayor de los hermanos, incluso antes del nacimiento de la Internacional, dos décadas antes que para el proletariado continental. Si, a pesar de todo, los grandes sindicatos ingleses se adhirieron a la Internacional al principio, fue exclusivamente porque ello les facilitaba protegerse contra la importación de rompehuelgas continentales en los conflictos salariales.<sup>61</sup>

---

<sup>59</sup> La Comuna de París, tras la derrota de Francia en la guerra de 1870-1871, los obreros de París toman el poder. El 28 de marzo de 1871 se declaró la Comuna. Se ahogó en sangre el 21-28 de mayo de 1871. Entre 20.000 y 30.000 comuneros, incluidos mujeres y niños, fueron asesinados, 270 ejecutados tras un "juicio", 400 encarcelados y 7.000 expulsados del país. La Comuna marcó el fin de la monarquía en Francia y el comienzo de la Tercera República. La Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional) fue fundada por Marx y Engels en 1864. En su "primera fase" sirvió de punto de encuentro de diversas organizaciones nacionales europeas. Tras la Comuna de París, en 1872, se trasladó a Nueva York. Se disolvió en 1876. En este mismo sello ver nuestra serie [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores](#) y en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) ver la serie [Comunas de París y Lyon](#).

<sup>60</sup> Cartismo, movimiento inglés a favor de la reforma parlamentaria (sufragio universal masculino, parlamentos anuales, voto por papeleta, remuneración de los diputados, electorado igualitario, abolición del requisito de propiedad, etc.) que comenzó en 1838 como una campaña de recogida de firmas para la [Carta del Pueblo](#); disponible como texto de apoyo en nuestra serie [Liga de los Comunistas](#). Tuvo algunos episodios violentos (24 muertos en Manchester y Newport el 3 de noviembre de 1839), sufrió altibajos y estalló finalmente en abril de 1848.

<sup>61</sup> En el verano de 1866, los ferrocarriles británicos intentaron importar mano de obra barata belga. La Primera Internacional se comprometió a acabar con el trabajo clandestino. Una ojeada a las actas de las primeras sesiones del Consejo General de la AIT permite percatarse de que el problema era tratado

El movimiento obrero francés ha tardado en recuperarse de la sangría de la Comuna, sobre el terreno de un desarrollo industrial ralentizado, en la atmósfera del más venenoso revanchismo nacional. Vacilante entre sus flancos de “negación” anarquista del estado y de capitulación democrática vulgar ante él, el movimiento proletario francés se desarrolló adaptándose al marco social y político de la república burguesa.

El centro de gravedad del movimiento socialista se trasladó a Alemania, como predijo Marx ya en 1870.

Tras la guerra franco-alemana, comenzó para la Alemania unida una época similar a la de las décadas precedentes en Inglaterra: florecimiento capitalista, sufragio democrático y elevación del nivel de vida de las capas superiores del proletariado.

Teóricamente, el movimiento del proletariado alemán marchaba bajo la bandera del marxismo. Pero en su dependencia de las condiciones de la época, el marxismo se convirtió para el proletariado alemán no en la fórmula algebraica de la revolución, como lo fue en la época de su creación, sino en el método teórico de adaptación al estado nacional-capitalista coronado con el casco prusiano. El capitalismo, tras alcanzar un equilibrio temporal, revolucionó sin cesar la base económica de la vida nacional. La burguesía cedió todas sus posiciones *políticas* a la monarquía feudal, pero se fortificó tanto más enérgicamente en sus posiciones *económicas* bajo la protección del estado policiaomilitar. El capitalismo victorioso, el militarismo colocado sobre una base capitalista, la reacción política derivada de la fusión de las clases feudal y capitalista (la revolucionarización de la vida económica y el completo abandono de los métodos y tradiciones revolucionarios en la vida política) son las líneas básicas de la última época, que abarca cuatro décadas y media. Toda la actividad de la socialdemocracia alemana se orientó hacia el despertar de las clases obreras atrasadas mediante una lucha planificada por sus necesidades inmediatas; hacia la acumulación de fuerzas, el aumento de la afiliación, el llenado de las arcas, el desarrollo de la prensa, la conquista de todos los puestos disponibles, su explotación, extensión y profundización. Esta fue la gran obra histórica de despertar y educar a la clase hasta entonces “no histórica”. Siguiendo directamente el desarrollo de las industrias nacionales, adaptadas a sus éxitos en el mercado nacional y mundial, controlando el movimiento de los precios de las materias primas y de los productos acabados, se formaron las poderosas asociaciones profesionales centralizadas de Alemania. Adaptadas a la ley electoral, anidadas localmente en las circunscripciones, extendiendo sus antenas en las comunidades urbanas y rurales, erigieron el edificio único de la organización política del proletariado alemán, con su jerarquía burocrática de múltiples ramificaciones, un millón de miembros cotizantes, cuatro millones de votantes, 91 periódicos diarios y 65 imprentas del partido. Toda esta actividad multifacética de inconmensurable importancia histórica estuvo prácticamente impregnada hasta el final del espíritu del posibilismo. En cuatro décadas y media, la historia no ha ofrecido al proletariado alemán ni una sola oportunidad de derribar un obstáculo con un avance tempestuoso, de conquistar cualquier posición hostil en un intento revolucionario. Como resultado de las relaciones recíprocas de las fuerzas sociales, se vio obligado a sortear los obstáculos o a adaptarse a ellos. En esta práctica, el marxismo como método de pensamiento fue una valiosa herramienta de orientación política. Pero no pudo cambiar el carácter posibilista del movimiento de clase, que en su

---

seriamente y con frecuencia. En nuestra serie [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores](#) ver, por ejemplo en el epígrafe “Papel de la Asociación Internacional de Trabajadores en la lucha entre el capital y el trabajo”, página 16 y siguientes del formato pdf, del documento [Informes, relaciones y resoluciones del congreso de Lausana de la Asociación Internacional de Trabajadores \(AIT\)](#), 1867; o, también, el documento [Advertencia](#) (del Consejo General de la AIT sobre contratación inmigrantes esquiroles), de marzo de 1866.

esencia era similar en Inglaterra, Francia y Alemania en esta época. La táctica de los sindicatos, con la superioridad indiscutible de la organización alemana, era en principio la misma en Berlín y en Londres: su máxima expresión era el sistema de convenios colectivos. En el terreno político la diferencia tenía sin duda un carácter mucho más profundo. En el momento en que el proletariado inglés marchaba bajo la bandera del liberalismo, los obreros alemanes crearon un partido independiente con un programa socialista. Pero la realidad política de esta diferencia es mucho menos profunda que sus formas ideológicas y organizativas. A través de su presión sobre el liberalismo, los obreros ingleses lograron aquellas conquistas políticas limitadas en el campo del sufragio, la libertad de asociación y la legislación social que el proletariado alemán conservó o amplió con la ayuda de su partido independiente. Ante la temprana capitulación del liberalismo alemán, el proletariado alemán se vio obligado a crear un partido independiente. Pero este partido, que en principio estaba bajo la bandera de la lucha por el poder político, se vio obligado en toda su práctica a adaptarse al poder dominante, a proteger al movimiento obrero de sus golpes y a luchar por reformas individuales. En otras palabras, en virtud de la diferencia de tradiciones históricas y condiciones políticas, el proletariado inglés se adaptó al estado capitalista a través de la mediación del partido liberal; el proletariado alemán se vio obligado a crear un partido independiente con los mismos objetivos políticos. Pero el contenido de la lucha política del proletariado alemán tuvo a lo largo de esta época el mismo carácter históricamente limitado y posibilista que el del inglés. La igualdad de estos dos fenómenos, tan diferentes en sus formas, aparece más claramente en los últimos resultados de la época: por una parte, el proletariado inglés, en la lucha por sus tareas cotidianas, se vio obligado a fundar un partido independiente, sin romper, no obstante, con sus tradiciones liberales; por otra parte, el partido del proletariado alemán, enfrentado por la guerra a la necesidad de una elección decisiva, dio una respuesta en el espíritu de las tradiciones nacional-liberales del partido obrero inglés.

El marxismo no era, por supuesto, algo accidental o insignificante en el movimiento obrero alemán. Pero sería bastante infundado deducir de la ideología oficial marxista del partido su carácter social-revolucionario.

La ideología es un factor importante en la política, pero no determinante; su papel es de servicio político. La profunda contradicción en la que se encontraba la clase revolucionaria en su relación con el estado feudal-reaccionario requería una ideología irreconciliable que agrupara a todo el movimiento bajo la bandera de los objetivos social-revolucionarios. Puesto que las condiciones históricas le imponían una táctica posibilista, la irreconciliabilidad de la clase proletaria encontró su expresión en las fórmulas revolucionarias del marxismo. Dialécticamente, el marxismo concilió con pleno éxito la contradicción entre reforma y revolución. Pero la dialéctica del desarrollo histórico es algo mucho más difícil que la dialéctica del pensamiento teórico. El hecho de que la clase, revolucionaria en sus tendencias, se viera obligada durante décadas a adaptarse al estado policial monárquico que descansaba sobre el poderoso desarrollo capitalista, en cuya adaptación se formó una organización de un millón de personas y se educó a la burocracia obrera que dirigía todo el movimiento, no dejó de existir y no pierde su grave significado por el hecho de que el marxismo previera el carácter socialmente revolucionario del desarrollo futuro. Sólo un ideologismo ingenuo podía equiparar esta previsión con la realidad política del movimiento obrero alemán.

Los revisionistas alemanes partían de la contradicción entre la práctica reformista del partido y su teoría revolucionaria. No comprendían que esta contradicción estaba condicionada por condiciones temporales, aunque duraderas, y que sólo podía ser superada por un mayor desarrollo social. Para ellos era una contradicción lógica. El error de los revisionistas no consistió en afirmar el carácter reformista de la política del partido



en la época pasada, sino en querer perpetuar teóricamente el reformismo como único método de la lucha de clases proletaria. De este modo, los revisionistas entraron en contradicción con las tendencias objetivas del desarrollo capitalista, que, al agudizar las contradicciones de clase, deben conducir a la revolución social como única vía para la emancipación del proletariado. El marxismo salió victorioso de la disputa teórica en toda la línea. Pero el revisionismo derrotado teóricamente siguió vivo, alimentándose de toda la práctica del movimiento y de su psicología. La refutación crítica del revisionismo como teoría no significó en absoluto su superación táctica y psicológica. Los parlamentarios, sindicalistas y cooperativistas continuaron viviendo en una atmósfera de pesimismo generalizado, de especialización práctica y de estrechez nacional. Incluso la aparición de Bebel, el mayor representante de esta época, estuvo claramente marcada por ello.

El espíritu posibilista tuvo que arraigar con especial fuerza en la generación que entró en el partido en los años ochenta, en la época de las leyes de excepción bismarckianas y de la reacción opresiva en toda Europa. Sin el espíritu apostólico de la generación asociada a la Primera Internacional, trabada en sus primeros pasos por el poder del imperio victorioso, obligada a adaptarse a las trampas y acechanzas de la ley socialista, esta generación ha crecido totalmente en el espíritu de moderación y desconfianza orgánica de las perspectivas revolucionarias. Ahora todos tienen entre 50 y 60 años y son ellos mismos los que están a la cabeza de las organizaciones sindicales y políticas. El reformismo es su psicología política, si no es su doctrina. El crecimiento gradual hacia el socialismo (que es la base del revisionismo) demostró ser la utopía más miserable teniendo en cuenta los hechos del desarrollo capitalista. Pero el crecimiento político gradual de la socialdemocracia en el mecanismo del estado nacional demostró (para toda la generación) ser una trágica realidad.

La revolución rusa fue el primer gran acontecimiento que sacudió la rancia atmósfera de Europa 35 años después de la Comuna de París. El rápido ritmo de desarrollo de la clase obrera rusa, y el inesperado poder de su concentrada actividad revolucionaria, causaron una gran impresión en todo el mundo civilizado e impulsaron en todas partes la agudización de las contradicciones políticas. En Inglaterra, la revolución rusa aceleró la formación de un partido obrero independiente. En Austria, gracias a circunstancias especiales, condujo al sufragio universal. En Francia, el sindicalismo apareció como un eco de la revolución rusa, dando expresión en forma táctica y teórica inadecuada al despertar de las tendencias revolucionarias del proletariado francés. Por último, la influencia de la revolución rusa en Alemania se manifestó en el fortalecimiento de la joven ala izquierda del partido, en el acercamiento del centro dirigente a ella y en el aislamiento del revisionismo. La cuestión del sufragio prusiano, clave de las posiciones políticas de los junker, se planteó con mayor agudeza. El partido adoptó en principio el método revolucionario de la huelga general. Pero los choques externos resultaron insuficientes para empujar al partido por el camino de la ofensiva política. De acuerdo con toda la tradición del partido, el giro hacia el radicalismo se plasmó en discusiones y resoluciones de principio. No adquirió mayor desarrollo.

Hace seis o siete años, a la marea revolucionaria le siguió en todas partes un reflujó político. En Rusia triunfó la contrarrevolución y se abrió un período de desintegración política y organizativa del proletariado ruso. En Austria, el hilo de las conquistas se rompió rápidamente, los seguros obreros se frenaron en las cancillerías gubernamentales, las luchas nacionales se renovaron con redoblado vigor en el terreno del sufragio universal, se recondujo el párrafo 14<sup>62</sup>, y llevó a la socialdemocracia a la descomposición y al debilitamiento. En Inglaterra, el Partido Laborista, después de su separación del

---

<sup>62</sup> El párrafo 14 de la constitución le ofrecía a la monarquía y a la burocracia un amplio campo para sus "creaciones" extraparlamentarias.

liberalismo, ha vuelto a unirse más estrechamente a él. En Francia, los sindicalistas han pasado a posiciones reformistas; Gustav Hervé se ha transformado en su contrario en muy poco tiempo. En la socialdemocracia alemana, los revisionistas levantaron la cabeza, alentados por el hecho de que la historia les concediera tal revancha. Los alemanes del sur llevaron a cabo su voto demostrativo a favor del presupuesto. Los marxistas se vieron obligados a pasar del ataque a la defensa. Los esfuerzos del ala izquierda por llevar al partido por la senda de una política más activa fueron infructuosos. El centro gobernante se acercó cada vez más a la derecha, aislando a los radicales. El conservadurismo, recuperado tras los golpes de 1905, triunfó en todos los ámbitos. A falta de acción revolucionaria, así como de posibilidades reformistas reales, toda la energía se destinó a la expansión organizativa automática: nuevos miembros del partido y de los sindicatos, nuevos periódicos, nuevos suscriptores. Condenado durante décadas a una política de persistencia posibilista, el partido creó el culto a la organización como un fin en sí mismo. Probablemente nunca el espíritu de inercia organizativa ha prevalecido tan incondicionalmente en la socialdemocracia alemana como en los últimos años que precedieron inmediatamente a la gran catástrofe. Y no cabe la menor duda de que la cuestión de la conservación de las organizaciones, tesorerías, casas del pueblo e imprentas, desempeñó un papel aún más importante en la determinación de la posición de la fracción del Reichstag respecto a la guerra. El primer argumento que escuché de un destacado camarada alemán fue: “Si hubiéramos actuado de otro modo, habríamos condenado a nuestras organizaciones y a nuestra prensa.” Qué característico de la psicología del posibilismo organizativo es el hecho de que de 91 periódicos socialdemócratas ni uno solo considerara posible protestar contra la violación de Bélgica. Ni uno. Tras la caída de las leyes de excepción, el partido dudó durante mucho tiempo en crear sus propias imprentas para que no pudieran ser confiscadas por el gobierno cuando se producían acontecimientos importantes. Y ahora, después de haber creado sus propias imprentas, la jerarquía del partido teme cualquier movimiento decisivo para no dar lugar a confiscaciones. Aún más elocuente parece el incidente con el *Vorwärts*, que pidió permiso para seguir existiendo, sobre la base de un nuevo programa que suspende la lucha de clases hasta nuevo aviso. Todo amigo de la socialdemocracia alemana sintió una mortificación purificadora al recibir el número del órgano central con la despectiva prescripción del “Alto Mando”. Si el *Vorwärts* hubiera permanecido bajo la suspensión, habría sido un hecho político significativo al que el propio partido se habría referido más tarde con orgullo. En cualquier caso, habría sido mucho más honorable que existir con la huella de la bota del general en la frente. Pero por encima de todas las consideraciones de política y dignidad del partido estaban las consideraciones de empresa, de publicación, de organización; y así el *Vorwärts* existe ahora como un testimonio a dos caras de la brutalidad ilimitada de los junker al mando, tanto en Berlín como en Lovaina, y del posibilismo ilimitado de la socialdemocracia alemana.

La derecha adoptó una postura más basada en consideraciones políticas. Estas consideraciones de principio del reformismo alemán fueron formuladas de forma muy burda por Wolfgang Heine en una ridícula discusión sobre si se debía abandonar la sala de sesiones del Reichstag durante el “Kaiserhoch” [acto de aplaudir el nombre del emperador] o permanecer sentados. “El establecimiento de la república en el Imperio Alemán está en la actualidad, y por mucho tiempo, más allá de toda posibilidad previsible y, realmente, no es el tema de nuestra política diaria.” Los éxitos prácticos que siempre faltan podrían lograrse, pero sólo si hubiera cooperación con la burguesía liberal. “Por esta razón, y no por remilgos, he señalado que la cooperación parlamentaria se ve dificultada por manifestaciones que *hieren innecesariamente los sentimientos* de la mayor parte de la cámara.” Pero si la violación de la etiqueta monárquica era ya capaz de destruir

la esperanza de una cooperación reformadora con la burguesía liberal, la ruptura con la “nación” burguesa en la hora del “peligro” nacional habría dado al traste no sólo con las reformas deseadas, sino también con los deseos reformistas durante mucho tiempo. En el caso de los revisionistas, la actitud dictada a los conservadores rutinarios del centro del partido por la mera preocupación por la autoconservación organizativa se vio complementada por consideraciones políticas. En cualquier caso, el punto de vista de los revisionistas ha demostrado ser mucho más amplio y ha conquistado el terreno en todos los aspectos. Casi toda la prensa del partido señala ahora con diligencia lo que antes ridiculizaba con dureza: que la actitud patriótica de los obreros debe reportarles la benevolencia de las clases propietarias para las reformas después de la guerra.

Así, bajo los golpes de los grandes acontecimientos, la socialdemocracia alemana no se sintió como una potencia revolucionaria que tenía ante sí tareas que iban mucho más allá del marco de la cuestión del desplazamiento de las fronteras nacionales, que no se perdía ni un momento en el torbellino nacionalista, sino que esperaba el momento más favorable para intervenir poderosamente en el curso de los acontecimientos al mismo tiempo que las demás secciones de la Internacional, no; se sintió sobre todo como un pesado tren organizativo amenazado por la caballería enemiga. Por eso subordinó todo el futuro de la Internacional a la cuestión, independiente de ella, de la defensa de las fronteras del estado de clase, porque se sentía ante todo un estado conservador dentro de un estado.

“¡Mirad a Bélgica!”, lanzaba *Vorwärts* a los obreros-soldados. Allí las casas de los obreros han sido convertidas en lazaretos, los periódicos cerrados, la vida suprimida<sup>63</sup>. Y por lo tanto resistir hasta el final; “hasta que la victoria sea finalmente nuestra”. En otras palabras, seguid destruyendo, atemorizados incluso por el trabajo de vuestras manos (“¡Mirad Bélgica!”) ¡y sacad valor de este terror para nuevas destrucciones!

Lo que precede se refiere, en conjunto, no sólo a la socialdemocracia alemana, sino a todas las viejas secciones de la Internacional que han atravesado la historia del último medio siglo. Pero lo dicho no agota la cuestión de las causas del hundimiento de la II Internacional. Queda el factor, hasta ahora inexplicado en este contexto, que descansa en el núcleo de todos los acontecimientos por los que ha atravesado. La dependencia del movimiento de clase del proletariado, especialmente de sus luchas económicas, del alcance y los éxitos de la política imperialista del estado es una cuestión que, por lo que sabemos, aún no ha sido sometida a discusión en la prensa socialista. No podemos abordar su solución en el marco de un panfleto político, que es la naturaleza de este panfleto. Por lo tanto, lo que diremos al respecto tendrá necesariamente el carácter de un breve resumen.

El proletariado está fuertemente interesado en el desarrollo de las fuerzas productivas. El estado-nación, creado en Europa en las revoluciones y guerras de 1789 a 1870, apareció como el tipo básico de desarrollo económico de la época pasada. Con toda su política consciente, el proletariado contribuyó al desarrollo de las fuerzas productivas sobre una base nacional. Apoyó a la burguesía en su lucha contra los enemigos exteriores por la liberación nacional; también en su lucha contra la monarquía, el feudalismo y la iglesia, por el régimen de la democracia política. En la medida en que la burguesía se volvía “pro-orden”, es decir, se pasaba a la reacción, el proletariado asumía la obra histórica que no había terminado. Al defender una política de paz, cultura y democracia contra la burguesía, contribuyó a la expansión de las ventas en el mercado nacional,

---

<sup>63</sup> Un corresponsal del *Vorwärts* cuenta sentimentalmente cómo fue a Bruselas a buscar a los camaradas belgas en la Maison du peuple y encontró un hospital militar alemán. ¿Para qué necesitaba el corresponsal del *Vorwärts* camaradas belgas? “Para ganarlos para la causa del pueblo alemán”, en un momento en que la propia Bruselas ya había sido ganada “para la causa del pueblo alemán”.

impulsando así el desarrollo de las fuerzas productivas. En la misma medida, se interesaba económicamente por la democratización y el auge cultural de todos los demás países, como compradores o vendedores en relación con su propio país. Esta era la garantía más importante de la solidaridad internacional del proletariado, no sólo en su objetivo final, sino también en su política cotidiana. La lucha contra los restos de la barbarie feudal, contra las exigencias excesivas del militarismo, contra los aranceles agrícolas, contra los impuestos indirectos, constituía el contenido básico de la política obrera y servía, directa e indirectamente, a la labor de desarrollo de las fuerzas productivas. Precisamente por esta razón, la inmensa mayoría de los obreros organizados sindicalmente acompañó a la socialdemocracia en su política; todo obstáculo en el desarrollo de las fuerzas productivas toca más directamente a las organizaciones sindicales del proletariado.

En la medida en que el capitalismo pasó del terreno nacional al internacional-imperialista, la producción nacional, y con ella la lucha económica del proletariado, pasaron a depender directamente de aquellas condiciones del mercado mundial que se aseguran por medio de los acorazados y los morteros. En otras palabras, en contraste con los intereses fundamentales del proletariado, tomados en todo su alcance histórico, los intereses inmediatos que atañían al trabajo de algunas de sus capas resultaron depender directamente de los éxitos o fracasos de la política exterior del gobierno.

Inglaterra situó mucho antes su desarrollo capitalista sobre la base del robo imperialista. Ha interesado a las capas superiores del proletariado en su dominación mundial. El proletariado inglés, en la defensa de sus intereses, se limitó a presionar a los partidos burgueses que le concedían una participación en la explotación capitalista de otros países. Comenzó a adoptar una política independiente a medida que Inglaterra perdía su posición en el mercado mundial, empujada hacia atrás, entre otros, por su principal rival, Alemania. Pero al mismo tiempo, con el aumento del papel industrial mundial de Alemania, creció no sólo la dependencia material sino, también, la ideal de amplias capas del proletariado alemán respecto al imperialismo [alemán]. El 11 de agosto, el *Vorwärts* escribía que los obreros alemanes, “que hasta ahora se contaban entre los ilustrados políticamente y a los que se había predicado durante años (hay que confesar que *con bastante poco éxito*) los peligros del imperialismo”, despotricaban contra la neutralidad italiana tanto como los chovinistas más extremos. Pero esto no ha impedido a los *Vorwärts* alimentar a los trabajadores alemanes con argumentos “nacionales” y “democráticos” para justificar la sangrienta labor del imperialismo (con muchos literatos ocurre que sus espaldas son tan maleables como sus plumas).

Pero esto no cambia los hechos. En la conciencia de los trabajadores alemanes en el momento decisivo no había una hostilidad irreconciliable a la política imperialista, al contrario, revelaron una extraordinaria receptividad a sus susurros envueltos en fraseología nacional y democrática. El imperialismo socialista no se revela por primera vez en la socialdemocracia alemana. Baste recordar que en el congreso internacional de Stuttgart la mayoría de los delegados alemanes, especialmente los sindicalistas, votaron en contra de la resolución marxista sobre la política colonial<sup>64</sup>. Sólo a la luz de los acontecimientos actuales, este hecho, que causó sensación en su momento, adquiere todo su significado. En la actualidad, la prensa sindical, con más conciencia y sobria

---

<sup>64</sup> “Resolución sobre la cuestión colonial y el imperialismo, VII Congreso, Stuttgart, 1907”, en nuestra serie [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#). Aunque el Congreso de Stuttgart de la II Internacional (1907) logró la unanimidad sobre la actitud ante la guerra [ver en nuestra misma serie: [Resolución del Congreso de Stuttgart sobre el militarismo](#)], en la cuestión colonial se produjo una fuerte división. Una resolución anticolonial fue aprobada por 127 votos a favor y 108 en contra, con los alemanes (aunque divididos entre ellos) votando firmemente a favor de los “colonialistas”.

objetividad que la prensa política, confunde la causa de la clase obrera alemana con la obra del ejército de Hohenzollern.

Mientras el capitalismo se mantuviera sobre una base nacional, el proletariado no podría evitar participar en la democratización de las relaciones políticas y en el desarrollo de las fuerzas productivas a través de sus actividades parlamentarias, municipales y de otro tipo. Los intentos de los anarquistas de oponer a la lucha política de la socialdemocracia una agitación revolucionaria formal los condenaron al aislamiento y a la extinción. Pero en la medida en que los estados capitalistas se transforman de entidades nacionales en estados mundiales imperialistas, el proletariado no puede oponerse a este imperialismo sobre la base del llamado programa mínimo que ha orientado su política en el marco del estado-nación. Sobre la base de la lucha por los convenios colectivos y la legislación social, el proletariado no puede desarrollar contra el imperialismo la misma energía que contra el feudalismo. Al utilizar su viejo método de lucha de clases (la adaptación constante al movimiento del mercado) sobre las bases capitalistas modificadas, él mismo se hace dependiente del imperialismo, material y moralmente. El proletariado sólo puede oponerse al imperialismo con su fuerza revolucionaria bajo la bandera del socialismo como tarea inmediata. La clase obrera se muestra tanto más impotente frente al imperialismo cuanto más tiempo permanezcan sus viejas y poderosas organizaciones en el terreno de la vieja táctica posibilista; la clase obrera se vuelve superior frente al imperialismo cuando entra en el camino de lucha de la revolución social.

Los métodos de oposición nacional-parlamentaria no sólo siguen siendo objetivamente inconcluyentes, faltos de resultados prácticos, sino que pierden todo atractivo subjetivo para las masas obreras ante el hecho de que a espaldas de los parlamentarios el imperialismo, con su brazo armado, hace depender cada vez más los ingresos e incluso la existencia del obrero de sus éxitos en el mercado mundial. Para todo socialista consciente, estaba claro que la transición del proletariado del posibilismo a la revolución no podía ser provocada por la incitación a la agitación, sino sólo por choques históricos. Pero que este inevitable cambio de táctica vendría precedido de un colapso tan estremecedor de la Internacional no lo previó nadie. La historia actúa con una crueldad titánica. ¿Qué significa para ella la catedral de Reims? ¿Y qué unos cientos o miles de reputaciones políticas? ¿Y qué la vida o la muerte de cientos de miles o millones? El proletariado ha permanecido demasiado tiempo en la clase preparatoria, mucho más de lo que imaginaban sus grandes luchadores: la historia tomó la escoba, desbarató la Internacional de los epígonos y condujo a las masas al campo donde sus últimas ilusiones se lavan con sangre. ¡Terrible experimento! De su resultado puede depender el destino de la cultura europea.

## ***VII. La era evolucionaria***

A finales del siglo pasado estalló en Alemania una acalorada polémica sobre el efecto de la industrialización del país en sus fuerzas armadas. Políticos y escritores agrarios reaccionarios como Sehring, Karl Ballod, Georg Hansen y otros demostraron que el rápido crecimiento de la población urbana a expensas de la rural socavaba prácticamente los cimientos de la fuerza militar del Reich, y naturalmente sacaron de ello conclusiones patrióticas en un espíritu de proteccionismo agrario. En cambio, Lujo Brentano y su escuela defendían un punto de vista precisamente opuesto. Demostraron que la industrialización de la economía no sólo abría nuevas fuentes financieras y material-técnicas, sino que también generaba en el proletariado esa fuerza viva capaz de

poner en práctica todos los nuevos medios de defensa y ataque. Ya en referencia a la experiencia de 1870-1871, Brentano citaba juicios autorizados que demostraban que “los regimientos procedentes de la Westfalia predominantemente industrial se cuentan entre los mejores”, y explicaba muy correctamente este hecho con la capacidad mucho mayor del obrero para orientarse en las nuevas condiciones y adaptarse a ellas.

Ahora es superfluo preguntarse cuál de los contendientes tenía razón. La guerra actual prueba que Alemania, que ha realizado los mayores progresos en el camino del capitalismo, era capaz de desarrollar la más alta fuerza militar. Al mismo tiempo, esta guerra prueba, en relación con todos los países arrastrados a ella, qué energía colosal, y por ello cualificada, desarrolla el proletariado en su actividad bélica. No se trata del heroísmo pasivo y gregario de las masas campesinas, unidas por el servilismo fatalista y la superstición religiosa; se trata de la abnegación individualizada que, nacida del impulso interior, se coloca bajo la bandera de la idea. La idea bajo cuya bandera se encuentra ahora el proletariado armado es la idea del nacionalismo belicoso, enemigo mortal de los verdaderos intereses del proletariado. Las clases dominantes se han mostrado suficientemente poderosas para imponer su idea al proletariado, y éste ha puesto conscientemente su inteligencia, su pasión y su voluntad de sacrificio, al servicio de la causa de sus enemigos de clase. En este hecho está estampada la terrible derrota del socialismo. Pero en esa derrota se abren también todas las posibilidades de su victoria final. No cabe duda de que una clase capaz de mostrar tanta firmeza y sacrificio en una guerra que ha reconocido como “justa”, demostrará ser aún más capaz de desarrollar tales cualidades cuando el curso ulterior de los acontecimientos la enfrente a tareas verdaderamente dignas de la misión histórica de esa clase. La época de la toma de conciencia, de la educación y de la organización del proletariado reveló en él inmensas fuentes de energía revolucionaria, que no encontraron suficiente actividad en la lucha cotidiana. La socialdemocracia no sólo llamó a escena a las capas superiores del proletariado, sino que, también, inhibió su energía revolucionaria al dar necesariamente a su táctica el carácter de *perseverancia*, de espera, (“estrategia de agotamiento”). El carácter reaccionario y prolongado de esta época no permitió a la socialdemocracia plantear al proletariado tareas que habrían exigido todo su valor de sacrificio. En la actualidad, el imperialismo le plantea tales exigencias al proletariado. Consiguió su objetivo empujando al proletariado a una posición de “defensa nacional”, que para los trabajadores tenía que significar la defensa de lo que habían creado con sus manos, no sólo de las colosales riquezas de la nación, sino también de sus propias organizaciones de clase, sus arcas, su prensa, en resumen, todo lo que habían ganado en décadas de incansables y arduas luchas. El imperialismo arrancó violentamente a la sociedad de un estado de equilibrio inestable, destruyó las compuertas que la socialdemocracia había construido frente a la corriente de energía revolucionaria del proletariado y dirigió esta corriente hacia su lecho. Sin embargo, este tremendo experimento histórico, que ha quebrado con un solo golpe la columna vertebral de la Internacional Socialista, encierra en sí mismo el peligro mortal para la propia sociedad burguesa. Se arranca el martillo de las manos de los obreros, cambiándolo por el fusil. El obrero, el que está atado por la maquinaria de la economía capitalista, es de repente expulsado de su marco y se le enseña a poner por encima de la felicidad doméstica, y de la vida misma, los objetivos del conjunto.

Con el arma que él mismo ha fabricado en sus manos, el obrero se encuentra en una posición en la que el destino político del estado depende directamente de él. Aquellos que en tiempos ordinarios le oprimían y despreciaban, le adulan y se arrastran ante él. Al mismo tiempo, entra en la más íntima proximidad de los mismos cañones que, según Lassalle, constituyen uno de los componentes más importantes de las constituciones

[=Vfassung, *sic* en el original, “constitución”]<sup>65</sup>. Cruza las fronteras, participa en requisas violentas, bajo su cooperación las ciudades pasan de unas manos a otras. Se producen cambios como jamás ha visto la generación actual.

Si bien la vanguardia del trabajo sabía teóricamente que la fuerza es la madre del derecho, su pensamiento político seguía totalmente impregnado del espíritu de la posibilidad, de la conformidad con la legalidad burguesa. Ahora, de hecho, está aprendiendo a despreciar y a desbaratar violentamente este legalismo. Ahora, en su psique, los momentos estáticos dan paso a los dinámicos. Los morteros presionan en su mente el pensamiento de que, si es imposible sortear un obstáculo, queda la posibilidad de destruirlo. Casi toda la población masculina adulta es conducida a través de esta escuela de guerra tan terrible en su realismo, que forma un nuevo tipo de hombre. Por encima de todas las normas de la sociedad burguesa (con su ley, su moral y su religión) se alza ahora el puño de hierro de la necesidad. “¡La necesidad no conoce mandamientos!”, dijo el canciller alemán el 4 de agosto. Los monarcas salen a las plazas públicas para acusarse mutuamente de mentir en el dialecto de las mujeres del mercado, los gobiernos anulan compromisos que reconocen solemnemente, y la iglesia nacional unce a su dios al cañón nacional cual convicto condenado a galeras. ¿No está claro, entonces, que estas circunstancias deben producir un cambio profundo en la psique de las clases trabajadoras, curándolas radicalmente de la hipnosis de la legalidad en la que se expresó una época de estancamiento político?

Las clases poseedoras, para su horror, pronto tendrán que convencerse de ello. El proletariado, que ha pasado por la escuela de la guerra, sentirá la necesidad de utilizar el lenguaje de la violencia al primer obstáculo serio dentro de su propio país. “¡La necesidad no conoce mandamientos!”, gritará a quien intente contenerlo con los dictados de la legalidad burguesa. Y la necesidad, esa terrible necesidad económica que prevalecerá en el curso de esta guerra y después de su terminación, será capaz de instar a las masas a violar muchos mandamientos. El agotamiento económico general de Europa tendrá el efecto más directo y agudo sobre el proletariado. Las fuentes materiales de ayuda al estado se verán agotadas por la guerra, y la posibilidad de satisfacer las demandas de las masas trabajadoras resultará extremadamente limitada. Esto tendrá que conducir a profundos conflictos políticos que, ampliándose y profundizándose cada vez más, pueden asumir el carácter de una revolución social, cuyo curso y resultado, por supuesto, nadie puede predecir en la actualidad.

Por otra parte, la guerra, con sus ejércitos de millones de hombres y sus armas infernales de destrucción, puede agotar no sólo las fuentes de ayuda a la sociedad, sino también las fuerzas morales del proletariado. Si no encuentra resistencia interna, esta guerra puede durar varios años más, con éxitos alternados en ambos bandos, hasta el completo agotamiento de los principales participantes. Pero entonces toda la energía combativa del proletariado internacional, que el imperialismo ha llamado a la superficie con su sangrienta conspiración, puede agotarse completamente en la terrible obra de la aniquilación mutua. Y como resultado, toda nuestra cultura retrocedería varias décadas. Una paz que no surgiría de la voluntad de los pueblos despertados, sino del agotamiento mutuo de las partes implicadas, sería una paz de Bucarest, con la que se puso fin a la guerra de los Balcanes, extendida a Europa.

Con la ayuda de nuevos remiendos, habría intentado preservar todas las contradicciones, antagonismos e insuficiencias que condujeron a la guerra actual. Y con mucho más, la obra socialista de dos épocas humanas habría desaparecido sin dejar rastro en un mar de sangre.

---

<sup>65</sup> Lassalle hizo su famoso análisis de la esencia de las constituciones en un discurso pronunciado ante un auditorio berlinés el 16 de abril de 1862.

¿Cuál de las dos perspectivas es la más probable? No es posible predecirlo teóricamente; el resultado depende enteramente de la actividad de las fuerzas vivas de la sociedad, en primer lugar, de la socialdemocracia revolucionaria.

“*¡Cese inmediato de la guerra!*” es la consigna bajo la cual la socialdemocracia puede reunir de nuevo a sus filas desintegradas, tanto en el seno de cada uno de los partidos nacionales como en el conjunto de la Internacional. El proletariado no puede hacer depender su voluntad de paz de las consideraciones estratégicas de los estados mayores; al contrario, debe oponer resueltamente su voluntad de paz a estas consideraciones. Lo que los gobiernos beligerantes llaman lucha por la autoconservación nacional es en realidad una aniquilación nacional mutua. La verdadera autodefensa nacional consiste ahora en la lucha por la paz.

Tal lucha significa para nosotros no sólo una lucha por la preservación de los bienes materiales y culturales de la humanidad de una mayor destrucción demencial, sino ante todo por la preservación de la energía revolucionaria del proletariado.

Reunir las filas del proletariado en la lucha por la paz significa oponer de nuevo en toda la línea del frente las fuerzas del socialismo revolucionario al imperialismo furioso. Las condiciones en las que debe concluirse la paz (la paz de los propios pueblos y no la reconciliación de los diplomáticos) deben ser las mismas para toda la Internacional:

*¡Ninguna indemnización!*

*¡Derecho de cada nación a la autodeterminación! Estados Unidos de Europa; ¡sin monarquías, sin ejércitos permanentes, sin castas feudales dominantes, sin diplomacia secreta!*

La agitación por la paz, que debe llevarse a cabo simultáneamente con todos los medios de que dispone ahora la socialdemocracia, así como con los que, con buena voluntad, pudiera conseguir, no sólo arrancará a los obreros de la hipnosis del nacionalismo, sino que también llevará a cabo una obra salvadora de purificación interna en los círculos de los actuales partidos oficiales del proletariado. Los nacional-revisionistas y social-patriotas de la II Internacional, que explotan para fines nacional-militaristas la influencia históricamente conquistada del socialismo sobre las masas trabajadoras, deben ser devueltos a la posición de enemigos de clase del proletariado mediante una irreconciliable agitación revolucionaria por la paz.

La socialdemocracia revolucionaria es la que menos debe temer ahora que la aíslen. La guerra está haciendo la más terrible agitación contra sí misma. Cada nuevo día de guerra traerá nuevas y más nuevas masas bajo nuestra bandera, si es una bandera honesta de paz y democracia. Bajo la consigna de la paz, la socialdemocracia revolucionaria aislará con toda seguridad a la reacción belicista en Europa y la hará pasar a la ofensiva.

\*\*\*

Los marxistas revolucionarios no tenemos motivos para desesperar. La época en la que hemos entrado será *nuestra* época. El marxismo no está derrotado. Al contrario, el rugido de las armas en todos los confines de Europa proclama la victoria teórica del marxismo. ¿Qué queda de las esperanzas de un desarrollo “pacífico”, de la atenuación de los antagonismos capitalistas, de un crecimiento planificado hacia el socialismo?

Los reformistas de principios, que esperaban resolver la cuestión social mediante convenios colectivos, asociaciones de consumidores y cooperación parlamentaria entre la socialdemocracia y los partidos burgueses, cifran ahora sus esperanzas en la victoria de las armas “nacionales”. Esperan que las clases poseedoras estén más dispuestas a satisfacer las necesidades del proletariado, que ha demostrado su patriotismo. Esta



esperanza sería francamente obtusa si no ocultara otra, mucho menos idealista, a saber: que las victorias de las armas crearán para la burguesía una base imperialista de enriquecimiento mucho más amplia, a expensas de la burguesía de otros países, y le permitirán compartir parte de su botín con el proletariado nacional, a expensas del proletariado de otros países. De hecho, *el socialismo reformista se ha convertido en socialismo imperialista.*

Ante nuestros ojos, se estaba produciendo la liquidación estrepitosa de las esperanzas en un crecimiento pacífico de la prosperidad proletaria; los reformistas se vieron obligados, en contra de su doctrina, a buscar la salida del callejón sin salida político en la violencia, pero no en la violencia de los pueblos contra las clases dominantes, sino en la violencia militar de las clases dominantes contra otros pueblos. Después de 1848, la burguesía alemana se abstuvo de resolver sus tareas por el método de la revolución. Dejó que los feudales resolvieran las cuestiones burguesas por el método de la guerra. El desarrollo social enfrentó al proletariado con el problema de la revolución. Evadiendo la revolución, los reformistas se ven obligados a reproducir la decadencia histórica de la burguesía liberal; dejan que sus clases dominantes, es decir, los mismos feudales, resuelvan la cuestión proletaria por el método de la guerra. Pero ahí se acaba la analogía. En efecto, la creación de los estados nacionales resolvió la cuestión burguesa durante un gran período de tiempo, y la larga serie de guerras coloniales posteriores a 1871 completó esta solución ampliando el campo de acción para el desarrollo de las fuerzas capitalistas. La época de las guerras coloniales libradas por los estados nacionales condujo a la actual guerra de los estados nacionales por las colonias. Después de que todas las partes atrasadas de la tierra se distribuyeran entre los estados capitalistas, éstos no tuvieron más remedio que arrebatarse las colonias unos a otros.

... [66]

Pero el nuevo reparto de las colonias entre los países capitalistas no amplía la base del desarrollo capitalista, pues una ganancia en un lado significa una pérdida igual en el otro. Por consiguiente, un alivio temporal de los antagonismos de clase en Alemania sólo podría lograrse mediante una intensificación extrema de la lucha de clases en Francia y en Inglaterra, y viceversa. A esto hay que añadir un factor de importancia decisiva: el despertar capitalista de las propias colonias, despertar al que la presente guerra debe dar un poderoso impulso. Cualquiera que sea el resultado de esta guerra, la base imperialista del capitalismo europeo no se ampliará, sino que se estrechará como consecuencia de ella. La guerra, por lo tanto, no resuelve la cuestión obrera sobre una base imperialista, sino que, por el contrario, agrava esta cuestión al enfrentar al mundo capitalista con dos opciones: *La guerra permanente o la revolución.*

Si la guerra ha superado a la II Internacional, sus próximas consecuencias superarán a la burguesía de todo el mundo. Los socialistas revolucionarios no queríamos la guerra. *Pero tampoco la tememos.* No nos desesperamos por el hecho de que la guerra haya destruido la Internacional, que había abdicado ante la historia.

La época revolucionaria creará, a partir de las fuentes inagotables del socialismo proletario, nuevas formas organizativas que corresponderán a la magnitud de las nuevas tareas. Nos aprestamos de inmediato para este trabajo, en medio del loco estruendo de los morteros, el derrumbe de las catedrales y el aullido patriótico de los chacales capitalistas. En esta música infernal de la muerte, conservamos nuestro pensamiento claro, nuestra visión despejada, y sentimos que somos la única fuerza creadora del futuro.

---

<sup>66</sup> En el texto de la versión inglesa que reproduce el MIA-inglés aparece el siguiente párrafo: “La gente no debería hablar”, dice Gorg Irmer, “como si fuera una cosa establecida que la nación alemana ha llegado demasiado tarde para la rivalidad por la economía mundial y el dominio mundial, que el mundo ya ha sido dividido. ¿No se ha dividido la tierra una y otra vez en todas las épocas de la historia?”.

Ya somos muchos, más de lo que parece. Mañana seremos muchos más que hoy. Pasado mañana se levantarán bajo nuestra bandera millones de personas, que incluso ahora, sesenta y siete años después de la aparición del *Manifiesto Comunista*, no tienen nada más que perder que sus cadenas.

## IV. La guerra en la política

### *Mi llegada a Francia. - París. - Viviani. Joffre. - Briand. - Clemenceau*

Franqueé la frontera francesa el 19 de noviembre de 1914. Las enfermeras de la Cruz Roja se acercaron a los vagones para hacer la cuestación. Todo el mundo tenía la impresión de que la guerra terminaría no más tarde de la primavera, aunque nadie podía decir por qué. En pocas palabras, la gente aún no se había acostumbrado a la guerra. París estaba triste, los hoteles estaban vacíos. La gente que se había ido en agosto todavía no había regresado. Por la noche, las calles se llenaban de tristeza. Las cafeterías cerraban a las ocho. ¿Por qué esta medida? El general Gallieni, gobernador de París, no quería multitudes, ¡y las cafeterías pueden convertirse en fuente de críticas y descontento! Por todas partes, mujeres de negro. En esta era de patriotismo abierto, el duelo se llevaba mucho: no sólo las madres y las esposas, sino también los parientes lejanos. Los niños jugaban a la guerra. Los heridos que estaban convalecientes deambulaban por las calles. Los ancianos condecorados con la Legión de Honor les lanzaban discursos patrióticos. Había muchos de esos “hasta el final”, demasiado jóvenes en 1870, demasiado viejos en 1914...

De vez en cuando, los zeplines se acercaban a la ciudad. Recuerdo una noche de noviembre de 1914. Volví al hotel por calles oscuras. Dieron la alerta. Se podía ver siluetas oscuras corriendo. Se extinguieron las reverberaciones de las escasas farolas. En pocos minutos, oscuridad total y ninguna alma viviente. No entendía lo que estaba pasando, pero tenía la sensación de que algo andaba mal. Se escucharon sordos golpes. ¿Cañones o bombas lanzados por los “piratas del aire”? Más tarde se verificó que se trataba de dos. Vagué largo tiempo por las calles oscuras. Los focos estaban constantemente escudriñando el cielo. Media hora más tarde, la Torre Eiffel proyectó su rayo hacia las nubes. Todos los residentes del hotel, sentados en los escalones de las escaleras, a la luz de las velas, leían o jugaban a las cartas. ¡Terminantemente prohibido encender la electricidad! Dos golpes más; los focos aún estaban en acción. Después, final de la alerta, el enemigo huía. Al día siguiente, los periódicos publicaron el número de casas destruidas y el número de víctimas.

Desde el comienzo de la guerra estaba a la cabeza del gobierno Viviani, un charlatán bastante insignificante, excolonialista y alumno de Jaurès. La burguesía francesa confía voluntariamente a los antiguos socialistas puestos de alta responsabilidad. Los radicales, el partido más numeroso, se distinguen demasiado por su visión estrecha y su mentalidad pequeñoburguesa para poder gobernar en tiempos difíciles. El abogado, que ha pasado por la escuela socialista, sabe cómo hablar con los trabajadores. Es tanto más capaz de adaptarse a una política tortuosa en tanto que está más dispuesto a vender su conciencia por una suma decente... ¡obviamente! Briand, antiguo apóstol de la huelga general, ocupó el ministerio de justicia. Se comportó con Viviani con despreocupación e ironía no disimulada. Criticó sus iniciativas reaccionarias y, sin apresurarse, se preparó para la caída de su líder y amigo...

El prestigio de Joffre estaba entonces en su apogeo después de la batalla de Marne. Toda la prensa la incensaba de rodillas, mientras calificaba al parlamento de reunión parlanchina. Para la caída del gobierno se preparaba una campaña clandestina y activa.

Un cambio “bonapartista” flotaba en el aire. Pero, según el refrán francés, para hacer paté de liebre hay que tener la liebre en las manos, y precisamente ésta faltaba... El Bonaparte brillaba por su ausencia. El “Padre Joffre” era el menos adecuado para este papel. Su prudencia, su actitud de espera, su miedo al fracaso, hacían de él el opuesto al genio francés por excelencia: Napoleón. En el campo de la estrategia, Joffre reflejaba el carácter de esta pequeña burguesía francesa conservadora y estrecha de miras que temía “dar un paso adelante”.

Posteriormente, después de la Batalla de la Marne (de la que muchos atribuían el mérito a Gallieni) la autoridad del generalísimo declinó, primero lentamente y luego más y más rápidamente. El ejército no pudo encontrar ningún “águila” que lo sustituyera. ¡Sin nueva victoria, no hay nueva gloria! Tampoco hay “águilas” en la vida política francesa. Por el contrario, ¡nunca se vio semejante mediocridad! El único gran hombre que la burguesía empujó a la cima fue A. Briand. Completamente ignorante de los asuntos de estado, carente de las cualidades políticas y morales esenciales, gran maestro de las maniobras de pasillos, traficante en los votos de un parlamento apático, instigador de la corrupción y el libertinaje, charlatán de maneras de la “p...” política, ¡Briand era la caricatura más bella de los que abogaron por la guerra “grande, nacional y liberadora”! Su gran enemigo era el viejo “vencedor” de gobiernos, el “tigre”, el Clemenceau de setenta años. La principal fuerza de su talento como publicista era la malicia. Clemenceau conocía demasiado bien la parte inferior de las cartas como para permitirse ilusiones idealistas. Era demasiado malo para dejar a los demás con sus ilusiones intactas. Más que nadie, trabajó por la pérdida de Poincaré, Joffre y Briand. Aunque este retoño del jacobinismo se vio privado de todo talento creativo, utilizó una energía diez veces mayor para dirigir la lucha hasta el final.

En el momento en que se escribían estas líneas, Briand ya estaba fuera del poder. Ribot se convirtió en primer ministro. Era un conservador, ligeramente de izquierda, sin una idea clara de cómo se iba a librar la guerra. Sustituyó a Painlevé, un famoso matemático, diletante en política, por Clemenceau. Su gobierno parecía ser la expresión misma de la desesperación política. Clemenceau fue más tarde ministro de la victoria. Pero.... La historia aún no ha dicho su última palabra.

### ***Imperialismo e idea nacional***

Los ideólogos franceses miran la guerra como el choque entre dos principios muy opuestos: el Bien y el Mal, Ormuz y Ahrimán. Para nosotros, materialistas, la guerra es por esencia imperialista, es el resultado de los esfuerzos de los estados capitalistas para engrandecerse y conquistar. Cuando la expansión capitalista coincide con la unión nacional, el imperialista Ahrimán se apoya en el nacional Ormuz.

El ministro-presidente serbio respondía estos últimos días a una interpelación sobre las aspiraciones italianas concernientes a Dalmacia, aspiraciones diametralmente opuestas a la idea de la “Gran Serbia”. Patchich expresó la esperanza que la nueva Italia, nacida de una idea nacional, respetaría la de una hermana eslava más pequeña. El exanarquista añadió a continuación que la “ciencia social” italiana está completamente basada en el principio nacional. Pero Patchich se ha guardado mucho de explicarnos cómo, esta “ciencia social” italiana, se alió tan bien a la artillería durante la guerra italo-turca. Esta consideración habría traído viejos recuerdos, tales como por ejemplo los serbios esforzándose en alcanzar el Adriático pasando sobre los cadáveres de las tribus albanesas o “puliendo” el material bruto búlgaro en Macedonia.

La idea nacional de estos últimos (los búlgaros) ha encontrado su más alta expresión en la lucha contra sus tres antiguos aliados. Cuando el ejército rumano se apoderó de Dobruja, cuadrilátero puramente búlgaro, la prensa del país deliró de

entusiasmo durante esta campaña “liberadora”. ¡Representaba a Silistra con los rasgos de una mujer de luto, con bola de presidiaria en los tobillos, esperando con impaciencia a la Rumania liberadora! Se podía creer que una propaganda tan estúpida y tan vulgar no se “aceptaría” en la Europa Occidental donde el gusto es más elevado, pero se ha demostrado que éste es la primera víctima inmolada por la burguesía en el altar de los intereses de clase...

Al mismo tiempo que reclama, en nombre de la idea nacional, el Trentino y Trieste, Italia extiende la mano hacia Dalmacia, amenazando con destruir la unificación soñada por los serbios (¡Otra idea nacional más!). Francia, en nombre de esta misma idea, reivindica la vuelta de Alsacia-Lorena, anexada por Alemania en nombre también de una idea nacional.

Los patriotas franceses reclaman la orilla izquierda del Rin. Las pretensiones a las provincias renanas y el plan de desmembramiento de Alemania contradicen el principio nacional liberador en nombre del que Hervé se apresta (ayudado por el 75) a restituir Schleswig a Dinamarca, a resucitar a Polonia, a entregarle Transilvania a Rumania y a reunir a los judíos en Palestina. ¡Contradicciones! Sin ninguna duda, afirma el docto imperialista francés, el historiador Brion, “pero no hay que anteponer como un axioma irrefutable el principio de las nacionalidades que tanto mal nos ha causado en beneficio de Alemania e Italia”. El imperialista Arthur Diks es más claro cuando escribe que el imperialismo domina la primera mitad del siglo XX y que la idea nacional era la soberana el siglo pasado.

El imperialismo expresa la rapacidad del capitalismo sin la tendencia *progresiva* del desarrollo económico. Se construye a escala mundial liberando a las naciones de las aspiraciones estrechas de los gobiernos. A la idea “nacional” opuesta al imperialismo no solamente le falta fuerza, es *reaccionaria*. Arrastra a la humanidad hacia atrás dentro de los límites nacionales. Su misión política lamentable, y que la hace impotente, sólo sirve de escudo ideológico a los carniceros del imperialismo. Al destruir los fundamentos de la propiedad nacional, la guerra imperialista actual, explicando y completando la superstición o el charlatanismo de la idea nacional, es la expresión más significativa del impasse al que ha llevado el desarrollo de la sociedad burguesa. Únicamente el socialismo, al “neutralizar” la nación, puede unir a la humanidad por medio de la solidaridad colectiva. Libera al mundo de las cargas nacionales y, al mismo tiempo, libra a la cultura propia de cada país del fardo de la competencia entre las naciones. Únicamente el socialismo muestra la solución de la contradicción desplegada ante nosotros, espantosa amenaza para la cultura de la humanidad entera.

## ***En los Balcanes***

### 1

El cuerpo a cuerpo de los pueblos europeos, sin resultados decisivos en ninguno de los bandos, alcanzó su punto culminante en los Balcanes, en un caos nunca visto en esta península volcánica. Como en las grandes potencias, los partidos burgueses se enfrentaron violentamente en la política interior, pero se unieron en la política exterior. Para los pequeños estados balcánicos, aislados y dependientes, la situación es diferente. Los partidos burgueses apenas se distinguen. Las necesidades económicas y el atraso militar obligan al gobierno y a los partidos a seguir la misma política bajo la presión del capitalismo extranjero: préstamos, subidas de impuestos, construcción de ferrocarriles, desarrollo armamentístico, ... subidas de impuestos, ... préstamos. En cuanto a la política exterior, rara vez hay más de dos partidos, correspondientes a los dos países rivales a los que han vinculado sus destinos: Rusia y Austria.

Engañada por la primera en 1879, Rumanía se dejó deslizar, hasta la guerra, dentro de la órbita austro-alemana. Serbia, amenazada por Austria, volvió su mirada hacia una Rusia más lejana y, por tanto, menos peligrosa. Bulgaria, a igual distancia de Rusia que de Austria, vacilaba entre ambas, alternando en el poder entre los rusófilos y los austrófilos. La guerra puso en acción las fuerzas contradictorias que existían antes y destruyó los pocos elementos de estabilidad que aún se mantenían. El partido a tomar ahora depende de qué “líder de la banda” que se haya apoderado del poder. Por eso, los gabinetes extranjeros están tan interesados en el éxito de Venizelos, en la lucha de los conservadores y liberales rumanos y en saber si Gennadiev será presidente-ministro o será enviado a la cárcel. El inevitable Hervé amenaza a los búlgaros si se niegan a convertirse en el “cuarto” aliado de la Entente, y Clemenceau canta de vez en cuando una copla en honor del “gran europeo” Ionesco, líder de un partido de escoria social y de candidatos ávidos de poder.

La entrada de Italia en la guerra influyó favorablemente en la opinión búlgara a favor de los aliados. El líder de los rusófobos (los partidarios de Stamboulov – Gennadiev (ya mencionado), se cambió del bando austriaco al ruso en veinticuatro horas.

Los argumentos parecían convincentes: el “estado del destino”, Bulgaria, debía abrir a Rusia el camino hacia Constantinopla para recibir como recompensa Andrinópolis y una parte de Macedonia. Pero la rendición de Pchemysl y Lemberg apagó este entusiasmo, sobre todo porque la derrota serbia ofrecía la oportunidad de entrar en Macedonia con un riesgo mínimo. Así, las esperanzas de los aliados de que los búlgaros se unieran a ellos se desvanecieron para siempre.

Las derrotas rusas no solamente han hecho problemática una entrada en guerra de Rumanía del lado de la Entente, sino que también le han permitido a Austria presentar un ultimátum a la Entente, cuyo plazo expiraría en un mes. Fue un tiempo demasiado corto para que los “grandes europeos” (los rumanos) se decidieran a zanjar la cuestión: ¿dónde ir, o dónde no ir por nada del mundo?

Al mismo tiempo que las derrotas rusas paralizaban el efecto de la entrada de Italia en la guerra, causaban considerables dificultades en los Balcanes. Temiendo que Italia, invadiendo Istria y Dalmacia, se apoderara de los serbios, Serbia y Montenegro, desmantelando el frente austriaco, dirigieron el grueso de sus fuerzas contra Albania: bien para “acomodarse” a sus espaldas, bien para tener la posibilidad de canjearla por Dalmacia, todo ello en completa oposición al plan de los “Grandes Aliados”.

En este juego infernal, donde chocan los programas nacionales, los egoísmos de clase, los intereses dinásticos y los cálculos de las “camarillas”, sólo el partido socialista puede mantenerse fiel a su programa apoyándose, no en combinaciones diplomáticas pasajeras, sino en todas las tendencias del desarrollo económico.

## 2

Es difícil imaginar un panorama más aberrante que el que ofrece la cobarde política de los gobiernos de los Balcanes. Sospechando los unos de los otros, siempre dispuestos a traicionarse, temen ser engañados por las grandes potencias mientras buscan abusar de ellas. Más incoherente aún es la conducta de estos últimos, que sobornan a sus “vasallos” y los cambian, como gitanos en la feria del caballo. Clemenceau habla con desprecio de los pueblos balcánicos: “No saben lo que quieren”. Esto es cierto e inexacto. Por encima de todo, estos pueblos *quieren* que M. Clemenceau, sus amigos y sus enemigos, les dejen en paz. Pero no saben cómo conseguir este resultado. Cuanto más descubre la guerra el “desmadre” balcánico, más se allana el camino para un programa único de convivencia entre las naciones de la península. El órgano socialdemócrata búlgaro *Novo Vreme* responde negativamente a la pregunta: “¿Debe ser Bulgaria el cuarto socio de la Entente?” – “No”. El principal objetivo de Rusia era llegar al Mediterráneo,

ya que de lo contrario quedaría totalmente aislada en invierno, cuando el puerto de Arjanguelsk quedara bloqueado por el hielo, lo que le quitaría a Bulgaria Andrinople, la llave de Constantinopla. Como dueños del mar Negro y del mar de Mármara, los rusos destruyeron la independencia búlgara y rumana. Si Italia, por el contrario, se apoderara de Dalmacia y ocupara el lugar de Austria, las naciones balcánicas expuestas a las rivalidades de Rusia e Italia recordarían amargamente la época anterior a la liberación.

¡Ninguna alianza con los occidentales! Tampoco con los Imperios Centrales. La victoria de estos últimos significaría la sumisión de la débil Turquía a Alemania y la absorción de Serbia por Austria. Bulgaria sería entonces presa de la presión alemana. ¡Eso sería el fin de la libertad para los Balcanes! Es precisamente aquí donde los problemas nacionales e imperialistas se enredan monstruosamente, donde mejor aparecen las contradicciones del social-nacionalismo. ¿Cuál de los dos siguientes principios debe observarse? 1° ¿buscar la defensa de la patria? 2° ¿buscar el menor de los males? La solución parece ser un callejón sin salida. ¿Cómo defender la patria con Rusia te devora? ¿Con Alemania que te engullirá? ¿Mantener una neutralidad temerosa cuando los acontecimientos y los apetitos pueden destruirla cada día? ¿Qué línea de acción debe adoptar la socialdemocracia? Debe rechazar la consigna de “defensa de la patria” y emprender decididamente el camino que conduzca a la federación republicana de los Balcanes.

En la lucha contra las posibles intervenciones de Bulgaria y Rumanía, las secciones balcánicas de la [Segunda] Internacional no se limitan a la neutralidad, es decir, a una actitud de espera impotente. Abogaban por una política de alianza de todos los pueblos de los Balcanes. En el actual baño de sangre, este programa conserva su carácter propagandista, y se realizará con sangre y barro mucho antes en cuanto antes caigan las ilusiones y se fortalezca la autoridad en la conciencia de las masas populares balcánicas.

(*Nache Slovo*, 20 de julio de 1915)

### ***Secretos de guerra y misterios políticos***

Si la guerra es la continuación de la política (sólo que por otros medios) la política interna de las naciones europeas resulta ser sólo un reflejo de las fluctuaciones de la guerra. Al iniciarse la catastrófica retirada de los ejércitos rusos a Galitzia, no sólo desaparecieron de la “pantalla” petersburguesa las sombras chinescas de los liberales, sino que la agitación en los pasillos del parlamento francés provocó un cambio de gobierno. Los alemanes demostraron vivamente su enorme superioridad en reservas de armamento. La perspectiva de una segunda guerra de invierno era más que evidente. Se responsabilizó a los que no habían proporcionado suficientes armas y municiones. En Rusia, la escandalosa retirada de Sujomlínov abrió la serie de cambios ministeriales. En Francia, la opinión parlamentaria y periodística se centró alrededor de Millerand. Se esperaba una crisis gubernamental. Pero esto no ocurrió. El partido socialista, cuyos ataques se temían, se mostró como un leal partidario del gobierno. En la reunión del partido en julio, la oposición se dejó “amordazar” con los mismos argumentos que el partido había utilizado ante la asamblea y la nación. Los ministerios se dividieron en “subministerios” con responsables políticos. Como el suministro de municiones era el problema crucial en la agenda, se llamó al socialista Albert Thomas. A partir de entonces, los socialistas asumieron la responsabilidad política del gobierno, con Guesde y Sembat ejerciendo el “control”, pero también del abastecimiento de los ejércitos. Este nuevo equilibrio político duró unos meses. Dos hechos pusieron fin a la misma: la ofensiva francesa en Champaña y la entrada de Bulgaria en el campo de batalla.

La batalla de Champagne fue un éxito, pero reveló la verdad sobre la situación en el frente occidental. A pesar de una larga y cuidadosa preparación y de una gran cantidad

de munición (¡millones de proyectiles!). A pesar de un “pequeño salto” hacia adelante de 3 o 4 km, las líneas enemigas se mantuvieron. Esto demuestra que, por el otro bando, los alemanes no tenían ninguna posibilidad de romper las posiciones francesas. La campaña de invierno que se consideraba una posibilidad formidable se convirtió en una realidad aterradora. Al mismo tiempo, los búlgaros asestaron un golpe inesperado y aún más cruel. Los periódicos franceses vilipendiaron la censura que había ocultado la situación real en los Balcanes. No tenemos vocación de defender esta institución, “bautizada censura militar”, pero debemos decir que no ocultó gran cosa: en el mecanismo de la “Unión Nacional”, se cierran los ojos ante los peligros, no se tolera la crítica y se mecen las ilusiones. El partido socialista se destaca en esto.

Los fracasos de los aliados en los distintos frentes se debieron básicamente a la superioridad capitalista de Alemania. Lo mismo ocurrió con sus éxitos diplomáticos. La capacidad de producción de Krupp, la superioridad de los ferrocarriles alemanes, compensaban con creces la “falta de psicología” de los diplomáticos de la que tanto hablaba la prensa aliada. El resto lo hizo la voraz diplomacia de los zaristas. La prensa francesa se ha ocupado ampliamente de ello. Las reivindicaciones rusas sobre Constantinopla y los estrechos, ante las que Francia e Inglaterra habían capitulado, habían creado una situación desastrosa en los Balcanes para la diplomacia aliada.

“Nos comportamos como niños con la diplomacia rusa”, escribió Hervé, que fue el primero en reclamar la capital turca para el zar. Se entregó a Delcassé a la “opinión pública”, pero la retirada de un ministro no fue suficiente para cambiar la situación. Bulgaria alineó su medio millón de hombres del lado de Alemania. Grecia se negó a apoyar a Serbia y dio a su gobierno un sesgo germanófilo. Los rumanos se mantuvieron lo más lejos posible del conflicto. 300.000 soldados austro-húngaros entraron en Serbia.

La prensa francesa hizo sonar la “alarma”. Incluso *L'Humanité* salió de su letargo, en el que había sido confinado por la “Unión Sagrada”. “¿Qué quieren hacer los aliados? ¿Una incursión franco-británica en Salónica?... ¿A qué escala? ¿No quedaría como un “bocadillo” entre los búlgaros y los alemanes? ¿Por qué Rusia guarda silencio? ¿Italia? ¿Tienen nuestros aliados balcánicos un plan? ¿No nos dirigimos a una catástrofe? El primer ministro hizo unas aclaraciones que, según la viperina lengua “envenenada” de Clemenceau, demostraron la verdad del viejo adagio “que la naturaleza aborrece el vacío”. Algunos lugares comunes sobre “los secretos de la guerra” y “los secretos de los aliados”. Renaudel exigió en vano una “sesión secreta”. Se le negó. Los secretos permanecen bajo llave militar. ¿No les bastaba a los socialistas con “controlar” el gobierno con sus tres ministerios? En nombre del gobierno que incluía a Guesde, Sembat y Thomas, el primer ministro exigió el rechazo de la demanda socialista, lo que se hizo contra 190 votos. En respuesta a las críticas y reproches, Viviani planteó la cuestión de confianza, sin ninguna explicación. Los que criticaron a Viviani no podían dejar de darse cuenta de que ellos habrían hecho lo mismo en su lugar y habrían mantenido los secretos de los aliados a salvo del control de los republicanos. El capitalismo militarista está por encima de la soberanía popular. “Con la desconfianza en el corazón”, según el periódico reaccionario *L'Eclair*, decidieron votar la “plena confianza” en el gobierno. Pero el misterio político no termina ahí. Resulta que hubo 150 diputados de la “izquierda” que se abstuvieron. Nueve, entre ellos Raffin-Dugens, Mayéras y Jobert, votaron en contra<sup>67</sup>.

Renaudel declaró que sus amigos no podían aprobar una aventura en la que estaba en juego los destinos de Francia. La necesidad de poner más distancia con el gobierno es un hecho nuevo provocado por una “presión” que debe ser importante si puso en marcha

<sup>67</sup> Una quincena de pretorianos socialistas votó a favor de la confianza. Evidentemente, este número engloba a Sembat, Guesde, Thomas y algunos guesdistas conocidos como Bracke, etc. De esta forma, la fracción socialista se cortó en tres porciones.



a personas como Renaudel. Así que la mayoría de los socialistas se negaron a confiar en el gobierno en el que estaban Guesde, Sembat y Thomas. ¿Cree alguien que estos ministros ofrecieron su dimisión? ¡Piensen, piensen! Se mantuvieron, al igual que el partido, en el terreno de la “Unión Nacional” y la “lucha hasta el final”. Como explicó un periódico radical, la presencia de los defensores del proletariado es indispensable dentro del gobierno. Si Renaudel hubiera estado presente, también habría hecho rechazar la moción socialista. Si Sembat hubiera sentado en los bancos de la izquierda, ¡habría rechazado su confianza! Todo esto no es una contradicción de principios, simplemente la división del trabajo en la fábrica “Unión Nacional”. Esta división no es voluntaria y tiene su fea lógica. Algunos diputados socialistas votaron en contra del gobierno en el que participaba Sembat, etc. No tenían una base sólida de principios bajo sus pies, pero sin embargo descargaron un despiadado golpe a la posición oficial que databa del 4 de agosto. Su acción exige una nueva toma de posición. La ola cuya presión hizo actuar al Partido no se debilitará. Al contrario. Se fortalecerá cada día. Rodará por encima de la cabeza de Renaudel y arrastrará a otras personas en su cresta.

(*Nache Slovo*, 17 de octubre de 1915)

### **Gallieni**

El puesto supremo en el ministerio de la guerra lo ocupaba hasta ahora Millerand; hoy le toca al general Gallieni. No es la primera vez que se le propone para el puesto de generalísimo. Es, sin duda, uno de los generales más completos del ejército republicano.

Más de una vez la prensa ha cantado sus alabanzas como organizador y administrador. El general realizó su formación bélica en África y Asia, como tantos oficiales franceses e ingleses de la vieja generación. Tras la pérdida de dos provincias en el Tratado de Fráncfort, Francia trató de consolar el duelo nacional con conquistas coloniales. A finales de 1870, Gallieni opera en el África negra, en Senegal, y se apodera del bucle del Níger para gran provecho de la cultura capitalista. En 1886, pacificó el Sudán. Aplastó las hordas del potentado rebelde Mahmade, cuya cabeza fue ofrecida a uno de los oficiales de la expedición francesa. Combinando la “pacificación” con los métodos despiadados de la guerra, Gallieni conquistó un territorio de 900.000 kilómetros cuadrados y 2.600.000 habitantes. El actual ministro de la guerra es, de hecho, el creador del Imperio Francés de Sudán. Aplicó el sistema denominado “la mancha de aceite” (de hecho, inventado por los británicos). A partir de un centro fortificado, las tropas se extienden, crean otros centros fortificados, someten a algunas poblaciones, saquean otras, establecen una administración, vuelven a extenderse, y así sucesivamente.

Gallieni desempeñó un gran papel en la conquista de Madagascar. Su biógrafo escribe una anécdota al respecto, no exenta de crueldad. El ministro de las colonias entregó a Gallieni instrucciones escritas sobre la expedición a Madagascar: “Espero, Excelencia, que nunca tenga que leer estos papeles”, le dijo el general con respetuosa ironía. Y el ministro “atónito” respondió: “¡Hará bien!” De hecho, Gallieni no se contentó con castigar a dos ministros malgaches rebeldes, sino que depuso a la reina y la exilió.

*L’Echo de Paris* informa hoy de que varios grupos parlamentarios han hecho gestiones ante Briand sobre la improcedencia de colocar a un general al frente de las fuerzas republicanas. Por lo que sabemos, el nombre de Gallieni no se ha mencionado en las distintas combinaciones políticas. Leímos hace tres días en la *Action Française* que era lamentable no tener un general como jefe militar supremo. Por su parte, Hervé, dispuesto a todos los cambios, critica los temores de los elementos democráticos en cuanto al destino de la república. Ningún peligro amenaza ni amenazará a nadie, y los ciudadanos franceses pueden estar tranquilos. Esto es lo que había que demostrar.

### ***La esencia de la crisis***

El motivo de la crisis en Francia es, como ya hemos señalado, la crisis política en Rusia y las dificultades gubernamentales en Inglaterra: a saber, la situación militar y diplomática de los Aliados. Se trata aquí de las causas directas de la crisis. Ésta se produce en cada país según las condiciones políticas y sociales.

La crisis gubernamental en Francia se explica por la contradicción fundamental en la que se encuentran los ministerios Viviani, pero también en la del radicalismo en la época del imperialismo actual. Los radicales, ocupando un lugar preponderante en la vida política tras el asunto Dreyfus, se apoyan sobre la pequeña burguesía urbana y campesina. Los intereses imperialistas, factor decisivo en el dominio de la política mundial de las grandes potencias monárquicas o republicanas, ponen a sus defensores en la cúspide de la nación. En Francia, se trata de la aristocracia financiera. Los bancos movilizan a los numerosos pequeños poseedores de acciones extranjeras. Pero la pequeña burguesía, al mismo tiempo que corta sus cupones “mundiales”, sigue siendo la pequeña burguesía. Coge un porcentaje elevado, pero tiene miedo a arriesgar, mira con desconfianza las “aventuras mundiales” que apestan a sangre y fuego y que, por encima de todo, cuestan muy caras. Por tanto, la pequeña burguesía envía a los radicales al parlamento. Su dependencia frente al gran capital encuentra su expresión política en las relaciones exteriores y señala su total sumisión a los financieros imperialistas. Los radicales tienen la mayoría absoluta en la Asamblea: hacen y deshacen gobiernos. Pero ante los problemas internacionales, en los que Francia debe debatirse en tanto que gran potencia, son absolutamente impotentes. La política exterior no es asunto de gobiernos aislados sino de grandes coaliciones. Esto ha disminuido aún más la posibilidad de acción del radicalismo en el dominio de la política extranjera. El ministro responsable debe salvaguardar las relaciones internacionales y rendir cuentas ante la Asamblea. El diario *Information* ha recordado muy acertadamente que Delcassé siempre fue un solitario. No solamente mantenía un exagerado silencio frente a la mayoría radical del parlamento, sino que solamente comunicaba a sus colegas del gobierno lo que tenía a bien. Los sucesivos ministros tenían que aceptar la política de Delcassé, y el radicalismo, potente por el número, pero de hecho sin ningún vigor, tenía que ratificar las decisiones de este último.

Esta situación devino aún más sorprendente el segundo día de las hostilidades. El gobierno radical-socialista Viviani buscaba “apoyos sólidos” entre los círculos capitalistas y en el “aparato” administrativo militar. Las consecuencias fueron la instauración de la censura. La alta burguesía capitalista se reconciliaba con un gobierno de concentración de la “izquierda”. La guerra tiene tal efecto sobre las masas que parecía completamente natural la vecindad de representantes de la burguesía y del proletariado. Pero hablar ya no le era posible a los radicales pequeñoburgueses hablar un “lenguaje libre”. El gobierno adoptó los puntos de vista de una potencia imperialista. La prensa radical o desapareció o perdió toda originalidad. De golpe, el gobierno se aprovechó de la ayuda ilimitada de los diarios conservadores o reaccionarios ya conocidos. Pero la guerra de desgaste agotó esta combinación política. La guerra se prolongaba de forma desmedida y tomó un giro poco satisfactorio con la entrada en lucha de Bulgaria. El ala izquierda no tardó en mostrar su descontento, lo que introdujo elementos de discordia en el seno del gobierno. Como la insatisfacción de la izquierda se alimentaba de fuentes profundas, a causa de una guerra cada vez más pesada (y de que hacía falta hacer la guerra hasta el final), fue preciso buscar una combinación tal que no hiriese a los ministros socialistas (al menos en apariencia), pero que diese plena libertad de maniobra a aquellos que sabían lo que querían y que están dispuestos a ir hasta el final. Ahí radica la esencia misma de la crisis.

(*Nache Slovo*, 30 de octubre de 1915)

### *Sin un programa, sin perspectiva, sin control*

Lo que primero se temía, y sobre lo que luego se fundamentaron tantas esperanzas, finalmente se ha cumplido: un nuevo gobierno de “Defensa Nacional”, fabricado en las trastiendas parlamentarias, “pulíó” su declaración y la leyó en la asamblea. Obtuvo la confianza de 515 diputados. Sólo un diputado se mostró insatisfecho con la excesiva inclinación del gobierno a la censura y votó en contra.

Es imposible darse cuenta por la llamada “opinión pública” de lo que realmente ha ocurrido. Viviani y Briand han cambiado cortésmente de lugar, ligados por un programa común cuyas características les son desconocidas. Delcassé cayó del carro gubernamental. Lo mismo ocurrió con el más reaccionario de los ministros, Millerand, que fue sustituido por el general Gallieni, lo que no ha dejado de suscitar cierto asombro. La Tercera República, un régimen plutocrático enmascarado por el radicalismo y la fraseología socialista, vuelve a las andadas. ¿Hasta qué punto se ha perdido en las intrigas parlamentarias? ¿Por qué es preferible el dúo Viviani-Briand al dúo Briand-Viviani? Esto no influye en las operaciones en curso y sigue siendo incomprensible para el viticultor bordelés y para el tendero parisino.

Pero estos dos últimos no “hacen” alta política: la “sufren”. El obrero hace aún menos, pero sacrifica su sangre por ello. Esta combinación de elementos antiguos tiene sentido: tras un periodo de crítica, investigación, expectación y esperanza, los partidos informan “solemnemente” a la nación de que es imposible hacerlo mejor que su más reciente “invento”.

Puesto que el parlamento había llamado la atención sobre el descontento popular, puesto que había mostrado poca confianza en un gobierno con dos socialistas en él, bastaba con añadir “veteranos” de todos los grupos. Así es como los radicales Combes y Bourgeois, el reaccionario Méline, el monárquico Cochin y el nonagenario Freycinet han llegado a estar presentes en la “apertura” de la nueva campaña de invierno con las exigencias de las tropas (¡cinco duros al día!) y continuarán haciendo creer en una “Unión Nacional” (que no es más que leyenda) “por arriba” y una confianza ciega “desde abajo”. Sin programa, ¡sin perspectivas!

La nueva combinación tiene aún otro significado: en el gobierno de Viviani, junto a Sembat se sentaba, sin cartera, Jules Guesde como “emisario del proletariado revolucionario ante el gobierno de la defensa nacional” (¡así fue bautizado este hermoso invento!). Pero Briand suprimió esta figuración decorativa de la nada y Jules Guesde se fue con otros viejos consejeros veteranos a ocupar el papel de los seis “sabios” que firmaban las actas de la “Defensa Nacional”. Renaudel intentó en vano salvar las apariencias dando a su partido una “orientación de izquierdas”, es decir, ¡proclamando su acuerdo con una guerra liberadora sin ninguna anexión! Entre nosotros, dada la situación en todos los frentes, ¡no podía costar nada a los diputados darle satisfacción!

No tuvo ese consuelo. “Y Siria, se olvida usted de Siria”, fue el grito de todos. En vano, el descarriado juró su fidelidad al programa “hasta el final”, en vano, con los puños en el pecho, conjuró a sus colegas para que le comprendieran; el parlamento respondió a sus lamentables objeciones con vociferaciones. Lo que debía ser una demostración contra “las anexiones” se convirtió en una manifestación muy significativa a favor de “las anexiones”. Y cuando Briand, con su “palabrería florida”, pidió indulgencia para los socialistas, como se pide para los niños pequeños, los diputados burgueses respondieron con aspavientos de descontento. Estaban perdiendo las perspectivas, ¡pero todavía tenían apetito!

“¡Ni una sola palabra clara! ningún compromiso formal, ningún acto: palabras, palabras, palabras”, así resumía el periódico de Clemenceau la declaración del primer

ministro. Esta observación va mucho más allá de su objetivo directo: un Clemenceau en el poder habría utilizado los mismos términos. Los acontecimientos pasaban por encima de las cabezas de los dirigentes. El gobierno alemán mantuvo el timón con firmeza gracias a su incuestionable técnica y su superior organización. Pero esto era sólo una apariencia. Los junkers, aunque decididos, se vieron superados por los hechos, al igual que los indecisos diputados franceses. Ninguno de ellos podía ya elegir. Las trincheras, los cañones, las masas uniformadas son los únicos factores que ponen en marcha automáticamente los acontecimientos históricos en el camino que termina en un callejón sin salida. Los dirigentes hacen gestos, majestuosos o consternados, pronuncian palabras, o impúdicas o dilatorias, pero han perdido, y desde hace mucho tiempo, todo el control sobre el curso de los acontecimientos... La historia llama a otras fuerzas a apoderarse de este control.

(*Nache Slovo*, 6 de noviembre de 1915)

### ***¡Todavía hay censura en París!***

Cuando el juez de Berlín decidió la disputa entre el rey de Prusia y el molinero a favor de este último, Federico el Grande exclamó: “Todavía hay jueces en Berlín”. Cuando el censor nos ejecutó ayer dos grandes recortes, exclamamos: “¡Todavía hay censura en París!” A decir verdad, nunca lo habíamos dudado. En general, esta respetable institución era bastante indulgente. Se nos permitió escribir que el difunto zar Alejandro III no era republicano, que los funcionarios rusos, “según *Novy Vremeni*”, aceptan sobornos y que los judíos en Rusia no son las personas más felices del mundo. No es de extrañar que Briand declarara que la censura no existe. “¡Sólo hay un régimen especial de prensa!” En la imprenta del periódico habría que sustituir la pregunta diaria: “¿Están listas las pruebas para la censura?” por la de: “¿Están listas para el régimen especial?”

Cuando se devuelven las pruebas, buscamos las observaciones realizadas por el “Régimen Especial”. A veces se ha tachado una palabra, a veces una línea entera, a veces cinco. Es una gran pena, pero nos consolamos diciendo “el régimen es mejor que la censura”, y seguimos con nuestra rutina diaria. Pero ayer recordamos que los hombres son mortales: tanto bajo el régimen especial, como bajo la censura. El lápiz azul se había paseado por todas partes, sin ahorrarnos una sola frase. El régimen especial se ha quitado su peluca preferida y nos ha dicho: “¿Me reconocéis? ¡Estoy aquí, soy yo, Anastasia!”<sup>68</sup> Así que nos dimos cuenta, y nuestros lectores con nosotros, de que ¡todavía hay censura en París!

(*Nache Slovo*, 2 de febrero de 1916)

### ***De la guerra del desgaste a la guerra de movimientos***

Cualquiera que sea el resultado de la infernal batalla de Verdún, tiene un inmenso significado político para ambos países. Una prolongada guerra de desgaste se ha convertido en una imposibilidad psicológica y material para ambos bandos. Las clases dirigentes, que conocen mejor que nosotros el terreno en el que luchaban, los recursos de los que aún disponen, la mentalidad del soldado y las medidas a tomar, se enfrentan a la necesidad imperiosa de pasar de una “guerra de desgaste” a una guerra de “movimientos”. La prensa francesa explica la ofensiva alemana frente a Verdún como un “vano capricho” del títere que lleva el título de “Kronprinz”. ¡Como si los acontecimientos de la guerra no hubieran sobrepasado de largo a todos los fantoches dirigentes! La “guerra de movimientos” le convenía al Kronprinz, pero bajo este título ¿no continúa la lucha política medio reprimida que ha adquirido un carácter tan agudo en Francia, precisamente

<sup>68</sup> La censura francesa es conocida por el sobrenombre de “Anastasia”.

en vísperas de la batalla de Verdún? Clemenceau, el famoso “derribador” de gobiernos, exigió que el gobierno explicara cómo pensaba salir del atolladero de la guerra de trincheras... Se le dijo que la dirección de las operaciones militares era responsabilidad del alto mando. “Si no es usted responsable [respondió Clemenceau], al menos lo es en lo que respecta a la elección de quienes dirigen estas operaciones.” Este diálogo, que duró meses y que ha irritado tanto a los adversarios de Clemenceau como a aquellos que quería convertir en partidarios suyos, acabó por ir más allá de lo que el “Tigre” quería y dio que pensar. “¿Por qué la guerra de desgaste debe llevarnos a la victoria? Para expulsar al enemigo, hay que iniciar una guerra de movimientos. ¿Por qué no lo hacemos?”

La pequeña burguesía representada por el radicalismo (esa mezcla de impotencia ideológica e irresponsabilidad política en lo que concierne a las proporciones mundiales de la guerra) repite sin cesar: “¿Cuándo terminará? ¿Por qué no hacemos una guerra de movimientos?”, y mira interrogativamente a los poderes fácticos, que responden que eso es asunto exclusivo del alto mando. En lugar de darse cuenta de las condiciones técnicas y sociales de la guerra actual, el radicalismo recurre a las recetas “salvadoras” de la Gran Revolución. Pide ayuda a las sombras del Comité de Salvación Pública, a la Convención, a los jóvenes generales entre el triunfo y la guillotina, a los representantes en misión ante los ejércitos, etc. Estas recetas constituyen el remedio infalible que conduce a la victoria. Junto a los generales y coroneles retirados, junto todos estos estrategas de despacho, han aparecido nuevos profesores radicales de historia que iluminan cada día a la opinión sobre las concepciones del estado mayor. No vale la pena añadir que los socialistas no se elevan ni un centímetro por encima de estos arcaísmos<sup>69</sup>. Renaudel ha tomado prestada de Vaillant la idea del Comité de Salvación Pública. Para llegar a la guerra de movimientos, es necesaria una concentración suprema de poderes o una dictadura “revolucionaria” que represente la soberanía popular en un Comité de Salvación. El escéptico Clemenceau ha retomado la “idea”, no sin cierta ironía. Si la salvación proviene de la concentración de poderes, ¿por qué el gobierno no crea ese organismo? Simplemente porque el gobierno es muy distinto de la mayoría radical del parlamento. El gobierno actúa y delibera entre bastidores, al igual que el alto mando, y la asamblea capitula cada vez que el poder plantea la cuestión de confianza.

Pero si esta posición de poder supraparlamentaria, por lo demás sometida al alto mando, incita al campo radical a reclamar una dictadura jacobina, en la derecha se inclina por el cesarismo. En el *Figaro*, Capus publicó una carta del “Emperador” a “mi fiel general Sarrail” y otra a “mi primer ministro Briand”. De estas dos cartas, escritas al más puro estilo académico, pues dos y dos son cuatro, se desprende que, para salvar a Francia, ¡no falta más que el César! (No olvidemos que César salió de ese comité). La pasividad del parlamento ante el gobierno se había vuelto intolerable, al igual que el inmovilismo en el frente.

“¡La guerra de movimientos!” La artillería pesada frente a Verdún denota el desengaño reinante en el “otro” lado de las líneas. “Allí” tampoco pueden aguantar más, buscan una “guerra de movimientos”. La guerra revela su carácter más atroz e infernal a todos los pueblos. El estruendo de las armas es la expresión de la crueldad suprema, pero también del miedo de los dirigentes ante el impasse. Sea cual sea la importancia militar de los combates de Verdún, su importancia política es incomparablemente mayor. ¡En Verdún es donde se eleva “nuestro” próximo día! En Berlín y en otros lugares, “ellos” han querido la guerra de movimientos... ¡la tendrán!

---

<sup>69</sup> Arcaísmos: concepciones, ideas y palabras caídas en desuso.

### ***La simetría no es perfecta***

Nuestra época produce una masa de héroes: no hay más que ver las citaciones a la orden del regimiento, del ejército, etc. Ante tal cantidad de héroes (¡y sin embargo hay tan pocos valientes!) miramos al ámbito de la política y, más sencillamente, nos preguntamos qué pasa por la cabeza de estas personas o ante sus ojos. Por esta razón, el diputado Accambray merece simpatía. Tiene su pequeña idea y se atreve a presentarla a pesar de los gritos oficiales y el repiqueteo patriótico de los escritorios de la mayoría parlamentaria.

El *Journal de Genève*, a disposición de la diplomacia aliada, se conmovió, siguiendo a toda la prensa francesa, por las declaraciones de Accambray, pero imprudentemente lo ha comparado con Liebknecht, a quien los periodistas franceses “cubren de elogios”, como todo el mundo sabe. No se puede negar una cierta simetría, pero Accambray no es Liebknecht. El primero es radical-socialista, por lo tanto, un demócrata burgués y un exfuncionario. Su horizonte es singularmente limitado. Accambray no cruza la línea de la crítica a las insuficiencias materiales y técnicas. No pudo librarse de la retórica hueca de las fórmulas oficiales relativas a las promesas de acción conjunta de los aliados. Su limitada visión política es honesta, pero en esta atmósfera de perjurio, perfidia y autocomplacencia irresponsable, la honestidad deja paso a la clarividencia. Repudiado por todo su grupo parlamentario, Accambray vota, en solitario, contra los créditos exigidos por un poder al que no concede su confianza. Por el contrario, cree en el alto mando; su único criterio para juzgar a un hombre de guerra es el éxito. El control supremo de las operaciones militares, el reparto de las fuerzas y los medios militares debe estar en manos del gobierno, “expresión de la voluntad del pueblo”, a través del ministro de la guerra. Esta no es la opinión de Accambray. La zona de guerra a la que está subordinado el resto del país se ha convertido en un reino independiente. Alrededor del estado mayor se ha formado un gobierno más numeroso que el de Briand. Y nuestro diputado concluye: un alto mando incontrolado, por debajo un ministerio igualmente incontrolado, y por debajo un parlamento liberado del control de la opinión pública por la censura. ¡He ahí las instituciones verdaderamente republicanas! ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Cuál es la salida? Accambray no nos lo dice. ¡No es un Liebknecht! Carece de método político y de crítica histórica; sólo es un republicano patriótico llevado a la desesperación. Como no tenemos ninguna razón para proteger a Briand de las críticas del citado diputado, debemos decir que la situación tiene causas mucho más profundas que la voluntad de un grupo de abogados en el poder. La política mundial requiere un conjunto de alianzas, planes de guerra y combinaciones diplomáticas ocultas cuya responsabilidad no pueden confiar las clases “realmente dirigentes” a un parlamento de mentalidad pequeñoburguesa. La guerra sólo reforzó el estado de cosas ya existente: la independencia del poder respecto a la asamblea. Esta última sólo puede sacar de sí misma más que gobiernos igualmente independientes que continuarán el “jueguecito” a costa del pueblo. Cuando Ribot, ministro de finanzas, pronunció una frase enigmática, pero en absoluto fortuita: “se entrevé el final de la guerra”, hablaba desde las alturas desde las que, más o menos tarde, el final de la guerra sorprenderá al pueblo soberano como lo sorprendió el inicio de las hostilidades.

Por sus métodos y objetivos, el imperialismo es incompatible con la república. Pero esto no significa que la Francia republicana sea hostil al imperialismo: *el imperialismo roba a la democracia su propia sustancia, haciéndola servir a sus fines*. De ello se deduce que el gobierno es completamente independiente del parlamento.

Pero el asunto no termina ahí. El militarismo resulta ser el arma del militarismo. Si el ejército actual tiene un carácter popular (que abarca a todas las clases) en el sentido

de que atrae a las mejores fuerzas de la nación, el mecanismo del militarismo debe suplantar al del parlamentarismo y al gobierno que ha surgido de él.

En Alemania, este hecho queda enmascarado por la cohesión de la casta de los junkers. En la Francia republicana, los ministros, que dominan olímpicamente un parlamento impotente en la política mundial, son profanos en cuanto entran en contacto con la esfera militar.

Tras haber liquidado a Millerand, que se escondía detrás del alto mando, y haber invitado a Gallieni a ocupar el puesto de ministro de la guerra, Briand abrigaba la esperanza de enriquecer su equipo con un elemento procedente directamente de los arsenales del militarismo. Las palabras de Accambray, y lo que ya sabíamos sin él, atestiguan el éxito de Gallieni al concentrar el control final de las operaciones en manos del ministro de la guerra. La “salida” de Accambray coincide significativamente con el retiro del general. Fue sustituido por otro general llegado del frente, un hombre llamado Roques, cuya personalidad impedía “cualquier sorteo” con el alto mando. Roques era el amigo más joven de Joffre y, según los periódicos, mantenía una relación íntima con él. La desesperación patriótica de Accambray no podía más que crecer ante la constatación de la lógica ciega de las cosas, sobre la que sus críticas rebotaban con tanta fuerza como sobre las frentes de la mayoría parlamentaria. Habría encontrado su único consuelo en la imagen de la acumulación automática de crisis internas más allá de los Vosgos. Accambray no es Liebknecht, (como ya se ha dicho), sobre todo porque este último cumple con éxito el papel de la cuña afilada que se clava cada vez más en el organismo de la unidad nacional. Al mismo tiempo que Gallieni, se retiró Tirpitz, quien buscaba la ampliación del conflicto mediante la extensión de la guerra submarina.

Los dos casos no son similares y la simetría no es perfecta. Pero bastaría para sacar de su desesperación a Accambray con que pudiera observar los acontecimientos desde un punto más alto que su escaño parlamentario.

(*Nache Slovo*, 24 de marzo de 1916)

### ***Al otro lado de los Vosgos***

Un periodista español dice que Sudekum está cansado de la guerra. Es más larga de lo que esperaba en septiembre de 1914. El lema de entonces era “Guerra al zarismo”. Luego cambió a “Contra Inglaterra”, al menos en las publicaciones de las clases a cuyos intereses sirve la guerra. Nadie propuso traer la bandera del antizarismo. Todos comprendieron que facilitaba el trabajo de los social-patriotas, extraviando al proletariado. En los círculos de iniciados surgieron divergencias sobre el siguiente punto: ¿Contra quién dirigir los golpes más enérgicos? Estas diferencias no tuvieron tiempo de convertirse en antagonismo político. Encontraron un terreno común de entendimiento momentáneo en el curso de las propias operaciones. Sudekum, y aquellos cuyas ideas expresaba, podían esperar que la Alemania industrial y la Rusia agrícola se complementaran, mientras que la lucha contra Inglaterra era una cuestión de vida o muerte. Los conservadores y los liberales nacionales bendijeron el trabajo de Hindenburg en el este, que le iba a dar vía libre en el futuro en el frente occidental. Esta gente quería una paz por separado con Rusia. Por otra parte, los círculos financieros antes vinculados a Inglaterra y Estados Unidos consideraban que su principal enemigo no era la Rusia zarista, por supuesto, sino la Rusia industrializada del futuro, y por tanto militarmente invencible. Consideraron que era su deber llevarse bien con Inglaterra y exigieron una acción decisiva en el teatro de operaciones occidental. Las contradicciones imperialistas estallaron en muchas etapas del conflicto, repercutiendo en todos los frentes. Por la propia dinámica de las operaciones, se llegó a Londres y París a través de Varsovia, y a través de Verdún, a Petrogrado.

Cuanto más se amplía el campo de acción, más claro resulta que el control económico y político (es decir, imperialista) de la guerra es cada vez menos real, que las luchas y consignas políticas se ven obligadas a seguir como sombras los avances y choques de las masas humanas. El militarismo, que debía desempeñar el papel de siervo sumiso del imperialismo, se vuelve casi autónomo (ésta es la lógica de las cosas) devorando automáticamente las fuerzas del país.

Cada aumento de la línea general de los frentes, provocado casi exclusivamente por los éxitos alemanes, ha unido el orgullo patriótico y el asombro político en el corazón de las clases dirigentes. Este aumento plantea cada vez nuevos problemas históricos, dada la imprecisión de las posibilidades militares y productivas. En el vigésimo mes de la guerra, el periódico *Kölnische Volkszeitung*, bien considerado en los círculos dirigentes, escribió: “Hay que dar al pueblo alemán un ideal de guerra... El hombre que proporcione este ideal será llamado *grande* por la historia”. Es perfectamente natural que las dificultades planteadas por la propia acumulación de éxitos conduzcan a una agravación de las contradicciones imperialistas. La base objetiva de esta crisis, que ha tomado un cariz extremadamente agudo en los círculos dirigentes, se revela significativamente con el envío al retiro del almirante Von Tirpitz, miembro de un círculo violentamente antibritánico. En el lenguaje de la intriga burocrática, esto significaba la “victoria” del canciller, un notable empírico en las fluctuaciones de la guerra.

La crisis interna entre los dirigentes crece como consecuencia del descontento de los dirigidos. El gobierno continuado de un grupo de explotadores durará hasta el día en que este descontento se convierta en revolución. Por el momento, en el Reichstag reina una atmósfera de desconfianza y nerviosismo. Cansados de la guerra, los partidarios de Sudekum se agolpan en torno al canciller, en cuyo posibilismo imperialista ven la línea de menor resistencia (para los dirigentes y para ellos mismos).

En la última sesión del Reichstag, los socialdemócratas salvaron a su “antianexionista” Bethmann-Hollweg. Por el contrario, para el ala izquierda del partido, la toma de conciencia cada vez mayor de las masas y la ansiedad de los dirigentes crean circunstancias que no podían ser más favorables. En el Landtag, esa ciudadela de los junkers, Liebknecht (según un telegrama de Havas) “llamó a los combatientes en las trincheras a apuntar sus armas contra el enemigo común, el militarismo y el capitalismo”.

Los trabajadores de Essen, el bastión de la Krupp del que parten las máquinas infernales de la muerte hacia el frente, están unidos en la oposición a través de sus representantes. Si hoy los que fabrican las armas son los que se hacen eco de la voz de Liebknecht, mañana lo serán los que las apuntan.

Entonces la resolución de las contradicciones avanzará a pasos agigantados y las masas trabajadoras de Alemania (y no sólo de Alemania) encontrarán el ideal para su propia guerra. Liebknecht y sus amigos no pueden dudar de que, bajo las condiciones actuales, toda voz revolucionaria despierta un doble eco.

(*Nache Slovo*, 25 de marzo de 1916)

### **¡Clemencia!**

La rebelión irlandesa ha sido aplastada. Han fusilado a todos aquellos que se ha considerado bueno fusilar. Los supervivientes esperan que se decida sobre su suerte mientras la de la revolución está zanjada ya desde hace mucho tiempo. El triunfo de Inglaterra es tan completo que el Premier Asquith declara en los Comunes que se pueden plantear “medidas de clemencia” hacia los insurgentes prisioneros. A continuación, se explaya sobre los benéficos frutos de la clemencia prodigada por Botha en las revueltas surafricanas. Se guarda bien de aludir a la clemencia inglesa con ese mismo Botha que comandaba a los Boers, hace ahora doce años, y que hoy en día aplasta a sus



conciudadanos. Asquith se mantiene en la tradición del imperialismo anglosajón cuando *alaba* el trabajo de los especialistas en el mantenimiento del orden, en Dublín, y en otras partes, respondiendo al principio de “humanidad racional”. Así reina el orden y nuestros sentimientos en cuanto a la declaración de Asquith no pueden despertar la menor duda en nuestros lectores.

¡Pero sin embargo el asunto no está zanjado! Ha sido aplastada una revuelta, se han producido desgastes materiales, hay cadáveres y hombres y mujeres están encarcelados. Hay un poder triunfante que esboza un gesto inspirado por el “amor al prójimo”. Para completar el cuadro histórico en el marco de la guerra mundial es preciso añadir una figura: la del socialpatriota francés, portaestandarte de la guerra liberadora y de los principios de la “libertad nacional”, señalando la humanidad oficial del gobierno inglés en Dublín.

Para acabar de darle una última pincelada al cuadro, Renaudel ha publicado un artículo, “Clemencia”, en *l’Humanité*, que hasta ahora no había dicho aún ni una palabra sobre la revuelta irlandesa.

Evidentemente, Renaudel sabe que en el pasado determinados hechos hicieron ensombrecerse a las relaciones angloirlandesas. Admite que pudieron provocar cierta amargura que ha durado hasta ahora. Pero los insurgentes escogieron el momento menos favorable para su empresa. Renaudel jamás ha dudado de que el gobierno inglés hiciera todo lo posible para mantenerse como “dueño de la situación”. En ese punto no se ha equivocado. Pero “la Inglaterra que lucha por los derechos de los pueblos puede mostrar la grandeza del alma”. Por ello, futuro amigo de la Inglaterra que aplasta y de la Irlanda aplastada, Renaudel no puede más que saludar el gesto lleno de grandeza del alma de Asquith. Parecería que el cinismo del socialista que predica la clemencia ante el mismo rostro de los verdugos haya alcanzado su cénit. ¡Pero no! Renaudel debe todavía motivar su intercesión en favor de los vencidos ante la Francia oficial. “Es evidente que en el país en el que se llora leyendo a Corneille, nadie se asombrará al escucharnos aconsejar la clemencia.”

¡De esta manera, los herederos espirituales y políticos de Thiers y Galliffet quedan tranquilos! ¿No manifestaron acaso su clemencia hacia los comuneros llorando con la lectura de Racine?

¡He ahí el coronamiento de la reconciliación espiritual entre los sucesores de Galliffet y los descendientes degenerados del movimiento en la historia del cual se inserta el episodio de la Comuna!

### ***Recuento en Dublín***

Sir Roger Casement, ex alto funcionario colonial del Imperio Británico, revolucionario irlandés por convicción, intermediario entre Alemania y la insurrección irlandesa, ha sido condenado a muerte... “Prefiero estar en el banquillo de los acusados que en el lugar del abogado general”, gritó tras la lectura de la sentencia que siguiendo la fórmula tradicional le condenaba a “ser colgado por el cuello hasta su muerte”, y “que Dios se apiade de vuestra alma”. ¿Se ejecutará la sentencia? Este interrogante debe proporcionarles a Asquith y Lloyd George muchas horas de turbación. El castigo a Casement hará más difícil aún la posición de la fracción puramente oportunista y parlamentaria nacional irlandesa, bajo la dirección de Redmond y que está dispuesta a aceptar un compromiso con la sangre de la revuelta ahogada. No se puede indultar a Sir Roger tras tantas ejecuciones: sería “¡indultar a un traidor de altos vuelos!”. Con esa soga juegan los social-imperialistas, tipo Heydemann, con una avidez sanguinaria de apaches. Sea cual sea la suerte de Casement, su condena establece una pesada característica sobre este episodio dramático de la rebelión irlandesa.

En lo concerniente a las operaciones puramente guerreras de los insurgentes sabemos bien que el gobierno siempre ha sido dueño de la situación. No se ha producido un levantamiento general, tal y como lo concebían los “pensadores nacionalistas”. El campo irlandés no se ha levantado. La burguesía se ha mantenido al margen. Han combatido y sucumbido los trabajadores urbanos mezclados con los revolucionarios entusiastas salidos de la “intelectualidad” pequeñoburguesa. Ya no existe el terreno histórico para una revolución nacional, incluso en la Irlanda atrasada. En tanto que los movimientos irlandeses del siglo pasado adquirirían un carácter popular se lo debían a la participación del arrendatario explotado y sin ningún recurso ante su señor y dueño, el “landlord” inglés. Si para este último el Eire era un terreno de descarada explotación, para el Imperio Británico se revelaba como una base indispensable. Casement, en un folleto escrito antes de la guerra, demuestra que la independencia de Irlanda (apoyándose en la ayuda de Alemania) amenaza “la libertad de los mares” y es un golpe mortal para la supremacía marítima inglesa. A pesar de eso es cierto que Irlanda “independiente” puede existir como puesto avanzado de una potencia hostil a Inglaterra y como base contra las vías marítimas británicas. El Premier, Gladstone, puso el interés de la Inglaterra imperialista por encima de los del “landlord” y comenzó una reforma agraria que, compensando ampliamente a los propietarios terratenientes ingleses, distribuyó en parte sus tierras a los granjeros irlandeses. Tras esas reformas, que van de 1881 a 1903, los arrendatarios se convirtieron en poseedores que la bandera verde no puede arrancar de su parcela. La “intelectualidad” irlandesa (abogados, periodistas, empleados de comercio, etc.) emigra en masa a las ciudades inglesas y, a causa de este hecho, se pierde para la “causa”. La burguesía comercial e industrial, que se formó lentamente en el último siglo, se opone al joven proletariado y pasa del campo revolucionario al del posibilismo. La clase obrera, de reciente creación, llena de recuerdos de las luchas heroicas de antes, tropieza con el egoísmo de las “Trade-Unions” y duda entre el nacionalismo y el sindicalismo, presta a reunir estas dos concepciones en su conciencia revolucionaria, arrastra tras de sí a la juventud “intelectual” y a los fanáticos nacionalistas aislados que impiden al movimiento hacer triunfar a la bandera verde sobre la roja. Así, la “revolución nacional” es de hecho una revuelta de los trabajadores como lo indica la posición aislada de Casement.

Plejánov, en un lastimoso y vergonzoso artículo, pone el dedo en la llaga del carácter “malsano” de la revuelta y se alegra de que el pueblo irlandés (¡eso le honra!) lo haya entendido y no haya apoyado a los locos revolucionarios. Se podría suponer, desde el punto de vista internacional, que los campesinos manifestasen su aversión hacia la rebelión y salvaran el “honor” del Eire. Pero en la ocasión, fueron guiados por su egoísmo obtuso de pueblerinos y por una total indiferencia hacia lo que no afecte a sus “pedazos” de tierra. Así aseguraron la rápida victoria de Londres sobre los heroicos defensores de las barricadas en Dublín.

La experiencia irlandesa, en la que participó Casement con un coraje indiscutible, ha terminado. Pero ahí solamente comienza el papel del proletariado irlandés. En esta insurrección, bajo los pliegues de la bandera “vencida”, ha llevado adelante su lucha de clases contra el imperialismo y el militarismo. Ese movimiento no acabará. Por el contrario, encontrará su eco en toda Inglaterra. Los soldados escoceses han demolido las barricadas edificadas en Dublín. Pero, en la misma Escocia, la gente se agrupa alrededor de la bandera roja levantada por Mac Lean.

El trabajo del verdugo realizado por Lloyd George será vengado por esos mismos trabajadores que los Henderson se esfuerzan en atar al carro del imperialismo.

(*Nache Slovo*, 4 de julio de 1916)

### *El malestar*

La cuestión del “comité secreto” se ha remitido a la asamblea. El objetivo de este comité es ofrecer a los parlamentarios la oportunidad de “explicarse libremente y disipar el malestar actual”. El comité fue rechazado por los ministros y la prensa “leal” como amenaza de una crisis. Pero tan pronto como fue rechazado, volvió a estar sobre la mesa. La vida de Francia y su política giran en torno a Verdún como alrededor de un eje. La demanda de un comité secreto volvió a triunfar en la cuestión de Verdún.

El 10 de mayo, *Le Matin* publicó un enigmático artículo que hacía referencia a un artículo de Hervé: “Victoria” autorizado por el censor, según el cual el alto mando había firmado, desde los primeros días de la acometida alemana sobre Verdún, la orden de retirarse a la orilla izquierda del Mosa; el general de Castelnau habría dado la contraorden: resistir a toda costa, salvando así Verdún. El artículo causó sensación, pero provocó un desmentido formal por intermedio, “uno se pregunta por qué”, del ministerio de asuntos exteriores. La prensa polemizó con los censores, que utilizaron sus argumentos: la tijera y la mordaza. Algunos periódicos fueron suspendidos durante cuatro días. El “sieur”<sup>70</sup> Hervé, más peligroso que un enemigo, se involucró en el asunto. Según él, el artículo era obra de los partidarios de Castelnau a espaldas de éste. Sería el colmo de la fantasía ver en él un ataque del jefe del estado mayor contra el alto mando. Las relaciones de Joffre y de Castelnau serían las mejores, aunque tuviesen una visión diferente del Espíritu Santo.

A iniciativa de Renaudel, una sesión especial de la comisión de guerra del parlamento escucha las explicaciones del ministro de la guerra y de Briand y concluye que hay que regular la censura y enviar “comisarios especiales” al frente de Verdún.

Clemenceau, presidente de la comisión de guerra del senado, hizo este “gran viaje” al frente y trajo pruebas irrefutables que confirmaban lo que había escrito durante más de un año mientras luchaba contra la censura: el ejército francés estaba era incomparable, pero era necesario dotarlo de un alto mando correspondiente a su valor. Una de estas pruebas, que mucho antes del viaje había sido formulada en la prensa inspirada por el diputado Abel Ferry, sería la ausencia total de fortificaciones en el lado norte de Verdún.

La sesión, después de la “tregua” de Pascuas, fue extremadamente agitada. El presidente del consejo, después de los discursos que le “estimulaban”, pronunció un discurso combativo, retomando la vieja y manida tesis de que el gobierno no podía existir sin la plena confianza del parlamento. El éxito de Briand fue puramente aritmético, Clemenceau pudo escribir que los días del gobierno estaban contados, ¡y el viejo “tigre” se las conocía todas! La cuestión del “comité secreto” se agudizó de nuevo. El 26 de mayo se alcanzaron los veinte votos necesarios (168 votos) y la cuestión parecía resuelta. El gobierno no quería “sesiones secretas”, lo que creemos fácilmente. Pero, por otra parte, a juzgar por el *Rappel*, cabía esperar un cambio de postura por parte de Briand. Así lo señalan los agrídulces comentarios de *Le Temps*, y el hecho de que la veleta de la *Victoria* se haya puesto decididamente del lado del “comité secreto”. Hervé pone en el orden del día: los graves errores cometidos frente a Verdún del 21 al 26 de febrero, los motivos de la inmovilidad de los ejércitos aliados y otras llamativas contradicciones. Pero Hervé nos advierte: ¡no crean que han vuelto a los tiempos de la Convención! Esta advertencia se hace con tal cinismo que acaba con las ilusiones del social-patriotismo y la fraseología revolucionaria del primer periodo de la guerra. ¡Es necesario citar este texto! “La Convención se apoyó en las pasiones revolucionarias: la guerra contra Europa era una guerra civil contra todas las aristocracias, la *Marsellesa* y la *Carmagnole* eran canciones

---

<sup>70</sup> Señor.

de guerra civil. Vivimos ahora en la era de la “Unión Sagrada”, que es diametralmente opuesta a las pasiones revolucionarias.”

Por eso Hervé recomienda no derrocar al gobierno. ¿Qué nuevo principio puede oponer el parlamento al “principio” de Briand? En cualquier caso, “nuestro poder ejecutivo” incluye un “equipo” de personalidades tan fuertes como las que pretenden sustituirlas.

Esperemos, pues, a ver con qué métodos la asamblea disipa el “malestar” que reina en este vigésimo segundo mes de guerra.

(*Nache Slovo*, 27 de mayo de 1916)

### ***La clave de la situación***

Bethmann-Hollweg se ha quejado en la última sesión del Reichstag de que las naciones beligerantes no estaban dispuestas a usar el “mapa de guerra” presentado durante los veintidós meses de guerra. Amenazó con que cualquier cambio en este mapa iría en detrimento de las potencias de la Entente. El canciller tenía razones tan fuertes como sus oponentes para querer que la guerra terminara. Sin renunciar a las “anexiones razonables”, atacó a los “rabiosos anexionistas” (lo que parece sorprendente en esta época de “completa paz”) y despertó el entusiasmo, un tanto desbaratado por los acontecimientos, de los social-patriotas. El militarismo alemán es fuerte, pero los apetitos de los imperialistas alemanes son aún más fuertes. En cuanto a los apetitos de este lado del frente, sólo están esperando el primer éxito para manifestarse.

Ya hemos visto que es esencial que los beligerantes pasen a una guerra de movimientos. En los últimos meses hemos asistido a “movimientos”<sup>71</sup> que no hacen sino confirmar el dicho: “Cuanto más cambian las cosas, más siguen igual”. A las victorias turcas en Mesopotamia siguieron las rusas en Armenia. ¡Trebisonda contra Kut-El-Ahmar! El avance austriaco en el frente italiano tuvo que ser detenido sin aportar grandes cambios en el mapa de los frentes. Para completar el paralelismo, citemos el éxito de la ofensiva rusa en Galitzia. Que los optimistas crean en su desarrollo victorioso. Nosotros no pertenecemos a estos últimos. La indecisión y el balance de pérdidas en Jutlandia no cambiarán el equilibrio de poder entre las flotas alemana y británica. Por último, los constantes combates en Verdún son la prueba estratégica monstruosa del estancamiento actual. Cuanto más cambia esto, más igual se mantiene. Al darse cuenta de esta terrible situación sin salida, los líderes europeos volvieron a mirar a Estados Unidos. La entrada de EEUU en la guerra daría al grupo favorecido la superioridad decisiva. Pero Wilson no se decide. El capitalismo estadounidense marcha demasiado bien como para que hubiera una razón básica para una entrada prematura y peligrosa en la guerra. Roosevelt, ese zopenco, ese tártaro del otro lado del Atlántico, ha levantado la bandera a favor de una intervención inmediata a favor de los aliados, pero ha sido cruelmente castigado por ello por su propio partido, que critica “su idealismo aventurero”. El taciturno y cauto juez supremo House, ha tumbado de espaldas a su rival sin ningún esfuerzo. House no es germanófilo ni francófilo, no está a favor de la paz ni de la guerra, piensa que todo marcha muy bien así. Europa se empobrece, Estados Unidos se enriquece. Tanto si cae Wilson como si se elige a House, la situación no cambia. Mientras la burguesía estadounidense pueda calentarse las manos junto a la hoguera europea, no cambiará su posición.

“¿La clave de la situación en Estados Unidos?”

Éste considera que la mejor clave es la continuación del caos sangriento y sin salida de Europa.

(*Nache Slovo*, 15 de julio de 1916)

<sup>71</sup> En esta misma obra “De la guerra de desgaste a la guerra de movimientos”, página 114 y siguientes, o en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano: “[Guerra de desgaste y guerra de movimientos](#)”.

### ***En torno al principio de las nacionalidades***

La prensa francesa apenas ha pronunciado una palabra sobre el congreso celebrado en Lausana por las pequeñas naciones oprimidas. Si se tiene en cuenta que los aliados luchan por “este famoso principio de las nacionalidades” (el propio Sazonov se lo explicó a los estadounidenses), esta falta de atención al congreso puede parecer incomprensible... ¡pero, después, uno acaba comprendiendo demasiado bien!

Para quienes rivalizan en incomprensión o desatención, hay que “meter las narices” en el último número de *L'Eclair*. Este extraño periódico, que une los dogmas intocables del catolicismo con los esfuerzos “progresistas” de la industria (y no de forma platónica) publica de vez en cuando artículos que impactan porque revelan un rincón de la verdad oculta. Ante todo, se revela (¡qué noticia tan inesperada para Plejánov, que vive cerca de Lausana!) que, entre las 23 nacionalidades representadas, había portavoces de los no nacionales rusos [alógenos], por no hablar de los finlandeses, albaneses, ucranianos, polacos, letones, lituanos, georgianos, etc. También había irlandeses, egipcios y tunecinos. Incluso había un representante de los judíos, considerados como una nación, el Sr. Abersohn. De ello se desprende que es en los territorios pertenecientes a los aliados donde se encuentran casi todas las naciones oprimidas.

Esto es lo que dijo *L'Eclair* sobre la resolución aprobada en el congreso sobre el derecho a “la independencia de cada minoría”. La dificultad de realizar un programa de este tipo proviene de la negativa de cada gran potencia a aplicarlo para sí misma, mientras lo exige para sus adversarios. En el bando aliado, por ejemplo, se exige la liberación de los pueblos no germánicos bajo tutela alemana y austriaca, y de los pueblos no turcos bajo el yugo otomano, mientras que no se plantea esto para Rusia.

En la atmósfera de mentiras oficiales que respiramos desde hace dos años, estas audaces noticias publicadas por un “gran” periódico francés son refrescantes para la mente. Y pensar que hay “socialistas”, “emigrantes” y “revolucionarios” rusos que asisten al Congreso de Lausana para “dar lecciones” a Sazonov de que debe ocuparse de los pueblos oprimidos, justo cuando un kirguís acaba de quejarse de la opresión imperial. Nadie exige que estas personas sean internacionalistas: pero si fueran simplemente demócratas nacionales, ¡deberían avergonzarse!

Para declararse incompetentes tienen a los “grandes aliados occidentales” en reserva. Rusia, una nación despótica, hará todos los milagros internos y externos (con la ayuda de las naciones democráticas) que debería hacer Alemania: pero la primera gracias a la victoria, la segunda gracias a la derrota

Y ¿qué pasa con los aliados? Dejemos de lado, por el momento, el Extremo Oriente, donde Rusia, de acuerdo con Japón, se prepara en los próximos años para despojar a China, realizando en la “espalda” de ésta el “principio de las nacionalidades”. ¿Podemos preocuparnos por el destino de 500 millones de celestiales, mientras Kuropatkin y Plejánov son llamados a liberar Schleswig-Holstein? Limitémonos a las “democracias occidentales”. Pero no toquemos la cuestión irlandesa en un momento en que la magnánima Albión está aplicando la “Home-Rule”. Por supuesto, O’Connelly y sus camaradas fusilados o ahorcados no pueden beneficiarse del parlamento irlandés, ¡pues de ellos mismos es de quienes se beneficia el parlamento subterráneo de los gusanos. Pero abandonemos Irlanda. Salgamos de Inglaterra. ¿Qué pasa con Francia?

“Para las potencias coloniales como Francia y Gran Bretaña”, escribe *L'Eclair*, “la cuestión de los nativos (que también se debatió en Lausana) tiene un interés especial.”

La resolución de Lausana no reconoce la discriminación entre los “superiores” y los “inferiores”, allí donde radica la filosofía de la potencia colonial, ¡en la medida en que ésta necesite filosofía! El periódico insta a las “democracias” a ser justas y... también prudentes... subrayando con “satisfacción” el proyecto de ley propuesto por el diputado

Doisy al Congreso de Lausana, que reclama representación seria y garantizada para los argelinos. Sin duda, ¡todo esto es bastante tranquilizador! Pero ahora se trata de algo totalmente distinto. Desde Indochina nos llegan noticias menos agradables desde el punto de vista del “principio de las nacionalidades”. Annam acaba de experimentar una rebelión “bajo la bandera de la independencia nacional”. Por supuesto, *L'Humanité*, ese periódico de la mentira, la hipocresía y el descaro, ha tenido cuidado de no transmitir una información que afecta a cinco millones y medio de anamitas. Y si podemos dar esta información, aunque censurada, a nuestros lectores, es una vez más gracias a un órgano reaccionario como *L'Eclair*.

El joven emperador de Annam, Dui-Tahn, hasta ahora un fante decorativo en manos de los franceses, se puso en contacto con los nacional-revolucionarios, “sus súbditos”, organizó su huida con su ayuda y se refugió en una aldea desde donde dio la señal de la revuelta. Pero los poderes de la Tercera República demostraron estar a la altura. El rebelde fue detenido, llevado a su capital, Hue, depuesto y encerrado en una fortaleza donde no sólo pudo leer la *Declaración de los Derechos del Hombre*, sino también toda la colección de *L'Humanité* desde el comienzo de la guerra, si es que, sin embargo, se le permite leer los periódicos.

En esas tierras lejanas, citamos la *Revue Hebdomadaire* (para mostrar la distancia entre la realidad y una ideología fortuita), el alma del pueblo late al unísono con la del pueblo francés: en este Extremo Oriente que podría haber sido hostil, contemplamos este cuadro conmovedor: ¡miles de monjes dirigen oraciones a Buda por la victoria de nuestras armas! etc. etc. etc... Esto fue escrito en el otoño del año pasado... Dentro de un mes, cuando el joven emperador se haya tragado su trigésima ración de prisionero, los pocos franceses que conocieron su revuelta la habrán olvidado y los plumíferos patrióticos y social-patrióticos retomarán con ánimo el tema del “¡corazón anamita latiendo al unísono con el del francés!” Todavía no es mucho. Cada vez que Renaudel, paseando por las calles de París, vea los avisos de movilización de los indochinos, recordará a los obreros de Francia que la república llama a los hermanos menores de Annam a venir a luchar en nombre del “Principio de las Nacionalidades”.

(*Nache Slovo*, 13 de julio de 1916)

### ***El destino de la idea***

El artículo de fondo de nuestro periódico (“Dos años”, *Nache Slovo*, número 179)<sup>72</sup>, sólo con su título ilustra ya la situación en la que nos han sumido dos años de guerra. Gracias a las pocas frases escatimadas por el censor, nuestros lectores se han enterado de: 1º los resultados de dos años de hostilidades, 2º la situación interna de los países beligerantes. La conclusión que salta a la vista es que ya no se puede hablar de los resultados de la “guerra” con libertad cuando se contempla la situación “interna” de las naciones en guerra.

Se puede hablar más libremente de las conclusiones “morales, espirituales”, del destino de esas conclusiones cuyos jeroglíficos decoraban las banderas en la primera parte de la guerra. A este respecto, la prensa reaccionaria y monárquica francesa goza de suficiente libertad.

Monsieur Jacques Bainville, de *L'Action Française*, recientemente encargado de una misión diplomática, pero no oficial, en Rusia, dibuja con mano firme estas líneas en las que aparece una nueva consigna “espiritual”:

“En este segundo año de guerra, constatamos que se ha producido una ordenación de las ideas. Algunas de ellas han sido rechazadas, y han muerto de muerte natural.” Así,

<sup>72</sup> Ver en esta misma obra más abajo en página 261 y siguientes; o en nuestra serie Trotsky inédito...: “Dos años. Europa entra en su tercer año de guerra”.

hace sólo seis meses, Lloyd George declaró: “Esta guerra es nuestra, es la guerra de las democracias”, lo cual no es discutible si se hace caso omiso de Nicolás II, Jorge V, Alberto I, Víctor-Emmanuel III y otras cabezas coronadas. Pero el sentido común y el juicio de la historia están listos para responder: “Si la democracia conduce a la guerra de esta manera, nadie la felicitará, porque con sus poderosos aliados y reuniendo más de trescientos millones de hombres, no puede asestar golpes decisivos a sus dos grandes adversarios que sólo cuentan con 150 millones de almas.”

Nuestro escritor continúa, “se habla de la guerra de las democracias”. Poco a poco la expresión está desapareciendo del diccionario, y esto es un progreso innegable. La democracia como principio revolucionario de la guerra está, junto con otras muchas cosas, siendo engullida por el Minotauro. No es necesario relatar con más detalle cómo el monstruo está devorando sucesivamente las garantías democráticas; ¡ahora está masticando los últimos restos de los derechos de los refugiados! “Hemos visto”, continúa Bainville, “que las fórmulas mal utilizadas han caído en desuso. Por ejemplo, tomemos la expresión tan utilizada: la guerra contra el militarismo prusiano. ¿Qué significa? Tonterías, responden los alemanes, y no están del todo equivocados. Pero sabemos muy bien lo que es Prusia. Si el destino de las armas lo permite, hay que destruir el Reino de Prusia y el Imperio Alemán... Pero destruir el militarismo prusiano es intentar echar sal en la cola de un pájaro... Los aliados podrán jugar a ese jueguecito durante mucho tiempo... Desmembrar Alemania es otra cosa. Es un problema que puede resolverse algún día, pero es real; no es del dominio de lo fantástico.”

El tercer punto de estas conclusiones, continúa Bainville, es que el “principio de las nacionalidades pasa a un segundo plano”. La política ya lo trató con recelo, el arte oratorio de la política se aleja ahora de él. Todo el mundo se ha dado cuenta del peligro que representa esta arma de doble filo, una herencia desastrosa del siglo pasado...”

Pero Bainville no se detiene ahí: “Hay que renunciar también a una idea que conduce a una peligrosa confusión, nacida también en el siglo pasado y que engañó a los contemporáneos de aquella época, es decir, de 1792. Desapareció durante el terrible levantamiento de 1870 y ha reaparecido bajo los golpes de la realidad. Ya nadie cree en la guerra de propaganda. Nadie concibe que el enemigo nos arrebatte el don de los principios inmortales. Este ‘romanticismo revolucionario’ ha muerto (expresión de Briand). Incluso los socialistas alemanes del tinte más radical (como el *Leipziger Volkszeitung*) han respondido que no quieren una libertad traída a punta de bayonetas. Esta concepción debe vestirse de luto.”

La postura crítica del escritor monárquico se distingue por una indudable perspicacia, al menos en lo que respecta a los intereses políticos de su partido. En el segundo año de la guerra, ninguno de los socialistas “oficiales” ha hablado del “destino de la idea”. Cumplían su función: para algunos, eran el arma de la traición, para otros, representaban el apaciguamiento de su propia conciencia en períodos críticos. Pero ahora el acuerdo está hecho, las posiciones están tomadas y hay que asumir el peso de las consecuencias. Las ideas ilusorias ya no son necesarias y quienes las sembraron se alejan en silencio. Pero esto es lo que la reacción no quiere admitir... ¡no sólo la reacción monárquica!

Le interesa mostrar que donde estaban estas ideas, hay un lugar vacío que debe llenar con la religión, la autoridad y la tradición. No se puede luchar contra la reacción oponiéndole un espacio vacío o un “rictus” volteriano como hacen *Bonnet Rouge*, etc... ¡Hay que oponer a la reacción “negra” las ideas que han pasado la prueba, apoyadas en la experiencia de dos años de guerra, ¡las del socialismo revolucionario!

(*Nache Slovo*, 6 de agosto de 1916)

### **Vandervelde, Nache Slovo y Vorwärts**

En la publicación parisina de Alexinsky-Plejánov encontramos un desmentido a nuestra observación sobre el fracaso de Vandervelde en el frente. Nuestros lectores recordarán que el caso fue el siguiente: con motivo de uno de los viajes al frente del intendente belga de “florido lenguaje”, un soldado socialista le recordó sus bonitos discursos de antaño y le impidió así pronunciar uno de sus actuales y soberbios discursos abogando por el *jusqu’aboutisme* [hasta el final]. Nuestra observación fue reproducida por buena parte de la prensa socialista. A continuación, *Vorwärts* declaró que había recibido información de Ámsterdam de que la reproducción de un artículo de *Nache Slovo* por parte de *Vorwärts* era infundada. “Lamentamos [escribió *Vorwärts*] haber sido engañados por un periódico generalmente bien informado.” Por nuestra parte, creemos que la redacción del periódico alemán se tomó el desmentido de Ámsterdam demasiado a la ligera. ¿De dónde viene? Nadie lo dice. ¿Quién en Ámsterdam, y cómo está convencido de que el incidente no fue en absoluto el que se describió? Razonemos con lógica. Hay dos maneras de comprobarlo: 1° interrogando a todos los soldados belgas, 2° preguntando al propio Vandervelde. Como es difícil lo primero, debemos pensar que Vandervelde pidió a un intermediario holandés que desmintiera a *Nache Slovo* y que hizo que se prohibiera mencionar su nombre... Un ministro belga no puede tener ninguna “relación” con la prensa alemana. Aunque Vandervelde no fuera una personalidad tan conocida, aunque los ministros en general, y los belgas en particular, no recurriesen a este tipo de desmentidos (que, entre nosotros, requieren ser verificados), esta historia en la que “nuestro hombre” participa de forma anónima no puede ser más que sospechosa e inspirar desconfianza.

Por lo que a nosotros respecta, hemos obtenido la información de una persona que estuvo presente en la famosa escena y que pasó unos días en París disfrutando de un permiso muy breve. Este soldado belga, buen patriota, bien conocido por varios de nuestros camaradas franceses, presenta todas las garantías de seriedad y franqueza. Y como, además, será un heredero político de Vandervelde, no tiene ningún interés en crear dificultades inventadas desde cero para el ministro, por lo que podemos confiar en él y no dar crédito a un desmentido anónimo y no oficial.

Nos habríamos detenido ahí, si Vandervelde no nos hubiera proporcionado un argumento adicional. El número de ayer de *Le Petit Parisien*, uno de los periódicos más difundidos y leído por todos los reacios al pensamiento crítico, reproducía un artículo de Vandervelde sobre su nuevo viaje al frente francés. El ministro belga (al que la redacción de *Le Petit Parisien* llama su eminente colaborador) compara, en tono mojigato, a los soldados belgas e ingleses con los “soldados franceses que luchan de nuestro lado”. (Que sepamos, ¿desde cuándo lucha Vandervelde?): “Gracias, soldados de Francia, que nos salváis con la fuerza de vuestra fe patriótica, etc., etc.” Todo ello en un tono de esnobismo lírico... “Sorprendentes soldados de Francia, modestos y alegres, contentos con poco, con lo que reciben más o menos regularmente de pan, vino y carne.”

¡Imagínense la imagen! Vandervelde recomendando a los soldados belgas que sean modestos y se conformen con los repartos realizados por los mayordomos del rey Alberto. ¿No es razonable pensar que entre los forzados oyentes del orador-ministro, había un socialista para aconsejar al expresidente de la [Segunda] Internacional que tomara una senda más alejada para sus paseos oratorios?

(*Nache Slovo*, 22 de agosto de 1916)

### **Argumentos sólidos**

“Le Renseigné”, que escribe en *La Libre Parole*, sigue dando rienda suelta a su descontento con la política aliada en Grecia. La rebelión a medias de Salónica, de la que



la prensa francesa había hecho “una gran historia”, presentándola como un levantamiento nacional de los helenos, “resulta” ser cada vez más un acontecimiento de poca importancia, una intriga local, contra la que, sin embargo, las autoridades se encuentran desarmadas. Sin embargo, los aliados llegaron a exigir el desarme del ejército que permanecía fiel al gobierno. ¿Qué sentido tiene todo esto? se pregunta “Le Renseigné” [El Informado]. ¿Es esto un ejemplo de que Grecia se niegue a aceptar exigencias formuladas “en un tono adecuado” y apoyadas en “sólidos argumentos”, como una flota de guerra de 30 unidades? El periódico se niega rotundamente a reconocer el “genio” de Briand, que utiliza “sólidos argumentos” un año y medio demasiado tarde.

*Prisiv* también niega la habilidad de la diplomacia francesa en las maniobras para convencer a Rumanía y Grecia de la justicia de la causa aliada. El éxito en este asunto no se debió al Quai d’Orsay, sino a los obreros de Moscú y a los campesinos de Samara, cuya avalancha de cadáveres dio un impulso victorioso a las convicciones nacionales de las masas trabajadoras griegas y rumanas. “En esta tierra sigue reinando la justicia.”

Así lo afirma el periódico social-patriótico ruso, observando las maniobras de la flota aliada en el Pireo. Renaudel descubre, a través de los espesos vapores que se desprenden de los incidentes de los Balcanes, la continuidad indefectible del derecho de los pueblos. Wilson pronunció un discurso digno de la “democracia”, que a pesar de tantas dificultades intenta afirmar su voluntad pacifista (*L’Humanité*). Es cierto que las Indias Occidentales deben ser vendidas a los norteamericanos lo antes posible, de lo contrario el “pacifista” Wilson las tomaría por la fuerza. Pero queda claro que cuanto más territorio ceda el militarismo al pacifismo norteamericano, ¡mayor será el éxito de este último!

Apoyado, por una parte, en los “sólidos argumentos” en uso en El Pireo, por otra, en la inquebrantable voluntad del pacifismo norteamericano, Renaudel (por lo que se puede juzgar) no ve la menor razón para satisfacer la resolución del último comité nacional, exigiendo al gobierno la proclamación de “objetivos de guerra”. Cuando los medios son irreprochables, también lo son los objetivos a alcanzar. Renaudel, con la conciencia tranquila, dejó que su “joven hermano”, Jean Longuet, se ocupara de los “objetivos de guerra”. Pero para equilibrar la balanza, está, como editor de *Le Figaro*, Monsieur Capus. Este antiguo vodevilista [asiduo del vodevil], conocido “boulevardier” [asiduo de los bulevares], había participado en las “alcobas” parisinas, lo que le hacía estar bien cualificado para juzgar la verdadera naturaleza de las relaciones internacionales. Clemenceau lo trata de amigo de Briand y Poincaré. No sabemos nada al respecto. Pero si Capus tiene amigos tan queridos (es probable que no sea tacaño con ellos), la verdad es aún más querida para él. “Los debates sobre ‘los objetivos de guerra’ son absolutamente vanos: han cesado tanto en Inglaterra como en Francia y Alemania.” No podía ser de otra manera. “Es obvio que el fin de la guerra no depende de las voluntades individuales de ningún gobierno, sino que la guerra terminará sólo cuando haya logrado lo que nos exige... Ayer Rumanía participó con sus demandas nacionales, mañana, tal vez, será el turno de Grecia. Se podría pensar que la entrada de nuevas fuerzas y nuevos apetitos aceleraría el proceso de la guerra haciendo que los gobiernos se inclinaran por la rápida conclusión de la paz”... “Al contrario. Sólo empezaremos a ver a través de este caos cuando uno de los grupos enfrentados se rinda por completo sin condiciones. Sólo entonces las tendencias profundas de la guerra iniciada en 1914 quedarán a la luz del día y las condiciones para la paz se deducirán naturalmente de ello. (E independientemente de la voluntad de Monsieur Longuet.) Presintiendo esta situación, el impaciente periódico radical-anexionista *Le Rappel* atestigua el crecimiento cada vez mayor del movimiento de la “opinión general” que exige la orilla izquierda del Rin, donde Renaudel planta las banderas del Derecho y del Pacifismo.

Pero esto sólo es una música del futuro. Por el momento, reina el caos donde las potencias luchan impotentes. Los pueblos callan, las máquinas de destrucción desarrollan su fuerza de muerte, los únicos “sólidos argumentos” utilizados por ambos bandos.

(*Nache Slovo*, 7 de septiembre de 1916)

### **En un ambiente de inestabilidad y corrupción**

La sustitución de Kalkenhay por Hindenburg como jefe de estado mayor (en realidad, generalísimo) (pues el titular, el Kaiser, se limitaba a pronunciar piadosos discursos de tipo “militarote” ante los pastores alemanes) es uno de los síntomas ya evidentes de la pérdida de equilibrio que se precisa al otro lado de los Vosgos. La prensa alemana comenta el hecho de diversas maneras: los periódicos del imperialista a ultranza dirigidos contra Inglaterra temen que el recién ascendido dirija sus fuerzas hacia el este. Por el contrario, los que ven las operaciones desde una perspectiva más modesta, como los que han vitoreado la guerra con el lema “guerra contra el zarismo”, aprueban el cambio y lo ven como la victoria de su héroe Bethmann-Hollweg sobre el “extremista Hindenburg”. Nadie conoce las intenciones del nuevo generalísimo. Siempre se ha declarado “apolítico”. Las carnicerías de los dos últimos años han demostrado la inutilidad de los grandes planes que habían hecho de la guerra sólo una guerra de agotamiento.

Los dirigentes de la socialdemocracia alemana, que hace tiempo perdieron el equilibrio como consecuencia del movimiento de masas, han hecho circular masivamente una “petición de paz” como medio de presión sobre el gobierno y de apoyo al “pacifista” Bethmann-Hollweg contra los enfurecidos anexionistas. Pero esta manifestación, tan llena de amor a la paz, colocada bajo la bandera de la “Defensa Nacional”, les parece peligrosa a las autoridades, y éstas prohibieron solicitar firmas... Esta empresa, a medio camino entre la política y la intriga, que quiere ser un factor decisivo en la lucha contra los dioses del Olimpo de los Hohenzollern, ¿podrá detener la travesía del Aqueronte por las masas trabajadoras?

El miedo del poder ante ellas es el hecho más llamativo de la política interior alemana actual. Las detenciones de socialistas revolucionarios se suceden. Rosa Luxemburg y Franz Mehring están en prisión. En cuanto a Karl Liebknecht, su primera condena se ha aumentado a cuatro años. Según los jueces, este nuevo veredicto debería haber afirmado la autoestima de éstos; en cambio, es un testimonio de su desesperación. Este veredicto indigno refuerza la figura del luchador revolucionario en la pantalla de la conciencia universal. Al mismo tiempo que los carceleros de Hohenzollern, cuyos salarios son pagados patrióticamente por los Scheidemann y los Ebert, “encierran” a Liebknecht, las almas serviles del socialismo en los países de la entente utilizan el nombre de Liebknecht en su lucha contra sus ideas, y esto en territorio francés. Desde hace meses, la prensa, sacando su información de los lodos de *L'Humanité*, dice que Liebknecht ha hecho recaer toda la responsabilidad de la guerra sobre los Hohenzollern: considerando a las naciones de la Entente como en estado de autodefensa, realiza, con su oposición revolucionaria, la misma obra liberadora que Renaudel, Plejánov, Heydemann e incluso Mussolini. Tanto difunden mentiras sobre un hombre encadenado, como sobre un cadáver.

Pero, aunque Liebknecht esté encerrado entre las piedras del calabozo, sus declaraciones y sus acciones siguen siendo testimonios irrefutables de su fe política. “Es doloroso para mí escribir lo siguiente [Liebknecht se expresó así en su carta a los socialistas ingleses en diciembre de 1914] cuando nuestra esperanzadora aurora, la [Segunda] Internacional, está por los suelos, destrozada, y muchos socialistas de los países en guerra (incluida Alemania) siguen voluntariamente el carro del imperialismo...

Pero me siento orgulloso y feliz de enviarles mis saludos [al Partido Laborista Independiente] que, junto con nuestros camaradas serbios y rusos, han salvado el honor del socialismo en esta demente borrasca... Todas esas bellas palabras como ‘defensa nacional’ y ‘liberación de los pueblos’ que el imperialismo utiliza para adornar sus instrumentos de muerte no son más que un engaño.” Cada partido socialista encuentra su propio enemigo, el enemigo de la [Segunda] Internacional, en su propio país. ¿No está suficientemente claro? Liebknecht luchó contra el enemigo en su propio país. ¡Es nuestro, no vuestro! Toda su última actividad se mantuvo fiel a la línea de Zimmerwald, donde estuvo en las filas del grupo revolucionario “La Internacional” (Luxemburg-Mehring). ¡Cuando uno piensa que las declaraciones más significativas de Liebknecht se publicaron en *L’Humanité*!

La gente tiene la memoria corta. ¿Por qué no convertimos al prisionero de los Hohenzollern en un aliado de los Romanov? ¡Almas ruines! ¡La fraternidad de *L’Humanité* y de *Prisiv* con Liebknecht aparecerá en la historia de esta época maldita como el ejemplo más sorprendente de corrupción social-patriótica!

(*Nache Slovo*, 8 de septiembre de 1916)

### ***Comentarios de un lector***

#### *El honorable europeo desorientado*

Charles Maurras realiza diariamente propaganda a favor de una restauración monárquica con una libertad que nosotros, los internacionalistas, podemos envidiar. Jamás anda corto de invenciones, y cada día encuentra nuevos argumentos a favor de la monarquía. Por ejemplo, Rusia. Los republicanos franceses se ven obligados (como observa Maurras, no sin una venenosa malicia) a cantar las alabanzas de Nicolás II y a contarlos entre las felices excepciones, pues no pueden dejar de reconocer que “es un personaje honorable, un auténtico europeo, aunque sea un monarca...” Pero, ¿por qué nada sale bien en la “feliz excepción”? Maurras ya tiene lista la respuesta: “El gobierno de Nicolás, así como los de Jorge y Alberto, están llenos en un grado demasiado alto del espíritu democrático.” ¡Ahora lo entendemos todo! Son las ideas democráticas de Goremykin y Jvostov las que desconciertan al “honorable europeo”. ¡Si no fuera por Maurras, nadie en el mundo lo habría sospechado!

#### *El aumento de los poderes de Albert Thomas*

El camarada Albert Thomas, ministro de la guerra, miembro destacado del partido socialista, tenía un firme control sobre las municiones y la artillería. Por decreto personal, se le adjuntó la dirección de la pólvora e incluso, hasta entonces independiente de su ministerio, la de los zapadores y la aeronáutica. ¡Todo esto atestigua el desarrollo febril de la influencia del socialismo francés!

“¡Pensaremos en vosotras!”

En los últimos cuadernos de los *Hommes du jour*, Georges Pioch (el mismo personaje que saludó tan efusivamente a Merrheim y Bourderon) escribe sobre el papel de las mujeres durante la guerra: “Pensaremos en vosotras, Clara Zetkin y Rosa Luxemburg, que, con toda la fuerza de vuestra magnánima debilidad, luchasteis contra la guerra y fuisteis arrojadas a las prisiones prusianas; y... [aquí censurado]. ¿En quién quería Pioch que pensáramos? ¿En cualquiera de las mujeres encarceladas?”<sup>73</sup>

<sup>73</sup> Con permiso del censor, podemos disipar cualquier perplejidad. Además de R. Luxemburg y Clara Zetkin fue arrestada por propaganda contra la guerra una socialista francesa. Se trataba de Louise Saumoneau, ahora puesta ya en libertad.

*¡Inconcebible!*

*La Bataille Syndicaliste* informa que el conocido socialista holandés Van-Kol trae de su última estancia en Rusia una noticia digna de interés. La esposa del exministro de la guerra, Sujomlinov, tenía, entre otros amantes, un espía alemán, que compartía no sólo la cama del ministro, ¡sino también su trabajo en el ministerio! ¿Y Alexinsky no se dio cuenta de esto? ¡Inconcebible!

*Llamamiento a Prisiv*

Ya hemos mencionado el ingenioso plan consistente en hacer desembarcar en Varna a popes cargados con iconos. Fue una idea incomparable de Gustave Hervé. Pero Clemenceau no estaba de acuerdo con su antiguo portavoz, no sólo sobre el significado de la incursión, sino también sobre su carácter. No habla de los popes ni de los iconos, sino que exige formalmente que el zar desembarque primero, y vuelve a profetizar el descalabro total del ejército búlgaro en cuanto se enfrente a nuestro portador de la corona. Para nosotros, la cuestión es muy seria: ¿los popes o Nicolás II? Es inaceptable que *Prisiv* guarde silencio sobre este asunto. ¡Debe hacer oír su voz en este momento crítico!

*Bueno, ¡aquí está!*

Un extracto de la carta de Bielorusov arroja algo de luz sobre este asunto pasablemente oscuro. Sólo sabíamos antes que el corresponsal parisino de *Russkie Viedomosti* pretendía privar de su sustento a los artistas que consideraba derrotistas y desertores. ¡No hay ninguna teoría en la música, la escultura o la pintura que obligue al artista a cantar canciones de guerra! Pero, según la concepción liberal de Bielorusov, el artista ruso sólo puede ser ayudado si vibra al unísono con los éxitos rusos en Teherán y Lemberg. ¡Qué suerte que Romain Rolland no sea un artista ruso y que su destino no dependa de Bielorusov! En cuanto al primero, el asunto está bastante claro. Proclamó al mundo que despreciaba a los “come boches”, al igual que en su momento Bern aplastó con su desprecio a los “come franceses”. Si Rolland tuviera que sufrir alguna vez a los Bielorusov franceses, sabríamos *por qué*: ¡el poeta no ocultó la antorcha de sus sentimientos internacionales, sino que la mantuvo en alto para que iluminara el mundo! Pero, ¿por qué deben sufrir los artistas rusos en París? ¿Han declarado con Rolland que el espíritu artístico es libre y sopla donde quiere, sin detenerse en las barreras aduaneras? ¿Han protestado contra los insultos con los que se ha cubierto al arte alemán? No hemos oído nada de eso. Se han quedado quietos como el agua quieta, más bajos que el suelo. ¿Por qué esta persecución? ¿Quién los equipara con los derrotistas? La cita nos da una respuesta bastante satisfactoria. Bielorusov no habla de los rusos, sino de “la colonia rusa” de París. La mirada del exhombre de izquierdas se aflige al descubrir tanto alógeno, sobre todo judíos, entre los miembros de esa colonia. Aunque esas personas mantengan silencio, Bielorusov (como exizquierdista) les recuerda cómo trata Rusia a los alógenos y excluye que de esta gente perseguida se apodere una santa furia patriótica. Y escribe a Moscú: no apoyéis a esta gente, entre ellos hay alógenos, por tanto “enemigos de Rusia”.

¡Que el personaje devenga más atractivo, eso no lo ignorábamos! Pero de ahora en adelante lo sabemos con certeza.

(*Nache Slovo*, 19 de noviembre de 1915)

*79 Rue de Grenelle*

En el curso de la última campaña contra la emigración rusa, el conocido monárquico Léon Daudet insiste en el tipo de documentos que deben poseer los emigrantes rusos. “El único documento válido es el expedido por el cónsul ruso, 79 rue de Grenelle, con el sello del águila imperial, que indica la clase del portador de este documento y si puede ser movilizado.” Daudet anuncia que está informado “de una fuente autorizada” y concluye: “¡El poder está avisado!” ¡Es un placer ver que Léon Daudet conoce la dirección del consulado ruso con tanta fiabilidad! Por lo tanto, debemos suponer

que la tarjeta de visita del mencionado Léon Daudet está allí, que se conoce la dirección del editor de *L'Action Française* responsable de la causa monárquica en la actual República Francesa.

“Narodnaia Mysl”

En Petrogrado se publica desde noviembre un “pequeño periódico” con intenciones nacionales y populistas. Entre los “estrechos colaboradores” se encuentran: Alekxentiev, Bunakov, Voronov, el diputado Dzubinsky, etc. La redacción se presenta como un “grupo armonioso de personalidades” que jura por Herzen, Chernyshevsky, Lavrov y Mijailovsky. Luego nos dice que “la democracia rusa tiene el deber de participar en la defensa de la nación”. ¡Todo esto en el estilo de un seminarista poco refinado! Para completar el cuadro, he aquí una frase perpetrada conjuntamente por Tiapkin-Liakín y Mokievich: “Por nuestra parte, considerando los problemas relacionados con los momentos políticos actuales, *nuestro periódico* considera indispensable definir su posición en la lucha por la defensa de la patria.” Todo lo demás es del mismo espíritu y estilo, ¡aunque la defensa de la patria debería dejar paso a la defensa de la sintaxis!

Para concluir, los editores hacen un vibrante llamamiento a los social-patriotas de *Nache Dielo*. Pero debemos reproducir textualmente este llamamiento: “Publicando este periódico en este momento crítico de nuestras vidas [...], la redacción se siente en el deber imperativo de transmitir sus saludos a la redacción de *Nache Dielo*, su colega, ¿con sus sinceros deseos de que se realicen los “ideales finales...?”. Verdaderamente analfabeto, ¡pero está presente el corazón!

Por supuesto, Burtsev tenía que estar allí. “¡Queridos camaradas! Me alegro de que su periódico aparezca. A partir de ahora, ¡es indispensable! La carta de Bourtsev termina con “la esperanza de que juntos seamos capaces de llevar a buen puerto [!] la solución de los problemas que Rusia tiene ante sí”. Nada que añadir, salvo unas veinte líneas de gímatías teóricas. Los éxitos en materia de sintaxis quedaron en la sombra.

(*Nache Slovo*, 8 de febrero de 1916.)

*Plejánov juzgando a Jvostov*

Sabemos que Jvostov apoya a Plejánov. ¡Pero este último no se deja ganar así como así! No quiere apoyar al otro. Todo el mal viene de la frase de Jvostov: “Trabajadores, fabricad armas, pero no os entretengáis con asuntos gubernamentales”. ¡Plejánov no está contento! “Qué cinismo tan espantoso en estas palabras” (*Prisiv*, número 19). Es “ben vrai” [muy cierto], como diría el mujik de Tolstoi. El cinismo es bastante visible. A pesar de la distancia a llegado a oídos de Plejánov... Cuenta que la reacción estaría encantada si los trabajadores obligaran a Gvovdiev y a sus partidarios a abandonar los Comités de la Industria de Guerra. ¿Pero qué? ¿Acaso no fue Jvostov quien recomendó la difusión del manifiesto de Plejánov? ¿No fue el mismo personaje quien ayudó a los Gvovdiev y compañía a romper la voluntad de los obreros de Petrogrado? No, no, hay algo que no marcha bien... Que Plejánov ayude silenciosamente a Jvostov a derrotar a los internacionalistas, es una cosa, pero que se solidarice con él, ¡es otra cosa! Además, no es necesario. Guchkov no lo hace, él que sería tan perjudicial para ambas partes. “Caminar por separado, golpear juntos” es el viejo principio estratégico que Plejánov aplica en esta nueva época para él, en la que ayuda a la reacción a derrotar a la revolución.

(*Nache Slovo*, 11 de febrero de 1916)

*Cervantes y Swift*

Han pasado trescientos años desde la muerte de Cervantes. Esto provoca muchos artículos en los periódicos de los bandos enfrentados. Se podría ver en ello la fuerza de las cuestiones culturales e históricas de la humanidad si... fuera posible. A Cervantes se le mira de forma casi muy parecida a los “altos” monumentos del arte; ahora se les

considera desde el siguiente punto de vista: ¿qué valen como observatorios, son lo suficientemente buenos para lograr una buena puntería?

El creador de *Don Quijote* ha sido movilizado en calidad de agitador de los periódicos de las potencias en guerra. Si los cristianos de ambos lados del conflicto llevan cascos en nombre del Salvador, ¿por qué los historiadores deberían carecer de motivos para ahorrárselo a Cervantes? Pero el asunto no se limita a la literatura histórica. El ministerio de asuntos exteriores alemán pasó una noche en vela “estudiando” las aventuras del Caballero de la Mancha, y al día siguiente convocó al corresponsal español para confiarle sus autorizadas impresiones sobre las cualidades superiores de la obra de Cervantes. El junker-diplomático es muy consciente de la importancia del factor subjetivo comparado con otros medios más materiales, y lo considera esencial para halagar la vanidad nacional del “orgulloso hidalgo”. Al enterarse de esta entrevista diplomático-literaria, la prensa francesa se puso verde de envidia. Entre los ministros “capaces” sin cartera (lo que no les molesta), hay algunos que tienen la suficiente memoria para aguantar una entrevista sobre Don Quijote...

Pero también deberían refrescar la memoria sobre el autor de Gulliver, Jonathan Swift, ese contemplador de la bajeza humana. El año que viene se cumplirán 250 años del nacimiento de Swift. Todos estos diplomáticos y ministros, tan doctos, saben que Swift luchó por los derechos de los irlandeses, que nació y murió en Dublín. Sería interesante saber si los cañones de Lloyd George demolieron las casas que habitó Swift. No nos atrevemos a decir que esto influirá en el lejano destino de la “Home Rule”, pero no dudamos de que el espíritu misántropo de Swift se sentirá a gusto en ella. ¡Hagan sus apuestas, señores!

“*La ley de la mecánica*”

La guerra de los Balcanes (también llamada liberadora) comenzó con el establecimiento de la censura; las bocas de fuego reciben la facultad de proclamar los inicios de la libertad, sólo cuando las bocas humanas están provistas de sólidas mordazas. El gobernador de Sofía (también Bulgaria lleva adelante la lucha de la civilización contra la barbarie) golpeó la mesa con su látigo, gritando al director del *Rabotchi Vestnik*: “Escribiré tu periódico sobre tu espalda...” Este gobernador es un muy conocido ladrón, lo que no le impide poner la “guerra liberadora” al margen de cualquier crítica socialista en particular y de cualquier esfuerzo del cerebro humano en general. Cuando uno ve que la prensa y la “opinión general” se inclinan ante la censura de los látigos, sólo puede mirar con recelo a la democracia cristiana. Así que hemos aprendido mucho. [Aquí veinte líneas censuradas...]

Si alguien en la prensa francesa lidera la lucha contra las “bocas amordazadas”, es Clemenceau. Se ve a sí mismo como un miembro de la corporación que está llamado a amordazar a los demás, y estalla en cólera cuando uno de los funcionarios que mañana estarán subordinados a él censura sus artículos. (Nota: es más fácil censurar que escribir.) Cuando Clemenceau está furioso, nada es sagrado para él. Cuando Viviani cerró *Golos*, aplicando los decretos de su propia censura, Clemenceau no se inmutó. No planteó ni una sola vez la cuestión de la censura en el senado, pues no deseaba que los parlamentarios le pusieran dificultades en el futuro. Pero no se puede negar que Clemenceau, *El hombre encadenado*, y que pretende encadenar a los demás, no lanzó unas cuantas advertencias bien merecidas en la cara de los poderosos de la época.<sup>74</sup>

“El pensamiento colectivo trabaja lentamente... los hombres están en el frente, los viejos y las mujeres están reducidos a la pasividad... Pero cuando lleguemos al final

<sup>74</sup> Clemenceau cambió el título de su periódico, *L'Homme libre* [El hombre libre], por el de *L'Homme enchaîné* [El hombre encadenado], a modo de protesta contra la censura, que en aquel período no le servía, sino que le era hostil.

de esta cruel guerra, habremos pasado por pruebas que habrán aumentado nuestra receptividad. ¿Quién puede predecir las formas que adoptará nuestra reacción a nuestros sufrimientos? Cuando nuestros héroes regresen, ¿no querrán primero conocer y juzgar? Madres, mujeres y niños contarán las víctimas, los muertos y los mutilados. ¡Será el momento de la concienciación y los amordazadores sólo tendrán que esconderse! Para entonces, algo sucederá en las trincheras. La acumulación de pensamientos, retenidos durante demasiado tiempo, exige una explicación a la luz del día. La ley de la mecánica nos enseña que la acción sucede a la reacción.”

Evidentemente, Clemenceau podía equivocarse al especular que la “ley de la mecánica” resolvería su principal problema: ¡tomar el poder! Pero al menos prevé el flujo catastrófico en las mentes de las masas y en esto radica su superioridad sobre muchos títeres políticos.

*Dos grandezas... la tercera aparte...*

En uno de sus artículos del *Prisiv*, Plejánov “degrada” a Grimm llamándole “Monsieur”, porque éste no reconoce la defensa de la patria, mientras que a Gustave Hervé le llama “camarada” por su viril rechazo a los viejos prejuicios del antipatriotismo. Así, en Francia, Hervé se convierte en camarada de Plejánov, al igual que Mussolini en Italia y Heydemann en Inglaterra, todos ellos tráfugas del partido. Sin embargo, hay un punto que no está claro: ¿quién es el camarada de Plejánov en Alemania? Es imposible que no haya un hombre en toda la socialdemocracia alemana que no posea los derechos de camarada al mismo nivel que Mussolini y Hervé. Es cierto que la mano derecha de Hyndemann, Adolphe Smith, cree que la [Segunda] Internacional debe limitarse a las “naciones libres”, excluyendo a los socialistas que viven bajo el yugo de los Hohenzollern: ¡a este “auténtico inglés” le conviene reivindicar a sus antepasados, igual que en Francia florece el parlamentarismo! ¿Pero qué pasa con los antepasados de Plejánov? ¿En qué han favorecido a la libertad? Se puede, por supuesto, establecer una noción de libertad tal que abarque a Tashkent y excluya a Berlín: pero el problema no es fácil y proclamemos la ingrata verdad. Si no excluimos a las naciones “no libres”, ¿a quién podemos llamar de Alemania para que se una a la cohorte de los camaradas de Plejánov? La respuesta más precisa la da el propio Hervé. En su serie de artículos de abril, hace recaer la responsabilidad de la guerra sobre la lucha de clases y aboga por el desarrollo salvador del auténtico nacionalsocialismo en Francia y Alemania. “La única forma de evitar esta espantosa guerra hubiera sido la transformación de la socialdemocracia en un partido nacionalsocialista, como quiere hacer Sudekum con el apoyo de la mayoría de los socialistas alemanes, él que es mil veces más inteligente y realista que Haase. Este partido debería haberse unido a los partidos burgueses de izquierda para establecer un régimen parlamentario...” (Victoire, número 93). Así, Hervé acaba de reconocer que su heredero espiritual en Alemania es Sudekum. Desde el momento en que Plejánov mira a Hervé como su emulador, se deduce que tenemos ante nosotros a dos “gigantes”, el tercero aparte. De ello se deduce que el heredero espiritual de Plejánov no es otro que Sudekum. Nuestros lectores saben que lo hemos adivinado. Ahora tenemos la confirmación matemática.

(*Nache Slovo*, 16 de marzo de 1916)

*¿Por qué no hemos mencionado a Plejánov?*

Tenemos algunos lectores atentos y han notado que en nuestra enumeración de los diversos republicanismos de *Prisiv*, hemos omitido a Plejánov. Esto no puede ser un error, dicen nuestros lectores. Hay una razón para ello. Avkxentiev, Bunakov y Gargunov comprometen el populismo, Plejánov escandaliza al marxismo. Es cierto que entre los “republicanos” que se encabitaron por el anuncio del viaje de Thomas a Rusia hay un tal Liubimov, “marxista”, pero que puede considerarse inofensivo porque no compromete a

nadie más que a sí mismo. Pero, he aquí la cuestión: ¿no se ha mencionado a Plejánov! Tampoco a Alexinsky. ¡Nuestro perspicaz corresponsal pilla entonces a *Nache Slovo* a punto de ocultar a Plejánov!

Pero vamos, ¡eso es pura idiotez!, grita otro lector. ¿Desde cuándo el periódico ha sido indulgente con los marxistas-patriotas? ¿Alguna vez protegió a Plejánov? Por el contrario, lo ha criticado constantemente.

Por supuesto, por supuesto, dice el perspicaz lector, pero de Avkxentiev está escrito que no inventó la pólvora, pero de Plejánov, ni una sola palabra. ¡Esto no es un error!

Sin embargo, aquí debemos intervenir nosotros. Es la pura verdad que hemos nombrado a unos y olvidado a otros, pero, ¡teníamos nuestros motivos! ¿Cómo decirlo?... más sencillo y más refinado de lo que nuestro perspicaz lector hace suponer.

En cuanto a Alexinsky, los comentarios largos son inútiles: por motivos tanto de salud como de literatura, intentamos nombrarlo lo menos posible. ¡Plejánov es otra historia! Cuando hemos hablado de la “confusión republicana”, tan demostrativamente presentada por los redactores de *Prisiv*, teníamos claro que en esta maniobra de Talleyrand-Liapkin, ¡Plejánov no pintaba nada! Al jefe espiritual de *Prisiv* le gusta cubrirse de vergüenza, pero *a su manera*. No le gusta compartir los remordimientos de la conciencia republicana: su “profesión” es la firmeza patriótica. Reclama el voto de los créditos de guerra por Sujomlinov y Jvostov, mientras que los compañeros de Avkxentiev son tímidos a la hora de hacerlo. Esto significa que Plejánov no puede ser “pillado” por el viaje de Thomas. Es como el ecónomo que, delante del inspector-controlador, se tragó la cucaracha encontrada en una barra de pan y dijo: “Es una grosella”. Plejánov se traga el viaje de Thomas.

Ahí radica todo el asunto. La crítica política, como muchas otras cosas en nuestra complicada vida, requiere diferencias. Si es esencial descubrir la unidad en la diversidad, en esa unidad hay que poder observar la diversidad. ¡Así es, perspicaz lector!

(*Nache Slovo*, 21 de marzo de 1916)

#### *El nuevo régimen de censura*

¿Se puede decir en Francia que la guerra provoca “la intoxicación del nacionalismo”? Ya se ha escrito cientos de veces. Nosotros también, y el censor lo recuerda a menudo y con firmeza. ¿Podemos decir que la CGT se resiente de intoxicación por el nacionalismo? Lo hemos repetido decenas de veces. De repente y de improviso se nos prohíbe hacerlo. ¿Qué ha pasado? *Le Temps*, al que se hubiera podido creer más generoso, habla de la necesidad de renovar la lucha política (en el caso la lucha contra el monarquismo), que en tiempos de guerra provoca una agitación incansable a favor de los “fantasmas del pasado”. ¿Podría decirse que la lucha entre el *Bonnet Rouge* y *Action Française* es el preludio de las batallas de una “concentración republicana” contra la reacción monárquica? Parecería que sí. Pero ayer se nos prohibió eso. ¿Qué pasó, Señor Censor?

(*Nache Slovo*, 14 de diciembre de 1916)



## V. Ecos de Rusia

### *¿Qué pasa con la democracia?*

La censura rusa obliga al liberalismo a expresar sentimientos patrióticos para celebrar la misión liberadora del ejército. Miliukov aprovechó hábilmente una entrevista para informar a la opinión pública europea de sus esperanzas y expectativas. La guerra tiene sus problemas: “Destrucción del militarismo” y “Fortalecimiento de los principios democráticos”. Lo hemos escuchado muchas veces y desde diferentes puntos de vista: pero solo tendrán plena confianza en la victoria de la democracia si, en su defensa, se eleva una voz desde las profundidades del patriotismo. Los acontecimientos demuestran que Inglaterra, que ha sido parlamentaria durante tanto tiempo, no dispone de recursos militares suficientes para librar una guerra liberadora en el continente. También es inútil confiar a la Francia republicana y a sus 40 millones de habitantes la reconstrucción de Europa. Por lo tanto, es tanto más reconfortante escuchar a Miliukov decirles que Rusia, con su inagotable grupo de hombres y a pesar de sus dificultades financieras, se ha puesto totalmente a trabajar: ¡“Destruir el marxismo” y “Defender los principios democráticos”! Esta guerra, librada por el Gran Duque Nicolás del lado ruso, es una “revolución colosal” contra el militarismo, por el nacionalismo, contra el imperialismo, por la democracia. No es fácil entender quién es el dueño de este programa: ¿Miliukov o el Gran Duque? Si es el Gran Duque, ¿qué necesidad hay de comunicar este programa... en italiano? Si es de Miliukov, ¿cómo puede ser aplicado por el ejército y la diplomacia? Sobre este punto, Miliukov se expresa de una manera incomprensible. “Después de esta terrible y sangrienta borrasca, los pueblos tendrán derecho a la paz y serán liberados de la carga insoportable de las armas”. No pensábamos que los derechos de los pueblos tuvieran que pasar por una “borrasca sangrienta”.

Pero esa no es la cuestión. Se trata de saber: ¿cuáles son las fuerzas capaces de hacer realidad este “Derecho”? Según nuestro hombre, las democracias victoriosas tienen el deber de desarmar no sólo a las naciones beligerantes, sino también a las neutrales. Debe ser, tal y como lo entendemos, Francia e Inglaterra. Pero, ¿qué hay de la autocracia? Está claro: ¡debe ser desarmada! El líder de los kadetes está llamando (¡de lo contrario no es comprensible!) a Francia e Inglaterra a desarmar al zarismo! He aquí un programa revolucionario presentado por nuestro liberal... ¡en italiano!

¿Cómo desarmarán las democracias al zarismo? ¡Misterio! ¡No podrán intentarlo con sus propias manos desnudas! Así que Miliukov está considerando una guerra para “defender el derecho” mencionado anteriormente. ¿No estamos equivocados en nuestras deducciones? ¿Miliukov cuenta a Rusia entre las democracias? ¿No sería el mismo método utilizado por Sobakievich para poner a Elisabeth Vorobia en la lista de almas masculinas muertas? ¿esta tradición sobalievichista se habría convertido en la base de todas las especulaciones liberales y patrióticas de Miliukov, tanto en italiano como en ruso? El travestido de Elisabeth Vorobia se reiría en sus barbas, si la naturaleza cruel no le hubiera privado, entre otros dones, ¡del de la ironía!

Miliukov todavía sentía que algo no estaba bien, y es posible que el entrevistador Magrini se lo hubiese señalado. El líder kadete se vio obligado a descender desde las perspectivas del pacifismo internacional y la democracia hasta las insuficiencias que

prevalecen a nivel nacional. “En vísperas de la guerra”, reconoció, “la gente estaba descontenta, y se expresó con gran energía... Las calles fueron escenario de grandes desórdenes, hubo muchas e importantes huelgas”. ¿Están bien definidas las razones de esta insatisfacción? Miliukov no decide. Pero dice, y con cierta justificación: “*Toda la insatisfacción acumulada en Rusia contra la burocracia encontró su salida contra Alemania*”. En otras palabras, Miliukov reconoce que la guerra ha hecho un inmenso servicio a la reacción, liberándola del peligro interior para engañar el descontento popular. Digamos más brevemente que la reacción ha engañado al pueblo. No todo el pueblo, es verdad. Conocemos la conducta de los diputados, los sindicalistas, las proclamaciones ilegales, la respuesta a Vandervelde, las prohibiciones de las conferencias socialdemócratas. Nuestro *Golos* no nació por azar. Representa la mentalidad de una gran parte del pueblo. ¿Por quién se preocupa Miliukov? ¿Por los que engañan o por los que quieren disipar las mentiras? Representa a aquellos que quieren ser engañados para mantener la posibilidad de ayudar a engañar. ¡He ahí en qué consiste el papel histórico muy modesto del liberalismo ruso!

Su líder, en el cumplimiento de su misión, asegura a los italianos que “el gobierno ruso, después de la guerra, estará obligado a llevar a cabo reformas democráticas”. “El aliado de Francia e Inglaterra, la nación rusa, está librando una guerra en defensa de los principios democráticos. ¿Cómo no iban a mantenerse al final de las hostilidades?” Absolutamente cierto. Un gobierno que defiende los principios democráticos a través de la guerra debe aplicarlos dentro del país. ¡Pero aquí es donde descubrimos la mentira desvergonzada e inconcebible! ¿Cómo podría el zarismo hacer la guerra en defensa de los “principios democráticos”? La conquista de Galicia, Persia, Armenia, Constantinopla y los estrechos sólo puede servir al capitalismo: ¡sin duda! Pero sobre estos cimientos sólo puede prosperar el imperialismo guerrero, no la democracia, y el primero resolverá con la espada todos los problemas de los Balcanes, el sur de Asia y el Lejano Oriente.

El cheque en blanco de Miliukov expedido para un futuro incierto no convenció al entrevistador italiano. Le interesaban los asuntos de actualidad. ¿Qué está pasando en Polonia, Finlandia, el Cáucaso y entre los judíos? Pero entonces, el líder liberal de repente se volvió menos elocuente. “Es probable que Polonia reciba la autonomía prometida.” “Nosotros” intervendremos a favor de la autonomía de Finlandia, donde en el pasado se utilizaban métodos que el propio Plehve temía”. “Es posible que el Cáucaso pueda llegar a ser autónomo. ¿Los judíos? Es lamentable que entre las tropas polacas haya una propaganda antisemita violenta. Los judíos son acusados de espionaje...” ¡Y esto es por las arras pagadas a la democracia!

¡Pero esa no es la única cuenta a pagar! Miliukov mantiene un activo. “La mayor victoria sobre los alemanes fue la supresión de la embriaguez.” ¿Qué hacen los alemanes ahí? ¿Una alusión al conde Von Witte, padre del monopolio del vino y líder del partido germanófilo? Nada de esto. En esta frase, ni mucho comentario ni tampoco pensamiento. Uno de los problemas de la guerra es dirigir el descontento popular contra la democracia hacia un único objetivo: Alemania. El liberalismo ruso se ha comprometido a llevar a cabo esta misión. Por lo tanto, debemos tirar por la borda, como un lastre incómodo, todas las “verdades de cinco centavos” que empujan a los liberales a una cruzada contra el alcohol: no lograremos nada con simples prohibiciones, debemos elevar el nivel cultural de las masas, debemos desarrollar la iniciativa entre el pueblo, etc., etc., etc. Se apuesta a que el entrevistador italiano no adivinará que el obrero ruso está bebiendo alcohol desnaturalizado en la actualidad.

Todavía no hemos agotado toda la sustancia de la entrevista, pero no estamos seguros a qué nivel político es apropiado mantener al lector. Esta época maldita será considerada por el futuro historiador como una época no sólo de ferocidad y salvajismo,

sino también de estupidez e hipocresía. Estos dos últimos rasgos no son fortuitos; entre ellos está la diferencia característica entre la guerra y todo lo que la cultura ha creado.

Invadidos por una barbarie repulsiva, individuos y naciones aplican estúpida e hipócritamente el conocimiento y la terminología de la cultura para participar en saqueos sangrientos y masacres masivas. El liberalismo ruso no es una excepción, sólo que su posición es difícil. Como la naturaleza histórica del zarismo se manifiesta con una crueldad incomparable tanto en Lemberg como en Petrogrado, el liberalismo en su trabajo apologético debe utilizar dos “sustancias ideológicas”: la hipocresía y la estupidez. Miliukov nos dice que tenemos a nuestro servicio a un famoso bandido que antes solía quemar los pies de los demócratas encarcelados: ahora ejerce su talento en Lemberg con velas que se han convertido en llamas de la democracia. Las personas tienen derecho a la paz, a la libertad y a estar libres de militarismo. Nuestro bandido les dará todo esto, él, el asesino de masas inscrito en las listas democráticas.

(*Goloss*, 10 de octubre de 1914)

### ***Los monárquicos de Petrogrado y la República Francesa***

El Estado Mayor de la Armada concluyó recientemente en su boletín *Morsky Sbornik* que “ya no existe una república en Francia”. Y, además, “los ministros son juguetes en manos de los diputados”. Y lo que es más bello aún: “la cámara no goza de una reputación impecable”. ¡Vaya! Pero este no es el final de esta cortés paradoja que un autor satírico no habría imaginado si no hubiera reunido los talentos de Saltykov y Paul-Louis Courier. Nuestro estado mayor no sólo está dando lecciones a los parlamentarios franceses, sino que les está mostrando el nuevo camino que deben tomar, y esto, imperiosamente: ¡la república debe volver a Dios! y cambiar su forma de gobierno: los “grotescos tiranos” del parlamentarismo deben transformarse en una monarquía no ridícula.

No tenemos la vocación de defender la república, de “lavarla”, sobre todo porque tiene suficientes defensores. Bajo ninguna circunstancia queremos negar el derecho del Estado Mayor de la Marina a crear disturbios para cambiar la forma del régimen en Francia, para pasar de Poincaré al Duque de Orleans. Tampoco queremos resolver la cuestión: ¿hasta qué punto está fuera de lugar el tono altivo y descarado con el que se habla en el parlamento francés? Pero nos gustaría simplemente preguntar: ¿es posible en Francia agitar tan libremente la cuestión de la monarquía rusa como se permite ésta a sí misma frente a la república? Nuestra experiencia con la prensa rusa en París nos hace responder: ¡es imposible! Eso no es todo. La censura acaba de tachar el artículo de cabecera.

Nos prohíben publicar un artículo necrológico (de hecho, no tan respetuoso) sobre el conde Witte. Al mismo tiempo, ¡en Rusia se publica un obituario “asesino” de un parlamentario vivo! ¿Dónde se publica? No en un periódico independiente como el nuestro, del que la república no es en absoluto responsable, sino en un diario oficial a expensas del gobierno ruso, del que, y es bien sabido, los luses de oro republicanos no ocupan el último lugar. No hay necesidad de examinar esta paradoja desde otros ángulos, ¡siempre volveremos al mismo punto! Lo que nos entristece son las conclusiones políticas. Pero seremos más breves, e incluso más modestos. Las ataduras de la censura no pueden llevarnos a admitir una democratización de la influencia francesa en Rusia. Pero no nos hacen partidarios del Duque de Orleans. Estamos lejos de exigir “alacranes censuradores” para los monárquicos y bonapartistas de Petrogrado, ¡tanto por tierra como por mar! Pero queremos responder a este ataque a la soberanía del pueblo francés. Con su permiso, Sr. Censor, he aquí un eslogan que suena bien, y también en ruso: “¡Viva la República!”

(*Nache Slovo*, 25 de marzo de 1915)

### ***¡Hagan juego, señores!***

El 29 de enero, el Consejo Imperial celebró una reunión de cumbres burocráticas, capitalistas y nobles, para discutir objetivos económicos, tal vez para apoyar la moral patriótica. La guerra, de hecho, ha fortalecido “el mecanismo constitucional, no sólo en Rusia. Los partidos populares se han dejado encadenar voluntariamente con las cadenas de la “Unión Sagrada” o, como entre nosotros, se encadenaron para apoyar al partido de la mayoría parlamentaria. El poder ha quedado liberado de todo control, incluso de la más mínima crítica, y se interpone como mecanismo de transmisión entre el pueblo y la exigente guerra. Al igual que con la movilización, todas las regulaciones y horarios ferroviarios se ven alterados, y el poder, particularmente en Rusia, está alterando todas las normas habituales, con un solo objetivo en mente: ¿cómo beneficiarse lo más posible y lo más rápidamente posible de la generación contemporánea?

De la misma manera que la alteración de los calendarios conduce a la confusión, el gobierno de guerra aumenta sus esfuerzos febriles, y cuanto más tiempo continúa la guerra, más conduce al estancamiento. El cambio en el monopolio del aguardiente, presentado como una medida heroica, equivale a un juego para la vieja burocracia: ¡Hagan juego! Mil millones más o menos, ¿no es lo mismo? Pero cuanto más imperativa es la guerra, cuanto más miran los gobiernos el fondo de sus ahorros, más deben preguntarse las clases dirigentes: ¿sabe la burocracia a dónde va, a dónde conduce a la nación? La conferencia económica decidida por el Consejo Imperial es el resultado de todos estos nervios. Los ministros acudieron a la conferencia “para un intercambio de puntos de vista” con los representantes de los “intereses reales”, Von Ditmar y Avdakov, y los de la “razón de estado” en la persona de burócratas jubilados. En cualquier caso, ¡este comité de salvación pública no habrá durado mucho tiempo! La primera sesión tuvo lugar el 29 de enero y el 29 de abril la conferencia fue clausurada inesperadamente. Compartir la responsabilidad con pilares del orden como los miembros del Consejo del Imperio era más de lo que la enfermiza timidez del gobierno podía soportar. Era como la Susana de la Biblia, ¡“no tenía fuerzas suficientes para resistirse a los ojos de los honorables exconsejeros secretos del antiguo régimen”! Nuestra nueva Susana, cuya moral, como la de la esposa de César, está más allá de toda sospecha, se ha encerrado rabiosamente en su albornoz, ¡cuyos costados han tocado tantas narices tan altas! El principio: ¡Hagan juego! no sufre ninguna limitación. Esa es la moraleja de este juego, esta broma de abril, hecha por el régimen.... pero a costa de sí mismo.

(*Nache Slovo*, 29 de abril de 1915)

### ***¡El primer paso ya está dado!***

Los partidos presentes en la Duma exigieron un ministerio de coalición según las mejores recetas parlamentarias y, de hecho, se abrió una era de profundas reformas internas. Maklakov, ministro del interior, fue jubilado. Cherbatov le sustituyó. ¿Quién es Maklakov? Todo el mundo sabe lo suficiente. Comenzó su carrera en provincias, donde, en las alfombras del gobernador, imitaba maravillosamente a la pantera. Se dice que, en ciertas solemnidades, imitaba a la perfección el canto del gallo y al ama de casa desgranando guisantes. Esto decidió sus destinos y los de Rusia durante unos años. El hombre del canto del gallo obligó a toda una población a utilizar una voz distinta de la suya. Se ha jubilado. Cherbatov le ha sustituido. ¿Sabe usted algo de él? ¿No? Nosotros tampoco. Nadie lo sabe. Eso no le impide presidir los destinos de Rusia. Sólo se sabe una cosa, pero está confirmada: era director de una escuela de equitación. A menos que seas un misántropo, esto es una garantía de liberalismo. Los caballos, sobre todo los de raza,

requieren una alimentación y unos cuidados impecables y no toleran ningún régimen de exclusión. ¡Por eso nuestro “poder histórico” se vio llamado a solicitar el apoyo de los reformadores caballunos! La pregunta es: ¿conservará Cherbatov sus sentimientos humanos cuando se traslade de un establo al enorme, pero “humano”, establo llamado Rusia? No se puede adivinar, a menos que uno pueda leer en el poso del café.

¡Nos gustaría tanto ser optimistas! Pero el nombramiento del nuevo jefe de prensa es un poco confuso. ¡Katenin! ¿Ha oído usted hablar de él? Nosotros tampoco. ¿Por qué fue nombrado? Ni él mismo lo sabe. ¿Su programa? “¿Le interesa mi programa?”, preguntó Katenin al corresponsal de *Russkoie Slovo* con gran asombro, “pero no tengo programa, no sé nada de asuntos de prensa”. El antiguo gobernador de Kurtsk seguía, por supuesto, el diario de Márkov, pero con aburrimiento. No logra interesarse por la prensa. Pero eso no es nada...

Él, Katenin, examinará el caso y, he aquí, decidirá algo... Sean cuales sean los principios rectores de Katenin, esto es lo que debería guiarle: “la prensa se divide en dos: la honorable y la otra”. Defenderá a la primera, a la otra, bueno, reconozcámoslo, no podrá hacerlo. Así lo ha explicado el nuevo funcionario al representante del diario *Informations boursières*. Pero, ¿cómo distinguir la buena prensa de la mala? Nada más sencillo. Se necesita “imparcialidad”. Como nunca anteriormente ha tratado con la prensa, no tiene prejuicios.

“Pero si quieren saberlo todo”, prosigue el recién ascendido, “bueno, trataré a la prensa como ella me trate a mí”. El lector no puede creer lo que ven sus ojos. ¡Es un ingenuo! Nosotros tampoco podíamos creer lo que veíamos y... nos arrepentimos, somos unos ingenuos. He aquí las palabras exactas de Katenin: “Las relaciones entre la prensa y yo dependerán de las relaciones entre la prensa y yo.” (*Russkoie Slovo*, número 117.)

Observemos con amargura que Katenin no pasó por una buena escuela ecuestre. Ningún funcionario, cuyo destino le haya convertido en director de picadero, podría expresarse así: “Mi comportamiento hacia los purasangres dependerá únicamente de su comportamiento hacia mí.” Al contrario, cualquiera diría que los trataré según las exigencias de la naturaleza equina. La prensa es otra cosa. Es inútil conocer la naturaleza de la prensa. Hay que ignorar los prejuicios y hacer una buena digestión. El resto vendrá solo.

Todavía no existe un gobierno de coalición de la verdad. Pero el primer paso ya está dado. Para crearlo, se ha recurrido a dos “nuevos” personajes, dos valores inusuales: uno es un especialista de la alta escuela, el otro sólo necesita unas prácticas en un establo para perfeccionar sus conocimientos de gobierno.

(*Nache Slovo*, 24 de junio de 1915)

### ***La política de “retaguardia”***

Con la indigencia de espíritu del ostiako, cuya canción apenas tiene cinco o seis letras, la prensa rusa nos habla cada día de “la movilización de la industria” y “la organización de las fuerzas colectivas”. El motor de esta organización y movilización sería el Comité de Guerra, cuya característica actual es la vaguedad de las cuestiones que deben resolverse con carácter prioritario. Se discute sobre la pertenencia al ministerio de guerra o se hace de él un Comité Supremo de Salvación Pública. Pero todos parecen estar de acuerdo en un punto: toda esta movilización está dirigida contra el “enemigo interno”, es la política de la “retaguardia”. A pesar de que la prensa burguesa dé señales de vida, permanecerá en terreno patriótico mientras la movilización de todas las fuerzas no se transforme en la noción más real de “defensa nacional”, de tal manera que se pueda argumentar que Guchkov y Miliukov habrían cometido plagio en detrimento de Plejánov

si la posición adoptada por él no fuera la prueba lamentable de que se inspiró en los otros dos.

La movilización de la industria incluye su adaptación a los imperativos de la guerra, es decir, la posibilidad de proporcionar al ejército más munición y más suministros. Se ha tomado como ejemplo a Inglaterra. Pero hemos hecho la vista gorda ante el hecho de que, en Gran Bretaña, se trata de la conversión de toda una organización capitalista y de toda una maquinaria de gobierno adaptada a las necesidades de la guerra, aunque está funcionando mucho más lentamente de lo esperado. En nuestro país se trata de improvisaciones, de nuevas líneas ferroviarias, de nuevas fábricas, de nuevos cuadros técnicos, lo que implica un “salto adelante”... Todo esto bajo el fuego alemán... Es una utopía pura.

El gobierno lo sabe mejor que nadie, él, que ha cargado tanto el carro del poder. Para él, se trata en realidad de transferir la responsabilidad directa a los hombros de las clases poseedoras, que ya habían asumido antes la responsabilidad política. Sin embargo, y sin demasiada fuerza, no piden poder, sino un enfoque más centrado en las fuentes financieras, políticas y administrativas. El poder no promete nada, pero no rechaza categóricamente. Una simulación real, como en el clásico cuadro *Primavera* del difunto Sviatopol-Mirsky. A las desdeñosas miradas del poder responden los tímidos gestos de los suplicantes, el coro de prensa entona la canción *Confianza*; en una palabra, todo el estúpido e hipócrita ritual que hemos conocido bien tiene lugar, como si no hubiera habido ningún 9 de enero de 1905, como si no hubiera habido el intento de dos dumas y el del 3 de julio de 1907, como si no fueran los mismos protagonistas, en la vejez, habiendo perdido sus últimos dientes en los últimos diez años.

El Comité de Defensa Nacional debe estar en el centro de la unión del poder con el pueblo y ser el motor de la movilización nacional contra el enemigo interno. Pero entonces, ¿qué papel juega el gobierno? Él es quien, en el sentido mismo de la palabra, debería “ser la Comisión de Defensa Nacional”. Lo que quiere es depositar gran parte de la responsabilidad y seguir siendo el intermediario burocrático del *Poder*. Todos los rumores sobre la entrada en el gobierno de los hermanos Guchkov, de Volkonsky, son prematuros. La purificación de Galicia no es suficiente para limpiar la burocracia. El caso se reduce a nombramientos en las comisiones. Pero si la burocracia no se apresura a aclarar las cosas, los “intervinientes” no se apresuran a ocupar los puestos. La prensa de izquierda “no partidista” acusa a Miliukov de blandura en sus llamamientos a la convocatoria de la дума y a la creación de una Comité de Defensa Nacional. Pero, ¿qué encontraría en la дума? No debería poner el poder en el banquillo, sino resignarse a ser puesto él. Menos aún podría actuar en el Comité de Guerra: habiendo aceptado la responsabilidad de “organizar la defensa”, el partido kadete le ha quitado su última oportunidad de influir en la oposición. La socialdemocracia es tan impotente para rechazar “en la retaguardia” a Nicolas Nicolaievich como a su homólogo Hindenburg, porque ambos han cerrado las puertas de los gobiernos en las narices de los partidos nacional-liberales. Esta terrible “crítica de las armas” no puede ir más allá del arma en sí, es decir, de los medios técnicos de guerra del régimen ruso. La crítica moral y material pertenece cada vez más al proletariado.

(*Nache Slovo*, 22 de julio de 1915)

### ***La Asamblea del desconcierto y la impotencia***

Desde que en Rusia se inició la llamada “movilización general”, caracterizada por una total incoherencia de objetivos y métodos, los esfuerzos por el predominio del control parlamentario (como se practica entre nuestros aliados democráticos) se han visto reflejados en los periódicos de la prensa liberal. Pero la perfidia del desarrollo histórico

significa que, al mismo tiempo, este control parlamentario se está viendo gravemente afectado en Francia. No sólo el senador Imbert y Clemenceau, sino también el propio Hervé, recomiendan encarecidamente que la democracia se inspire en los altos ejemplos de Bobrinsky y Savenko para hacer triunfar la voluntad nacional sobre la inercia burocrática.

Para confundir mejor este asunto, el liberalismo ruso se priva del derecho a interpelar al gobierno. Como la responsabilidad de este último no está comprometida, el control parlamentario ya no responde a nada. Por otro lado, los radicales franceses quieren poner en práctica los métodos de la Duma del 3 de junio, pero al mismo tiempo, ¡están llamando a las tradiciones revolucionarias y al Comité de Salvación Pública! No sólo hay una terrible confusión en la comprensión del significado de la historia, sino también una lección política para aquellos que no tienen motivos para ignorarla o desfigurarla. La democracia burguesa francesa es la heredera del régimen parlamentario de la Gran Revolución [Francesa], y su evocación constante forma parte de la fraseología republicana oficial. Pero el desarrollo histórico ha bloqueado definitivamente el impulso social de la democracia. El imperialismo no puede componérselas con esa democracia. Como es el más fuerte, la barre. Teóricamente, las elecciones forman el parlamento que, a su vez, forma el gobierno; pero este último cae bajo el control de los bancos, las relaciones internacionales secretas y cumple con las treinta y seis voluntades del capitalismo. El “jacobino” Clemenceau sabe muy bien que es utópico querer subordinar el imperialismo militarista a la democracia, pero quiere preservar algunos fragmentos de ella y quiere utilizar la maquinaria parlamentaria para luchar contra los excesos del militarismo...: mientras él, Clemenceau, no esté en el poder.

Pero, en resumidas cuentas, en vista del resultado del legado de 1792, no hay nada que pueda parecer extraño a nuestros parlamentarios del 3 de junio. Son como el padre Mitya y el padre Minia que, saltando de un caballo a otro, intentan sacar de la encrucijada al carro del estado, profundamente hundido en el fango.

El imperialismo ruso nació demasiado pronto, o fueron nuestros parlamentarios los que llegaron demasiado tarde. La gente del 3 de junio no tiene antepasados revolucionarios. Nuestros imperialistas no pueden ocultar su apetito bajo las tradiciones revolucionarias y los vanos adornos de la llamada soberanía popular. Debido a la culpa de sus antepasados, la gente del 3 de junio debe actuar sin experiencia ancestral. Miliukov ha esperado siete años en las escalinatas de la comisión gubernamental, lo que no le ha impedido disimularse, junto con todo el militarismo ruso, a toda la población. Guchkov ha estado cinco años en la misma comisión y no ha podido hacer nada para reprimir los abusos de la intendencia. Cada uno de estos “representantes del pueblo” preparó la guerra actual y a Rusia para la guerra. Por eso Miliukov se envalentonó hasta el punto de expresar que los jacobinos pensaban que el ministro de guerra que engañó a la duma (que deseaba ser engañada) debía ser juzgado; por eso Riga y Wilna tuvieron que ser evacuadas para alimentar las esperanzas de que Guchkov, en el papel de un Carnot del 3 de junio, se hiciera cargo de la fabricación de municiones. Imperialistas hasta la médula ósea, querían “victorias” como la conquista de Galicia, Armenia y Constantinopla e incluso la Península Balcánica. Pero los antepasados, que no les transmitieron las tradiciones del parlamentarismo, tampoco les legaron el arte de lograr victorias. Rechazando el poder y la responsabilidad en el gobierno, la gente del 3 de junio ha atraído sobre ella la derrota. ¡Mejor derrotas militares que revolución! Es cierto que han encontrado en Kerensky al radical patrio-revolucionario que quiere hacer que la victoria y el cambio revolucionario vayan de la mano. Pero dos o tres impulsos oratorios no son suficientes para ocultar la insuficiencia de su posición. Si las clases interesadas en la victoria temen más a la revolución que a la derrota, la clase que resulta ser la fuerza básica de la revolución

vincula el destino de la democracia no al de las armas, sino al de la lucha del proletariado internacional. Para completar a Kerensky, apareció en la duma un tal Mankov, excluido de la facción socialdemócrata. Si Miliukov nos recuerda a Clemenceau, Mankov es la traducción de Sembat, en la lengua de Siberia Oriental, por no decir de San Remo. [Plejánov residió en San Remo.]

Si Clemenceau, este hombre astuto, se refiere a la energía de una Cuarta Duma, Mankov, este simplón, apela a los socialistas anglo-franceses que luchan contra el imperialismo germánico. Pero, ¡ay! sus antepasados no transmitieron a Mankov el significado de las reformas democráticas detrás de las cuales él podría haber ocultado el carácter imperialista de la guerra. Por lo tanto, Mankov no es sólo un miembro del socialnacionalismo del Lejano Oriente, sino que es su patética caricatura. ¡Una asamblea de desconcierto e impotencia!, eso es lo que muestra la sesión de la nueva duma. El desconcierto de los líderes puede provenir de grandes acontecimientos. Sin embargo, para que los acontecimientos de mayor envergadura produzcan mayores resultados en el desarrollo del país, este desconcierto debe ser afrontado con la determinación y la fuerza de los dirigidos y engañados.

(*Nache Slovo*, 18 de agosto de 1915)

### ***Catástrofe militar y perspectivas políticas***

#### *1. Las causas de la crisis*

Ahora, mientras que la evacuación de los ejércitos rusos de Galicia, Polonia y la costa báltica está cambiando profundamente el mapa de las operaciones militares, la censura francesa nos da la oportunidad de “mirar” las causas de esta retirada. Cabe señalar que, a pesar de carecer del don de la profecía, habíamos previsto este desastre, mientras que la prensa francesa hablaba de la próxima entrada de los cosacos en Berlín.

Pero nos vimos obligados a guardar silencio: el privilegio de hablar libremente estaba reservado para los que no tenían planes y no entendían nada.

Las derrotas rusas se debieron a la falta de armas y municiones. Pero, ¿de dónde viene esta deficiencia? Se nos dice: Rusia, como los Aliados, no se preparaba para la agresión. Pero, ¿para qué Rusia mantiene un ejército de un millón y medio de hombres? Respuesta: para la defensa. Pero, ¿no podemos prepararnos, como debemos hacerlo, para defendernos? No tenemos ninguna duda, ni por un minuto, de la mala voluntad de Alemania. Pero nos negamos a tomar por buena voluntad la incompetencia militar de los Sujomlínov y consortes... Hervé, que tanto despreciaba la cultura alemana y gritaba: “¡Viva el zar!”, ahora reconoce que el ejército alemán tiene una enorme superioridad “moral y material” sobre las tropas rusas. Es sólo la falta de munición, causada por el descuido del ministro de la guerra.

Los éxitos militares alemanes pueden explicarse en última instancia por el poder de una organización capitalista. La técnica de la guerra es sólo una aplicación de la técnica general en el campo de la destrucción de pueblos. Es cierto que la organización militar es el punto de menor resistencia en el proceso de modernización de los países atrasados: todos los gobiernos, independientemente de las condiciones económicas, se esfuerzan en alcanzar el mismo nivel en términos militares. Pero la dependencia de la tecnología militar del desarrollo tecnológico general sigue siendo decisiva. No basta con tener armas del último modelo: es necesario poder suministrarlas continuamente, aumentar su número y poder alimentar sus cañones con tantos proyectiles como sea posible. La industria alemana, sobre todo en el campo de la industria pesada (un factor decisivo para el militarismo), gracias a su creación relativamente reciente, se racionaliza y se libera de la rutina, siempre y cuando esto pueda tener lugar en el campo de la propiedad capitalista: por lo tanto, se garantiza una alta productividad. Alemania, una poderosa nación



*industrializada*, se opone a la Rusia agrícola y a su enorme población. La primera, con su industria *altamente centralizada*, se enfrenta a Francia, que todavía se encuentra en la fase de las *medianas y pequeñas industrias*. Alemania, un país de métodos modernos y racionalizados, está luchando contra Inglaterra, país con técnicas *conservadoras*. Esta es la base de la fuerza militar alemana, con Austria y Turquía a la zaga.

La industria pesada rusa ocupa sin duda un lugar importante en la vida económica de la nación. Pero está limitada por las barreras arancelarias. No duda en privar periódicamente al país de carbón. Su ideal es “la nacionalización del crédito”, acostumbrada a alimentarse sin control de los recursos del estado, está tan invadida por el parasitismo que es inútil esperar resultados repentinos y milagrosos de ella, como se esperaba de la “movilización de la industria”. No en vano, Guchkov, que sabe muy bien a qué se enfrenta (el sueño del cangrejo de río en invierno), advierte al aparato industrial de la guerra contra un optimismo infundado.

Así como el hombre es la fuerza suprema de la producción, de él dependen los resultados de la guerra. ¿Qué representa el ejército ruso si observamos su contenido humano? Plejánov escribió en su folleto que los ejércitos rusos están compuestos de leones comandados por... no leones. No tenemos la oportunidad de explicar... quién está a cargo, dejando esta tarea a la apreciación del lector. Pero, ¿cómo podemos imaginar este rasgo “leonino” de las masas campesinas que componen el ejército ruso y su gran mayoría? ¿Significa esto que el pueblo ruso es superior a los demás por su fondo *racial*, o que el campesino ruso ha pasado por una escuela histórica de heroísmo? ¿Se refiere Plejánov a la capacidad de morir de hambre, pudrirse y morir? ¿Qué sentido tiene la primera mitad de la cita? Nosotros respondemos: ninguno. Es una de esas cobardías que inevitablemente alimentan el patriotismo social y más aún el ruso.

La concepción marxista elemental debe llevarnos a concluir que el elemento valioso de un ejército contemporáneo es el proletariado de la industria. Cuanto más importante es la tecnología en la industria militar, más valioso es el trabajador vinculado a esta tecnología. Pero a pesar de su importancia social y política, el proletariado en Rusia representa sólo una pequeña parte de la población. Sigue siendo profundamente hostil a los objetivos para los que ha sido movilizado por el zarismo. El servicio militar y el derecho al voto separan automáticamente las correlaciones numéricas de los grupos sociales de la nación. En el ejército ruso, el campesinado aplasta a los trabajadores urbanos con números, especialmente porque muchos de ellos, altamente cualificados, han permanecido en fábricas de guerra. La enorme superioridad numérica de los campesinos sólo puede reducir el nivel militar del ejército.

Esta situación se debe al carácter históricamente fuerte del campesino ruso. El pequeño terrateniente francés, que emergió de la Revolución [Francesa] y se apoderó de las tierras de la monarquía y la nobleza, pasando por la escuela del parlamentarismo, se está acercando al tipo cultural de las ciudades. El campesino ruso, en cambio, está lejos de eso: enredado en una red de desigualdades, no es ni dueño de la tierra ni del poder. La Revolución de 1905 intentó concienciarlo y despertarle el deseo de participar en una vida histórica. El intento dejó su marca. Por su parte, y no sin éxito, la contrarrevolución trató de minimizar la educación revolucionaria en el campo. Las generaciones que forman las filas del ejército no han conocido las nuevas escuelas, sino las expediciones de represión. Tras ellos, contamos millones de alogénicos. No tenemos ninguna duda de que los parlamentarios burgueses en su entusiasmo patriótico dependían de ellos, ¡pero el despreciable sistema de leyes de emergencia, complementado por pogromos, no es muy capaz de conferir cualidades de “león” a esta masa de no nativos que no tienen derecho a ser representados en un país que están llamados a defender!

¿Qué pasa con esos “no leones” que mandan en el ejército? Sólo diremos, y eso será suficiente, que el cuerpo de oficiales, especialmente en las esferas superiores, es un reflejo de los círculos de hombres del 3 de junio. Reclutando a partir de los mismos antecedentes, el mando superior y la alta burocracia son culturalmente y moralmente similares. Esto no requiere mayor explicación. Las razones de las derrotas rusas tienen raíces mucho más profundas que la falta de proyectiles. En 1890, Engels escribió sobre el zar: “El zarismo hizo la guerra con sus propios medios sólo contra las naciones decididamente más débiles.” Desde la publicación de estas líneas, la vida económica y social de Rusia ha experimentado grandes cambios. Esos cambios encontraron su expresión en la Revolución de 1905. Pero la burguesía francesa ayudó a Rusia a competir con la revolución. Rusia estaba formada por una camarilla de burócratas. Sobre esta base se fortaleció el imperialismo ruso y se desarrolló el militarismo. Esta última es juzgada definitivamente por las actuales operaciones militares. Si bien esto puede conducir a cambios en Rusia como en otros frentes, el papel de Rusia ya está definido. La revolución aplastada se vengó. La historia ha trazado una línea sobre este imperialismo agresivo que ha reunido bajo su bandera a los partidos de las clases poseedoras, y que se ha ganado la “conciencia” de la intelligentsia. Esta característica debe engendrar un desarrollo político en el seno del país.

## 2. Derrotas y Revolución

La guerra conduce a un examen de la sociedad de clases: pone a prueba la fuerza de sus fundamentos materiales, la fuerza de los vínculos entre las clases, la firmeza y la flexibilidad de la organización del gobierno. En este sentido, se puede argumentar que la *victoria* fortalece la autoridad del poder. Por el contrario, la *derrota* compromete y debilita el poder.

Ningún socialdemócrata con sentido común ha dudado nunca de que Rusia, dominada por la contrarrevolución triunfante y el imperialismo, sacaría a la luz sus deficiencias sociales y gubernamentales durante la guerra. Nuestro partido estaba *contra* la guerra. No se nos ocurrió vincular nuestras esperanzas con los fracasos del zarismo, de los que nunca habíamos dudado. No es porque nos sintiéramos “moralmente obligados”, como los socialpatriotas, a interesar a la clase revolucionaria en la caída del poder. Tampoco estamos de acuerdo con las opiniones de los “humanitarios” que deploran los horrores inevitablemente vinculados a la guerra. La vida “normal” de la sociedad durante miles de años ha estado hecha de horrores similares. La guerra sólo los concentra: y si el camino más seguro de la revolución liberadora debe pasar por la guerra, la socialdemocracia revolucionaria no dudará en tomarlo, al igual que el cirujano que no rechaza el uso del bisturí, si lo considera indispensable, sin retroceder ante la sangre y el sufrimiento.

Aunque nos negamos a especular sobre la guerra, no fueron razones nacionales o humanitarias las que nos detuvieron, sino concepciones político-revolucionarias, tanto internacionales como nacionales.

Si la derrota sacude al gobierno derrotado, la victoria fortalece al victorioso. No conocemos ningún país de Europa en el que el proletariado esté interesado en una victoria o una derrota. No negamos a Rusia el papel de una nación cuyos intereses no están vinculados al desarrollo de otros países. Pero, ¿merece la pena centrarse en esta cuestión, que ya está suficientemente explicada en nuestra revista? Incluso sin entrar en el estrecho marco de las perspectivas de desarrollo nacional, la socialdemocracia rusa no puede vincular sus planes políticos con el resultado producido por una catástrofe militar. Las derrotas sólo pueden convertirse en un factor de desarrollo si existen, en el marco de las nuevas clases históricas, elementos capaces de promoverlo. En estas condiciones, las reformas elaboradas desde arriba impulsan el desarrollo de las clases progresistas.

Pero la guerra está demasiado llena de contradicciones, un factor de desarrollo histórico demasiado dudoso para que el partido revolucionario, confiado en su futuro y sintiendo bajo sus pies la sólida base de las clases, pueda ver la derrota como el camino hacia el éxito político. La derrota desorganiza a la reacción, pero también a las masas trabajadoras. La guerra no es un apoyo tal que la revolución pueda esperar mantener el control de ella. No se puede disponer de ella a voluntad y hacerla desaparecer tan pronto como “haya dado el impulso indispensable”.

La revolución resultante de la derrota hereda sólo una vida económica destruida, unas finanzas exangües y unas relaciones internacionales desfavorables. Si la socialdemocracia rusa siempre ha sido profundamente hostil a la idea de especular sobre la derrota, incluso en la era de la contrarrevolución triunfante, es porque la guerra puede conducir a una situación en la que se haga más difícil explotar los frutos obtenidos por la revolución.

Sin embargo, ahora no sólo debemos *evaluar* hasta qué punto la guerra y la derrota influyen en el curso del desarrollo político, sino también *actuar* sobre el terreno creado por la derrota. Pero se puede decir que querer llevar a cabo los planes de conquista del mundo no es algo que se deba tener en cuenta en este momento. El ejército zarista ha sido derrotado. Puede que todavía tenga algún éxito. Pero ha perdido la guerra. Las derrotas del momento anuncian una catástrofe militar. Es aquí donde debemos repetir: la socialdemocracia no crea por sí misma circunstancias históricas. Es sólo una de las fuerzas del proceso histórico. Sólo puede mantenerse en pie sobre el suelo creado por la historia. Los líderes de todos los partidos políticos rusos han pasado por la experiencia de desarrollo de la nación en los últimos diez o quince años. Uno no puede dejar de sorprenderse por la analogía con los acontecimientos de 1903. Ese año, una ola masiva de huelgas sacudió al país. La socialdemocracia lo veía como el prólogo de la revolución. Entonces estalló la guerra ruso-japonesa. Paralizó el movimiento revolucionario. Las derrotas dieron un fuerte impulso a la insatisfacción de los distintos grupos sociales. El resultado fue el febril comienzo de la revolución.

En 1912-1913, como en 1903, se pudo observar el movimiento de masas en forma de huelgas revolucionarias. El movimiento obrero se aferró a un plano mucho más elevado, basándose en experiencias anteriores. Entonces, como la última vez, la guerra bloqueó cualquier progreso revolucionario. El país casi se durmió. Después de las primeras victorias, el gobierno perdió la cabeza y tomó medidas que nunca antes se habían visto en la Rusia prerrevolucionaria. Pero la era de las victorias pronto llegó a su fin. La serie de derrotas desmoralizó totalmente a la camarilla gobernante, trajo malestar a la burguesía y creó las condiciones para el desarrollo de un movimiento más amplio. Se puede suponer que después de la movilización defensiva de la burguesía, vendrá la de la democracia y, en cabeza, la del proletariado con corolario de los levantamientos revolucionarios.

Es importante señalar que la esperanza de una derrota rusa se ha desarrollado donde había un fuerte deseo de victoria. Lloyd George ya puede ver cómo el gigante ruso, despertado por el desastre, rechaza lejos las cadenas de la reacción. Vandervelde, convencido al principio de la guerra de que la presencia de la izquierda en la дума significaba una serie de victorias, ahora razona con autoridad sobre el bien que trajeron las derrotas del ejército ruso. Hervé habla de los beneficios del sufrimiento como factores en la historia de Rusia. Y finalmente, un patriota social ordinario (algún transfuga) se expresa con la fórmula: “Primero la victoria, luego las reformas.” En todo esto, no hay una sombra de “revolucionarismo”. Toda esta buena gente espera que la derrota despierte en las clases dominantes “el buen sentido común gubernamental”.

En su profundo desprecio hacia Rusia, se comportan como *vulgares* derrotistas, especulando sobre la fuerza automática del crac militar, sin la intervención directa de las clases revolucionarias. Nuestra opinión es, precisamente, que la influencia de la guerra y la derrota en el despertar y la actividad de las fuerzas revolucionarias es la cuestión crucial en cuanto a los destinos futuros de Rusia. Hay que decir que sería un cruel error transponer la experiencia del pasado a la época actual en lo concerniente a la influencia de la guerra en la mentalidad de las masas. El desastre que se desarrolla ante nuestros ojos no es en absoluto comparable, por sus dimensiones, a la aventura colonial ruso-japonesa. Causará una impresión incomparablemente más fuerte en la gente. A la socialdemocracia, se le abren perspectivas ilimitadas de agitación política, cada palabra pronunciada puede tener una resonancia particularmente fuerte. Pero es esencial darse cuenta de que la catástrofe militar, al agotar las fuerzas y medios económicos y espirituales, puede provocar descontento, protesta y acción revolucionaria sólo dentro de un *cierto límite*. En un nivel característico, el agotamiento es tal que conduce a la apatía. Después vienen la desesperación, la pasividad y la caída moral. El vínculo entre los derrotistas y los revolucionarios es dialéctico y no mecánico.

Las esperanzas de Lloyd George y otros están impregnadas de cobardía, pero sería un error infantil creer, después de la experiencia ruso-japonesa, que las derrotas conducirían automáticamente a la conciencia revolucionaria de las masas. Las dimensiones colosales de la guerra, debido a su *peso extraordinariamente aplastante*, pueden cortar las alas de cualquier desarrollo y, en primer lugar, del movimiento proletario.

De ello se deduce que es absolutamente esencial poner fin a la guerra lo antes posible. La revolución no está interesada en una acumulación de derrotas. Por el contrario, la lucha por la paz es la mejor autoconservación para el movimiento revolucionario. Cuanto antes se produzca la movilización de las masas trabajadoras, antes se educará políticamente a la clase obrera y ésta se transformará en una fuerza activa revolucionaria.

### 3. Las fuerzas sociales de la Revolución Rusa

Si la victoria del imperialismo ruso, la ampliación básica del bloque del 3 de junio y su dominio sobre Armenia, Galicia y Constantinopla significan la prusificación de las relaciones sociales rusas, es decir, la dictadura militar de la nobleza monárquica, entonces la bancarrota militar de las aspiraciones imperialistas expone las deficiencias del gobierno, agrava los antagonismos entre las clases dominantes, debilita el poder y crea las condiciones *objetivas* para el desarrollo revolucionario.

En el artículo anterior examinamos en qué sentido y bajo qué condiciones la derrota, por su efecto sobre las masas, podría llevar a las condiciones *subjetivas* de la revolución. Ahora debemos darnos cuenta de la dirección que puede tomar el movimiento revolucionario si no sigue el desafortunado ejemplo de 1905.

La contradicción histórica fundamental de la fallida Revolución de 1905 es que el problema de base era la limpieza de los caminos para el desarrollo burgués del país, mientras que la principal fuerza revolucionaria estaba constituida por el proletariado. La revolución burguesa clásica de 1789 se basó en el Tercer Estado, formado por la pequeña burguesía urbana. En Rusia, este Tercer Estado estaba dividido por profundas rivalidades objetivas y subjetivas desde el momento de su emancipación histórica. El proletariado se oponía a la gran burguesía, mientras que el peso social y el significado histórico de la pequeña burguesía eran de poca importancia.

¿Qué cambios se han producido en este ámbito en los últimos años? El período de reacción y de crisis económica fue el de la europeización de la industria. Esto condujo a la búsqueda de técnicas más avanzadas y métodos más intensivos de explotación de los trabajadores. Los tres años anteriores a la guerra fueron testigos de un rápido crecimiento

económico que enriquece a la gran burguesía capitalista. Hemos profundizado las contradicciones sociales que impedían a los proletarios y a la burguesía luchar codo con codo contra el régimen. El proletariado creció en número y progresó mucho en la organización y conciencia de clase. Así pues, la contradicción fundamental de la revolución pasada adquiere una forma más profunda y significativa. El único movimiento capaz sólo puede ser el del proletariado. Desde su primera entrada en acción, tendrá en su contra a todas las fuerzas burguesas, así como a los elementos de la intelectualidad liberal.

El ejemplo de 1905 nos enseña que debemos olvidarnos de cualquier posible participación por parte de los campesinos. Estos últimos, que habían permanecido en la servidumbre durante tanto tiempo, han conservado, de su tímida oposición de entonces, la impronta de su falta de madurez política y la impotencia que los paralizó y los hizo detenerse donde comenzó la verdadera acción revolucionaria. El progreso del campesinado lo empuja hacia el desarrollo burgués, que, ligado a las contradicciones de clase, está emergiendo en el campo mismo. Por lo tanto, el proletariado sólo puede confiar en los semiproletarios agrícolas, no en los campesinos. Con ello, el movimiento revolucionario adquiere un carácter menos “nacional” pero más “de clase” que en 1905. Por lo tanto, la actividad política en Rusia se caracteriza por una diferenciación de clases mucho más marcada y una mayor madurez de las relaciones sociales en los últimos años antes del conflicto. El movimiento obrero está organizado de una manera más metódica que hace diez años. Mientras que las huelgas en las ciudades tuvieron un eco de agitación y tumultos en el campo, particularmente en 1902, el año de los levantamientos campesinos, ya no tuvieron ninguna resonancia en 1912-1913.

La intelligentsia numerosa, ejerciendo un papel desproporcionado en el viejo movimiento revolucionario, ha sido aprehendida por el proceso en curso en las naciones capitalistas y ha aprendido a tratar de enriquecerse, sirviendo así a los propósitos del imperialismo, que oculta mediante una ideología radical-democrática o “socialista”. Durante la guerra ruso-japonesa, los primeros intentos de crear una amplia oposición se hicieron bajo el lema “representación popular”. A continuación, se celebraron reuniones en las que la inteligencia hizo campaña bajo la bandera de la paz y el sufragio universal. Actualmente, la “oposición” de las clases dominantes se moviliza bajo la consigna de la “victoria”: asume su parte de responsabilidad por la prolongación de la guerra. Su ala izquierda (kadetes) se niega manifiestamente a plantear los problemas elementales de carácter interno.

En 1904-1905, las clases burguesas no pudieron librar una lucha revolucionaria. Pero, con su “irresponsabilidad”, desarmaron al poder y, durante el primer período de la revolución, observaron una neutralidad benevolente hacia las masas revolucionarias. Ahora, impulsados por sus vilezas social-patrióticas, ven la revolución como un servicio al Káiser y una traición. Para aislar a la oposición revolucionaria, los partidos burgueses se niegan a movilizar a sus miembros incluso para obtener la responsabilidad del ministerio, sin mencionar, por supuesto, el derecho al voto. Gravitando alrededor del poder, forman un amortiguador entre éste y las masas populares.

La prensa liberal-democrática, por muy lamentable que fuera en 1905, alimentó la conciencia revolucionaria con su oposición. Ahora está tratando de desviar el descontento de la gente. Todas estas traiciones se pueden resumir de la siguiente manera: aislar al proletariado. Entre la monarquía y el militarismo, por un lado, y el pueblo, por otro, hay un complicado mecanismo de partidos burgueses, la prensa, las organizaciones al servicio de las intenciones imperialistas del poder: la movilización revolucionaria del proletariado ya no se enfrenta sólo con la policía, como en los días de Plehve y Sviatopolk-Mirsky, sino con toda la policía del patriotismo, cuyas funciones son

desempeñadas por los partidos burgueses flanqueados por las milicias del socialpatriotismo.

Esto define decisivamente la dirección general que ha tomado la política de la socialdemocracia revolucionaria en Rusia.

#### 4. ¿Actualidad nacional o internacional?

La revolución de 1905 puede considerarse como históricamente “atrasada” si se considera como la lucha de la burguesía contra la fortaleza del poder, es decir, una revolución nacional. Por otro lado, se puede clasificar como un acontecimiento histórico si se considera que la principal fuerza revolucionaria fue el proletariado que se benefició de la neutralidad benévola de la burguesía en el primer período de la revolución, pero neutralidad que se volvió en su contra en la segunda parte de la revuelta. Desde este doble punto de vista, la Revolución de 1905 puede definirse de la siguiente manera: insuficientes fuerzas de la burguesía democrática e insuficiente “preparación” para la Revolución por parte de los campesinos. Por otra parte, al explicar la derrota del proletariado, hay que tener en cuenta su debilidad frente al enemigo y la total falta de ayuda de los movimientos proletarios europeos, mientras que el zarismo gozaba del apoyo de los gobiernos y las bolsas de Europa. Estas dos explicaciones no deben combinarse mecánicamente. Uno de los factores que ha contribuido al aumento del número de proletarios y ha elevado su conciencia de clase es el desarrollo del capitalismo, que ha llevado a la desaparición de la burguesía urbana como fuerza política, y a la participación social del campesinado. Pero este factor, y no otro, hizo su trabajo durante el período posrevolucionario. Nuestro propio desarrollo ha tenido lugar en el camino del debilitamiento revolucionario de la pequeña burguesía y los campesinos y, por el contrario, del aumento significativo del número de trabajadores. Si la Revolución de 1905 no pudo “realizarse”, la historia no puede “ofrecer” una segunda revolución nacional que agrupe a la “nación” contra el régimen.

En su lucha, la socialdemocracia utiliza cualquier movimiento de oposición de otras fuerzas sociales. Pero, ¿podemos creer que la burguesía rusa puede ser considerada como una fuerza revolucionaria, esa burguesía que ha sido desenmascarada definitivamente? ¿Podemos hacer que el desarrollo revolucionario, prácticamente el del proletariado, dependa del de la intelligentsia de la pequeña burguesía y la pequeña burguesía? ¿O sometemos al movimiento proletario a los problemas de todo el proletariado europeo y hacemos que la revolución rusa dependa de la lucha proletaria en el mundo capitalista?

En una palabra: ¿estamos dirigiendo el curso fundamental de nuestra política hacia la revolución nacional burguesa o hacia una revolución internacional del proletariado?

Aquí es donde entra el divorcio entre los internacionalistas y estos socialpatriotas rusos, que no sólo se dejan llevar por el agua mientras cierran los ojos, sino que “aceptan” la guerra y participan en la “organización de la victoria” con la idea ficticia y, en el fondo reaccionaria, de la creación de una base nacional para la revolución.

Estos dos diseños fueron expuestos en la tribuna de la Duma del Imperio. Sería injusto afirmar que la línea seguida de Plejánov (*Nache Dielo*) sólo fue expresada por Mankov expulsado de la fracción de kadetes. El representante más prominente fue el tapado Kerensky. Quiso el destino que, en el mismo momento en que Kant se convirtió en el compañero de viaje de Plejánov en asuntos internacionales, el pequeño burgués radical Kerensky se convirtiera en la inspiración de la política interna. Pero el radicalismo nacional revolucionario de Kerensky llegó demasiado tarde, al igual que nuestra revolución nacional: Miliukov, en tanto que instrumento inconsciente de la ironía de la historia, atribuye a Kerensky “las ilusiones de la Internacional Socialista”, pero ella atribuye al mismo personaje “las ilusiones del socialpatriotismo”. En estas dos

definiciones, a pesar de su contradicción, hay una verdad fundamental que para nosotros es el pleno conocimiento de las ilusiones políticas de aquellos personajes que han destrozado las obligaciones internacionales del marxismo y ya no encuentran terreno nacional, de acuerdo con los elementos “básicos” del “socialismo militante”. De todo lo que se acaba de decir se deriva la importancia del problema planteado al proletariado ruso en las condiciones actuales. Si el lema “¡Abajo la guerra!”, convirtiéndose en “¡Abajo el poder!” igual que en 1905, acercó a los trabajadores de las otras clases, ahora se encuentra como diana de la hostilidad de la sociedad burguesa. La movilización del proletariado asume ahora un carácter de clase revolucionario. ¿Logrará la vanguardia proletaria agrupar entorno suyo a los miserables del campo y de las ciudades? A este respecto, sólo pueden hacerse suposiciones. Sin embargo, es indiscutible que la socialdemocracia se le aparece a las masas como el único movimiento dirigente cuyo deber histórico es enarbolar la bandera de la paz y la revolución.

Estamos profundamente convencidos de que sólo la lucha revolucionaria del proletariado europeo contra la reacción capitalista, sólo la revolución internacional puede crear las fuerzas que permitan llevar a cabo la lucha proletaria en Rusia hasta el final. La lucha del proletariado ruso resulta ser un factor importante en el progreso del movimiento revolucionario europeo.

Reconociendo que es ilusorio confiar en una revolución nacional, creemos en la ampliación de las bases de la revolución, sus objetivos socialistas y la profundización de sus métodos de clase.

(*Nache Slovo*, 26 de abril, 1, 2, 3, 4 de septiembre de 1915)

### ***Por turnos***

En nuestra amable patria, los acontecimientos se suceden uno tras otro. Para definir mejor hasta qué punto nuestro nuevo ministro del interior es hostil a cualquier situación de excepción (como declaró a los representantes de la prensa), acabamos de proclamar un estado de sitio en Moscú, es decir, una de las medidas más excepcionales. El senador Krachennikov, el gran “liquidador” de las secuelas de la revolución, condenó al silencio las bases de un pogromo que el gobernador Adrianov llevaría a cabo contra los alemanes del interior, que en realidad resultaron ser judíos. Pero los preparativos se mantuvieron en secreto, y Jvostov ya estaba llamando a todos los Adrianov de las provincias para que ayudaran, declarando que las huelgas y los disturbios fueron llevados a cabo por agentes alemanes. Todo sigue su curso normal en nuestro país. Uno de los ministros explicó a un curioso colaborador de *Rouskoe Slovo* que no era indispensable convocar a la дума: “Era indispensable en julio, cuando la situación en el frente no era favorable, pero, gracias a Dios, este motivo ya no tiene su razón de ser.”

Como la desafortunada Serbia ha atraído a una gran parte de las fuerzas alemanas, la monarquía está aprovechando sus vacaciones y haciendo que nuestros parlamentarios se beneficien de ellas. Por supuesto, ¿no se trata de convocar al “Seim” finlandés! ¿Podría pensarse que disfruta de privilegios mientras que la дума está de vacaciones! Y sabemos muy bien que nuestros Jvostov son enemigos de todos los privilegios y desigualdades. Por esta razón, las reclamaciones finlandesas sobre el uso de fondos sin el consentimiento del “Seim” quedaron sin respuesta. Sería antinatural conceder a los finlandeses “un régimen preferencial excepcional” mientras que los alemanes, en Riga, ya no avanzan.

Ciertamente, en los Balcanes, las cosas no van muy bien; ¿y qué? ¿Para qué están los aliados? ¡La amenaza alemana se siente en Egipto y en la India! Por tanto, ¿podemos vivir! Ciertamente, Sazonov, quien declaró el 8 de agosto de 1914, “no deshonraremos la tierra rusa”, se retiró sin honor. Fue sucedido por Goremykin en la cancillería. Sus favoritos deben ser un símbolo de cómo todo mejorará tanto en la política interior como

en la exterior. ¡Goremykin, es sólo un símbolo! De hecho, el gobierno está bajo el signo *jvostovian*. El primer ministro es *Jvostov*, pero, ¿cuál? ¿El tío? ¿El sobrino? Si es el primero, significa el reinado de las “Centurias Negras”<sup>75</sup> con las formalidades jurídicas semienvueltas. Pero el tío es sólo una pantalla para el sobrino. La estrella de este último brilla en el firmamento zarista, aliado de las “democracias occidentales”. ¡Qué magnífico acercamiento! El nuevo gobierno republicano con sus exsocialistas Guesde, Sembat a la cabeza (Thomas en la reserva), recibe el “saludo de un aliado” del zarismo, con la firma del “aliado” auténticamente ruso, ¡*Jvostov*!

(*Nache Slovo*, 5 de febrero de 1915)

### “¡Hasta el fin!”

El corresponsal del *Times* ha viajado, no sé cuántos miles de “millas” a través de Rusia (no nos dice si ha usado meridianos o paralelos) y ha teleografiado a su periódico que todo va a las mil maravillas. En cuanto a la revolución, son sólo ruidos lanzados por agentes alemanes, “por derrotistas”, diría *Prisiv*; si el país suspira, ¡es de gozo! El gobierno concede al campo más de 750 millones de francos de ayuda (¿cuántos rublos al tipo de cambio actual?), y el monopolio agrícola aporta 2.000 millones de francos de beneficio neto. Estos datos coinciden con los proporcionados por Eugene Trubetskoy, el ministro *Jvostov* y *Prisiv*: el agricultor come chocolate en lugar de pan y bebe té a gogó. Apila en su granero cantidades de arándanos del pantano. Ustedes me dirán: “¡Pero el tiempo no lo permite en febrero!” pero, ¡qué no haría el campesino ruso para ayudar a los aliados!

“El zar y todo el pueblo [continúa nuestro corresponsal inglés] están impulsados por la voluntad inquebrantable de continuar la guerra hasta el fin”. “¡Nada de bromas!

“El mujik” razona de la siguiente manera: “terminaremos la guerra, se liberarán los monopolios, no se nos pagarán más subsidios, ¡será una pérdida!” Y, como mientras tanto se ha acostumbrado al chocolate, está a favor de prolongar la guerra. Además, existen vagas concepciones sobre la defensa de las democracias occidentales. Por supuesto, no todos los mujik leen *Prisiv*, pero como en el *Correo del campo* y en las *Noticias de Provincia* el chocolate está ligado a las potencias occidentales, el acercamiento en el espíritu del *Prisiv* ¡sólo puede lograrse de una manera muy determinada!

Lo mismo ocurre con el optimismo de Sazonov. No sabemos hasta dónde ha llegado nuestro ministro de asuntos exteriores, pero su mirada penetra el futuro con audacia. “Nuestro problema”, le declara al corresponsal de *Utro Rosyi*, “no es sólo expulsar al enemigo de nuestras posesiones, sino aplastarlo para que Rusia pueda florecer en libertad de acuerdo con sus objetivos nacionales”. “Aplastar al alemán”, *hágase*, explica *Prisiv*, “pero sin anexiones”. ¡Y nos vemos en plena correspondencia con los comienzos de la ley y la justicia! El corresponsal del periódico antes mencionado no habla de anexiones, sino que se pregunta “¿cuánto tiempo durará la guerra?”. Sazonov, por supuesto, no se avergüenza de responder: “No puede durar mucho, porque Alemania no tiene la fuerza para resistir más. Actualmente su situación financiera es muy grave.” ¿Cómo puede ser de otra manera? El campesino bávaro está totalmente arruinado, incapaz de conseguir cerveza, se contenta con “ersatz”. El niño alemán “en pantalones” se ve privado de este accesorio de vestir esencial, mientras que el nuestro está perfectamente equipado. Con cada propuesta de paz por separado, nuestro valiente niño, uniendo los tres dedos según una vieja costumbre y como en los tiempos de Chedrin, responde: “clavos,

<sup>75</sup> Centurias Negras o Cien Negros, asociación reaccionaria y antisemita apoyada por la policía; se dedicaba a provocaciones y programas. Traductor.



trágalos”, después de lo cual el niño alemán hace ruidos hostiles a través de la agencia Wolf, según la cual Inglaterra, responsable de la guerra, liberará a Japón contra Rusia en caso de paz mundial. El marco, a diferencia del rublo, sigue cayendo y la situación financiera de Alemania es deplorable. El campesino ruso, que quiere “aplastar permanentemente a Alemania”, yace en su granero, saca un marco de su bolsillo, examina el tipo de cambio, compara el marco y el rublo, y luego telegrafía a diputados, ministros, embajadores, altos funcionarios: “¡Hasta el fin!”

(*Nache Slovo*, 17 de febrero de 1916)

### ***El papirotazo irónico de la historia***

Los probados imperialistas del Bloque Progresista han anunciado una vez más su programa. Los nacionalistas y los “octubristas” han firmado mucho mejor las reivindicaciones de amnistía y libertad de las organizaciones obreras sin leerlas porque saben que no tienen por qué temerlas. Podemos apostar 90 a 10 a que los argumentos “realistas” de Miliukov fueron provocados por la unión, entre bastidores, de Krupensky y Shulgin. La palabra no será mantenida, pero los tontos la creerán. No tiene sentido pasar por *Prisiv* para asegurarse de que nadie pueda creer ni por un momento que estaba en marcha “la revolución nacional”, cuyo ritual consiste en elevar a los elementos burgueses al poder capitalista, y luego llevarlos a la etapa de la democracia burguesa. Y *Prisiv* escribe: “¡Qué rápido es el desarrollo de la oposición burguesa bajo la influencia del impulso nacional!” El periódico asume que estamos acostumbrados a los discursos de los kadetes. “¡Pero no estábamos acostumbrados [*Prisiv*, número 24] a que las críticas de Miliukov fueran aprobadas sin interrupción por Purishkevich, y a que el nacionalista “de derechas” de Polovtsev atacara al gobierno de una manera aún más virulenta bajo el pretexto de un sentimiento patriótico perturbado!” He aquí algo nuevo, y es necesario ver en ello los síntomas infalibles de la revolución nacional: ¡Purishkevich aprobando “sin tregua” a Miliukov!

Aunque el florecimiento del “sentimiento patriótico” nos ha llevado a la confusión política, la Tierra, no se moleste *Prisiv*, sigue girando, y debemos buscar este movimiento de clase que está tratando de tomar el poder. ¿Qué clase responsable se fijó la meta de tomar el poder para este verano de 1916? Podría parecer, a primera vista, que la clase de Purishkevich y Polovtsev tiende las manos hacia el poder. ¿Pero a quién se está preparando para quitársela? A quien lo posee: a la de los Sujomlinov, los Purishkevich, los Polovtsev, los Sturmer, a esos parásitos de nobles y burócratas, nuestros “junkers”, ¡los más codiciosos e incapaces del mundo! “Hasta ahora”, señala *Prisiv*, “gente como Polovtsev solía reclamar la cabeza de los jefes de los revolucionarios, ahora quieren la de los jefes de los ministros”. No dudemos que, al no obtener satisfacción, Polovtsev se consuele con el cargo de vicegobernador, y ya no es posible hablar de una transferencia revolucionaria de poder (¡vicegobernador!) a la nueva clase social.

Queda esta burguesía que “florece tan rápidamente bajo la influencia del impulso nacional”. Pero su objetivo, como señaló la última conferencia de kadetes, es “la victoria, no la toma del poder”. Todo el período prerrevolucionario hasta la guerra fue un período de acercamiento entre la oposición burguesa y la monarquía sobre la base de los problemas imperialistas. Miliukov no esperaba que los austriacos violaran las leyes establecidas por Kant para que, a la orden de Sazonov e Isvolsky, se preparase en Sofía y Belgrado la conquista rusa de Constantinopla y el los Estrechos. La socialdemocracia ya lo estaba desenmascarando y previó las consecuencias de largo plazo. Los vínculos entre la burguesía y la monarquía imperialista son más fuertes que los intentos superficiales de oposición de un Polovtsev o un Purishkevich. Este vínculo no fue creado por la necesidad

de “autodefensa”, sino por la fórmula inflamatoria que une a Stolypin y Guesde: “Cuando la casa se quema, hay que apagar el fuego.”

Este vínculo fue creado por la política imperialista y agresiva de la Rusia del 3 de junio. Estos “defensores” obviamente han olvidado esto: si Austria toma Polonia, es una agresión del imperialismo; si Rusia toma Galicia o Armenia, es la liberación de los pueblos oprimidos. Según la fórmula shakesperiana: “Estamos acostumbrados a llamar ortiga a una ortiga”, estigmatizamos a los charlatanes del patriotismo social con el nombre de charlatanes. “Victoria”, la resolución del bloque progresista es sólo la voluntad imperialista de la burguesía rusa. Esta voluntad fue cuidadosamente puesta a un lado, ordenada durante la era de la contrarrevolución, y fue reforzada por la negativa de la burguesía a aceptar una oposición “irresponsable”, es decir, a especular sobre los movimientos de las masas para tomar el poder. El bloque progresista se negó, en plena conciencia y de manera engañosa, a repudiar al gobierno. *Prisiv* escribe: “La cuestión no está en la fórmula, sino en el hecho de los cambios de ministros y la negativa del poder histórico [!] a dejar de usar el viejo procedimiento, a elegir los ministros entre los miembros de la camarilla de la corte.” Mientras tanto, hasta que no se hayan producido verdaderos “hechos” de cambio y no se pueda observar un “rechazo” del poder “histórico”, discutir el problema de la oposición no es la estupidez que imprime *Prisiv*, sino la exigencia política de la burguesía. No quiere luchar por el poder. Si los directores tan sensatos de *Prisiv* piensan que lo está haciendo porque es reservada o inexperta, están equivocados. La burguesía es más inteligente que ellos y sabe muy bien lo que le conviene o no. Cuando Purishkevich (a sus colegas no les gusta bromear) acusó al Bloque Progresista de querer conquistar el poder, Miliukov gritó inmediatamente: “¡No, no nos entendisteis!” El gobierno investido con “la confianza general” es todo lo que ustedes quieren, excepto que los falsificadores y los ladrones de caballos no están invitados. *El ideal político de la burguesía rusa es el régimen prusiano-alemán*. El poder permanece en manos de la monarquía y los junker como un muro contra las clases bajas, pero el bunker no es ni un ladrón ni un borracho, satisface todos los requisitos del desarrollo capitalista y, tan pronto como es necesario, le abre el camino a la punta de la espada. Este régimen antirrevolucionario de fuerzas feudales y capitalistas ha sido el de todas las naciones europeas. La burguesía rusa llegó a esta etapa después de sus primeros pasos políticos. Pero no hay vuelta atrás en la política, no más que en la tecnología. La burguesía rusa lo entiende admirablemente. Su oposición no es decisiva, pero a través de su presión sobre el sistema burocrático, organiza sus asuntos, se expande, prospera y tiende a “prusianizarse” a sí misma.

En realidad, el problema revolucionario, el problema real, no el de la elección de los ministros, sólo puede plantearse a pesar de y contra la burguesía. ¿Con qué métodos pretende mantener sus posiciones el viejo poder? Se los ha hecho ver a sus socios en Bakú. ¡Cuánto más elocuente es este pogromo que no las palabras floridas de Polovtsev! El poder tendrá que enfrentarse inevitablemente al problema: derrocar a la poderosa organización pogromista, eso es lo que nos recuerdan los acontecimientos de Bakú. Cuando este problema sea planteado por los movimientos obreros, la burguesía se alineará con el gobierno para aprovechar el aplastamiento de la revolución para avanzar en la “prussificación”, esta “europeización” del régimen político ruso. La vanguardia proletaria debe estar ciega para no verlo, para no preverlo.

La misión histórica de nuestros socialpatriotas “comedores de boches” es simplemente ésta: ayudar a la burguesía a adoptar el “orden alemán”, mientras que en Alemania se está preparando su total hundimiento.

Debemos sorprendernos, en verdad, de que la Historia tan invocada, tan ocupada, tenga tiempo todavía de venir y dar un buen capirotazo a nuestros “grandullones” de *Prisiv*.

(*Nache Slovo*, 26 de marzo de 1916)

### ***Lo increíble. Reflexiones del Primero de Mayo***

La política “interna” rusa fue a veces más terrible que ahora, pero nunca fue más increíble.

Lo que Saltykov llamaba las “inverosimilitudes” de nuestra condición: las utopías, las situaciones imposibles de las personas, los absurdos delirantes, todo ello reunido en un grado superior, ha conseguido engañar a la esencia misma de la fantasía rusa. Cuando uno lee la historia del caso “Jvostov”, el autor del atentado contra Rasputín, tiene la impresión de estar leyendo un capítulo de Chedrin, retocado por Poe y Poprichin. Esta creación de Chedrin, Poe y Poprichin no puede dejar de parecer paradójicamente torpe y psicológicamente ofensiva; pero no se puede juzgar de otro modo. Todas las combinaciones fantásticas de Poe tienen un estilo notable, por eso tenemos que pensar en Poprichin y en la verruga del bey de Argel para hacernos una idea de lo que ocurre en Rusia.

Chedrin comienza su libro sobre los “pompadors”<sup>76</sup> con estas líneas: “Tenemos que decir ‘adiós’ a nuestros dirigentes tantas veces!”. Llega uno, no tiene tiempo de pedir que... y ya, afuera, ¡y llega otro...!” Ni siquiera el historiógrafo de la “era pompadoriana” habría concebido en sus fantasías más delirantes lo que está haciendo actualmente nuestra burocracia gubernamental.

Desde junio del año pasado, han sido “licenciados” el presidente del consejo de ministros, Goremykin, tres ministros del interior, dos ministros de la guerra, dos fiscales superiores del santo sínodo, y luego, por unidades, los ministros de comunicaciones, de justicia, etc., por no hablar de seis acólitos del ministro del interior, tres directores de la policía, etc.

En cinco meses se han cambiado 23 cargos importantes de los ministerios, 88 de los 167 gobernadores provinciales. En algunas ciudades, el cambio se realizaba dos veces al mes. Baste decir que Jvostov tuvo tiempo de cambiar a trece gobernadores y de “despachar” a cuatro. Y no perdamos la esperanza de que los nuevos nombramientos no cambien la costumbre.

El propio Jvostov es la figura más representativa de nuestra burocracia. Fue gobernador, aceptó sobornos, conquistó por la fuerza a una actriz (gracias al jefe de policía) bajo la amenaza de despedirla si se negaba: todo esto es clásico y se parece a lo que nos cuenta Chedrin en “los pompadors y la era pompadoriana”. Nuestro “héroe” moderno Jvostov fue aún más lejos. Cuando se jubiló, se convirtió en un parásito del financiero Guboshlepov, diciéndole cómo conseguir la orden de san Andrés, jugando a las cartas con la señora Guboshlepov y quejándose sin parar. Más tarde ingresó en el Comité del Pueblo Ruso y llegó a ser diputado. Todo el mundo sabe “a las duras y a las maduras” que no sólo es un corrupto y necesita un jefe de policía para explicarse en el amor, sino que también ha organizado pogromos. Él sabe que todo el mundo lo sabe. Esto no le impide subir a la tribuna, hablar y hacer oposición. El puente tendido entre el “pompadorismo” de Nizhni Nóvgorod y el de “toda Rusia”, un puente absolutamente fantástico, no es aún lo más increíble de esta carrera. En Noruega vive como refugiado

---

<sup>76</sup> Pompador-Pompadorismo: feroz sátira del zarismo por Saltykov-Chedrin en *Crónica de la villa de Glupov* (glup imbecile). Describe el reinado de los distintos gobernantes “los Pompador” (en alusión a los favoritos de Catalina II), en realidad los propios zares. Saltykov es conocido sobre todo por *Los señores de Goloviev*, una novela de amargo realismo. (Nota traductor al francés).

político, el exmonje Iliodore, que comenzó su actividad en suelo patrio marcando con alquitrán las puertas de las maestras de escuela de pelo corto. En Petrogrado vive el campesino siberiano analfabeto Rasputín, que abre el camino del paraíso a las damas de más alto rango (¿cuán alto?) y al mismo tiempo cambia de ministros y decide sobre los problemas de la paz y la guerra. A través del intermediario Rjevsky (es nuestro viejo Raspliev), creado por Poe y Poprichin, nuestro Jvostov entabla relaciones con Iliodoro con el fin de dar al venerable Rasputín “una pequeña fiesta”. ¡Fantástico, sobrenatural! Pero esta fantasía sigue siendo vulgar, del tipo sozdaliano-rocambolesco, es nuestro “sobrenatural” ruso, ¡pero multiplicado por X!

Al mismo tiempo que Rjevsky se “delega” en Noruega, Jvostov dirige las elecciones obreras en la industria de guerra. Aquí, de repente, se abre ante nuestros ojos la quintaesencia de la fantasía rusa actual.

En Suiza, Plejánov lleva mucho tiempo viviendo como refugiado político: casi 40 años, ¡lo suficiente para empapar a un hombre! ¡Y sin embargo! Poco antes de la guerra, Plejánov insistió en la absoluta necesidad de enviar a su sitio a los “liquidadores”, aquellos cuyas relaciones con el régimen eran demasiado estrechas. Y ahora este hombre, autor del panfleto sobre Tijomirov, junto con otros emigrantes más o menos privados de sus derechos, ¡dirige un manifiesto al pueblo trabajador! Un manifiesto de revolucionarios de patentados, desde Ginebra... ¡en plena guerra!... Pero el expompador Jvostov, que ordena a uno de sus Rjevskys que reprima a Rasputín, deja que se difunda el folleto de Plejánov. Consideramos que esta combinación Jvostov-Plejánov es más increíble que cualquier cosa que pueda ofrecernos la fantasía rusa actual.

\*\*\*

Lo más sorprendente es el cinismo de todos los órganos administrativos. El jefe del departamento de policía, Kafaffov, vuelve a dictar una circular invitando a “apalear al judío”, esta vez por el alto coste de la vida. La circular se lee en la Duma. ¡Vaya! Kafaffov se alisa las patillas, sube a la tribuna para decir que, por así decirlo, no había ordenado “pegar” al judío, pero que si lo había hecho era por el bien del judío. Todos se miran y Kafaffov sigue “gestando” sus circulares. La era constitucional ha liberado a la burocracia de todo pudor, lo que distingue al nuevo “pompador” del antiguo, el de Shedrin. Los Jvostov, los Kafaffov y otros están “vacunados” contra el miedo de la opinión pública. Los diputados y los periódicos los azotan: “ladrones, saqueadores, pogromistas”, y los ladrones, saqueadores, etc. se acicalan a sus patillas y suben a la tribuna para desarrollar el programa del gobierno y obtener créditos.

Así como Speransky y Loris-Melikov son los símbolos de la burocracia “liberal”, y Arakcheyev es el símbolo de la crueldad suprema del poder, así Jvostov, repitémoslo, es la coronación de la burocracia en la época de la “guerra de liberación”.

¡Un ministro-diputado que necesita a Rjevsky para su política “real” y un Plejánov para su política “ideológica”! ¿Qué más se puede decir? Y si Plejánov, alentado así por Jvostov, sigue divagando sobre la verdadera y la falsa internacional, es porque el desprecio de toda conciencia no sólo reina en la burocracia.

En marzo, la agencia telegráfica envió a todos los periódicos el siguiente texto del telegrama recibido en el extranjero por el diputado Burianov: “Hemos leído su discurso y el de Mankov. Os saludamos fraternalmente y os deseamos éxito en la lucha por la defensa de la patria y la liberación del pueblo. Redacción de *Prisiv*: Argunov, Avkxentiev, Bunakov, Voronov, Liubimov, Plejánov, Alexinsky”.

Por favor, recuerde usted que el director de esta agencia no es otro que Gurliand, un tipo que entre bastidores avergonzó a nuestra burocracia constitucional. En la última sesión de la duma, el tono lo marcaron las mentiras informativas “gurliandistas”, las

falsificaciones, los encubrimientos. Los kadetes ya se han quejado de que Gurliand ignoraba aquellos de sus discursos que no estaban dedicados a la gloria de las bayonetas patrióticas. Además, Gurliand telegrafía íntegramente el texto de Kafaffov e informa a Havas de que este discurso ha arrancado lágrimas de gratitud a los diputados. Como debe ser. La fantasía de la realidad rusa une a Gurliand, Kafaffov, Plejánov y otros Gargunov. Y el telégrafo oficial retransmite las declaraciones de los social-revolucionarios del *Prisiv* con la misma precisión que el discurso de un agente de policía. Los editores de *Prisiv* no sólo no sienten que les invada la vergüenza, sino que continúan como si nada hubiera pasado. Las muestras de aprobación de Avkxentiev y Bunakov ponen a prueba la observación de Liebknecht desde el punto de vista del auténtico socialismo. “Hemos leído el discurso de este teutón, pero no aprobamos su contenido”. Uno de los héroes de Dostoievsky, el bufón Liamchin, toca *La Marsellesa* al violín con una mano y *Mein lieber Augustin* con la otra, y no pierde el ritmo de ninguna. Los músicos de *Prisiv* también triunfaron en este *tour de force* musical: parece que tocan *La Internacional*, ¡pero los sonidos armonizan con el himno de Jvostov-kafaffoviano! ¡Esta mezcla lleva la fantasía nacional al punto más alto! Con toda sinceridad, ¡no creemos que se pueda producir algo más bajo!

(*Nache Slovo*, 1 de mayo de 1916)

### **¡Lo patriótico!**

En la inauguración de la дума, en el Palacio de Táurida, apareció el zar en persona, lo que ha dado lugar a tanta palabrería bizantina en la prensa nacional y en la de las “democracias occidentales”, ¡que nuestros descendientes hasta la séptima generación sentirán náuseas!

“A partir de ahora, ¡nadie se atreverá a llamar a la дума foso de cocodrilos!”, dijo Jvostov a los periodistas, disfrutando de la luna de miel de su carrera; esto no impidió que el hombre que sacó de la nada a Jvostov distribuyera fondos a periódicos y organizaciones que atacan a la дума. *Ruskoe Znamia* (la prensa liberal lo llama vanamente “prusiano”, pues en realidad es nuestro y nacional) recomienda ahorcar a todos los diputados del Bloque Liberal y no teme, al exhibir semejante programa, despertar la ira de su amo. Esta “dualidad” visible confiere al proceso de renovación ruso un carácter un tanto audaz. “Qué entretenido”, podría haber respondido el niño sin pantalones al chico alemán, si se les permitiera dialogar en este momento.

El ministro Jvostov es deslumbrantemente activo. Concede entrevistas dos veces al día, ha abierto, en acuerdo con la dama de compañía Madame Dezobry, cooperativas, ha recomendado el manifiesto de Plejánov, ha aumentado las leyes de la demanda y ha almorzado en el buffet de la дума. Parece que nuestro hombre lo hizo todo. Pero parece que Jvostov hizo su trabajo más importante en silencio; el ministro del interior estaba ocupado organizando el complot contra Rasputín, y quizás otros. Los periódicos rusos nos ofrecen cinco versiones diferentes de los comentarios de Jvostov. Pero los personajes activos son los mismos: el ministro, un periodista, un ingeniero, un judío analfabeto sin derecho de residencia en la capital pero refugiado entre los “cocodrilos” funcionarios, “mademoiselles”, dignatarios eclesiásticos, las “p...”, etc., etc. Bieletsky, exacólito de Jvostov, cuenta a los periodistas que su jefe se inclinaba por los asesinatos al estilo veneciano y los asaltos “en el rincón de la calle”. Como consecuencia de esta afición, Jvostov abandonó el gobierno sin completar su lucha interna contra el agresor alemán.

Hasta ahora, que sepamos, el exministro que había dado 60.000 rublos a Rjevsky, sacados de un presupuesto cuyo “espíritu” aprueba Plejánov, no figura en la lista de presos del estado.

El destino de Sujomlinov, que lleva una vida tranquila, debe reforzar la opinión de Jvostov de que el primero empleó al mismo Rzhevsky sólo que con designios a escala mundial. Se dice que el famoso artículo provocador y no oficial de *Informaciones de la Bolsa*, “Estamos listos”, que causó confusión en todo el mundo, fue escrito por Rzhevsky al dictado de Sujomlinov y en presencia del coronel Miasosiedov, condenado desde entonces por saqueo. Todo esto fue contado a los periodistas por Jvostov. ¡Increíble! Pero entretenido, ¿no? Estos supervándalos han incursionado en la política mundial. Y... Kant... ¿quién se sonó la nariz ante el imperativo categórico? ¡Sujomlinov, que vendió todo lo que sabía! ¿Miasoedov? Imposible responder a la pregunta. Rusia, Rusia, ¿adónde vas?

Y si un destino feliz les hizo caminar de la mano de las democracias occidentales “por el derecho y la justicia”, ¿qué hacen aquí los Rjevskys, los Jvostovs, los Sujomlinovs? “Sin respuesta.”

Entretanto, el ministro de la guerra Polivanov se retiró, aplaudido “a muerte” por la дума, y entonces apareció Chuvaev. No se sabía quién escribiría al dictado del nuevo ministro, y ya la prensa liberal lloriqueaba en silencio, atenazada por un presentimiento... ¡Es horrible!

¡Es horrible!”, gimen los diputados liberales, pues en medio de la unidad nacional, ahí estaba Rjevsky contorsionándose y, a la luz de los candelabros, podían verse en su rostro las perspectivas históricas del Bósforo y los Dardanelos. “¿Qué quieren ustedes, señores? ¿El Poder o los Estrechos?”, pregunta Márkov número II. “No”, responde Shulgin en nombre del Bloque Liberal, “queremos simplemente ministerios cuyos periódicos no escriban lo que escriben ahora”. “Si Rusia debe organizarse para la victoria [Miliukov reanuda el diálogo], debe organizarse para la revolución, más bien diríamos que es mejor dejarla durante la guerra como estaba...” “Como era...” Rjevsky el falsificador y el tramposo Jvostov con sus secuaces venecianos, Sujomlinov y Miasoiedov: sí, esa gente, pero no la revolución. Plenamente consciente de su desamparo político, la prensa liberal gimotea suavemente.

El espíritu de Rjevsky reina sobre el caos nacional. La vida social es un caos total. Rjevsky comercia con carros y somete a ciudades y provincias a un bloqueo como sólo las flotas combinadas de Francia e Inglaterra podrían soñar. Ministros y gobernantes se suceden como sombras fantásticamente distorsionadas en la pantalla nacional.

Rusia, Rusia, ¿hacia dónde corres tan furiosamente? ¿Tú, la Rusia del 3 de junio? A la catástrofe, responde el eco de Petersburgo.

(*Nache Slovo*, 14 de junio de 1916)

### ***Decepción e inquietud***

El trabajo prioritario de la дума requería el envío de una delegación de parlamentarios del Bloque Liberal a los países aliados. Protopopov, Gurko y Miliukov no sólo han llevado a las capitales extranjeras el anuncio de la feroz resolución del país “hasta el fin”, sino que les mostraron la gran importancia del parlamento ruso. ¿Se les habría dado tal misión si la дума no hubiera tenido el liderazgo supremo? ¿Habrían sido elegidos ellos, los miembros del Bloque Progresista, si la дума no fuera la “representación popular”? ¡Cuántos brindis en Londres, París y Roma, en honor de la дума!

La apertura de las sesiones anticipó ligeramente el inicio de la ofensiva rusa en los frentes de Volinia y Galicia. La prensa francesa reproduce los rasgos de Chingarev, el presidente de la comisión parlamentaria de guerra a quien debemos el renacimiento del ejército ruso, tras la caída del año pasado. Albert Thomas informó sobre la mejor impresión del trabajo de los comités de industria de guerra en la producción de armas y proyectiles. Todo esto no puede sino reforzar de manera extraordinaria el significado

político de las organizaciones sociales que trabajan entre bastidores. Cuando la unión de la burocracia y la burguesía (con sus intermediarios socialpatrióticos) se vea coronada con una victoria sobre Austria, se deberá presenciar otro triunfo.... dentro de los muros del Palacio de Táurida.

Una vez más, tenemos ante nosotros el espectáculo de una experiencia enriquecedora. Hagamos justicia con Sturmer: hizo todo lo que pudo para que el experimento pareciera casi químicamente puro.

Sturmer dijo en la última sesión que era necesaria la victoria como primer paso: entonces vendrían las reformas. En consecuencia, la Duma Estatal tuvo que limitarse a los proyectos de ley promulgados según los requisitos del momento. La burguesía liberal, aunque el tono del discurso puede haberles ofendido, estuvo de acuerdo con los puntos de vista del primer ministro. Ya los patriotas sociales, los francotiradores del imperialismo están enseñando a los trabajadores: primero la victoria, luego las reformas. Las tácticas del Bloque Progresista se basaban en el uso de la guerra, lo que actualmente significa: para los líderes del movimiento la lucha por las influencias, y para los bravos francotiradores, la lucha “por el poder”.

Pero ahora el gobierno está emitiendo de repente nueve decretos, a pesar de la duma, bajo el famoso Artículo 87. Todos estos decretos, impuestos sobre la renta, compensación por daños de guerra, tabaco, etc., se crean para demostrar que el gobierno entiende tan bien los requisitos del momento que no se necesita las opiniones de los parlamentarios. La prensa de derecha explicó este gesto que significaba el cese de las sesiones... por falta de necesidad. Al mismo tiempo, Sturmer presentó un escrito al soberano en el sentido de que los comités de retaguardia estaban llevando a cabo operaciones de una escala demasiado grande y tenían que ser reducidos a sus proporciones apropiadas. Los comités de industria de guerra, se queja Guchkov, “están pasando por momentos muy difíciles, justo cuando el “amanecer de la victoria” se está levantando”, y cualquier organización social se está volviendo indeseable.

No se puede esperar que el poder imperial aclare más la situación. Sturmer no encontró ninguna frase nueva, pero las viejas son suficientes. Pero... ¿qué dirán los patriotas sociales? Los listos se callan o hablan de los excesos de los Hohenzollern y de los junker; los “simplones” dicen: esperamos un progreso significativo del Bloque Progresista. Los social-liberales, los falsificadores del marxismo, repiten: el partido kadete está en un callejón sin salida, “ahora o nunca”, y amenazan a la burguesía liberal si no quiere embarcarse en el camino de la “lucha decisiva”. Pero estos falsificadores del marxismo son sólo la periferia de la burguesía: sus amenazas no impiden que los Miliukov duerman en paz.

La preocupación en los corazones de los políticos del Bloque Progresista y sus socios burocráticos proviene de una fuente completamente diferente. Todo esto demuestra el interés repentino de la duma por la cuestión obrera.

Tres de los famosos decretos mencionados anteriormente fueron tomados de los archivos y presentados en la agenda: las enfermedades ocupacionales, el trabajo de las mujeres y el reposo legal de los empleados del comercio. Llevan la marca de la avaricia. Son testigos de la prontitud con la que la Rusia del 3 de junio recogió estos fragmentos del socialismo... Su presencia en la agenda ilustra, de una manera muy clara, el dicho alemán: “Cuando el sol arde bajo los pies...” La duma, tratada por la reacción como un limón prensado, trató de ayudarlo con su propia humillación, ¡lanzando tres cubos de aceite sobre las olas del movimiento obrero! Estos candidatos a los ministerios, pidiendo plena confianza, disfrutaban menos que nadie de la confianza de los proletarios. Robespierre dijo, no sé cuándo, que la democracia estaba organizada con desconfianza. Profundizar

esta desconfianza entre los miembros del proletariado, organizarla, darle un carácter activo..., este es el problema de la socialdemocracia revolucionaria.

(*Nache Slovo*, 21 de junio de 1916)

### ***Las lecciones de la última sesión de la дума***

La última sesión de la дума tuvo lugar en medio de una atmósfera de descomposición cadavérica. No estamos hablando de los muertos que deben servir “a la unidad gubernamental”, al Imperio y hasta al puente de Constantinopla.... ¿Cuántos son? Las estadísticas amañadas y sombrías del gobierno nos dirán... quizás... ¿Cuándo? No queremos hablar de estas muertes, sino del hedor del cadáver *político*, de las exhalaciones del bloque imperialoprogresista y de su ala izquierda, los kadetes.

Sturmer ha premiado a la дума con nueve decretos. Como la legislación esencial para el estado de sitio le fue arrebatada de repente, se vio obligada a legislar “orgánicamente” sobre la base del programa reformista del Bloque Progresista. Los partidarios del 3 de junio decidieron, en primer lugar, hacer felices a los agricultores: las impresiones que los diputados recibieron del campo eran preocupantes. Si algo se podía esperar de la oposición burguesa, parecería que debía de ser sobre el tema campesino.

La guerra ha pesado mucho sobre las fuerzas aldeanas. La reacción no puede dejar de preocuparse por el estado de ánimo resultante y, por lo tanto, no puede ignorarlo. ¿Qué hace entonces el Bloque Progresista? Después de haber proclamado su deseo de eliminar la desigualdad de los mujik, se retiró de los archivos de la дума un antiguo decreto de Stolypin, promulgado hace diez años, del mismo tipo que el artículo 87. Todo el esfuerzo de “reforma” del bloque dirigido por los kadetes de Maklakov consiste en la “legalización” de uno de los decretos tan poco generales de la contrarrevolución. Cuando, desde la izquierda y tímidamente..., se señaló que esta medida era retrógrada, el liberalismo respondió que era necesario “hacer lo que se podía hacer”. No se les ocurrió transformar este decreto en un carnero lanzado contra las murallas de la desigualdad. El liberalismo tiene ante sí el espectáculo de los Sujomlinov, Jvostov y compañía; el año pasado vivió este período de “incoherencia”, llamado defensa nacional: sin embargo, recupera la monarquía como un factor indispensable e insustituible al que hay que hacer rumiar la tarea reformista. En estas condiciones, ¿es comprensible que la gente del 3 de junio no haya encontrado nada mejor para llevarse a la boca que este decreto de diez años de antigüedad!

Rechazaron la propuesta (incluso en principio) de poner a todos los ciudadanos al mismo nivel sin distinción de fe y nacionalidad. Se negaron a extender estos derechos a los judíos al mismo tiempo que el derecho de residencia.

Mantuvieron el uso de pasaportes y los tribunales del Volost (distrito rural). Su principal preocupación está expresada en la respuesta a las críticas de la izquierda: no podemos dedicarnos a reformas utópicas que no *les* convengan (*les*: la monarquía, la burocracia y la nobleza). No en vano el compañero del ministro del interior, el conde Bobrinsky, Presidente de la Asamblea de la Nobleza e iniciador de todas las medidas contrarrevolucionarias, intervino en nombre del gobierno en este asunto. Al mismo tiempo, el Consejo del Imperio se ocupaba del antiguo proyecto de la дума sobre la responsabilidad de los funcionarios. Hizo saltar al jurado y mantuvo el tribunal de representantes jurados. Aceptar “eso”... ¡una gran carga sobre los hombros del Bloque Progresista y sus líderes liberales!

Si la historia, nuestra propia historia de los últimos diez años, no nos hubiera documentado adecuadamente, ¿qué habríamos esperado de la oposición liberal? Pero la burguesía liberal, al ponerse del lado de la monarquía, ha demostrado su debilidad, su incapacidad para escapar del imperialismo y mostrar cualquier tipo de oposición enérgica.



“El renacimiento imperialista del liberalismo ha puesto la cruz en uno de los principales dogmas del menchevismo. Recientemente, uno de los teóricos de este movimiento se ha visto obligado a reconocer que debemos rechazar toda esperanza en una “revolución nacional” (Martínov). El autor no intenta explicarle ni a Mártoov ni a sí mismo las consecuencias de esta negativa. Tampoco explica que todas las ilusiones hagan del internacionalismo algo sentimental y pomposamente fraseológico, que todas las posiciones ambiguas de los mejores miembros de la fracción parlamentaria hagan inútil cualquier esperanza de una revolución “nacional” aprobada por la burguesía. En la historia de las ideologías siempre ocurre lo siguiente: que las ideas estallan de tensión precisamente cuando sobreviven. Se necesitó la guerra y la connivencia monarcoburguesa para que el socialpatriotismo se apoderara del viejo esquema menchevique y del tocado de la marioneta del bufón.

“Las primeras sesiones de la duma demostraron cuán poderosa era la palanca de un sentimiento nacional saludable en términos del despertar político de la nación.” Es, por supuesto, un extracto de *Prisiv*. Están lejos de estos tiempos patriarcales en los que la sonrisa del líder obligaba al liberalismo a callar por “bondad” y a renunciar a formular sus demandas: la declaración del Bloque Progresista resuena como la dura voz de una voluntad política puesta a prueba por la experiencia... (*Prisiv* número 24.) Para ser claros, el redactor, agitando las campanillas de sus obsesiones, agrega: “Las lamentables doctrinas y los revolucionarios equivocados se han apresurado demasiado para concluir que, en tiempos de desarrollo imperialista, los tiempos de una revolución nacional han pasado...”. Todo esto es muy elocuente. Sin embargo, en la última sesión, la “voluntad dura, probada, etc., etc., etc.”, no se atrevió, a pesar de las condiciones favorables, a presentar su programa, pero se mostró satisfecho con el patrimonio “estolipiano”. Maklakov, el cerebro y el corazón del Bloque Progresista, explicó que así es su táctica, que no puede y no será diferente...

El dios cojo del progreso ruso agitó en el aire el atuendo de la revolución nacional, le disparó en la cabeza colectiva de los socialpatriotas y luego lo golpeó sin ceremonias con su nudosa mano. *A estos* no les servirá de nada, pero es una lección para los *demás*.  
(*Nache Slovo*, 12 de julio de 1916)

### ***Comparemos con Makarov***

La prensa francesa se hizo eco de la destitución de Sazónov, dando a entender que habría sido mejor no hacerlo. ¡No es que Sazónov sea insustituible! Por el contrario, casi todos los periódicos sugieren que Sazónov era un hombre mediocre que acumulaba revés tras revés. Con respetuosa ironía, recordamos el antiguo “optimismo” del exministro: en vísperas de la guerra, afirmaba que el horizonte político nunca había sido tan claro, con optimismo no preveía la entrada de Turquía en la guerra, con optimismo creía que Bulgaria no se decidiría a marchar contra Rusia, su “liberadora”.

En una palabra, logró todos los errores que derribaron a Delcassé. “No fue un gran ministro”, escribe de Sazónov, *la Librer Parole*. Si la prensa francesa no se queja de la retirada de Sazónov, es porque no esperaba sorpresas de él.

¿Quién diablos es Sturmer? Es sólo un funcionario, no un diplomático de carrera. Pero como Kukolnik lo definió, la esencia misma del funcionario es poder convertirse tanto en diplomático como en comadrona. Cuando Sturmer se convirtió en diplomático, la prensa francesa, poco expresiva, quiso que siguiera los pasos de Sazónov, el mismo personaje que no era un gran ministro. Así que el cambio nos parece superfluo. Pero, ¿y si se le ordena a Sturmer que tome otras vías...?

Con el fin de calmar a la opinión pública, la prensa francesa, no sin razón, está buscando las razones de los cambios ministeriales en la política *interior* rusa. El quid de

la cuestión es que estos cambios no se limitaron al ministro de asuntos exteriores. Jvostov ha sido nombrado para el interior; es un antiguo ministro de justicia, con un sobrino muy conocido cuya brillante carrera ha sido tan miserablemente interrumpida. En justicia se llama Makarov, exministro del interior, el autor de la famosa frase: “Así fue, así será”, pronunciada con ocasión del caso Trechenkov, Makarov, similar en este sentido a sus dos colegas del triunvirato de las “Centurias Negras”, Sheglovitov y Maklakov, se consideraba definitivamente enterrado en círculos liberales. Su nombramiento ha sido aún más brillante.

Es similar a Lázaro, que “apestaba”, pero al mismo tiempo resucitaba.

Debemos citar *la Libre Parole* que, mejor que otros periódicos, caracteriza la situación: “La orientación de la política rusa no ha dejado de oscilar a veces a la izquierda, a veces a la derecha... La evolución hacia la derecha se vio acentuada por la llegada al poder de Sturmer que, si no giró totalmente el deslizamiento hacia la izquierda, lo detuvo y lo puso en posición de espera. La дума ha sido convocada. Pero la influencia de la derecha apareció tan pronto como la ofensiva tuvo unos comienzos tan brillantes. Se han producido cambios en los niveles más altos del gobierno. En primer plano aparecen nombres característicos como Makarov y Jvostov. El despido de Sazónov era ahora inevitable.”

Este último, al igual que Isvolsky, se consideraba a sí mismo como un “benefactor” de la дума, porque no se negaba a aprovecharse de las fuentes de información e influencias que el parlamento le presentaba. Sturmer, ciertamente, no se inclina en modo alguno a indulgencias hacia la дума. Es cierto que él la llamó, pero es para acusarla de debilidad y de patriotismo hacia la izquierda que, bajo la apariencia de patriotismo, se prepara para tomar el poder. Si los comienzos de Sturmer han sido menos brillantes que los de su predecesor, es porque ha tenido que esperar. Tan pronto como se hizo evidente que la ofensiva estaba tomando un rumbo favorable en el frente austriaco, Sturmer lanzó su ofensiva nacional, deseoso de igualar a Makarov: “Así fue, así será”. La prensa francesa pide a sus lectores que no se preocupen por el nombre del nuevo ministro. “¿Qué tiene que ver mi nombre con esto?” preguntaba Sturmer, ansioso por competir con el auténtico ruso Makarov. No se puede negar, en verdad, que este nombre es una desafortunada referencia a personas que los patriotas sociales denuncian tan fervientemente como “alemanes del interior”, y a quienes han jurado exterminar, así como a los alemanes de fuera. Sturmer hace recaer sobre este juramento la más sangrienta afrenta. El movimiento a la derecha es la consecuencia de las victorias en Bucovina, y el alemán del interior, ya sea que se llame Sturmer, Jvostov o Romanov, se siente tanto más ruso cuanto que la retirada austriaca es más pronunciada. Esto entra en contradicción con la doctrina socialpatriótica, pero se corresponde con el sentido común y a la lógica de las cosas.

¿Qué hay de la política interior de Sturmer? La memoria, entregada al soberano y que ha provocado los recientes cambios, exige, como sabemos, el fin de la guerra lo antes posible. Esto no impide que Sturmer haga declaraciones tranquilizadoras. Mañana o pasado mañana, declarará que la guerra debe librarse hasta el final, es decir, hasta el aplastamiento del militarismo prusiano y el triunfo de la Justicia y la Ley. La política actual depende de “factores” más serios que el “programa” de Sturmer.

(*Nache Slovo*, 27 de julio de 1916)

### ***Dos telegramas***

Contrariamente a lo que se esperaba, Sturmer no convocó a los periodistas de la prensa aliada y, por lo tanto, no dijo nada para animarlos. Más incluso, no recibió a los embajadores de las naciones aliadas, y dejó ese trabajo para su amigo Neratov, que dio

vagas explicaciones de que no había ocurrido nada en particular. Briand y Sturmer han intercambiado telegramas personales. Después de unas bellas palabras de cortesía, Sturmer escribe: “Estoy convencido de que nuestras dos naciones caminarán juntas hacia el gran problema que nos espera en circunstancias tan preñadas de significación.” En respuesta, Briand comunicó que Francia estaba lista para marchar con sus valientes aliados hasta la victoria final. No nos gusta hablar de telegramas de felicitación. Pero no podemos dejar de notar que Sturmer habla del “gran problema” al que se está preparando para enfrentarse, sin definir los datos de este problema.

Pero, esto es lo que leímos al respecto en el *Journal*. El corresponsal de este órgano fue informado en el ministerio de relaciones exteriores de Petrogrado de que la fusión de este ministerio con la presidencia del consejo se debió a razones imperiosas. “¿Qué motivos quiere decir?” pregunta el corresponsal, curioso como todos los de su especie. “Eso es, por ejemplo... en la firma de la paz, tendremos que regularizar con nuestros aliados los temas económicos que afectan a la política interna del país; será más fácil si sólo hay un ministerio.” Admitamos que es útil para Sturmer si está destinado a firmar el tratado de paz. Pero si ha de haber “unificación” de ministerios, ¿qué tiene que hacer Makarov? ¿Y cómo se relaciona la cuestión de la paz con los problemas de la “política interna del país”? Esto es fácil de entender si se recuerdan algunos hechos que necesitan ser acercados.

Recientemente Bark visitó los países aliados. El propósito de su visita, dada su profesión, no levantó sospechas. ¿Tiene éxito? Protopopov respondió: “Nos cruzamos con Bark en camino, así que no podemos decir nada específico...” Pero Miliukov fue más explícito: “En Francia e Inglaterra nos dijeron que había tanto dinero como queríamos... En Norteamérica. Pero para conseguirlo, había que hacer concesiones a los judíos.”

- Pero veamos,” dice Markov II, “es una intrusión intolerable en nuestra política interna: ¡nuestros judíos están a nuestra discreción, sin importarles nada a los Aliados!”

- “Ninguna intrusión. Simplemente, dependiendo de la cuestión de los miles de millones solicitados, nos gustaría discutir un poco el acuerdo que debe vincular las dos políticas, interna y externa.”

“Acuerdo? ¡de acuerdo! grita inmediatamente a Peterhof.” Y, ¡zas! Sturmer está a cargo de la política interna y Makarov de la justicia. En cuanto a la relación entre las dos políticas, Makarov apenas ha aceptado su famosa sentencia. Después de tal “unificación”, Sturmer, preparándose para resolver el “gran problema”, puede con total convicción telegrafiar a Briand: “¡Que Dios le dé salud!”

(*Nache Slovo*, 28 de julio de 1916)

### **“La lucha por el poder”**

En una entrevista con representantes de la alta administración, el alcalde de Moscú, Chelnokov, según la prensa rusa expresó la opinión de que “el actual gabinete tiene todos los elementos para promover reformas de carácter general. Este gabinete conservador debe llevar a cabo reformas liberales. Si se tratara de un gobierno liberal, se le estaría pidiendo que tomase tantas medidas que no podría tomarlas. Pero si el gabinete conservador tomase, aunque solo fuese parte de ellas, merecería la confianza del público en general y de los círculos políticos dirigentes.” Este es el informe de los periódicos.

La opinión de Chelnokov es una buena caracterización del gobierno Sturmer-Makarov, que, por otra parte, es bastante elocuente en sí mismo. Pero esta opinión caracteriza aún mejor la línea política de los círculos liberal-capitalistas cuyos sentimientos expresa Chelnokov.

Nada podría ser más fácil que demostrar la fantasía de la declaración de Chelnokov. Pero no sería menos fantástico demostrar lo que queda oculto a los ojos de

Chelnokov. El engaño “voluntario” de este último no es el resultado de su “ingenuidad” o “incomprensión”, sino más bien de su convicción de combinar los intereses imperialistas con los del poder.

Los Chelnokov saben muy bien que la monarquía burocrática es incapaz de salvaguardar sus intereses globales, pero están acudiendo a su rescate con toda la ayuda de su inteligencia profesional. Saben que la monarquía no les cederá el sitio, pero no lo pretenden: saben que, por la propia naturaleza de las cosas, la monarquía tendrá que renunciar a algunas de sus prerrogativas que son indiscutibles para sus propósitos imperialistas. Por supuesto, protestan cuando la burocracia roba demasiado o maltrata a sus colaboradores burgueses, “los educadores”, pero las protestas nunca llegarán a la fase de ruptura. Esto implicaría para la burguesía la absoluta necesidad de buscar el apoyo de las masas trabajadoras. Creer en ella sería no entender nada del proceso que está teniendo lugar ante nuestros ojos, un proceso de alianza entre la monarquía burocrática, la nobleza propietaria de la tierra y las grandes empresas.

Al difundir ilusiones sobre Sturmer, etc., Chelnokov sigue sirviendo a los intereses fundamentales de su clase en las condiciones de la guerra actual. Ilusionándose con los Chelnokov y las futuras “luchas por el poder”, los oportunistas del movimiento obrero entregan a los proletarios, atados de pies y manos, a la burguesía.

Un solo recurso: nuestra llave “nacional” para el problema del internacionalismo y el socialpatriotismo.

(*Nache Slovo*, 27 de agosto de 1916)

### ***Las impresiones y generalizaciones de Miliukov (zimmerwaldianos y longuetistas)***

Miliukov comparte con los lectores de *Riech* sus impresiones desde el extranjero bajo forma de folletos muy verbales en los que la facultad de observación del ciudadano cultivado y el comentario vulgar no ocultan la autosatisfacción de un hombre enviado al extranjero por el gobierno. Todo ello adereza un ramillete bastante extraño. Pero no es necesario examinar los escritos de Miliukov con un criterio estético. Sin máscara protectora, es difícil leer la literatura oficial cuyos rasgos principales son la estupidez y el descaro. Bajo este ángulo, los folletos de Miliukov son diferentes y de ello resulta cierta ventaja para él. Evidentemente contienen la fraseología vacía de rigor: en Francia e Inglaterra se adora a los rusos en general y a Miliukov en particular. Pero junto a estas tonterías hay hechos curiosos e incluso generalizaciones. Examinarlos no carece de ventajas.

#### *1.- Victoria y libertad*

Miliukov se ha reunido con socialistas y con radical-socialistas. Bracke habla de las condiciones de paz “con la mentalidad de los pacifistas ingleses”. Renaudel se limita “a las tendencias conquistadoras y liberadoras de la guerra”. La respuesta de Miliukov indica que el liberal ruso no se ha arrodillado ante ello con la cara hundida en el lodo.

Comienza afirmando (en el estilo de las declaraciones francesas) que “nosotros, los rusos, no somos responsables de esta guerra. Recuerdo mi discurso ‘pacifista’ en un banquete parisino... dos meses antes de la guerra. Recuerdo mis artículos del *Riech* durante la visita de Poincaré a Rusia. Eso es suficiente para que mis interlocutores no puedan tacharme de imperialismo. Después hemos hablado sobre las cuestiones polaca, persa, armenia, la cuestión de los Dardanelos también, etc...” Aquí lo que hace la canción es el tono. ¡Los socialistas franceses se revelaron no solamente como verdaderos pacifistas sino también como apóstoles! “No desees a la mujer del prójimo, ni a su asno, ni las ciudades ajenas ni sus bienes ni sus costas, etc...” Miliukov no insiste en esta ingenuidad. Veamos un poco esas “tendencias” de las que habla con una semi ironía. Las

tendencias conquistadoras son reales, pero nos parecen ser que los mismo da, que da lo mismo con las tendencias liberadoras: primo, Miliukov ha pronunciado un discurso ‘pacifista’ en el banquete ofrecido en honor de Butler, segundo, *Riech* ha publicado artículos muy bien pensados y, al fin de cuentas, nosotros no somos imperialistas: ¡si quiere usted, gire usted alrededor, si quiere usted, no! En cuanto a lo tocante a los Estrechos, Persia, etc... sólo son detalles, lo que cuenta es el discurso de Miliukov. Los socialistas lo escucharon, como recuerda Miliukov modestamente, “con una gran simpatía”.

Jean Longuet llevó más lejos su curiosidad, “pidiéndome los nombres (¿?) de los derrotistas rusos. Ciertamente, no comparto sus opiniones, aseguró Longuet, pero incluso así es interesante saber cómo se responde en Rusia a este argumento: que la victoria y la reacción tienen estrechos lazos.” Miliukov respondió que, admitiendo la existencia de esos lazos, no se puede sacar de ello ninguna prueba práctica. “La acción y la reacción pueden cambiar tan a menudo mientras que la victoria decide sobre nuestra suerte y la de numerosas generaciones. Es natural que las relaciones con una no tengan nada en común con las que se producen con la otra.” Miliukov deja pasar una excelente ocasión para recordarles a sus interlocutores que, durante la guerra ruso-nipona, él estaba a favor de los derrotistas como la mayoría de los liberales de izquierda.

Su esperanza en la victoria del Mikado era la consecuencia directa de su política pusilánime y de su miedo a la revolución. Esas esperanzas derrotistas se realizaron en parte. Fue necesaria la lucha de clases sin precedentes de 1905, la contrarrevolución, la ayuda aportada por Francia e Inglaterra, que financiaron a la reacción y a la Rusia del 3 de junio, fue necesario todo eso para extirpar los hedores del derrotismo no solamente del partido cadete sino, también, de las fracciones radicales, populistas “marxistas”.

La intelligentsia comprendió que la lucha por “el control del mundo” no esperaba a que el liberalismo o la revolución zanjaran sus cuentas con la monarquía.

Los social-patriotas, ayer mismo todavía de izquierdas, hablaron mucho sobre utilizar la guerra para hacer la revolución: palabras tales cada vez se escuchan menos. Pero él, Miliukov, (político no de ayer, digamos de anteayer) tiene un horizonte mucho más amplio. Le cuenta a su audiencia que la situación mundial ata para siglos mientras que la “¡acción y la reacción pueden cambiar tan a menudo!” Jean Longuet debería de haberle respondido, si hubiese tenido la más remota idea del proceso que se desarrollaba ante sus ojos, que la lucha a favor del “control del mundo” deviene cada vez más áspera y les dejará a las clases poseedoras y a los partidos cada vez menos la posibilidad de unirse a la desorganización revolucionaria del poder. Hoy en día se trata de debilitar a Alemania, mañana se tratará de aprovecharse de los frutos de la victoria y quitárselos a... Inglaterra. Las situaciones internacionales cambian, pero la necesidad que tienen los poseedores de agruparse alrededor del gobierno se mantiene y acrece sin cesar. El imperialismo excluye una revolución hecha sobre bases nacionales.

Nosotros, los rusos, no necesitamos servirnos de esas perspectivas políticas más que para demostrar la inanidad de los esfuerzos de Miliukov en sus historias de “acción (¡!) y de reacción (¡!)”. Está claro que Miliukov, que tan resueltamente es “cuáquero” en Estados Unidos, tan de “estilo francés” en Francia y en compañía de gente de izquierdas, ha querido entretenerse un poco prometiéndoles “acciones” revolucionarias... “en la otra orilla de los Estrechos”. Nosotros sabemos mucho más que Jean Longuet. En la Duma, el 3 de junio, el líder del partido cadete, hablando su verdadero lenguaje, declaró (en su distinguido estilo) que si la victoria debía pasar por la revolución la rehusaba. La política responsable del liberalismo comprende muy bien *que, aunque la revolución fortaleciese provisionalmente la posición de la burguesía imperialista, haría crecer el peligro mortal de una nueva revolución, esta vez proletaria*. Hace ahora 12 años, Miliukov llamaba a la

derrota porque ésta le daba un impulso a la revolución. Ahora está dispuesto a aceptar la derrota por escapar de la revolución. Pero no ha hecho partícipes a sus interlocutores franceses de ese giro.

## 2.- Zimmerwaldianos y longuetistas

Miliukov escribe sobre la Conferencia de Zimmerwald como lo puede hacer un nacional-liberal interesado, por encima de todo, en la defensa del social-patriotismo, por tanto: un tercio de verdad, un tercio de falsas informaciones y el resto “invenciones”. Cuando imagina que solamente tras la falta de éxito de los longuetistas, tratando de ganarse el apoyo del Buró Socialista Internacional, aparecieron elementos más radicales reuniéndose en Zimmerwald, comete un anacronismo. Su error lo causa su falta de informaciones. El ala izquierda sólo intervino cuando Longuet cumplió funciones diplomáticas bajo el protectorado de Renaudel. La oposición longuetista sentía la necesidad de existir incluso bajo la presión del ala zimmerwaldiana. Pero por el momento la historia no ha llegado a ese punto. “El asunto pasó a manos de los sindicalistas y, particularmente, de los del “oficial” Partido Socialista italiano. Por mediación de uno de sus miembros, Morgari, entró en relaciones con los mencheviques de París y Londres y, con la *mediación de la socialdemocracia alemana*, logró alcanzar, por fin, su objetivo (lo cuenta Miliukov). Tras una serie de fracasos y aventuras, la Conferencia Socialista Internacional se celebró en ese pequeño pueblo del cantón de Berna.”

Esta frase que hemos resaltado “... de la socialdemocracia alemana”. Miliukov no puede ignorar que el partido alemán considera el asunto igual que el partido francés: en primer lugar, con condescendencia, después con franca hostilidad. Pero nuestro cadete sabe lo que se hace. Recientemente *Bonnet Rouge* se quejaba de que era suficiente con considerar a cualquier como a un “boche” para hacer que se le considerase como a nada. Al mismo tiempo que aprobaban a Liebknecht, Rosa Luxemburg y Mehring, los social-patriotas aliados intentaron desde el primer día presentar a la Conferencia de Zimmerwald como si hubiese sido organizada “a través de la socialdemocracia alemana”. ¿Qué resulta de ello? Que todo aquel que en Alemania esté contra la guerra, el imperialismo y la socialdemocracia oficial se vea unido a Zimmerwald. Liebknecht, no pudiendo asistir a la conferencia, participó en ella con una carta en la que estigmatizó a los social-patriotas de ambas riberas del Rin. Ello no les impidió a los parásitos del heroísmo declarar a Liebknecht heredero de los Scheidemann “aliados” que expresan sus pensamientos serviles en francés o en ruso. Es contranatural que Miliukov no aproveche fórmulas completamente calculadas de acuerdo con el cinismo y la bestialidad y que pasan fácilmente a los ojos de los censores.

Nuestro “trotamundos” liberal sabe muy bien lo que escribe. La prueba se suministra con la forma jurídica y escurridiza que él le sabe dar a su informe. “Abstrae”, simplemente, la existencia en Alemania de una mayoría y de una minoría en el partido socialista y escribe: “con la mediación de la socialdemocracia alemana”. Esta prudencia del ex profesor lo distingue por sí sola (¿esto es una ventaja?) de los plumíferos social-patriotas que cada semana se esfuerzan en demostrar que no temen perder nada.

\*\*\*

En cuanto al socialismo francés, Miliukov no abstrae en absoluto la existencia de una mayoría, de una minoría (longuetistas) y de los zimmerwaldianos. Por el contrario, como vamos a ver, se desenvuelve muy bien en la red de las relaciones entre esos agrupamientos.

Interesante... lo que cuenta Miliukov sobre el peligro internacionalista en Francia... que Kropotkin le ha mostrado. “Kropotkin, al que encontré en Londres, me dijo tener miedo del crecimiento de la minoría zimmerwaldiana que tiene que votar contra

la mayoría patriota en el Congreso Nacional en abril. En consecuencia, le presto una particular importancia a ese voto.” Miliukov se interesó en la cuestión y he aquí sus conclusiones. “La minoría que se había unido a la mayoría en diciembre, presentó otro programa en abril y cosechó 960 votos. Es característico ver que la minoría no se unió a los zimmerwaldianos; ¡por el contrario, estos últimos han tenido que unirse a la minoría y aprobar una moción que no les satisfacía! La fórmula presentada por la mayoría era la siguiente: “aprobamos los esfuerzos desplegados por el secretario del Buró Internacional Huysmans para restablecer los lazos entre las diferentes secciones de la Internacional y recomendamos a las organizaciones centrales que respondan afirmativamente a su llamamiento.” La inminencia de esta convocatoria, que provocó tantas discusiones, no fue ni señalada en la resolución. Aún se habló menos de depuración en las filas de la mayoría, convertida sin embargo en necesaria por el espíritu nacionalista que en ella se manifiesta. Los zimmerwaldianos exigían el arrepentimiento y el regreso a la vía de la lucha de clases. Pero la minoría se contentó con su fórmula, no renegando de su pertenencia a la “Unión Sagrada”, de la participación en el poder ni del voto a favor de los créditos. *Era una inconsecuencia, pero, al asumir la responsabilidad de esta inconsecuencia, la minoría arrastraba a esa inconsecuencia todo el trabajo de los zimmerwaldianos.* Frente a tal “comprensión” se borraban los peligros que podrían haber nacido de una unión de la minoría y los zimmerwaldianos. No se pueden pues comparar las cifras de los votos del 9 de abril y del 25 de diciembre. Los zimmerwaldianos respondieron a esta unión “forzada” con una nueva tentativa de emancipación presentándose en lo que se ha llamado la “Conferencia de Kienthal” (únicamente, podría haber añadido Miliukov) para capitular ante los longuetistas en el Congreso Nacional de agosto.

Ya hemos dicho que Miliukov se desenvuelve a las mil maravillas en las intrigas de los tres agrupamientos. A decir verdad, su posición puede verse con suspicacia, particularmente cuando nos asegura tener a su disposición las colecciones de *Goloss* y de *Nache Slovo*, y no es difícil demostrar que no solamente usa hechos y citas sino, también, conclusiones políticas que le ofrecen nuestra publicación. Pero esto no es lo que nos ocupa por el momento. Nos basta con constatar que Miliukov ha entendido el sentido del longuetismo que sujeta a las masas al régimen. En ello es mucho más perspicaz que los “internacionalistas” dispuestos completamente a reconciliarse con el longuetismo pues respetan su significado revolucionario “objetivo”.

Miliukov ha cumplido con su deber ante su audiencia guardándose mucho de explicarles por qué hace falta ese nuevo elemento del longuetismo. A propósito, la cuestión que éste plantea no es baladí. El longuetismo no tiene todavía una gran influencia sobre las masas, pero esa influencia aumenta, y con ella el miedo que inspira. Si los esfuerzos políticos de los longuetistas merecen, según Miliukov, el éxito no puede dejar de inspirarle miedo por la misma razón que nos hace oponerles una encarnizada resistencia. Miliukov se calla sobre este punto, pero debemos creer que ello se debe únicamente a su miedo a debilitar la fuerza de sus observaciones sobre el movimiento obrero ruso...

(*Nache Slovo*, 23 y 24 de agosto de 1916)

### **“Sombras” de la patria**

En la misma página, nos pareció extraordinariamente instructivo e incluso casi simbólico hablar de cinco figuras políticas, o más precisamente de cuatro, y.... ¡Burtsev! En primer lugar, ocupémonos del general Dumbadze.

“Iván Antonovich debutó en el Cáucaso como oficial, y no se informa de nada especial en aquellos momentos. Por otra parte, toda Rusia ha oído hablar de los años

pasados en Yalta, ya en 1906, por el coronel Dumbadze. Su nombre no salió en los periódicos. De origen georgiano, fue partidario de la “Renovación Rusa”, miembro activo de la “Alianza del Pueblo Ruso”. [Por aquí, ha pasado la censura...] Él era el verdadero maestro de Yalta, estricto y diligente. Sus instrucciones eran cortas e incisivas, no le gustaban los discursos vacíos y sacó a los periodistas que, según él, eran incapaces. Prohibió la publicación de periódicos en Yalta y garantizó la protección de los derechos de la familia en la ciudad corrupta. “El general ha sido enviado a un retiro. Parece que esto se hizo sin complicaciones, por razones de salud”, como se dice administrativamente.

Los casos de otros honorables funcionarios son peores.

“El general Komisarov fue destituido sumariamente. Había servido en el Cuerpo de Gendarmería de Petrogrado. Su nombre quedó añadido al nombre de Azew. En el caso llamado así, la respuesta del gobierno a la дума se basó en la información proporcionada por Komisarov. Este último, líder del escuadrón, se agitó durante unos momentos como la cola de un cometa (Azew), y luego desapareció. La buena gente pensó: está acabado. Pero se convirtió, según la jerarquía natural, ¡en coronel y general! Estaba sentado en el trono en Rostov y dirigiendo. (¡Los ladrones se roban unos a otros, Su Excelencia!) y el general fue “columpiado”.

La tercera información adquiere una apariencia incomparablemente más modesta. “Por orden del ministro del interior, el asesor regional adscrito a dicho ministro, Manasevich-Manuilov, queda relevado de sus funciones”. Un asesor cualquiera, pensará el lector no atento. ¡Pero en absoluto! Es conocido como publicista que escribe en *Novoe Vremia* bajo el seudónimo “Máscara”. Pero su profesión principal es la de oficial de policía. Se fue a París y fue a ver a Hervé. De vuelta a casa, una búsqueda reveló 100.000 rublos en el forro de un par de pantalones. Está bajo llave. No hay rastro de los pantalones.

El asesor mostraría poca grandeza de alma si se desesperase. ¿Se sabe alguna vez en qué dirección gira la rueda de la vida? En este sentido, la carrera del sacerdote Vistorgov es un testimonio precioso. “El clero moscovita se conmovió con una noticia sensacional: el nombramiento de un arcipreste, un tal Vostorgov que ya había llegado a Moscú. El metropolitano Makario reúne a las altas autoridades eclesiásticas para decidir sobre la candidatura de Vistorgov. ¿Es bueno? La respuesta es sí. Y Vostorgov, el documento en su bolsillo, marcha para Petrogrado.”

¡Así se hace! ¡Así se hace! Ha robado, traficando: está implicado, directa o indirectamente, en un crimen... en definitiva, es un candidato a la cárcel... ¡y es un arcipreste! ¡No pierda el valor, general Komisarov!

Y por la buena boca... Burtsev llegó a Moscú para determinados trabajos en el Museo Histórico. Luego irá a Saratov para trabajar en el Museo Radichevsky. El gran Burtsev, el terror de los espías y provocadores (excluyendo a los que lo guiaban por la nariz), va de museo en museo, indiferente a la suerte del exjefe de escuadrón Komisarov. ¿Pero qué hace exactamente en los museos? ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? Tal vez está recogiendo información sobre cómo conservar los pantalones de Manasevich.

(*Nache Slovo*, 30 de septiembre de 1916)

### **¡Una brecha!**

Como la prensa rusa no está sometida a una censura republicana que desfigura cada día las páginas de *Nachalo*, podemos hacernos una idea de lo que está ocurriendo en nuestra lejana patria leyendo los distintos periódicos, ya sean de Moscú, Samara o incluso Tomsk. No tenemos la audacia de transponer los artículos de estos periódicos. La censura en Tomsk-la-salvaje no tiene nada en común con el temperamento de la censura en el país de las cuatro revoluciones, de los derechos del hombre y del ciudadano. Por lo tanto, estamos obligados a utilizar el material literario con gran delicadeza y, si vamos a hablar



de maldades, a hacerlo en un tono que sea, si no respetuoso, al menos cortés. ¡Que los lectores tengan esto en cuenta! Debemos constatar que el ascenso del liberalismo en Rusia es más lento de lo que supone la Agencia Havas.

Poco después del nombramiento de Bobrinsky, nos enteramos del nombramiento inminente de... ¡Purichkievich! Havas, como especialista en asuntos exteriores, puede ver en él madera de la que hacemos los ministros. En Rusia, todo el mundo sabe que el diputado estaba conmocionado. Esto fue un error y Purishkevich declaró “que mientras tanto” había declinado el nombramiento.

¡Otra... repentina...! la de Protopopov. ¡Cómo debe de haber animado el celo de Havas! Pero el nuevo ministro se ha encargado él mismo de la tarea de enfriar el entusiasmo. “¿Mi programa? Como miembro de un gabinete, no tengo un programa específico... Hable con Sturmer.” Sturmer tiene un programa... ¡Ah!

Las altas esferas del poder han dado un considerable paso adelante en el camino hacia el progreso. Han creado un ministerio de salud pública. Hace unos años, el profesor Rhein suspiraba tras un tafilete. Nadie le prestó atención y, al principio de la guerra, el profesor fue olvidado. Pero él no se olvidó. “Rhein triunfa”, escribe *Riech*. Ningún gobierno tiene un ministerio de salud pública. Pero, en Rusia es esencial, y el gobierno ha decidido crearlo, es la medida adecuada para responder a la agresión alemana. Por su parte, el periódico *Novoe Vremia* escribe: “¡Este nuevo ministerio llega de forma inesperada! *Rousskoe Znamia* añade: “Sólo puede ser una quimera, pero ¿cuántos sacrificios materiales requerirá?” Pero, a pesar de todas las quejas, el ministerio existe para mostrarle a Havas el camino hacia el progreso ruso.

El artículo 87, que vuelve a salir, sirve no sólo a la salud pública sino también a la moral; para reforzarla, Sturmer se dispone a conceder al clero el derecho de voto en las elecciones a la дума de la ciudad de Moscú. Así, el artículo 87 se utilizará para arrancar la autogestión de Moscú de las garras del nacional liberal Chelnokov. La propia Havas, tan llena de optimismo, no verá en esta medida un esfuerzo hacia mejores objetivos.

Al mismo tiempo, el periódico mencionado más arriba ha abierto un nuevo frente y está lanzando una controvertida ofensiva contra Finlandia. Cada día, el diario de Souvarine la compara con Canadá y Australia y la abruma con el pecado de la ingratitud.

Es fácil entender lo que significa este ataque en un frente tan débilmente fortificado. *Novoe Vremia* es similar al profesor Rhein, que no malgasta su pólvora en gorriones. El periódico entró en guerra con decisión contra el mito de las tendencias democráticas-republicanas aliadas y la preservación en Alemania del culto monárquico. En este punto, *Novoe Vremia* no está de acuerdo con Kropotkin. Proporciona datos históricos, según los cuales los reyes de Prusia han privado a otros monarcas del trono. El Rey de Prusia contribuyó al establecimiento de la república en Francia, nada menos que con un Jules Favre o un Gambetta.

Por lo tanto, hay que señalar que en Rusia se ha estabilizado una corriente bastante dura. Su expresión más fuerte es el artículo 87, así como las tranquilizadoras explicaciones de *Novoe Vremia*.

Pero, ¡hay una brecha! la producción de bienes de consumo... La falta de ellos y el aumento de los precios despertó a Sturmer y tomó el asunto en sus manos. Los agricultores, abrumados por las requisas, están de espaldas contra el muro. Bobrinsky se ha levantado para defender sus intereses. Ha lanzado ataques tan violentos contra él que no vamos a repetirlos.... Sepan que Zemchin debe proteger al ministro de agricultura. El ministro de guerra Chuvayev se ha pronunciado a favor de bajar el precio del trigo, a diferencia de Bobrinsky. Inmediatamente los productores lo clasificaron “a la izquierda”. Si se aprobara la propuesta de reducir el precio del trigo entre un 5 % y un 15 %, parecería

que el ministro renunciaría. “Bobrinsky está agotado por sus esfuerzos para imponer precios firmes y pronto se retirará a sus tierras.” (*Riech*)

Los periódicos no dejan de hablar de otro cambio de gobierno. Todos los días sabemos de retiradas. Se acerca el momento de reanudar los trabajos de la asamblea. En los círculos parlamentarios, “se discute firmemente” sobre la conveniencia de convocar una reunión previa al mandato.

[Artículo totalmente suprimido por la censura]  
(*Nachalo*, 12 de octubre de 1906.)

## VI. Sobre la teoría del socialpatriotismo

### *Un triste documento: Plejánov y su folleto Sobre la guerra*

El folleto de Plejánov *Sobre la guerra* es el más desmoralizador de todos los documentos y testimonios de la derrota del socialismo. No contiene nada más que el autor no haya dado a conocer en forma de cartas a diversas publicaciones. De hecho, su “Carta al redactor” tuvo la ventaja de dejar muchas cosas sin decir y, por la misma razón, mantuvo viva la esperanza. Las cosas no marchan tan mal como quiere darnos a entender Plejánov. Pero ahora tenemos en las manos este folleto de 32 páginas. Aunque da poco qué dar para meditar sobre la guerra, por otro lado, nos permite juzgar perfectamente la posición de su autor; en cualquier caso, no deja lugar a ninguna duda reconfortante.

La primera parte está dedicada a la crítica de la socialdemocracia alemana. Las contradicciones entre las viejas declaraciones de principios y la línea actual de conducta son ciertas, sin lugar a dudas. Pero ya han sido destacadas por la prensa rusa, y Plejánov no nos ofrece nada más que perífrasis.

No hace ningún esfuerzo por explicar este giro de 180 grados del socialismo alemán, sino que, por el contrario, su demostración rinde testimonio de que no considera necesario dar ninguna explicación. Esto no es sorprendente cuando revisamos el folleto. Plejánov sigue totalmente comprometido con esta posición de principio por la que acusa a los líderes socialistas alemanes. Aquí y allá, no se revelan los problemas social-revolucionarios del proletariado internacional, sino los intereses del capitalismo nacional desde el punto de vista de la política de la clase obrera mundial. Que, en cada línea, Plejánov oponga el marxismo al revisionismo, no enriquece su posición y no puede salvarlo de lo que malinterpreta en interés del capitalismo nacional. *Le Temps* y el *Times* acusan al *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* con indignación, lo que no les impide adoptar la misma posición moral y política.... ¡Ésa es la actitud del viejo marxista ruso!

Plejánov concluye o pretende concluir que existe una contradicción dogmática, lógica y al mismo tiempo sofisticada entre la guerra de agresión y la guerra de defensa. No vamos a repetir lo que ya hemos escrito sobre esta metafísica barata, mitad legalista y mitad diplomática, sobre todo porque Plejánov no aporta ninguna prueba de sus confusas conclusiones. Veamos simplemente cómo aplica Plejánov sus criterios.

¡El proletariado tiene el deber de comprometer todas sus fuerzas contra los gobiernos que han perturbado la paz! Estos gobiernos son, según nuestro autor Plejánov, los gobiernos de Alemania y Austria, a diferencia de los de Francia e Inglaterra, y más concretamente los de Japón y Rusia. La evidencia no es difícil de encontrar. Todo lo que se tiene que hacer es leer los periódicos alemanes en vísperas de la guerra. “De esta lectura se desprende que Rusia no podía dejar de apoyar a Serbia sin permitir que su influencia en los Balcanes se desvanezca.”

Así, la política austríaca amenazaba la paz europea. ¡La situación es muy diferente con la política rusa! El zarismo no busca aventuras, no perturba la paz, simplemente “defiende su influencia en los Balcanes”. Al llamar a una acción enérgica del proletariado austríaco contra su gobierno, Plejánov aprueba la política rusa. No es prudente que publique sus opiniones en forma de carta a un socialdemócrata “búlgaro”. La socialdemocracia búlgara ha desplegado gran parte de sus esfuerzos contra el zarismo. Si

Plejánov distingue una gran diferencia entre las políticas rusas y austríacas en los Balcanes, nuestros camaradas balcánicos (¡es mérito suyo!) siempre han considerado a las primeras como las más peligrosas y cínicas. Bosnia y Herzegovina son la manzana de la discordia. Pero el zarismo cedió estas dos provincias por el acuerdo secreto de Reichstadt en 1876 a cambio de la neutralidad austríaca durante la guerra ruso-turca. Es cierto que esto condujo a la creación de Bulgaria. ¿Vale la pena recordar a Plejánov que los esfuerzos del zarismo para convertir a la Bulgaria “liberada” en satrapía condujeron a la formación del poderoso partido estambulovtsiano antirruso? Para castigar esta ingratitud, el zar empujó a Bulgaria a la guerra contra Serbia en 1885 y, en vísperas de las hostilidades, llamó a los instructores rusos.

La liberación de Bulgaria en 1877 sólo se logró gracias al ejército rumano. Como recompensa, Rusia tomó una parte de Besarabia de su aliado. En 1908, empujó a Serbia a la guerra contra Austria, sometiendo a este desafortunado país a una intensa presión política y financiera, y luego cínicamente lo “vendió”, dejando que los liberales barrieran las huellas: en 1910, los agentes zaristas trabajaron para formar un acuerdo militar balcánico contra Austria. Cuando Bulgaria, que no tenía nada que ver con Austria, se giró contra Turquía y sus aliados “en el momento no adecuado”, Hartwig aconsejó a Pachiche que “vendiera” este país ingrato para desmembrarlo. La diplomacia zarista, encendiendo el fuego de la discordia entre los serbios y los austríacos, empujó a los primeros a tomar el puerto de Durazzo. Cuando Austria y Alemania intervinieron, el zar dejó caer a Serbia de nuevo, haciendo que su prensa explicara que no iba a ir a la guerra por un problema tan “Duratsko” (estúpido).

El partido militarista serbio se lanzó sobre Macedonia, y la segunda guerra de los Balcanes se debe a las intrigas de esta diplomacia rusa que, según Plejánov, “sólo defiende sus derechos legítimos”. Sólo podemos desearle un mejor recuerdo.

Así, “Rusia no puede dejar de apoyar a Serbia”. Fueron los funcionarios rusos los que presentaron el caso de esta manera, y sabían lo que estaban haciendo. Luego vino la “necesidad absoluta” de defender Bélgica y Francia... “¿Apoyar a Serbia? ...” ¿No sería lo contrario? ¿No envenenaron los rusos las heridas infligidas a los serbios para lanzarlos a una lucha desesperada por sus intereses “liberadores” en Galicia? ¿No cree Plejánov que el zarismo puede cambiar a Serbia por Galicia, sin la cual no puede volver a casa? ¿No cree Plejánov que el zarismo puede cambiar a Serbia por Galicia, sin la cual no puede decidirse a volver a casa? Plejánov se basa en artículos de la prensa alemana en vísperas de la guerra. *Vorwärts* escribía que Austria provocaba a Rusia. ¡Completamente justo! Pero *Vorwärts* tenía en mente a la Rusia zarista en su realidad: con su codicia, sus crímenes sangrientos y la serie ininterrumpida de sus acciones vergonzosas en los Balcanes, esta Rusia imperial demasiado fuerte para el movimiento democrático revolucionario. De esta advertencia a la diplomacia alemana, Plejánov saca una sofisticada conclusión para aprobar la diplomacia rusa, imaginándola como “la protectora de Serbia y de los derechos naturales de la ley y la moral”. ¿Ahora difiere de la actual *Vorwärts* que explotan la guerra como medio para aprobar el imperialismo alemán? ¡De ninguna manera! ¡Un objetivo, un método! Así que el folleto no contiene nada más, aparte de su fraseología socialista distorsionada, sino los argumentos polémicos de los funcionarios rusos y alemanes; ¡pero estos últimos saben lo que están haciendo! Pero, ¿y Plejánov?

(*Golos*, 30 de diciembre de 1914)

### ***La respuesta de Kautsky a Plejánov***

En la edición de abril del periódico marxista búlgaro *Novoe Vremia*, encontramos un artículo de Kautsky en respuesta a Plejánov. Esto presenta un gran interés en muchos

puntos. Kautsky refuta las acusaciones de Plejánov en lo concerniente a la acción de la socialdemocracia alemana. Es falso que Haase anunciara en Bruselas que los socialistas alemanes responderían a la guerra con un llamamiento a la revolución. Kautsky lo niega como participante en la Conferencia de Bruselas; para los que conocen la posición de la socialdemocracia, no hay duda de que Kautsky tiene razón. Los marxistas alemanes, dirigidos por Bebel, rechazaron en todos los congresos la idea de una huelga general en respuesta a la movilización. Hasta qué punto la mayoría que aprobó a Bebel lo hizo por cálculo táctico o por un sentimiento nacional secreto... esa es otra cuestión. La posición de principio de la socialdemocracia alemana, a diferencia de la de Valliant y consortes, era considerar como utópico cualquier esfuerzo revolucionario en un período de movilización, mientras se refuerza el poder. El hecho de que el 2 de agosto los proletarios no fueran llamados a la huelga ni a la revuelta no contradice las declaraciones de los dirigentes socialistas alemanes ni, tampoco ni muchos menos, los principios de la política socialista revolucionaria general. Es una cuestión de posibilidad y de entender el momento adecuado para elegir, ¡y nada más!

Kautsky defiende a Haase contra todas las acusaciones relacionadas con su declaración del 4 de agosto.

Haase no leyó su propia declaración, sino la de la fracción parlamentaria de la que era presidente, cosa que no hizo en otras ocasiones: “Ahora, la unidad del partido, no podía rechazar su deber.” Esta defensa ahora nos parece muy ingenua, cuando consideramos que Haase no sólo rechazó cualquier otra declaración patriótica, confiando a Hebert esta impactante misión, sino que atacó la nueva línea del partido en las reuniones y se declaró en contra de los créditos militares.

Si la política actual de Haase no destruye la unidad del partido, ¿por qué el partido le exigió que defendiera públicamente una posición a la que era hostil? Por otro lado, si la política actual de Haase amenazaba la unidad al partido, entonces, su actitud, habría sido una mera formalidad y sólo podría explicarse por falta de coraje y perspicacia. Kautsky socorre muy mal a Haase, su alegato se cubre con todas las contradicciones internas de la posición asumida por este mismo Kautsky.

Es falso, afirma, que *Vorwärts* haya cambiado su línea de conducta desde esa trágica fecha en la historia del socialismo alemán y mundial. Todo el mal proviene de la censura. En 1870, el estado de emergencia se extendió sólo a ciertas provincias. En Sajonia, Bebel y Liebknecht gozaban de total libertad de acción. Ahora el estado de sitio abarca todo el Imperio. *Vorwärts* y otros periódicos socialistas deben tenerlo en cuenta para seguir dando apoyo ideológico a los proletarios.

Aquí tenemos un ejemplo de lo que los alemanes llaman “Schoenfaerberei” (un embellecimiento visible de la realidad). Hasta el 4 de agosto, *Vorwärts* luchó contra el peligro de la guerra, destruyendo sin piedad cualquier pretensión de dar a la guerra un carácter progresista y liberador. Desenmascaró la leyenda oficial de que la guerra contra Rusia era la guerra contra el zarismo, y por lo tanto la guerra por la libertad del pueblo ruso. Pero tras el 4 de agosto asumió y transmitió esta leyenda. Junto con los demás órganos de prensa y los comunicados del alto mando, *Vorwärts* presentó las victorias alemanas no como las de las clases dominantes, sino como las del pueblo alemán. Animó la política antirrevolucionaria de servilismo, prometiendo reformas democráticas y sociales al pueblo como recompensa por su celo en la defensa del país.

El estado de guerra puede impedirnos decir la verdad (lo sabemos por experiencia), ¡pero no nos obliga a mentir! Si exige “sacrificios”, la prensa socialista debe tener el valor de soportar los suyos propios. *Vorwärts* y Haase han dado recientemente un gran paso a la izquierda desde su posición posterior a agosto: la defensa asumida por Kautsky menosprecia este esfuerzo.

Esta es la verdad a medias que Kautsky difunde en un periódico marxista liberado de las presiones del estado de guerra.

## II

¿Qué nos dice el teórico de la II Internacional sobre las cuestiones planteadas por el socialismo internacional?

Sobre todo, rechaza totalmente el criterio formalmente diplomático o episódicamente estratégico de la guerra “defensiva” u “ofensiva” para definir nuestras tácticas. “Para mí, la cuestión decisiva no es el *estallido de la guerra*, sino el *fin de la guerra*, es decir, los posibles resultados.”

Como bien muestra Kautsky, Plejánov no se detiene en un criterio formal. Se opone a la idea de que una derrota rusa pudiese contribuir al desarrollo de la revolución; por el contrario, al oponerse al desarrollo económico, paralizaría la revolución. Considera natural que la derrota del imperialismo alemán influya en el curso de la revolución en Alemania. Razones similares tienen Vaillant en Francia y Heydemann en Inglaterra; en Alemania, el ala de la socialdemocracia (dice Kautsky: una fracción insignificante de nuestros camaradas alemanes) cree que la derrota de los Aliados aceleraría el curso de la revolución en Inglaterra y Rusia. Considera la derrota alemana como un desastre económico y, en consecuencia, como el debilitamiento de la socialdemocracia más fuerte del mundo. “Todos creen que la victoria de la revolución internacional depende de la derrota de la patria. Todos creen que su país es el elegido, que ocupa una posición excepcional en el mundo y que para él hay otras leyes que para los demás.” Kautsky no quiere saber nada sobre los pueblos “elegidos”. Las fuerzas económicas y espirituales están en el mismo nivel histórico y la victoria no traerá resultados decisivos para el progreso histórico de la revolución social.

Esta equivalencia de fuerzas impide que los trabajadores puedan definir su posición en relación con la guerra a través de su antagonismo con el gobierno. Hasta ahora, los datos históricos han presentado la guerra no como un conflicto económico interno, sino como una amenaza para el territorio nacional. En un ejército formado merced a la conscripción, el sentimiento dominante es el miedo a la derrota. Cualquier movimiento que quiera actuar sobre las masas, debe tener en cuenta este sentimiento. Todos los conflictos internos resultan en una especie de “moratoria” política: todos los esfuerzos se concentran contra el enemigo externo. “La influencia de los trabajadores se ejercerá sobre los socialistas que no tienen un carácter suficientemente fuerte.” Lo que Kautsky nos dice no es ni una explicación ni un apoyo al nuevo rumbo de la socialdemocracia. Significa: una indefinible mentalidad nacionalista entre las masas desorganizadas rechaza fuera del camino de la revolución a la socialdemócrata más fuerte del mundo, encabezada por personajes “con poco carácter”. ¿Qué pasa después?, se pregunta Kautsky.

Ninguna de los dos campos beligerantes ha alcanzado un éxito decisivo, y es probable que así sea en el futuro. Esto se debe a la equivalencia de las fuerzas económicas y espirituales de los antagonistas. La guerra, por sí sola, no puede producir resultados que puedan tener un impacto significativo en la vida política y económica, pero sí influye en el desarrollo a través de su prolongación. La única manera de salvar a Europa del agotamiento “sería hacer las paces sobre la base de un acuerdo total, no sobre la base de un ‘diktat’”. Sólo la paz, en tales condiciones, corresponde a los principios de la socialdemocracia (Kautsky). Estos principios exigen una paz rápida. Nuestra socialdemocracia debe esforzarse en ello inmediatamente.” Y Kautsky concluye con la esperanza de que “en esta lucha por la paz, caminará al lado de su viejo camarada Plejánov”. Pero, ¿por qué caminos?

### III

Las concepciones de Kautsky difieren de las de Plejánov en el mismo sentido que la posición del actual centro de la Internacional difiere del ala socialnacional. Las concepciones plejanovistas son una mezcla angustiada de prejuicios nacionalistas y piezas de metodología marxista. Cuando se trata de motivos políticos, Plejánov se vuelve más categórico. Defiende la victoria de los Aliados, critica la socialdemocracia, pero apoya a Guesde y Vaillant. Lo mismo no es cierto para Kautsky. Su posición teórica no es tan lamentable como la de Plejánov, pero en los problemas políticos se encuentra en un completo estado de desorden. Se puede decir que la importancia del juicio de Kautsky sobre la guerra aumenta en proporción a su distancia de las cuestiones de política socialista.

Los pueblos se ven puestos ante el peligro de la derrota y la invasión del territorio nacional. Esta es la fuente de este impulso patriótico entre las masas no organizadas. Esto explica (según Kautsky) el comportamiento de la socialdemocracia, su voto a favor de los créditos militares, etc. Esta explicación, en tanto que explicación, es insuficiente, ya que no indica ninguna vía de salida. Si los trabajadores, reunidos bajo la bandera de la [II] Internacional, se pasan en tiempos de guerra al campo de la reacción, ¿dónde podemos ver ahí la garantía de un desarrollo social-revolucionario en el futuro? Kautsky, el reconocido teórico de la II Internacional, no ha hablado todavía del carácter particular de épocas anteriores, del posibilismo orgánico, de la preservación del status quo, tanto interno como externo, en una palabra, de las circunstancias en las que se desarrolló la II Internacional. Cierra los ojos con obstinación, sin querer ver que la guerra no generó las condiciones que llevaron a la bancarrota de la [II] Internacional: “La guerra es la continuación de la política, pero por otros medios”; simplemente reveló la inadecuación de los métodos de la Segunda Internacional. No ve que el comportamiento actual de los socialistas franceses y alemanes no sólo traiciona su instinto de autopreservación, sino que es el cumplimiento suicida de los rasgos limitantes nacionalistas por los que se caracterizó el movimiento proletario en la era anterior. Sólo una explicación concreta e histórica, y no abstracta y psicológica, de la crisis muestra los puntos objetivos de la resistencia a la victoria revolucionaria.

Más deplorable que esta explicación es la negativa de Kautsky a juzgar el comportamiento de los partidos socialistas. Un partido popular no puede dejar de contar con el estado de ánimo de los trabajadores. Si estos últimos son tomados por el pánico nacionalista provocado deliberadamente por el poder y el mecanismo ideológico de la burguesía, los socialistas no deben llamarlos a realizar actos revolucionarios. Pero es extraordinario que la socialdemocracia tenga que capitular ante la mentalidad de las masas. Aunque no pueda convocar una huelga general, esto no significa que deba aprobar créditos militares. Si no puede evitar la lucha fratricida, no está obligada a aprobarla.

Parece que Kautsky es capaz de reconocer (aunque en términos muy cautelosos) que las bases trabajadoras están empezando a comprender la naturaleza desesperada de la guerra, precisamente en términos de su naturaleza militar. Cuanto más dure la guerra, más el impulso patriótico de los trabajadores se volverá contra las clases dominantes que han provocado la guerra y la mantienen “hasta el final”. ¡Que la socialdemocracia se aproveche de esta tendencia, esa socialdemocracia que no tiene ninguna responsabilidad en el estallido de la guerra! Para acelerar el proceso de paz, la socialdemocracia no debe dejar de ser la única fuerza revolucionaria durante las hostilidades.

Kautsky está a favor de la lucha “por una paz rápida”, y espera encontrar a Plejánov, “este viejo camarada”, en este camino. Pero estamos tratando en vano de averiguar qué significa para Kautsky la lucha por la paz bajo las condiciones actuales. Algunos pasajes de sus artículos sugieren que considera esencial “el desengaño” de las

clases dominantes al darse cuenta de la imposibilidad de romper las fuerzas del proletariado. Este desorden general de las fuerzas capitalistas es de inmensa importancia, porque crea las condiciones más favorables “para la movilización revolucionaria del proletariado”. ¿Podemos trabajar en esta dirección sin llegar a una ruptura definitiva con el poder? ¿Continuar la “paz civil” o provocar una ruptura? ¿Scheidemann o Liebknecht? Esta es la pregunta a la que Kautsky no responde. Promete hablar de ello.... después de la guerra.

Pero queremos luchar durante la guerra para no terminar en “bancarrotas” después de la guerra. Debemos constatar que la limitación histórica de la época ignorada por Kautsky engalanó con círculos demasiado estrechos la brillante cabeza de la Segunda Internacional. En esta circunstancia dramática excepcional, Kautsky no da ni un solo consejo, ni una sola indicación que podamos recibir con gratitud.

(*Nache Slovo*, 17, 18 y 19 de junio de 1915)

### ***Evaluación no crítica de una época crítica (La leyenda de la “lucha por la democracia”)***

*1.- Debilidad o fuerza: ¿quién no tiene confianza en sí mismo?*

El grupo de literatos que trabajan en la línea indicada por el diario ahora desaparecido *Nacha Zaria* no se limita a responder al informe de Vandervelde dirigido a los socialistas rusos. Ese grupo ha presentado un informe independiente sobre la Conferencia de Copenhague. Ese documento, por su naturaleza, no puede enseñar ninguna cosa sobre la guerra o los problemas de la socialdemocracia. Pero pinta a las mil maravillas la confusión que se ha instalado en las cabezas de muchos socialistas. El documento ofrece una lista ecléctica de argumentos no demasiado vulgares, no demasiado chillones, no demasiado comprometedores, a favor del Acuerdo Tripartito. No solamente aprueba los puntos de vista del “tripartidismo” sino, también, la unidad del socialpatriotismo en su tripartidismo.

El documento comienza con un sofisma fundamentalmente político. Sus autores consideran que “es imposible adoptar una actitud indiferente frente a las fracciones del poder que luchan entre ellas”, ¿Por qué? “Porque la guerra es un ‘hecho indiscutible de la realidad’”. Desde el momento en que el socialismo no logró impedir la guerra, debe aprovecharse de ella. ¿Cómo? El documento sólo conoce una salida: “Es necesario apoyar a la parte cuya victoria presenta más posibilidades desde el punto de vista de los intereses del desarrollo mundial.” El rechazo a favorecer a uno de los dos campos es, según el documento, el desconocimiento de la guerra, el rechazo a usar, en una palabra, el “boicot”.

Esta concepción de base planteada como axioma sólo es un rechazo de principio a una política independiente del proletariado. La política preconizada por los autores del documento lleva a una alianza entre los proletarios y cualquier organización gubernamental: es una política del “menor mal”, parecida a la de los bloques electorales.

El proletariado es demasiado débil para medir sus fuerzas con los acontecimientos históricos, de ahí la ayuda indispensable de un partido gubernamental. Esos socialistas-imperialistas son de la opinión que el proletariado carece de recursos necesarios para su independencia política bajo las condiciones de una catástrofe mundial. Esta debilidad le impide resolver los problemas de orden internacional. No puede aprovecharse de la guerra más que en el marco nacional. Teniendo en cuenta sus pérdidas, millones de muertos e inválidos, podría confiar en 2 o 3 millones de francos para reformas sociales. Los socialistas capituladores, cuanto menos convencidos están de la fuerza del proletariado, más sutilidades usan.

El ruso usa bastantes más sutilidades que el resto. El documento expone que el proletariado es demasiado débil para no necesitar la ayuda de un grupo gubernamental pero



le asigna un objetivo internacional. Éste es claro: el aplastamiento del militarismo germánico. ¡El proletariado ruso tiene suerte pues su deber internacional coincide con los objetivos de guerra de la Triple Alianza! Los escépticos dicen: “hemos sobreestimado las fuerzas del proletariado.” Es una explicación individual y psicológica que no tiene en cuenta el hecho que el proletariado “subestima sus propias fuerzas”. Su estima de sí mismo y de su estado general está retrasada en relación con su papel en la producción y con el grado de su organización. La psicología, a pesar de los prejuicios subjetivos, se revela como el factor más impresionante de la historia.

Siendo que es la clase más oprimida, que toma conciencia de sí misma en una época de reacción mundial, el proletariado no está desprovisto de vigor sino de confianza en su fuerza. Por encima de todo, le falta la presunción revolucionaria. Esta cualidad no proviene de los artificios “del comienzo espiritual”, como piensan los subjetivistas, sino de las circunstancias de una época agitada que coloca a los proletarios en tal situación que no tienen otra salida más que la vía revolucionaria. Solamente entonces su formidable energía pasará a la acción y se desvelará enteramente a la colectividad.

Nosotros, internacionalistas revolucionarios, tenemos en cuenta en nuestras construcciones teóricas y tácticas que el proletariado, creado por el desarrollo capitalista, pronto o tarde entrará en la lucha interior a la que debe abocar el régimen capitalista. Los autores del documento hablan de la debilidad del proletariado como de un factor indiscutible. Se sirven de ello para ocultar su oportunismo nacional-gubernamental que no puede más que destruir la confianza del proletariado en sí mismo.

Nosotros, internacionalistas revolucionarios, nos marcamos como tareas acelerar el proceso de liberación de los proletarios y librarlos de los instintos serviles de una clase oprimida, hacerles tomar confianza en sí mismos: ajustándonos a la lógica de hierro de nuestra época, ponemos de relieve la política independiente y social-revolucionaria de la clase obrera.

De ahí proviene nuestra oposición tan profunda, fundamental, a los autores del documento.

## 2.- La leyenda de “la lucha por la democracia”

Los escritores citados más arriba estiman que es indispensable sondear cuáles son las naciones cuya victoria favorecería más al desarrollo mundial. Por un feliz arreglo de las cosas parece que son las democracias occidentales que luchan contra el “monarquismo de los junker”. ¿El zarismo? Pero ¡se trata de él en tanto que auxiliar de la democracia! Este es el punto de vista oficial francés del marxista Guesde y del presidente del consejo de ministros, Viviani.

¿Esta guerra es un conflicto de formas políticas? ¿La forma política dominante de la burguesía nos dice algo sobre la naturaleza de las guerras contemporáneas? ¿Qué vemos cuando la República Francesa entra en guerra con el Marruecos bárbaro y monárquico? ¿Una realización de la “idea republicana” o una ampliación de la explotación capitalista? La política colonial de la Bolsa republicana no se diferencia de la de las monarquías. Se guerrea por adquisiciones coloniales, por la conquista de territorios y mares para las grandes potencias. Los objetivos de la guerra no tienen nada que ver con los “principios y formas del poder”. Vemos que la guerra somete a una forma republicana de gobierno a tendencias clericales y reaccionarias. En ello habría una contradicción insuperable si se tratase de la “defensa de la democracia” como durante la Gran Revolución. Pero actualmente la lucha se desarrolla por intereses imperialistas, tanto en las naciones democráticas como en las monárquicas. Que se guerree “por la democracia, contra el militarismo” es un mito, una leyenda que la redacción de *Nachazaria* utiliza para sembrar la confusión en los espíritus y ayudar a las fuerzas socialistas hostiles al socialismo y a la democracia.

La guerra ha sembrado la anarquía en las relaciones económicas y políticas e igualmente ha hecho en los espíritus. Entre estos se cuentan algunos de personas que, sin embargo, estaban armadas de pies a cabeza con el arma de la orientación histórica: el marxismo. Todos comprendían que entre Inglaterra y Alemania lo que había era un antagonismo capitalista. Ahora existen ciertos espíritus que piensan que la causa profunda de la guerra es la estructura semifeudal de Alemania. Las contradicciones irreconciliables nacidas del desarrollo del capitalismo se explican así: hay dos tipos de naciones burguesas, las primeras puramente militares, las segundas democráticas y pacifistas. Así, si hubiese un presidente en el lugar de Guillermo, la rivalidad anglo-alemana se “desarrollaría armoniosamente”.

El marxismo ha dejado sitio a esas ilusiones y mentiras que pretenden que el mecanismo de la democracia lleva a la lucha de clases siguiendo un proceso “armonioso”. ¿Quién difunde esas mentiras e ilusiones en el plano mundial? Escritores que se toman por marxistas.

A. Potriesov estudia, en *Nacha Zaria*, el mito de los junker describiéndolo como la base del mal en este mundo. (A señalar la analogía con el mito judío presentado como el malvado fundador del capitalismo.) Nuestro escritor, a base de citas de la “antigua” (¡más de seis meses!) literatura marxista para oponerla a la nueva, llega a contradicciones mortales. Cita el artículo de Karl-Emilio (Hilferding) según el cual “Alemania, llegada tarde al reparto mundial, ha encontrado su ‘lugar bajo el sol’ ya ocupado”. De donde la conclusión: “sin guerra no hay ningún crecimiento colonial de Alemania”. Potriesov parafrasea a su manera: “el drama del rezagado se expresa así: o hacer la guerra o rechazar el imperialismo.” Podría parecer que el caso está muy claro: el desarrollo económico alemán ha hecho inevitable la “explicación” entre Alemania y Gran Bretaña. Si la Alemania capitalista no puede renunciar a su expansión, ¿cómo “rechazar el imperialismo”? Potriesov llega a esta increíble conclusión: la victoria de la democracia alemana sobre los junker habría “sido el único medio para evitar el actual sangriento conflicto”. En ese caso, ¿qué habría sido del desarrollo capitalista? ¡Nadie lo sabe! Uno se pregunta para qué hemos pasado por la escuela del marxismo.

Los lazos entre los junker semif feudales y el imperialismo están probados pero los primeros no crean al imperialismo ofensivo; por el contrario, llegado más tarde, este último conserva a los junker en los puestos de mando.

La amalgama de las clases feudales y capitalistas es un proceso que ocupa la historia europea desde la segunda mitad del siglo XIX, paralelamente al aislamiento del proletariado. Ese proceso toma en Rusia un “tempo” más acelerado. ¿Conclusión? La victoria sobre los junker no librerá a Europa del militarismo y el imperialismo; la lucha contra el feudalismo hace mucho tiempo que ha dejado de ser un problema independiente. No se puede “liberar” al capitalismo del feudalismo. Sólo aplastando la base imperialista de su dominación se puede vencer a los junker. Más exactamente: la lucha por la democracia ha devenido una parte de la lucha internacional, social-revolucionaria, del proletariado.

Un programa de lucha por la democracia en acuerdo con el militarismo capitalista es ilusiones y mentiras: ilusiones entre los dirigidos, mentiras entre los dirigentes.

*¡Ni subjetivismo ni fatalismo!*

“¿Por qué el proletariado se mantuvo silencioso” en julio de 1914? Este interrogante sólo es una parcela de la cuestión general concerniente a los motivos de la crisis del movimiento proletario mundial. Ahora, en el 17º mes de la guerra, existen aún menos posibilidades que al principio para hablar de la traición de los “dirigentes” como la única razón de la crisis del movimiento obrero. Contra el subjetivismo idealista que

levanta cabeza en los círculos literarios, formulamos la exigencia de buscar objetivamente las causas de esta crisis.

Aquí solamente podemos recordar los rasgos característicos del desarrollo de los partidos obreros hasta la guerra, los únicos que nos darán la respuesta al interrogante: ¿por qué y cómo se ha producido esto? Y en particular: ¿por qué el proletariado desapareció durante las jornadas de julio? He aquí los rasgos;

1° El desarrollo del capitalismo sobre la base del *poder* nacional (la significación creciente del mercado mundial). El desarrollo sobre la misma base del movimiento obrero. La lucha sindical se adaptó a la situación de la industria nacional. La socialdemocracia se adaptó a la correlación de fuerzas en el marco del parlamentarismo nacional. Las organizaciones obreras adquieren un significado nacional netamente delimitado con una amplitud de miras muy limitada.

2° La adaptación a las condiciones fijadas por la industria nacional y el parlamentarismo tiene lugar en una época de *inmovilismo político y de reacción* en toda Europa Occidental. Las fronteras de los estados y las formas políticas de los estados conservan un carácter inacabado. El partido obrero se habitúa a considerar esas condiciones como inmutables. Dichas condiciones están en la base, subjetiva y objetivamente, de su actividad.

3° El inmovilismo de la vida política y la posibilidad de reformas sociales inscriben la energía de la clase obrera en la vía de la organización del movimiento. Se crea una organización dotada de una burocracia complicada que es pasto del “fetichismo organizador”.

4° Los movimientos obreros dependen cada vez más de la posición nacional en relación con el mercado mundial. Éste no depende solamente de sus factores económicos sino también de relaciones entre las fuerzas militares (colonias, comunicaciones marítimas, “zonas de influencia”, acuerdos aduaneros); de aquí claras tendencias del imperialismo en el socialismo.

Estos rasgos característicos se encuentran en grados diferentes en los diferentes países. Las tendencias imperialistas han visto la luz más pujantemente en el socialismo alemán en consonancia con el carácter rápidamente progresivo de la industria alemana. En Francia, donde las formas gubernamentales democráticas tienen un contenido económico conservador, la idea del socialismo se mueve en los círculos de las tradiciones nacionales: la defensa de la república y de la “herencia” de la Gran Revolución. En Inglaterra, las tendencias imperialistas tienen que contar con la lucha contra el servicio militar, peligro que ha aparecido por las necesidades coloniales y marítimas.

En todos esos estados de vieja cultura capitalista y de viejos movimientos socialistas, los partidos obreros se revelan profundamente infeudados al poder. Como la guerra, sea “ofensiva” o “defensiva” (es parecido), amenaza al poder, los partidos obreros guiados por su mayoría entran en liza para defender las fronteras de su país. La política de la mayoría de los movimientos obreros, rompiendo con el principio de unidad de la clase obrera internacional, resume en sí todos los rasgos señalados de la limitación nacional y del posibilismo táctico de los partidos obreros en el último siglo.

\*\*\*

Esta característica de las condiciones generales que preparan la crisis de la Internacional no excluye plantearse la cuestión de cuál es la responsabilidad de los dirigentes y de los partidos, igual que el condicionamiento histórico de la usura no excluye la responsabilidad de los usureros.

La actividad de los movimientos obreros se había producido en dos planos: el parlamentario y el sindical. Una vez, cada tres o cuatro o cinco años, las masas obreras se

movilizaban para elegir a un diputado de confianza, a “un dirigente”. El parlamentarismo no es solamente un sistema de representación sino, también, de sustitución de las masas por los dirigentes. La lucha sindical del último siglo encontraba su más alta expresión en el sistema de las tarifas aduaneras. De ahí provenía el significado excepcional de los dirigentes sindicales, capaces de “inspeccionar” los mercados y de reunirse con los magnates de la industria. La enorme dependencia de las masas, en relación con la habilidad profesional de los dirigentes, les confería a éstos una responsabilidad excepcional. Únicamente un ciego o un pedante pueden ignorar el inmenso significado de la retirada de un Liebknecht, por ejemplo, o, como ahora, de la de los veinte diputados del Reichstag. Todos los motivos de la crisis del socialismo no nos impiden aplaudir a Liebknecht y reprobar a Scheidemann, o más exactamente de marchar mano a mano con el primero y de mantener contra el segundo una implacable lucha. Hacer responsables, a mismo título, a los dirigentes, a los partidos y a las clases, es cambiar la explicación dialéctico-marxista por un determinismo que no puede suministrar más que conclusiones fatalistas y no revolucionarias.

La época pasada ha visto a muchos dirigentes diferentes: oportunistas, revolucionarios, radicales y extremistas. El carácter general de la época explica por qué y hasta qué punto determinados de ellos han adelantado a otros. Esto no impide plantear la cuestión de la “evaluación” táctica. Las condiciones de la época no permitieron a los marxistas alemanes penetrar hasta las masas, pero su papel crítico y revolucionario les ha permitido dar un paso decisivo hacia el umbral de una nueva época en tanto que propagandistas y dirigentes futuros de las masas obreras.

Igualmente, el sindicalismo francés. Esforzándose, aunque bajo una forma primitiva tanto en teoría como en táctica, para oponer la energía revolucionaria de las masas a la política limitada del parlamentarismo, no adoptó el “carácter no revolucionario” de la época. Es suficiente con decir que entre los sindicalistas es donde la oposición internacionalista ha encontrado a sus mejores portavoces y dirigentes.

Se puede pretender que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Pero limitarse a ese juicio es calumniar a los pueblos y, principalmente, al proletariado ruso. La lucha revolucionaria entablada por este último indica que merece un mejor gobierno que el del zarismo. Sería igualmente una calumnia decir de los trabajadores alemanes que tienen el partido que se merecen. Éste se distingue actualmente por su carácter limitado, atrasado y por su falta de confianza en el proletariado, renunciando a la posibilidad de expresar su idealismo y de llegar hasta el final. Si no lo entendemos le cortamos las alas a toda iniciativa revolucionaria.

La fatalidad quiere que los dirigentes que representan las características de la época pasada estén aquí ante nosotros como enemigos políticos muy vivos. Identificarlos fatalmente con la clase obrera sería como quitarnos la tierra bajo los pies.

No somos “subjetivistas”. No les atribuimos únicamente a los dirigentes la quiebra de la Internacional. No buscamos la salvación en la “elección” de dirigentes “fieles”. Pero aún menos somos fatalistas. Somos revolucionarios marxistas. En nuestra lucha nos apoyamos en profundos esfuerzos, constantemente aumentados y objetivos, para la acción socialista y revolucionaria. Mantenemos la lucha contra los “dirigentes” que traicionan no solamente las mejores tradiciones revolucionarias sino, también, los objetivos históricos de la clase obrera.

El proletariado merece una mejor Internacional que aquella que ha destruido la guerra. Queremos participar en su creación.

*Nache Slovo*, 25 de diciembre de 1915

### ***Las babilonias del pensamiento patriótico (Plejánov y el kantismo)***

*Maslov juzgado según Plejánov. Plejánov juzgado según Kant. Alexinsky juzgado según Tijomirov<sup>77</sup>*

Según el poeta la “mente rusa” está acostumbrada a afirmar lugares comunes y a mentir por dos. Esta contradicción básica que situaba a los socialistas en dos campos irreconciliables llegó al marxismo ruso. La nueva corriente, llamada social-nacionalismo, es más débil en Rusia política y espiritualmente que en ningún otro lugar. No queremos tocar el aspecto político, pues salta a la vista a quienes tienen los ojos abiertos que se “defiende” muy bien desde lo alto de todas las tribunas, incluida la de la duma. Pero la justificación teórica de este social-nacionalismo ruso aún no ha sido sometida a crítica. Queremos ofrecer a los lectores una visión de esta nueva filosofía, y pedimos disculpas si las “babilonias del pensamiento ruso” no son más que una transposición de las repeticiones alemanas.

En el número 3/4 de *Nache Dielo*, Maslov, retomando y profundizando su panfleto sobre las causas de la guerra, aborda la cuestión de “la guerra y la democracia”. Trata las cuestiones políticas con la condescendencia de un economista profesional y se libera de la necesidad de emplear cualquier método en este campo. Considera que el sentido común es suficiente. Esto no le impide examinar la “falta de preparación” desde un punto de vista teórico. La condescendencia de Maslov va de la mano con la estrechez de sus puntos de vista. Poco le importan, y esto es lo que importa al ciudadano de a pie, los criterios de “guerra ofensiva” y “guerra defensiva”. “No importa quién declaró primero la guerra.” “Lo importante es saber: ¿qué nación se preparó para la agresión?”. ¿Cómo definirlo? Aquí Maslov sólo nos ofrece su punto de vista personal. El militarismo, como sabemos, no nació ayer. Su desarrollo ha sido paralelo en todas las naciones, ya sea ofensivo o defensivo. En algún momento de este proceso, estalló la guerra. Maslov nos exige saber ¿qué militarista preparó la agresión?, ¿cuál la defensa? Esto es coger el toro por los cuernos. Pero, ¿qué significa “prepararse para la agresión”? ¿Se hace conscientemente? Se trata, pues, del factor subjetivo del militarismo. ¿Puede ser la mala voluntad del gobierno! ¿Cómo definirla?

Si hubo sucesivos gobiernos en el país en los años previos a la guerra, ¿qué criterio debe utilizarse para definir: qué gobierno preparó la ofensiva bélica? ¿Cuál se contentaba con preparativos defensivos? ¿Quizás tenían en mente lanzar una agresión en el momento oportuno? El militarismo japonés y estadounidense se desarrollaron en paralelo, enfrentados por su rivalidad en el Océano Pacífico. Nadie puede afirmar que la guerra entre ellos sea imposible. ¿Cuál de ellos declarará la guerra? Esto, lo sabemos, no significa nada en cuanto a la esencia de la cuestión. Y pedimos a Maslov que nos explique: antes de la declaración de las hostilidades, ¿cuál de los dos antagonistas emprenderá una guerra de agresión? Mucho nos tememos que no podrá decir nada realmente claro sobre este punto. Nuestro amigo, el socialista japonés Kata-Yame, si lee atentamente *Nache Dielo*, debería ser capaz de decidir sobre: ¿cuál es el agresor, Japón o Estados Unidos? Como la política seguida por ambas partes no da ninguna respuesta, a Kata-Yame sólo le queda “tirar” por la ventana el famoso criterio de Maslov.

Éste se da cuenta de que su caso no va bien. Intenta apoyar lo “subjetivo” con lo “objetivo”. “Bélgica, Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania”. “Sin embargo, no lo querían y no estaban preparadas para ello”.

---

<sup>77</sup> Nota de Trotsky: Este artículo fue escrito a finales de 1915 o principios de 1916, con la esperanza de que pasara la censura rusa. De ahí el uso de cierto lenguaje y la elección de ejemplos japoneses y estadounidenses en lugar de los europeos, más próximos. Sin embargo, este artículo nunca vio la luz. Se ha reproducido a partir del manuscrito que conservamos. Las expresiones demasiado antiguas (de Esopo) se han sustituido por términos más sencillos y “soviéticos”, en interés del lector.

Parece que toda la cuestión consiste en lo siguiente: no importa para qué estaba preparado el país, sino si estaba preparado para la guerra en el momento de su declaración. Este criterio nos parece esperanzador, ya que ofrece la posibilidad de una verificación objetiva.

Por desgracia, esto sólo puede hacerse *post factum*, es decir, cuando la guerra ya ha causado muchos trastornos y destrucción y podemos ver quién está preparado y quién sufre derrotas. Por lo tanto, y tomemos nuestro ejemplo en la hipótesis de una guerra entre Estados Unidos y Japón, ¿debería Kata-Yame esperar a pronunciarse hasta que su Emperador sea derrotado? Si la máquina de guerra resulta ser mala, Kata-Yame debe concluir que el Mikado no estaba bien preparado. Pero, ¿se puede construir una máquina de guerra sólida preparándose para la defensiva? Y a la inversa, ¿se puede pasar a la ofensiva con medios mediocres? A este respecto, hay un excelente dicho en japonés: “Ambición por un rublo, munición por un penique”. Puede que el Mikado tenga en mente conquistar San Francisco, pero las “ratas” de la intendencia han mordisqueado tan a fondo su artillería que se ve obligado a abandonar su plan. ¿Es probable que la conducta de los socialistas nipones dependa de la fuerza de las ratas del intendente?

Obviamente, ¡Maslov duda de sus propios argumentos y se esconde a la sombra de la autoridad! “En su artículo, Plejánov<sup>78</sup> ha señalado [¡muy acertadamente! ¡y muy inteligentemente!] que quien se niega a pronunciarse sobre el interrogante: ¿quién es el agresor? se reconoce incapaz de emitir un juicio sobre la guerra”.

Sobre la “muy alta inteligencia”, no discutiremos con Maslov; él tiene los documentos en la mano. Observamos que los mismos socialistas, escudándose en la “defensividad”, no tienen agallas. Maslov, y el hombre al que adula, Plejánov, no abordan la esencia de la cuestión. Piensan que todo está demostrado desde hace tiempo: la unión de los proletarios con la burguesía y el poder ante la guerra es para nuestros dos escritores la base del programa socialista; pero no es para todos lo mismo, en ningún caso para Berlín, sino sólo allí donde la patria está a la defensiva. La nación atacada se defiende. ¿Quién ataca? ¡El que se ha preparado! ¡El que se ha preparado es el que realmente se ha dedicado a sus preparativos! El socialismo no sólo lo reconoce, sino que se ha construido casi exclusivamente sobre él. Para convencerse de ello, dice Plejánov, basta con familiarizarse con la resolución de los partidarios de Jaurès en el Congreso del Partido Socialista Francés celebrado en Limoges en 1906. Allí se dijo más abiertamente que el proletariado francés se sentía obligado a defender su país y tenía derecho a contar con el apoyo de los proletarios de otras naciones. Nos parecía que el Manifiesto de la Internacional Comunista<sup>79</sup>, en el que se afirma que el proletariado no tiene patria, tenía un carácter más general para el movimiento obrero mundial que la resolución de Limoges. Pero recientemente los Plejánov y los Maslov se han convencido de que la piedra angular del socialismo es la defensa del poder burgués ¡“si es atacado”! *Nache Dielo* se encoge de hombros despectivamente ante los “anarquistas” y otros “inadaptados” que no han seguido los cursos de ciencias socio-patrióticas. Pero, ¿dónde hay que apuntarse para estos cursos?

A veces se cita a Bebel, aunque no de muy buena gana, porque es alemán y para los tiempos que corren... y, aunque muerto, no se le puede considerar una autoridad. El mismo pensamiento, formulado en un lenguaje que es una mezcla de lemosín y patois de Nizhni Nóvgorod, adquiere un carácter más combativo.

Hay que reconocer que Bebel había declarado “que la socialdemocracia debe participar en la defensa de Alemania si es atacada”. Este punto de vista, formulado de forma bastante vaga, había sido defendido por Bebel de forma débil frente a las críticas

<sup>78</sup> Ver en nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria: Obras escogidas de G. V. Plejánov*.

<sup>79</sup> Sic: “Manifeste de l’Internationale Communiste”, página 210. ¿Manifiesto Comunista? EIS.

de los marxistas alemanes. En el Congreso de Hesse, Kautsky<sup>80</sup>, que aún no se había desvinculado de la obra de su vida, respondió a Bebel: “No podemos compartir el espíritu belicista del poder, siempre que estemos convencidos de que estamos amenazados de agresión; Bebel tiene razón al proclamar que en 1870 llegamos lejos y que ahora estamos en condiciones de juzgar si se trata de una agresión real o fabricada. No asumiré la responsabilidad de tal decisión. No estoy convencido de que podamos estar seguros de la buena fe de nuestro gobierno... Ayer fue Alemania la agresora, mañana será Francia, pasado mañana Inglaterra. Siempre está cambiando. En realidad, la guerra tiene un significado internacional para nosotros porque, entre las grandes potencias, desembocará en un conflicto mundial. Pero es muy posible que el gobierno alemán consiga convencer a sus proletarios de que es víctima de una agresión; el gobierno francés hará lo mismo con los suyos, y los dos proletariados se lanzarán el uno sobre el otro de buena fe. Podemos evitarlo si tomamos como criterio no la cuestión de la defensa o el ataque, sino la de la defensa de los intereses de los proletarios.”

Este punto de vista de Kautsky es quizá una excepción. Estuvo cerca. Al citar la resolución patriótica de Limoges, nuestros socialpatriotas olvidan que la historia socialista no termina con el jauresismo y no termina en 1906. Siguió los congresos de Stuttgart, Copenhague y Basilea. En ellas se trataban sobre todo asuntos relacionados con el militarismo, el imperialismo y el creciente peligro de guerra. Las resoluciones adoptadas por estos congresos subrayan que el peligro surge de la rivalidad de las grandes potencias imperialistas. Niegan a los gobiernos toda ayuda del proletariado y recomiendan a todos los partidos socialistas la agitación con el objetivo de acelerar la revolución social.

¿Ni una palabra sobre la cuestión de la “defensa” como criterio?

Nadie se permitía plantear la cuestión así. Parecía que todos veían claro que el imperialismo es agresivo por naturaleza y que la guerra sería el resultado del choque de tendencias agresivas opuestas.

Hay que tener mucho cuidado al abordar estas cuestiones generales esbozadas en el espíritu de *Nache Dielo*.

En el contexto de un conflicto muy limitado como el de Noruega, que quería vivir de forma independiente, y Suecia, que quería forzarla a la unión, apliquemos los criterios de “ofensiva” y “defensiva”. Pero, ¿se puede comparar esta lucha casi provincial con la guerra entre dos gigantes para saquear un tercer estado, un cuarto, etc.? Este falso criterio de “defensividad”, que carece absolutamente de valor en nuestra época de conflictos imperialistas, ha sobrevivido en algunos círculos socialistas como herencia de épocas más primitivas, como medio de orientar las relaciones internacionales en la política mundial.

¿Qué representa entonces la cita de Kautsky? ¡Nada! Su propio autor no ha estado a la altura de las circunstancias. A los que mantuvieron la cabeza fría no se les pasó por alto la irrealidad de un criterio que se pierde por completo. Pero, en definitiva, la cuestión no se resuelve con correcciones de los textos. No querer adecuar las viejas opiniones a los nuevos acontecimientos no es más que una lamentable cobardía intelectual. Proviene de esta noción de “defensa”. ¿No se ha cumplido de forma horrible lo que Kautsky advirtió?

Maslov cita en su panfleto el artículo de un escritor de guerra alemán, según el cual las guerras actuales sólo pueden librarse con fines imperialistas, pero para dirigir a las masas, éstas necesitan consignas nacionales, políticas, morales y religiosas en respuesta a la agresión. Se pueden extraer muchas citas similares de autores ingleses, franceses y de otras nacionalidades. Maslov introduce la cita “inmoral” del autor alemán

<sup>80</sup> Ver en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria: Obras escogidas de Karl Kautsky](#).

y asiente. Mientras tanto, el alemán Maslov vierte toneladas de literatura sobre la guerra “defensiva” y “ofensiva” y pone más y menos donde Maslov ha puesto menos y más. Si el ruso Maslov hablara menos de la falta de preparación teórica extranjera, tendría más tiempo libre para pensar en la suya propia. Se habría convencido de que los fontaneros germánicos no se vuelven más convincentes por estar mal traducidos al ruso.

La conclusión es que Maslov, en su búsqueda de Plejánov, se ha extraviado completamente y permanece irremediamente fuera de contacto con el desarrollo de la filosofía social-patriótica. Una vez encauzados los criterios formales de la política internacional, Plejánov recurre alegremente a la ética positiva kantiana: “En la creación hay todo lo útil, y lo útil tiene su sentido como medio, pero el hombre... es un fin en sí mismo”: Ésta es la ley moral de la que la humanidad civilizada va tomando conciencia. Contiene básicamente este derecho a “la política exterior del proletariado”.

Ahora la cuestión se aclara desde arriba. Sabemos que Plejánov está descontento con la socialdemocracia alemana, que ha votado los créditos exigidos por su gobierno y le apoya en su lucha interna. Pero la protesta de Plejánov no está motivada por la retirada de la socialdemocracia de la lucha de clases, sino por el hecho de que la conducta del gobierno alemán le parece una violación de las leyes morales establecidas por Kant. En este caso, dado que del lado de la Entente los estados capitalistas consideran a los demás pueblos como medios, no como “fines en sí mismos”, Plejánov considera que es deber del partido obrero apoyar el militarismo nacional. La cuestión, como vemos, ¿se eleva a una altura filosófica vertiginosa! Adoptando este punto de vista, es completamente innecesario investigar quién empezó la guerra y quién la preparó. Simplemente hay que preguntarse: “¿En nombre de qué se libra la guerra? Así, por ejemplo, si el Mikado se da cuenta de que Estados Unidos amenaza con mirar a México no como “un fin en sí mismo” sino como “un medio para producir petróleo”, y si declara la guerra para defender el Imperativo Categórico de Kant y restaurar su pureza primitiva, Kata-Yame no necesita tener más dudas... Que ponga sus créditos financieros y morales al servicio de su gobierno. Este último va por buen camino.

¡Sólo nos damos cuenta de lo retrasado que es Maslov! Es cierto que incluso Plejánov, que, junto con la humanidad civilizada, ha ido conociendo el imperativo kantiano y su aplicación a los métodos imperialistas, sigue insistiendo en los criterios de guerra defensiva y ofensiva. “Sólo en el primer caso, la participación de los proletarios conscientes es obligatoria.”

Es visible que esta terminología anticuada subraya las etapas del pensamiento plejanoviano, porque el término “guerra defensiva” debe entenderse en sentido filosófico-moral y no empírico. Toda guerra puede llamarse “defensiva” si apoya el reconocimiento de una ley moral, independientemente de quién afiló mejor su cuchillo y entró primero en acción. Plejánov dice con franqueza: “El explotador oprime, por eso ataca; el oprimido lucha por liberarse, por eso se defiende.”

Para no herir los sentimientos de nadie, ciñámonos, como antes, a ejemplos puramente hipotéticos. Estados Unidos se abalanza sobre México; Japón interviene, respondiendo a la llamada del imperativo categórico. Estados Unidos es el agresor; la ofensiva japonesa corresponde al significado moral de guerra “defensiva”. Conclusión: Kata-Yame tiene vía libre. Siempre puede decir que, si el ataque japonés resulta victorioso, el Mikado actuará hacia el México “liberado” no como un “fin en sí mismo” sino... ¡de la manera más descarada! Por lo tanto, ¡el viejo Kant tendrá que “revolcarse en su tumba” de todos modos! Plejánov, que completa su metafísica moral con una dialéctica de lo más sofisticada, tendrá el consuelo de saber que Kant se revolcará dos veces: la primera por la violación, la segunda por la afirmación de sus imperativos morales. Como resultado, ¡volverá a su posición primitiva! Pero México no será mejor por ello.



En nuestro ejemplo, hemos elegido el meridiano de Tokio. Pero en el meridiano de Washington también hay candidatos al kantismo. Tan pronto como Japón envíe sus dragaminas y submarinos para demostrar, a costa de la flota estadounidense, el vigor del imperativo moral, Sir Wilson recordará que Japón acaba de tratar a China (imponiéndole un tratado) de tal manera que ésta se encuentra en la posición de una colonia japonesa. Puesto que se trata de transformar al pueblo de un “fin en sí mismo” en un “medio”, la armada republicana encargada de restablecer la justicia tendrá todo el derecho a contar con el apoyo de los socialistas estadounidenses. Si estos últimos, olvidando su programa y las resoluciones de muchos congresos, comienzan a actuar a la manera plejanoviana a favor de una política internacional kantiana, veremos... ¡Lo que podemos ver en Norteamérica y Asia, lo veremos en Europa! pero esto ya lo hemos visto... ¡De ahí nuestra superioridad! No necesitamos adivinar, tenemos la experiencia y la hemos pagado cara...

La posición interior de Plejánov subraya el drama espiritual de este hombre que durante treinta años popularizó el marxismo y que, en el momento crucial, ¡lo cambia por el método de Kant! ¡Qué triunfo podría ser éste para los Bulgakov, Struve y Berdiaev si no se hubieran convertido hace tiempo a los métodos del beato Agustín!

El imperativo moral de Kant es la transposición metafísica de la lucha por la emancipación del Tercer Estado. La burguesía ha dejado de ser un “medio” para convertirse en “la meta en sí misma” desde que rompió las barreras feudales. La norma moral kantiana ha encontrado su expresión política en el régimen democrático. Pero en nuestra sociedad de clases, el proletariado corre, enjaezado por el capitalismo, como el caballo que hace girar la rueda del molino. Poner la política socialista bajo el control supremo del imperativo kantiano es situar la lucha de clases al nivel de las normas de la política democrática, lo que significa: capitular ante la sociedad de clases. Se puede decir que el principio kantiano adquiere aquí un sentido “superior” y que encontrará su materialización definitiva en el colectivismo, donde el trabajador dejará de ser un “medio” del capital, del mismo modo que Jaurès veía en el socialismo la materialización de los principios de la democracia republicana.

No se puede prohibir mezclar el colectivismo con las elucubraciones de los filósofos y los sistemas de las religiones, como tampoco se puede prohibir pintarse la nariz de color lila. Se pueden encontrar en el socialismo similitudes con la filosofía de Kant, las enseñanzas de Cristo o de Confucio. Pero poner la lucha de clases bajo el control de los principios morales kantianos, cristianos o confucianos es abrir un crédito ilimitado a la sociedad que necesita “normas obligatorias” contra las normas de clase del proletariado. Desde el punto de vista de una verdadera lucha de clases, aceptar la idea del “objetivo en sí” y de los “medios” es o una total indigencia mental o una mentira reaccionaria. Mejor dicho, la indigencia mental conduce automáticamente a la mentira. Contra el “rompehuelgas” que no quiere servir de “medio” a los fines de la colectividad, el proletariado utiliza la poderosa arma de la disciplina, y hace valer sus derechos no en el plano metafísico, sino en el plano (psicológico) de la acción de clase que lucha por su liberación.

El social-nacionalismo sólo puede transformar a un proletariado que ya ha alcanzado un alto grado de conciencia en un “medio” para objetivos que le son ajenos e incluso hostiles. Como Plejánov se sentía avergonzado por atiborrar el marxismo de sofismas, buscó argumentos teóricos más favorables para la política del social-nacionalismo. En su vejez se vio obligado a tomar el camino de la filosofía normativa, con la bolsa del mendigo, en su búsqueda de imperativos categóricos morales. “¡Has vencido, hombre de Königsberg!”

\*\*\*

Si Plejánov aporta rasgos filosóficos al socialnacionalismo, no puede decirse lo mismo de Alexinsky, que es el tipo de cómico agresivo. La comedia tiene dos tipos: la simple y la desagradable. Alexinsky es el tipo perfecto de bufón malvado. Arrojado a las orillas de la socialdemocracia por la ola poco selectiva de la revolución de 1905, dio rienda suelta a su malicia en la tribuna de la Segunda Duma. Pero esa era termino, dejándole enfurecido. Ocupó su lugar en el ala de extrema izquierda del Partido Bolchevique. “Boicoteando”, “negándose a participar”, veía en la participación de la fracción bolchevista en las elecciones a la duma una negación de los principios del Gran Año. No había político ruso al que no hubiera acusado de colaborar con la Rusia del 3 de junio. Sólo tenía una relación con el imperativo moral kantiano: considerar el propio yo como “la meta en sí misma”. Cansado de su izquierdismo, que le hacía atacar a todos los que consideraba “más a la derecha”, y habiendo agotado todos sus recursos espirituales, Alexinsky no podía dejar de ver en la guerra una feliz posibilidad de salir del atolladero político en el que se hundían sus esfuerzos por volver a entrar en la arena política. Si antes había sido el más “de izquierdas”, ahora demostraba ser el más “de derechas”. Su orientación fue ventajosa: el socialpatriotismo no sólo renovó sus recursos espirituales, sino que le abrió el inmenso campo de posibilidades de “insinuarse” a escala gubernamental e incluso en el campo aliado, mientras que hasta ayer el izquierdismo extremista le había confinado a los estrechos confines de la facción del partido.

Comenzó su acción patriótica bajo la bandera de la lucha contra el militarismo prusiano en el periódico parisino *Le Bonnet Rouge*. Extrajo ciertas indicaciones de un periódico publicado en París, *Golos*, que no solía ser benévolo con los socialpatriotas “habsburgueses”, sobre las oscuras artimañas a las que se entregaban ciertos ucranianos, indicaciones que tendían en vano a hacer creer en los contactos entre el alto mando austriaco y los emigrantes rusos en Suiza. Alexinsky no sólo no busca la autenticidad de la fuente de la información, sino que construye su artículo de tal manera que refuerza los rumores que vinculan a *Golos* y *Nache Slovo* con ciertos fondos misteriosos procedentes unas veces de los Hohenzollern, otras de Rachkovsky. En la persona del redactor jefe de *Sovremenni Mir*, Jordansky, que tenía una mente suficientemente viva, Alexinsky encontró al jefe adecuado.

Saludado como un hermano con sus “revelaciones ucranianas” por los ladridos de la prensa reaccionaria, Alexinsky intentó justificarse recurriendo a su informador *Golos*. Pero este esfuerzo por exculpase llega un poco tarde y sólo hace más evidente su intento de cargar a otro con el peso de su deshonra. ¡En vano! Las revelaciones de *Golos* pretendían limpiar la moral en los círculos de emigrantes. Las revelaciones de Alexinsky sólo sirvieron a los enemigos de estos círculos. Después intentó calumniar al irreprochable socialista rumano Rakovsky<sup>81</sup>. Desenmascarado y puesto en evidencia, no hizo ningún esfuerzo por redimirse, sino que volvió silenciosamente al orden del día, es decir, a sus actividades en el campo de las “insinuaciones de orden patriótico”.

Incesantemente confundido, despreciado, hundiéndose cada vez más en el fango de la reacción, Alexinsky continúa en la niebla social-patriótica enarbolando en alto su nueva bandera y rinde testimonio del grado de bajeza al que puede conducir el socialnacionalismo cuando uno extrae su ideal, no de la moral de Kant (“Proposiciones fundamentales a la metafísica de la moral”), sino del panfleto de Tijomirov: “Por qué dejé de ser revolucionario”.

Así son las babilonias del pensamiento nativo. “Nuestro tren no circulará como el alemán...”

---

<sup>81</sup> Rakovsky, Khristian (Rako), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

Si Plejánov ha desatado todos los lazos filosóficos a favor de todos los Alexinskys, nuestro Sudekum ruso retorcerá la nariz al alemán, demostrando, sin moverse de su sitio, que en interés de la moral y de la patria está dispuesto a despojarse de los accesorios indispensables del vestido.

### *Su literatura*

#### *En lugar del panorama general del Año Nuevo*

El año pasado fue testigo del nacimiento, desarrollo y, por así decirlo, florecimiento de una nueva rama de la literatura rusa: la literatura social-patriótica. Durante los primeros meses, los socialpatriotas rusos se contentaron con propaganda oral. Pero poco a poco la fueron imprimiendo. Les allanó el camino el creador del marxismo ruso, Plejánov<sup>82</sup>, el hombre que abrió nuevos horizontes a nuestra generación al decir que el ejército ruso estaba formado por leones comandados por burros... Poco después se produjo un cambio notable en el alto mando. En los círculos sociopatrióticos y en la redacción de *Prisiv* sigue sin respuesta la siguiente pregunta: ¿en qué dirección se produjo el cambio? ¿Aprobación o rechazo del aforismo de Plejánov?

Lo que está más claro es la adaptabilidad de Plejánov a la hora de aplicar los imperativos morales kantianos a la rehabilitación final de la diplomacia zarista. Esto se hizo en un momento en que los ejércitos rusos avanzaban hacia Galitzia y aún no se había perdido toda esperanza de conquistar Königsberg. La anexión filosófico-patriótica del pensador de Königsberg por Plejánov no podía dejar de ampliar el pensamiento social-patriótico. Desde entonces, ha pasado mucha agua bajo los puentes. No necesitamos a Kant para justificar la guerra liberadora de los Balcanes o la misión histórica del zarismo en Persia. Esperamos que la escuela plejanoviana nos explique cómo la ocupación de Persia es un contrapeso moral a la invasión de Bélgica. Si nuestros partidarios de Kant aprueban la guerra, aprueban a Grégouss en Galitzia; por lo tanto, deben aprobar a Liajov en Persia. Hace siete años colgaba de los pies a los demócratas de Teherán, pero aquello no era más que la expansión pogromista rusa. Ahora es otra cosa. Liajov ha llamado al poder al viejo “sacristán de amén” persa, Fahraman-Farma, y parece ser el partidario predestinado de la Justicia y el Derecho. Los hechos materiales no son nada si la idea no los espiritualiza.

En el extremo opuesto del espectro del patriotismo social se encuentra el Sr. Alexinsky. La relación entre este tipo y el “imperativo moral” es más o menos la misma que entre mi tía y el código penal. Por otro lado, ¿podemos considerar sus “obras” como literatura? Y, sin embargo, no se le puede excluir de la rama social-patriótica más de lo que se puede eliminar una palabra de una canción. Sin él, sin su sabor especial, el socialpatriotismo es insípido. Al final, quitad a Plejánov, que reconcilia a Kant y a Liajov, quitad a Alexinsky, que debería someterse a un examen médico... ¿qué queda? Avksentiev y Voronov, Argunov y Bunakov, es decir, publicistas que descienden en línea recta de Tiapkin-Liapkin, de Kifa-Molcievich, en el mejor de los casos de Kozma-Prutkov. Este linaje espiritual tiene su superioridad, sin duda, porque da testimonio de tradiciones muy arraigadas e incluso resulta ser una guía indispensable para el social-nacionalismo. Tiapkin-Liapkin... el nieto es parecido al abuelo... no se preocupa por los métodos... ahí radica su fuerza. Por supuesto, no sale de ahí más que una imbecilidad delirante, “lo hace todo por sí mismo, en virtud de su sola mente”. La observación: “Mucho espíritu es peor que la total ausencia de espíritu”, no se aplica a nuestros patriotas sociales...

<sup>82</sup> En nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) ver [Obras escogidas de G. V. Plejánov](#).

Quien ha leído el difunto periódico *Novosti* y ahora lee *Prisiv*, respira, contento o no, todas las fragancias de Kifa-Mokievich y Tiapkin-Liapkin. “Aquí un motivo fino y más político...” así comienza su artículo de cabecera. Significa exactamente: “Rusia... sí... quiere hacer la guerra... y los gobiernos...”. En términos más sencillos, para *Novosti*, como para su descendiente *Prisiv*, es Alemania la que quiere hacer la guerra, y los gobiernos rusos montan guardia para proteger la democracia.

En los últimos meses, la prensa social-patriótica se ha enriquecido con una nueva publicación... (¡era la única que faltaba!) *Svobodnoe Slovo* de Deutsch, editada en Nueva York. ¡No podemos permitirnos hablar de ello! Por lo demás, Deutsch nos recordaba que a la edad en que nosotros gateábamos bajo la mesa, él ya tenía la teoría de la plusvalía a sus espaldas y nos mostraba, tan claramente como dos son dos, que nuestros artículos serían una ofensa para nuestra tía abuela, a la que aplastó los dedos de los pies el 13 de enero de 1876.

Podríamos replicar que nunca hemos tenido una pariente así. Pero eso requeriría testigos, investigación en los registros del estado civil, demasiados testimonios. Es mejor evitar el peligro. Nos queda la literatura jurídica social-patriótica. No cabe duda de que la producción política de Masslov y Cherevanin está directamente influida por los relatos de Tiapkin-Liapkin. Al leer *Nacha Zaria* y *Nache Dielo*, resulta difícil creer que el marxismo en Rusia haya librado semejante lucha con el “subjetivismo y el liberalismo” y que la socialdemocracia rusa haya superado la prueba de 1905. Bajo la fraseología “pseudomarxista”, pasa la punta de la oreja del ciudadano al que el alemán ha enfadado.

Reconozcamos, sin embargo, que esta prensa no tiene la estupidez y los rasgos caricaturescos de la prensa social-patriótica de la emigración. No cabe duda de que la proximidad de Sazonov y Jvostov tiene un efecto beneficioso. Pero el mayor servicio lo presta... la censura. Ofrece a nuestra prensa la posibilidad de no llevar sus manifestaciones hasta el final, de no “meditar” sus pensamientos hasta el fondo. ¡Cuántas reputaciones liberales y radicales se salvaron en los buenos tiempos! ¡No tenían mejor consejero que la censura! Pero, por desgracia para nuestros socialpatriotas, ¡ya no estamos en los buenos tiempos! ¡La revolución estalló hace 10 años! Lo que no se demuestra ahora, ¡se hace! Uspensky escribió: “La característica de la ‘intelligentsia’ rusa es la ‘honorabilidad del pensamiento’ y el ‘parasitismo de la acción’”. En opinión de los redactores de *Nache Dielo*, la “honorabilidad” queda aplastada por el “parasitismo”.

Nuestros social-patriotas lo han intuido y preparan para el Año Nuevo una obra colectiva escrita por los veinte diputados (exactamente como en Alemania) que votaron contra los créditos militares. Esta obra se titulará “Autodefensa” (autores: Potriesov, Bibik, Kubikov, etc.).

Si hay que creer a la prensa legal (en este caso concreto no hay razón para no creerla), el carácter de esta obra fundamental es tal que sólo nos quedará señalarla a las masas y proclamar: “¡Aquí yacen las cenizas de veinte ex socialdemócratas!”

## “Autodefensa”

### 1.- “Será necesario”

Hace algunos años, en plena contrarrevolución, un grupo muy conocido de la intelligentsia cadete, que tenía como jefe a P. Struve, publicó su programa bajo el título *Veji*, programa en el que rompía definitivamente toda relación con el “radicalismo irresponsable” y adoptaba el punto de vista gubernamental. Ahora una parte de la intelligentsia marxista publica una revista que, según uno de nuestros camaradas, sería el equivalente a *Veji*, digna del social-patriotismo ruso.

En esta revista, doce autores: como los apóstoles. Uno de ellos, Sedov, le ha parecido sospechoso a la censura y ésta ha suprimido totalmente su artículo. Pero el

espíritu de Sedov (que, según el *Nache Diele* es “nuestro internacionalista”) está impreso en la revista pues en el prefacio se declara esto: “Las ideas de internacionalismo y autodefensa *comprometen a todos nuestros colaboradores*, así están relacionados todos los diferentes matices de la colectividad contemporánea que se encuentran en los escritores sin lugar a dudas.”

En estos no solamente hay diferencias sino también contradicciones y oposiciones (¿tenemos que emplear esa palabra desplazada, “profundas”?). La argumentación de estos autores es totalmente superficial. Pero por encima de todas esas oposiciones, se mantienen juntos gracias a una unión real, ¡innegable!... La de la capitulación ante la burguesía y el gobierno. Le dan la espalda al socialismo revolucionario y no son capaces de poner en orden su argumentación “socialista”.

Nos ocuparemos de esta argumentación no por su valor teórico, que es nulo, sino por su significado demostrativo que es indudable. La revista es el testimonio evidente de que, si la autoliquidación del socialismo en Francia ha tenido que tomar la forma ministerial, en Rusia es suficiente con que tome la forma de la “idea de defensa”.

Ante todo, deseamos darle al lector la posibilidad de sentir el “espíritu” general de la revista. No hay mejor modo de hacerlo que dejar hablar a los autores.

El artículo de cabecera está firmado: V. Zasúlich. Este nombre pertenece a la historia de la revolución rusa y a la de nuestro partido. Por ese motivo nos habría gustado pasar de largo del artículo. Pero... el artículo encabeza los *Veji* del social-patriotismo y, en consecuencia, pertenece a la historia: es el enemigo político contra el que se debe llevar adelante una lucha implacable.

“Desde el principio he deseado (y deseo todavía) el más completo aplastamiento de Alemania. Estoy inspirada no solamente por el amor a la patria sino por mi inquietud hacia las “democracias occidentales”. Alemania, con sus nuevos medios de llevar adelante la guerra, provoca en el ser humano la indignación y repulsión.”

El “clou”, la principal atracción, de la revista es sin duda alguna el artículo de A. Potresov, “La Internacional está en ruinas. No solamente los gobiernos están en lucha no por miedo sino por conciencia, pero también los pueblos y, a la cabeza, el pueblo de los trabajadores. ¿Quién ha roto el mundo de las masas trabajadoras y demolido su unidad?”, pregunta el autor “El curso de los acontecimientos da la respuesta indiscutible y clara: *la idea de patria*.” Pero esta idea que ha reducido a la “Internacional a ruinas” ¿es engañosa? En absoluto, al contrario: “El proletariado puede perder mucho: su capital de trabajo y luchas...” Y he aquí las conclusiones concernientes a Rusia: “Todavía no tenemos patriotismo en tanto que sentimiento de masas, por ello ganar a Rusia para el patriotismo es también obrar a favor de Europa...” ¡El ciudadano patriota ofrecerá (¡será necesario!) su vida en el altar de la patria! (que el lector nos perdone, pero ¿cómo no gritar? “¡como lo escriben bien los hidalguillos de Kursk!”). Y he aquí el vibrante llamamiento de la conclusión: “¡A través del patriotismo (no hay otro camino), marchamos hacia el reino internacional de la fraternidad y la igualdad!”

Ivan Kubikov (un obrero, no sin cierto renombre) escribe sobre “la clase obrera y el sentimiento nacional”. Reconoce que “entre los socialistas de todos los países, se encuentran Südekum que deshonran la gran idea de la Internacional”. “Pero el amor a la patria no es una palabra vana (página 27)” “Únicamente simples nihilistas pueden pretender que las masas no se sientan concernidas por la pérdida de 18 provincias.” Más adelante, Kubikov recurre a la forma poética: “¡Ayuda, piedad, a la patria que llora en harapos!” Vemos que los obreros de Petrogrado no son más lamentables escritores que los hidalguillos de Kursk...

Maslov repite que Alemania amenaza al sistema aduanero, en consecuencia a la industria, en consecuencia al proletariado: “No solamente la burguesía alemana sino,

también, los dirigentes de los trabajadores alemanes están en el camino de la política de conquista... Esos apetitos que sólo quieren destruir el bienestar de los proletarios de otros países, no pueden reprimirse más que si se opone a la política de conquista de Alemania una resistencia decisiva.”

K. Dmitriev escribe: “La única consigna posible actualmente de la democracia rusa es la siguiente: por la defensa de la patria, protejamos al mundo libre asegurando al mismo tiempo los intereses de los pueblos que hayan firmado un acuerdo con nosotros.”

Anne [Jordan] escribe: “Todos los partidos marxistas europeos han considerado la guerra bajo el ángulo del desarrollo económico, es decir que se han mantenido en el terreno del marxismo. Pero, [¡escuchad!], como cada uno de ellos ha considerado a su país en estado de defensa, todos ellos, y creyendo en el restablecimiento de la Internacional, ¡han cogido las armas!” Como Anne ha considerado que su país era atacado (está claro que la defensa de Rusia en Armenia y Persia todavía no ha terminado), sometiéndose “al restablecimiento de la Internacional”, Anne ha llamado a las armas.

V. Volsky se aliviaba con algún diputado de izquierdas que preguntaba: “¿A qué esperáis vosotros, partidarios de la autodefensa de la clase obrera? ¿El trabajador no se agota en las fábricas, en las manufacturas, no soporta acaso el peso de esta guerra, no muere en los campos de batalla?”. He aquí la respuesta de Volsky: “No es suficiente con penar y morir ejecutando órdenes.” Hay que consagrar a su tarea “todas sus fuerzas no solamente físicas sino también intelectuales y morales”. Dicho de otra forma: da lo mismo que el proletariado sacrifique su cuerpo al militarismo... ¡Exigimos también su alma!

E. Mayevsky y V. Levitsky escriben a qué se han condenado hasta el final de sus días: “sobre los problemas generales de la nación”. “La burguesía está en un impasse, nos afirma Mayevsky, (¡su más reciente descubrimiento!). La democracia de los trabajadores, en interés de la defensa del país, debe sacar a la oposición burguesa de esta situación...” Además, Levitsky insiste: el movimiento que se plantea el problema de resolver las cuestiones omninacionales que afectan a clases diversas, reclama una inmensa concurrencia civil y es el único capaz de sacar a Rusia de las dificultades, tanto interiores como exteriores en las que se ha “metido”.”

A. Bibik explica que: como los junker han hecho que les obedezcan los socialistas alemanes, “ejército dócil de los junker prusianos”, he aquí la manera en que hay que enfrentarse a ellos: “ni vestido de blanco ni enarbolando palmas” (el junker ruso aconseja a todos los partidarios de Bibik que se vistan como lo escuchan y que se armen según su gusto, de palmas o de fusiles). Después Bibik nos hace saber que “una aplastante mayoría de los emigrados rusos en Bélgica y Francia están enrolados en armas”. Ciertamente que el “hamletismo” perdura todavía en Rusia, pero el pensamiento de nuestro trabajador colectivo ha terminado de trazar el círculo: *el trabajador ruso tiene, también él, una patria y esta patria se encuentra en peligro*. ¿Qué trabajadores han trazado el círculo? Bibik no nos lo dice. Recordemos que el Secretariado para el Extranjero de la OK escribía: “Este Bibik..., uno de los trabajadores más conocidos del ala menchevique... Su paso al otro lado a causa de la “defensa” no puede dejar de tener efecto”. (*La Internacional y la guerra*, página 128)

Por fin, aparece el duodécimo, V. Lvov-Rogachevsky, que exige que “la defensa del país inflame a millones de corazones y despierte el sentimiento del lazo filial con la patria...” El último de los apóstoles clama: “¡En pie, hombre pacífico! ¡En pie, en nombre de la patria en peligro!”

Cuando se leen estas frases, ora proféticas, ora oficiales, uno considera condescendientemente la fraseología de los social-patriotas franceses. Pasando de un hombro a otro un fusil (entre paréntesis: jamás cargado), Hervé exclama: “¡Hermanos socialistas, sindicalistas y anarquistas, la patria está en peligro! ¡La patria de la gran

revolución francesa está en peligro!” ¡Esto es “sonido”! La acústica política no se ofende por ello.

Potresov ha afilado mucho su pluma... de ella sólo sale “El patriotismo... el ciudadano... *‘será necesario’*... altar de la patria... *será necesario*...” ¡No son dos simples palabras sino la expresión genial del patriotismo! ¡No es una frase sino una obertura! Y cuando Lvov-Rogachevsky exclama con una atronadora voz: “En pie, hombre pacífico, etc.” Vemos tras él una silueta que le interpela de esta forma: “¡Oye! Mi viejo, eres muy gentil pero no grites en vano: *‘será necesario’*. ¡Nosotros mismos nos encargaremos de despertarlos!

## 2.- El aprendizaje del patriotismo

El socialpatriotismo, como cada nacionalismo, adquiere rasgos mesiánicos, es decir que, más o menos, está convencido que su nación es la “elegida” y que, en consecuencia, su proletariado también lo es.

Los social-patriotas alemanes no defienden a los Hohenzollern, sino a una enorme organización de producción y a un potente organismo de defensa de la clase obrera. Esas dos cosas son las condiciones absolutas del paso al socialismo. Los socialistas franceses e ingleses no defienden a las bolsas y las colonias, sino a la herencia de la revolución: el parlamentarismo, la república, ¡en una palabra: la justicia! La situación de los social-patriotas rusos es más difícil. Las pretensiones de Rusia de una supremacía histórica no pueden basarse en los dominios económico, político e ideológico sin un recurso al Apocalipsis. Ahora los teóricos del social-patriotismo ruso encuentran los argumentos más engañosos para hacer valer que Rusia tiene la exclusividad sobre todas las formas posibles de mesianismo. “El hecho mismo... el crecimiento del internacionalismo entre los obreros rusos... un hecho increíble tras todo lo que ha pasado en los trabajadores occidentales”, escribe V. Zasúlich.

Potresov declara: “No creo en este internacionalismo del Este, que debería haberse desarrollado plenamente y haber salvado el honor del socialismo cuando el Occidente se debilitaba y caía en el pecado. Miro con recelo a esos propagandistas del Este que aportan sus espíritus iluminados a la Europa pecadora...”, etc.

Por esta vía se dirige el pensamiento crítico de Maslov. Habla con desdén de “algunos socialistas de Rusia y Serbia que reprueban a las clases obreras de Francia, Bélgica, Inglaterra, Australia, etc. Tienen una experiencia política y socialista colosal, y sin embargo se diría que la burguesía les empuja por el mal camino”<sup>83</sup>.

Cuando los socialistas de Francia, o de otras partes, quieren justificar el apoyo que le dan al militarismo, lo explican por la necesidad de defender a la nación que es “la antorcha del mundo”. Cuando los socialistas revolucionarios rusos rechazan su ayuda al militarismo, los social-patriotas les dicen: “¿Queréis ser más inteligentes que los franceses e incluso que los australianos?... ¿Qué diríais de participar en... en “la antorcha del mundo?”

Si los socialistas occidentales necesitan “mesianismo” para ocultar su quiebra, nosotros, socialistas rusos, ni tenemos derecho ni buscaremos imitar a nuestros “hermanos” de Occidente. Ello demuestra bien que la fiereza nacional alcanza los mismos objetivos que la bajeza nacional. Aunque Potresov y Maslov sepan muy bien que no

---

<sup>83</sup> Tenemos por superiores a las fórmulas masloviana pues el grueso hilo blanco es en ellas claramente visible. ¿Cuándo nosotros, marxistas rusos, hemos pretendido que la política del proletariado en Inglaterra y en Australia era un ejemplo de independencia de clase? Por el contrario, ¿no ha sido Maslov quien ha repetido sin cesar que el proletariado inglés dependía de la potente burguesía? El silencio observado sobre Alemania es aún más torpe y desleal: pues la política seguida por proletariado alemán siempre ha sido considerada como más madura por los marxistas rusos.

tenemos “ventaja” en el sentido cultural, exigen que no nos pongamos a la misma altura que los social-patriotas “aliados”.

V. Zasúlich se queja de que el ciudadano ruso ordinario, como en los más bellos días de Chedrin, confunda su pequeño horizonte con la patria. Pero esta descripción del salvajismo ruso en el que el “pequeño horizonte” devora a la patria, no le impide a la señora Zasúlich suspirar: “Deseo y sigo deseando el aplastamiento total de Alemania.” No es que haya jurado, a instancias del diputado cosaco Karolov, no firmar la paz más que sobre las ruinas de Berlín y los huesos de Guillermo... ¡no!, en su bondad, V. Zasúlich salva a Berlín, pero lo hace porque cree que la derrota alemana le rendirá un inmenso servicio (y a la misma Alemania también) “a este futuro hacia el que tiende el proletariado”.

De todo esto sobresale, señor Potresov, que nuestro bravo ciudadano está llamado a salvar a Europa, no el ciudadano revolucionario que no distingue la patria de su pequeño horizonte sino aquel cuyo salvamento de Europa coincide con sus puntos de vista sobre su pequeño horizonte. Potresov, que se ha puesto la peluca del “occidentalismo” apasionado (soy optimista sobre occidente y pesimista sobre oriente), inicia el giro hacia su nueva orientación social-patriota bajo la presión del militarismo prusiano. Insiste en la necesidad de cortarles los cuernos bajo el efecto de fuerzas combinadas de las democracias occidentales y... de nuestro bravo ciudadano... oriental. Todos esos autores de “autodefensa”, occidentales con peluca, amenazan con el dedo despectivamente a los internacionalistas rusos que han declarado la guerra a la política de Guesde, Vandervelde y Henderson, etc..., incluyendo a ciertos “australianos”. Si Estados Unidos entra en guerra mañana, gritarán: “¡Mirad pues a esos revolucionarios que quieren recibir una buena lección de Gompers!”

Otra vez, miraremos hasta qué punto el internacionalismo encierra en su interior rasgos “mesiánicos” y a través de qué particularidades estos últimos devienen ilícitos históricamente y peligrosos políticamente. En verdad, es necesaria una vivacidad de espíritu ideológico poco común, por no decir la deslealtad política de un “intelectual”, para declararse “optimista respecto a Occidente y pesimista respecto a Oriente”, para abrumar a los internacionalistas y al mismo tiempo bendecir a ese Oriente lleno de amor a Cristo como un factor de progreso en el desarrollo del Occidente. Pfui, Teufel! Al diablo: dicen los alemanes en tales ocasiones; aquellos de ellos que han conservado un sentimiento de pudor.

\*\*\*

Pero ¿qué lugar objetivo ocupa en la historia el internacionalismo de los círculos obreros en Rusia? Los autores de “autodefensa” (por otra parte, no son los únicos) lo consideran como un producto del retraso social. Según Máslov, sólo es un elemento de transición destinado a ser reemplazado por el nacional-patriotismo. ¿Solamente, se podrá construir una política activa de solidaridad internacional sobre la base de la conciencia patriótica? Según Potresov, “el internacionalismo es el desarrollo remoto del patriotismo”.

Tales concepciones asombran mucho más de lo que parece a primera vista. El internacionalismo aparece como “el desarrollo del patriotismo, en la medida en que el socialismo sería el desarrollo remoto del liberalismo”. En pura lógica, se podría “concebir” la “construcción” del internacionalismo como una ampliación del patriotismo a toda la humanidad. Pero históricamente el socialismo y el internacionalismo proceden del liberalismo por el camino patriótico del rechazo revolucionario extendido a la lucha de clases. Si Máslov y Potresov consideran al internacionalismo como una enfermedad, una inmadurez, o un reflejo debido a un estado atrasado, es porque para ellos el carácter



independiente del movimiento obrero ruso es una anomalía y toda la socialdemocracia rusa, tal como se formó políticamente en la época de la revolución, les parece un aborto histórico.

“En la igualdad del humor del ciudadano al que la pérdida de diez provincias le es indiferente, nos (Potresov) inclinamos a constatar el supremo buen sentido político del más reciente ciudadano del mundo.” Para semejante personaje, tan poco interesado en la geografía, el programa de Miliukov debe parecerle un gran paso adelante. Asimismo, nuestro autor puede decir con justeza: “Eleva a Rusia hasta el liberalismo es elevarla hasta Europa.” Ello significa, simplemente, que la socialdemocracia se ha equivocado en sus cálculos, naciendo un cuarto de siglo antes de lo previsto por la hoja de ruta de Potresov. La gráfica prevista (de la indiferencia semi estúpida al internacionalismo socialista pasando por el liberalismo, patriotismo) es teóricamente justa en el sentido en que la gráfica económica siguiente es justa: del taller a la fábrica pasando por la manufactura. Este último esquema dibuja a las mil maravillas el desarrollo económico europeo. Pero si se intenta aplicarla a Rusia se rechaza con desesperanza. ¡El desarrollo económico ruso se demuestra como falso! La fábrica europea ya había invadido Rusia cuando el “desarrollo” de ésta todavía no estaba en el estado de la manufactura, incluso ni en el del taller europeo.

Es comprensible que con semejante retraso la industria rusa se caracterice por su fuerte concentración. De ahí derivan consecuencias políticas y sociales importantes para el destino de ese ciudadano del que Potresov quiere ser el teórico. Si ese ciudadano es un obrero, se libra de la limitada torpeza karatayeviana no bajo el efecto de los principios del liberalismo sino bajo los de la explotación del empleador. Antes de interesarse, como debería hacerlo, por el mapa de Rusia, el obrero tendrá tiempo para alimentarse con el odio de su clase hacia los explotadores. Habiendo dado los primeros pasos, el antagonismo de clases despertado y agudizado le impedirá a nuestro hombre llegar a una más amplia conciencia con ese mapa que habrá debido pintar con los colores del patriotismo.

El capitalismo ruso se ha elevado a dimensiones europeas bajo la forma de gigantescos trust que unen empresas gigantes provistas con el último grito de la técnica, y Máslov no le sugerirá que vuelva a la manufactura del siglo pasado, incluso si poseemos todavía una agricultura mal explotada y unos penosos artesanos. Por el contrario, si el proletariado ruso se eleva al nivel europeo con la ayuda del internacionalismo revolucionario, Potresov comienza a educarlo con estos términos: “¡Reconoce que eres un ignorante y acude a la escuela del patriotismo!” No hace más que retomar el viejo eslogan de Pedro Struve.

Pero el contenido político de los dos llamamientos es muy diferente. Struve llamaba directamente a la “intelligentsia” marxista a pasarse al campo de la oposición liberal que efectuaba entonces sus tímidos primeros pasos “fuera de clase”. En 1916, en plena guerra, Potresov invita a los trabajadores socialistas a unirse al campo de la oposición patriótica dirigida por el capitalismo imperialista.

El ala revolucionaria de la “intelligentsia” marxista fue capaz de responder, hace ahora 15 años, al llamamiento de Struve con un “¡a paseo!”. Somos del parecer que los trabajadores revolucionarios responderán lo mismo a las exhortaciones de Potresov.

*Nache Slovo*, 9-22 de marzo de 1916

### ***Juicio de K. Kautsky sobre la Internacional***

Un compañero, insatisfecho con las acusaciones de los internacionalistas de izquierda contra Kautsky, le pidió a éste que respondiera a una serie de preguntas y explicara algunas de sus afirmaciones. Kautsky respondió con una carta publicada por la

*Berner Tagwacht* como documento político. Consideramos esencial presentar esta carta en su totalidad:

“¡Querido camarada! Le agradezco su carta y me apresto a responderle, como lo permite una carta.

1.- Mi comentario: “La [Segunda] Internacional no es un arma eficaz en tiempos de guerra, es fundamentalmente un instrumento de paz”, tiene dos significados:

a) En primer lugar, el reconocimiento que algunos hacen de una “capitulación” o “naufragio” de la Internacional. No voy tan lejos y sólo digo: “La Internacional es sobre todo más fuerte en tiempos de paz, y sobre todo más débil en tiempos de guerra”. Además, me distingo de las personas mencionadas anteriormente en que veo en esta circunstancia una influencia de las masas que debe ser definida. No se trata de un asunto trivial que resulta de la incompetencia de algunos individuos. Explicar de esta manera las influencias de las masas me parece totalmente no marxista.

b) Si les digo que la Internacional es un instrumento superior de paz, no debe significar que deba permanecer en silencio durante la guerra. Esto frustra todos mis esfuerzos para volver a ponerla en movimiento. La expresión utilizada sólo debería definir el problema principal de la Internacional durante la guerra. En mi libro *La Internacional y la guerra*, digo esto: “La Internacional debe despertar a una nueva vida y prepararse para una nueva actividad tan pronto como surja la posibilidad de acción en beneficio de la paz. De nuevo será el momento de que la Internacional actúe como un instrumento de paz. Sólo entonces podremos ver si la guerra la debilita. Veremos entonces si el “paroxismo nacional” ha debilitado el pensamiento y el sentimiento internacional o si, por el contrario, han conservado con éxito su fuerza y se expresarán en su adhesión al programa internacional de paz. Si esto tuviera éxito, la adquisición sería inmensa. Y tenemos derecho a esperar tal resultado”. (Página 39.)

Aquí, por lo tanto, defino claramente el problema de la Internacional durante la guerra. Escribí estas líneas durante las primeras semanas de las hostilidades y expuse las cuestiones planteadas entonces a la Internacional. Que yo sepa, ningún partido socialista importante ha ido más lejos.

2.- Mi opinión sobre el problema de la defensa (de la nación) coincide con la de Haase. No tengo la oportunidad de decir más aquí sobre este tema.

3.- Me pregunta usted cómo entender mi comentario: “Esta guerra no es imperialista”: nunca he dicho nada parecido. En mi folleto *Gobierno nacional, gobierno imperialista*, escribí:

“A primera vista, la guerra actual no es imperialista. Y, sin embargo, lo es, pero en la solución final (página 64). Esto significa que los esfuerzos imperialistas han creado armas que, en algunos países, han adquirido tal poder y libertad de acción que han demostrado ser capaces (por encima de las tendencias y necesidades imperialistas) de provocar conflictos. Más allá de eso, las tendencias imperialistas son más recientes, pero no las únicas que influyen en la política exterior de una nación. Otras, dinásticas o nacionales, heredadas de épocas anteriores, actúan junto a las tendencias imperialistas, especialmente en aquellas clases que no tienen nada que ver con el imperialismo. Las cuestiones alsacianas y polacas no fueron creadas por el imperialismo contemporáneo. Este último es el punto de partida, pero no es la única causa del conflicto actual.

Por lo tanto, no excluyo el imperialismo como motivo de guerra, pero no me limito a esta explicación, que sería demasiado simple. Por ejemplo, si quiero buscar las razones de una huelga, no puedo limitarme a la teoría del plusvalor. Esto no significa, por supuesto, que no acepte esta teoría.

Sobre este tema, como sobre las dos primeras preguntas, habría mucho que decir, pero las largas cartas no pueden esperar ser enviadas rápidamente; por lo tanto, debo

limitarme a lo que ya he dicho, a pesar de todo mi deseo de expresarme plenamente sobre el “socialpacifismo”.

En mis cuarenta y dos años en el partido, he oído tantos gritos de derecha e izquierda que ya no me molestan.

Con mis mejores deseos,  
Suyo, Kautsky.”

La carta de Kautsky contiene reticencias causadas por el miedo a la censura. Pero las reticencias más importantes tienen, en nuestra opinión, causas más profundas enraizadas en la posición adoptada por el autor.

Su afirmación: “La Internacional es fundamentalmente un instrumento de paz”, la explica no en el sentido de que la Internacional deba permanecer inactiva en tiempos de guerra, sino que su principal problema es luchar por la paz. Al mismo tiempo, Kautsky señala, en su propio aforismo, no sólo una vez, sino dos veces, el hecho de que “la Internacional es sobre todo más fuerte en tiempos de paz...” Pero la lucha por la paz debe hacerse... en tiempos de guerra. Si, mediante la “lucha por la paz”, concebimos una lucha verdaderamente activa, es decir, la intervención del proletariado armado con los correspondientes métodos y medios de combate capaces de paralizar la labor del militarismo, es obvio que una táctica de este tipo requiere un vigor excepcional por parte de la Internacional.

Si es cierto que es particularmente débil en tiempos de guerra, es cómico plantearle este problema.

Siendo honestos, Kautsky no lo plantea. La lucha por la paz, si hemos entendido bien el significado de la carta, encuentra su expresión en “la adhesión al programa internacional de paz”. Huysmans, como sabemos, ha demostrado, no sin éxito, que ya se ha logrado un apoyo unánime: la Conferencia de los Neutrales de Copenhague, la Conferencia de Londres de los “Aliados”, la Conferencia de Viena de los socialpatriotas austroalemanes se pronunciaron a favor de una paz sin anexiones. Pero está claro que estas resoluciones se aplican tanto al cese anticipado de la guerra como a las oraciones ordenadas por Benedicto [el Papa] a los franceses, alemanes y otros católicos. Sólo adquieren su significado verificable si se consideran programas de lucha. Esto, en las condiciones creadas por la guerra, presupone una fuerza revolucionaria. Mientras tanto, escuchamos que la Internacional es más débil en tiempos de guerra, precisamente en unos momentos en los que se le exige ser lo más fuerte posible. Es obvio que Kautsky nos está llevando a un callejón sin salida.

-Pero, exclama Kautsky, no digo nada más que lo que mis críticos de izquierda ya dicen, de una forma aún más vívida, cuando constatan el “naufragio” de la Internacional.

En resumen, se trata de un profundo malentendido, tanto teórico como político. Cuando hablamos de la bancarrota de la Internacional, tenemos en mente un fenómeno histórico bien definido, la Segunda Internacional tal como se formó sobre bases parlamentarias y sindicales en un momento en que las oposiciones de clases y las contradicciones internacionales empujaban “orgánicamente” a favor de revoluciones y guerras, pero sin llevar a un conflicto abierto. Pero no creemos en absoluto que la Internacional esté fatalmente condenada a la impotencia durante una guerra imperialista. Por el contrario, a través de la lucha directa de las masas contra la guerra y el imperialismo puede formarse y se forma (templado por sus luchas) una poderosa unión del proletariado internacional. La nueva Internacional contiene, al asimilarla de manera revolucionaria, una enorme capacidad de agitación y organización de generaciones de socialistas. También contiene la energía del proletariado adaptada a los métodos y problemas de lucha correspondientes al carácter de esta época llena de agitaciones imperialistas.

A diferencia de Kautsky, creemos que la Internacional, que creció y se formó como un “instrumento en tiempos de paz”, era débil, y esperamos que se cree una Internacional poderosa, como un “instrumento” revolucionario en tiempos de guerra.

Por lo tanto, está claro que no atribuimos las razones de la crisis socialista a la “incompetencia de unos pocos personajes”. Lo explicamos por las condiciones históricas y encontramos en este análisis una garantía contra el escepticismo y el fatalismo. Nos mantenemos fieles al espíritu revolucionario del marxismo, no limitándonos a analizar las causas que llevaron a la bancarrota de la Internacional, sino liderando una lucha decisiva contra los que fueron, y siguen siendo, los agentes de este desastre, porque no basta con explicar el mundo, ¡debemos reconstruirlo!

La falta de espacio no nos permite extendernos sobre otras partes de la carta de Kautsky que constituyen un comentario resumido sobre las posiciones políticas de Haase y sus amigos. Sin duda, este grupo ha desempeñado y sigue desempeñando un papel importante en la evolución de los grandes círculos del partido. Gracias a su autoridad, Kautsky liberó a cientos de miles de trabajadores de lo que él llamó “una organización disciplinada al estilo de Burgfrieden”. Gracias a sus fórmulas que nunca llegan al fondo de las cosas, mantiene a Haase y a sus amigos a medio camino.

Pero si Kautsky, como Haase y Ledebur, es en Alemania nuestro *aliado político* y el de nuestras otras ideas, su carta nos recuerda que una alianza con él, en las condiciones actuales, debe complementarse con una lucha ideológica sistemática contra su pacifismo atentista<sup>84</sup> y poco claro.

(*Nache Slovo*, 26 de abril de 1916)

### ***Estrategia y política socialistas***

Con este título he enviado a la prensa socialista suiza una carta motivada por una nueva falsificación de Grumbach. Al no estar seguro, bajo las actuales condiciones postales, que la carta llegue a su destino, creo indispensable publicarla en las columnas de *Nache Slovo*.

“A través de sus amigos, he recibido el folleto de Grumbach titulado *El error de Zimmerwald-Kienthal*, que no es otra cosa que su informe leído en Berna el 3 de junio de 1916.

No tengo intención de entablar una polémica de principios. Pero le ruego tenga a bien reservar un lugar a fin que refute los falaces argumentos lanzados contra mí. Persigo un objetivo personal pero natural y lícito: quiero protestar contra las afirmaciones deshonestas hechas por Grumbach sobre mi folleto; al mismo tiempo quiero definir y caracterizar a ese personaje, principal informador de los franceses en lo que respecta a la vida del socialismo alemán.

“En Zimmerwald-Kienthal [escribe Grumbach] Trotsky estaba presente; pocos hubo que atacasen al partido francés tanto como él respecto a su posición durante la guerra y la aplicación práctica del principio de la defensa nacional. Y, sin embargo, en su folleto *La Internacional y la guerra*, Trotsky afirmaba lo que era la justificación “die denkbar veste” (la mejor posible) de la posición adoptada por los socialistas franceses”.<sup>85</sup>

Demostrando que el principal enemigo del imperialismo alemán era Inglaterra, pero que para hacerle la guerra era preciso pasar primero por Francia y en parte por Rusia,

<sup>84</sup> Atentista vocablo trasliterado del francés y que define la posición política de ‘espera’.

<sup>85</sup> No estará mal oponer a esta afirmación, según la cual mi folleto habría suministrado argumentos para el social-patriotismo francés, dos hechos: 1º la publicación de extractos de este folleto en el diario desaparecido *Golos* dio ocasión a Voronov para clasificar al autor entre los... pangermanistas; 2º los ejemplares difundidos en Alemania fueron objeto de requisita y el autor condenado, en rebelión, una pena de prisión.

escribí que la dirección de las hostilidades estaba en manos no de los socialistas sino de los junker, cuyo objeto de odio no era Rusia sino la república francesa. Esta afirmación era suficiente para mí argumentación dirigida entonces contra el social-patriotismo alemán, que se vestía ridículamente con ropes revolucionarios antizaristas. Pero si Renaudel, y su Grumbach, querían hacer con mis páginas la tesis inversa, a saber, que la lucha entre Francia y Alemania es la de una república contra una monarquía, habrían tenido que guardar silencio sobre Rusia, igual que los socialistas alemanes no han hecho ninguna alusión a Francia.

¡Hecho primordial! Esta guerra no es el choque de armas políticas o de estructuras de gobiernos: es la de los apetitos imperialistas, y las diferencias de gobierno no juegan más que el papel de armas más o menos bien adaptadas. Este es el sentido dado a todo mi folleto.

He aquí la segunda que ha usado Grumbach

“Cuanto más inquebrantable fuera la resistencia de Francia, cuyo deber es actualmente defender su territorio y su independencia contra los ataques alemanes, el ejército alemán estaría en mayor medida detenido en el frente occidental; y cuanto más debilitada estuviese Alemania en el frente occidental, menos fuerza le quedaría para su supuesta tarea principal, tarea definida por la social democracia como un “ajuste de cuentas con Rusia””<sup>86</sup>

¿Pero ha reflexionado usted sobre esto? ¡Francia no podrá oponerse al avance alemán! Cuanto más se acerquen los alemanes a París, más manifiesto quedará que “ajustar cuentas con el zarismo” no es el objetivo de la guerra ni tampoco su resultado. Grumbach no explica en qué sentido mis afirmaciones en el otoño de 1914, y verificadas por el curso de los acontecimientos, pueden servir de base para la táctica de Renaudel. Leyendo a Grumbach se puede llegar a pensar que los internacionalistas ignoran la geografía y la topografía, así como también la ocupación de Bélgica y del norte de Francia. Parece ser que estoy muy descontento con la táctica Renaudel-Sembat porque, durante mi última estancia, yo estaba muy “subido” contra el partido socialista francés, lo que me impedía darme cuenta de las diferencias fundamentales entre nosotros. La cuestión sería muy simple si fuera suficiente con constatar que los alemanes se encuentran en Noyon para justificar la entrada de los socialistas en el gobierno y el voto de los créditos.

Dirigiéndome a los socialistas alemanes, que afirmaban que su gobierno llevaba adelante una guerra defensiva, y sometiendo al análisis las contradicciones en el criterio de guerra ofensiva y defensiva, escribí lo siguiente:

“Ya hemos discutido la norma para determinar la diferencia entre una guerra de agresión y una guerra de defensa. Estas normas son numerosas y contradictorias.

En el caso presente, testifican unánimemente que los actos militares de Alemania no podían ser estimados como actos de una guerra de defensa. *Pero esto no tiene en absoluto ninguna influencia sobre las tácticas de la socialdemocracia.*”<sup>87</sup>

Demostraba que, incluso si la cuestión se limitaba a la salvaguarda de la integridad del territorio nacional, no teníamos derecho, en tanto que partido del proletariado, a atar nuestra suerte a la acción del militarismo nacional.

“... rompiendo en pedazos la Internacional, la social democracia destruye el único poder capaz de crear un programa de independencia y democracia nacional en oposición a la actividad de las bayonetas, y de cumplir este programa en un grado más o menos

<sup>86</sup> Trotsky, León, *La guerra y la Internacional*, en nuestras [Obras Escogidas de León Trotsky](#), página 28 del formato pdf.

<sup>87</sup> *Ibidem*, página 41.

grande, totalmente independiente de si las bayonetas nacionales son coronadas con la victoria.”<sup>88</sup>

Nuestra táctica, formulada categóricamente en Kienthal, en ningún caso debe depender de la situación estratégica y militar. Es evidente que la situación militar ejerce una gran influencia sobre las masas y que, de concierto con otros factores, puede debilitar o reforzar la propaganda internacional. Pero ninguna situación justifica la capitulación del socialismo. Por el contrario, si en el territorio ocupado por el enemigo las masas devienen, a causa de esto, más afectadas por la ideología nacionalista, la minoría socialista debe hacer frente unánimemente y oponer un firme dique al torrente del chovinismo. He aquí porque no he encontrado justificación para la actitud del partido socialista francés, actitud tomada ya antes de que estuviese determinada la situación estratégica. En el prefacio a mi folleto, escribía:

“El derrumbe de la Segunda Internacional es un hecho trágico, y sería ceguera o cobardía cerrar los ojos ante él. La posición adoptada por los franceses y por una gran parte del socialismo inglés obedece en gran parte a esta caída, lo mismo que la posición de la social democracia alemana y austríaca”<sup>89</sup>

No tenía ninguna necesidad de ir a París y “subirme” contra los socialistas franceses, como insinúa Grumbach, para darme cuenta que la política seguida por Renaudel y Sembat era mortalmente hostil a los intereses del proletariado.

En París, lo que realmente podía “llevarme a la cólera”, y no estaba solo, era la información transmitida por Noteaux a Renaudel. Ateniéndose al principio a métodos prudentes, Grumbach se ve obligado, cuando habla del endurecimiento de la lucha en el seno del partido, a recurrir a argumentos cada vez más groseros. Sus artículos sobre la Conferencia de Kienthal eran dignos de una prensa reaccionaria. Pero su “salida” contra nuestro amigo serbio Katzlerovich, al que trata de espía austríaco, es aún más vil. Justamente los socialistas serbios dan ejemplo de la más alta fidelidad a los principios de la Internacional (en un país en el que la posición estratégica no deja lugar a dudas). Este es el motivo por el que Noteaux calumnia a Katzlerovich, cumpliendo así la misión confiada por sus amos actuales. ¡Horror! ¡El serbio había recibido del consulado autrohúngaro un visado para llegar a su infortunado país!

*Nache Slovo*, 22 de agosto de 1916

### ***“La garantía de la paz”–Las características del pacifismo – La resolución de Kienthal sobre el pacifismo***

El pacifismo se caracteriza por sus esfuerzos en crear una garantía contra las guerras. El pacifismo burgués, resultante no sólo de prejuicios ideológicos sino, también, de los intereses materiales de los círculos burgueses, quiere establecer sobre bases capitalistas, que no rechaza, derechos internacionales que puedan garantizar una paz, si no eterna, al menos de larga duración. El pacifismo socialista reconoce “en principio” (naturalmente) que las guerras son causadas por contradicciones capitalistas, pero considera que antes del establecimiento definitivo del socialismo mundial (que para los oportunistas siempre aparece en una lejanía brumosa), sería esencial constituir un tribunal internacional, limitar y regular las armas. La agenda social-pacifista, como la de la burguesía, plantea sus problemas asumiendo una armonización y regulación de las relaciones internacionales; mientras que los antagonismos imperialistas, nacidos del desarrollo capitalista, crecen constantemente y seguirán creciendo mientras exista la propiedad en su forma actual. Como resultado, el pacifismo social se empequeñece cada

<sup>88</sup> *Ibidem*, página 47.

<sup>89</sup> *Ibidem*, página 11.

vez más. Los escritores burgueses serios, cuando escriben para su propio círculo y no para satisfacer la demanda “popular”, utilizan a menudo argumentos mortíferos contra las ideas y consignas pacifistas, utilizando su principal arma política, el socialpatriotismo, especialmente el francés, tanto de la marca Renaudel como del sello Longuet.

En el periódico inglés *Nineteenth Century*, Lord Kromer publicó un artículo muy interesante sobre la “última guerra” y la “larga paz”. A juzgar por su reproducción en el periódico *L'Éclair*, el artículo ofrece argumentos de peso a favor de la... resolución de Kienthal<sup>90</sup>, la que rechaza categóricamente las consignas pacifistas.

Sobre todo, Lord Kromer observa con perfecta precisión que los programas de paz eterna han aparecido más de una vez durante las grandes guerras. “Como esta idea estaba muy extendida, después de que Waterloo liberara a Europa del dominio napoleónico, la caída de este último parecía anunciar el triunfo de la paz general.” Igual que ahora se nos promete, después de la “destrucción” del militarismo prusiano...”

Por ambas partes se nos dice que debemos llegar “hasta el final” precisamente para garantizar la paz: debemos aplastar al enemigo, dejarlo exangüe para que no pueda volver a empezar la guerra en poco tiempo. “Debemos evitar a nuestros hijos el sufrimiento que estamos experimentando.” La idea no es nueva. En su libro: *Para acabar con Alemania*, el Sr. Privat introdujo, en forma de epígrafe, una declaración del Comité de Salud Pública [Comité Público de Salvación] en 1794: “Francia no necesita armamentos, sino una paz que ponga fin a las guerras, garantizando a la república sus fronteras naturales.” Ahora, cuando *Le Temps* reivindica, además de Alsacia-Lorena, “fronteras naturales” (la orilla izquierda del Rin), se extiende extraoficialmente la idea “de una paz que ponga fin a las guerras”. Desgraciadamente, la gente sabe poco de su historia y por eso la hace de una manera tan lamentable.

\*\*\*

Los pacifistas ingleses, en gran parte el grupo “International Defence League”, han desarrollado muchos proyectos que deberían poner fin a las guerras. En el origen de estos proyectos está siempre la idea de un tribunal internacional o de un “consejo supremo” de naciones que tenga la fuerza suficiente para hacer cumplir sus decisiones. Pero, ¿cómo se puede garantizar esto? Algunos proponen dotar a la corte suprema de un ejército y una flota internacionales. Otros, más modestamente, sugieren que cada nación debería tener su propio ejército, como antes, pero “con la condición de que sólo se utilice para defender los derechos internacionales y el funcionamiento de la corte suprema”. Así, para garantizar la paz eterna, es necesario de vez en cuando tener una guerra “justa”.

Lord Kromer escribe que la fuerza armada debe conducir inevitablemente a una reducción o aumento del número de ejércitos nacionales. “Pero Inglaterra [dice nuestro escritor] nunca aceptará debilitar su flota, que considera su principal instrumento de defensa.” La flota británica es el garante de la dominación colonial británica de los mares y sus posesiones de ultramar. Si Inglaterra razonara de esta manera, sería difícil, escribe *L'Éclair*, esperar que las naciones continentales razonaran de forma diferente sobre sus ejércitos. Otra pregunta: ¿cuál será la composición del tribunal supremo? ¿Todas las naciones tendrán derecho al mismo número de votos? Kromer está convencido de que Gran Bretaña nunca estará de acuerdo. ¡Supongamos que los jueces delegados por Inglaterra pronuncian un veredicto en su contra! Si Gran Bretaña se niega a someterse a las decisiones de los jueces, ¿podemos suponer que el soldado inglés, miembro del ejército internacional, usará su arma contra su propio país? Kromer lo duda. Y para corroborar sus dudas, nos ofrece un ejemplo histórico muy expresivo. La guerra Anglo-

<sup>90</sup> *La actitud del proletariado frente a los problemas de la paz. Resolución de la Conferencia de Kienthal*, en nuestra serie *Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*.

Boer. Es probable que un tribunal hubiera declarado culpable a Inglaterra. Es aún más probable que Gran Bretaña no hubiera reconocido al... tribunal.

\*\*\*

¿Qué criterios debería utilizar este últimos? ¿Los de la defensiva y los de la ofensiva? Un escritor burgués serio los refuta por buenos para un notario, pero no para un político. La Santa Alianza basó su “garantía para la paz” en el sojuzgamiento de los pueblos. ¿Podría considerarse que el orden así establecido sería intocable? En 1859-1860, los italianos entablaron muy conscientemente la guerra contra Austria, el opresor. ¿Estaba la ley del lado austriaco? En 1912, los estados balcánicos se abalanzaron sobre los turcos. ¿Estaba la ley del lado otomano? No, responde Kromer, conocemos guerras de agresión de principio a fin y al mismo tiempo liberadoras, es decir, histórico-progresistas”. Si es así, ¿cada gobierno, al lanzar una ofensiva, puede proclamar su guerra “liberadora”? “Aquí es donde nos encontramos con una dificultad casi imposible de superar”, concluye melancólicamente *L'Éclair*. Se le podría responder al noble lord que, tanto en las guerras futuras como en la actual, *todos los participantes sólo representan el mismo principio de clase*. No es apropiado hablar ahora de guerras histórico-progresivas, y por lo tanto de guerras “liberadoras”. En las columnas del periódico hemos explicado repetidamente que la lucha por una posición mundial es el principio básico de una nación capitalista, al que están sometidos la política internacional y el régimen interno de las potencias. A primera vista, parecería que las guerras libradas por los oprimidos, los estados colonizados o semicolonizados, son “justas”.

Pero dadas las condiciones actuales, ninguna nación colonizada puede esperar llevar a cabo una guerra liberadora sin la ayuda de una gran potencia o sin convertirse en un arma en sus manos. Las guerras “nacionales” de los países retrasados no pueden tener un significado “independiente”. Pero esta situación no puede facilitar la resolución de los problemas que plantea la garantía de la paz sobre la base del capitalismo. No es difícil declarar intocables las fronteras actuales, o las que la guerra delimitará. Esto se ha hecho en la historia, y más de una vez. Ningún tratado, ninguna corte suprema puede detener el crecimiento de las fuerzas productivas, su presión sobre los marcos del estado nacional y los esfuerzos de este último para ampliar la arena de la explotación capitalista con la ayuda del militarismo. La imposibilidad total de “congelar” las relaciones capitalistas mundiales para siempre, o al menos por mucho tiempo, reduce los planes pacifistas y sus consignas a la impotencia.

He ahí porqué, concluye *L'Éclair*, poniéndoles al corriente de la controversia entre lord Kromer y los pacifistas comiencen a sentir ustedes el temor de que “el noble lord” tenga razón cuando sólo ve quimeras en los diferentes sistemas pacifistas presentados.

\*\*\*

En conclusión, creemos que es beneficioso extraer de la resolución de Kienthal los pasajes sobre el pacifismo, que Renaudel ha citado con tanta indignación como testimonio del declive moral total de los zimmerwaldianos.

“[...] Los planes para eliminar el peligro de la guerra mediante la limitación general de los armamentos, mediante el arbitraje obligatorio, presuponen la existencia de sanciones efectivas generalmente reconocidas, la existencia de una fuerza material capaz de equilibrar los intereses antagónicos de los estados, y de imponerles su autoridad. Pero tales sanciones y autoridad no existen, y el desarrollo capitalista que agrava aún más los antagonismos entre las burguesías de los diferentes países o sus coaliciones, no nos da ninguna esperanza para el advenimiento de tal poder mediador.

[...]



Por estas razones, la clase obrera debe rechazar *las propuestas fantasiosas de los pacifistas burgueses* y de los socialistas nacionalistas que sustituyen las viejas ilusiones por otras nuevas: de este modo, alejan a las masas del camino de la lucha de clases y hacen el juego a la política extremista.

## II

7.- Si el régimen capitalista es incapaz de garantizar una paz duradera, sólo el socialismo creará las condiciones necesarias para su realización.

En efecto, al abolir la propiedad privada de los medios de producción, el socialismo elimina, junto con la explotación de las masas por las clases poseedoras, la opresión de los pueblos y, por este mismo hecho, las causas de la guerra. Por eso, la lucha por una paz duradera es, en definitiva, sólo la lucha por la realización del socialismo.”

(*Nache Slovo*, 1-2 de septiembre de 1916)

*Fin del Primer Tomo*

# *La guerra y la revolución*

*El naufragio de la II  
Internacional.*

*Los inicios de la III  
Internacional*

**Tomo Segundo**

## Introducción

El segundo volumen sigue de cerca al primero y destaca las principales etapas y episodios secundarios de la caída y posterior renacimiento del socialismo internacional sobre la base de la guerra y las políticas bélicas de las clases dirigentes. En el periódico *Nache Slovo* intentamos registrar la vida interna de los partidos socialistas, al menos en los países más importantes. La prensa extranjera llegaba de forma irregular, especialmente la prensa alemana que pasaba de contrabando o a través de canales semiilegales. En lo concerniente al socialismo francés, tuvimos la oportunidad no sólo de seguir de cerca su vida interna sino, también, de participar en ella. Sobre este punto, la censura francesa daba pruebas de una particular vigilancia. Afortunadamente, ésta se ejerció de manera desigual siguiendo las vacilaciones en las esferas parlamentaria y ministerial, de manera que la censura no se distinguía por su perspicacia. Algunos días, las críticas inocuas a Vandervelde, Renaudel y Longuet fueron tachadas sin piedad por el lápiz azul. Después, de repente, se abría un claro y podíamos imprimir, sin represalia alguna, artículos en el espíritu del internacionalismo revolucionario.

### *Entre los franceses*

Poco después de mi llegada a París<sup>91</sup>, conocí a Monatte, uno de los editores del periódico sindicalista *La Vie ouvrière*. Pequeño, flaco, enérgico, antiguo maestro de escuela, luego corrector profesional, con la inevitable gorra con visera ladeada, desde el principio, Monatte hizo recaer la conversación sobre las cuestiones fundamentales del movimiento. Ni por un segundo admitió la reconciliación con el militarismo y el poder burgués. Pero ¿dónde está el camino de la salvación?... A través de Monatte, conocí al que más tarde se convertiría en más íntimo amigo, al periodista Rosmer<sup>92</sup>; al secretario de la Federación del Metal, Merrheim, cauteloso, insinuante; al periodista Guilbeaux, más tarde condenado a muerte en rebeldía; al secretario de la Federación de Toneleros, “el padre Bourderon”, a la militante pacifista Louise Saumoneau; al profesor Loriot y a muchos otros. Los anarcosindicalistas, que permanecieron fieles a su bandera, trataron de explicar la bancarrota de la Internacional por la influencia dañina del marxismo y el parlamentarismo. Pero el paso general de los dirigentes sindicales de la CGT al campo gubernamental fue una negación demasiado visible desde un punto de vista anarquista, especialmente porque en las filas del partido socialista las voces de la oposición se escuchaban cada vez más. Loriot y Saumoneau eran miembros del partido. Se borraban las viejas fronteras ideológicas, y las que reemplazaban otras nuevas.

Los preparativos para la Conferencia de Zimmerwald estaban muy avanzados. En París, intentamos con todas nuestras fuerzas conseguir una participación significativa de los elementos de izquierda del movimiento obrero francés. No fue fácil. Los jóvenes y activos se movilizaron. Los “pacifistas” de la retaguardia se distinguían por su moderación y cautela. Longuet jugaba al “yoyó” con la oposición, permitiéndose a veces el lujo de un gesto de oposición, pero sólo en asuntos menores y siempre en el contexto de la “defensa de la patria”. En cuanto se votaron los créditos de guerra, Longuet los votó

<sup>91</sup> Mi llegada a París: noviembre de 1914.

<sup>92</sup> Rosmer, actualmente miembro activo de la [Internacional Comunista](#).

con la buena conciencia parlamentaria del criado de la burguesía. El diputado italiano Morgari llegó a París en el verano de 1915 para atraer a los socialistas franceses e ingleses a la Conferencia de Zimmerwald. Morgari era un “fundamentalista” italiano, es decir, el representante de una visión del mundo bastante idealista y ecléctica. Desde el comienzo de la guerra, ocupó posiciones de internacionalista, primero pasivamente y luego con decisión. Participó en nuestro encuentro con diputados de izquierda y simpatizantes de izquierda. En la medida en que los comentarios se limitaban a generalidades sobre la necesidad de restablecer las relaciones internacionales, el asunto no marchó demasiado mal. Pero cuando Morgari, con toda inocencia, abordó la cuestión práctica, es decir, la necesidad de obtener pasaportes falsos para el viaje de los “conspiradores” a Suiza (amplificó un poco el lado “carbonari” del asunto) se estiraron los rostros de los diputados y uno de ellos (no recuerdo quién) se apresuró a llamar al camarero y pagar las bebidas de nuestra pequeña conferencia internacional. Así terminó el asunto.... Monatte y Rosmer fueron movilizados. Volvimos a Zimmerwald con Merrheim y Bourderon, pacifistas muy moderados en aquellos momentos. Su lema era: restaurar la Internacional, tal y como era justamente a inicios de la guerra. Partieron para Suiza, no sin dudarlo mucho.

### ***Karl Liebknecht. - Hugo Haase***

Liebknecht no estuvo presente en Zimmerwald (estaba prisionero del ejército de los Hohenzollern antes de verse prisionero del estado), pero su nombre se escuchó más de una vez en la conferencia. La lucha que hacía trizas al socialismo europeo, cómo más tarde al socialismo norteamericano, ¡adquiría tal resonancia! Liebknecht era nuestro principal apoyo: una prueba, un ejemplo vivo en la campaña contra el socialpatriotismo de los países de la Entente. Los socialpatriotas franceses y rusos citaban con descaro los discursos de Liebknecht para sacar de ellos las pruebas de los crímenes del militarismo germánico y la pureza de los derechos de la Entente. No hacían más que eco a la prensa capitalista.

Yo conocía a Karl Liebknecht desde hacía varios años, aunque muy raramente me encontraba con él. Expansivo y entusiasmándose ligeramente, contrastaba claramente con la insignificante y monótona fauna de los burócratas del partido. Ya se distinguía por su físico. Sus labios plenos y sus cabellos negros rizados le hacían parecerse a un “indígena” aunque fuese un puro alemán. Liebknecht siempre fue medio extranjero en la casa de la socialdemocracia, siempre presta a los compromisos. No se entregaba a análisis personales sobre el desarrollo histórico, no se ocupaba con previsiones teóricas sobre el mañana, pero su instinto sincero y profundamente revolucionario siempre lo ponía en el recto camino a pesar de las dudas. Bebel conocía a Liebknecht desde la infancia y lo trataba como a un adolescente igual que Wilhelm Liebknecht [el padre de Karl] había tratado a Bebel. Soportaba, no sin una ironía simpática, las indignadas protestas de Liebknecht contra la política oportunista del partido: se pellizcaba la punta de los labios de su fina boca, pero no cedía ante Karl. Y la palabra de Bebel, casi hasta su muerte, tenía una importancia decisiva en el partido.

Liebknecht era un revolucionario auténtico y un internacionalista convencido. Consagraba una importante parte de su tiempo y esfuerzos a actividades ajenas a la socialdemocracia alemana. Mantenía estrechas relaciones con los revolucionarios rusos y polacos. Estaba ligado por amistad con alguno de ellos. Ayudaba a los otros. Algún tiempo después de la muerte de su primera esposa, se casó con una rusa. Los acontecimientos de la revolución rusa le conmovieron de forma extraordinaria. Igual que nosotros, presentía la victoria de la contrarrevolución. Dedicaba buena parte de sus energías a una propaganda antimilitarista entre los jóvenes. Las altas instancias del partido no miraban con buenos ojos esa incesante actividad. La justicia se ocupó de Liebknecht,

que, mediante esos contactos con los jueces, adquirió el instinto combativo necesario, y, además, la posibilidad de observar a fondo y juzgar al funcionario medio del partido, molesto con quien turbaba una existencia tan tranquila. Liebkecht hervía y se indignaba, no por él, sino por el partido.

Así fue como le sorprendió la guerra que, no caben dudas, al principio al menos, le superó. Durante varias semanas buscó su camino, después lo encontró y ya no lo abandonó. Cayó como combatiente de la guerra civil (entre una barricada y otra) habiendo dado a la revolución todo lo que podía dar. Toda su incomparable personalidad tuvo tiempo para desarrollarse al máximo durante la guerra. Su lucha contra la soldadesca todopoderosa y miserable de los Hohenzollern, contra los lacayos repletos de cobardía y autosatisfacción, contra los burócratas del partido que lanzaron a sus pandillas contra él, se mantendrá como símbolo de un heroísmo de gran alcance moral. El nombre de Karl Liebkecht despertará inevitablemente ecos en los siglos venideros.

Hugo Haase estuvo ausente en Zimmerwald, a pesar de los rumores que anunciaban su llegada. La conferencia no perdió nada con su ausencia pues es casi imposible que Haase hubiese podido ofrecerle más de lo que le ofreció Lebedour.

Sin embargo, necesitamos hablar un poco de Haase. A la cabeza de la oposición moderada socialdemócrata, Haase devino durante la guerra el “guía” que Bebel designó casi oficialmente como su sucesor. Haase era un abogado de Königsberg, un provinciano sin amplias miras, sin gran temperamento político, pero honestamente dedicado al partido. En tanto que orador, era seco, nada original, con un fuerte acento de Königsberg. No era un escritor en absoluto. A principios de siglo se dedicó al estudio de la filosofía kantiana, pero ésta no imprimió en él ningún trazo profundo. A instancias de Liebkecht, Haase estaba muy ligado con los revolucionarios rusos: por Königsberg pasaban numerosas vías ilegales que permitían hacer transitar por Rusia a emigrados y literatura clandestina. En 1903, cuando la policía alemana emprendió una acción enérgica contra el contrabando revolucionario, Haase se mostró como el más encarnado defensor de los revolucionarios rusos.

Bebel sentía una fuerte inclinación hacia Haase. El idealismo de este último le encantaba al anciano. Haase estaba desprovisto de todo idealismo elevado revolucionario, pero tenía el suyo, más estrecho y más prosaico. Por ejemplo, para consagrarse mejor a las tareas del partido, renunció a su despacho de abogado en Königsberg (rasgo que no es frecuente entre los altos burócratas socialdemócratas). Bebel, con gran perplejidad de los revolucionarios rusos, recomendó de forma insistente a Haase para el puesto de segundo presidente del comité central del partido. Afable y atento en sus relaciones personales, Haase se mantuvo en política, casi hasta el final, como lo que era por naturaleza: un honorable demócrata de provincias, sin amplitud de miras, sin temperamento revolucionario. En circunstancias críticas, evitaba mucho las decisiones muy claras, recurriendo a medidas a medias y a la espera. Nada de sorprendente hubo, pues, en que los Independientes lo escogieran como a uno de sus jefes. Conservó ese puesto hasta su muerte.

### ***Después de Zimmerwald***

La Conferencia de Zimmerwald dio un fuerte impulso al desarrollo del movimiento contra la guerra y, sin duda, contribuyó a la formación de agrupamientos revolucionarios. El vínculo entre *Nache Slovo* y el centro izquierda de Mártoy se rompió. En Alemania, los espartaquistas desplegaron su bandera más ampliamente. En Francia se creó un comité para “el restablecimiento de las relaciones internacionales entre los proletarios”. Las masas trabajadoras estaban cada vez más descontentas con el partido socialista y la Confederación del Trabajo. Dentro de la propia fracción parlamentaria

nació una izquierda, en realidad pequeña, sin una posición clara. Tres diputados de sus filas se distinguieron por participar en la Conferencia de Kienthal.

Al mismo tiempo, Zimmerwald impulsó la reacción burguesa. La prensa francesa entabló una guerra sin cuartel contra las ideas, lemas y participantes de la conferencia. Cada hoja tenía su propio renegado “casero”, considerado como un oráculo en el socialismo, simplemente porque lo había traicionado.

En la colonia rusa de París, la lucha dio un giro muy brusco. La fracción de la clase obrera de esta colonia se reunió más estrechamente alrededor de *Nache Slovo*, cargando con todo el peso a través de dificultades de todo tipo y problemas financieros. La burguesía y la fracción renegada de la colonia estaban asaltaban la embajada. Entre Isvolsky y varios antiguos seguidores de la izquierda, se forjaron muchos vínculos. El corresponsal del periódico *Russkie Viedomosti*, Bielorusov (antiguo miembro de los Partisanos de la Libertad del Pueblo), se negó a distribuir los fondos recaudados para los artistas necesitados, con el pretexto de que eran “derrotistas”. Además, incluían a muchos alógenos. El antiguo “extrema izquierda”, el exbolchevique Alexinsky, desplegó tal energía en sus calumnias que el inescrupuloso *Prisiv* (de Avkxentiev) se vio obligado a mantenerlo alejado. ¡Un verdadero punto culminante! ¡El corresponsal de *Riech* (de Miliukov) era sospechoso de germanofilia, aunque “devoraba” a Guillermo y al Canciller con cada corresponsalía! La Embajada Rusa traducía con ganas y cuidado, cada uno de nuestros artículos y los transmitía con comentarios apropiados al ministerio de guerra francés. Desde allí, se telefoneaba al señor Chasles, que había residido unos años en Rusia como tutor de francés: estaba cumpliendo con su deber patriótico en calidad de censor militar. El señor Chasles me convocaba, y entonces tenían lugar sesiones de lo más cómicas, ¡dignas de pasar a la posteridad!

Recuerdo cómo el señor Chasles borró con espanto nuestro artículo del obituario sobre el Conde Witte, un artículo que, en realidad, no era muy halagador para el difunto. Intenté reducir a nuestro censor a la confusión más extrema recordándole que sus antepasados revolucionarios no temían insultar a los cortesanos ejecutados, y que además decapitaron a un rey vivo. El señor Chasles se emocionó hasta las lágrimas y me explicó que su opinión era casi similar a la mía, pero que allí (aquí un gesto vago que probablemente apuntaba a la embajada rusa), “ellos” no estaban contentos y que debíamos atenernos a la posición de Francia, preocupados por no irritar a su aliado....

A través de parlamentarios y periodistas, el gobierno nos advirtió y amenazó. Hervé exigió nuestra expulsión. En el momento de la segunda conferencia zimmerwaldiana (en Kienthal), no se trataba de expedir pasaportes a los miembros de la redacción de *Nache Slovo*. Lo mismo ocurría con los miembros del grupo *La Vie ouvrière*. Sólo tres diputados (Raffin-Dugens, Blanc y Brizon) lograron llegar a Kienthal, donde firmaron documentos mucho más elocuentes por sí solos que las palabras que hubiera sido deseable dirigir a esos mismos diputados.

### ***Expulsión***

Al final, la paciencia del gobierno francés se agotó y, en agosto de 1916, la prefectura me envió una orden de expulsión a un país de mi elección. Ya me habían informado de que Inglaterra e Italia declinaban el honor de ofrecerme hospitalidad. Todo lo que tenía que hacer era volver a Suiza. Pero (¡ay!) la misión suiza rechazó abruptamente visar mis papeles sujetos a estudio. Telegrafí a mis amigos en Suiza y recibí una respuesta tranquilizadora: el asunto se estaba resolviendo en la dirección correcta. Pero la misión suiza se negó, una vez más, a sellar mi visado. Como se explicará más adelante, la embajada rusa, apoyada por los gobiernos inglés y francés, ejerció la presión necesaria sobre las autoridades suizas, y mi solicitud fue rechazada. Sólo podía

llegar a Holanda y Escandinavia cruzando Inglaterra; pero el gobierno británico me negó categóricamente el derecho de paso. Como es bien sabido, la policía inglesa, “tan enamorada de la libertad”, es la más feroz. Todo lo que me quedaba era España. Pero me negué a transitar voluntariamente por la península “pirenaica”. Mis peleas con la policía parisina duraron casi seis semanas. Me seguían por la calle, me vigilaban en mi apartamento y en la sala de redacción, no me quitaban ojo de encima. Finalmente, las autoridades decidieron tomar medidas enérgicas. El comisario de policía, Laurent, me llamó y me explicó que, ante mi negativa a salir voluntariamente, me adjuntarían la compañía de dos inspectores “vestidos de civil”. Todo lo que tuve que hacer fue replicarle que, en el territorio del “aliado zarista”, estaba acostumbrado a ser escoltado por gendarmes en grandes uniformes de desfile... Finalmente, fui enviado a España y desembarqué cerca de San Sebastián<sup>93</sup>.

En toda esta historia, el papel principal fue desempeñado por el jefe de la policía judicial, el descarado y grosero Bidet. Fue el organizador del fichaje y de la expulsión. Recordé su papel en una carta de Cádiz que aparece en esta recopilación. El destino me dio un dulce consuelo a costa de este último. Hace unos meses, supe que Bidet, el terrible Bidet olímpico, estaba en una de las prisiones de... la Unión Soviética<sup>94</sup>. No podía creerlo. Francia había enviado a Bidet como miembro de una misión militar para espiar y también, hay que suponer, para conspirar contra la república de los sóviets. ¡Y tuvo la desgracia de que lo atraparan! Añadamos que Malvy, el que firmó mi decreto de expulsión por propaganda “pacifista” como ministro del interior, fue acusado por la misma razón por Clémenceau y expulsado de altos cargos del gobierno. ¡No se puede exigir mayor consuelo a Némesis!... Cuando, con maliciosa alegría, debo admitirlo, señalé a Bidet (que había sido traído para identificar al personaje) el buen giro que las circunstancias le estaban jugando, filosóficamente abrió los brazos, diciendo con el estoicismo del policía: “Es el curso de los acontecimientos...” Luego expresó la esperanza de que su conducta inapropiada en París (lo reconoció) no afectara a su suerte en Moscú. Regresó a Francia, durante un intercambio de prisioneros.

### *A través de España*

Estuve unos días en Madrid, en la cárcel, tras lo cual fui enviado a Cádiz con escolta policial. Como las autoridades españolas no tenían una idea muy clara de mí, decidieron enviarme a Cuba en el primer barco que zarpó. Sólo gracias a mis fuertes protestas, a la intervención de algunos amigos, a mis telegramas a los redactores de los periódicos de la oposición y a la pregunta de un diputado republicano en las cortes, pude evitar un procedimiento que, ruego que me crean, no se correspondía en modo alguno con el programa que me había fijado en vida. El intento de llegar a Suiza a través de Italia no tuvo éxito. Finalmente recibí permiso, gracias a los esfuerzos de los socialistas italianos y suizos, pero me llegó cuando mi familia y yo nos embarcamos en Barcelona en un barco español el 25 de diciembre de 1916 con destino a Nueva York. El retraso fue, por supuesto, combinado.

El viaje duró 17 días. El mar estaba muy agitado, como siempre en esta mala estación, y el pequeño barco español hizo todo lo que pudo para recordarnos la fragilidad de la existencia humana. Los pasajeros eran muy coloridos y, por su colorido, instructivos. No sólo hubo unos pocos desertores de diferentes nacionalidades, y especialmente de alto

<sup>93</sup> Tras mi expulsión de Francia, Antónov-Ovseenko continuó, con una energía indomable, publicando el diario, que salía bajo el nombre de *Nachalo*. Desde el primer día de la revolución rusa, la censura redobló su rigor. Aumentaron brutalmente los recortes. El diario prolongó su aparición hasta marzo de 1917: con el anuncio de la revolución republicana en Rusia, la República Francesa prohibió el diario.

<sup>94</sup> Bidet, pasaje redactado en 1919.

rango. Un artista francés, bajo la protección de su viejo padre, sacó de la línea de fuego sus pinturas, su talento, su familia y su fortuna. Un boxeador anglo-francés, alardeando de buenas letras, primo de Oscar Wilde, admitió abiertamente que prefería demoler las mandíbulas de los yanquis antes que le aplastaran las costillas los alemanes. Un campeón de billar estaba indignado de lo que hacía su clase, ¿y gracias a quién? ¡A esta guerra sin sentido! ¡No!, y expresó sus simpatías... no muy desinteresadas... a las ideas de Zimmerwald...

Todos los demás eran de la misma especie: desertores, aventureros, especuladores, expulsados de Europa, “elementos indeseables”; Porque ¿a quién más se le ocurriría cruzar el Atlántico, en esta temporada, a bordo de un barco de vapor español?

### ***En Nueva York***

A mediados de enero, el barco descargó su precioso cargamento en las costas de la poco hospitalaria república norteamericana. La voluntad del señor Bidet me hizo conocer Nueva York, la ciudad del automatismo capitalista, donde uno se da cuenta, justo en la calle, de la importancia de la teoría cubista y la moralidad de la filosofía del dólar.

Obviamente, el gobierno estaba preparando a la opinión pública para la idea de una intervención militar. Los pacifistas pequeñoburgueses desempeñaban un papel activo en esta preparación. El socialismo estadounidense sufrió un retraso extraordinario en su desarrollo ideológico en comparación con el socialismo europeo. Sin embargo, el tono altivo de la prensa norteamericana, aún neutral, cuando hablaba de una Europa “sin sentido” se reflejaba en los juicios de los socialistas norteamericanos sobre sus homólogos europeos. Gente como Hillquit no estaba lejos de querer desempeñar el papel del buen tío socialista norteamericano que llega a Europa en el momento oportuno, para reconciliar a los partidos de la II Internacional en la lucha entre ellos.

La vida norteamericana, con su impermeabilidad a cualquier ideología (¡basta con leer los periódicos!), le hace a uno sentirse abrumado. Los emigrantes socialistas, que habían desempeñado un cierto papel en Europa, pronto perdieron sus conocimientos teóricos y se embarcaron en el torbellino de la lucha diaria por la existencia. En los Estados Unidos hay muchos emigrantes exitosos, o sólo mitad exitosos: dentistas, médicos, abogados, ingenieros, etc., que comparten sus preciosas aficiones entre los conciertos ofrecidos por celebridades europeas y el Partido Socialista Americano. Como cada uno de ellos posee un coche, son elegidos para llenar los comités, comisiones y delegaciones de gobierno del partido. Este público mezquino, grosero y lleno de altivez, cuyo programa real está escrito en las anotaciones bancarias, deja su huella en el socialismo estadounidense. Hillquit: ¡es la guía ideal del socialismo para los dentistas exitosos!

Sólo de esta generación, Eugène Debs, un gran anciano de ojos ardientes, mantuvo su fe en la revolución social y la transmitió a los trabajadores en grandes reuniones. Pero es un lírico, un romántico, un predicador, no un organizador, un político, un líder. De hecho, el líder del partido sigue siendo Hillquit, cuyo saber hacer consiste en halagar los prejuicios más mediocres. Así evitó cualquier dificultad y mantuvo a Debs en su flanco izquierdo, lo que no impidió su amistad en los negocios con la camarilla de los Gompers.

### ***Novy Mir***

Ingresé en la redacción del periódico de los trabajadores rusos, *Novy Mir*, donde Volodarsky, Bujarin, Shudnovsky, Melnichansky, Zorin y muchos otros camaradas ya colaboraban. Nuestro periódico era de hecho el centro de la propaganda revolucionaria e internacional de todo el partido socialista.



En todas las federaciones nacionales, sin excepción, había trabajadores que conocían el ruso; por otra parte, muchos miembros de la Federación Rusa hablan inglés. Así, las ideas lanzadas por el periódico penetraron profundamente en los círculos del proletariado estadounidense. El programa *Novy Mir* recibía particular aprobación de la Federación Alemana, cuya parte activa se agrupaba bajo la bandera de Liebknecht. Los mandarines del partido de los dentistas y médicos se conmovieron. Se tejieron intrigas contra estos inmigrantes recién llegados que ignoran la psicología norteamericana y quieren someter al trabajador norteamericano a sus métodos utópicos... Además, los respetables aborígenes añadieron imprudentemente que los métodos de *Novy Mir* eran inútiles, incluso en Europa con su experimentada y sagaz socialdemocracia.

La lucha adquirió un inaudito carácter de violencia. Los mandarines “experimentados y hábiles” fueron expulsadas de la Federación Rusa. En la federación alemana, el viejo Schlütter, homólogo de Hillquit, redactor jefe de *Volkszeitung*, cedía cada vez más su influencia al joven editor Lore, que estaba en connivencia con nosotros. Los letones se aferraron a nosotros. La Federación Finlandesa se acercaba a nosotros dudando. Entrábamos cada vez con más éxito en la poderosa Federación Judía con su edificio de catorce pisos del que salían cada día doscientos mil ejemplares de *Vorwärts*, expresando un socialismo sentimental y pequeñoburgués, siempre presto a traicionar. Entre los trabajadores puramente norteamericanos, “los americanos americanos”, como se les llamaba para diferenciarlos de los alemanes, rusos, judíos norteamericanos, etc., las relaciones y la influencia del partido socialista en general, y de nuestra ala revolucionaria en particular, eran muy pequeñas. El periódico inglés del partido, *The Call*, se escribía con un espíritu de neutralidad pacifista sin una base seria. La cuestión de entrar en los sindicatos se les planteaba a los marxistas como un problema que no había hecho más que empezar. Decidimos fundar un diario de combate marxista. El editor era un tal Frein. Los preparativos estaban bien encaminados, pero fueron interrumpidos por la revolución en Rusia.

### *Ecós de la revolución*

Después de un misterioso silencio de dos o tres días, llegaron las primeras noticias de la revolución. Eran tristes y caóticas. El Nueva York obrero, tan poblado, cayó presa de una agitación triunfal. Se quería confiar y, al mismo tiempo, se temía. Las noticias mezquinaban. El personal de la redacción fue asaltado por periodistas, entrevistadores, columnistas, reporteros, acudiendo de todas partes. En poco tiempo, nuestro periódico se convirtió en el punto focal de toda la prensa de Nueva York. Las redacciones y las organizaciones socialistas nos llamaban todo el tiempo.

-Acaba de llegar un telegrama anunciando la formación de un gobierno Guchkov-Miliukov. ¿Qué significa esto?

-Que mañana habrá un gobierno Miliukov-Kerensky.

-Ah, bien.... ¿y luego qué?

-¡Bah!...

En todos los barrios de Nueva York se celebraron reuniones, nunca antes vistas en términos de tamaño y entusiasmo. La noticia de que la bandera roja ondeaba sobre el Palacio de Invierno desató una tormenta de aplausos. No sólo los emigrantes rusos, sino también sus hijos, que a menudo ignoraban casi por completo a los rusos, acudían a estas reuniones para respirar el ambiente triunfal de la revolución.

Desde los primeros días, se confirmó que los acontecimientos de la revolución consolidaban las filas de los emigrantes, mientras que, por el contrario, ampliaban las grietas existentes entre los socialistas norteamericanos. Los “bonzos” del partido adoptaron, por supuesto, una posición puramente democrática. El editor de *Vorwärts*

expresó la opinión de que el pueblo ruso no estaba maduro para la república y que estaba presto a saludar la bandera de la monarquía constitucional. Los artículos de *Novy Mir* sobre la conquista del poder por el proletariado les parecían puro delirio. Se sentían más sólidos porque apelaban a la autoridad de Plejánov. Pero la masa de trabajadores les dio la espalda.

### ***El retorno***

Se planteó la cuestión del regreso a Rusia. Comprensiblemente, los antiguos emigrantes no querían abandonar sus lugares y sus viejas costumbres. Pero la juventud, es decir, el ala revolucionaria del partido, quería vaciar los lugares de inmediato. ¿Cómo viajar? ¿Qué camino tomar? ¿Tendríamos permiso? Surgieron dos tendencias: algunas querían cruzar el Pacífico y llegar a Japón; otras, el Atlántico y llegar a los países escandinavos. Pertenezco a los partidarios de la segunda tendencia.

En la embajada, pudimos ver el oscurecimiento de las mentes. Solamente pocos días después de la llegada del primer telegrama que anunciaba la revolución, se decidió finalmente retirar el retrato de Nicolás II de las paredes y borrar la palabra “imperial” de los sellos y sellos. Después de mucho trabajo, recibimos los documentos necesarios para el viaje y entrada en la Rusia de Miliukov-Guchkov, y, en marzo, abordamos un vapor noruego que nos prometía un viaje de dos semanas a Oslo. Me arrestaron en Halifax con cinco de mis camaradas y me llevaron a Amherst (Canadá), a un campo de prisioneros de guerra. Fue sólo un mes después de recibir el permiso para continuar nuestro viaje. Amenacé al oficial de la gendarmería, Macken, que había hecho nuestro arresto, con plantearle a la asamblea Constituyente la siguiente pregunta para el ministro de asuntos extranjeros, Miliukov: ¿Con qué derecho maltrata la policía anglo-canadiense a los ciudadanos rusos?

–“Confío”, contestó el gendarme, tan ingenioso y pertinente, “en que nunca será usted miembro de la asamblea constituyente.”

\*\*\*

Para concluir no será superfluo aclarar la terminología. Todo el libro hablará de socialdemócratas y no de comunistas, porque en aquel momento todavía se nos llamaba socialdemócratas, un apelativo que es teóricamente falso, no definitivamente apropiado en esta era del imperialismo, pero bastante comprensible desde el punto de vista histórico. En todos los países, la conciencia de la masa obrera ha despertado bajo consignas democráticas. Marx, Engels y Lassalle participaron en la Revolución de 1848 como miembros del ala de extrema izquierda de la democracia. El movimiento cartista en Inglaterra siguió el estandarte democrático. Caminando por el flanco izquierdo, los socialistas insisten cada vez con más decisión en que no son demócratas, sino socialistas. De ahí el origen de su designación: socialistas-demócratas o socialdemócratas. Así se forjó el partido obrero independiente. Se ha preservado la ideología democrática tradicional, no en el sentido de que la democracia se considera como una forma de gobierno progresista en relación con el absolutismo feudal (esto es indiscutible), sino en el del fetichismo más o menos acentuado y tradicional de la democracia.

Durante la guerra, Europa central y oriental estuvo bajo el poder de tres poderosas monarquías: la de los Hohenzollern, la de los Habsburgo y la de los Romanov. Está claro que las consignas democráticas eran una parte importante de nuestra propaganda revolucionaria. Es natural utilizar la terminología democrática cuando los problemas de la guerra, la paz, la formación socialista y las relaciones internacionales para nosotros se alineaban en el marco de un poder democrático. Basta recordar que durante la revolución de marzo de 1917 hicimos nuestra propaganda bajo el lema de la asamblea constituyente.

Qué estupidez representan las afirmaciones de que, a partir de marzo de 1917, o, mejor aún, desde enero de 1918, las relaciones entre los marxistas y la democracia sufrieran un cambio fundamental de principio. En sus malas conciencias, teóricos renegados como Kautsky llegan a esta conclusión. Grandes círculos de oportunistas realmente creen que nos hemos “deshecho” de la parte más importante del viejo programa, porque en la era presoviética nuestra actitud dialéctica hacia la democracia seguía siendo completamente ajena para ellos.

Desde esta perspectiva, debemos referirnos a los artículos de nuestra colección en los que los temas social-revolucionarios son tratados con fórmulas democráticas. Examinemos, en particular, el artículo “Programa de Paz”, que dio lugar a toda una serie de artículos publicados entonces en *Nache Slovo*. En cuanto al paso de la política cotidiana a la teoría, los marxistas nunca hemos dejado ninguna duda sobre el significado de la democracia en la mecánica social de la lucha de clases. El artículo titulado “Las babilonias del pensamiento patriótico”, escrito en 1916, contiene las siguientes frases: “Poner la política socialista bajo el control supremo del imperativo kantiano es situar la lucha de clases al nivel de las normas de la política democrática, lo que significa: capitular ante la sociedad de clases.”<sup>95</sup> Esta fórmula de principio, indiscutible para un marxista, contiene completamente el comportamiento dialéctico hacia la democracia, que nuestro partido derrocó, teórica y prácticamente, durante la revolución de octubre.

\*\*\*

Estos dos volúmenes no contienen todo lo que hemos escrito sobre las cuestiones planteadas por el socialismo durante la Gran Guerra. Hemos descartado lo que ya no era de interés, habiendo perdido su significado causado por acontecimientos efímeros, o aquellos que contenía evaluaciones defectuosas, corregidas hace mucho tiempo por el curso de los acontecimientos. Como ya se mencionó en el prólogo del primer volumen, hemos recopilado material que puede ser utilizado por la generación más joven que requiere documentos vivos del pasado. Hemos reproducido muchos artículos de carácter episódico. Si no los hemos descartado, no es por su interés particular, sino porque, en nuestra opinión, están al alcance de los jóvenes lectores: los episodios de nuestra lucha nos ayudan mejor, y de manera concreta, a hacer frente a la masa de particularidades de nuestra historia reciente, de lo que lo haría una serie de informaciones sin base en la experiencia política personal ni en el conocimiento de los hechos de la experiencia de los demás.

L. TROTSKY  
22 de mayo de 1922

---

<sup>95</sup> “Las babilonias del pensamiento patriótico”, en esta obra, más arriba en página 178 y siguientes y el *Programa de paz*, en esta obra, más abajo en página 437 y siguientes.

## VII. Zimmerwald

### *Sí, ¡la conferencia de Zimmerwald se ha celebrado!*<sup>96</sup>

He aquí que el *Journal des Débats* nos comunica que se ha celebrado la Conferencia Socialista Internacional, en Zimmerwald, pequeño pueblo suizo desde el que se divisa el perfil nevado de Junfgrau; y, justo hasta ahora, no hemos tenido derecho a hablar de este hecho histórico tan lleno de significado. Los representantes de los trabajadores y las trabajadoras socialistas viajaron, desde todos los rincones de la vieja Europa cubierta de sangre y del deshonor de una lucha fratricida, para hacer oír la voz revolucionaria de la Europa del mañana. (ni Francia ni la colonia rusa que vive sobre suelo francés debían conocer este acontecimiento.)

Inglaterra negó a los delegados el pasaporte. Pues la guerra se lleva adelante en nombre de los supremos intereses de las democracias: el policía inglés armado con su buena porra se lo explicará a quien todavía no lo hay entendido. Pero los puestos destinados a los participantes ingleses [no] quedaron vacíos, y el agonizante Keir-Hardie y sus compañeros han asistido, invisibles, a los trabajos de la Conferencia de Zimmerwald.

Francia ha prohibido hablar de ella. La mano de la censura militar ha borrado el mismo nombre de Zimmerwald del diccionario político de Francia. ¡Listo! Cuando sobre las tierras del “Kaiser”, e incluso en el país del zar ruso, los diarios hablan de la reunión en Suiza de los rebeldes internacionales en nombre del buen sentido y de la humanidad, en el país dónde fue enterrado un innoble régimen de opresión bajo las ruinas de la Bastilla, en el país que predicó el culto a la Razón, en Francia, estaba prohibido mencionar esta conferencia que se celebró en Zimmerwald a pesar de todos los obstáculos.

Cuando dos periodistas renegados (uno francés y el otro ruso) respondieron hace ahora dos semanas a nuestra conferencia (el primero con burlas banales y el otro con sus habituales calumnias) y nosotros quisimos hacer constancia de este hecho en nuestro diario, la censura, otra vez más, nos borró hasta el nombre de Zimmerwald.

Pero ¡la conferencia se ha celebrado! Este es un gran acontecimiento, ¡Señor Censor! Durante los primeros meses de la guerra, la prensa francesa escribía a menudo que Karl Liebknecht salvaría el honor alemán. La Conferencia de Zimmerwald salva el honor europeo, y las ideas lanzadas desde ella salvarán a esta Europa cubierta por la sangre y el deshonor de una lucha fratricida.

Intentan ustedes en vano ahogar toda información sobre esta conferencia. Lo que quieren mantener oculto, estalla a la luz del día. Y he aquí que un distinguido profesor, en el *Journal des Débats*, ataca a la conferencia de Zimmerwald con un artículo en el que prueba que esta última es impotente, de nulo significado, y que, por encima de todo, sirve a Alemania. El sosia de este profesor, el mismo tipo de universitario obtuso, demuestra, en los mismos términos empleados por su distinguido homólogo, que la conferencia se celebró por orden de la Entente. Pero, si esta conferencia tenía un nulo alcance, ¿por qué vuestros vecinos han prohibido mencionar su nombre? Y, ¿por qué os habéis visto obligados a hablar de ella a pesar de todas las prohibiciones ¡Y hablaréis de ella, señores

---

<sup>96</sup> Todos los artículos concernientes a Zimmerwald fueron publicados en octubre de 1915, ya en *Nache Slovo*, ya en *Kievakya Mysl*. El primer artículo fue impreso con permiso de la censura.

profesores, periodistas, políticos y ministros! ¡Ella os obligará a hablar de ella! ¡Ninguna fuerza borrará a esa Conferencia de Zimmerwald de la vida política en Europa!

Ha hecho que su voz se oiga, ¡y esa voz no se callará!

¡Ah! Sí, Señor Censor, ¡usted tiene todavía un medio a su disposición! *Puede usted borrar este artículo*. Pero es una medida ilusoria, una medida falsa ya que se ha celebrado; sí ¡la Conferencia de Zimmerwald se ha celebrado!

(*Nache Slovo*, 10 de octubre de 1915)

### ***Principales datos fácticos sobre la Conferencia de Zimmerwald***

Durante cuatro días se ha celebrado en el pueblo suizo de Zimmerwald una conferencia internacional que ha reunido, por primera vez desde el inicio de la guerra, a los socialistas internacionalistas de la mayoría de países europeos. En las consideraciones de mis “Carné de notas” hasta ahora sólo podíamos hablar “a propósito” de la conferencia. Ahora, podemos comunicar al lector informaciones reales sobre la conferencia, llamando a las cosas por su nombre. Pero, incluso ahora, se nos priva del derecho a publicar el manifiesto de la conferencia<sup>97</sup>.

Los preliminares de dicha conferencia son muy conocidos por los lectores de *Golos* y *Nache Slovo*. Estos diarios han dado a conocer cuidadosamente todas las intervenciones del internacionalismo durante la guerra, y todos los intentos de restablecimiento de las relaciones internacionales: conferencias en Lugano, Copenhague, conferencias de mujeres<sup>98</sup> y de la juventud socialista.

Tras haber ofrecido una caracterización general de los trabajos de la conferencia en las consideraciones mencionadas más arriba, queremos comunicar los principales datos en cuanto al contenido mismo de la conferencia.

\*\*\*

Dos de las principales potencias en guerra no estaban representadas: Inglaterra y Austria-Hungría.

Los socialistas *ingleses* querían hacer de su viaje un acto de propaganda: declararon abiertamente al poder para qué pedían pasaportes. Así, querían obligar al gobierno a tomar posición frente a la lucha proletaria internacional por la paz. De hecho, el poder se posicionó... negó las autorizaciones de salida. La prensa alemana, incluyendo a la prensa socialpatriota, evidentemente se apresuró a reproducir este rasgo tan característico de la policía británica, exaltando el “prestigio” tan conocido del liberalismo inglés. Pero, al hacer esto, la piadosa prensa germánica se privó de la posibilidad de contar a sus lectores que todos los socialistas ingleses, nada más que buenos patriotas, habían rehusado participar en una conferencia internacional.

El asunto austrohúngaro es incomparablemente más desalentador. El partido “obrero” austríaco, sacudido entre las diversas nacionalidades, envenenado por el nacionalismo, desmoralizado por la caída de la socialdemocracia alemana, ya no presentó durante la guerra más que un profundo vacío. El parlamento no fue convocado una sola vez, los diputados socialistas no tuvieron la ocasión de manifestar sus opiniones públicamente ante las masas; la oposición estaba desorganizado y tironeada desde diversas partes, y no encontró a ninguna personalidad que poseyese bastante fuerza moral para participar en la conferencia en nombre del socialismo revolucionario austríaco.

<sup>97</sup> “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)”, en nuestras EIS o en esta obra más abajo, en página... y siguientes.

<sup>98</sup> Ver en nuestra serie [Internacional de Mujeres Socialistas](#).

La delegación francesa se vio reducida al mínimo a consecuencia de las circunstancias y de las medidas tomadas por las autoridades: a uno se le negó el pasaporte, otro fue arrestado en la frontera; curtidos internacionalistas estaban retenidos por sus obligaciones militares. No había ni un solo diputado en la conferencia: la oposición del partido, conducida por Pressemane, capituló lamentablemente en la conferencia nacional del partido, el 14 de julio. ¡En la cúspide del partido, el más “parlamentario” de todas las secciones de la [Segunda] Internacional, no existe, ni entre los jauresistas ni entre los guesdistas, ni *un sólo* hombre que haya sido capaz y hubiese tenido el derecho a presentarse en la Conferencia de Zimmerwald en nombre de la fracción revolucionaria del proletariado francés! Este honor recayó sobre los sindicalistas franceses<sup>99</sup>. En los círculos dirigentes se encontraban honorables y estoicos activistas del movimiento obrero, tales como Monatte, Merrheim, Dumoulin<sup>100</sup>, Rosmer y otros. Los antiguos agrupamientos se sometieron fácilmente en el curso de los acontecimientos. Mientras que los sindicalistas-patriotas, tipo Jouhaux (el mismo con el que vinieron a reunirse Kautsky y Bernstein en Suiza) marchaban cogidos del brazo con el partido de Sembat-Guesde, Monatte y sus camaradas se ligaban con los socialdemócratas internacionales de Rusia y Alemania.

Los representantes más conocidos de la oposición no figuraban en la delegación *alemana*: Liebnecht está movilizado; Luxemburg y Zetkin<sup>101</sup> están en prisión (Clara Zetkin fue puesta en libertad poco después de la conferencia). Sin embargo, la “oposición” estaba representada de una forma bastante fuerte: la minoría de la fracción parlamentaria, la redacción del diario *Internationale*, las mujeres internacionalistas, la oposición de Fráncfort y Stuttgart, el grupo del diario *Lichstrahlen*, etc.

La delegación *italiana* representaba por completo al partido: el comité central y la fracción parlamentaria. El secretario de este último, Odino Morgari, ocupaba el flanco izquierdo. Había participado activamente en la preparación de la conferencia. En el flanco izquierdo se situaba Angélica Bolabanova, colaboradora de nuestro diario. Excepción hecha de ésta, en lo concerniente al dominio de la teoría, los delegados italianos no eran partidarios del marxismo, sino de una posición ecléctica.

La socialdemocracia rusa estaba representada por los bolcheviques, *Nache Slovo*, la socialdemocracia letona, los mencheviques del OK y el comité de la Bund (ésta con fines de información). El partido S-R estaba representado por la redacción de *Jizn*.

Polonia envió a tres delegaciones: los partidarios de los principios de la lucha internacional de clases: GPD (Grupo de la Dirección Principal), la “Oposición Kadet” y la “Izquierda”.

La Federación Socialdemócrata Balcánica, ya reunida en julio en la conferencia de Bucarest, estaba representada por la delegación búlgara (Koralov) y el partido rumano. Uno de los miembros de este último, K. Rakovsky, uno de los mejores amigos de *Nache Slovo*, participó activamente en los trabajos de la conferencia.

De los dos grupos revolucionarios holandeses, solo uno estaba representado: el grupo “Internationale”, en el que la escritora femenina, tan conocida, Roland-Holst, ejercía el principal papel. Los representantes de *Tribune*, agrupamiento próximo a los bolcheviques, no aparecieron: verosímilmente por motivos de orden técnico.

<sup>99</sup> Ciertamente que en la delegación francesa uno de los delegados, Bourderon, era viejo miembro del partido socialista, pero en la conferencia no representaba al partido, sino a las organizaciones sindicales. [nota de 1922]

<sup>100</sup> Dumoulin y Merrheim se arrepintieron enseguida y volvieron con Jouhaux y compañía. [1922]

<sup>101</sup> [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#), en nuestras [EIS](#), y [Clara Zetkin](#), escritos en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

Suecia y Noruega estaban representadas por una delegación del Comité Revolucionario de la Juventud, dirigido por el diputado Höglund.

Por parte suiza participaron en la conferencia los socialdemócratas: Grimm, uno de los organizadores más activos, Ch. Moor, Ch. Naine y Fr. Platten, todos por iniciativa personal.

\*\*\*

Los principales trabajos consistían en las exposiciones de las diferentes delegaciones y la redacción del manifiesto llamando al proletariado europeo a la recuperación de la lucha: por la paz, por la fraternidad entre los pueblos y por el socialismo.

Tras la aprobación por unanimidad del manifiesto, quedaba por constituir una oficina como medio permanente para restablecer las relaciones internacionales y llevar adelante campaña contra la guerra. Esta institución fue creada en Berna, bajo el nombre de Comisión Internacional Socialista, por los tres personajes siguientes: Grimm, Naine y Morgari. La comisión no se oponía formalmente a la antigua Oficina [Socialista Internacional]. Pero, en realidad, la formación de la futura Internacional Socialista se efectuará alrededor de la comisión de Berna, no alrededor de la oficina de Bruselas. En cualquier caso, los esfuerzos de los internacionalistas rusos se harán en este sentido.

(*Nache Slovo*, 22 de octubre de 1915)

### ***P. Grimm y O. Morgari***

Desde Midi (¡cómo se diferencia del norte de Francia por su forma de ver las cosas y su comportamiento ante la guerra!) no era difícil llegar a Suiza: ¡nada difícil para el ciudadano dotado de un pasaporte debidamente visado, de una fotografía reciente y de todos los sellos indispensables!

Sin embargo, en la frontera hacía falta pasar por muchos tormentos: se temía doblemente a los periodistas. En París residen misteriosos corresponsales de diarios alemanes pertenecientes verosímilmente al grupo de los periodistas “neutros”. En el *Berliner Tagesblatt* y en la *Frankfurter Zeitung* aparecían de vez en cuando cartas redactadas sobre suelo francés y realmente destinadas a la prensa alemana. Hace algunas semanas, la *Frankfurter Zeitung* anunciaba el desencadenamiento de la ofensiva francesa en Champagne, y la predicción se demostró ser cierta. Este hecho impulsó a la policía francesa a redoblar su vigilancia sobre las cartas, diarios y viajeros que franqueasen las fronteras. Determinadas medidas chocan por paradójicas. Así, a las personas que abandonan Francia se les quitan todos los diarios franceses, por más permitido que esté comprarlos en Suiza. A los viajeros provenientes de Suiza se les confiscan los diarios suizos, aunque en el primer quiosco parisino se puedan comprar sin la menor dificultad. Las vías de la policía, incluyendo a la policía republicana, son inescrutables... Me secuestraron el ejemplar de mi folleto, editado en Suiza y en lengua alemana<sup>102</sup>.

“¿Qué sentido puede tener esto?” – “Veamos, este folleto se ha introducido en Francia con el asentimiento de la censura” – “Eso no significa estrictamente nada: no podemos dejar pasar folletos alemanes” – “¿Incluso de Francia a Suiza?” – “Incluso a Suiza”.

Uno de estos guardias fronterizos, versado en materia de psicología comparativa, me habló en alemán, en muy buen alemán literario, y, tras un intercambio de dos o tres frases, se interesó con viva curiosidad por la situación en el interior de Rusia. Le contesté

<sup>102</sup> *La guerra y la Internacional*, en estas mismas OELT-EIS o más arriba en esta misma obra, página 47 y siguientes.

que, estando dada la inminente partida del tren, me sería imposible enfrentarme a un problema tan vasto y también tan complejo. El psicólogo quedó descontento con mi respuesta, pero, como verdadero gentleman, lo disimuló. Nos despedimos uno de otro con la educación más rebuscada. Pero no me devolvieron el folleto.

Me presenté directamente en Berna, en casa del diputado suizo Grimm, el principal organizador de la conferencia. Antiguo cajista que había conservado muchos rasgos proletarios, Grimm, un hombre de cuarenta años, periodista enérgico y orador, se señalaba como una de las figuras más sobresalientes de la vida política en Suiza. Diputado en el parlamento nacional, está a la cabeza del movimiento obrero bernés, escribe en su periódico y se plantea como líder auténtico del ala izquierda de la socialdemocracia suiza. Hasta la guerra, el nombre de Grimm era poco conocido. Pero estos quince últimos meses han visto un gran cambio. Grimm asumió muy pronto una posición crítica hacia el comportamiento de las socialdemocracias alemana y francesa. Como su periódico se edita en alemán, sus principales golpes se dirigieron contra el partido alemán. Grimm consiguió así una amplia audiencia entre el ala izquierda de la socialdemocracia alemana que, con todas sus fuerzas, atacaba las posiciones de los social imperialistas, es decir, de la mayoría dirigente del partido, que sostenía la política del poder. *Berner Tagwacht* se puso a publicar correspondencias desde Alemania, dibujando el sombrío cuadro de la “Burgfrieden” (la paz civil) y su penetración en la vida interna de la socialdemocracia. La lucha de los círculos oficiales del partido contra la “oposición” (Liebknecht, Luxemburg, Zetkin<sup>103</sup>, Mehring y otros) se desarrolló al principio en el campo cerrado del partido, después, bruscamente, estalló a la luz del día, desvelada por el periódico bernés. Entonces fue el blanco de los juicios de todos. *Berner Tagwacht* se convirtió en una especie de órgano oficioso de la oposición, con gran enfado de las autoridades alemanas, de las del partido y también de las del gobierno. Al final, el periódico fue prohibido en Alemania, lo que no le impidió, evidentemente, ser ampliamente difundido.

Simultáneamente, el diario socialista bernés adquiría en Francia una popularidad particular porque, siendo considerado “alemán”, mantenía un punto de vista independiente. Los diarios franceses hacían numerosas referencias al *Berner Tagwacht*. A causa de una aberración, explicable en las actuales condiciones de vida, numerosas personas consideraban al diario suizo como una publicación francófila.

El malentendido se acabó disipando. Después de algunos artículos extremadamente críticos con Guesde, Sembat, etc., las simpatías manifestadas por las esferas oficiales del socialismo francés hacia el *Berner Tagwacht* se enfriaron de forma particular; con eso, el diario ganó en los medios no oficiales. La “oposición” en el movimiento obrero encontraba apoyo en el diario bernés, tanto entre los alemanes como entre los franceses, teniendo en cuenta la diferencia de lengua. *Berner Tagwacht* se difundió regularmente en Francia mientras que toda tentativa de introducir, vía Suiza, los más importantes diarios alemanes, tropieza con la resistencia de las autoridades fronterizas francesas.

La posición asumida por el diario suizo en calidad de órgano no oficial del socialismo de “izquierda” o “internacional”, en un país neutral e internacional como Helvecia, ha colocado naturalmente a Grimm a la cabeza de la organización que desde inicios de la guerra intenta restablecer las comunicaciones interrumpidas entre los diferentes partidos socialistas. Grimm participó activamente en la modesta conferencia italo-suiza de Lugano, que tenía como objetivo preparar una conferencia general del socialismo internacional. Gracias a la activa participación de Grimm se pudo celebrar una

---

<sup>103</sup> Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano, en nuestras EIS, y Clara Zetkin, escritos en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.



conferencia de mujeres<sup>104</sup>, presidida por Cl. Zetkin y una conferencia de la juventud socialista.

Grimm trabajaba plenamente de acuerdo con el diputado de Turín Morgari, secretario de la fracción socialista en el parlamento romano. El partido italiano, superviviente de numerosas crisis “depuradoras”, después de separarse del ala reformista y, después, de los francmasones socialistas, tomó desde el inicio de las hostilidades una posición profundamente diferente de la de los socialismos alemán y francés. Mientras Italia no se liberó del nudo de la Tríplice<sup>105</sup>, los socialistas mantenían una violenta campaña a favor de la neutralidad, combatiendo el peligro de una intervención junto a los Imperios Centrales. En aquella época, el socialismo planteaba una feroz resistencia al semioficial, semisocialista, Sudekum, y atraía los elogios de la prensa francesa. Pero desde el momento en que se perfilaron los síntomas de una entrada de Italia en guerra a favor de los Aliados, desde que el exredactor en jefe del diario *Avanti*, Musolini, (con el dinero del gobierno francés sin la menor duda), puso su propio diario a disposición de la propaganda belicista, entonces, la política de “neutralidad” seguida por los socialistas italianos fue objeto en Francia de los juicios más crueles. El partido italiano buscó homólogos en los países extranjeros, y Morgari, por orden del comité central, viajó dos veces a Francia e Inglaterra a fin de preparar una conferencia internacional.

Me reuní con Morgari más de una vez en París, y viajamos una vez juntos al Havre. El diputado de Turín era la antítesis de Grimm. Éste posee una inflexibilidad “suizo-alemana” que se manifiesta tanto en los discursos como en el estilo. Morgari, por el contrario, tiene naturaleza de artista: es un político y un psicólogo. Los rasgos de su joven rostro llevan la marca de un carácter bondadoso e indulgente. Grimm es un marxista en el dominio de la teoría; ha ofrecido diversos estudios interesantes en el espíritu del método materialista. Morgari es “neutralista”. Le reprocha al marxismo su falta de realismo, reconoce en la historia la “multiplicidad” de los factores e intenta llegar a una concepción “integral”, tanto en la práctica como en la teoría. El integralismo significa en realidad un esfuerzo hacia un eclecticismo “armonioso”.

A pesar de las diferencias tan profundas (puede hablarse incluso de contradicciones) entre los temperamentos y concepciones teóricas de los dos hombres, Grimm y Morgari estaban ligados estrechamente por su trabajo común: establecer las relaciones internacionales entre los partidos obreros. La reciente Conferencia de Zimmerwald<sup>106</sup> se debe, en gran parte, a sus esfuerzos conjugados<sup>107</sup>.

<sup>104</sup> Ver en estas mismas EIS “[[¡A las mujeres trabajadoras del mundo entero!](#)] Manifiesto Conferencia Internacional Mujeres Socialistas” y “[[Resolución de la Conferencia Extraordinaria de la Internacional de Mujeres Socialistas celebrada en Berna en 1915](#)”, en nuestra serie [Internacional de Mujeres Socialistas](#).

<sup>105</sup> Triple Alianza.

<sup>106</sup> Ver el “[[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)]” y otros artículos sobre la conferencia en la serie [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional](#) de nuestras EIS.

<sup>107</sup> Ahora, algunos años después de los acontecimientos descritos, es necesario que hablemos, aunque sólo sean dos palabras, del destino de Grimm. Su radicalismo contenía demasiados sentimientos “filisteos” de pequeño burgués suizo, lo que era visible para un observador atento. La influencia de los corresponsales y colaboradores internacionales hacía al diario más radical que el redactor en jefe. Después de Zimmerwald, Grimm fue escorándose cada vez más a la *derecha*. En 1917 intentó mezclarse en la política internacional (en interés de la revolución rusa) con ayuda de métodos subterráneos, de pura diplomacia. Ahí fracasó. La prensa burguesa de todos los países de la Entente lo trató de agente de Alemania después de su expulsión de Rusia por el gobierno Kerensky. Por supuesto que era una calumnia. Grimm cayó víctima de su petulancia “filistea” que lo llevó a querer salvar la revolución con métodos que son contrarios a la esencia de la misma revolución. Incluso cuando el comunismo se manifestó en Suiza, Grimm aseguró su reputación de socialdemócrata “moderado” y “buen consejero”. En lo tocante a Morgari, se mantuvo fuera de la Internacional Comunista [[Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#), en estas mismas EIS]. [1922]

### **C. Rakovsky y B. Kolarov**

En la redacción de *Berner Tagwacht* encontré una sociedad muy variopinta y extraordinaria para los tiempos que corren. Había allí dos redactores berlineses, una militante del movimiento femenino de Stuttgart, dos sindicalistas franceses (el secretario de la Federación del Metal, Merrheim y el de la Federación de Toneleros, Bourderon) el doctor Rascovsky de Bucarest, un polaco y un suizo. Se trataba de los primeros delegados llegados para participar en la conferencia [de Zimmerwald]. Grimm no se encontraba allí (realizaba un pequeño viaje de propaganda y no llegaría hasta la noche). Morgari se encontraba en Londres y se esperaban telegramas de él en cualquier momento anunciando la venida de los delegados británicos.

En la persona de Rascovsky encontré a un viejo amigo. Es una de las más internacionales figuras del movimiento obrero europeo. Es búlgaro de nacimiento, pero súbdito rumano. Es médico francés por sus estudios, pero miembro de la intelectualidad rusa; está atraído por las Bellas Letras (bajo la firma de Insarov ha publicado en ruso toda una serie de artículos periodísticos y un libro sobre la III República); domina todas las lenguas balcánicas y tres lenguas europeas; ha participado en la vida interna de cuatro partidos socialistas (búlgaro, rumano, francés y ruso) y actualmente encabeza el partido rumano.

La política seguida por este último es paralela hasta cierto punto a la del partido socialista italiano. Los socialistas rumanos, luchando por la neutralidad, recibían halagos o reprimendas por parte de los franceses o de los alemanes según las oscilaciones del gobierno rumano que, con cada cambio de política, obligaba a los “neutralistas” a cambiar sus objetivos. Sudekum llegó a Bucarest el pasado otoño para “incitar” a los socialistas rumanos a oponerse a una intervención a favor de los Aliados. Se declinó su ayuda. Pero cuando Charles Dumas, jefe del gobierno de Sembat, se dirigió a Rakovsky exponiéndole el punto de vista francés, el rumano le respondió con el envío de un opúsculo entero, de tono moderado, pero de fondo significativo (*El socialismo y la guerra*, Bucarest, 1915<sup>108</sup>). Rakovsky desarrolla el tema según el cual los partidos socialistas francés y alemán no se diferencian por su táctica de principios, sino que en ellos se dibujan los signos precursores de concepciones irreconciliables: “No estamos, pues, ante dos tácticas sino en presencia de *dos socialismos*.”<sup>109</sup>

-¿Harán ustedes la guerra?

-Pregúnteselo a los búlgaros, nos responde Rascovsky. Nuestro gobierno todavía mantiene la neutralidad. Pero existen demasiados motivos para que supongamos que la intervención búlgara hará hundirse la tabla poco segura sobre la que se mantiene el gobierno Bratianu.

(Le recuerdo al lector que estas palabras fueron pronunciadas en septiembre de 1915)

-¿Harán ustedes la guerra? Le planteé esta pregunta al día siguiente al diputado búlgaro, Basil Koralov, uno de los principales dirigentes del partido de los oprimidos, abogado, oficial de reserva, condecorado por su bravura ante los turcos.

-La haremos, me respondió casi sin dudar. La neutralidad observada por Radoslavov es puramente *atentista*. La cuestión de Constantinopla, tal y como ha sido planteada por la Entente, es un factor decisivo para la orientación de la política búlgara. Por otra parte, las derrotas rusas han animado mucho a los germanófilos, herederos de la tradición estambuliana.

<sup>108</sup> Ver en nuestro sello hermano *Alejantría Proletaria*: <http://grupgerminal.org/?q=node/792> .

<sup>109</sup> *El socialismo y la guerra*, *Alejantría Proletaria*, página 23 del formato pdf.

-¿Eso quiere decir que ustedes lucharán al lado de Alemania?

-Evidentemente. ¿Lo duda usted?

-La prensa francesa mantiene al respecto las ilusiones en la opinión pública...

¿Cuál será la posición de su partido?

-Somos socialistas “estrechos”, lucharemos hasta el final contra la intervención, después contra la guerra. Pero no podemos esperar un éxito inmediato de nuestra resistencia.

-¿Y los otros socialistas, los “amplios”?

-Siguen más o menos al bloque rusófilo. Pero desde el mismo momento en que Radoslavov ponga a la nación ante el hecho cumplido (la intervención), harán lo mismo que los burgueses rusófilos: so pretexto del interés nacional, de la imposibilidad de desgarrar al país en momentos tan trágicos, etc., etc., se inclinarán ante la política del poder. En este sentido, la prensa gubernamental trabaja sobre la opinión pública.

-De hecho, prosigue nuestro interlocutor, ¿sabe usted que nuestro zar Ferdinand les sonríe a los socialistas “amplios”? Durante las vacaciones se reunió con uno de los líderes de ese partido y se quejó amargamente de que los socialistas no confíen en él, cuando él les es próximo de todo su corazón. El diario del “demócrata” Malinov llama al zar, con una ironía sospechosa y celosa, el “socialista coronado”.

Las predicciones de mi perspicaz interlocutor (actualmente debe encontrarse verosímelmente en las filas del ejército búlgaro en campaña) se realizaron plenamente. Koralov tuvo a penas tiempo para volver a su casa, en Plovdiv, cuando Bulgaria ya decretaba la movilización. Los socialistas “amplios”, en calidad de patriotas, no le plantearon ningún obstáculo a Radoslavov. Los “estrechos” mantuvieron su línea hasta el final. El último número de su diario que me ha llegado, *Rabotnichevsky Vestnik*, caracteriza las condiciones bajo las que se desarrolla la lucha contra las aventuras del gobierno búlgaro: “Nuestras reuniones están prohibidas, nuestros carteles son confiscados, nuestros oradores y propagandista amenazados, golpeados o arrestados; se secuestran los telegramas que se nos dirigen y que contienen vivas protestas contra el aventurerismo nacionalista y reclaman la paz.”

Rakovsky y Kolarov participaban en la conferencia no sólo en calidad de delegados de los partidos obreros rumano y búlgaro, sino también en tanto que representantes de la Federación Socialdemócrata Balcánica, creada en la Conferencia de todos los Balcanes celebrada el verano pasado en Bucarest.

La Federación Democrática de la Península de los Balcanes, unión de todos esos estados ligados por condiciones económicas y destinos históricos comunes, marcha bajo la bandera de la unión de los jóvenes partidos obreros. Los socialistas de los Balcanes han hecho avanzar este programa durante las dos últimas guerras. Más que nunca están convencidos de que la salvación sólo puede venir de una república federada. Pero para alcanzar ese objetivo la historia no ofrece un camino directo. El baño de sangre europeo engulle también a los pueblos de los Balcanes. Van hacia la unión inevitable a través de una destrucción mutua. ¡Cuántos defensores de la federación han caído durante las últimas guerras! El golpe más sensible asestado a la socialdemocracia de los Balcanes, en general, y a la socialdemocracia serbia en particular, fue la muerte en el campo de batalla de Dmitri Tutsevich, una de las más heroicas figuras del movimiento obrero serbio.

*Kievskaya Mysl*, número 294, 23 de octubre de 1915

### ***Lebedour y Hoffmann***

Georges Ledebour encabezó la delegación alemana, el primero por edad y popularidad. Siempre fue el mismo: los acontecimientos no habían dejado ninguna huella externa en él. Durante mis siete años de residencia en Viena, viajé con frecuencia a Berlín

y casi todas las veces me encontré con Ledebour allí, ya sea en el Reichstag, en casa de Kautsky o en el café Fürstenhof, donde Ledebour bajaba las escaleras cojeando fuertemente con su pierna más corta. Los rusos y los polacos contaban con él como amigo, y a veces lo llamaban Ledeburov, a veces Ledebursky. Por lo demás, sus lazos con Rusia y Polonia nunca fueron más allá de los intereses puramente parlamentarios o de la asistencia personal a los exiliados rusos, mientras que su joven camarada Karl Liebknecht trabó lazos espirituales muy fuertes con la juventud de Rusia. Ledebour debía tener al menos sesenta y cinco años, porque recuerdo que en 1910 o 1911 asistí en casa de [Kautsky](#) a la celebración de su sesenta cumpleaños. Auguste Bebel, que había cumplido ochenta años, participó en la ceremonia. El partido había alcanzado entonces su cénit. Su organización, su prensa, sus fondos, florecían de una manera como nunca antes lo habían hecho. Los ancianos registraban automáticamente los éxitos y miraban al futuro sin miedo. Héroe de la fiesta, Ledebour dibujaba caricaturas durante la cena y recibía la aprobación unánime. Era sin duda un caricaturista de talento, y la ironía y el humor bilioso formaban buena parte de su temperamento, que, según la vieja clasificación, debe considerarse como colérico en el más alto grado. Han pasado cinco años desde la cena de la fiesta de los canosos... ¡Cuántos cambios provocados por el tiempo, que esconde otros aún más colosales!

Ledebour, acompañado por Franz Mehring, salió de las filas de los periodistas democráticos para entrar en la socialdemocracia, pero fue mucho más activo como parlamentario que como periodista. A menudo tuvo éxito en la cámara; en las ocasiones en que no era necesario tratar de alta política, sino cuando Ledebour tenía la oportunidad de ejercer su cáustico verbo para atacar y despedazar al oponente. A menudo provocaba votos de desconfianza; los liberales le odiaban más, si es posible, que los conservadores; les devolvía el favor con sarcasmos, que lanzaba con una sonrisa desdeñosa en su fino y afeitado rostro vivaz de actor.

Adolf Hoffmann había cambiado poco, también un viejo con un elegante peluquín blanco, con rasgos a la Rochefort. Antiguo miembro del Reichstag, fue derrotado en las últimas elecciones y sólo conservó un escaño en el Landtag prusiano, donde combinó sus esfuerzos con los de Liebknecht para combatir la “prusificación”, la violencia de la esclavitud. Hoffmann todavía se consideraba a sí mismo como un extremista de izquierda. Hace unos años, cumplió los Diez Mandamientos de los Socialdemócratas y se ganó el apodo de “Hoffman, el de los Diez Mandamientos”. Era un orador popular, con una voz aguda, gestos agudos, y un montón de bromas y juegos de palabras que a menudo dolían mucho. Estaba convencido de que un verdadero demócrata, antes de ir a la guerra contra los “militaristas” extranjeros, debe poner fin a la reacción de su *propio* país. Hoffmann es más radical que Ledebour; le disgusta que el grupo socialdemócrata de la oposición en el Reichstag “se abstuviera” de votar, en lugar de votar “en contra”, en el debate sobre los créditos militares.

Las relaciones entre la mayoría de los patriotas y el ala izquierda se deterioraron dramáticamente. Ya no se trataba de diferencias teóricas o de diferencias tácticas secundarias, sino de una contradicción fundamental con este hecho crucial: ¿cómo vive la humanidad y a qué aspira? Sudekum y Scheidemann usaron todos los medios para silenciar a sus oponentes. Cuanto más perdían a las masas los dos primeros, más tenían que recurrir al aparato de gobierno y más se envenenaban los conflictos internos del partido... La sesión del Reichstag fue descrita por Ledebour como una protesta contra las medidas represivas tomadas por el gobierno contra el pueblo. Entonces, Scheidemann lo desautorizó.

- ¿Cree que estos tipos organizaron una sesión del partido para juzgarme? ¡Nada de eso! Durante el “escándalo”, Scheidemann se acercó a los bancos del gobierno, susurró

con los ministros (no con mis colegas del partido, sino con los ministros) y declaró, con el fuerte aplauso del Reichstag, que no estaba autorizado a criticar las acciones de las autoridades militares. ¡Esos son los procedimientos de estos individuos!

- ¡Y sin embargo no decide votar en contra de ellos!, gritó un delegado alemán de izquierdas desde su esquina. Comienza una discusión sobre las tácticas parlamentarias. Ledebour intenta demostrar que la táctica de la abstención es mucho más hábil, sin romper irreparablemente la disciplina del partido. Facilita la conquista de la mayoría de la fracción parlamentaria: “Éramos catorce al principio de la guerra, ahora somos treinta y seis.”

- ¡Pero usted olvida, exclama Hoffmann, la impresión que su comportamiento produce en las masas! Las medias tintas, las medias decisiones siempre han sido erróneas, son inadmisibles frente a los acontecimientos de los que depende el destino de nuestro desarrollo político. Las masas demandan respuestas claras, francas y valientes, *a favor o en contra* de la guerra. Y se les debe dar esas respuestas.

A pesar mío no puedo dar los nombres de los otros miembros de la delegación; hacerlo sería exponerlos a la venganza de la policía alemana. En lo que respecta a Ledebour y Hoffmann, se “desenmascararon” firmando el manifiesto redactado en la conferencia, con plena conciencia de lo que estaban haciendo. Pero el resto de la delegación debe permanecer en el anonimato: sólo le puede caracterizar por sus rasgos generales.

Siendo ella misma el ala izquierda de la socialdemocracia oficial, tenía su propia ala izquierda. Expresó sus ideas a través de dos publicaciones: la pequeña revista de propaganda de Jules Burchardt *Lichtstrahlen* [rayo de luz], irreconciliable en el fondo, pero de tono muy moderado y sin mucha influencia política, y el órgano de Luxemburg y Mehring *Die Internationale* que consistió en un solo número, ardiente y combativo y que provocó la prohibición de la revista. Elementos influyentes de la izquierda, Liebnecht y Zetkine estaban cerca del grupo “Internationale”. Los partidarios de Luxemburg y Mehring eran nada menos que tres. Uno de ellos pertenecía al periódico *Lichtstrahlen*. Entre los demás miembros de la delegación, dos eran parlamentarios que sostenían las opiniones de Ledebour, mientras que otros dos no tenían una posición definida. Hoffmann, como ya hemos dicho, es de la “extrema izquierda”, pero pertenece a la vieja generación, y la juventud de la izquierda está buscando otros caminos<sup>110</sup>.

*Kievskaya Mysl*, número 296, 25 de octubre de 1915

### ***Kautsky, Bernstein y Haase***

¿Qué quiere la oposición socialdemócrata alemana?

Ante todo, la ruina en toda la línea del bloque llamado nacional. La socialdemocracia no debe asumir ninguna responsabilidad, directa o indirecta, concerniente a la política imperialista del poder. De aquí se deduce: el voto contra los créditos militares, la lucha por el cese de la guerra, la propaganda entre las masas contra todo plan anexionista, el restablecimiento de la lucha económica y política. He ahí expuesto el esquema de la opinión opositora. Pero para ponerlo en práctica hay serias contradicciones.

Por encima de todo la oposición no está separada de la mayoría dirigente. Entre los socialpatriotas y los internacionalistas existe un agrupamiento muy importante, el “Centro”, que encabeza Kautsky. Se sabe que este última piensa que los socialistas

---

<sup>110</sup> Ledebour, incluso ahora, es uno de los líderes del partido “independiente”. Hoffmann, después de la escisión de los “independientes”, se unió al partido comunista. Pero luego, junto a Levi, rompió con el partido y volvió a los “independientes”. Nota del traductor al francés [1922].

“tienen razón” para unirse al gobierno, que no hay crisis de la [Segunda] Internacional, que después de la guerra se volverá a poner el convoy sobre los viejos railes, etc., etc. Esta posición no satisface en absoluto ni a la derecha ni a la izquierda. El ala moderada de los internacionalistas es cercana a Kautsky, en el sentido de que quiere salvar la unidad y la disciplina del partido. El ala izquierda, por el contrario, juzga las contradicciones como irreconciliables. Es cierto que esos elementos no piensan abandonar el partido. Dicen: “Eso significaría entregar nuestras más importantes posiciones sin combate. Pero nos mantendremos en las viejas organizaciones para combatir implacablemente la tendencia que reina actualmente en el seno del partido. En la hora en que se trata de la existencia de nuestro partido, no permitiremos que se nos cierre la boca por consideraciones de disciplina o de unidad de toda la organización...”

—¿Cómo considera usted la posición de Kautsky?

—La rechazamos categóricamente. En una época de responsabilidad él ha ejercido un papel que no le podemos perdonar. A principios de la guerra, “perdió los estribos” completamente. Capituló ante la presión de la derecha, de los oportunistas y de los nacionalistas, lo que desalentó completamente a la izquierda. Si el 2 o el 3 de agosto del último año Kautsky hubiese adoptado una posición firme, el ala izquierda habría votado inmediatamente contra los créditos militares, el voto del 4 de agosto no se habría producido y Liebknecht no se hubiera encontrado solo a consecuencia de ello. ¡Y ahora, Kautsky, Bernstein y Haase protestan contra las anexiones!; pero esta protesta tiene un carácter platónico: Kautsky no exige incluso ni la retirada de los socialistas del bloque gubernamental, y mientras que estos apoyen al poder, voten los créditos, etc., etc., cualquier protesta contra las anexiones, sin consecuencias políticas, no puede servir más que para tranquilizar conciencias.

El destino de Kautsky, como el de numerosos animadores de partidos, es, sin apelación, profundamente dramático. Fue el teórico de un marxismo intransigente. En 1890 combatió a Bernstein, teórico del reformismo. Pero la táctica del partido era una táctica de adaptación. El comportamiento político se mantuvo inmóvil durante décadas. La casta de los junker se mantenía sólidamente en el sillón tras los éxitos de Bismarck. La burguesía capituló por completo, pero económicamente se hizo mucho más poderosa. La masa trabajadora adoptó un régimen militar y policiaco. Se previa un conflicto inevitable. Pero la política corriente del partido era posibilista. Bernstein quiso elevar ese posibilismo a la dignidad de principio. Kautsky anunciaba al final de cada uno de sus análisis la ineluctabilidad de los conflictos revolucionarios futuros. Pero la historia obliga a prepararse durante tanto tiempo y a esperar el momento de la crisis que, cuando ésta se produjo, Kautsky no tuvo conciencia y se extravió por completo. Yo pienso que se ha extraviado definitivamente. No se puede rechazar cuarenta años de un trabajo intelectual incesante bajo las condiciones del inmovilismo histórico. A los setenta años, el hombre no se renueva espiritualmente.

El destino de Bernstein presenta un interesante paralelismo con el de Kautsky. Era el teórico del oportunismo nacional. Pero todavía pertenece a la primera generación, ha vivido la época “heroica”, estuvo bajo la influencia directa de Engels. Es una cosa diferente a un cualquier David: gran hombre en los pequeños asuntos, pero privado de amplitud de miras en las cuestiones internacionales; todavía es demasiado pequeño para las dimensiones alemanas, se encuentra bien en el Ducado de Bade... Bernstein se espantó cuando se apercibió de en qué se había convertido su “escuela” en el momento de la crisis mundial. Ligado estrechamente a Inglaterra, donde él ha pasado largos años de emigración, Bernstein no tenía nada en común psicológicamente con los excesos anglófobos de los nacionales-oportunistas alemanes. Bernstein no podría permanecer ya mucho tiempo en compañía de los David, Legien, Schippel y Sudekum. Dio algunos

pasos adelante, y Kautsky, asustado por lo áspero del conflicto en el partido, en el parlamento, en la nación, dio algunos pasos atrás y parecía que los dos viejos amigos, irreconciliables, se encontrarían a medio camino. Un tercero vino a unirse a ellos, Haase, primer presidente del partido, un hombre para el que reemplazar a Bebel era una carga demasiado pesada. En tanto que presidente del partido, Haase demostró muy pronto estar aplastado por el automatismo poderoso de la organización. El partido alemán, los sindicatos alemanes: un estado en el estado. Con la declaración de guerra, la burocracia, no habituada a cambios, temía no poder mantener intacto el funcionamiento del partido y se acercó instintivamente al poder. Haase, teniendo en cuenta su naturaleza, no podía encontrar en sí mismo evidentemente la fuerza y la decisión para no ceder a la corriente nacionalista y llamar a la opinión general del partido. Hacía sus reflexiones en el seno del partido, pero conservaba la apariencia de unidad de cara al mundo exterior; el 4 de agosto del último año, se vio en la obligación de dar a conocer una declaración con la que no estaba de acuerdo. Cuando los desarrollos posteriores lo espantaron no le quedó más que unir su desarraigo al de Kautsky y Bernstein. El trio atacó la política anexionista en una carta-manifiesto singular. El paso franqueado era digno de respeto, descargando un golpe indiscutible a la orientación progubernamental del partido, la autoridad de los firmantes llamó la atención de centenares de miles de trabajadores. Pero los autores del manifiesto se quedaron a medio camino y fueron incapaces de ir más lejos. El poder del partido ya no está en sus manos, he ahí porqué es hostil al imperialismo... Hay que sacar la conclusión que la historia llama al relevo a una generación nueva, más joven, que no carga en sus espaldas con el fardo de la tradición, de la rutina, de la costumbre y que, sólo ella, puede responder a la voz de la nueva época, una época de hierro y sangre, de tempestades y conmociones.

### ***Las actividades de la izquierda en Alemania***

—¿En qué consiste su trabajo?

—Mantenemos una propaganda entre las masas contra la prolongación de la guerra, contra la política de sojuzgamiento y contribuciones, contra la orientación oficial del partido, que apoya al poder. Completamos el trabajo de los periódicos legales que comparten nuestros puntos de vista con proclamas ilegales lanzadas por centenares de miles de ejemplares. Usted debe conocer probablemente nuestros eslóganes: “El principal enemigo – en nuestra propia patria”, “Las anexionaciones insensatas”, etc., etc. En esta línea mantenemos una agitación verbal en las reuniones y, cuanto más tiempo pasa, con más frecuencia y más radicalmente rompemos los marcos de la legalidad. ¿Tenemos éxito? Sin duda alguna. Crece sin parar la contradicción entre la política oficial, gubernamental, también del partido, y el estado de ánimo de las masas. Nos mantenemos en el interior de la antigua organización del partido, pero seguimos nuestra propia orientación obstinadamente, tenemos nuestras propias redes y nuestros centros oficiales.

—Nos pregunta usted sobre la mentalidad de nuestras masas trabajadoras, no dice Hoffmann, le responderé categóricamente: es hostil a la guerra, al poder y a las altas instancias del partido. En todas partes donde hayamos tenido la posibilidad de entrar en contacto con las capas populares, hemos constatado que se liberan definitivamente de la embriaguez chovinista. Tome usted mi circunscripción electoral: está entre las más atrasadas, con una población compuesta en su mitad por campesinos, en su otra mitad por trabajadores de las minas, que, hace solamente algunos años, se agarraba a la reacción clerical antisemita. Hace una semana leía yo en una asamblea de “hombres de confianza”, es decir, de delegados elegidos, un informe sobre la situación política y les proponía lo siguiente: los diputados socialdemócratas deben rechazar los créditos militares del poder y exigir el fin inmediato de las hostilidades. Todos los delegados estuvieron de acuerdo

de forma unánime y categórica, ni una voz de protesta. Sin embargo, ¡parecería que la propaganda chovinista no podría encontrar mejor terreno que esta circunscripción atrasada! ...

—La Conferencia de Zimmerwald nos ofrece un apoyo irremplazable para el desarrollo de nuestra acción, nos dice la enérgica animadora femenina. Nuestra oposición parlamentaria, principalmente con Ledebour, tiene un carácter “extraparlamentario”. Mientras que las “derechas” tiene la preponderancia y llegan al final de sus empresas utilizando todos los recursos del partido, nuestros parlamentarios de oposición se someten a la disciplina y, en los momentos decisivos, se alejan del Reichstag, en lugar de atacar a la derecha. Declarándose solidarios con Liebknecht por principios, nuestros parlamentarios opositores (hay actualmente cuarenta) rechazan su experiencia. Queremos acabar con este estado de cosas. La oposición socialdemócrata en el país es más decidida que la de nuestros parlamentarios. Estamos por Liebknecht.

Con su conducta del 4 de agosto, la socialdemocracia ha provocado, primero, el asombro y, después, la indignación. Todos los informes hechos en la Conferencia [de Zimmerwald] han hablado suficientemente de ello. No podía ser de otra forma. Pero sería perfectamente injusto trazar una cruz sobre la socialdemocracia. La protesta proviene del interior. La política practicada por los centros oficiales, basada sobre la de los socialistas franceses, tropieza enseguida con una fuerte oposición. Pero, es tal el embrollo, las masas están tan desorientadas y extraviadas a causa de los acontecimientos y del comportamiento de los “guías” que deberían conducirlos, que Scheidemann y Heine no encontraron al principio ninguna oposición formal. Pero, cuanto más bruscamente inexplicable (al menos a primera vista) se haga la política de “capitulación” de los dirigentes descoyuntados del partido, más implacable será la respuesta de las masas. La Izquierda Alemana mira el futuro con plena confianza.

### ***Los trabajos de la Conferencia [de Zimmerwald]***

Todos los participantes en la conferencia fueron a la Casa del Pueblo, un recargado edificio con pinturas asirias en la maciza fachada de piedra gris. El comedor estaba ornamentado masivamente con lámparas de pie y los muros pintados con colores oscuros. ¡Modernismo alemán! “Esto me gusta, decía educadamente un delegado francés, jamás lo haría para mí, ¡pero me gusta!” En el café aparecieron los corresponsales de prensa; se las sabían todas. Suiza está llena de esos corresponsales franceses y alemanes. “¡Antes de que hayamos abierto solamente la boca, exclamó Grimm, la prensa burguesa del mundo entero dará a conocer nuestro fracaso! Los periodistas no nos dejarán en paz. Es imposible que todos nosotros seamos lo bastante firmes para rehusar una entrevista. Se apoderarán de la más mínima frase pronunciada en el restaurante. Este el motivo que me ha llevado a escoger locales a diez kilómetros de Berna, en el pequeño pueblo de Zimmerwald, arriba en la montaña.”

En tres horas llegamos a Zimmerwald. Los paseantes miraban nuestro cortejo con curiosidad. Los delegados hacían bromas: cincuenta años después de la creación de la [Segunda] Internacional, ¡ésta cabe en cuatro vehículos! Pero en esas bromas no había la menor traza de escepticismo... Predominaban dos lenguas durante el trayecto y durante la conferencia: el francés y el alemán. Los delegados ingleses estaban ausentes. Como habían declarado francamente al gobierno que viajaban a una conferencia internacional, éste, simplemente, les había negado los pasaportes. El diputado Glasher telegrafió que no podía venir. Ello simplificaba considerablemente el trabajo de los intérpretes, ese espinoso trabajo de cada conferencia internacional. La alternancia de las culturas europeas encontraba expresión en la lingüística de la Conferencia de Zimmerwald.



Los delegados franceses no hablaban ninguna lengua extranjera, parecidos en esto a los ingleses. Los alemanes comprendían y hablaban un poco el francés. Todos los italianos hablaban corrientemente el francés y algunos un poco el alemán. Los rusos hablaban francés, alemán e inglés. Uno de los intérpretes resultó ser una rusa, Angélica Balabanova, militante italiana que traducía el francés, el alemán y el inglés con la misma facilidad.

Todas las habitaciones disponibles en Zimmerwald fueron ocupadas por los delegados: en el hotel, en casa del jefe de correos, en casa de campesinos. El jefe de correos ofreció sus servicios en calidad de peluquero.

Durante los momentos de relajamiento, bastante poco numerosos, a decir verdad, los delegados se acercaban a la ruta montañosa y admiraban el Mont-Blanc y la Jungfrau. Estaba prohibido escribir desde Zimmerwald a fin que las informaciones no llegaran demasiado pronto a la prensa. Sin tomar en cuenta el despiste de los corresponsales, los diarios no publicaron nada de extraordinario, a parte de vagas alusiones a una conferencia que debía celebrarse no lejos de Berna. El *Berner Tagwacht* podía afirmar, con la conciencia tranquila, que en Berna no se celebraba ninguna conferencia. Tras algunos días, el nombre de Zimmerwald fue conocido en el mundo entero. El hostelero quedó muy impresionado. Este honesto suizo le declaró a Grimm que confiaba en aumentar sus precios gracias a esta publicidad mundial, y que estaba dispuesto a librar cierta suma a la caja de la III Internacional.

Desayunábamos sentados en una larga mesa, agrupados por nacionalidad: únicamente los rusos estaban diseminados en calidad de intérpretes y de intermediarios. Después de la comida, Grimm, por petición general, “yodoló” esas extrañas canciones guturales montañesas; Serrati, el redactor jefe de *Avanti*, cantó parodias de canciones napolitanas; Chernov cantó “Los granujas” con su voz de tenor ligero. Grimm se levantó después y con una voz seca, como si no acabase de regalar a la asistencia “yodolando”, y nos ordenó ir a los lugares de la conferencia. Inmediatamente nos levantamos y partimos a trabajar.

Además de a Grimm, organizador de la conferencia, se eligió para la constitución de la mesa a Lazzari, representante del partido italiano y cuya autoridad crecería de forma extraordinaria en el curso de la guerra, a Rakovsky, representante del proletariado rumano en la Federación [Socialdemócrata] Balcánica, a la poeta y militante holandesa muy conocida Henriette Roland-Holst, en calidad de secretaria y a Angélica Balabanova como intérprete.

Existían algunas divergencias que salieron a la luz en las intervenciones, particularmente en lo concerniente a la principal cuestión del orden del día: el comportamiento ante la guerra y la lucha por la paz.

Una parte de la conferencia, inspirada por la extrema-izquierda, se basaba en el hecho que los viejos partidos socialistas, por ejemplo, los partidos francés y alemán, se habían disuelto no solamente en el momento crítico de la guerra, sino definitivamente al ligarse con los gobiernos capitalistas. Los partidos obreros no podrían renacer más que a partir de elementos nuevos. Tenían que ondear la bandera del “cisma” y romper todo lazo con las políticas de “Burgfrieden” (paz social) y “Unión Sagrada”. El más sobresaliente defensor de esta tesis era Lenin. Le seguían, más o menos estrechamente, el diputado sueco Hoeglund, jefe del grupo de izquierda, y el dirigente de la juventud noruega, Nörmann.

Un segundo grupo, ejerciendo, por decirlo así, el papel de “centro”, era hostil a la política oficial de los partidos occidentales. Pero consideraba que el “cisma” no era una condición *sine qua non* de trabajo en el pensamiento del internacionalismo. Los representantes de este grupo consideraban, como la extrema-izquierda, que el naufragio

de la II Internacional se había debido al inmovilismo de las relaciones internacionales, al menos en Europa Occidental y era el resultado de una época histórica de política pasiva. Toda una generación del movimiento obrero se había constituido en una atmósfera de adaptación sistemática al parlamentarismo y había unido su suerte a la de este último en el momento crítico. Estos representantes, a semejanza de la izquierda, pensaban que no se trataba, tras la guerra, de volver al antiguo estado de cosas. Se efectuarían profundos cambios en el interior de los partidos socialistas. Pero, en tanto que se trataba de organizaciones de masas, no resultaba indispensable una separación sistemática. Se tenía que entablar una lucha implacable en el seno del partido para conquistar la influencia sobre las masas. Este segundo grupo se componía de elementos de izquierda alemanes (espartaquistas), de Roland-Holst, de Balabanova, de parte de los italianos, de los rusos y de los suizos.

El tercer grupo contaba con elementos más ponderados que miraban la conferencia como una demostración ante todo el mundo, y confiaban en que el fin de las hostilidades barrería la ralea nacionalista, volviendo a poner las cosas en su sitio. Este grupo estaba constituido por una fracción de la delegación alemana, por los franceses y una parte de los italianos.<sup>111</sup>

Está completamente claro que estos tres grupos tenían que explicarse en un ambiente poco ordinario. Mientras que el primero se esforzaba en ganar adherentes a la lucha interna y a la ruptura completa con el social-nacionalismo, el tercer grupo quería limitar el alcance de la conferencia a una manifestación por la paz.

Ante el rechazo de la mayoría a elaborar una resolución táctica y programada, el ala izquierda tenía que trabajar para que el primer problema de la internacional naciente (la lucha contra la guerra) se colocase sobre los railes de la lucha de clases revolucionaria. Creemos que se alcanzó este objetivo en grado sumo, teniendo en cuenta el estado de cosas.

Los rasgos generales concernientes a esta cuestión eran las causas fundamentales y los “culpables directos de la guerra”, la conducta de los partidos socialistas su semioposición pasiva (abstención en el momento de votar los créditos militares) y, por fin, los medios y fuerzas a disposición del proletariado.

En una de sus intervenciones, Axelrod expresó la opinión que usar la misma unidad de medida para juzgar el comportamiento de los socialistas franceses y alemanes, ignorando los causantes de la guerra y la diferencia de las situaciones militares, era propagar no el internacionalismo, sino el “cinismo”. Este punto de vista fue retomado, pero bajo una forma mucha más abrupta, por un delegado italiano. La asamblea rechazó categóricamente seguir por aquella vía. Fuese la que pudo ser la responsabilidad “indirecta” de la guerra (diplomática, etc...), el enfrentamiento de los pueblos europeos era el resultado de la política imperialista. Desveló los intereses *fundamentales* de la sociedad capitalista y puso en movimiento a las fuerzas *fundamentales*. En esta catástrofe mundial, en la que se juega la suerte de la cultura, el proletariado debe guiarse por sus intereses *fundamentales* y no interesarse por las matizaciones ofrecidas por los diversos gobiernos y las situaciones estratégicas provisionales. La colusión de los socialistas y del bloque nacional, como lo señaló el delegado de *Nache Slovo*, es más explicable *psicológicamente* en los países que sufren reveses que en las naciones que logran victorias, pero, políticamente y en el mismo grado, no hace más que desmoralizar y debilitar al proletariado. La cuestión planteada en la conferencia no es la búsqueda de las

---

<sup>111</sup> Delegados franceses e italianos: como rápidamente se ha mencionado aquí, se deshicieron y simplificaron. Los que ocupaban una posición central, “no centrista”, resbalaron hacia la extrema-izquierda. La derecha zimmerwaldiana ocupó lugar en el Centro de Kautsky, entre el comunismo y el social-patriotismo.

circunstancias atenuantes para las divergencias nacionalistas del social-patriotismo, sino suscitar contra él una lucha simultánea y coordinada por parte de toda la internacional.

La tendencia de los internacionalistas franceses y alemanes a limitarse a rechazar el bloque nacional fue admitida por la opinión general. En conclusión, el social-nacionalismo triunfante fue condenado como se merecía.

Se presentaron tres proyectos provenientes de la redacción de *Sozial-demokrat*, de la fracción de derechas de la oposición alemana y de la delegación de *Nache Slovo*.

El proyecto de *Sozial-demokrat* intentaba ofrecer indicaciones sobre métodos de lucha muy definidos. En primer lugar, ¿uno podría haberse preguntado sobre la oportunidad de declarar públicamente las tácticas a emplear! Independientemente de esto, estaba claro que, si la resolución era rechazada, no quedaba ninguna esperanza de transferir la descripción de las tácticas de base a otro documento... el proyecto tenía el fallo fundamental de representar un comportamiento indeciso y con doble sentido hacia la lucha de clases. Lenin había explicado suficientemente de forma clara, ya anteriormente con sus artículos y estudios, que consideraba personalmente el eslogan de la lucha por la paz como *negativo*. Explicaba su posición mediante el aforismo siguiente: nuestra tarea no es hacer callar a los cañones de 420 cm., sino ponerlos al servicio de nuestros propósitos. No hay dudas de que la diferencia entre pacifistas e internacionalistas consiste en esto: nosotros queremos convertir los medios militares en armas para los proletarios. Pero sería completamente inadecuado oponer esta cuestión y la lucha por la paz. Para que el proletariado alemán sienta el deseo de girar sus cañones hacia sus enemigos de clase, es necesario que ya no tenga el deseo de disparar contra sus hermanos de clase (en otras palabras, debe animarle sentimientos hostiles hacia *esta* guerra que lo agota y deja exangüe, igual que a su aliado de clase de ambos lados de las trincheras). La consigna del cese de la guerra es, para los proletarios, la de la autoconservación de clase, del acercamiento internacional y de la condición de la acción revolucionaria. Además, en el proyecto de *Sozial-demokrat* el eslogan por la paz no encarna el llamamiento vibrante del proletariado movilizándolo sus fuerzas contra el militarismo, sino como una concesión transaccional de puro ánimo revolucionario a la pusilanimidad pacifista del hombre.

\*\*\*

El proyecto de manifiesto, elaborado por los elementos ponderados de la oposición alemana, trataba en primer lugar sobre las condiciones del mundo futuro: ninguna anexión ni incorporación económica por la fuerza, derecho de las naciones a la autodeterminación. No hubo ni un solo voto en contra. La guerra europea ha planteado, bajo la forma más aguda, la cuestión de las naciones pequeñas y débiles y la de la coexistencia de las grandes potencias. Ignorar esos problemas oponiéndoles el simple eslogan “paz” traduciría puro nihilismo. El proletariado debe tener sus principios, que debe esforzarse en tomar como bases de la coexistencia nacional por medio de la lucha revolucionaria y de la victoria. Los social-militaristas (Vaillant y compañía) formulan los principios de un mundo democrático y someten su creación al empleo del armamento nacional. Los social-pacifistas (Kautsky y otros) formulan principios análogos (contra las anexiones). Pero, como de hecho se reconcilian con la “paz civil” y dejan a los social-imperialistas el trabajo de dirigir a los proletarios, todos sus principios pacifistas no les sirven más que para crearse una buena conciencia. Los socialistas revolucionarios formulan los principios de la coexistencia de los pueblos (condición para la paz) como eslóganes a través de los que movilizan al proletariado contra la guerra y las empresas imperialistas; con estos eslóganes, lucharán contra la ferocidad diplomática del futuro Congreso de la Paz; con esos principios explicarán a las masas y demostrarán, con la

experiencia viva de los acontecimientos, que la realización de esos principios no puede tener como resultado más que la toma del poder por el proletariado.

El programa de paz por el que debe luchar el proletariado fue literalmente (y sin juicio de principios) extraído del proyecto de la oposición alemana. ¿Este programa se adecua a las exigencias del desarrollo histórico? Esta es una cuestión que depende de un juicio de orden general. Pero el mismo proyecto elaborado por la derecha de la oposición alemana era inaceptable ya que, como no señalaba el comportamiento de los partidos socialistas y no hacía progresar de manera decisiva los lazos entre “las condiciones indispensables para la paz” y la lucha revolucionaria, caía en la fraseología pacifista.

El tercer proyecto, el de *Nache Slovo*, fue formulado dentro del pensamiento de las ideas fundamentales, desarrolladas en las consideraciones presentadas.

Los tres proyectos fueron sometidos a una comisión de siete miembros. La comisión confió la redacción definitiva a Grimm y al representante de *Nache Slovo*. Con algunas apresuradas correcciones, fue aprobado por la comisión y adoptado unánimemente por la asamblea.

Se rechazaron tres enmiendas presentadas por tres grupos rusos.

La primera enmienda fue presentada por la redacción de *Sozial-demokrat*: caracterizaba la posición de Kautsky, elogiaba a Liebknecht: semejante personificación, muy en el estilo alemán, estaba fuera de lugar. A instancias de la comisión, la enmienda fue retirada.

La de los S-R exigía que, al lado del imperialismo, se citase como causante de guerra a las “fuerzas del pasado”, a las dinastías. Se les señaló a los autores de la enmienda que no fueron Marruecos y sus “fuerzas del pasado” las que se habían anexo a Francia, sino, por el contrario, que había sido la república francesa la que se había apoderado del imperio jerifiano. El imperialismo está por encima de cualquier forma política y se sirve de ella para sus propósitos.

La tercera enmienda provino de las delegaciones polacas y del OK. Ofrecía una caracterización detallada de las consecuencias sociales inevitables de la guerra: la desaparición de las clases intermedias, el crecimiento de las fuerzas y de la influencia de los sindicatos, de los trusts y de los financieros, el tono más áspero dado a la lucha de clases. De ello resultaba la perspectiva de un cambio social-revolucionario. En esta enmienda, muy difusa, se podían encontrar afirmaciones muy cuestionables junto a pensamientos irrefutables. Gracias a estos últimos no se podía divergir más que en la cuestión: ¿estaban en su lugar en el documento citado? Pero, de todas formas, esta enmienda llegó demasiado tarde para poder ser sometida a un examen detallado.

De todo lo que se acaba de decir se deduce que esta enmienda no podía ser aceptada. Era perfectamente justa tratando de la guerra y de la ideología nacional-liberadora, así como del socialpatriotismo oficial. Pero, en el dominio de la estimación de la época histórica y en la esfera de los métodos de lucha, conservaba una falta de precisión indiscutible, señalando el carácter puramente crítico de la oposición internacionalista en los viejos partidos en los que la dirección se mantenía en manos de los socialpatriotas. El documento nos habla a continuación de lo que se puede decir y de lo que se debe decir a las masas. Pero es lo máximo que se puede decir bajo las actuales circunstancias. El documento es un gran paso adelante.

## **Manifiesto de Zimmerwald**

(*Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald*)<sup>112</sup>

### **¡Proletarios de Europa!**

¡Hace más de un año que dura la guerra! Millones de cadáveres cubren los campos de batalla. Millones de hombres quedaran mutilados para el resto de sus días. Europa se ha convertido en un gigantesco matadero de hombres. Toda la civilización, creada por el trabajo de muchas generaciones, está condenada a la destrucción. La barbarie más salvaje celebra hoy su triunfo sobre todo aquello que hasta la fecha constituía el orgullo de la humanidad.

Sean quienes sean los principales responsables directos del desencadenamiento de esta guerra, una cosa es cierta: la guerra que ha provocado todo este caos es producto del imperialismo. Esta guerra ha surgido de la voluntad de las clases capitalistas de cada nación de vivir de la explotación del trabajo humano y de las riquezas naturales del universo. De tal manera, que las naciones económicamente atrasadas o políticamente débiles caen bajo el yugo de las grandes potencias que, con esta guerra, intentan remodelar a sangre y fuego el mapa del mundo de acuerdo con sus intereses.

Es así como naciones y países enteros como Bélgica, Polonia, los estados bálticos y Armenia corren el riesgo de ser anexionados completamente o en parte por el simple juego de las compensaciones.

A medida que se desarrollan los acontecimientos, los móviles de la guerra aparecen en toda su desnudez. Jirón a jirón se desgarran el velo que ha ocultado a la conciencia de los pueblos el significado de esta catástrofe mundial.

Los capitalistas de todos los países, que con la sangre de los pueblos acuñan la moneda roja de los beneficios de guerra, afirman que la guerra va a servir para la defensa de la patria, de la democracia y de la liberación de los pueblos oprimidos. Mienten. *La verdad es que, de hecho, entierran bajo los hogares destruidos la libertad de sus propios pueblos al mismo tiempo que la independencia de las otras naciones.* Nuevas cadenas y nuevas cargas, he ahí lo que resultará de la guerra, y es el proletariado de todos los países, vencedores o vencidos, el que tendrá que soportarlas.

Incremento del bienestar, decían cuando desencadenaron la guerra.

Miseria y privaciones, paro y encarecimiento de la vida, enfermedades, epidemias: tales son los verdaderos resultados. Los gastos de guerra absorberán durante décadas lo mejor de las fuerzas de los pueblos, pondrán en cuestión la conquista de mejoras sociales e impedirán todo progreso.

Quiebra de la civilización, depresión económica, reacción política, he ahí las ventajas de esta terrible lucha de los pueblos.

La guerra revela así el verdadero carácter del capitalismo moderno que es incompatible no solamente con los intereses de las clases obreras y las exigencias de la

---

<sup>112</sup> El traductor, André Oak, señala que “ofrece el texto oficial francés tal y como fue publicado por Rosmer en su libro *Le Mouvement ouvrier pendant la guerre* (t. I, pp. 379-382); nosotros hemos traducido contrastando con el texto publicado en *L’Union des métaux*, órgano de la Fédération Ouvrier des Métaux et Similaires de France (órgano de la Federación de Obreros del Metal y Similares de Francia), número 62, mayo-diciembre de 1915, páginas 18-19, que también publicaba un amplio informe sobre la conferencia en sus páginas 18-21; ambas coinciden en el texto, sólo que en la edición del sindicato francés aparecen cursivas en un párrafo y lo que parecen negritas en otro – “Las instituciones del régimen capitalista que disponían de la suerte de los pueblos, los gobiernos (monárquicos o republicanos)”– ver más abajo, mientras que ni en la de Minuit, ni tampoco en la obra de Rosmer que hemos podido consultar en internet, no; nosotros arrastramos las cursivas porque nos aparecen implantadas en otras versiones castellanas aunque éstas no señalan la fuente.

evolución histórica, sino, también, con las condiciones elementales de existencia de la comunidad humana.

Las instituciones del régimen capitalista que disponían de la suerte de los pueblos, los gobiernos (monárquicos o republicanos), la diplomacia secreta, las poderosas organizaciones patronales, los partidos burgueses, la prensa capitalista, la Iglesia: sobre todas ellas recae la responsabilidad de esta guerra nacida de un orden social que las nutre, que ellas defienden y que no sirve más que a sus intereses.

### *¡Obreros!*

Vosotros, ayer explotados, desposeídos, despreciados: se os llama hermanos y camaradas cuando de lo que se trata es de enviaros a la masacre y a la muerte. Y hoy que el militarismo os ha mutilado, destrozado, humillado y aplastado, las clases dominantes y los poderosos reclaman de vosotros, además, la renuncia a vuestros intereses y a vuestros ideales, en una palabra: una sumisión de esclavos a la paz social. Os arrebatan la posibilidad de expresar vuestras opiniones, vuestros sentimientos y sufrimientos. Os prohíben formular vuestras reivindicaciones y defenderlas. La prensa controlada, las libertades y los derechos políticos pisoteados: es el reinado de la dictadura militarista con puño de hierro.

Nosotros no podemos ni debemos permanecer inactivos ante esta situación que amenaza el porvenir de Europa y la humanidad.

Durante largos años, el proletariado socialista ha encabezado la lucha contra el militarismo; con una aprensión creciente, sus representantes se preocuparon en sus congresos nacionales e internacionales del peligro de guerra que el imperialismo hacía cada vez más amenazador. En Stuttgart, en Copenhague, en Basilea, los congresos socialistas internacionales han trazado la vía que debe seguir el proletariado.

Pero, a pesar de haber contribuido a la elaboración de estas decisiones, partidos socialistas y organizaciones obreras de ciertos países han olvidado y repudiado, desde el comienzo de la guerra, las obligaciones que les imponían. Sus representantes han arrastrado a los trabajadores a abandonar la lucha de clases, único medio posible y eficaz para la emancipación proletaria. Han votado a favor de sus clases dirigentes los presupuestos de guerra; se han puesto a disposición de sus gobiernos para diversas necesidades; a través de su prensa y emisarios han tratado de ganar a los países neutrales a la política gubernamental de sus respectivos países; han suministrado a los gobiernos ministros socialistas como rehenes de la “Unión Sagrada”. Con ello, han aceptado ante la clase obrera compartir con las clases dirigentes las responsabilidades actuales y futuras de esta guerra, de sus objetivos y de sus métodos. E, igualmente que cada partido por separado ha faltado a su tarea, el más alto representante de las organizaciones socialistas de todos los países, la Oficina Socialista Internacional, también ha faltado a la suya.

A causa de estos hechos, la clase obrera (que no había cedido al pánico general, o que había sabido liberarse de él después) en el segundo año de carnicería no ha podido todavía encontrar los medios para comenzar en todos los países una lucha activa y simultánea por la paz.

En esta situación intolerable, nosotros, representantes de partidos socialistas, sindicatos o minorías de estas organizaciones, alemanes, franceses, italianos, rusos, polacos, letones, rumanos, búlgaros, suecos, noruegos, holandeses, suizos, nosotros que no nos situamos en el terreno de la solidaridad nacional con nuestros exploradores, sino que permanecemos fieles a la solidaridad internacional del proletariado y a la lucha de clases, nosotros nos hemos reunido aquí para renovar los lazos rotos de las relaciones internacionales, para llamar a la clase obrera a retomar conciencia de sí misma y arrastrarla a la lucha por la paz.

Esta lucha es la lucha por la libertad, por la fraternidad entre los pueblos, por el socialismo. Hay que emprender esta lucha por la paz, por la paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra. Pero tal paz no es posible más que con la condición de condenar toda idea de violación de derechos y libertades de los pueblos. No debe conducir ni a la ocupación de países enteros ni a anexiones parciales. Nada de anexiones, ni confesas ni ocultas, mucho menos aún sometimientos económicos que, a causa de la pérdida de autonomía política que entrañan, todavía devienen más intolerables. El derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos debe ser el fundamento inquebrantable en el orden de las relaciones de nación a nación.

*¡Proletarios!*

Desde que la guerra se desencadenó, habéis depositado todas vuestras fuerzas, todo vuestro coraje y resistencia, al servicio de las clases poseedoras para mataros los unos a los otros. Permaneciendo sobre el terreno de la lucha de clases irreductible, hoy en día es necesario que actuéis a favor de vuestra propia causa, por el objetivo sagrado del socialismo, por la emancipación de los pueblos oprimidos y de las clases sojuzgadas.

Es el deber y la tarea de los socialistas de los países beligerantes emprender esta lucha con toda su energía. Es el deber y la tarea de los socialistas de los países neutrales ayudar a sus hermanos, por todos los medios, en esta lucha contra la barbarie sanguinaria.

Jamás en la historia del mundo ha habido tarea más urgente, más elevada, más noble; su cumplimiento debe ser nuestra obra común. Ningún sacrificio es demasiado grande, ninguna carga demasiado pesada, para alcanzar este objetivo: el restablecimiento de la paz entre los pueblos.

Obreros y obreras, madres y padres, viudas y huérfanos, heridos y mutilados, a todos vosotros que sufrís la guerra y por la guerra, os decimos: por encima de las fronteras, por encima de los campos de batalla, por encima de los campos y las ciudades devastadas.

*¡Proletarios de todos los países, uníos!*

*Zimmerwald (Suiza), septiembre de 1915*

En nombre de la Conferencia Socialista Internacional<sup>113</sup>

*Por la delegación alemana*

Georg Ledebour, Adolf Hoffmann

*Por la delegación francesa:*

A. Bourderon, A. Merrheim

*Por la delegación italiana:*

G. E. Modigliani, Constantino Lazzari

*Por la delegación rusa:*

N. Lenin, Paul Axelrod, M. Bobroff

*Por la delegación polaca:*

St. Lapinski, A. Varski, Cz. Hanecki

<sup>113</sup> El Independent Labour Party se ha declarado de acuerdo con el objetivo de la conferencia y nombrado ya a sus delegados mediante deliberaciones. Pero el gobierno de la Inglaterra "libre y democrática" les ha denegado los pasaportes, de forma que los delegados del ILP no pudieron viajar a Suiza. A consecuencia de ello los representantes de la clase obrera británica todavía no han firmado el manifiesto cuyas tendencias aprueban plenamente. (Nota de *L'Union des Metaux*).

*Por la delegación de la Federación Socialista Interbalcánica*  
*En nombre de la delegación rumana:*  
 C. Racovski  
*En nombre de la delegación búlgara:*  
 Vassil Kolarow  
*Por la delegación sueca y noruega: Z. Hôglund, Ture Nerman.*  
*Por la delegación holandesa:*  
 H. Roland-Holst  
*Por la delegación suiza:*  
 Robert Grimm, Chales Naine

### **Conclusiones**

Con motivo de una conferencia preliminar, un grupo adherente a la posición tomada por *Sozial-demokrat* (la “Oposición polaca”) formuló su posición de la siguiente manera: juzgar a los partidos socialistas oficiales; formular los principios de la lucha revolucionaria de clases y reunir en el ala izquierda a quienes piensan lo mismo. La cuestión de la lucha de las masas a favor de la paz incluso ni se mencionaba. Lenin, en su discurso (de lejos el más importante y justo pronunciado en esta conferencia preliminar), argumentó que el eslogan de la lucha por la paz estaba desprovisto de todo significado revolucionario.

Axelrod se posicionó de forma diametralmente opuesta. En una de nuestras asambleas oficiales, cuando se llegó a la cuestión del voto, Axelrod argumentó que dos tendencias fundamentales combatían entre sí ante nosotros; una de ellas quería usar la Conferencia para una plataforma de táctica revolucionaria en tanto que piedra angular de la construcción de la III Internacional; la segunda tendencia quería, apoyándose en todos los elementos socialistas, reaccionar negativamente ante la guerra y comenzar la campaña a favor de la paz, estimando que esta vía llevaría, más que cualquier otro medio, al renacimiento de la Internacional.

El representante de *Nache Slovo* argumentó, al contrario de lo que se acaba de leer, que además de las dos tendencias citadas, existía una tercera que le atribuía un gran significado a la campaña por la paz, pues solamente gracias a ese eslogan se puede movilizar a las masas; pero también quería igualmente usar la propaganda por la paz a fin de lanzar la táctica revolucionaria de clases, definir su comportamiento irreconciliable hacia la orientación socialista-nacionalista y hacer de esta Conferencia una contribución al establecimiento de la III Internacional.

La redacción del *Sozial-demokrat* presentó proyectos para dos resoluciones: una de orden táctico y un llamamiento a las masas.

La resolución táctica caracterizaba la guerra como imperialista, condenaba el social-nacionalismo y el atentismo del “Centro” (Kautsky y otros), rechazaba todas las formas de la “paz social”, colocaba la lucha por la paz en el rango de los problemas internacionales, exigía la ruptura con el legalismo y la explotación de la situación creada por la guerra, así como sus consecuencias. Esta resolución representaba un paso importante adelante hacia un internacionalismo socialista-revolucionario activo. No retiraba más que “la derrota de Rusia es el menor mal”, (¡se puede uno imaginar el acogimiento que habría hecho la oposición alemana a esta tesis nacional rusa!), no erigía en principio la ruptura entre las organizaciones obreras; reconocía, por fin, el significado revolucionario de la lucha de clases.

En esa introducción al proyecto de resolución existe todo lo que separa a la posición de *Sozial-demokrat* y *Nache Slovo*... Al representante de este diario no le faltaba más que anunciar su adhesión a las tesis fundamentales de la resolución y proponer



su tramitación a la comisión a fin de mejorar la redacción. Desgraciadamente esta resolución no recibió la mayoría. Solamente se obtuvieron trece firmas a favor de su tramitación a la comisión.

La mayoría de los participantes, situados ante problemas de orden negativo: contra la guerra, contra el bloque nacionalista, no se dieron mucha cuenta de los problemas positivos revolucionarios a los que la época actual somete a los proletarios socialistas. Dicho de otra forma: si todos estuvieron de acuerdo para combatir el avasallamiento de la clase obrera al poder burgués, la mayoría no estaba presta para poner al orden del día la lucha revolucionaria como conquista del poder por el proletariado.

No ha sido por azar. La insignificante resistencia de las masas ha cortado las alas al pensamiento revolucionario. No debe haber ningún pesimismo en esta constatación, por el contrario, todos los internacionalistas (sobre la base del desarrollo objetivo de los hechos) están convencidos de que, tarde o temprano, esto será el triunfo del socialismo revolucionario. Pero el portador del socialismo revolucionario, el proletariado, no se presenta suficientemente preparado. “Hemos agrupado a nuestro alrededor a cuatro millones y medio de votantes [decía uno de los internacionalistas de izquierda alemanes]. La guerra ha desvelado que únicamente una pequeña vanguardia se ha nutrido de las ideas de un socialismo instructivo. Antes de pasar a la cuestión práctica de una revolución social, es indispensable preparar para ella al proletariado...” Plantear así la cuestión no es histórico: ¡la “preparación” en la acción revolucionaria se tendría que hacer mediante la propaganda socialista! Si el trabajo realizado durante dos generaciones de trabajadores no ha “preparado” al proletariado para la revolución social, ¿dónde está la esperanza de que nuestros esfuerzos puedan demostrarse “provechosos” en la tercera generación? Sería digno de un maestro de escuela, pero no de un partido histórico, confiar todas sus esperanzas en el cambio y mejora del sistema de propaganda. Está claro que el centro de gravedad reside en el carácter de la época histórica. Si es cierto que la época tumultuosa, a la que la guerra nos ha llevado, debe descubrir la energía revolucionaria del proletariado, hay que darse cuenta del nuevo peligro que se levanta ante el socialismo. Golpeada por un cruel desencanto al principio de la guerra, viendo reducidos al mínimo sus cálculos y su esperanza política, el ala izquierda de la socialdemocracia internacional, ante el temor a precipitarse hacia delante, puede mantenerse desesperadamente atrasada respecto a las masas venidas revolucionarias por la guerra.

Preparar al proletariado para la revolución social, y prepararse uno mismo, significa que los socialdemócratas revolucionarios deben tomar la iniciativa de oponer *efectivamente* la vanguardia proletaria a la burguesía imperialista.

El deber del ala izquierda revolucionaria-marxista de los internacionalistas es inscribir la propaganda futura en la vía social-revolucionaria y emplear los métodos de la lucha internacional del proletariado.

De las estimaciones, trabajos y discusiones, se extrae (a su escala europea) el cuadro del naufragio de la Internacional, de la capitulación de partidos tan pujantes y organizados y de la bancarrota ideológica y moral de los jefes que sólo conservan sus puestos por la fuerza de la inercia. La degradación que la guerra le ha hecho sufrir al socialismo todavía es sentida por los observadores directos y los participantes. A pesar de toda la indignación y cólera, no se discierne ningún pesimismo. Todos sentían que la catástrofe no había hecho más que desvelar las concepciones, métodos y mentalidad de un sistema que se sobrevive a sí mismo. El movimiento más revolucionario en sus objetivos se había petrificado y “esclerosado” en su inmovilismo. Había envejecido toda una generación de guías, repitiendo las mismas fórmulas. Ya antes de la guerra esos jefes estaban enteramente “vacíos”. La catástrofe no hizo más que desvelar este estado de cosas. Si la historia se ha servido a menudo de las convulsiones de la guerra para poner

al día la podredumbre de los gobiernos y la nulidad de los dirigentes, la guerra sirve esta vez para descubrir la podredumbre del socialismo, para someter a sus cuadros a una prueba mortal y limpiar el camino para nuevos métodos y nuevas ideas.

Hay que decirlo desde el principio: no teníamos ante nosotros a “elementos nuevos”, adoptando nuevos métodos y dando respuesta a nuevas exigencias de la época y la tempestad. La mayoría de los participantes estaba compuesta por viejos militantes, salidos de los cuadros de la II Internacional. Esos elementos, gracias a circunstancias personales, mantenían la conciencia revolucionaria y habían sabido, en medio de la catástrofe, mantenerse en el terreno de la lucha internacional de clases. Pero su educación política los predispone más a combatir al socialismo-nacionalismo que a admitir nuevos métodos de combate social y revolucionario. La nueva Internacional necesita a esos testigos de las antiguas pruebas, indomables ante el poder. Pero por encima de todo hay que encontrar nuevos adherentes personificados en la joven generación que chocará con la sociedad burguesa en conflictos sociales en los dos campos, y habiendo pasado por la escuela de la guerra, que no retrocederá ante la perspectiva de medir sus fuerzas. ¡En ese caso tenemos derecho a decir: la III Internacional está ante nosotros!

¡La Conferencia! La Conferencia no es más que un episodio en ese gigantesco trajín de la Historia, que ha hecho perder el equilibrio a la burguesía y le ha planteado brutalmente al proletariado el interrogante fundamental del desarrollo socialista: ¿el imperialismo, la guerra y la esclavitud sangrante... o la revolución social? Pero al mismo tiempo es un episodio inmenso y pleno de significado. Y en el estado alcanzado actualmente por el movimiento es el más importante acontecimiento histórico.

Para quien haya seguido atentamente a la Internacional durante la guerra, hay en ella pocos hechos nuevos. Pero reuniendo todos los hechos dispersos uno no puede dejar de sorprenderse con dos impresiones: la dimensión enorme de lo que hay de falso y de muerto intelectualmente en la obra inmensa de la II Internacional, y la inmensidad de la herencia revolucionaria que ha legado a las masas trabajadoras. En verdad ¡hay con qué construir! ¡La III Internacional no tendrá que partir de cero!

*Nache Slovo*, 3-6 de octubre de 1915

### ***Ecós de Zimmerwald***

#### *Respuesta a Axelrod*

Axelrod aporta dos correcciones secundarias, pero de todas formas dignas de interés, a mi comentario hecho de memoria. Parece que Axelrod no opuso los “derrotistas” al resto de los internacionalistas y que no afirmó, sino que expresó en forma de esperanza, el reconocimiento por la mayoría de la socialdemocracia rusa del eslogan de la asamblea constituyente de cara a liquidar la guerra. Las circunstancias bajo las que Axelrod hizo su intervención explican plenamente la posibilidad de malentendidos involuntarios y estoy completamente dispuesto a admitir las correcciones. Hubiera admitido más gustosamente aun la concerniente al grupo *Nacha Zaria*. Pero, ¡desgracia! En este punto Axelrod no corrige mi exposición, por el contrario, confirma los temores que expresé. “Si hemos entendido bien, escribía yo, el campo internacionalista, tal y como lo concibe Axelrod, comprende también al grupo *Nacha Zaria*.” Y Axelrod responde así: “Si a Trotsky le interesa saber dónde debe posicionarse al grupo *Nacha Zaria*, debo decir que no incluyo a ese grupo en el campo internacionalista, en el sentido que él indica.”

No me es solamente interesante saber, me es indispensable saber. Y no soy el único. Todos debemos saber. No solamente porque la cuestión de las relaciones con un grupo político es importante, sino, también, y, ante todo, porque la pertenencia del grupo *Nacha Zaria* a tal o tal otro campo define el contenido de lo que incluimos en nuestra concepción del internacionalismo. En la época crítica que vivimos actualmente, cuando

se niega, ataca y siembran dudas sobre el valor del socialismo, la falta de firmeza y la imprecisión en política son inadmisibles ya que son la marca, aunque oculta, de la peor forma de capitulación ante el enemigo.

De concierto con nuestros amigos franceses, pensamos que la política actual del socialismo francés es mortalmente hostil a los intereses del proletariado. El grupo *Nacha Zaria*, por el contrario, juzga esta política perfectamente conforme con los intereses de la democracia y del socialismo. ¿Cómo podemos pertenecer al mismo tiempo que este grupo al mismo campo ideológico?

Al definir la guerra como “defensiva” o “liberadora” por parte de la Entente, el grupo *Nacha Zaria* llega en Rusia a la política de “no resistencia”. Ciertamente insiste en la necesidad de continuar la lucha contra el zarismo. Pero una lucha basada en la “no resistencia” sólo puede ser ficticia o una supuesta lucha basada en una capitulación de hecho. ¿Cómo podríamos incluir en nuestro campo a un grupo cuya posición de principio le conduce a rechazar la lucha revolucionaria contra el zarismo?

La política de apoyo a la guerra supone la aprobación de los créditos militares. La política de “no resistencia” lleva a la abstención. Así es como se comportó Mankov, y nuestra redacción, unánimemente, interpretó su comportamiento como la única conclusión posible, teniendo en cuenta la posición de *Nacha Zaria*. Pero la fracción “kadete” excluyó a Mankov y, de nuevo, nuestra redacción interpretó esta medida como la única conclusión lógica, teniendo en cuenta la posición internacionalista. ¿Cómo podríamos incorporar a *Nacha Zaria* en nuestro campo desde el mismo momento en que las consecuencias políticas de su posición llevan a la expulsión de diputados de la fracción “kadete”?

Después de todo lo que se acaba de decir, es absolutamente incomprensible de qué forma Axelrod puede considerar que “la necesidad de análisis” de mi comentario sobre su exposición es superflua. Es justamente lo contrario. Mi único comentario, resumido en una frase, no se apoya sobre hechos “míticos”, sino, desgraciadamente, sobre el hecho demasiado real de la incorporación de hecho por Axelrod del grupo *Nacha Zaria* al campo internacionalista. “Está claro, escribía yo, que la consigna de asamblea constituyente no puede ejercer más que un papel: el de ocultar la contradicción irreconciliable, en relación con la guerra, de las tácticas que de ella se deducen.” Las declaraciones de Axelrod confirman plenamente mis temores. Sólo me queda el consuelo de que, mis errores sobre los puntos secundarios, no hacen más que aumentar claramente lo justo de mis posiciones sobre la cuestión principal.

#### *Los austríacos en Zimmerwald*

Un camarada especialista en cuestiones austríacas escribe a propósito de mi comentario sobre la Conferencia [de Zimmerwald].

“Vuestro juicio sobre los austríacos es profundamente injusto en lo concerniente a la oposición austríaca que trabaja bajo condiciones que no pueden compararse con las nuestras. Más incluso. Nadie ha intentado llevarlos a la conferencia... En un futuro próximo se convencerá usted de que allí hay camaradas que poseen el derecho, no solamente moral, sino formal, a participar en futuras conferencias en nombre del socialismo revolucionario”. No era mi intención lanzar una piedra contra los camaradas austríacos que luchan en el marco del pensamiento del socialismo revolucionario. Simplemente quería constatar la debilidad particular del ala izquierda de ese partido y el lamentable papel que los representantes más conocidos han ejercido, practicando el oportunismo y el nacionalismo. Las cuestiones tácticas y las contradicciones ideológicas no pueden resolverse más que con el valeroso combate de las opiniones. Mi corresponsal lo sabe tan bien como yo. Si, realmente, nadie se ha tomado la molestia de convocar a los internacionalistas austríacos, eso es muy lamentable. Pero esto no se habría producido si

la oposición austríaca hubiese sido más enérgica; debería de haber entrado en contacto con la oposición alemana y no ignorar que la conferencia se preparaba. No albergó dudas de que el proletariado austríaco levanta la cabeza, y, junto con el autor de la carta que acabo de citar, deseo que en la próxima conferencia el proletariado austríaco delegue a sus más dignos representantes.

La organización de los extremistas holandeses, radicales declarados (se autodenominan “tribunistas”) ha decidido bruscamente no asociarse al manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald<sup>114</sup>. ¿Por qué? El manifiesto es fruto de un compromiso, no compromete para la acción e incluye el derecho a la autodeterminación, lo que podría dar a las masas la ilusión de que la autodeterminación nacional se basaría en la sociedad capitalista.

En este argumento se mezclan críticas perfectamente justas a una seguridad limitada de “política de campanario”, y el conjunto se caracteriza por una carencia de proporciones y de perspectivas políticas<sup>115</sup>.

Uno de los líderes de los “tribunistas” es el señor Pannekoek. Leemos en *Kommunist* uno de sus artículos que transpira el escepticismo revolucionario. Pero el escepticismo, como ya hemos recordado, casa bien con la “intransigencia”, más incluso: se complementan a las mil maravillas. El escepticismo juzga que el mundo, aparte de su pequeño círculo, no puede ser más que malo; esto sólo puede reforzar su escepticismo y empujarlo inevitablemente a atrincherarse frente a ese mundo contaminado. En Holanda, un país que no está en guerra y que puede ser considerado como un hogar de revolución social, encontramos la más pura cultura del extremismo formal: es suficiente con añadir que los “tribunistas” jamás han podido reunir a más de quinientos miembros.

(*Nache Slovo*, 27-31 de octubre de 1915)

---

<sup>114</sup> “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)”, en esta misma serie de nuestras [EIS](#).

<sup>115</sup> Extremistas holandeses: hemos conocido la posición tomada por los extremistas holandeses gracias a las declaraciones de *Lichtstrahlen*, y tememos que se haya omitido señalar el carácter “antirrevolucionario”, “pacifista”, de la consigna de la lucha por la paz.

## VIII. Etapas

### *¿Es cierto?*

¿Es cierto que el llamado “Comité de Liberación” de Ucrania, del que son miembros exrevolucionarios rusos, es mantenido por el estado mayor austríaco?

¿Es cierto que el periódico *Viestnik*, órgano de este comité, publica proclamas redactadas de la siguiente manera: “¡Que viva la revolución social!” y de esta manera paga a su acreedor Habsburgués?

¿Es cierto que el exrevolucionario Mikol Trotsky, cuya dirección es dada por el comité en sus boletines en alemán, es empleado de la policía vienesa?

¿Es cierto que los emisarios de este comité, con la confianza de los Habsburgo y sus billetes, viajan por toda Europa para buscar a algunos rusos, en particular a los revolucionarios cosacos, que habrían aceptado cambiar su odio al zarismo por amor a la corona y a las coronas austríacas?

(*Golos*, 24 de noviembre de 1914)

### *Hacia el número 100 de Golos*

La publicación de *Golos*, por modesto que haya sido el proyecto inicial, se ha convertido en un factor esencial para el desarrollo de nuestro partido. Dadas las circunstancias en las que nació esta publicación (en plena catástrofe de la Internacional, del desorden de la emigración rusa y de las dificultades causadas por la situación en París), la iniciativa marxista y revolucionaria de publicar un periódico de este tipo es un logro cívico, que no será olvidado.

Me tomo la libertad de decirlo hoy en las columnas de *Golos*.

Los primeros cien números abarcan un período de capitulación intelectual, conquista nacionalista y falsificación patriótica del socialismo. Por eso el primer problema de *Golos* fue ejercer la crítica efectiva, por medio del método marxista, durante los tres meses y medio de su publicación.

En la actualidad, se ha producido una ruptura innegable dentro del socialismo mundial. En todos los países, la voz del internacionalismo social-revolucionario se ha levantado contra el social-nacionalismo y el social-imperialismo. Esta voz resonará, sin cesar, más fuerte y convincentemente en los oídos de las masas que han pasado por la espantosa escuela de la guerra.

No abandonaremos el problema fundamental del primer período, la crítica; es esencial para nosotros luchar sin descanso contra “nuestros rusos”, los temblorosos patriotas, los falsificadores del marxismo. Se esconden aún más detrás de sus teorías inventadas cuanto más frágil es su terreno. Pero, junto a esta obra crítica, surge otra, positiva y creativa, en primer plano: la explicación de los grandes problemas históricos que esta era de agitaciones trae al proletariado socialista y la reunión, en nombre de estas cuestiones, de las fuerzas de la III Internacional. Este nuevo trabajo es más complicado y difícil que el primero, pero sólo en la medida de su realización encontraremos justificación para nuestra implacable lucha contra los líderes de la II Internacional.

La indispensable obra colectiva del pensamiento marxista, del pensamiento marxista viril, liberándose de los marcos de la política de campanario, no temerosa de

romper con las organizaciones moribundas, pero al mismo tiempo ajena al nihilismo, se asienta firmemente sobre la base de las conquistas intelectuales y políticas y sobre la de las tradiciones teóricas que el pasado del movimiento socialista nos ha dejado.

Cordialmente le deseo a *Golos* todo lo mejor en su trabajo en esta dirección.  
Con el saludo de un camarada.

TROTSKY  
(*Golos*, 8 de enero de 1915)

### ***¡Hasta el fin!***

El naufragio de la internacional, preparado por las condiciones precedentes, se saldó en una catástrofe. El renacimiento de la internacional debuta con un proceso complicado y difícil.

Gracias a una lucha cotidiana incesante, las organizaciones obreras adquirieron una gran autoridad a los ojos de las clases a las que habían llevado a tomar conciencia de la vida colectiva; cuando esas mismas organizaciones toparon con las contradicciones y problemas nuevos, que no eran conocidos en la época precedente (y esto es la misma esencia de la crisis de la internacional), la influencia y autoridad de las organizaciones obreras devinieron factores conservadores, aplastando la fuerza viva de la clase trabajadora en un momento crítico de la historia europea.

Todas las características del sistema capitalista, aquellas que infatigablemente ha criticado y evaluado el socialismo, han encontrado en la guerra su más monstruosa expresión: la guerra ha forzado a los viejos partidos socialistas a defender las bases nacionales y gubernamentales sobre las que se desarrollaron criticándolo. Al haber perdido su equilibrio, las masas obreras se han visto desorientadas, paralizadas en la práctica. La cruel enseñanza de la guerra no ha hecho más que profundizar los sentimientos de desconcierto, de escepticismo, de los trabajadores respecto a sus propias fuerzas, de impotencia ante el Moloch del poder capitalista. Liberándose de la presión “normal” de la opinión proletaria, los “guías” ejecutaron un giro de 180 grados plegándose a la presión de la opinión burguesa y convirtiéndose en verdaderos renegados.

En Alemania, cuya industria era la más poderosa, donde el militarismo era lo que más peso tenía y la socialdemocracia la más influyente sobre las masas, la crisis del socialismo adquirió el carácter más catastrófico. Esto le suministró el pretexto al Colón del marasmo socialista para explicar la quiebra de la internacional con la nefasta influencia del marxismo “alemán”. Mientras, en el seno del partido obrero alemán, y en nombre de las lecciones revolucionarias del marxismo, se desarrollaba un proceso de crítica interna y de renacimiento revolucionario que, recientemente, ha llevado al manifiesto de la oposición minoritaria. Se puede afirmar, sin la menor duda, que la Conferencia Internacional de Mujeres [socialistas], el acto más importante de esta época de la guerra, solo fue posible gracias a la iniciativa y energía de las militantes del movimiento obrero femenino.

En la base misma de esos dos fenómenos se encuentra la palabra: *paz*. Pero esa palabra engloba todo un programa revolucionario: bajo la bandera de la lucha de clases, aniquilar la “paz social” con un ataque dirigido contra las clases dirigentes y su consigna “hasta el objetivo”. Con términos nobles y precisos, de una insoportable precisión para los oídos de la censura republicana, el manifiesto de la Conferencia de Mujeres Socialistas llama a las mujeres del pueblo trabajador a tomar las posiciones de avanzadilla en la lucha a favor de la paz, el socialismo en lucha ¡hasta el objetivo!

Las mujeres proletarias, las más desheredadas de todos los sin derechos, abandonadas brutalmente en el umbral de la “paz social” elaborada por la máquina

parlamentaria “masculina”, acaban de asestarle a esa tramposa “paz social” un golpe del que no se recuperará.

En este sentido se redactó el manifiesto de la oposición minoritaria, aunque empleando vías un tanto diferentes. Se esfuerza por la unión, incluso la más modesta, de los partidos socialistas a favor de reclamar el cese de los combates, depositando sus esperanzas en la lógica revolucionaria de los acontecimientos. Pero, al perdonar al patriotismo de la socialdemocracia alemana y al obstinado nacionalismo del socialismo francés, el manifiesto lleva el sello de la extrema prudencia al dirigirse a los dos en particular.

Sin embargo, independientemente de esta pregunta: ¿los “responsables”, atados de pies y manos, escucharán el manifiesto?, independientemente de que los principios formulados de la paz futura están sometidos a las fuerzas de la clase revolucionaria, que todavía hay que movilizar, el llamamiento lanzado por Zetkin, Mehring, Luxemburg, Liebknecht, Lebedour y Rühle, se afirma, junto con el manifiesto de las mujeres, como un factor inestimable de significado revolucionario. Políticamente indispensables, esos documentos pueden abrirse camino, atravesando todos los obstáculos, hacia los espíritus y los corazones. Junto a nuestros camaradas alemanes, creemos en la lógica revolucionaria de la situación.

La internacional se reencuentra. Sus diferentes fracciones se unen unas a otras. Formulan el programa de su futura actividad. Ese programa lo realizarán ¡hasta el final!

*(Nache Slovo, 11 de abril de 1915)*

### ***Primero de Mayo (1890-1915)***

La fiesta del Primero de Mayo, de la que hoy se cumple el vigésimo quinto aniversario, fue adoptada por la asamblea constituyente de la Segunda Internacional. Los partidos socialistas, que se fortalecían sobre una base nacional creada por las revoluciones y guerras, no podían dejar de sentir la necesidad de una ayuda internacional común y de una elaboración común de la orientación. El Primero de Mayo era la expresión exterior de las tendencias internacionales del movimiento obrero contemporáneo. Pero es preciso decir que la idea de darle al proletariado internacional el carácter simbólico de una fiesta obrera mundial marcaba, en cierto sentido, una insuficiencia de la manifestación internacionalista en el marco de la política nacional del movimiento obrero. Fuese así o no, el destino de la fiesta obrera está estrechamente ligado al de la Segunda Internacional, cubriendo todo este período y resaltando sus caracteres más contundentes.

El Primero de Mayo no ha ocupado en la vida del proletariado el lugar que le asignaron los participantes en el Congreso de París.

En Inglaterra, ese viejo país capitalista, el Primero de Mayo expresaba de forma parecida el carácter nacional-posibilista de la lucha de clases llevada adelante por el proletariado inglés y el carácter sectario y propagandista del socialismo inglés. El tradeunionismo asimila el Primero de Mayo con una ceremonia tradicional y lo utiliza en su propaganda, que no se eleva a una concepción social-revolucionaria. En tanto que fiesta del internacionalismo combatiente, el Primero de Mayo no era en Inglaterra la manifestación de la clase obrera revolucionaria sino la de algunos grupos revolucionarios poco numerosos.

En Francia, con su desarrollo económico mediocre, con su actividad exteriormente dramática, con su limitada vida parlamentaria en realidad, el Primero de Mayo expresa todos los aspectos débiles del proletariado francés: su debilidad numérica, su dependencia intelectual y, por encima de todo, su impotencia organizativa. Los aspectos fuertes: la movilidad política y las tradiciones revolucionarias no encontraron su expresión en esa

época de adaptación “orgánica” con las condiciones económicas y políticas de la Tercera República y no dejaron su sello en la fiesta de los proletarios.

En Alemania, el Primero de Mayo, que en principio fue adoptado por la socialdemocracia, se introdujo como un cuerpo extraño en el automatismo profesional del partido obrero y de los sindicatos. Las organizaciones obreras, que tenían ante sí a las clases capitalistas y al potente aparato gubernamental, tenían la ocasión para hacer del Primero de Mayo el instrumento de violentos conflictos económicos y políticos (y, con la reacción, el pretexto para la represión policial); evitaron sistemáticamente el choque. En lugar de convertirse en el levantamiento del trabajo contra el capitalismo, como lo habían concebido sus creadores, el Primero de Mayo sólo servía para reunir a los trabajadores para hacerlos aclamar mociones de solidaridad internacional etc., etc., etc.

¡Con que temor había esperado el mundo burgués el Primero de Mayo de 1890! ¿No daría ese día la señal para la revolución proletaria? Y después... las clases dirigentes miraban esa fiesta con una sonrisa burlona, o desencadenaban la represión policial. Si el Congreso Socialista de 1889 quería hacer del Primero de Mayo el símbolo de la solidaridad proletaria, el carácter de la conmemoración, sumiso en el más alto grado y abiertamente posibilista, devino el símbolo de la debilidad de las tendencias internacionalistas del movimiento obrero de la época precedente. Por ello, una retrospectiva de la fiesta proletaria durante estos veinticinco últimos años proyecta una viva luz sobre las causas del naufragio de la Segunda Internacional. ¡La insistencia con la que los elementos intransigentes del socialismo mantenían la llama del Primero de Mayo es un síntoma alarmante! Incluso si las manifestaciones “patrióticas” de las fracciones parlamentarias, la reconciliación con el bloque nacional, los ensayos de ministerialismo socialista, no pudiesen parecernos inesperados y catastróficos, sería indigno de un marxista buscar las causas de estos hechos en la mala voluntad, la inmoralidad, en la “traición” (o en la carencia de autoeducación, como dicen nuestros subjetivistas) de los dirigentes del partido. No descargamos a estos últimos del peso de sus faltas y no cesaremos de luchar contra ellos, pero repetimos que es indispensable comprender esto: todos los elementos de la catástrofe ya estaban preparados por la lenta organización del socialismo sobre una base nacional bajo las condiciones de un crecimiento incesante del imperialismo; la idea de una unión internacional del movimiento obrero desembocó en la práctica en tentativas periódicas de elaborar las normas internacionales sobre una base nacional y gubernamental; el internacionalismo social-revolucionario se transformó en la conmemoración débil y burocrática del Primero de Mayo, que se reducía a una fecha en el calendario.

¡Peor incluso! El asunto del Primero de Mayo devino todavía más lamentable en los países avanzados en los que los progresos del capitalismo eran más grandes, en los que la lucha de clases se desarrollaba “normalmente”, adaptándose al papel que ejercía el país en el mercado mundial, plegándose a las reglas parlamentarias en los países en los que el parlamento se convertía en el foso del combate por la democracia y las reformas sociales. En esos países avanzados, la lucha de los movimientos revolucionarios contra el viejo orden de cosas feudal estaba superada. Todavía no había llegado la época de nuevos conflictos sociales (luchas del proletariado por la conquista del poder). La idea de la revolución no era más que un recuerdo o parecía un punto de vista teórico; en los dos casos era demasiado débil para insuflar una nueva vida a la conmemoración del Primero de Mayo y hacer de él la fiesta de millones de trabajadores prestos a tomar al asalto la fortaleza capitalista.

En los países de Europa Oriental, el Primero de Mayo ejercía cada vez un papel más grande en la vida del proletariado, confiriéndole un contenido revolucionario y recibiendo bruscamente un amplio desarrollo. En Rusia, en los primeros pasos del



proletariado ruso y polaco, el Primero de Mayo fue, de entrada, un emblema de combate. El crecimiento del movimiento revolucionario aumentó el significado de la fiesta en la vida del proletariado. Para la clase obrera rusa, que entablaba su lucha histórica contra las fuerzas más reaccionarias del pasado, el Primero de Mayo devino la señal para la movilización revolucionaria que abría, al mismo tiempo que “una ventana a Europa”, las perspectivas de un movimiento socialista mundial.

En Austria, país de contradicciones nacionalistas, de vieja monarquía y de camarillas feudales, el Primero de Mayo fue la bandera bajo cuyos pliegues el proletariado llevó adelante su combate por la democratización del país, por una coexistencia normal entre las minorías étnicas, lo que significa la creación de una base normal para la lucha de clases. Las necesidades elementales de un *gobierno de las nacionalidades*, abriéndole al desarrollo del capitalismo las mismas posibilidades que puede ofrecerle un *gobierno nacional*, tropezaron con el proletariado austríaco, tan heterogéneo, y el Primero de Mayo se convirtió en la bandera de la unión de ese proletariado por la solución de los problemas “preliminares” que le opondrá la historia. Tras la conquista del sufragio universal, favorecida por la revolución rusa, el Primero de Mayo se ve en Austria encerrado cada vez más, poco a poco, en estrechos límites como el eco de una época tumultuosa inminente.

Por fin, en la península balcánica, a causa de los enclaves nacionales y gubernamentales, desde sus primeros pasos el proletariado se vio enfrentado con el problema siguiente: elaborar una forma de coexistencia de las pequeñas naciones tal que le pudiese dar a esa península, tan poco afortunada, la posibilidad de salir de su anarquía nacional y cultural, de garantizar su independencia contra las maquinaciones de las grandes potencias y rechazar la civilización capitalista “normal”. El Primero de Mayo se ha convertido ahí en la fiesta del joven proletariado y en la bandera de la lucha por una federación democrática balcánica.

Con otras palabras: en los países de Europa Oriental y en los del sur europeo, en los que el desarrollo del capitalismo no es todavía total, en los que el proletariado debe resolver problemas que una burguesía atrasada no ha podido resolver, estos problemas le dieron al movimiento obrero un impulso tumultuoso, apartaron los obstáculos que se le presentaban y le confirieron a la fiesta del Primero de Mayo, fiesta de clases, un color revolucionario. Pero ese carácter revolucionario no se alimentaba, en realidad, de la lucha de clases; por el contrario, provenía de las particularidades nacionales y gubernamentales que han separado al proletariado de oriente de sus hermanos más avanzados.

El vigésimo quinto aniversario del Primero de Mayo coincide con la quiebra total de la Segunda Internacional, con el completo abandono que sus jefes hacen de sus obligaciones internacionales. En consecuencia, es natural tener del Primero de Mayo de este año una imagen de desosiego, debilidad y degradación. En Francia y en Alemania, el Primero de Mayo se trata de lograr que esta pálida sombra de lo que ya era una sombra, y la repetición de un ritual seco, no provoque peligrosas asociaciones de ideas en las cabezas de los trabajadores... Si las declaraciones “socialistas” de los diputados, votando los créditos de guerra, ya aparecían como una repugnante parodia, ¿qué decir del vergonzoso engaño que constituyen los discursos y artículos de los ministros socialistas “responsables”, de los parlamentarios y periodistas, esos vulgares enterradores de la Segunda Internacional y del Primero de Mayo?

Pero justamente estos meses de humillación del socialismo internacional indican nuevas perspectivas de lucha y de movimiento, pues las contradicciones fundamentales entre los objetivos social-revolucionarios y los métodos del posibilismo han quedado implacablemente al descubierto. Llevadas por la “espada” de la lucha hasta su lógica final, esas contradicciones mostrarán, tarde o temprano, su fuerza liberadora no solamente

decisiva sino, también, creadora. Los viejos partidos oficiales buscan un recurso para sus contradicciones en el travestismo cínico de la realidad internacional de la lucha de clases. Pero no pueden resolver una contradicción más profunda todavía, una contradicción que está en la base de la guerra actual, que dirige las maquinaciones de los diplomáticos, las operaciones de los militares y las lamentables combinaciones de los social-imperialistas: la contradicción entre las exigencias del desarrollo económico internacional y los límites que le impone el gobierno nacional. No solamente el análisis teórico sino, también, los crueles primeros nueve meses de guerra, no traen el testimonio de que la sangrienta lucha de los pueblos descartará uno solo de los motivos ni resolverá una sola de las cuestiones que condicionan la esencia revolucionaria del movimiento obrero. Incapaz de resolverlas, la guerra no hará más que envenenar las contradicciones capitalistas. Surgirán de nuevo, de la sangre y el lodo, para desvelarse enteramente mañana; hoy en día ya se desvelan en la conciencia de las masas trabajadoras. Para salir del impase histórico, el proletariado tendrá que coger el camino diametralmente opuesto: el de la liquidación total del posibilismo, el del rechazo definitivo de eso que se llama las obligaciones nacionales, el de la lucha implacable por la toma del poder, bajo esta forma, preparada por toda la época precedente y que constituye una experiencia única para la humanidad: la forma de la dictadura política del proletariado en todos los países civilizados del mundo capitalista.

Cuanto más profundas sean las cicatrices dejadas por la guerra en la conciencia del proletariado, más rápido e impetuoso será el proceso de su emancipación al margen de los métodos, de las maniobras no revolucionarias de la época precedente, y más estrechos, más directos, más fraternales, más conscientes, serán los lazos de la solidaridad internacional, no como principios, no como anticipaciones, no como símbolos, sino como factores directos de la colaboración revolucionaria en la arena internacional en nombre de la lucha general contra la sociedad capitalista. Se puede pensar que, en esta cuestión secundaria, la del ritual revolucionario, la Tercera Internacional no rechazará la herencia espiritual de la Segunda Internacional. Al contrario, será la ejecutora directa del testamento revolucionario. Revolucionando e internacionalizando el movimiento obrero, le devolveremos al Primero de Mayo el significado que le quisieron dar los creadores de la Segunda Internacional. Será el toque de rebato de la revolución social.

### ***Dobrogeanu-Gherea***

El 18 de mayo nuestro partido rumano festejó los cuarenta años de actividad revolucionaria de su fundador e inspirador espiritual, K. Gherea. En vísperas de la guerra ruso-turca se detuvo en Rumania haciendo camino; algunos años más tarde y bajo el nombre Gherea, nuestro colaborador había adquirido una enorme influencia, primero sobre la intelectualidad rumana, después, sobre los trabajadores avanzados. La crítica literaria de base socialista era el principal dominio en el Gherea, escritor “por la gracia de Dios”, formaba la conciencia de grupos avanzados de la intelectualidad rumana. A partir de cuestiones de estética y moral personal, Gherea llevaba al socialismo consciente. Es cierto que en Rumania la época de la intelectualidad socialista terminó en un crac más sangriento que en cualquier otra parte. Entre los ministros, diplomáticos, prefectos, se podía encontrar a muchos que habían aprendido de Gherea el *abc* del pensamiento político. Felizmente no eran los únicos. A partir de 1890, la escuela marxista de Gherea formaba a toda una generación de socialistas compuesta por trabajadores. Ellos fueron quienes, junto a Gherea y Rakovsky, crearon el nuevo partido socialista en la época de la revolución rusa.

En 1908, tras una violenta revuelta campesina, Gherea publicó *La nueva servidumbre*, un libro que es la obra capital de su vida.

Todas las contradicciones de la vida social y política rumana (el campesinado sometido a un yugo jurídicamente revocable, pero restablecido en la práctica por la lógica de las condiciones económicas; el régimen parlamentario, fundamentado en una base agraria de tipo asiático; las libertades “a la inglesa” para las ciudades; el viejo orden turco para el campo) están sometidas a un análisis magistral en la gran obra de Gherea. La simplicidad y la claridad refuerzan la profundidad marxista. La traducción de este libro al ruso hubiera sido una adquisición preciosa para nuestra literatura socialista.

En la época de la guerra de los Balcanes, igual que ahora, Gherea sostuvo una implacable lucha contra el imperialismo rumano, a favor de una federación democrática de los Balcanes. Forjó y afiló las armas con las que luchan los trabajadores rumanos contra los botafuegos patrióticos. Por la claridad y perspicacia de su espíritu, Gherea se mantiene como el teórico y consejero irremplazable del proletariado rumano. Estrechando la mano de nuestro viejo amigo, le deseamos salud y fuerza para las luchas venideras. No hablamos de su dinamismo y fe en el futuro pues no le faltan ninguna de esas cualidades.

(*Nache Slovo*, 29 de marzo de 1915)

### ***Problemas y métodos de nuestra lucha***

#### *Declive y renacimiento de las antiguas agrupaciones del socialismo*

Las raíces de la actual crisis en el socialismo internacional se hunden profundamente en la época anterior.

Las corrientes y agrupaciones, constituidas y fortalecidas durante los últimos diez años, se determinaron en función de su relación con el parlamentarismo, considerado como el arma de las reformas sociales. En principio, el anarquismo negaba la posibilidad y la utilidad de las instituciones de la sociedad burguesa para servir a los intereses de la emancipación social proletaria. Derrotado en la teoría y en la práctica por el marxismo, el anarquismo se manifestó repetidamente como la reacción elemental de las tendencias revolucionarias contra el reformismo parlamentario. En su concepción marxista, la *socialdemocracia* consideraba que el “juego normal” de las fuerzas en la sociedad burguesa conducía irremediamente a la profundización de las contradicciones sociales; la solución de estas contradicciones sólo podía pasar por la conquista por parte del proletariado de una posición de dominio de orden político en el seno de la sociedad burguesa; por último, el mecanismo de la democracia creaba un escenario insustituible para la movilización de los proletarios y para su unión. El anarquismo opuso a los engaños burgueses, al parlamentarismo, la revolución social como única realidad (utopía, como los objetivos de los proletarios). El oportunismo de principios fragmentó el problema socialista reduciéndolo al ámbito parlamentario y a la reforma. La socialdemocracia subordinó el parlamentarismo a la revolución como medio para alcanzar su fin.

Estas fueron las tres corrientes fundamentales de la época anterior. El carácter de ésta no les ofrecía, ni mucho menos, las mismas condiciones de manifestación y desarrollo. El anarquismo desapareció por completo en los partidos obreros o sufrió profundos cambios internos bajo los rasgos del sindicalismo francés. Este último, en un periodo no revolucionario, entró en el callejón sin salida de la filosofía de la iniciativa minoritaria o del “mito” revolucionario de la huelga general. El sindicalismo se adaptó, con mayor o menor éxito, a las exigencias de la lucha sindical. La socialdemocracia, con los sindicatos profesionales reuniendo sus fuerzas para obtener las reformas sociales, a las que subordinaba el objetivo de la revolución social, se subordinó, en el espacio de una generación, al poderoso aparato del poder burgués. Según la concepción marxista, es decir, el sentido mismo del desarrollo histórico, lo que era el medio se convirtió en el objetivo. Cuando el “Centro” se adaptó a los limitados métodos del movimiento

agrupando (en un grado mucho mayor de lo esperado, dada su experiencia política) elementos de rutina y estancamiento, el ala izquierda extremista, que, al igual que el Centro, había surgido de las conclusiones teóricas generales marxistas, trató de hacer que el partido adoptara métodos más revolucionarios; pero los resultados de estos esfuerzos, apoyándose en el inmovilismo de la coyuntura política, sólo condujeron a los pródromos de una crítica interna en el partido. Si, en todas estas condiciones, el reformismo no fue el amo absoluto en todo el campo de batalla de la lucha proletaria, no fue por su culpa: el “juego normal”, con el que contaban los reformistas, en las condiciones de un rápido aumento de las contradicciones mundiales y sus consecuencias (el despilfarro de los bienes del pueblo por el militarismo) segó la hierba bajo los pies de las reformas sociales en Alemania. En la medida en que se llevaron a cabo en Inglaterra y Francia, no constituyeron un avance de principios respecto al desarrollo de la legislación social en un país gobernado por el capitalismo, Alemania. Además, la subida de precios paralizó los resultados sindicales y parlamentarios de la lucha de clases. Esta situación confirmó objetivamente la concepción social-revolucionaria marxista de que la práctica de todas las organizaciones proletarias crea una base psicológica para el reformismo. Aunque los oficiales y suboficiales del partido obrero no sucumbieron a la utopía del reformismo principista, sus estrechos puntos de vista políticos no les permitieron descubrir las vastas perspectivas revolucionarias, y se encerraron inevitablemente en el culto a la organización en tanto que organización. Este hecho encontró su pleno desarrollo en el país modelo de la organización socialdemócrata: Alemania. Pero, a su vez, el fetichismo de la organización abrió las puertas a las ilusiones del reformismo, simplemente porque la conciencia política de clase “no soporta el vacío”.

El carácter parlamentario y reformista del movimiento obrero, al subordinar sus métodos a concepciones estrechamente nacionales de las agrupaciones y combinaciones políticas, pesó sobre la conciencia política de los partidos socialistas, dando al internacionalismo el lugar de un principio abstracto. La guerra de intereses imperialistas, al revelar los resortes fundamentales de la política capitalista en todos los países y al plantear de frente los problemas económicos, políticos y nacionales de todo el mundo, no podía sino poner al descubierto, de un plumazo, el carácter estrecho de miras y retrógrado de los partidos socialistas de la Segunda Internacional.

Pero si las organizaciones obreras demostraron que no estaban “preparadas”, es evidente que las agrupaciones internas, que se formaron en los partidos socialistas sobre la base de sus métodos “orgánicos” de trabajo, tuvieron que revelar su inadecuación a las nuevas condiciones y a los problemas planteados por la época de las catástrofes. Este es el primer hecho que salta a la vista. Los marxistas Guesde, Hyndmann y Plejánov adoptaron la misma posición de principios contra la guerra que los reformistas Heine y Sudekum y los anarquistas Kropotkin y Hill. Por otra parte, observamos en Francia que los sindicalistas, en su mayoría dirigente, se acercan a los social-patriotas y, al mismo tiempo, liquidan su hostilidad hacia el partido y hacia el poder capitalista. El Partido Laborista Independiente (inglés), más cercano al reformismo de principios que al marxismo, se muestra estrechamente vinculado al ala izquierda de la socialdemocracia alemana y a los sindicalistas de izquierda franceses. Estos últimos, encarnados por Monatte, Rosmer y Merrheim, entraron en absoluta contradicción con los sindicalistas recién promovidos (los “gubernamentales”) y no encontraron mejor aliado que el “parlamentario” alemán Liebknecht. Estos ejemplos (y podrían multiplicarse) demuestran que las agrupaciones, impulsadas por el acelerado ritmo de los acontecimientos, no coinciden en absoluto con las que se formaron anteriormente en el seno de los partidos socialistas y se deshacen junto a estos últimos.

De ello no se deduce que los problemas, que dieron lugar a las antiguas agrupaciones, queden simplemente de lado. Las cuestiones de la reforma y de la revolución, base de las disputas de los partidos socialistas, no son dejadas de lado, (por el contrario, se le plantean al proletariado en toda su extensión). El reformismo puro se ha convertido en social-imperialismo, esperando la realización de reformas sociales a partir de la victoria del poder capitalista. Sólo el socialismo revolucionario, que ve la resolución del problema supremo del proletariado no en la lucha por las reformas, sino en la lucha por asegurar la dictadura de clase del proletariado, puede interponerse en este camino. Por su complicada sucesión, no se nos puede escapar el paso de tantos heraldos de la revolución social al campo del nacional-reformismo. Para captar el vínculo entre estos hechos, debemos impregnarnos de la siguiente idea: la contradicción de hecho entre anarquismo, reformismo y marxismo no era tan profunda en la época anterior como la contradicción de principios; de hecho, no sólo el reformismo y el anarquismo tuvieron que pasar por la escuela marxista, sino que el marxismo de entonces tuvo que desarrollar su lado posibilista para aprovechar mejor las oportunidades revolucionarias. De ahí la sorprendente rapidez con la que se disuelven las antiguas agrupaciones. Los cambios decisivos que siguen la línea fundamental de una línea intelectual son progresivos, porque ponen al socialismo en contacto con problemas de orden mundial. Por el contrario, los intentos de mantener agrupaciones basadas en una vieja ideología, evitando las cuestiones relativas al hecho central de nuestro tiempo (la guerra contra el imperialismo) son profundamente reaccionarios y, de antemano, están condenados al fracaso.

#### *Las nuevas agrupaciones en el socialismo*

Ahora las agrupaciones dentro de la [Segunda] Internacional se definen por su actitud ante la guerra. Sin mucho esfuerzo, aquí podemos notar tres corrientes fundamentales.

La primera corriente “acepta” la guerra, es decir, vincula su destino al de una de las potencias beligerantes y hace de las organizaciones obreras un aparato que trabaja para el sometimiento de los trabajadores a los objetivos de la guerra y a los métodos del partido. Esto se hace o bien bajo la bandera de la defensa nacional, como en Bélgica, o bien bajo la de la defensa de la democracia, como en Francia, o bien bajo la bandera de: “es necesario asegurar el lugar del país en el mercado mundial”, como en Alemania. De ello se deduce que las esperanzas, más o menos sinceras o engañosas, se fundamentan en las consecuencias de una derrota de la nación enemiga: así, Scheidemann espera una revolución en Rusia; Vaillant y Plejánov la desean en Alemania.

Estos objetivos subjetivos, en nombre de los cuales los partidos y fracciones socialistas, así como las personalidades individuales, subordinan sus actividades bajo la mirada del estado mayor, no pueden ser considerados con indiferencia. En el futuro, dependiendo del curso de los acontecimientos, pueden llevar a los militantes socialistas en varias direcciones. Pero la guerra es el hecho fundamental de la actual situación mundial. La forma de comportarse con ella es en sí misma un programa decisivo. No sólo define la dirección de la acción política (apoyo a la guerra o lucha contra ella), sino que también determina qué agrupaciones se diferenciarán después de la guerra. Una vinculación activa con el militarismo, es decir, la responsabilidad política y moral de las consecuencias de esta vinculación ante las masas trabajadoras, puede desarraigar de la conciencia de los social-militaristas los objetivos primitivos. El hecho de que Bélgica sea una nación débil y neutral, de que Alemania sea “una gran potencia militar”, de que Francia sea una “república”, de que Alemania sea una “monarquía *semifeudal*”, no cambia la importancia del hecho de que los dirigentes socialistas de estos países hayan tomado partido por la defensa nacional. La consecuencia objetiva fue la sumisión política de la clase obrera a los intereses e ideología de sus enemigos de clase. Desde el punto de

vista de los intereses del socialismo internacional, los social-militaristas de todas las tendencias forman, para nosotros, un solo grupo dominante en la [Segunda] Internacional en la actualidad (el predominio de este grupo y la quiebra de la Segunda Internacional son sólo nombres diferentes).

La corriente central contiene los elementos que, sin vincular las cuestiones de clase del proletariado a la victoria de tal o cual país, ven en la situación actual del socialismo el resultado provisional de una catástrofe exterior que exige la paralización de los sentimientos internacionales y de los vínculos de los proletarios. Cierran los ojos ante las profundas contradicciones entre las tendencias nacionales y los problemas internacionales, contradicciones contenidas en la Segunda Internacional, que sería un valioso instrumento en tiempos de paz, pero que no serviría para el trabajo constructivo durante la guerra. Proponen, pues, “pasar” la guerra con paciencia, aceptando las tendencias nacionales como una circunstancia temporal, y luego sancionar todo el pasado en un congreso internacional, para amnistiar los excesos patrióticos y restablecer la [Segunda] Internacional sobre la base de las viejas contradicciones. A esto tiende fundamentalmente la posición de Kautsky. Este optimismo acrítico y vulgarmente repelente es la expresión más perfecta de la bancarrota de los grupos marxistas influyentes ante los problemas revolucionarios de la nueva época. Los que no pueden responder a estas preguntas de manera que conduzcan a la acción, se excluyen y dejan el campo a los social-militaristas o a los internacionalistas revolucionarios. Si las resoluciones de Viena, dictadas por el “Centro” alemán, demuestran la esterilidad de esta posición política de “luchar” contra la guerra y de sancionarla a la vez, hechos como las declaraciones que comunicará al Reichstag de forma sumisa, el paso de conocidos teóricos alemanes, como Kühn, de la posición teórica de Kautsky a la de Bernstein en busca de una nueva orientación, ilustran de forma llamativa el proceso que está haciendo pedazos al Centro. En Francia, este proceso se produjo de forma más rápida y menos notable.

La posición sumisa y vacilante del “Centro” reflejaba de manera significativa el desconcierto de las masas trabajadoras, que intentaban mantener la vieja posición ideológicamente contradictoria uniendo la actitud socialista frente al imperialismo con la idea de la defensa de la patria. La guerra, al demostrar que sólo servía a los intereses imperialistas de la clase burguesa, llevó al Centro a una inevitable y rápida bancarrota. Esta es la repercusión inequívoca del profundo y progresivo trabajo de crítica y autocrítica que se realiza en las amplias capas del proletariado socialista.

Por último, la tercera corriente de la [Segunda] Internacional está compuesta por elementos que se esfuerzan en hacer que el proletariado sea hostil a la guerra y a los que la aprueban. Así como la corriente social-nacionalista adoptó la consigna de “lucha hasta el final” (por la república, la independencia nacional o la conquista de los mercados), la corriente internacionalista adoptó inmediatamente la consigna de lucha por la paz, de cese inmediato de las hostilidades. Todas las manifestaciones parlamentarias de los internacionalistas serbios, rusos, ingleses, alemanes e italianos, la declaración de los socialistas ingleses, las palabras de Monatte y de los sindicalistas lioneses, la Conferencia Internacional de Mujeres, la Conferencia de las Juventudes y la, las manifestaciones de los socialistas en el Reichstag, el manifiesto de la minoría alemana, la resolución de la federación francesa del metal y su número del Primero de Mayo (todos estos hechos, por no hablar de las “salidas” de los socialistas neutrales, atestiguan de forma contundente el inmenso papel desempeñado por la consigna de la paz en la movilización de la Izquierda (ala izquierda) en todos los países. ¡Qué gran error político ha cometido y sigue cometiendo el grupo “socialdemócrata” al tratar de presentar esta consigna como una prerrogativa de los sacerdotes y de los pacifistas sentimentales!

Así como bajo la consigna de la lucha “hasta el final” se agrupan diversas tendencias, bajo la consigna de “guerra a la guerra” se agrupan quienes se esfuerzan, lo más rápidamente posible, por asegurar al proletariado la base “normal” necesaria para su movimiento de clase. Lo mismo ocurre con los que luchan por las reformas y los que ven en esta guerra el prólogo sangriento de profundas convulsiones sociales. El curso futuro de la guerra, y tal o tal otra de sus consecuencias, pueden llevar en diferentes direcciones a los elementos socialistas diversos por su formación ideológica y por su pasado, a los que ahora están unidos en la lucha para detener la guerra. Pero, por otra parte, la movilización del proletariado contra la guerra y el aparato militar (este último no es otro que el estado burgués) es capaz, en caso de que se acelere el curso de los acontecimientos, de conferirle a la lucha por la paz un significado más revolucionario. La movilización de las masas contra el imperialismo puede, en caso de prolongación de la guerra, que no hace más que aumentar en barbarie, conducir a un choque directo entre el obrero con mono de trabajo o con uniforme multicolor y las autoridades. A partir de la lucha por la paz, la movilización de las masas puede conducir a la toma del poder. Si los acontecimientos adquieren este carácter agudo y decisivo, arrastrarán a los internacionalistas tímidos, que han iniciado la lucha por la paz sin perspectivas revolucionarias, y a los anarcosindicalistas, que no han resuelto la cuestión de la conquista del poder. Por supuesto que a los marxistas nos incumbe el deber de explicar a las masas trabajadoras la gravedad de la contradicción a la que la guerra imperialista empuja a la sociedad burguesa y mostrarles el alcance de las posibilidades que se le abren al proletariado.

El trabajo de organización política de la [Segunda] Internacional debe dedicarse a la unión de todas las organizaciones obreras y de todos los elementos socialistas que se niegan a concluir una “paz civil” con la burguesía. ¡Ni un hombre ni un céntimo para el poder imperialista! Sería arbitrario y peligroso promover criterios adicionales como estos: quien no cree teóricamente en la posición del marxismo o quien no está convencido de que Europa está entrando en una era de desarrollo social-revolucionario. Nuestra propaganda debe ir mucho más allá. No debe limitarse a la mera crítica del ministerialismo, la votación de los créditos, etc. Debe, descubriendo la debilidad y la contradicción de la Segunda Internacional, explicar las bases y las condiciones históricas de la nueva época social-revolucionaria y preparar así la conciencia de las capas trabajadoras avanzadas para la solución del problema planteado por una catástrofe nunca vista en la historia de la humanidad.

#### *División y unidad*

En los viejos partidos socialistas los internacionalistas son minoría. En Rusia forman una mayoría visible e indiscutible. Aquí y allá, liberándose de las viejas agrupaciones o tratando de superarlas, los internacionalistas dirigen una lucha muy enérgica contra los elementos de orientación social-patriótica. Si en tiempos normales, es decir, en períodos de cambios lentos y moleculares en la vida colectiva, las disputas políticas ligadas a una diferencia de evaluación y diagnóstico de la época se suavizan por el hecho de que las dos partes, protegiendo la unidad de la organización proletaria, ponen sus desacuerdos bajo el control de los acontecimientos futuros, bajo las condiciones de la guerra actual, que asfixia a miles de hombres y gasta millones de rublos cada día y empuja a la humanidad a un abismo de salvajismo y degradación, la contradicción sobre la cuestión *a favor de la guerra o contra la guerra*, adquiere un carácter esencial de gravedad, no permite ningún compromiso y conduce fatalmente a los adversarios a campos irreconciliables.

¿Cuáles serán las relaciones de los dos grupos básicos del socialismo, los nacional-reformistas y los internacionalistas revolucionarios, cuando finalmente se separen y se tensen? ¿Cuáles serán los métodos de los internacionalistas en la lucha actual

para influir y dirigir el movimiento obrero? Estas dos cuestiones están estrechamente relacionadas, pero no son en absoluto idénticas.

El objetivo indiscutible de nuestra lucha ideológica y organizativa sigue siendo la depuración del social-patriotismo. La creación de condiciones tales que la política socialista revolucionaria pueda no sólo imponerse a la mayoría, sino también paralizar a la oposición, plantea la pregunta: ¿Cómo lograrlo?

Elementos relacionados con el Comité Organizador nos han acusado, y nos siguen acusando, de seguir una orientación divergente, tanto en la socialdemocracia rusa como en los objetivos de la Internacional. Por otra parte, los camaradas, agrupados en torno a *Sozial-demokrat*, acusan a *Nache Slovo* de “compromiso”, de no querer sacar las conclusiones necesarias frente a la lucha ideológica y política contra el social-patriotismo, conclusiones que se inclinan hacia un “cisma” organizado. Ambos cargos están fuera de lugar.

Teniendo en cuenta las experiencias anteriores de separación artificial, es decir, una separación que no resulte inevitablemente para las masas de su propia actividad política (en esto nos diferenciamos del *Sozial-demokrat*) no consideramos permisible (aquí radica nuestra profunda diferencia con los críticos del otro campo) subordinar la cuestión de la firmeza e irreconciliabilidad de nuestra crítica y propaganda internacionalista al peligro de provocar una separación organizada.

La lucha ideológica y política entre nacionalistas e internacionalistas afecta a las antiguas organizaciones: partidos y fracciones. La historia pone a prueba su unidad. Ya podemos calcular que muchos cuadros se perderán para siempre para el movimiento obrero: una parte de estos elementos criados en el mecanismo legal de la sociedad burguesa irá Dios sabe dónde, la otra será rechazada por el curso de los acontecimientos al campo de los enemigos clásicos del proletariado. Es de suponer que los comités cristianos, liberales y renegados reunirán a un cierto número de trabajadores, en las filas de los trabajadores privilegiados o entre los trabajadores más atrasados ideológicamente. Habrá elementos que, por sus vínculos con el poder burgués o la ideología patriótica, se apartarán del movimiento obrero. Sería un milagro (un milagro de la resurrección del Sudekum y del Parvus) que la socialdemocracia alemana entrara en la nueva era histórica sin sobresaltos internos. Pero no hay milagro. Todos los militantes socialdemócratas serios ven el cisma como la perspectiva más probable, tanto en la izquierda como en la derecha. Pero en lo que respecta a la izquierda, considera el hecho como una *perspectiva*, no como una *consigna*. A los internacionalistas alemanes no se les ocurre hacer del cisma un principio consecuente con su trabajo político en su lucha contra el social-patriotismo. Por el contrario, intentan por todos los medios mantenerse en los marcos de las antiguas organizaciones, empezando por la fracción parlamentaria, donde sigue Liebknecht, y la Comisión de Control, donde sigue Clara Zetkin. ¿Para qué? Para ganar el poderoso aparato de la socialdemocracia para sus objetivos. Liebknecht, que votó en contra de los créditos, no abandonó el parlamento para empujar a Rühle a votar en contra del presupuesto y llevar, con su conducta, a una treintena de diputados menos decididos a abstenerse. Monatte abandonó el Comité Sindical Francés al publicar su valiente declaración, el primer acto serio de internacionalismo en Francia. Pero Merrheim, secretario de los metalúrgicos, se mantuvo en su puesto, y ahora cuenta con los votos de ocho federaciones a su favor. Mejor aún: la organización más fuerte de las provincias, la Unión de Sindicatos del Ródano, aprobó la declaración de Monatte y le encargó que volviera al comité para explicar sus puntos de vista. Siguiendo el camino del internacionalismo, la Federación de Haute-Vienne está lejos de querer abandonar el Partido Socialista. El Partido Laborista Independiente, aunque se opone firmemente al



Partido Laborista, no ha considerado oportuno abandonarlo, a pesar de contar con su propio aparato.

Menos que nunca debemos considerar como un dogma absoluto del “internacionalismo” una limitación de su organización fuera de la vida interna de las masas, ese reservorio donde se nutre el ala internacionalista. En un momento en el que las masas aún no se han dado cuenta de las consecuencias de su sumisión al poder; en un momento en el que la conciencia internacionalista revolucionaria está realizando sus primeras conquistas sobre una nueva base, la consigna de la limitación de la organización reforzaría el núcleo de nuestros partidarios, pero no haría más que alejarla de las masas proletarias. Es una consigna de autoaislamiento. Si la unidad de la organización de clase no es el primer principio absoluto que se presenta, no es, sin embargo, una fórmula vacía. El principio de unidad expresa la necesidad de unir las fuerzas de una clase oprimida, incluso sobre la base elemental de la resistencia a sus enemigos de clase. Este principio ha sido inoculado en el proletariado por la experiencia pasada de su lucha. Ningún político serio puede considerar este estado de conciencia proletaria como una nimiedad o una carga peligrosa. Será la piedra sobre la que construyamos y nos servirá para avanzar. Los internacionalistas no deben dedicar sus esfuerzos a provocar una escisión, sino a conquistar políticamente la organización. Si la lucha contra el social-patriotismo produce una escisión, ésta debe, en primer lugar, aparecer ante las masas como una conclusión política inevitable, la única salida a esta situación; entonces la responsabilidad política debe recaer, a los ojos de las masas, sobre los que destruirán la unidad y la disciplina, es decir, sobre nuestros enemigos de clase.

Ahora, en minoría, los internacionalistas estamos firmemente convencidos de que la lógica de la situación funciona a nuestro favor, llevando a las masas a las más crueles penurias y a la desesperación. Las ilusiones patrióticas se disiparán mañana o pasado mañana, como se disipa el humo. El despertar de la conciencia de clase entre los proletarios será aún más decisivo. En estos momentos, en la minoría (no sólo entre los dirigentes, sino también en las organizaciones obreras de la [Segunda] Internacional) no dudamos ni por un momento que el mañana será nuestro, que, a pesar de la tragedia de la crisis, nuestro trabajo debe estar impregnado de optimismo. Es muy diferente con los social-patriotas, de los que una parte de los cuales ya no tienen ninguna relación con los trabajadores y otra parte están asustados por el precipicio al que están arrastrando al partido. Son inevitables transformaciones decisivas entre los social-patriotas. En la incertidumbre de su posición, la fracción parlamentaria no pudo decidir la exclusión de Liebkecht. Liebkecht tuvo mucho acierto al aprovechar esta indecisión para mantenerse como elemento crítico y progresista. Los social-patriotas, que ahora son mayoría, sienten que el terreno se abre bajo sus pies y es posible que mañana decidan separarse. Que lo hagan ellos. Su corriente está en declive, una corriente que no tiene fe en la victoria.

Ante la enorme tarea que nos corresponde a los internacionalistas, nos negamos rotundamente a someterla a cualquier criterio organizativo. Sometemos los métodos de lucha contra el social-patriotismo a las concepciones del racionalismo político. Estamos convencidos de que, si tuviéramos que definir nuestro programa en el marco de las antiguas organizaciones obreras, la escisión se consideraría irracional en la inmensa mayoría de los casos.

Estas concepciones organizadoras derivan su fuerza de una única condición fundamental: la delimitación total de los distintos puntos de vista del social-patriotismo. Si Liebkecht, temiendo la exclusión, se hubiera limitado a un lenguaje moderado, habría cometido una falta mayor que si hubiera renunciado a un debate en el seno de la fracción parlamentaria. *Nuestro criterio supremo es poder manifestar con fuerza nuestro punto de*

*vista ante la propia cara de la clase obrera.* La minoría opositora es responsable de las consecuencias de esta política sólo en medida muy limitada. No sabemos, no podemos predecir, no podemos adivinar, cuándo y en qué dirección se producirá la ruptura. Pero no tenemos derecho a posponer y atenuar nuestra lucha contra el social-patriotismo que está llevando al proletariado por el camino equivocado, ya sea por miedo o por una actitud fetichista hacia las cuestiones de disciplina. Abandonar las filas socialistas francesas y alemanas sería una estupidez (una verdadera desertión ante los trabajadores), pero sería un crimen aceptar la propuesta de Kautsky y negarse a librar en tiempos de guerra una lucha implacable y decisiva contra el socialpatriotismo.

¿Vale la pena añadir que la socialdemocracia rusa no puede presentar ninguna excepción a este respecto? En efecto: es inadmisibles suavizar la nueva contradicción que ha surgido en el socialismo, en nombre del principio de unidad de *la organización de la masa obrera*, ya que de la solución de esta cuestión depende el destino histórico de esta organización; es aún más inadmisibles debilitar o dejar en silencio los problemas que nos separan del social-patriotismo, en nombre de la conservación de la unidad de las *agrupaciones parlamentarias* que constituyen la socialdemocracia rusa. Desde este punto de vista, la declaración del Secretariado de los Emigrados, bajo la firma de Axelrod, según la cual la posición social-patriótica de *Nacha Zaria* no se dirigiría contra la lucha revolucionaria antitzarista, nos parece teóricamente falsa y políticamente peligrosa. Se pueden tener diferentes opiniones sobre los métodos de las organizaciones, como los que tuvo que emplear el OK hacia la agrupación que escribió a Vandervelde sobre su cabeza, lo que constituye un acto de importancia internacional. Pero no cabe duda de la posición adoptada por la agrupación mencionada. Esta última, al solidarizarse con Plejánov y aprovechar, gracias a la “aceptación de la guerra” de este último, el monopolio de las relaciones legales con la clase obrera, facilita la labor de desmoralización, llevando el desorden a las filas de los que se esfuerzan por adoptar una posición internacionalista.

Cuando Yonov quiere subordinar la lucha por el renacimiento de la Internacional al principio: “unidad (de los viejos partidos) donde quiera que sea, pase lo que pase”, sólo refuerza mecánicamente la posición del *Sozial-demokrat* con el método de éste: “separación pase lo que pase”. Ambos afirman un principio absoluto por encima del complicado y matizado trabajo político. No podemos cerrar los ojos ante el hecho de que la mayoría en los viejos partidos está en contra de nosotros y a favor de los social-patriotas: parece que las claves de la unidad y la disciplina las tiene esta mayoría. Si los internacionalistas se limitan voluntariamente a los marcos de la disciplina y la unidad, ponen su destino en manos de los social-patriotas. Sería una criminal falta de decisión por parte de la oposición alemana no participar, según la concepción de unidad del partido, en las conferencias internacionales y no vincularse con los socialistas de izquierda. Pero sería una ligereza injustificada declarar que debe retirarse de la organización oficial del Partido Socialdemócrata.<sup>116</sup>

(*Nache Slovo*, 15 de marzo - 6 de junio de 1915)

### ***Un año de guerra***

El año transcurrido (trescientos sesenta y cinco días y noches de destrucción mutua e incesante de los pueblos) pasará a la historia como un testimonio estremecedor de las profundidades hasta las que se hunde la barbarie ciega y desvergonzada de la humanidad.

---

<sup>116</sup> No reproducimos los artículos siguientes de esta serie pues están consagrados a una polémica pasajera y que ha perdido toda significación.

Para estigmatizar los cañones alemanes de mayor diámetro que los de la Entente, los proyectiles alemanes de mayor poder destructivo que los de los aliados, la prensa de estos últimos ha creado una definición particular: “barbarie científica”. ¡Qué magnífico apelativo! Debe aplicarse a la guerra por entero y sus consecuencias, sin distinción de gobiernos y fronteras. Todas las fuerzas técnicas creadas por el hombre para su desarrollo se emplean para destruir los fundamentos de la comunidad cultural y, sobre todo, para aniquilar al ser humano: en eso consiste esta “movilización de la industria” de la que se habla en todas las lenguas de la civilización europea. La barbarie culta se ha armado con todos los logros del genio humano (desde Arquímedes hasta Edison) para borrar de la faz de la tierra todo lo que la humanidad colectiva ha producido, colocando a Arquímedes y Edison en primer plano. Si los alemanes destacan en esta locura sanguinaria, es porque se han organizado sistemáticamente, con más eficacia que sus enemigos mortales.

Para hacer más humillante la caída del hombre, la guerra, que dispone de las riquezas de la tecnología más avanzada (como las alas de la aviación), ha sumido al hombre en las trincheras, en el barro, en un pozo negro donde reinan los parásitos, donde el soldado cubierto de piojos lleva una vida troglodita, mientras los periódicos y los políticos cuentan en varios idiomas que todo esto está al servicio de la cultura.

Habiendo surgido a gatas del oscuro reino animal, la humanidad ha demostrado un espíritu organizador en su lucha contra la naturaleza. Por medio de heroicas convulsiones revolucionarias, ha aplicado su espíritu a la construcción del poder sustituyendo la fórmula pasiva de “por la gracia de Dios” por la idea de la soberanía del pueblo y la práctica del gobierno parlamentario. Pero en los fundamentos de su vida social, de su organización económica, el hombre sigue siendo presa de las fuerzas oscuras que siempre amenazan con estallar, acumular contradicciones y lanzarlas a la cabeza de la humanidad con ocasión de las catástrofes mundiales.

\*\*\*

Europa, a la que el desarrollo capitalista arrancó de su estado provincial medieval y de su inmovilidad económica, ha creado, a fuerza de guerras y revoluciones, embriones de estados “nacionales”, más o menos grandes y vinculados entre sí por un sistema de alianzas, antagonismos y acuerdos. El desarrollo capitalista, que nunca alcanzó plenamente la unidad nacional, entró en contradicción con los gobiernos que creó y buscó una salida a su posición embarcándose en guerras colonialistas, poniendo en práctica fuera de Europa el principio de la “paz armada”. Este sistema, al que las clases dominantes se han adaptado política, económica y psicológicamente, ha conducido al monstruoso crecimiento del militarismo y ha desencadenado la guerra por la dominación del mundo, la guerra más colosal y vergonzosa que ha conocido la historia.

La guerra ya ha arrastrado a siete potencias y amenaza con arrastrar a una octava. Está arrastrando, una tras otra, a las naciones de segunda categoría (en eso consiste la labor de la diplomacia). La guerra, al ampliar sus bases, conduce automáticamente al debilitamiento, al agotamiento y a la destrucción. Enfrentando a pueblos y razas, sistemas de gobierno, principios religiosos y políticos, la guerra hace evidente que ya no es posible la existencia de gobiernos y naciones sobre la base del imperialismo capitalista.

El sistema de alianzas, tras la guerra franco-prusiana, nació del esfuerzo en asegurar un equilibrio de poder. Este sistema, al convertirse en lo que ahora se llama “la guerra de desgaste”, ya excluía una victoria rápida. La resolución sólo podía alcanzarse mediante el agotamiento gradual de uno de los antagonistas, más o menos iguales en recursos materiales y morales.

En el frente occidental, el decimotercer mes encontró las trincheras en casi el mismo lugar que en el segundo mes. Se hicieron los mismos avances de decenas de metros (en ambos lados), a costa de miles de cadáveres. En la península de Gallipoli y en el frente

austro-italiano, las líneas de trincheras se destacan como las líneas de la desesperación militar. Esta imagen se reproduce a escala provincial en el frente ruso-turco. Sólo en el frente oriental (ruso), gigantescos ejércitos, tras una serie de retiradas y avances, se mueven de nuevo hacia el este a través de la desgarrada Polonia, que cada uno de los antagonistas promete “liberar”.

Este cuadro, nacido del automatismo ciego de las fuerzas capitalistas y de la deshonestidad consciente de las clases dominantes, no nos presenta ningún indicio que permita creer en una victoria decisiva para ninguno de los dos bandos. Si las fuerzas gobernantes de Europa tuvieran tanta buena voluntad histórica como mala, seguirían siendo impotentes para resolver, por las armas, los problemas que causaron la guerra. La situación estratégica europea expresa mecánicamente el estancamiento histórico en el que se encuentra el mundo capitalista.

Si los partidos socialistas, impotentes para prever la guerra y pedir cuentas a los dirigentes, hubieran declinado toda responsabilidad y advertido a los pueblos, habrían tenido que adoptar una posición de espera (en el sentido revolucionario) previendo el inevitable giro de las masas, ¡entonces la autoridad del socialismo habría crecido! Las masas, aplastadas por su dolor y sus privaciones, habrían vuelto sus ojos hacia él como hacia el pastor de los pueblos. ¡Mirad! En el estancamiento militar, los beligerantes se aferran a las pequeñas naciones de Rumanía, Bulgaria y Grecia, como a un “estado de destino” cuyo peso inclinaría la balanza. La [Segunda] Internacional habría aparecido entonces como “enviada por el destino”, ¡y qué eco no habría encontrado su voz en la conciencia de las masas! Este programa liberador, que las secciones dispersas de la [Segunda] Internacional rota se esfuerzan en realizar en el barro ensangrentado, arrastradas por los estados mayores, podría haber sido una poderosa realidad en la ofensiva del proletariado socialista contra las fuerzas de la vieja sociedad.

Pero la historia ha actuado como una madrastra para las clases oprimidas. Los partidos que representan a estas clases contenían los primeros éxitos del proletariado, sus esfuerzos hacia la liberación total, pero también contenían toda la indecisión de estas clases, su falta de confianza en sí mismas, su espíritu de sumisión al poder. Estos partidos se dejaron arrastrar pasivamente a la catástrofe, se encargaron de ocultar la sangrienta realidad con la mentira criminal de una mitología liberadora. La catástrofe, nacida de los antagonismos mundiales, se ha convertido en la catástrofe de la [Segunda] Internacional. El aniversario de la guerra es el aniversario del más espantoso fracaso de los partidos más fuertes del proletariado internacional.

\*\*\*

Sin embargo, asistimos a este sangriento aniversario sin perder la moral, sin ningún escepticismo político. Los internacionalistas revolucionarios poseen la inestimable superioridad de examinar la mayor de las catástrofes mundiales desde posiciones de análisis, crítica y predicción revolucionarias. Hemos rechazado las gafas “nacionales”, las distribuidas por los estados mayores, no sólo gratuitamente, sino también con primas. Seguimos viendo las cosas como son y llamando a las cosas por su nombre. Hemos sido testigos de cómo, en el sangriento caleidoscopio de los acontecimientos, las viejas ilusiones han cedido el paso a otras aún más ofensivas para la verdad. ¡Y la verdad socialista es siempre revolucionaria!

El marxismo, nuestro método de orientación en el proceso histórico y el arma de nuestra intervención en ese proceso, ha resistido los golpes de los “75” y de los obuses de “42 centímetros”. Ha soportado el hundimiento de los partidos que, al parecer, se reunían bajo su bandera.

El marxismo no es la fotografía de la conciencia de la clase obrera, suministra las leyes del desarrollo histórico de la clase obrera. En su lucha, la clase obrera puede

traicionar al marxismo (en condiciones que el marxismo analiza) pero al traicionarlo, la clase obrera se traiciona a sí misma. Vuelve al marxismo a través del desorden y la desorientación, a través de dramáticas catástrofes. Vuelve a él cuando alcanza formas superiores de autoconocimiento, profundizando en las conclusiones revolucionarias más recientes.

Este es el proceso que venimos observando desde el año pasado. La lógica de la posición de la clase obrera es sacarla del yugo del bloque nacional y (¡un milagro aún mayor!) purifica muchos cerebros socialistas de los humos del posibilismo. ¡Cuán lamentables y despreciables nos parecen los esfuerzos de los partidos oficiales, a pesar de sus aparentes éxitos, en exaltar en sus conferencias el papel de la melinita gubernamental y reforzar la ilusión servil de la “defensa de la patria”, al no abandonar la senda del imperialismo!

El estancamiento de la situación militar, la avaricia parasitaria de los dirigentes de las camarillas capitalistas, el crecimiento de la reacción, el envilecimiento de las masas populares y, como consecuencia de todos estos resultados, la lenta pero irreductible desintoxicación de la clase obrera, ésta es la realidad de un desarrollo futuro que ninguna fuerza del mundo podrá frenar.

En el seno de todos los partidos de la [Segunda] Internacional se inicia un proceso que hasta ahora se dirigía contra el militarismo y la ideología chovinista, un proceso que salva el honor del socialismo y muestra a los pueblos el único camino posible de salvación bajo la consigna “hasta el final”, fórmula que hasta ahora tenía que llevar al callejón sin salida de la “barbarie científica”.

¡Servir a este proceso es el problema supremo en nuestro sangriento y deshonorado planeta!

(*Nache Slovo*, 4 de agosto de 1915)

### ***La socialdemocracia búlgara y la guerra***

La Agencia *Havas* informa que los líderes socialistas búlgaros han prometido al gobierno, dada la gravedad de la situación, no crearle dificultades. *L'Humanité*, que ya ha difundido cuidadosamente tantas pamplinas de *Havas* sobre los socialistas rusos, italianos y serbios, y añadiendo de su propia cosecha, hace un comentario indirecto esta vez preguntando de qué líderes y de qué partido se trata. Sería ingenuo ver en ello un remordimiento de la conciencia socialista: todo puede explicarse por el hecho de que la oposición intransigente de los socialistas búlgaros a la guerra está a merced de los poderes de la Entente Cuatripartita.

*L'Humanité* añade que ambas partes (los “anchos” y los “estrechos”) defienden la neutralidad. Formalmente, eso es correcto. Pero en esencia, la política exterior de los dos partidos es diferente. Los “amplios” se han acercado a la oposición rusófila burguesa. Sin hablar abiertamente de la intervención militar, propusieron un acuerdo con Serbia, para acceder, a la cola de la Entente, a la vía de las reivindicaciones territoriales “nacionales”. Los “estrechos” lucharon con la misma fuerza contra la belicosa oposición rusófila y la “neutralidad” germanófila del gobierno de Radoslavov.

¡Pero ha llegado la hora de la sangre para Bulgaria! ¿Qué “líderes socialistas” juraron lealtad a Radoslavov y a los Aliados, Austria, Alemania y Turquía? ¿No hay duda de ello! Se trata de los “anchos”, los rusófilos: Yanko Sakazov y sus camaradas. Como su política exterior no era revolucionaria, sino que servía a intereses “nacionales”, en el momento del “peligro nacional” se vieron obligados a caer de rodillas, junto con la oposición burguesa, ante el ídolo de la unidad nacional. Así, los rusófilos, los serbios y los “anchos” apoyarán al gobierno que está luchando contra Rusia y Serbia.

La situación es diferente con los “estrechos”. Como tienen una posición de clase revolucionaria, los argumentos de Parvus tienen tan poca influencia sobre ellos como los de Plejánov. Como sus convicciones opositoras no han sido inspiradas por las embajadas de Rusia y Francia, no inclinan la cabeza ante el hecho de la coalición búlgaro-alemana.

Nuestros lectores tendrán una mejor idea de la posición adoptada por los “estrechos” si se familiarizan con sus declaraciones más recientes.

En la XXI sesión, a finales de agosto, se aprobó la siguiente resolución sobre la guerra y la situación en los Balcanes.

“La germanofilia de los partidos liberales<sup>117</sup>, disimulada por la “neutralidad provisional” del actual gobierno, y la rusofilia, en cuyas aguas nadan los restos de los partidos burgueses y pequeñoburgueses desde los populistas y los tsankovistas hasta los radicales y los “anchos” (incluso) gozan de los apoyos declarados y ocultos por parte de las potencias beligerantes que utilizan promesas, presiones y corrupción; ambas (germanofilia como la rusofilia) no son otra cosa que los iniciadoras de la política de conquista de las grandes potencias hacia los Balcanes. Alimentándose en estas fuentes, las partes preparan, abierta o veladamente, nuevas aventuras, nuevas guerras en los Balcanes, que sólo pueden reducir a los pueblos a la esclavitud económica y política.”

Sobre la base de este texto y otros conceptos, el partido afirma:

“Rechazamos categóricamente cualquier participación del pueblo búlgaro en la guerra general europea, de cualquier bando que provenga, en cualquier aventura que pueda provocar dicha participación. La resolución “expresa su comunión de ideas y solidaridad con los proletarios de los otros países balcánicos”, afirma que ellos, unidos en una federación balcánica, “demostrarán ser el único factor capaz, a través de la lucha de clases, de lograr la república democrática federal balcánica.”

Leemos en el órgano del partido *Rabotnitchevsky Viestnik* del 4 de septiembre (17), bajo el título “Ante el momento fatídico”: “La camarilla capital-chovinista en el poder no quiere que el pueblo búlgaro viva en paz; no puede esperar a que sus heridas abiertas se cicatricen, después de la catástrofe de hace dos años...”

“Los socialdemócratas hemos cumplido con nuestro en la medida de nuestras posibilidades. Si no se escucha nuestra voz, si el país, a pesar de todo, es arrastrado al incendio mundial, no desesperamos... Mantenemos un espíritu de lucha inflexible y la convicción inquebrantable de que los acontecimientos sangrientos destruirán definitivamente los prejuicios y la ceguera; que con fuerzas seguras participaremos en la revolución general que liberará al mundo de la esclavitud política sangrienta y hará triunfar el socialismo. La situación actual no permite otra salida: con una crueldad cada vez mayor, las grandes potencias se preparan para prolongar la lucha “hasta el final”, y el simple sentido común no puede permitir que los pueblos esperen pacientemente, a través de los horrores de hoy, para destruirse hasta el último y perecer bajo sus propias ruinas”.

En el próximo número (5-18 de septiembre) “el fatídico momento” de la movilización liberadora dejó huellas profundas en forma de blancos impuestos por la censura.

“Nuestras reuniones [escribe *Rabotnitchevsky Viestnik*] están prohibidas, nuestros carteles y panfletos son confiscados, nuestros oradores y propagandistas son perseguidos, golpeados y arrestados, los telegramas a nuestro periódico para protestar contra el aventurerismo y exigir la paz son retenidos.”

Es plausible que la prensa socialista búlgara esté prohibida; en cualquier caso, ha dejado de llegar a nosotros, al igual que *Nache Slovo*, a quien nuestros colegas búlgaros han citado con frecuencia, ha dejado de llegar a ellos. Si por una feliz coincidencia ven

<sup>117</sup> Los partidos liberales son ramificaciones del antiguo partido de Stambulov (grupos de Radoslavov, Tonchev, Gennadiev, etc.).

estas líneas, les pedimos que crean que defendemos su honor contra las mentiras de las agencias oficiosas, las calumnias de la prensa burguesa, las acusaciones y alabanzas del socialpatriotismo, que no dudamos ni por un minuto de su coraje revolucionario y lealtad socialista, que estamos convencidos de que, al igual que ellos, ¡encontraremos un lugar en el siempre creciente impulso revolucionario!

(*Nache Slovo*, 12 de octubre de 1915)

### ***Segundo Año Nuevo***

Cuando en septiembre de 1914 se fundó en París el diario socialista ruso con el nombre de *Golos*, nadie imaginaba entonces que celebraría el Año Nuevo por segunda vez.

La guerra estalló inesperadamente (tras una larga espera), y con ella llegó la catastrófica crisis del socialismo; todo lo que era estable se tambaleó, y en medio de esta inestabilidad, un pequeño periódico ruso fundado por un reducido grupo de emigrantes rusos sin dinero, aislados de su patria, siguió existiendo en las horas más críticas de la vida de París. El diario aguantó. ¿Por casualidad? Nosotros mismos nos preguntamos si esto no es un misterio. El periódico estuvo al borde de la quiebra y... sobrevivió.

El periódico atacaba la guerra y, sobre todo, la sumisión de los socialistas al militarismo. Las “mentes cuerdas”, es decir, los filisteos, los que reducen la historia a una cuestión de contabilidad, tenían ante sí el mejor ejemplo de la “irrealidad” de nuestra posición. Por un lado, se tenía un estado poderoso que embutía miles y miles de millones en las fauces abiertas del militarismo, con la participación de todos los partidos y la patética aprobación de las más altas autoridades socialistas. Por otra parte, se tenía una pequeña banda (con un fondo de unos diez francos) que publicaba para un público emigrado necesitado. Algunos decían: “El periódico no durará. Los otros añadían: “¿Qué importancia puede tener ahora un periódico de emigrantes? ¡Pero el periódico aguantó! Se convirtió en un sector indispensable de la vida intelectual cada vez más bajo el control del socialismo internacional.<sup>118</sup>

La república se nos opuso con su censura. Querían hacernos pensar y escribir como *L'Humanité*. Mientras que el “Kaiser” era la preocupación de toda la prensa, la censura republicana nos imponía la siguiente elección respecto a los “primos” del emperador; como en el caso del difunto: o nos callamos, o hablamos bien de ellos. Tomamos la primera opción.

Nos prohibieron irritar a los ministros franceses y a los gobernantes rusos. Mejor aún: los censores tomaron bajo su protección al partido socialista y nos prohibieron hablar de la trivialidad intelectual del socialismo proclamado por Renaudel. No pudimos reproducir los discursos de los diputados socialdemócratas en la duma, durante semanas no nos atrevimos a imprimir el nombre de Zimmerwald, y en la actualidad no se nos permite publicar las resoluciones de los grupos de nuestro partido más allá de las fronteras. El periódico aparecía a menudo con toda una serie de líneas en blanco (¡y que

---

<sup>118</sup> El trabajo ha continuado: los internacionalistas franceses señalaron, en su presentación en Zimmerwald, la importancia de *Nache Slovo* para establecer vínculos ideológicos con los internacionalistas de otros países. Rakovsky afirmó que *Golos* y *Nache Slovo* -junto con *Avanti* y *Berner Tagwacht* habían desempeñado un inmenso papel en el desarrollo del internacionalismo entre los partidos balcánicos. El partido italiano conoció *Nache Slovo* a través de numerosas traducciones de Angelica Balabanova. Sin embargo, la prensa alemana citaba con más frecuencia a los dos periódicos rusos. Los falsificadores burgueses y socialpatriotas utilizaron artículos de nuestro periódico para acusar al zarismo y a la república francesa: para la oposición alemana, el órgano del internacionalismo era un hermano de armas. El hecho de que el *Nache Slovo* no se publicara en un país neutral, sino en territorio “aliado”, que estuviera sujeto a censura y luchara contra el socialismo “oficial”, tuvo gran importancia para la oposición antiimperialista.

el lector me crea!) ¡Los pasajes que salieron de los laboratorios de la censura no fueron los peores!

En todos los casos en que hubo alguna duda, el censor decidió en nuestra contra; ¡para qué ir con ceremoniales con un periódico publicado por emigrantes y... encima en ruso!

A ello se sumó la persecución abierta o encubierta de los socialpatriotas. Cansados de su largo aislamiento, amplios círculos de la intelectualidad rusa recurrieron a la guerra como medio favorable para pasar de un bando a otro. El odio de los desertores hacia *Nache Slovo* era tanto más fuerte (más venenoso) cuanto que el periódico les recordaba la profundidad de su degradación. No hubo insinuación a la que no recurriera su impotencia intelectual. A veces, verdaderas nubes de calumnia rodeaban nuestra publicación y los nombres de nuestros amigos.

Hay que añadir, por último, que no todos nuestros colaboradores del primer día nos siguieron hasta el final. La guerra se prolongó, “desencantando” a algunos socialpatriotas, pero provocando una crisis en el socialismo, cansando y asustando a algunos internacionalistas. La lucha adquirió el carácter de un asedio de larga duración. En ambos frentes enemigos, ciertos elementos se inclinaban por las conversaciones, por el acercamiento. La intransigencia de *Nache Slovo* sólo podía parecer embarazosa y peligrosa a estos semicompañeros. Si hay una guerra que debe librarse hasta el final, es la guerra contra los falsificadores nacionalistas del socialismo. Si una “paz podrida” es peligrosa y mortal, también lo es para nosotros, en relación con ese socialismo que ha capitulado tan vergonzosamente ante los gobiernos imperialistas.

Nos deseamos y deseamos a nuestros amigos la intransigencia revolucionaria en el umbral de este año, que será para nosotros el año de la continuación de la lucha. No nos acunamos con ilusiones ante la gravedad de los problemas que hay que resolver. Pero sabemos que, al expirar un año, el enemigo es más débil y nosotros más fuertes. Esto basta para justificar y reforzar nuestro optimismo revolucionario.

Feliz Año Nuevo, amigos lectores, ¡y adelante!

(*Nache Slovo*, 1 de enero de 1916)

### ***Primero de mayo (1916)***

¡Este año somos más fuertes! He ahí lo que pueden decir los socialistas internacionalistas el Primero de Mayo. Tras la catástrofe del 4 de agosto de 1914, tras el silencio de los primeros meses de la guerra, tras el debilitamiento del socialismo (al menos de eso que llamábamos socialismo hasta el 4 de agosto de 1914), comenzaron los primeros meses de desilusión, despertar y agrupamiento de las fuerzas. El Primero de Mayo del último año pudo coincidir con una época de profundo debilitamiento de la conciencia revolucionaria (y los diarios burgueses podían constatar, con un tono de menosprecio protector, la muerte de la Internacional. Este año esta satisfacción sólo es ya una cáscara vacía que se va llenando de barro. ¡Se ha celebrado la Conferencia de Zimmerwald! Sólo ha sido posible gracias al despertar de la agitación revolucionaria en todo el flanco izquierdo de los partidos oficiales y le ha dado a este proceso una bandera y las primeras formas de organización.

\*\*\*

En la sociedad, en la que la base de la vida (la producción) no está organizada, las relaciones sociales crecen a fin de cuentas a pesar de las personas; en ese sentido, la guerra no es más que la más alta expresión de la anarquía y la demencia del sistema; si, al principio, la guerra entraba en los planes muy premeditados y los cálculos de los poseedores en tanto que “prolongación de la política por otros medios”, el último año, las consecuencias de la guerra han pasado por encima de la cabeza de las clases dirigentes.



Éstas sólo se ven representadas en todos los países por nulidades, como si este hecho quisiera resaltar la impotencia espiritual de la clase burguesa ante esos acontecimientos que ella ha provocado con su actividad incontrolable pero ciega.

El proletariado constituye una fracción de esa sociedad basada en la anarquía, sociedad cuyos destinos escapan de sus manos. El socialismo preveía teóricamente la guerra y adivinaba sus consecuencias sociales en sus grandes trazos. Pero cuando la guerra estalló, ésta se les apareció a las masas trabajadoras no como un acontecimiento histórico conforme a las leyes de la Historia, no como un fenómeno político de la sociedad capitalista que le es hostil, sino como una catástrofe externa que amenazaba a la “nación”. La confusión provisional de las masas ante esta explosión sangrienta de la anarquía capitalista no le proveyó a las clases dirigentes del sentimiento de confianza en sí mismas más que el día en que se dieron cuenta de que las organizaciones internacionales proletarias, no comprendiendo el sentido de los acontecimientos, se alineaban con el poder como si se tratase de un incendio o de un terremoto, es decir de una catástrofe mecánica exterior. En esa alianza “defensiva” con el poder capitalista está contenida la mayor negación política e ideológica que jamás haya conocido la historia. Pero esta media vuelta no poseía formas ideológicas tales que le permitiesen al proletariado darse cuenta de su humillación. Los publicistas y teóricos de la Internacional hicieron todos los esfuerzos para que el sentido del socialismo descendiese hasta el nivel de su papel político. El último Primero de Mayo es un cuadro humillante de ese proceso de degradación, de caída y traición. La prensa socialpatriótica le explicó al proletariado, en todas las lenguas europeas, que el Primero de Mayo (día de protesta contra el militarismo) esta vez se convertía en día de apoteosis nacional. Esta explicación no encontró, por decirlo así, ninguna resistencia...

\*\*\*

La liberación del proletariado de los prejuicios, en primer lugar, feudales y religiosos, después liberales y burgueses, se realiza lentamente. En todas partes el socialismo se ha convertido, por la lucha obrera, en la bandera de su liberación espiritual y en el heraldo de su liberación material. Ha trasladado a su organización de clase la facultad de abnegación (¡pero con plena conciencia!) de la que daba pruebas con la religión y la patria. Pero la sociedad burguesa logró extraviar al proletariado gracias a la idea de patria. Ello se hizo a una escala y con unas formas que nadie podía prever. Después que el poder movilizase a las masas material y espiritualmente, la contramovilización internacional se desarrolló mucho más lentamente de lo que muchos de nosotros podíamos pensar, en cualquier caso, más lentamente de lo que quisiéramos. El socialpatriotismo es el agente directo de este estado de cosas pues, apoyándose en el poder y con los recursos de la mentira y el engaño, lleva adelante una lucha encarnizada por su propia conservación. Pero el motivo fundamental proviene de la profundidad de la crisis que debe madurar en la conciencia del proletariado antes de encontrar su expresión en la acción. El problema planteado al proletariado por los acontecimientos no puede resolverse más que en tanto que problema de acción. Los acontecimientos han hundido a la II Internacional, pero pueden acabar con la caída de las bases del orden burgués. Para el parlamentario y el publicista socialista, el cambio de actitud se traduce, muy a menudo, en “la no-aceptación de la guerra, pero para una clase entera, la contramovilización es un problema de *acción revolucionaria*. El pacifismo es para las autoridades socialistas asustadas por el curso de los acontecimientos una solución de pasividad atentista. Para las masas es un período de reflexión, una etapa en el camino que conduce de la esclavitud del patriotismo a la acción internacional.

\*\*\*

La contramovilización, respondiendo al problema histórico supremo, marcha más lentamente de lo que hubiésemos querido, pero su desarrollo metódico no puede dar lugar al escepticismo. El último manifiesto (febrero) de la Comisión Internacional Socialista (Berna) describe el creciente despertar de la toma de conciencia de los proletarios y señala las protestas realizadas en todos los países de Europa. ¡Somos incomparablemente más fuertes este año! A excepción de Rusia, donde el socialpatriotismo ha hecho grandes progresos en las capas proletarias, a penas despertadas por la guerra, y, se podría decir, se ha reforzado más, en todos los otros países de Europa el año pasado ha sido el testigo del debilitamiento del socialpatriotismo, de la pérdida de autoridad de sus jefes, del creciente descontento y del aumento de la oposición consciente. Jamás en la historia del movimiento obrero la dependencia del socialismo revolucionario en un país en relación con su acción y sus éxitos en otro ha sido tan visible y tan vivamente sentida como en este período de estallido de las relaciones internacionales y de desencadenamiento del chovinismo. Así se edifican los fundamentos inquebrantables de la III Internacional en tanto que organización de masas, aprestándose para una lucha decisiva contra la sociedad burguesa. ¡Nos hemos hecho más fuertes! ¡El próximo año seremos aún más fuertes! ¡Nadie ni nada podrá detener el crecimiento de nuestras fuerzas!

*Nache Slovo*, 1 marzo 1916

### ***En la lucha por la III Internacional***

Cuando Morgari visitó París en la pasada primavera, para restablecer las relaciones internacionales, ante todo le exigió a Vandervelde la convocatoria del Buró Socialista Internacional. Vandervelde le respondió con una categórica negación: “¡Mientras los soldados alemanes ocupen la Casa del Pueblo en Bélgica no es cuestión de convocar al Buró!”. “Entonces ¿la Internacional es una garantía depositada en las manos de la Entente?”, preguntó Morgari “¡Sí!” gritó Vandervelde, “Una garantía de derecho y justicia” explicó Renaudel que, del rico repertorio retórico de Jaurès había guardado algunas fórmulas para su provecho personal. Entonces, Morgari llegó a una propuesta más modesta: la convocatoria a una conferencia de los partidos socialistas de las naciones neutrales (recordemos que en aquellos momentos Italia todavía era neutral). El Presidente de la [II] Internacional formuló un categórico rechazo. Morgari, en tanto que representante del partido italiano y con el acuerdo de los camaradas rusos y suizos, comenzó los preparativos necesarios para la celebración de una conferencia internacional, a pesar y contra la voluntad de los socialpatriotas. Así nació Zimmerwald.

Un año y medio después, Huysmans entró en escena. Propuso la convocatoria del Buró Internacional. Realizó un viaje “de propaganda” a Londres y París, no encontró obstáculos por parte de los gobiernos ilustrados de las dos democracias occidentales, celebró entrevistas con los partidos oficiales y con la oposición, volvió a La Haya y declaró que no se convocaría el Buró Internacional pero que el 26 de julio se celebraría una conferencia de los partidos “neutrales”. Huysmans necesitó todo un año para apropiarse ese “programa mínimo” que Morgari había sometido a la atención de Vandervelde.

Pero este año la idea de una conferencia de los neutrales había perdido todo su sentido. En primer lugar, Italia y Bulgaria habían pasado al campo de los beligerantes. Después, en el decurso del año, se produjo Zimmerwald. Los partidos rumano y suizo participaron en Zimmerwald. En Suiza y Holanda la separación se establecía entre los socialpatriotas y los zimmerwaldianos. Si la conferencia de los neutrales se tiene que producir (no se podrá estar seguro más que de aquí a algunas semanas), solamente podrá constatar que la neutralidad no puede crear nada en común entre los internacionalistas y los socialpatriotas. Se podrá deplorar las dificultades para viajar que encontrarían los

partidos neutrales, si las vueltas del camino no los condujesen a... Zimmerwald (a algunos de ellos al menos). Cuanto más claramente se oponga el punto de vista zimmerwaldiano al de La Haya, más deprisa se realizará el viaje circular que lleva a Zimmerwald.

Huysmans expuso en su manifiesto los motivos concernientes al rechazo a la convocatoria del Buró: los partidos francés e inglés no quieren ni oír hablar de ello, menos aún de una campaña internacional en favor de la paz. “No es que no quieran la paz, explica Huysmans con un buen sentido sorprendente, sino que no quieren una paz prematura.” Y como la Internacional sigue siendo una “garantía de derecho y justicia”, Huysmans propone contentarse con una Internacional restringida a los neutrales. Después se permite dar una lección de moral a los zimmerwaldianos, “esos camaradas impacientes”, que han osado saltar por encima de las fronteras y cordones policiales y también... ¡por encima de la cabeza de Huysman! ¡Qué actitud puede ser más lamentable y vergonzosa que la de un Secretario de la Internacional recomendando paciencia y silencio a los socialistas que reanudan los lazos internacionales, y ello después de veintidós meses de guerra! Además, Huysmans considera a Zimmerwald como una intriga... rusa. (Habla de los métodos de escisión de los socialistas en ese país donde “todavía no hay democracia”). Para su espíritu burocrático limitado es necesario apoyar a Renaudel contra Longuet y Bourderon, a Scheidemann contra Haase y Liebknecht. Contra su voluntad, pero de forma más sorprendente aún, Huysmans desaprueba a los Laskin franceses y rusos que no están lejos de atribuir Zimmerwald a los manejos de Bethmann-Hollweg.

Las primeras noticias que nos llegan dicen que los zimmerwaldianos han decidido convocar al Buró, le plazca o no a los franceses e ingleses. Ignoramos con qué términos se ha formulado esta resolución, ni qué mayoría la ha adoptado<sup>119</sup>. No es una sorpresa para nosotros. Ello significa que para muchos el camino a Zimmerwald sólo es una etapa forzosa en la ruta hacia La Haya. Con otras palabras, muchos zimmerwaldianos miran el restablecimiento de la II Internacional como el problema actual. Quieren restablecerla tal y como era hasta el “malentendido” o “la catástrofe” del 4 de agosto. Algunos apoyan la idea de Haase con concepciones ideológicas. No estamos por unos ni por otros. Miramos con una total desconfianza las utopías burocráticas de restablecimiento de una organización del tipo de la II Internacional. No reconocemos más que la vía orgánicamente revolucionaria: el florecimiento y unión de grupos iniciadores, de organizaciones y partidos proletarios, sobre las bases de nuevos métodos y nuevos problemas. Más exactamente: queremos adaptar los viejos principios a las condiciones y a las cuestiones de nuestra época. Como no hacemos de la política una pedagogía para atrasados, pudimos votar *contra* la solicitud de la convocatoria del Buró. Esta resolución no nos asusta en absoluto: caracteriza el nivel del movimiento. Para que encuentren el camino que lleva a la Tercera Internacional, será necesario darles a los cuadros zimmerwaldianos la misma experiencia que tuvo que adquirir el comité central del partido italiano encarnado por Morgari. Nosotros, internacionalistas revolucionarios, conservamos la misma posición independiente y crítica hacia los internacionalistas pasivos, hacia los pacifistas y las organizaciones restauradoras que se dirigen hacia nosotros; les ayudaremos, igual que a las masas cercanas, a franquear el período de indecisión, de búsqueda, de miradas hacia atrás y de dudas entre La Haya y Zimmerwald, para desembocar en la gran ruta de la revolución que conduce al poder.

*Nache Slovo*, 10 de marzo de 1916

---

<sup>119</sup> En cualquier caso, estamos seguros que la resolución no tiene nada en común con la de Longuet-Bourderon que “aprobaba” el comportamiento de Huysmans.

### ***El aniversario de Nache Slovo***

Un modesto aniversario como el de *Nache Slovo*; sin embargo, quinientos números para una publicación al otro lado de la frontera, ¡sin duda es una fecha a celebrar! Casi coincide con la segunda Conferencia de Zimmerwald.

Lo que sucedió antes de la guerra nos parece profundamente sepultado en el pasado. La nueva historia de la humanidad comienza el 4 de agosto de 1914. Las cosas y las personas, las ideas y las instituciones, nos parecen que tienen una doble cara: una, la real, hasta la guerra; otra, la que se ha formado durante la guerra; esto se aplica, en primer lugar, a la idea y a la institución a la que está ligado nuestro trabajo y a la que están ligadas nuestras esperanzas y nuestras vidas, lo que hace que merezca la pena vivir: estamos hablando del socialismo y de Zimmerwald.

Hasta el 4 de agosto, el socialismo es la organización independiente de la clase más digna de atención y más oprimida; el socialismo es un trabajo de propaganda incansable, de oposición incesante a la opresión, a la violencia y la explotación, especialmente para esa explotación que acompaña al militarismo capitalista. Arraigado profundamente en las capas más atrasadas, interesadas en las tareas prosaicas y cotidianas, el socialismo, cimentado por el espíritu creativo e idealista de la clase joven, aparecía como un desafío a la sociedad burguesa, como el heraldo de los mundos futuros. Esta pintura del socialismo, cuyo rasgo principal era el orgullo de las masas que luchaban por un ideal, perdió sus colores y fue derrotada a la luz de la aplastante catástrofe del 4 de agosto de 1914. Los dirigentes electos y reconocidos del movimiento obrero, que habían sido elevados a un nivel tan alto a través de los sacrificios de dos generaciones de trabajadores, contrariamente a lo que habían aprendido y enseñado, se arrodillaron (en el momento de un juicio histórico) ante el poder y, en contradicción con la letra y el espíritu del programa, llamaron a los trabajadores a derramar su sangre por el capital. Estas acciones y los comentarios que las acompañaban parecían increíbles, fantásticos por la lógica misma de su extrañeza al socialismo. Sin embargo, iluminaron vívidamente el nuevo rostro del socialismo. El primer reflejo fue la incredulidad; el segundo fue la resistencia. Pero muchos aún esperaban que fuera sólo un malentendido causado por el pánico y reforzado por la prensa burguesa, que esta crisis fuera temporal, como la guerra. Fue en este ambiente que nació *Golos*, la voz de la resistencia, la protesta y la esperanza.

Pero la crisis no se detuvo; por el contrario, aumentó, adquiriendo formas más significativas y, en consecuencia, más deprimentes. A la sensación de angustia que salvó de la desesperación se sumó la necesidad de comprender las causas históricas de la crisis. Así como el marxismo nos enseñó que la guerra es sólo el producto combinado de fuerzas preparadas por el desarrollo del capitalismo de la época precedente, así también nos exige descubrir en la traición a las organizaciones obreras, la acción de las tendencias depositadas en el socialismo por las condiciones y trabajo de los años anteriores. La crítica retrospectiva y la autocrítica son condiciones esenciales para nuestra nueva orientación. Comprender solo significa “perdonar” en el quietismo común. Desde el punto de vista de la dialéctica revolucionaria, entender significa encontrar apoyo objetivo para una retroalimentación revolucionaria. No nos hemos desviado, ni por un minuto, de nuestro método y nunca hemos pensado en reemplazar, con únicamente la voluntad subjetiva, el análisis de las fuerzas objetivas del proceso histórico que se ejercen a nuestro favor y en contra. Si nosotros, los internacionalistas revolucionarios, una minoría insignificante al principio, nos atrevimos a alzar nuestras voces contra las poderosas organizaciones obreras y sus líderes eméritos, es porque hemos sacado de nuestros estudios teóricos la profunda convicción de que las fuerzas del desarrollo capitalista, que han llevado al socialismo a la derrota, inevitablemente conducirán a una extraordinaria tensión de las

contradicciones de clase, conducirán al aplastamiento implacable de las ilusiones nacionales y reformistas y terminarán en convulsiones sociales de un alcance nunca antes visto. Los últimos números de *Golos* y los primeros de *Nache Slovo* se dedicaron a analizar las causas de la guerra y a explicar las perspectivas históricas.

El colapso del socialismo oficial se hizo cada vez más sensible y profundo. No había justificación para los cálculos pasivamente optimistas según los cuales las organizaciones socialistas podían, bajo la presión de la guerra y sus consecuencias, retomar el camino de la lucha revolucionaria. Por el contrario, los partidos más influyentes de la II Internacional, luchando por su propia supervivencia, plantearon el problema: cómo actuar contra la influencia “revolucionaria” de la guerra. Al mismo tiempo que se evaluaba la teoría y la práctica social-patriótica, surgió por sí sola la necesidad de reunir a nivel internacional elementos de oposición e iniciativas revolucionarias. Este trabajo preparatorio para la primera Conferencia Internacional duró todos los meses del verano del año pasado.

Profundiza aún más la brecha entre internacionalistas y socialistas, pero revela diferencias en el campo de los primeros. En el flanco izquierdo se agrupan pacifistas e internacionalistas pasivos cuyo programa se caracteriza por la consigna: *status quo ante bellum*, el retorno a la táctica de la oposición formal dentro del país, el retorno a la II Internacional tal como era hasta la guerra y, finalmente, el retorno a las antiguas fronteras europeas (guerra sin anexiones). El internacionalismo pasivo, para el cual la guerra es un desastre externo, prefiere comportarse más diplomáticamente hacia el socialpatriotismo que hacia la expresión “provisional” del desastre externo.

Para el internacionalismo revolucionario, bajo cuya bandera lucha *Nache Slovo*, la guerra no es sólo una “catástrofe”, sino un hecho histórico que acelera nuestro desarrollo social y eleva al movimiento obrero a una plataforma superior, donde la alternativa de principio (el imperialismo o el socialismo) se coloca ante el proletariado como el problema de la acción revolucionaria directa. Desde este punto de vista, nos enfrentamos al problema de la “programa mundial”, no como una vuelta a la Europa de ayer, programa utópico y conservador que ninguna fuerza podría resucitar, sino como una programa independiente y revolucionario que la historia ha llevado a una lucha directa por el poder. La contradicción entre internacionalistas pasivos e internacionalistas revolucionarios encuentra su expresión llamativa en la consigna de la recuperación de la II Internacional (en un polo) y la lucha por la III Internacional (en el otro polo). ¡La Haya y Zimmerwald!

Bajo la bandera de la III Internacional, nuestro periódico cree que nuestra posición no tiene nada que ver con el rechazo de la herencia socialista del pasado. Sólo una valoración crítica de este patrimonio, una vez descartados todos los elementos de posibilismo y estrechez nacionalista, nos convertirá en herederos indiscutibles de la inestimable labor socialista de las generaciones anteriores, trabajo que continuaremos hasta el final. Porque la III Internacional no debe abolir la regla, sino hacerla cumplir.

Durante los preparativos de la Conferencia de Zimmerwald, *Nache Slovo* tuvo que librar una lucha ideológica contra los extremistas que, luchando sin descanso contra los socialpatriotas, buscaban garantías ficticias contra ellos en la ignorancia de las cuestiones políticas y nacionales creadas por la guerra, en la exageración de los eslóganes “la derrota rusa es el menor de los males”, “ninguna lucha por la paz, sino la guerra civil”) y se distinguieron de los otros matices del internacionalismo.

*Nache Slovo* se vio privada de la oportunidad de participar en la Segunda Conferencia de Zimmerwald. Todavía tenemos que estudiar críticamente su resolución, su popularización e interpretación. Aplicaremos a este trabajo los mismos métodos que hemos utilizado hasta ahora.

En este sentido, todo atestigua que, antes de dar a la burguesía “la última y decisiva lucha”, el proletariado necesariamente tendrá que luchar internamente durante mucho tiempo y purgar las filas del partido. Esperamos que nuestro periódico siga sirviendo a la causa del socialismo revolucionario. Contamos firmemente con la simpatía y el apoyo activo de nuestros amigos.

(*Nache Slovo*, 16 de marzo de 1916)

### ***Fechas***

Echemos un vistazo atrás. El 4 de agosto, las organizaciones proletarias, cuyo problema esencial era el derrocamiento del capitalismo, se convirtieron, de golpe, en los mejores auxiliares del poder capitalista. Los gobiernos de las naciones en guerra sólo deben a esta circunstancia el hecho de seguir en el poder. Pero la [Segunda] Internacional ha perdido más fuerza de la que han ganado los gobiernos nacionales. El profundo proceso interno está demoliendo las viejas organizaciones obreras y preparando nuevas agrupaciones de las fuerzas revolucionarias del proletariado. ¿Cuál habría sido el carácter del movimiento socialista europeo si la guerra hubiera terminado al cabo de tres o cuatro meses? (se confiaba en ello, sobre todo en Alemania). En la actualidad, es demasiado difícil especular al respecto. Pero la técnica del militarismo contemporáneo y la relación de fuerzas entre los dos bandos ha hecho desesperadamente larga la guerra: se reveló entonces el “poder” y la “adaptabilidad” de la sociedad capitalista (los socialistas son los únicos que hablan de ello); se descubrió el bloqueo del imperialismo y la incompatibilidad del socialpatriotismo con los intereses de la clase obrera. Las contradicciones del imperialismo y del socialismo sólo se revelan lentamente, porque el poder ha expropiado, en su propio beneficio, los principales órganos políticos del proletariado. Este último sólo puede formular su actitud hacia la guerra a través de la completa desorganización de sus miembros, bajo las condiciones impuestas por la dictadura militar y, este es el punto principal, contra la voluntad de sus propias organizaciones provistas de la plena autoridad de la Segunda Internacional. Era necesario mencionar todas estas condiciones históricas para dejar clara la duración del proceso al que vinculamos el futuro del socialismo.

La Primera Conferencia de Zimmerwald no pudo celebrarse hasta el decimotercer mes de la guerra. A pesar de que los participantes tenían un año de guerra a sus espaldas, representantes de importantes secciones nacionales, de Francia y Alemania (y no eran los únicos), seguían pensando que la crisis de la [Segunda] Internacional era sólo una consecuencia temporal de la guerra y que acabaría con ella. Sólo veían un propósito en la conferencia: informarse mutuamente y asegurarse el apoyo mutuo para actuar sobre sus respectivos partidos, que debían estar preparados, al final de las hostilidades, para restablecer la [Segunda] Internacional. Cada intento de contraponer la prueba de la guerra a la herencia espiritual de la Segunda Internacional, y de hacer hincapié en la táctica proletaria en la época de las guerras imperialistas, se encontró con una encarnizada resistencia por parte de los “conservadores” de buena conciencia, que veían en este tipo de crítica complicaciones en el camino hacia el *statu quo ante bellum*. La idea de una resolución planificada tácticamente fue rechazada por la mayoría, que concedió gran importancia a lo que Ledebour llamó die Vermittelungstelle (Buró Provisional de Transmisión).

Pasaron ocho meses entre las dos conferencias. Los progresos realizados durante este tiempo fueron innegables. Pero estos éxitos se lograron, en su mayor parte, en la lucha interna. Eran modestos y episódicos en lo que respecta a las masas. Los elementos revolucionarios de la Primera Conferencia [Socialista Internacional] elaboraron su táctica contando con estos éxitos. Así, mirando objetivamente la situación del movimiento

obrero, parecía que todo iba bien para la derecha, es decir, para los social-pacifistas, los internacionalistas pasivos y los “Fabius Cunctator” de la organización (contemporizadores). La Segunda Conferencia [Socialista Internacional] representó un gran paso adelante en la crítica del legado de la Segunda Internacional y en la elaboración de una concepción social-revolucionaria definitiva.

Además del manifiesto, que exigía categóricamente el rechazo al voto de los créditos militares, la conferencia formuló dos resoluciones: una de carácter táctico y programático (*La actitud del proletariado ante los problemas de la paz*), y otra, dedicada a la Oficina Socialista Internacional (Huysmans y compañía)<sup>120</sup>.

El hecho de que la resolución planificada se adoptara en Kienthal significa la ruptura con la opinión predominante en Zimmerwald. La mayoría de la Primera Conferencia [Socialista Internacional] había alegado que el problema principal no era construir los cimientos de la Tercera Internacional. Así, Márto, miembro de la mayoría de Zimmerwald, escribió en *Nache Slovo* que la conferencia había rechazado las propuestas que se le dirigían “a fin de no limitarse a emprender una campaña por la paz sobre la base de la lucha de clases y señalar los principios generales de la actividad de la Tercera Internacional.” En la Segunda Conferencia [Socialista Internacional], los mismos elementos, cuyos puntos de vista tan limitados expuso Márto, debían reconocer que el problema no consistía en la restauración del pasado, sino que era indispensable un examen crítico y la elaboración de “principios generales de actuación” eran indispensables. Es cierto que *Izvestia*, del que Márto es miembro del consejo de redacción, escribe, con aprobación, “que la Conferencia de Kienthal no parece ser y, según la mayoría de los participantes, no debe ser, una etapa en la construcción de la Tercera Internacional”. La redacción olvida añadir que en la época de Zimmerwald (viéndola, no sin razón, como una obra de “construcción de la Tercera Internacional”) se negó a la elaboración de la resolución de principios a la que, ahora, en Kienthal, se ve obligada (aunque en términos sibilinos) a saludar como un paso adelante.

¿Y la negativa de la conferencia a organizar una etapa en el camino de la construcción de la Tercera Internacional? Esta cuestión se responde en la resolución dirigida al Buró de La Haya. Ésta somete la política de Huysmans a una crítica despiadada y se niega a exigir la convocatoria de la Buró Internacional. Reconoce el derecho de las distintas secciones nacionales a solicitar dicha convocatoria. Se trata de subrayar aún más (es imposible prohibir a las secciones más atrasadas de dar un nuevo paso de asistente) que la conferencia no cree en absoluto que el camino de la Internacional pase por La Haya y que declina toda responsabilidad por la elección de este camino. Aunque Márto puede concluir (en su artículo “Kienthal” en las *Inf. Listka* de la Bund) que la resolución reconoce “la posibilidad de crear la Internacional sin ruptura con la organización”, no nos interesa esta hipotética posibilidad. Lo importante para nosotros es el rechazo práctico y combativo expresado por la conferencia de vincular el restablecimiento de la Internacional al “aparato jurídico” del Buró Internacional. Esto significa (no puede ser de otra manera) que el aparato zimmerwaldiano, que representa las únicas relaciones internacionales reales entre los trabajadores, ha resuelto el problema planteado por la “Buró Provisional de Transmisión”. Se trata de trabajar de forma independiente para fundar la Tercera Internacional, luchando directamente contra los que gobiernan la Segunda Internacional y hablan en su nombre.

---

<sup>120</sup> “La actitud del proletariado frente a los problemas de la paz. Resolución de la Conferencia de Kienthal” y “El Buró Socialista Internacional y la guerra (Resolución de la Conferencia de Kienthal)”, en nuestra serie *Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista*.

Kienthal ha destacado, en principio, la victoria del internacionalismo revolucionario. La realización de esta victoria depende del ritmo del movimiento de las masas.

(*Nache Slovo*, 6 de julio de 1916)

### ***Dos años. Europa entra en su tercer año de guerra***

Los periódicos franceses señalan que la prensa alemana ha bajado el tono, lo cual no es acertado. El bloque central no ha resuelto sus problemas en ningún frente. Pero el comentarista del *Bonnet Rouge*, al que no se le puede negar un buen juicio sobre las operaciones militares, observa con razón que los artículos tranquilizadores de la prensa francesa con motivo del segundo aniversario de la guerra adoptan un tono diferente. Incluso Hervé, cuyo éxito comercial se debía a su “robusto optimismo”, consideró imprescindible recordar que Alemania tenía sesenta y nueve millones de habitantes frente a treinta y nueve millones de franceses, y que la convocatoria de cada nueva quinta implicaba a medio millón de alemanes y sólo a doscientos mil franceses. Si la suerte de la ofensiva anglo-francesa de julio ha vuelto a desbaratar los cálculos de los necios y las profecías de los charlatanes, las cifras significativas citadas por Hervé aportan las correcciones indispensables a la teoría pasiva del agotamiento del material humano en Alemania. ¡Por supuesto!, las reservas inglesas y rusas de hombres hacen que los críticos militares de la Entente sean optimistas. Pero esto puede contrastarse con la innegable superioridad técnico-industrial de Alemania. La escasez de productos alimenticios en Alemania era inequívoca y dio lugar a severas medidas de racionamiento. Pero esta reglamentación protege a Alemania de cualquier sorpresa por ese lado. Al mismo tiempo, vemos en Rusia decenas de ciudades sometidas a racionamiento. Pero este sistema tiene todos los defectos de su equivalente alemán, sin tener sus cualidades.

“No hay que ser un fanfarrón ni un optimista desenfrenado [dijo Ribot en la primavera de este año] para ver que la paz está cerca.” Desde esta declaración, han pasado más de cuatro meses, y *Le Temps* habla, en un artículo, del “jubileo” de la paz francesa que concluirá en 1917. Así que tenemos el anuncio no oficial de que una segunda campaña de invierno es inevitable.

En Alemania, la desesperante prolongación de la guerra no provocó el arrepentimiento de los beligerantes, sino todo lo contrario. La polémica en torno a la cuestión de las anexiones indica claramente el temor de los dirigentes a volver a casa con las manos vacías. Se podrían traducir muchos artículos no oficiales de la prensa alemana al francés, y viceversa.

El poder del dominio capitalista subyugó a amplios círculos socialistas y golpeó con un pesimismo estéril a muchos elementos que no se planteaban formalmente como enemigos de clase. El aparato que debía expresar la voluntad de la oposición, el partido socialista y los sindicatos, está completamente colapsado. Pero este colapso demuestra el profundo proceso interno de las masas. ¿Existen ejemplos del pase de las organizaciones obreras al social-patriotismo? No conocemos ninguno. El proceso inverso se puede observar en todos los lados. Según Hegel, llega un momento determinado en el que se produce “la ruptura de la graduación”, lo que llamamos *catástrofe*. En el proceso se producirán inevitablemente rupturas catastróficas bajo la influencia directa del acontecimiento más catastrófico, la guerra mundial.

(*Nache Slovo*, 4 de agosto de 1916)

### ***Conferencia de los neutrales... conferencia de las sombras***

De la conferencia socialista de los partidos “neutrales” no se podía esperar ni una acción decisiva ni nuevas ideas. Al igual que sus gobiernos, que no se atreven a levantar



la voz ni a protestar, los partidos socialistas de las naciones neutrales, después de la Conferencia de Copenhague, se convencieron de su impotencia, y soportaron la ruptura de las relaciones internacionales como sus estados soportan la guerra, es decir, deambulando entre los grandes “socialistas” y llevando, al amparo de la bandera neutral, el contrabando político, ya sea a favor de Alemania o a favor de Francia. En un sentido político, los partidos socialistas neutrales no son más que un reflejo de los partidos de las grandes potencias, pero a escala provincial. Ni el sueco Branting ni el holandés Troelstra, que siguen una política puramente social-patriótica y virulentamente hostil hacia Zimmerwald<sup>121</sup>, marcarán una época en la historia del socialismo. Pero la total dependencia de los partidos alemán y francés, a su vez dependientes de sus gobiernos, dio a la conferencia la posibilidad de convertirse en un hecho diplomático internacional. Todas estas personas viajaron, no para abrir una campaña contra la guerra, sino para preparar el terreno para el restablecimiento de los vínculos diplomáticos entre los socialistas gubernamentales de los dos bandos en guerra: es decir, para tantear el terreno para la apertura de las conversaciones de paz.

Hace dos meses, la censura no nos permitía (¿nadie se pregunta por qué?) hablar del “plan” Huysmans, que consistía en lo siguiente: establecer sucesivamente tres conferencias (“de los neutrales”, “de los aliados”, “de los centrales”) y darles la posibilidad de votar tres resoluciones idénticas: una paz rápida sin anexiones, la restitución de Bélgica y Serbia; el derecho de autodeterminación, la libertad de comercio, el reconocimiento de la deuda nacional y (¡comprensiblemente! ) la condena de Zimmerwald; después, sólo quedaría que Huysmans y Troelstra constataran que todos estaban de acuerdo en los puntos fundamentales y que ya no había ningún obstáculo para la convocatoria del Buró Internacional (lo que significaba la apertura extraoficial de las conversaciones de paz). Los longuetistas, que veían a Huysmans como el mesías de la [Segunda] Internacional, y la mayoría del Partido Socialista Francés aprobaron el “plan” y el proyecto de conferencia, aunque dándose cuenta de la irrealidad de dicha conferencia.

Es obvio que las partes neutrales, cuya conferencia es la primera etapa del “plan”, tienen sus propios puntos de vista y objetivos. La prolongación desesperada de la guerra plantea el peligro de una intervención de las naciones beligerantes o de un intento “aventurero” del gobierno. Por lo tanto, las naciones neutrales trataron de detener la guerra mediante la diplomacia socialista. Además, Branting libraba una batalla sin cuartel con los partidarios de Hoeglund, mientras que Troelstra se enfrentaba al Grupo Roland-Holst y a los “tribunistas”.

En la lucha con los zimmerwaldianos, que se apoyan en sus conexiones internacionales, a los socialpatriotas les es esencial tener para sí la autoridad de la Segunda Internacional. Pero los objetivos independientes de los neutrales están obviamente subordinados a su política hacia los beligerantes.

La prensa francesa destacó el hecho de que la socialdemocracia alemana haya sido invitada a la conferencia. La dirección del partido francés no aceptó la invitación y la prensa calificó la conferencia como una intriga de Bethmann-Hollweg, a pesar de que se escucharon muchas voces francófilas que se expresaron en la resolución, mientras que no se escuchó ni una sola voz germanófila, al menos no una voz claramente declarada... La minoría longuetista no tuvo el valor de enviar mensajes de simpatía: para no romper los marcos de la legalidad, para no causar dificultades a la mayoría y, sobre todo, para no ceder ante Scheidemann y sus amigos.

Al estar compuesta por neutrales, la conferencia no podía consolarse buscando a los “culpables”. ¡Qué lamentable y mezquino es venir a anunciar al proletariado, después

---

<sup>121</sup> Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista, serie en estas mismas EIS.

de dos años de guerra, que Guillermo y Francisco José sufren de megalomanía y no respetan los tratados! La conferencia debería haber tomado lecciones de Zimmerwald y haber reconocido al imperialismo como la causa principal de la guerra (lo que hizo), pero lo hizo reduciendo esta afirmación a la nada, entronizando la “libertad de comercio como camino hacia la paz”: ¡como si el imperialismo se viera avergonzado por los principios aduaneros y como si pudiera ser derrocado quitando el proteccionismo!

Tras reconocer que los imperios centrales habían dejado atrás una época de victorias, Troelstra subrayó la desesperante prolongación de la guerra y la aversión de cualquiera de los dos bandos a ganar: concluyó (y la conferencia con él) que era esencial “preocuparse” en poner fin a la guerra. Por el contrario, Branting creía que las potencias de la Entente toman lo mejor; quería iniciar conversaciones de paz serias. Coincidiendo con Branting, la conferencia señaló que los poderes mencionados habían sido atacados. Así, equilibrando su “neutralismo” entre los dos bandos, los diplomáticos neutrales intentaron ganarse el corazón de Scheidemann y Renaudel, a quienes ofrecieron intercambiar opiniones sobre Alsacia-Lorena.

¿Qué pueden significar las “reflexiones” de los neutrales, cuando no deciden el destino de las provincias conquistadas y no conquistadas? ¿Qué pueden significar sus juicios sobre la guerra, cuando son otros los que la hacen? ¿Están los social-patriotas de los países en guerra a punto de practicar una política independiente en defensa de sus “resoluciones” internacionales? No. ¿Lo exigen los social-patriotas de los países neutrales? No. ¿Qué pueden significar las resoluciones de la Conferencia de La Haya? Ya hemos respondido a esta pregunta; estas resoluciones son tan importantes como una pompa de jabón. No son una llamada a la batalla, sino prudentes peticiones a los gobiernos beligerantes a través de los social-patriotas neutrales y de los países en guerra; *¿no es este el momento?* Las sombras no tienen existencia propia, pero a partir de ellas se pueden juzgar los movimientos del cuerpo.

La socialdemocracia alemana saludó a la conferencia. Es un síntoma. La prensa burguesa francesa la atacó furiosamente. Esto es un síntoma. Pero *L'Humanité*, la mala conciencia encarnada en el ámbito de la información, publicó un relato detallado y, al parecer, sincero de la conferencia. La prensa burguesa atacó a Renaudel, exigiéndole comentarios puramente franceses. Pero éste no lo hizo y publicó íntegramente el pasaje del discurso de Troelstra, en el que subraya que la prolongación de la guerra sólo aumenta la influencia internacional del zarismo. Esto es un síntoma. ¿Cuál pues? ¿Nuevos alientos en las alturas gubernamentales? O una pérdida de equilibrio en las altas esferas del socialismo francés, que considera oportuno mantener abierta la puerta de La Haya. Sólo podemos permitirnos hacer conjeturas. Todo el ámbito de la conferencia de los neutrales equivale a una especie de conjeturas, a planes, a medidas a considerar. Este es el veredicto más despiadado de esta conferencia “neutral” en la sombra.

(*Nache Slovo*, 20 de agosto de 1916)

## IX. Socialpatriotismo ruso

*Hemos reunido aquí artículos dedicados a la formación política y orgánica del socialpatriotismo ruso, más precisamente al renacimiento del grupo básico menchevique en el estado mayor del socialpatriotismo ruso. Los comités de industria de guerra demostraron ser el eje de la agrupación social-patriótica, por lo que gran parte de los artículos están dedicados a la participación de los obreros. Elegimos los artículos que se concierne particularmente a los estadios de este proceso, pero no hemos podido evitar las repeticiones. Para eliminarlas habría sido necesario rehacer completamente los artículos, lo que no entraba en nuestro planteamiento.*

*Los artículos cubren el período de mayo de 1915 a octubre de 1916.*

### *Axelrod y el socialpatriotismo*

En su entrevista sobre los temas fundamentales de la crisis socialista, Axelrod toma posiciones que difieren de las de nuestro periódico. Consideramos esencial examinar estas cuestiones, a la espera de un estudio más detallado en nuestra publicación.

Estamos de acuerdo con Axelrod cuando habla de los profundos cambios internos y externos que han tenido lugar en las antiguas agrupaciones del socialismo europeo.

Por lo tanto, nos parece tanto más incomprensible que reproche a los internacionalistas rusos por librar una lucha ideológica despiadada, creando así el proceso de formación de nuevos grupos para responder a los problemas del momento. Axelrod podría ser aprobado si atacara la metodología del “cisma” que obstaculiza la autodeterminación ideológica del proletariado socialdemócrata. Pero va más allá y, en nombre de la lucha contra las escisiones causadas artificial o prematuramente, aprueba el espíritu de conciliación que se niega a resolver las cuestiones que separan a los internacionalistas de los socialpatriotas, porque las considera susceptibles de disolver inevitablemente las antiguas organizaciones rusas. Pero aquí, sin embargo, consideramos que la estimación del inmenso peligro que representa el patriotismo social para el movimiento obrero ruso es defectuosa. Es cierto que las condiciones en Rusia no favorecen la difusión de ideas socialpatrióticas entre las filas del proletariado, pero, si no luchamos despiadadamente contra las tendencias desmoralizantes, existe siempre el peligro de que las masas se envenenen con el escepticismo desesperado hacia los ideales del socialismo y los métodos del marxismo revolucionario. Huelga decir que tal resultado dificultaría el trabajo en Rusia desde el punto de vista de las tácticas revolucionarias, de las que habla Axelrod. La valoración errónea del peligro del socialpatriotismo aparece de forma llamativa en el documento firmado por Axelrod en la Conferencia de Copenhague, en el que parece que la posición adoptada por el grupo de autores de la respuesta a Vandervelde no conduciría al cese o al debilitamiento de la lucha contra el zarismo. Después de la “salida” de la дума de Mankov, que tenía como única conclusión posible la posición de Plejánov y *Nacha Zaria*, no se puede negar que conduce no sólo a la nacionalización de la socialdemocracia rusa, sino también a la extinción total de su espíritu revolucionario.

Las esperanzas de Axelrod de que Plejánov vuelva a su posición revolucionaria podrían no importar si estas esperanzas se basaran únicamente en la estimación de las

capacidades individuales de Plejánov para hacer esta inversión. Pero, ante la confusión provocada por el patriotismo en el movimiento obrero, protestamos contra cualquier intento de evaluar el comportamiento político de Plejánov y de los socialistas franceses, con los que se ha mostrado solidario, con una unidad de medida diferente a la de los socialdemócratas alemanes. Aunque Axelrod ha sido más conciliador con los socialistas franceses que con los socialistas alemanes, aunque estudie Plejánov desde un punto de vista no ruso, sino con una “orientación” francesa, consideramos esencial repetir aquí que ni las consideraciones de principio ni los estudios sobre la lamentable actividad del socialismo francés pueden permitir tales diferencias en los juicios elaborados sobre ambas partes.

Se diría que Axelrod, al expresar la esperanza de que Plejánov vuelva a una posición revolucionaria después de la guerra, invita a los internacionalistas a moderar sus ataques contra Plejánov. Axelrod ignora el hecho esencial (aunque se expresa perfectamente sobre este tema en otra ocasión) de que los grupos que deben determinar el destino del socialismo durante muchos años se están formando actualmente sobre la base de su actitud hacia la guerra. Plejánov puede volver a su posición de marxista revolucionario (puede que no lo haga), esto no le impedirá asestar golpes despiadados a esta posición, lanzar la confusión en las filas obreras, y, con su conducta, como la de *Nache Dielo*, con quien se ha comprometido definitivamente, nos imponga una oposición implacable.

“Las tácticas del internacionalismo y del nacionalismo, tal como este último ha surgido durante la guerra, son mutuamente excluyentes, hasta el punto de que su presencia en el mismo partido es completamente imposible.” Esta declaración, al principio de la entrevista de Axelrod, nos parece decisiva. A la luz de esta afirmación, una estimación moderada del patriotismo social ruso nos parece incomprensible.

La crítica de Axelrod a nuestro plan de conferencia contiene, además de simples malentendidos, diferencias en la estimación de los problemas internos del partido. Llegamos a un completo malentendido cuando Axelrod escribe que tenemos la intención de excluir a los miembros del partido al no invitarlos a la conferencia. Habíamos previsto una conferencia restringida, no para todo el partido; los internacionalistas tienen derecho a reunirse entre ellos para presentar sus puntos de vista sobre el movimiento obrero ruso. Si Axelrod ha demostrado que los partidarios de un partido obrero tienen derecho a celebrar sus propias conferencias, con muchos más motivos este derecho debe ampliarse a los miembros de un grupo internacionalista en un momento crítico. No es sólo su derecho, es su deber. Para que la delimitación inflexible del socialpatriotismo en todos los grupos (insistimos en ello) no vaya acompañada de caos dentro del partido, debe desarrollarse la unión espiritual y activa de los internacionalistas de todos los grupos. Esta unión es la condición esencial para el renacimiento y el éxito de la actividad socialdemócrata revolucionaria en Rusia.

(*Nache Slovo*, 16 de mayo de 1916)

### ***Intervenciones comunes con los socialpatriotas (Sobre la “carta de Mártoov”)***

Mártoov tiene toda la razón cuando afirma que la redacción de *Nache Slovo* no apoyó la decisión de prohibir a sus miembros participar en cualquier actividad literaria en *Nache Dielo*, órgano de combate del socialpatriotismo ruso. Esto es tan cierto como cuando Mártoov declaró en una reunión de redacción su intención de luchar contra el socialnacionalismo en las columnas de *Nache Dielo*. Si se hubiera podido lograr, tal “colaboración” habría sido para Mártoov la oportunidad de aprovechar su situación en la facción menchevique e introducir en el periódico una tendencia hostil a esta última.

Creemos que este plan es prácticamente imposible de implementar. No dudamos de que el patriotismo social está protegido contra los ataques de MártoV por la censura; tememos que el mero hecho de la “participación” de MártoV sólo sirva para el camuflaje del periódico, por un lado, y, por otro, de que la mayoría de los redactores, elementos sin principios y simples intermediarios, no le ocultaría a MártoV la negativa a esta “colaboración”, que sólo debería ser la transferencia de la lucha a territorio enemigo. Si la redacción no hubiera respondido negativamente a esta participación, que todavía estaba en forma de proyecto, y no hubiera hecho recaer la responsabilidad sobre MártoV por ello, estamos convencidos de que MártoV habría tomado todas las medidas necesarias para que sus artículos no pudieran ser interpretados como “una manifestación político-literaria conjunta con los socialpatriotas”.

Nuestra redacción se niega absolutamente a aceptar esta actitud. Todos los ejemplos y conceptos expuestos en la carta de MártoV no pueden, en modo alguno, influir en nuestro comportamiento. Debemos deplorar el hecho de que MártoV, “con poca preocupación” por “colaborar con patriotas no socialistas”, complique la cuestión que se nos plantea, la de colaborar con la prensa burguesa: *Viestnik Evropyi*, *Russkoe Bogatstvo*, *Kievskaya Mysl*, etc. En realidad, se trata de dos cuestiones diferentes y su convergencia sólo puede distorsionar el juego y destruir la posibilidad de cualquier criterio.

La participación de un socialista en la prensa burguesa, cualesquiera que sean sus desventajas, no supone por sí misma ninguna confusión en las relaciones políticas. El Partido Socialdemócrata se ha separado hace tiempo de los partidos burgueses y de la prensa burguesa “sin partido”. Aquí, la línea de demarcación está claramente definida. La colaboración de un socialista con la prensa burguesa no vincula al partido. Nadie saca conclusiones de lo que “un socialista” puede escribir en un periódico burgués. En la medida en que esta colaboración pueda ser objetiva, especialmente en Rusia, el partido sólo puede exigir que la colaboración esté rodeada de sólidas garantías: un socialista no puede colaborar en un periódico que ataque violentamente a la socialdemocracia; un socialista debe firmar sus artículos que no aparecen en la publicación burguesa; un socialista no debe criticar a su partido en un periódico burgués.

Es muy diferente con un órgano de tipo *Nache Dielo*. El socialnacionalismo es una corriente que se originó en la socialdemocracia. Consideramos que esta corriente es peligrosamente mortal para los intereses históricos del proletariado. Dentro del movimiento obrero y de la socialdemocracia, llevamos adelante la lucha contra el socialnacionalismo. Pero el trabajo que estamos haciendo no está claro para las masas. Para éstas, la demarcación no está clara. En estas condiciones, cualquier manifestación conjunta con los socialpatriotas, cualquier colaboración de los internacionalistas en los periódicos socialnacionalistas, sólo puede causar problemas en las mentes, frenar el necesario y salvador proceso de diferenciación, obstaculizar la vigilancia revolucionaria de los obreros avanzados.

Es perfectamente correcto que nuestro periódico “no abogue por el cisma de ninguna manera”. MártoV concluye formalmente, en un axioma irrefutable, que *Nache Slovo* “considera, en principio, que el trabajo conjunto con los socialpatriotas es perfectamente admisible”. ¿Qué significa esto? No exigimos el cisma sólo muestra que nuestro trabajo y el de los socialpatriotas puede hacerse *simultáneamente* dentro de los marcos generales de las organizaciones. Pero esto no equivale en absoluto a “una tarea política común”. Por el contrario: los internacionalistas permanecen en las organizaciones sólo para oponer su trabajo al de los socialpatriotas y obligar a las masas a hacer su elección. Pero si esta convivencia está dictada por la preocupación por la lucha por la influencia, no hay necesidad de colaborar en publicaciones socialpatriotas e internacionalistas al mismo tiempo, que sólo pueden ser armas para las dos tendencias

opuestas. Debemos luchar contra el enemigo “interno” sobre una base común, pero no con armas comunes. Bajo ninguna circunstancia reconocemos haber publicado “declaraciones políticas comunes” cuando *Golos y Nache Slovo* dieron refugio en sus columnas a artículos de Deutch, Leder, Troianovsky y otros socialnacionalistas. Si la redacción ha permitido que se publiquen de vez en cuando artículos sociopatrióticos, no es por el bien de la “acción común”, sino para demostrar claramente, a través de los testimonios más llamativos, la incompatibilidad de posiciones: en una palabra, para demostrar la imposibilidad de las “manifestaciones comunes”. Sólo puede establecerse mejor por las siguientes circunstancias: estos hechos, que fueron bastante numerosos durante el primer período de la existencia de nuestro periódico, cuando la hostilidad de las tendencias estaba todavía en su primera etapa, desaparecieron completamente en el siguiente período, cuando las posiciones fueron finalmente establecidas. La referencia de MártoV a nuestra aceptación de publicar un artículo de Parvus, “escrito para justificar su posición como patriota alemán”, es la mejor ilustración de nuestras afirmaciones: nadie puede discutir que si pretendíamos publicar este artículo (con una respuesta adecuada, ¡por supuesto!) no fue con el propósito de una manifestación conjunta. Pero, por otro lado, es muy instructivo que este artículo se haya sido retenido durante cinco... meses. Los motivos para mostrar, aunque sólo sea ocasionalmente, “un poco de espíritu de hospitalidad” a los socialmilitaristas que llaman a nuestra puerta, han desaparecido. Ahora tenemos aun menos razones para llamar a su puerta. La cita de MártoV sobre el artículo de Parvus nos da la oportunidad de anunciar una decisión, sobre el mismo Parvus, tomada a principios de agosto por iniciativa de MártoV. Se trata del “Instituto de Investigaciones sobre las Consecuencias Sociales de la Guerra”, creado por Parvus en Copenhague. El organizador de la empresa había invitado a algunos internacionalistas rusos. MártoV propuso a la redacción que cualquier trabajo con este instituto se considerara inadmisibles; y la redacción votó unánimemente a favor de esta decisión. No es que le diéramos al instituto otro propósito que el de archivar y clasificar documentos, por el contrario, todo lo que sabíamos sobre este establecimiento no era de naturaleza que levantara sospechas. MártoV explica que se guiaba por concepciones políticas: aunque la ayuda por parte de los internacionalistas estaba desprovista de cualquier motivo político oculto y sólo tenía un propósito irreprochable, aumentaría la autoridad política de Parvus y sería explotada en beneficio de la propaganda socialmilitarista.

Creemos que estas concepciones son perfectamente válidas. Si nos preocupamos para no ayudar a un socialmilitarista en una empresa no política, debemos tener el doble cuidado de no ayudar directamente a los socialpatriotas para que no parezca que caminamos lado a lado a los ojos de las clases trabajadoras.

No debemos olvidar que no estamos en el primer mes de la guerra, ni siquiera en el quinto, sino en el decimoquinto. El tiempo de las discusiones académicas con Maslov y Levistsky sobre el tema de la “defensa de la patria” ha pasado. El internacionalismo debe ser y será el lema de nuestra acción. En una conferencia internacional firmamos solemnemente el compromiso de librar una lucha implacable contra aquellos que “ante las masas trabajadoras, ante su presente y su futuro, han asumido la responsabilidad de esta guerra, sus objetivos y métodos”. Esas palabras comprometen. Podemos y debemos abandonar a su suerte a aquellos publicistas y “guías” que los acontecimientos de la guerra no pudieron decidir a liquidar su socialpatriotismo. Los problemas del internacionalismo y del socialpatriotismo se han hecho públicos y requieren una respuesta clara, precisa y definitiva. Si colaboramos con los socialpatriotas en sus periódicos, ya no podremos escribir que el socialpatriotismo es el enemigo mortal de los intereses de las masas, ¡y debemos proclamar esta verdad! Debemos asegurarnos de que podemos gritar esta verdad a las masas. Para tener éxito, debemos cerrar *nuestras* filas, fundar *nuestros* periódicos,

construir *nuestras* bases para la acción revolucionaria. Este es el deber supremo de *Nache Slovo*.

(*Nache Slovo*, 19 de noviembre de 1915)

### ***La colaboración con los socialpatriotas (Respuesta a Márto)***

Márto es reacio a colocar la cuestión en el campo de la concordancia política, tratando de atraerla al campo de la casuística formal y de numerosas analogías, y más que cuestionables.

Es perfectamente cierto que hace un año, cuando la demarcación entre internacionalistas y socialpatriotas todavía estaba en la primera fase, el equipo de redacción de *Nache Slovo* tomó la decisión, correcta o incorrecta, de no suprimir la norma preventiva: era inaceptable colaborar con *Nacha Zaria*. Durante los doce meses siguientes, la redacción no tuvo la oportunidad práctica de volver sobre esta cuestión: Márto se preparaba para colaborar con *Nacha Zaria*, se abstuvo, mientras que Berr nunca nos informó de su intención de acompañar a Márto. Nunca se trató de la cuestión de temer que un internacionalismo no menchevique encontrase una oportunidad favorable para cubrir los periódicos de Potriesov, Maievsky y Levitsky con el crédito del partido.

Márto “no contó” los que éramos hostiles a su participación en *Nacha Zaria*. Y, ¡qué demonios! ¡No es demasiado tarde para hacerlo! Si Márto se toma en serio el asunto, se convencerá de que son muchos: en primer lugar, los leninistas, a los que no se debe descartar cuando se habla de las relaciones entre internacionalistas y socialpatriotas, los internacionalistas no fraccionalistas e internacionalistas mencheviques-revolucionarios, que, afortunadamente, son muchos, y a los que las iniciativas de Márto sólo pueden entristecer. A este último le sería más fácil contar a sus partidarios. Cuanto más calcule, más fácil será resolver su problema.

Pero Márto quiere que creamos que *Nache Dielo* ha dejado de ser el hogar espiritual del socialpatriotismo debido a algunos cambios administrativos, que no son muy marcados. El periódico es declarado “discusionista”<sup>122</sup>. No vamos a repetir que es inaceptable pensar en una convivencia “discusionista” con los que luchan abiertamente contra la socialdemocracia. Pero nos preguntamos: ¿dónde está la discusión en un periódico abierto al debate? Tomemos a *Nache Dielo*; vemos cuáles son sus ramificaciones periodísticas: *Rabochoe Utro* de Petrogrado, *Nach Golos* de Samara, y tenemos ante nosotros a los periodistas, los artículos, las ideas que le marcan al periódico su línea política. Y decimos: *Nache Dielo* es el foco principal de la propaganda socialpatriótica en Rusia. Sólo podemos encogernos de hombros cuando Márto intenta disipar nuestra inveterada desconfianza hacia *Nache Dielo*, el periódico menchevique. ¿Es necesario que nos basemos en la última resolución de los mencheviques revolucionarios de Londres, que confiamos en que no experimenten ningún odio hacia los periódicos mencheviques, pero que exigen una lucha implacable contra *Nache Dielo*, poniéndolo al mismo nivel que Plejánov? Márto<sup>123</sup> sólo tiene que explicar a los lectores de *Nache Slovo* que los mencheviques de Londres sólo recibieron las notas de *Nache Dielo*, pero no las noticias sobre el cambio salvador en la redacción.

<sup>122</sup> Señalemos al respecto que también se declara “discusionista” al diario patriótico caricaturesco de *Deutsch* en Nueva York.

<sup>123</sup> “El grupo invita a todos los partidarios del proletariado internacional a combatir implacablemente a los socialpatriotas (Plejánov, *Nache Slovo*, etc.) que ahogan la conciencia revolucionaria de los trabajadores y les cortan el camino que lleva a la resolución de los problemas revolucionarios y al cumplimiento de su misión histórica”. (Extracto de la resolución del Grupo de Acción de Londres del Partido KD.)

Debemos llamar la atención de todos los mencheviques revolucionarios sobre el hecho de que, al escribir acerca de nuestro comentario sobre *Nache Dielo* sobre que es hostil al menchevismo, Mártoov, a diferencia de lo que ha hecho hasta ahora en *Nache Slovo*, identifica al menchevismo y a los socialpatriotas. Nos atrevemos a afirmar que al formular franca y directamente la pregunta sobre *Nache Dielo*, estamos prestando un verdadero servicio al menchevismo revolucionario, y en particular a nuestra fracción parlamentaria. Mártoov, por otro lado, empuja al menchevismo hacia los socialpatriotas a través de su política de abandono y asfixia. ¡Camaradas mencheviques! ¡Recuerden las elecciones de Petrogrado!

En vano, Mártoov complica la cuestión hasta el punto de hacerla indescifrable citando los ejemplos de Ledebur; Hoffmann y Merrheim... Por nada del mundo somos alquimistas que tenemos al cisma por piedra filosofal.

Hemos explicado varias veces que la cuestión de las formas de organización de la lucha de los internacionalistas para ejercer su influencia sobre el proletariado no es una cuestión de principios, sino que está totalmente subordinada a las concepciones políticas de la racionalidad. No tenemos soluciones organizativas que sean válidas en todos los países y en todas las circunstancias de la vida. Pero sabemos y proclamamos que, dada la preponderancia de los internacionalistas en el movimiento obrero no estructurado, el número de elementos indecisos e indeterminados para los cuales la autoridad del partido todavía tiene gran importancia, la importancia excepcional de la prensa, el trabajo de desintegración llevado a cabo por los socialpatriotas, la colaboración de los internacionalistas con los periódicos socialistas, en realidad ficticia o semificticia, los nombres de los internacionalistas servirán para atrapar a los lectores indecisos o a aquellos que no se dan cuenta de la situación. La posición de Mártoov sería más fuerte si hubiera publicado un artículo en las columnas de *Nache Dielo* invitando a los trabajadores a dar la espalda a los Potriesov, Levitsky, Maslov, Chevanin, Gorky, etc., que son mortalmente hostiles a los intereses del proletariado. Pero tememos que los trabajadores buscarán semejante artículo en vano. Todo lo que han visto hasta ahora es el nombre de Mártoov rindiendo testimonio de que nunca ha visto una hostilidad mortal entre sus ideas y las de *Nache Dielo*.

\*\*\*

La defensa de una situación desesperada lleva a Mártoov a una interpretación del significado del manifiesto de Zimmerwald que consideramos nuestro deber refutar categóricamente. Hemos dicho que en Zimmerwald nos hemos comprometido a una lucha implacable con los socialpatriotas que, en palabras del manifiesto, “han aceptado ante la clase obrera compartir con las clases dirigentes las responsabilidades actuales y futuras de esta guerra, de sus objetivos y de sus métodos”<sup>124</sup>. La forma despiadada en que el manifiesto estigmatiza a los socialpatriotas subraya nuestra participación en la lucha contra aquellos que “se burlaron de los congresos internacionales”, “llamaron a los trabajadores a suspender la lucha de clases”, “votaron los créditos de guerra”, “se pusieron al servicio de los gobiernos”, “proporcionaron ministros a los gobiernos como rehenes de la “Unión Sagrada”, etc.”. Esto es lo que dice el manifiesto. Pero, grita Mártoov, la obligación de luchar sin piedad contra los socialpatriotas “¿no está incluida en ninguna línea del manifiesto!” ¿Qué sentido tiene para los trabajadores esta condena despiadada de los socialpatriotas? ¿No significa esto que los trabajadores deben expresar su desconfianza hacia cada uno de los diputados que votan a favor de los créditos y exigir

<sup>124</sup> *Manifiesto de Zimmerwald (Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald)*, página 2 del formato pdf, en nuestra serie *Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*.



su dimisión, imponer la retirada de los ministros o la retirada de sus mandatos por parte del partido? ¿Está Mártoov tan convencido de su posición que no puede sacar estas conclusiones? Esto le concierne. Pero nuestra participación en la Conferencia de Zimmerwald nos impone el deber de luchar contra los socialpatriotas, especialmente los de Rusia y, en consecuencia, contra aquellos cuya colaboración es posible, según Mártoov, en las redacciones voluntariamente “coalicionistas”.

Estos son nuestros ataques “apasionados y fraccionalistas”, cuyas consecuencias, según Mártoov, “obligan a la mayoría de los mencheviques a mantenerse alejados de *Nache Slovo*”. Si esto fuera así, significaría que la política fraccionalista interna de Mártoov contra nosotros ya ha logrado producir sus frutos mortales, extinguiendo la vigilancia revolucionaria de los grandes círculos mencheviques. Esto significaría que el papel más que lamentable desempeñado por los líderes del bloque “agosto” durante la campaña de Petrogrado es incapaz de generar una resistencia sana, viril, decisiva y finalmente exitosa entre los mencheviques. Pero ese no es el caso. Estamos convencidos (y nuestras observaciones, aunque limitadas a pesar de nosotros mismos, refuerzan nuestra convicción) de que hay muchos cuadros revolucionarios entre los trabajadores mencheviques, cuyos vínculos con los internacionalistas son mucho más fuertes que sus vínculos con la política fraccionalista puramente reaccionaria de la sede socialpatriótica de *Nache Dielo*, de que están cansados de estas relaciones y de que mañana, con nosotros, exigirán una ruptura; que entienden el manifiesto de Zimmerwald como una señal de una lucha implacable contra los desviacionistas socialpatrióticos; que quieren llevar esta lucha hasta el final, sin sentirse avergonzados por consideraciones de fracciones. Estos revolucionarios mencheviques no pueden apartarse de nosotros, como tampoco nosotros podemos apartarnos de ellos. Estamos haciendo el mismo trabajo. Sometemos a su juicio, así como al de todos los internacionalistas, el conflicto de Mártoov con nuestro equipo editorial.

(*Nache Slovo*, 12 de diciembre de 1915)

### ***Hay que sacar todas las conclusiones. Sobre las elecciones obreras en los comités de industria de guerra***

Recientemente hemos demostrado la inmensa victoria obtenida por el internacionalismo revolucionario en el referéndum de los obreros de Petersburgo, organizado por las autoridades.<sup>125</sup>

En primer lugar, la posición de la “Defensa Nacional” fue derrotada completamente a pesar de que se benefició de las circunstancias más favorables: el ejército alemán había penetrado profundamente en Rusia, despertando el instinto elemental de conservación; además, la prensa burguesa no perdió ninguna oportunidad (no retrocediendo ante cualquier falsificación) de aterrorizar la conciencia de la gente recordando el “peligro teutón”. En verdad, el proletariado de Petersburgo ha salido de la prueba política con honor. Estos videntes políticos (del tipo Chernov) que esperaban sacar argumentos contra la “unilateralidad de clase” del socialismo proletario de la crisis de la [II] Internacional, han recibido una vez más una buena lección: si bien es cierto que el

<sup>125</sup> Nuestro diario ha caracterizado los resultados de las elecciones en Petrogrado así: “La campaña electoral fue muy viva. 250.000 obreros participaron en ella. La prensa burguesa siguió con atención esta campaña, esforzándose en atraer a los obreros a un terreno patriótico. Pero sus esfuerzos fueron en vano y se hundieron sus esperanzas de “nacionalizar” el movimiento obrero ruso. Los mandatados de las grandes fábricas (las de más de 500 obreros) resolvieron, por 90 votos a favor y 81 en contra, rechazar las elecciones a los comités de guerra; una parte de los trabajadores ya había boicoteado la primera etapa de las elecciones. 81 mandatados estaban *a favor* de las elecciones. ¿Se deduce de ahí que sean patriotas, representantes de un estado de ánimo patriótico en los trabajadores? ¡En absoluto! Etc...”

proletariado no siempre es revolucionario, el socialismo revolucionario sólo puede ser proletario.

Del número de votos, podemos sacar una segunda conclusión: debemos constatar que, junto con la victoria indiscutible y contundente del internacionalismo revolucionario, una gran parte (a primera vista, la cifra es inesperada) del proletariado de Petersburgo se alineó bajo la bandera socialpatriótica. Noventa mil trabajadores se declararon claramente internacionalistas; el Comité de Organización consiguió que cincuenta y tres mil renunciaran a participaran directamente en la campaña; ochenta mil se pronunciaron a favor de participar en el Comité de Guerra de la Industria. Que cincuenta y tres mil trabajadores se negaran a votar (por temor a “falsificar la opinión general del proletariado” y tomaran el camino del boicot más primitivo) es una forma equivocada de actuar. Pero su miedo a que las autoridades falsifiquen las elecciones es prueba de que esta masa de trabajadores no se refugió en el redil de la “defensa nacional”. De los ochenta mil, una gran parte no se dejó llevar por consideraciones nacionales, sino por una concepción primitiva de clase de la defensa de los intereses de los trabajadores por parte de los representantes de los mismos. Sin embargo, el hecho es que una cuarta parte, casi un tercio del proletariado de Petersburgo, se ha pronunciado a favor de la participación de los trabajadores organizados en la industria de guerra movilizada y en la “defensa nacional”. Este hecho es de enorme importancia y debe ser estudiado cuidadosamente.

No cabe duda de que los propios socialpatriotas quedaron atónitos por su éxito. En la primera *Humanité* llegada, podían contar, lanzando tierra a los ojos, que todo el proletariado estaba unido detrás de ellos (permítanos expresarnos de esta manera, Alexinsky). Pero, en el fondo, sólo podían sentir su condición de pobres, sin organización, sin tradición, casi sin representación parlamentaria, sin la autoridad de un partido. Y de repente: ¡varios miles de voces! ¿De dónde salieron?

¡Está claro! *De las manos de la sociedad burguesa*. Todos los elementos de la clase obrera bajo el yugo moral del poder, y de las clases poseedoras, se han reunido bajo la bandera socialpatriótica. En cada elección, hay que tomar nota de cierto número de votantes reaccionarios y liberales. ¿Dónde estaban esta vez? Está claro: se han reunido bajo las banderas de Plejánov, *Prisiv* y *Nache Dielo*. Pero no se trata sólo de ellos. La clase obrera no sólo tiene un ejército de reserva *política* sino, también, el apolítico: muchos elementos pasivos, indiferentes, abatidos e incapaces de comprender. Participan esporádicamente en la vida comunitaria y, según las circunstancias, se inclinan a veces hacia la revolución y a veces hacia la reacción. Entre ellos, las huelgas no son infrecuentes, pero episódicamente se recluta de entre sus filas a “esquiroles”. La guerra tenía que despertar a los elementos más pasivos de la clase obrera y las derrotas debían, naturalmente, agrupar a estos elementos retrógrados bajo la consigna de “Defensa Nacional”. Hemos insistido más de una vez en la influencia contradictoria de las derrotas militares: revolucionan ciertas capas proletarias, pero empujan a los que son indiferentes, o están solo superficialmente tocadas por el socialismo, bajo la bandera militarista nacional. Vale la pena añadir a este último grupo a los trabajadores cualificados, bien establecidos en la industria “movilizada”.

Como líderes directos de las masas socialpatrióticas, hay muchos elementos oportunistas que han pasado por una determinada escuela política, que miran con escepticismo u hostilidad la lucha de clases y siempre siguen la línea de la menor resistencia. La ideología de la “defensa nacional” y la colaboración de clases ha encontrado en ellos a sus partidarios naturales y propagandistas en fábricas y manufacturas.

Este es el verdadero ejército del socialpatriotismo. La mayor parte de su masa se recluta más allá de las fronteras de la socialdemocracia. Un análisis elemental de las cifras

nos dice que los socialpatriotas no ganaron a nuestras masas, sino que ganaron sobre nuevas masas que aún no habíamos conquistado. Por eso, en Moscú, donde la socialdemocracia nunca ha echado raíces tan profundas como en Petrogrado, los socialpatriotas tuvieron que tener más éxito que en Petersburgo, la ciudadela del socialismo. Después de resultar cruelmente quemadas en Petrogrado, las clases dominantes sólo podían que decidirse a intentar una nueva prueba en Moscú.

Pero, ¿cómo, en tan poco tiempo, los socialpatriotas han podido movilizar a miles de trabajadores, sin autoridad política, sin organización, sin aparato de propaganda? Es muy sencillo: para poder conquistar a las masas “extrañas”, tenían un aparato “extraño” ya preparado, el más poderoso que podemos imaginar: todos los periódicos de la opinión burguesa y la organización militar-policial del poder.

La prensa socialista está aplastada. Las masas laboriosas deben alimentarse de la prensa burguesa de “izquierda”. Vemos que *Dien*, *Sovremennoe Slovo* y *Riech* (con el sensible apoyo de *Vechernoe Vremia* y *Novoe Vremia*) se han convertido en propagandistas de ideas socialpatrióticas entre las filas de los obreros. Todos los días, los periódicos hablan del “peligro teutón”, de la amenaza a la independencia de Rusia y de las democracias occidentales; los hechos se distorsionan, son proclamados o enmudecidos, según las necesidades. No es la prensa legal la que hablará a los trabajadores de la Conferencia de Zimmerwald; por el contrario, abre sus columnas a una conferencia de socialpatriotas: ¡una docena en total! ¡El telégrafo lleva la noticia a todo el país! La hoja de los industriales moscovitas pide la exhibición del manifiesto de Plejánov en las fábricas. ¡Este es el aparato al que están ligados!

Las centurias negras gubernamentales sólo se han apoderado de las capas más atrasadas de trabajadores. El liberalismo ha conquistado sólo unas pocas unidades entre los trabajadores mejor situados de la jerarquía industrial. El socialpatriotismo está demostrando ser un instrumento mucho más eficaz en manos de las clases poseedoras y el poder. ¡Jvostov, Guchkov y Miliukov podrían haber meditado durante siete días y siete noches!: ¡no podrían haber encontrado nada que les sirviese más que el manifiesto de Plejánov! Sin embargo, no tuvieron que pensar en ello, recibieron el documento “listo para usar”, de forma gratuita, con un aditivo de nombres y “firmas” más o menos autorizadas. Donde los dirigentes habrían movilizad a mil trabajadores, se movilizaron diez mil, gracias a los socialpatriotas.

*El socialpatriotismo se ha manifestado abiertamente a gran escala como instrumento político de los opositores mortales al socialismo y de los enemigos de las clases proletarias.*

Su comportamiento debe ahora definir no sólo nuestra conducta política, sino también nuestra conducta organizativa hacia él.

Cuando el diputado Mankov zanjó sus dudas a favor del patriotismo híbrido absteniéndose de votar los créditos de guerra, la fracción parlamentaria lo excluyó de sus filas. Aprobamos esta decisión como una señal de la seriedad y profundidad de la contradicción entre el socialismo y el nacionalismo. Ahora los inspiradores de Mankov han entrado en la arena de la lucha política. Actúan contra el socialismo revolucionario apoyándose *organizativamente* en los enemigos de clase del proletariado y sirviéndoles *políticamente*. La contradicción entre ellos y nosotros sale definitivamente de la etapa de “discusión” o de la lucha interna para llegar a constituir una parte importante de la lucha del proletariado con la sociedad burguesa.

El vínculo organizativo con los estados mayores socialpatrióticos se vuelve insoportable para la socialdemocracia. No podemos colaborar con los socialpatriotas que están en connivencia con la burguesía que lucha contra nosotros. No podemos cubrir con

la autoridad del partido el trabajo de los desviadores de la conciencia proletaria y no podemos limitar nuestra lucha, ¡que debe ser y *será llevada a cabo hasta el final!*

¡Ruptura organizativa en toda la línea! ¡Esta es la conclusión de la experiencia más reciente petersburguesa!

### ***Hechos y conclusiones (Otra vez sobre las elecciones de Petrogrado)***

Se están celebrando nuevas elecciones para el comité de industria de guerra en Petersburgo, mientras que el balance de las elecciones de septiembre todavía no se ha elaborado con el *rigor* de facto necesario. Decimos rigor de facto porque la información más o menos fiable, tal como aparece en los comunicados de la prensa socialista alemana, no hace sino reforzar *nuestras conclusiones políticas*.

En lo concerniente a los 90 electores de la mayoría, cualquier intento de clasificarlos como partidarios del *Sozial-demokrat* sería inapropiado: basta con indicar que incluyen a unos pocos mencheviques y a una *minoría* internacionalista de populistas. Aunque, hasta ahora, no hay datos precisos sobre la composición ideológica de los grupos mayoritarios, no hay duda de que los trabajadores bolcheviques ocupan un lugar prominente. Por otro lado, la información proporcionada por *Sozial-demokrat* excluye categóricamente la posibilidad de afirmar que los internacionalistas se hayan agrupado bajo la bandera y consignas específicas del *Sozial-demokrat*. Por el contrario, cuando los socialpatriotas trataron de atribuir una consigna derrotista a los votantes internacionalistas, estos protestaron violentamente. Se repitió, pero a mayor escala, lo que ocurrió en el juicio de los cinco diputados socialdemócratas: la consigna derrotista fue rechazada, no por los “chovinistas” y los “servidores del gobierno” (*Sozial-demokrat* designa así a sus opositores), sino por *toda la vanguardia revolucionaria internacionalista del proletariado ruso*. Por eso esperamos que *Sozial-demokrat* no nos obligue a mencionar más este desafortunado malentendido ideológico y político.

\*\*\*

La noticia, según la cual 53.000 obreros boicotearon las elecciones con la consigna lanzada por la organización de obediencia menchevique OK [Comité de Organización], se ha demostrado ser *falsa*. El boicot tuvo lugar en algunas fábricas, pero sin significación política. Un número bastante grande de votantes se desinteresó del voto, pero esto no es un boicot organizado. Según *Rabochoe Utro*, hay 212 electos. Según el comunicado oficial, son 202; 90 se reclaman internacionalistas, 81 del grupo opuesto, el resto no ha dejado traza alguna. Puede ser que estas treinta o cuarenta personas indecisas dieron a luz a la leyenda del boicot.

Hemos indicado en nuestras columnas lo repentino de este boicot organizado por la facción *menchevique*. Pero como esta noticia de la prensa alemana no ha sido negada, nos vemos obligados a ver la información como verdadera. Explicamos que este boicot de la organización OK no estaba dirigido a la дума, sino que esquivaba una respuesta *política*. Pero parece que la OK no ha llamado al boicot y que sus partidarios están entre los 81 que han dado su participación al comité. Por lo tanto, nuestra suposición de que los trabajadores del bloque “agosto” estaban *divididos* por la decisión de los socialpatriotas de marchar bajo la bandera de la “defensa” y de acuerdo con la posición política no formulada de la OK, es desafortunadamente inexacta. De hecho, los 81 se opusieron al campo de los internacionalistas. Esta es la corrección que hemos tenido que hacer aquí. Esto no significa de ninguna manera que estos 81 sean partidarios de la “Unión Sagrada” y de la participación incondicional en la defensa (cese de la lucha de clases, votación de los créditos de guerra). ¡Nada de eso! Este bloque contiene, sin duda, todos los matices, del plejanovismo al internacionalismo ecléctico. Pero como se opusieron al

campo internacionalista (y no por casualidad), los 81 son considerados por los proletarios y las clases poseedoras como partidarios de la participación en la defensa.

Oransky se ha pronunciado contra este criterio en el número 3 del periódico socialpatriota *Rabochoe Utro*; ve en un campo el internacionalismo y el realismo; en el otro, un anarquismo cosmopolita. *Prisiv* le responde acertadamente sobre este punto: “No podemos entender el argumento de Oransky y creemos que está convirtiendo la disputa en una disputa por la terminología. Lo que ha dividido a la [III] Internacional en dos campos es precisamente el siguiente problema: ¿puede el trabajador defender a su país sin contradecir el principio de la lucha de clases y la consigna de la defensa internacional del proletariado de las naciones beligerantes...? Hasta que no se den respuestas precisas sobre estas cuestiones clave, toda una serie de malentendidos se convertirán en parte de la controversia.” La forma es torpe, pero el contenido es perfectamente correcto.

A la pregunta esencial: ¿podemos aceptar la colaboración entre el partido proletario y un gobierno, incluso democratizado? La OK no ofrece una respuesta negativa de principios. Así, la puerta también está abierta a todos los matices del socialpatriotismo. Oransky, representante del ala izquierda del socialpatriotismo, *Rabochoe Utro*, insiste en que no encontró en la resolución del 81 la expresión de “cualquier voluntad de defender hasta el final”. Además, la orden dada por elementos cercanos a la OK muestra que la clase obrera, en cualquier circunstancia de “política colectiva”, no puede asumir la responsabilidad de la defensa del país<sup>126</sup>. Pero esto, como bien dice *Prisiv*, no elimina la realidad de la contradicción que desgarró a la Internacional. Uno puede negarse a asumir la responsabilidad de defender a Rusia en “determinadas circunstancias”, y al mismo tiempo solidarizarse con Guesde y Vandervelde: esta era la posición de los autores de la carta a Vandervelde. Las elecciones de Petrogrado mostraron que los partidarios bajo la condición de la defensa estaban más cerca de los probados socialpatriotas que de los internacionalistas. *Prisiv* habla con razón de los semipatriotas como Oransky: ¡no piensan como nosotros, pero son aliados!

En este campo, Gorsky pide que la participación en las elecciones se considere exclusivamente desde el punto de vista organizativo, independientemente del informe sobre la participación en las elecciones. Mártoov responde, con razón, que tal posición, sin “contenido político”, lejos de facilitar la tarea de organizar a los trabajadores, sólo puede conducir a su desorganización. “En el umbral de la revolución en Rusia, el proletariado debe darse cuenta de los métodos que debe usar durante el proceso revolucionario, y en nombre de qué y por qué debe organizar sus fuerzas. Cualquier falta de preparación, cualquier falta de reflexión se vengará cruelmente más tarde.” La participación de la OK subraya, no podría hacerse mejor, estas palabras.

¿Está la actividad de la OK más cerca de la posición de Oransky o de Gorsky? La diferencia no importa. En ambos casos, hay una negativa a responder al problema supremo del socialismo. Teníamos razones para creer que la OK expresó su deseo de rechazo con su inesperada forma de “boicot”. No ha querido dar una respuesta sobre sus objetivos políticos. El hecho es que el honor revolucionario fue salvado por 91 electores, mientras que los partidarios de la OK de todos los matices eran sólo 81.

De esta circunstancia, ya hemos sacado conclusiones<sup>127</sup>. El grupo parisino de los mencheviques ha dado un serio paso adelante al declarar “que la posición adoptada por la sección rusa de la OK era *errónea*, especialmente en un momento en el que el socialpatriotismo está comprometido en una intensa actividad, luchando abiertamente

<sup>126</sup>Un año y medio más tarde, tras la revolución de marzo [febrero] la cuestión recibió una solución política definitiva.

<sup>127</sup> “Hay que sacar todas las conclusiones. Sobre las elecciones obreras en los comités de industria de guerra”, más arriba en esta misma obra, página 270 y siguientes.

contra la mayoría internacionalista del proletariado. Teniendo esto en cuenta, el grupo parisino considera esencial convocar lo antes posible una conferencia del bloque “agosto” que debería, *sin temor a dividirse de los socialpatriotas*, establecer la posición internacionalista de los OK. El grupo ya exige de los elementos internacionalistas de los OK el *rechazo de cualquier compromiso con los socialpatriotas* y la aplicación de una política implacable de lucha abierta contra los elementos patrióticos del bloque” (Las cursivas son nuestras). Hasta ahora, esta resolución no es más que un síntoma. Pero tenemos la firme esperanza de que mañana todos los revolucionarios mencheviques internacionalistas alzarán sus voces en protesta, que estas palabras resonarán clara y decisivamente y que después de las palabras, ¡vendrán los hechos!

(*Nache Slovo*, 19 de diciembre de 1915)

### ***Esquirols políticos (Nuevas “elecciones” al comité de industria de guerra)***

Las nuevas elecciones del 29 de noviembre, con una perfecta desenvoltura hacia el proletariado, son un nuevo capítulo en el libro de la vergüenza socialpatriótica. En las elecciones de septiembre, el bloque de todos los internacionalistas se opuso al de los socialpatriotas, que agrupaba todos los matices, desde el ultravioleta de Plejánov hasta el rosa pálido del Comité de Organización. Ya hemos demostrado que los socialpatriotas cuentan con la ayuda directa de la prensa liberal-burguesa y del aparato policial, menos directo, pero igualmente de eficaz y que, sin abandonar a los patriotas ni un solo momento, les ayuda en sus esfuerzos por influir en los trabajadores.

Pero la lógica es despiadada. La alianza formada en las elecciones de septiembre entre los partidarios de Plejánov y *Nache Dielo*, por un lado, y Guchkov y Jvostov, por otro, pronto resultó insuficiente. Habiendo recibido, a pesar del poderoso apoyo del gobierno, un golpe en la cabeza, los socialpatriotas no depusieron las armas: habían saboreado el poder dado por la proximidad de los poderosos en la lucha contra el partido revolucionario ilegal. Resolvieron dar un paso adelante y firmar un pacto con la indudable política policial de Jvostov, en contra de la voluntad igualmente indudable del proletariado. Pero el primer intento de falsificar las opiniones de los trabajadores fracasó. Repetir el experimento a una escala tan grande era arriesgado. Quedaba por hacer, evitando a las masas, falsificar los deseos ya expresados por los *electores*. En este estrecho círculo de 200 personas, siempre se puede esperar llevar a cabo el trabajo corrupto del socialpatriotismo gracias a todas las circunstancias que ofrecen las presiones capitalistas y policiales. Declarar ilegal la reunión de los electos era caía por su peso. Todo lo que quedaba era ofrecer el pretexto válido. El reparto de las tareas políticas exigía que los socialpatriotas suministraran el pretexto válido. Para que eso ocurriera, en realidad era necesario sacrificar el honor revolucionario. Pero en este sector, quedaban tan pocos que no valía la pena perder los estribos. Gvosdiev, líder del bloque socialpatriótico y presidente de la asamblea, tomó la vergonzosa iniciativa de declarar “ilegal” el encuentro, porque un peligroso agitador había entrado bajo la identidad y con los documentos de uno de los participantes. El hecho de que un agitador haya actuado con ligereza política es un hecho indiscutible, y sería igual de ligero hacer la vista gorda ante este caso. Cuando un agitador aparece “ilegalmente” en una asamblea de trabajadores, donde le espera un ambiente de simpatía, es una cosa; otra cosa diferente es presentarse en una reunión donde algunos de los participantes le son hostiles. Cuanto más nos sintamos enemigos de los socialpatriotas, más sabemos que no tenemos ninguna indulgencia que esperar de ellos: es aún mayor el peligro de que una manifestación “ilegal” aparezca ante los trabajadores como una violación de sus derechos. Esta concepción, que se aplica enteramente a nuestro campo, no disminuye en modo alguno la vergüenza del proceso utilizado por Gvosdiev.

Si existe alguna prueba flagrante y sumamente convincente de la imposible “compatibilidad” entre nosotros y los socialpatriotas, está ahí, justo ante nuestros ojos. El líder de los socialpatriotas *denuncia* la presencia ilegal de un agitador para anular la decisión tomada, a pesar de todos los obstáculos puestos por la mayoría de los trabajadores de Petersburgo. Al publicar la denuncia de Gvosdiev, *Rabochoe Utro* le sermonea por su paso demasiado franco, pero da todo su apoyo político a las consecuencias de este gesto, con las que el socialpatriota continuó desempeñando un papel decisivo sin ser molestado.

“Las elecciones deben utilizarse hasta el final, independientemente de la relación con la participación en la defensa nacional. “Tal era la cobarde “idea” de los círculos de OK [Comité de Organización]; una idea que es sólo una forma a medias de capitulación ante socialpatriotismo. De hecho, los elementos “diplomáticos” del OK entregaron una fórmula vacía a los elementos “patrióticos” que se apresuraron a rellenarla con un contenido político de su gusto. En total, los representantes electos del OK se reunieron a 81, mientras que nosotros estamos orgullosos de tener 90.

Pero la cuestión no termina aquí. Guchkov y Jvostov corrieron a encontrarse con Gvosdiev. Sus esfuerzos combinados aún proporcionaron unos quince electores más al bloque socialpatriótico de septiembre<sup>128</sup>. Después de que los internacionalistas abandonaran la sala en protesta (*Riech* habla de bolcheviques y populistas), el héroe de este pequeño golpe de estado, Gvosdiev, reunió a 95 votantes bajo su bandera. Diez “representantes” de los trabajadores fueron elegidos para formar parte del comité de industria de guerra y seis del comité de armamento. El “uso organizativo”, independiente de los principios políticos, consiste en que los “líderes” se deshagan de los principios morales. Los votantes que fueron conducidos por el OK al campo de los Plejánov y Potriesov se encontraron con la lógica de las cosas bajo la bandera de gvosdievana.

Actualmente es absolutamente irrelevante si estos votantes podrán permanecer en el comité, o si se irán, cerrando de golpe la puerta, dando sin querer un golpe significativo a la “defensa nacional” a la que están a punto de servir. No hay duda de que los socialpatriotas soportarán las penurias más crueles, utilizando sus influencias y su reputación para superarlas.

Pero es esencial recordar el hecho político sobre el cual ningún miembro de nuestro partido debe hacer la vista gorda: *el bloque socialpatriótico ha llevado a la división dentro del proletariado de Petersburgo; después de haber sufrido una derrota, se ha aliado con las autoridades para falsificar la voluntad del proletariado, y, pasando por encima de la cabeza de la mayoría revolucionaria, ha enviado a sus partidarios a una organización de defensa nacional.*

Los electores reunidos bajo la bandera del Comité de Organización se han adherido a este bloque.

Tenemos ante nosotros la peor forma del método utilizado por los “esquiroles políticos”. Pero tal proceso conduce a dos reacciones: indulgencia y participación, o resistencia organizada, implacable e incansable.

(*Nache Slovo*, 29 de diciembre de 1915)

### **¿Zimmerwaldianos o gvosdievanos?**

Hemos reproducido un comunicado del diario de Samara *Nache Goloss* (número 11, 1 de diciembre) contando que en los medios mencheviques más conocidos (se habla evidentemente del OK) se extiende la opinión de que la fracción parlamentaria kadete debe conservar su antigua posición, es decir afirmar con más vigor la voluntad de los

<sup>128</sup> Se enviaron 213 convocatorias, 185 llegaron a su destino, hubo 153 electores, después 23.

kadetes y expresar su solidaridad con las posiciones adoptadas en la Conferencia de Zimmerwald<sup>129</sup>.

A continuación, se anuncia que los mencionados círculos habían elaborado una plataforma que difería de las declaraciones ya conocidas provenientes de Petersburgo y Moscú; éstas eran archipatrióticas como nuestros lectores recordaran. La oleada de fórmulas empleadas roba una gran parte del valor que se quisiera atribuir a esta comunicación que se anhela saludar si nos diese derecho a confiar en que los “círculos mencheviques distinguidos” no se limiten a una plataforma diferente de la de los socialpatriotas, y que entablen contra estos últimos una implacable lucha.

Mientras, encontramos en *Nache Goloss* (número 9, del 8 de noviembre), en la carta del mismo corresponsal de Petrogrado (Ivanov), un comunicado que es indispensable comparar con el número 11, a fin de hacerse una idea clara y no ilusoria del estado real de cosas.

“... La cuestión que preocupa en estos momentos a los “círculos mencheviques distinguidos”, es la renovación de la campaña por las elecciones al comité central de la industria de guerra. En general es difícil de aprobar la falta de finalización de esta manifestación política en la que han participado grandes masas de trabajadores. Los *trabajadores conscientes consideran indispensable obtener del comité central una segunda convocatoria a los electores en vista de las decisiones a tomar*. La cuestión se discute en las reuniones parciales, y se recogen firmas para una declaración coincidente.”

Repetimos una vez más: las dos corresponsalías, distantes una de la otra en tres días, redactadas por la misma persona, no comparten el punto de vista de *Nache Dielo*, sino que, defendiendo la posición de los “círculos mencheviques distinguidos” (sea cual sea el nombre del autor), indican que habla de ambientes próximos al comité organizativo.

Así, los mismos círculos que declaran adoptar la posición tomada en Zimmerwald, han participado activamente en el “golpe de estado” en miniatura que queda ligado al nombre de Gvosdiev. El diario socialpatriota, *Narodnaya Gazzeta*, ha reconocido que el comportamiento de Gvosdiev y los suyos ha sido escandaloso: los electores no lo son de por vida, escribe el diario con razón; su estado de ánimo puede cambiar, pero ello no dice nada sobre la voluntad de las masas; éstas deben ser consultadas por quien no está satisfecho de la primera decisión de los electores. Pero los socialpatriotas no quieren comprometerse en esta vía a causa de que no tendrían el consentimiento de sus aliados de la administración. ¿Qué hacen pues los trabajadores conscientes? Apoyados por los mencheviques, están conchabados con el comité guchkovienista. Y sobre este acuerdo contrario a todos los principios elementales de la democracia rinde testimonio, la frente bien alta, el mismo corresponsal que nos señalaba, hace ahora tres días, ¡que los mencheviques aprobaban Zimmerwald!

¿Qué significa todo esto?

“¡Es difícil orientarse, no se entiende nada!”, así responden los mencheviques-internacionalistas, entre los que el instinto de autoconservación de partido (pero no socialista-revolucionario) priva de todo deseo de comprender y de orientarse desde el momento que se habla del curso de las cosas en el bloque de “agosto”.

Sin embargo, en ello no hay nada de misterioso o enigmático.

El Comité de Organización (OK) se relaciona con Zimmerwald. Por tanto, ¿está en contra de la defensa nacional? Sí, pero apoya la “utilización organizativa” de los comités de industria de guerra. Muy bien, pero ¿qué significa “utilización”? Parecería que eso fuese el establecimiento de la influencia revolucionaria e internacionalista entre las

<sup>129</sup> “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)” y otros materiales a propósito de la conferencia en nuestras [EIS](#). Más arriba en esta obra, página 226 y siguientes.



masas obreras. Pero, entonces, ¿de qué forma el OK, adhiriendo a Zimmerwald, puede romper con sus 90 representantes y atacarlos con el apoyo del bloque administrativo y socialpatriota? Es muy simple: el comité no necesita entrar en el bloque socialpatriota ya que, por su constitución y por sus métodos, forma un bloque de socialpatriotas e internacionalistas. Para estos últimos, los lazos “de partido” con los socialpatriotas son más importantes que los lazos *ideológicos y políticos* con todo el campo internacionalista. Esta es la prueba irrefutable de lo que su internacionalismo puede presentar de desesperado, pues se mantienen dentro de los socialpatriotas y sirven de cebo para los elementos irresolutos y atrasados de la clase obrera.

Quien se adhiere (realmente no de palabra) a Zimmerwald asume la obligación de luchar implacablemente contra los socialpatriotas. Si Lebedour y sus amigos, ansiosos por conservar la unidad y disciplina del partido, hubiesen continuado tras Zimmerwald absteniéndose en la votación de los créditos [militares], hubiésemos visto este hecho como la primera violación del sentido y espíritu de las decisiones de Zimmerwald. Pero la primera falta a las obligaciones zimmerwaldianas proviene del bloque de “agosto”, que no “se abstiene”, sino que agita activamente contra los internacionalistas al mismo tiempo que sus representantes en el extranjero critican a Ledebour por su actitud poco franca y activa hacia los socialpatriotas. Si en el caso de Ledebour se trataba de mantener la unidad del partido de cuatro millones de miembros, para los “internacionalistas” del OK no se trata más que de mantener sus lazos con los mencheviques-patriotas. Las abstenciones de Ledebour se produjeron hasta Zimmerwald, pero la vergüenza “gvosdievana” se manifiesta tras Zimmerwald.

No insistiremos demostrando que la contradicción es gravemente comprometedor y políticamente insoportable. Que los burócratas y diplomáticos del bloque de “agosto” presenten nuestra crítica como una manifestación de mala fe hacia los mencheviques no nos detiene en absoluto. Consideramos como el peor fariseísmo denunciar la ambigüedad de Kautsky y Haase, chillarle a Vandervelde “¡Jubílate!”, estigmatizar a Pressemane<sup>130</sup>, todos ellos, adhieren a Zimmerwald para desviarnos de él y cerrar los ojos ante lo que pasa en Rusia en el “bloque de agosto”, para impedirles a las masas establecer la diferencia entre Zimmerwald y el movimiento gvosdiano.

Si volvemos sobre este punto con tanta insistencia (y todavía volveremos sobre él más veces), es porque tenemos la profunda convicción de que existen numerosos y preciosos cuadros entre los internacionalistas-mencheviques, cuadros que el movimiento obrero no debe despreciar, pero que, por el momento, están paralizados y desanimados por la política de sus dirigentes. Para esos internacionalistas es indispensable romper claramente con los estados mayores de *Nache Dielo* y de *Rbochoe Utro* y presentar a las masas la bandera del internacionalismo. Este es el único medio de que atraigan a los dudosos y corten la hierba bajo los pies a los socialpatriotas.

(*Nache Slovo*, 14 de enero de 1916)

### ***El socialpatriotismo en Rusia***

*Su “victoria”*

A partir del largo monólogo socialpatriota comunicado por Boretsky (Uritsky), nuestros lectores pudieron darse cuenta de lo majestuoso que es el triunfo de los socialpatriotas tras las elecciones a los Comités de la Industria de Guerra. Petrogrado es para ellos, Moscú es para ellos, la provincia es para ellos (las ciudades, los pueblos, las mujeres, los hombres, los ancianos, los niños, los marxistas y los populistas) ¡todos son

<sup>130</sup> Socialista francés, guesdista, se consideraba de “izquierda”. Actualmente es miembro del partido de Blum-Longuet. [1922]

para ellos y están con ellos! No es de extrañar que todos los Avksentiev y Alexinsky de *Prisiv* se prueben modestamente sus tricornios de *feldmarshall*<sup>131</sup> en cada número del periódico, y que Plejánov, que se había distanciado de *Prisiv* como de la peste, meditando, sin duda, en ganar posiciones preparadas de antemano, apareciera en un periódico de los socialpatriotas. KD y SR. ¡Sin duda tienen motivos para alegrarse! Sus representantes han pasado por todas partes, contra la voluntad de los internacionalistas, en estas elecciones a los Comités de la Industria de Guerra cuya razón de ser es adaptar la industria rusa y su personal a las exigencias de la “Defensa Nacional”. Estos representantes pasan, a los ojos de las clases dominantes y en el espejo de la prensa burguesa, por los auténticos defensores de las masas trabajadoras. Sería torpe negar estos hechos. Pero sería un error sobrestimarlos.

La situación política general, en cuya atmósfera tuvieron lugar las elecciones (la capitulación de los partidos socialistas europeos más poderosos, la derrota militar rusa, la desmoralización de la intelligentsia socialista rusa) ya ha sido sometida a nuestro examen. ¿Ahora queremos estudiar las circunstancias en que se celebraron las elecciones? ¿Cuáles son las dimensiones reales de la victoria de los socialpatriotas y cuál es su peso político?

Para descartar cualquier subjetivismo por nuestra parte, utilizaremos los juicios de la prensa burguesa y socialpatriota y, sobre todo, los del periódico moscovita *Narodnaya Gazetta*. Esta publicación, ya desaparecida, consideraba únicamente la participación de la clase obrera en la defensa nacional y describía con maravillosos colores cómo los Aliados, gracias a su sabia política democrática, preservaron su unidad nacional. Ya hemos dicho bastante para caracterizar este periódico. Añadamos, sin embargo, que siempre mantuvo un tono adecuado e intentó preservar su patriotismo de los Nozdrev y los Jlestakov.

Escuchemos ahora cómo se expresa este órgano social-patriótico sobre el tema de las elecciones bajo el signo de Gvosdiev, en un artículo con el expresivo título: “A pesar del sentido común...”. El periódico subraya que, a diferencia de las elecciones de Moscú, que fueron “un extraño juego en la oscuridad”, las de Petrogrado tuvieron derecho a una amplia campaña de información: “Los obreros tuvieron todas las oportunidades de familiarizarse con lo que son los comités de guerra... Muchos representantes recibieron recomendaciones escritas de sus electores. En la reunión de representantes triunfó la corriente que se oponía rotundamente a participar en los comités”. Tal era, continúa el periódico, la voluntad de los trabajadores de Petersburgo. Se puede demostrar la falibilidad de tal decisión, se puede criticar su alcance práctico, pero no se puede negar a los trabajadores el derecho a “su propio juicio”; y quien valore y respete la solidaridad de clase, debe someterse a los “mandatos de la mayoría”. Pero era otra cosa. La minoría obtuvo de la administración, no un nuevo referéndum (que sería legal), sino una nueva reunión de los delegados. “De los 218 elegidos, sólo acudieron 153. Cinco habían sido detenidos, seis no fueron buscados y uno renunció a su mandato. Tras la salida de los internacionalistas sólo quedaron 99, es decir, el 45 %, que, aunque no estaban de acuerdo en todo, resolvieron participar en los comités. “Así, una fracción insignificante de los mandatos resolvió, con asombrosa audacia, la cuestión que agitaba y agita a la clase obrera petersburguesa. Han anulado la voluntad de la mayoría de sus compañeros, han pisoteado los derechos de sus electores y han destruido los derechos elementales de las elecciones democráticas.”

Así describe la victoria de los gvosdievanos un periódico que llama al pueblo a “luchar con todas sus fuerzas por la defensa nacional”. No es de extrañar que *Prisiv* considerara indeterminada la orientación de *Narodnaya Gazetta*. En realidad, ¡defiende

---

<sup>131</sup> Mariscal de campo.

la defensa nacional y se enfada ante una falsificación de la voluntad de los trabajadores! Patriotismo... ¿o te lo tragas entero o lo escupes! ¡Es muy ingenuo este periódico que pide a los obreros que apoyen al zar y se indigna ante la deshonestidad política de los enemigos de la revolución! Cuando se decapita, ¿cuida uno el pelo? Pero cualesquiera que sean las incoherencias del periódico, su juicio sobre la victoria de los socialpatriotas sigue siendo válido.

Pasemos ahora a las elecciones de Moscú. Aquí la victoria de los “defensores” fue aplastante; sólo una cuarta parte de los mandatos se negaron a participar en la elección de representantes para el comité de guerra. Está claro que todo el proletariado de Moscú está detrás de Plejánov, Potriesov y Gvosdiev. Volvamos a un periódico social-patriótico local. “Los trabajadores”, dice el periódico, “eligieron a sus representantes en una institución de la que no sabían absolutamente nada. No se llevó a cabo ninguna campaña preelectoral... Al final, en la elección de los representantes participó un número extremadamente bajo de trabajadores, algunos de los cuales obtuvieron un número de votos tan miserable que no se puede hablar de representación.” El periódico da ejemplos: en Schrader, con 1.105 trabajadores, los representantes obtuvieron 59 votos, en Giraud, con 3.268 trabajadores, 198 votos, etc., etc. Con perfecta exactitud, el periódico concluye: “Las masas trabajadoras moscovitas sólo pueden decir una cosa: ¡se casaron conmigo, pero sin que yo estuviera allí!” Así vemos la victoria de los “defensores”.

Comparando las elecciones de Moscú y Petrogrado, la conclusión es evidente: *cuanto más atrasado está el medio obrero, menos sabe lo que significa un comité de guerra, más pasivamente se comporta ante la vida política... ¡y más posibilidades tienen los socialpatriotas!* El ejemplo dado por Moscú prueba bien que los gvosdievanos sólo han formado a la parte más atrasada de los obreros, explotando las influencias ejercidas sobre ella por la prensa burguesa y la presión de la administración.

No es difícil imaginar cómo funcionaron las elecciones en las provincias. En Kiev, donde los “defensores” obtuvieron una de sus “victorias” más brillantes, según *Kievskaya Mysl*, “la asamblea de representantes elegidos no representó exactamente los deseos de los trabajadores: no hubo ninguna reunión informativa, y la presión administrativa se dejó sentir activamente”. Por su parte, los vencedores, aun reconociendo que “las condiciones merecían protestas”, no rechazaron el éxito que éstas les proporcionaron. En este sentido, la experiencia gvosdieviana desempeñó plenamente su papel: la cooperación con el aparato administrativo iba a producir el efecto más desmoralizador en las provincias. En algunos lugares, sin embargo, no hubo nada que desmoralizara: así, en Sarátov, la administración se limitó a “invitar” a dos trabajadores llenos de promesas para que presentaran las ideas de Plejánov, ¡sin molestar lo más mínimo a los obreros! La victoria se muestra aquí bajo su aspecto administrativo más puro.

Hemos reunido suficientes datos para atrevernos a calcular el triunfo de los socialpatriotas en sus justas proporciones. Los internacionalistas no tienen motivos para ser pesimistas sobre los esfuerzos de los socialpatriotas bajo la atenta mirada del aparato gubernamental.

Dios no te abandonará, el social-Patriotismo no te devorará.

*“Las multitudes de planas verdades nos son más queridas que un engaño que nos eleve.”*

“La destrucción y la pérdida de la patria amenazan sobre todo los intereses de los obreros, y *estos están más interesados en su salvación que las demás clases de la sociedad*”, es la afirmación que hace en su llamamiento a los obreros, “A los obreros rusos”, el grupo obrero del Comité Central de la Industria de Guerra, dirigido por Gvosdiev. El grupo obrero de Moscú, que lucha por su independencia en el seno del comité, se refiere a la entrada de los obreros en el comité “para salvar a la patria de la

destrucción”. *La posición política de los grupos obreros en los comités de guerra tiene un carácter social-patriótico claramente determinado.* En estas nuevas manifestaciones social-patrióticas no hay nada inesperado para quienes han seguido la lucha que se desarrolla en el seno de las masas obreras en torno a la cuestión de la participación en los comités de guerra.

Si consideramos necesario volver a formular la pregunta, no es porque pueda sembrar la duda en la gente *que quiere ver lo que hay*, sino porque las dudas y los malentendidos son *creados artificialmente* por un grupo literario que publica “Noticias de la Secretaría Exterior del Comité Organizador”. En el número 3 de esta publicación (menchevique), *Nache Slovo* queda severamente reprendida por su ignorancia de las profundas diferencias que existían y existen en el campo de los participantes en los comités de guerra. “Nuestros camaradas unidos en su decisión (de participar en los comités) estaban guiados por *motivos diversos, a veces opuestos.*” Más adelante, se establece la siguiente clasificación: “Entre los partidarios de la participación casi no hay auténticos nacionalistas del tipo de Plejánov.” Levitsky y Cherevanin (derecha) defendieron la participación “no tanto por nacionalismo como por oportunismo”, es decir, no tanto por amor a la patria como al bloque político formado con la oposición burguesa; el tercer grupo, “la mayoría”, está compuesto por los que se esfuerzan “en oponer la fuerza organizada de los proletarios a la de la burguesía”; luego, queda un ala izquierda donde se sitúan los “internacionalistas bien definidos” (tipo Dan), que llaman a los obreros a agruparse bajo la consigna “de la lucha internacional por la paz”.

El segundo artículo, también dedicado a esta cuestión (“Los comités de la industria de guerra y la táctica socialdemócrata”), reproduce un gran número de citas y referencias para demostrar que los internacionalistas llaman a los obreros a participar por razones que no tienen nada en común con las de los “defensores”. No oímos ni una palabra sobre la posición adoptada por el Comité de Organización; pero como, a diferencia del grupo parisino de mencheviques que declaró “mala” la política del OK, el *Izvestia* la declara saludable, debemos concluir que el OK, sintetizando armoniosamente las cuatro tendencias del “Bloque de Agosto” (nacionalista, oportunista, de organización e internacionalista) no se adhiere a la posición adoptada por la defensa nacional.

No es de extrañar, pues, que *Izvestia* se indigne ante nuestros odiosos esfuerzos por derrocar al “Bloque de Agosto”. Todas estas acusaciones, citas y clasificaciones, tienen la deficiencia de representar *una interpretación literaria de los hechos políticos.* Si la mayoría de los “agostinistas”, o incluso la mitad de ellos, hubieran participado en las elecciones bajo la bandera de la “defensa antinacional” o del internacionalismo, ¿no se habría dejado sentir la repercusión en la composición de los grupos obreros y de sus representantes electos? *Los obreros de los comités centrales, de Petersburgo, de Moscú, de Kiev, etc. mantienen una posición de defensa nacional.* En todas sus declaraciones y acciones aparece la “defensa nacional”. Si quieren utilizar las posibilidades organizativas, es sobre la base de la defensa nacional. Si reconocen la necesidad de restablecer los vínculos internacionales, no es de otro modo que sobre la base del principio de autodefensa nacional. Esta fue la postura adoptada por los elementos que dirigieron a los participantes desde el principio de la campaña electoral.

“Cuando la patria está en peligro (esta es la primera declaración del grupo de Moscú en el comité) es deber de los ciudadanos de la clase obrera defenderla contra la agresión enemiga que trae la destrucción y, especialmente, a los trabajadores.” Gvosdiev, al principio de la campaña electoral, se hizo pasar por un defensor activo. Telegrafió a Moscú, después de las elecciones, para recordar el “doble problema” del proletariado: liberar al país del enemigo exterior y del enemigo interior. Los representantes electos moscovitas de Cherygorodtsev enviaron a Riabuchinsky telegramas propuestos para

Lloyd-George y Albert Thomas, con deseos de victoria común. Gvosdiev envió un telegrama de condolencias a Guesde (por la muerte de Vaillant), un telegrama escrito en términos violentamente patrióticos. Todas estas bellas acciones se hicieron en nombre de los grupos obreros de los comités; no se oyó ni una palabra de protesta. Los redactores de *Izvestia* no podían ignorar todo esto, pues todos los hechos citados y todos los documentos fueron reproducidos por *Nache Golos*, cuyo colaborador es Gvosdiev.

La diferencia entre los puntos de vista de Dan y Bibik no se nos ha escapado; la discutiremos mañana. En cuanto a la táctica de Dan de entrar en los comités para hacer propaganda antibelicista, lo sabemos por el número 3 de *Izvestia*, y confesamos que nunca habíamos oído hablar de semejante “corriente” en el bloque “agostino”. No conocemos su alcance. Pero sí sabemos que esa “corriente” es inexistente, porque ni los elegidos ni sus representantes han dicho una palabra al respecto. De hecho, las elecciones fueron organizadas por Gvosdiev, que está en todas partes, ¡y a los ojos de los trabajadores el bloque de “agosto” está representado políticamente por Gvosdiev! No tenemos ni el derecho, ni el deseo, ni la posibilidad de ocultar este hecho. Pero los verdaderos inspiradores del bloque no son ni la secretaría de asuntos exteriores ni la “corriente táctica de Dan”, sino los miembros de la redacción de la revista *Samozachita*, entre ellos Potriesov, Maslov, Dmitriev, Maievsky, Levitsky, Batursky, Cherevin, Anna Sedova, Gvosdiev, Kubikov, Bibik, etc. Declaran colectivamente que el “bloque de agosto” es el único que puede ser representado políticamente. Declaran colectivamente que “la idea del internacionalismo y la idea de la autodefensa del país... *presentan esa unidad que define la línea de su política práctica*”. (Prólogo.) Potriesov, teórico del grupo, define la filosofía política con el lema “a través del patriotismo; no hay otro camino para el reino internacional de la fraternidad y la igualdad”. Gvosdiev pertenece precisamente a ese grupo, ¡el hombre que concilia internacionalismo y patriotismo colaborando con Guchkov! De hecho, el Comité de Organización no es más que la correa de transmisión entre la ideología potriesoviana y la realidad gvosdieviana.

Esa es realmente la situación.

La secretaría de asuntos exteriores ha tomado como lema los versos de Pushkin: “Las multitudes de planas verdades nos son más queridas que un engaño que nos eleve”. Pero en este asunto no estamos por Pushkin, sino por Lassalle, que dijo: *aussprechen was ist* (decir lo que es). Este es el principio de toda política revolucionaria. Los escritores de *Izvestia* discuten con los socialpatriotas con tinta que contiene unguento, mientras que ellos nos escriben con una mezcla de bilis y vinagre. Pero la astucia superior perecerá mientras que los hechos políticos permanecerán.

#### *Las “industrias de guerra” de la socialdemocracia y sus agrupaciones*

Si queremos precisar extraoficial y optimistamente las características del bloque de “Agosto”, he aquí el resultado: la participación de este bloque en los comités de guerra es un hecho lamentable, porque coloca al proletariado bajo la dependencia de las organizaciones burguesas; pero objetivamente, esta participación no significa para la mayoría de los participantes el apoyo a la guerra; simplemente, el bloque de “Agosto” entró en una habitación y se encontró en otra. Por supuesto, puede decirse con razón que en política lo que cuenta no son los esfuerzos subjetivos (el infierno está empedrado de ellos), sino las consecuencias políticas. Pero esta afirmación es demasiado general para las conclusiones que nos interesan. Para justificar su política de espera y pasividad, la secretaría de asuntos exteriores se vio obligada a idealizar su conciencia subjetiva: observamos esta labor de retoque desde el comienzo de la guerra. En el artículo anterior intentamos eliminar el retoque no oficial de la imagen política del bloque “agostino” y esperamos que nuestros lectores se hayan dado cuenta de lo que es: en las elecciones el bloque Kadet movilizó a los obreros con la ayuda del aparato gubernamental y bajo la

hegemonía de los socialpatriotas. Gvosdiev y, detrás de él, Potriesov, Levitsky, etc. entraron en una habitación. Pero sus conversaciones “entre nosotros” no son suficientes para que salgan. Todo su comportamiento demuestra que tendrán que ser expulsados. Para ello tenemos que reunir fuerzas, es decir, movilizarnos contra ellos. Y sólo podemos hacerlo rompiendo completamente con ellos.

Pero, ¿cómo tratar a los participantes no defensores? Hemos demostrado que su existencia no significa absolutamente nada: todos los grupos obreros tienen una posición social-patriótica. Pero hay grupos, literalmente hablando, que convocan a los trabajadores, no por cuestiones de “defensa nacional”, sino por problemas políticos o de organización. A pesar de las afirmaciones de *Izvestia*, no ignoramos todos estos matices literarios e ideológicos; podríamos hacerlo fácilmente con decenas de citas de números anteriores de *Nache Slovo*. Pero al estudiar estos matices, hemos diferenciado entre los que pertenecen a Potriesov y Gvosdiev, los que marcan el tono político, y los que son puramente literarios, pero sirven políticamente a los primeros. Y creemos que la relación entre estos matices es digna de mención.

Además del nacionalismo declarado de Plejánov, que apenas existe en el bloque “agostino”, *Izvestia* distingue otros tres grupos de partidarios de la participación.

*Primo*, la “corriente” de Levitsky y Cherevin. “No deriva del nacionalismo más que del oportunismo. Pero, ¿qué es el social-nacionalismo, en general, sino oportunismo adaptado a las condiciones de la guerra imperialista? En la medida en que el oportunismo limita los movimientos obreros a la lucha por las reformas, debe buscar inevitablemente el acercamiento a la burguesía, porque para triunfar contra ella sólo se pueden utilizar métodos revolucionarios, no oportunistas. Por eso el oportunismo, fiel a su verdadera naturaleza, sólo puede seguir a la burguesía y ponerse en la vía del nacionalismo y del imperialismo. En este sentido, Levitsky-Cherevin-Mayevsky no difiere de Ebert y Scheidemann, salvo por su tamaño más modesto. No hay que olvidar que en Alemania hay extremistas de derechas, Sudekum y Heilmann, comparables a nuestro Plejánov.

*Secundo*, *Izvestia* señala que una “mayoría significativa de participantes” ha adoptado una “posición más de izquierdas”: que estos elementos aún no comprenden del todo la ideología de los “defensores”, pero que acuden a los comités por la unión de clases. Estos son los partidarios del “uso organizativo” que se preocupan por la forma, ignorando o intentando neutralizar el contenido político real. Es indiscutible que el fetichismo organizativo sin ideología, representado por Ejov y Oransky, desempeñó un gran papel en la orientación política de las esferas dirigentes del bloque de “Agosto”. ¿No se observaba ya este hecho (pero en proporciones más majestuosas) en la socialdemocracia alemana? Allí, es cierto, no se trataba de la “creación” (con la colaboración de Guchkov) de una organización de clase, sino de su *conservación* (con la condescendencia de Hindenburg). Pero esta diferencia, proveniente de las desiguales dimensiones de las organizaciones, no cambia en nada el asunto. Allí, con la única preocupación de asegurar el fondo, las casas, los periódicos, las instituciones, los burócratas fetichistas, tipo Molkenbuhr, seguían pasivamente a los social-patriotas. Aquí en casa, los Ejov y otros “listillos” de *Nache Golos* llaman a los obreros a entrar en los comités de guerra, rogando en vano a los Gvosdiev y a los Cherigorodtsev que no pongan demasiado en evidencia su cara patriótica<sup>132</sup>. Pero la política aborrece el vacío. Los obreros entran en el partido y en los consejos no por la “organización”, sino por la lucha que debe resolver el problema de las clases. Los obreros entran en los comités de guerra, no para “servirse”, sino para la

<sup>132</sup> Existe el peligro”, escribe Ejov, “de embellecer nuestro programa con un color ‘defensivo’. Semejante embellecimiento, lejos de atraer a los obreros, sólo puede desanimarlos y aumentar su pasividad”. En otras palabras, Ejov ayuda a Gvosdiev a atraer al campo de los “defensores” a quienes, hasta ahora, se habían asustado con la teoría de la “defensa”.

defensa de la patria o para obtener concesiones de la burguesía a cambio de apoyo. Esto significa que los socialpatriotas conscientes, Scheidemann y Gvosdiev, se imponen necesariamente a las organizaciones fetichistas y a los doctrinarios del “uso”, como Molkenbuhr, Ejov, y les obligan a servirles.

*Tertio*, la tercera corriente está representada por los “internacionalistas bien definidos”. En este espíritu se expresó en *Nache Golos* una figura conocida e influyente en los círculos mencheviques, el llamado Dan. Sabemos que en los círculos de los kadetes no hay partidarios de esta posición. Pero un comité de industria de guerra no es un parlamento donde se juzgan y (en principio) se resuelven los problemas de la guerra y la paz. “Hay que tener en cuenta”, explica Guchkov, “que las cuestiones políticas están fuera de la competencia de la organización de la guerra. ¿En qué pueden consistir las tácticas de Dan? Si sólo se tratara de entrar en los comités para lanzar consignas contra la guerra, los belicistas y los organizadores, *en principio* no tendría nada de malo. Pero una vez declarada la no participación en los esfuerzos bélicos, sería absurdo seguir siendo miembro del comité. No se puede, al mismo tiempo, pretender formar parte del lema “la lucha internacional por la paz” y permanecer en una institución que sólo se preocupa de producir el mayor número posible de obuses: esta política sería una caricatura del donquijotismo y se agotaría al día siguiente. Pero Dan sólo quiere participar para defender los intereses de clase del proletariado. Así, los representantes de los trabajadores rechazan toda responsabilidad en la ayuda al esfuerzo bélico y se declaran partidarios de la consigna “de la lucha internacional por la paz”, pero se apoyan en la participación colectiva y organizada de los trabajadores en la defensa nacional y, sobre *este terreno*, defienden los intereses de los obreros. Esto prácticamente devuelve al partido al marco definido por Gvosdiev. Está claro que tal táctica presupone un rechazo total de la movilización revolucionaria de las masas contra la guerra. Es un internacionalismo formal, verbal, pasivo y posibilista. Su actividad comienza en el punto en que deja de ser... internacionalista. Las tácticas que, a primera vista, pertenecían a Don Quijote, son, en realidad, sólo las de Sancho Panza. Pero el pragmatismo de estos últimos es tanto más mortífero cuanto que la situación política es dramática. Hay muchos obreros que no pueden asimilar a la vez esta hostilidad irreductible a la guerra y la táctica del “parasitismo”. Quien defiende la consigna de la lucha internacional por la paz no entra en la comunidad de los belicistas. Quien considera indispensable unirse a los comités de guerra adquiere la ideología del socialpatriotismo. Por eso las tácticas supremamente inteligentes de Dan nunca fueron más allá del marco de un periódico.

De lo anterior esperamos que quede claro que no ignoramos los matices que comparten las políticas del bloque de “Agosto”. Pero no nos limitamos a constatar su existencia, sino que las analizamos. Si este análisis es cierto (y creemos que lo es), se desprenden de él conclusiones irrefutables. Sólo los socialpatriotas conscientes, los “gvosdievianos”, tienen importancia política. El resto de matices desempeñan un papel subordinado y secundario. El destino de estos matices dependerá del curso de la lucha entre los socialpatriotas y los internacionalistas. La lucha política contra Gvosdiev no tiene nada que ver con la que se libra contra Ejov y Dan. Se necesitan métodos y argumentos convincentes, no para estos últimos, sino para las masas. Si las masas están convencidas, convencerán a Ejov, o lo vencerán. El lenguaje para las masas debe ser revolucionario, no diplomático y condicional. Para ello, es necesario romper definitivamente con los socialpatriotas ante las masas a las que han desmoralizado y engañado.

#### *Clases y partido, masas y dirigentes*

Es indiscutible que la difusión de las ideas social-patrióticas entre las masas obreras se debe a la ofensiva victoriosa del enemigo el año pasado. Las derrotas han

sumido en la confusión no solamente a los burócratas sino, también, a los trabajadores. Descubrieron su influencia desmoralizadora y paralizante. La consigna “la derrota de Rusia es el mal menor”, válida en el sentido de *previsión teórica*, no lo es en absoluto en el sentido *propagandístico* y, por esta razón, fue rechazada por todas las agrupaciones internacionalistas de Rusia. Ahora está totalmente liquidada: si las derrotas quiebran la voluntad del proletariado, dándole una mentalidad “biológica”, por así decirlo, el partido revolucionario no debe considerar la derrota como una aliada.

Sin embargo, sería absolutamente erróneo creer que las derrotas convierten automáticamente a las masas en partidarias de los socialpatriotas. La derrota (más sorprendente que la propia guerra) plantea a las masas cuestiones insólitas e ineludibles y las lleva a confundirse sobre el territorio “nacional”, sobre la vida cultural y económica y, finalmente, sobre el destino de las poblaciones de las provincias fronterizas. El socialismo revolucionario no ignora estas cuestiones, pero rechaza las respuestas reaccionarias e ilusorias; dice a las masas: “No tenéis otro camino para defender la cultura humana, la independencia de vuestra nación, que la solidaridad internacional y vuestra lucha revolucionaria contra el militarismo y sus bases capitalistas.”

Para que la agitación provocada por las derrotas empuje a las masas hacia el socialpatriotismo, a la respuesta dada por el socialismo revolucionario hay que oponer otra respuesta basada en la mentalidad primitiva de las capas más atrasadas y en la estrechez de sus miras políticas. La prensa burguesa se apresura a dar esta respuesta. Cumple una considerable tarea demagógica al vincular los sentimientos humanitarios de las masas con los ideales sociales del militarismo nacional. Pero el proletariado europeo, incluido el ruso, no está desarmado ante la sociedad burguesa: entre las masas proletarias y las clases burguesas, está toda la organización socialista, y gracias a ella, el proletariado aprende a modificar su actitud ante la ideología burguesa. ¡Qué inmenso papel y también qué aplastante responsabilidad tiene el socialismo en una época como la nuestra! De ello depende la futura orientación de los proletarios: ¿seguirá el movimiento obrero la vía del internacionalismo o se dejará conducir bajo la bandera del socialpatriotismo?

Sería erróneo pensar que las organizaciones socialistas y los sindicatos se han visto abocados a colaborar con el gobierno bajo la presión directa de las masas. Sólo lo hicieron bajo la *enorme presión de la nación burguesa*, cuyos engranajes más importantes estaban en contacto con la burocracia de los partidos socialistas. Es indiscutible que las masas que habían pasado por la escuela de la disciplina no encontraban suficiente fuerza de resistencia a la ideología burguesa que les difundían las propias organizaciones socialistas. El hecho indiscutible sigue siendo que la crisis socialista fue provocada *por la capitulación de las organizaciones de clases dirigentes*, no ante la pasividad de las masas, sino ante *la presión metódica de la burguesía y el poder*. Las consignas socialpatrióticas aparecieron no en el campo donde la organización del partido se apoya en las masas, sino en el campo donde los burócratas del partido, los parlamentarios socialistas y los diplomáticos profesionales (industrial diplomacy)<sup>133</sup> están en contacto con los representantes responsables de la burguesía.

Es un hecho que *allí* donde las organizaciones dirigentes han mantenido las posiciones del internacionalismo, éstas, a pesar de las vacilaciones de las masas, han mantenido e incluso ampliado estas posiciones. *En ninguna parte* ha conseguido la ideología nacionalista ganarse a las masas en contra de la voluntad de las organizaciones dirigentes. Para que el proletariado cayera prisionero de la ideología militarista era necesaria, si no la intervención, al menos la pasividad de las esferas socialistas dirigentes.

<sup>133</sup> *Krieg und Friedensprobleme des Arbeiterklasse*. (Problemas de paz y guerra de la clase obrera).



No sólo por parte de los socialpatriotas, sino también por parte de los internacionalistas pasivos que estaban decididos a adoptar una actitud de espera, la referencia al estado de ánimo de las masas como autoridad suprema que determina el comportamiento del partido socialista adquirió un carácter defensivo (abogadil) que fue francamente admitido o parcialmente ocultado. Una cosa es explicar la crisis de la Internacional en función de las condiciones del movimiento obrero y de las actividades de sus dirigentes, y otra es crear una crisis en el seno de las masas. En el segundo caso, simplemente ignoramos el papel de la organización en el movimiento obrero, y no nos queda más remedio que preguntarnos: ¿dónde están todos nuestros esfuerzos? En el primer caso, en cambio, explicamos por qué y cómo se dio a los dirigentes tal autoridad que su orientación, en el momento de la crisis, arrastró a la de las masas.

Todo lo que decimos aquí se refiere enteramente a Rusia. A primera vista, podría pensarse que el papel de la organización rusa (partido o fracción parlamentaria) en el movimiento obrero no puede compararse en absoluto con el de la organización alemana. Pero, en realidad, no es así. Si, a los ojos del proletario alemán, su partido representa un largo y difícil ascenso, adquirido por la tenacidad y la disciplina, para el proletario ruso, su partido encarna un intento revolucionario y su primer despertar espiritual en una época revolucionaria. Cuanto menos carácter organizativo de masas posea el partido, más concentrada estará su autoridad ideológica y política, y más elevada será la suerte de los estados mayores, dirigentes y medios literarios en los momentos críticos.

Si, en Alemania, la política de las “instancias” (de las centrales del partido) tomó un enorme significado para la orientación socialimperialista del partido; si, en Inglaterra, las “camarillas de los líderes” han adquirido una importancia decisiva en la dirección de la política oficial del proletariado (ver al respecto los artículos de Chicherin en nuestro diario); en Rusia, lo decisivo fue el hecho (en la campaña para las elecciones a los comités de guerra) de que la literatura influyente de uno de los dos grupos que dominaban nuestros partidos históricos adoptara (obviamente, no por casualidad) una posición social-patriótica.

Este grupo es *Nacha Zaria*, *Nache Dielo*, *Samozachita*.

#### *Es esencial aislar al estado mayor socialpatriota*

Los internacionalistas pasivos que, por diversas razones, no se deciden a declarar la guerra a los socialpatriotas, para defender su actitud aluden constantemente a la mentalidad “defensora” de las masas. “La oposición burguesa...”, leemos en el número 3 de *Izvestia*, “ha adquirido inesperadamente un nuevo socio en la forma de la mayoría de los obreros avanzados que, bajo la influencia de la derrota, han decidido hacer causa común con el movimiento que ya estaba comprometido, pero que ha enarbolado la bandera de la ‘defensa nacional’...” “Sigue siendo un hecho”, leemos en otro artículo, “que en toda Rusia la mayoría se ha pronunciado a favor de la colaboración con la burguesía imperialista en lo que se llama la defensa del país.” Si tenemos en cuenta que la “minoría” de los proletarios avanzados, declarándose contrarios a la participación en los comités de guerra, se ha agrupado fuera del bloque de “Agosto”, el cuadro que nos pinta *Izvestia* se hace aún más sorprendente: resulta que casi todos los obreros, partidarios del bloque de “Agosto”, tienen una posición “defensora”. Pero esta imagen, muy alentadora para los señores de *Prisiv* y *Samozachita*, no es afortunadamente más que una caricatura de la realidad.

En el primer capítulo, “Su victoria”, demostramos, basándonos en los artículos de la prensa burguesa, que no hay base para hablar de una mayoría, y menos aún de *trabajadores evolucionados*, partidarios de los socialpatriotas. Hemos sacado las siguientes conclusiones: cuanto más atrasada está la clase obrera, más pasiva se comporta ante la vida política, y más posibilidades tiene el “socialismo” en la industria bélica.

Tenemos un precioso testimonio en el número 18 del periódico *Nache Golos* de Samara, en un artículo del obrero Serobluskin, que se autodenomina, literalmente hablando, un liquidador. Demuestra que la masa obrera menchevique, contrariamente a la posición contraria de las autoridades del partido, se ha pronunciado por una política de “boicot” en relación con las elecciones. Describiendo con tristeza la concepción antirrevolucionaria de los socialistas de los comités de guerra, Serobluskin escribe, además: “Allí, en Piter (Petrogrado), la consigna es: ‘¡Nada de coalición, sino cambio total!’” Las masas dan a la unificación obrera su contenido revolucionario, y sólo sobre la base de esta consigna podemos entrar en contacto con ellas.

Desde este punto de vista característico, así como desde los demás datos de la cuestión, está claro que las relaciones reales entre la masa de los obreros avanzados y los dirigentes del bloque de “Agosto”, son otras que las que nos cuenta la *Izvestia*.

Es evidente que el avance de los ejércitos alemanes iba a sumir en la confusión a las filas de los proletarios. El eslogan (¡salva tu pellejo!) sólo podía beneficiar a la propaganda antirrevolucionaria. Pero es indiscutible que, si el nacionalismo burgués se hubiera encontrado con una falange de internacionalistas entre los dirigentes socialistas, habría sufrido una severa derrota en su llamamiento a las masas. Para que el bloque “imperialista-progresista” hubiera tenido la posibilidad de arrastrar tras su carro a grandes grupos de trabajadores, tuvo que encontrar cómplices entre los dirigentes de los movimientos obreros, dirigentes a los que los trabajadores consideraban dignos de confianza. Si el pánico entre los obreros (pero no tenemos por qué exagerar los efectos de este estado de ánimo), si toda la propaganda burguesa, la presión del aparato gubernamental, e incluso el apoyo caricaturesco de Plejánov, llevaron a una buena parte de los obreros a refugiarse bajo la bandera de la “defensa nacional”, todo ello se debe a la propaganda y a la labor del estado mayor social-patriota, cuya inspiración es el grupo *Samozachita*.

Este estado mayor no es la “víctima” de la presión desde abajo del socialpatriotismo: fue y sigue siendo un instrumento de la presión burguesa e imperialista desde arriba. Explotando la autoridad de la socialdemocracia sobre las masas y los vínculos tradicionales de ciertos círculos obreros con los mencheviques, explotando la desorganización y la incultura de amplias capas de trabajadores, el grupo *Samozachita* desempeña un papel activo e incluso iniciador en el esfuerzo realizado por el socialpatriotismo para someter a las masas a la obediencia de la “defensa nacional”.

Por eso decimos: el problema de los revolucionarios-internacionalistas del bloque “de Agosto” consiste en apoyarse no en los gvosdievanos, sino en las masas que quieren el “cambio total”, en gente como Seroblushkin y aquellos de los que habla. Este problema sólo puede resolverse atacando resueltamente a los gvosdievanos. No se puede empezar esta lucha en nombre del OK, que une a los partidarios de Potriesov y a los de Márto, a los gvosdievanos y a los zimmerwaldianos. A los ojos de las masas, apoyar a esta institución es apoyar a este grupo gvosdieviano que realiza su labor de disolución con la autoridad que le confiere la socialdemocracia. Si en su discurso, Chjeidze se declaró partidario de Zimmerwald (y hay que felicitarle por ello), utilizó sin embargo un doble tono, dando a entender que era difícil mantenerse políticamente de acuerdo con Zimmerwald y esforzarse al mismo tiempo en mantener un terreno común con los gvosdievanos.

Quien ve el hogar del socialpatriotismo en las filas de la “mayoría de los obreros avanzados”, quien deposita esperanzas en la conversión de Potriesov y Bibik, nunca comprenderá qué importancia puede tener la firme resolución de aislar al estado mayor socialpatriota. Pero el que quiere liberar a las masas de las garras de los Potriesov y los

Gvosdiev no puede comenzar su trabajo, correspondiente a los problemas de la época, sin romper abiertamente con los desmoralizadores socialpatriotas.

(*Nache Slovo*, 10 de febrero-15 de marzo de 1916)

### ***La lógica de una mala posición (Respuesta a L. Márto)***

Mártov comienza su artículo acusando a la redacción de *Nache Slovo* de deslealtad. Incluso antes de eso, era el “mal empleo” que estábamos dando a los artículos de Márto. Con la ayuda de Berr (un hombre que piensa como Márto), explicamos que el “mal empleo” vino de la censura que, durante meses, retuvo cartas de Suiza y que, *durante tres semanas, retuvo el artículo de Márto impreso ahora*. Parecía que estos hechos deberían haber llevado a Márto a ser cauteloso. Pero como el caso se refiere a la redacción, de la que Márto es uno de los miembros, considera que sería superfluo observar la reserva en sus acusaciones. Así que piensa que “sabemos lo que hacemos” cuando ponemos a los socialpatriotas y a los mencheviques en la misma bolsa y ocultamos sistemáticamente a los lectores la posición característica del Grupo Unificado de Petrogrado. Ya hemos expresado nuestras concepciones en los artículos “Las tinieblas” y “En los agrupamientos” (números 53 y 54), y la nueva trabajo de Márto no incita en modo alguno a la necesidad de revisar nuestros juicios. Pero la acusación más directa queda por resolver: que hemos guardado silencio sobre la posición de los unificados. Hacemos saber a los lectores que a menudo hablamos de ello durante nuestro primer año de publicación, pero luego, cuando se hizo todo ese “ruido” alrededor de los comités de guerra, los unificados desaparecieron de nuestras columnas. ¿Puede un periódico internacionalista ruso ocuparse de Scheidemann, Vandervelde y Renaudel y no publicitar el hecho de que, gracias a los buenos oficios de la OK [Comité de Organización], 200.000 trabajadores rusos han sido reclutados bajo las banderas de la “Defensa Nacional”? Nos comportamos igual tanto con el socialismo ruso como con el socialismo belga y alemán, y tocamos la campana de alarma cuando fuimos testigos de que la “defensa” provocaba una mancha de aceite en el bloque “agosto”. Seguiremos argumentando que el socialismo ruso tiene derecho a alzar su voz en el seno de la [II] Internacional sólo en la medida (como lo expresó Rothstein) en que “barra cuidadosamente su propia puerta”.

Pero, ¿qué pasa realmente con los unificados? En primer lugar, ¿es un error que hayamos hablado a menudo de ellos! Lo hacíamos cada vez que teníamos noticias de ellos, y rara vez ocurría. En segundo lugar, también es un error que los hayamos ignorado durante la campaña para las elecciones a los comités de guerra. Cuando Márto escribe que “ni siquiera el diligente Boretsky (Uritsky) hizo ningún esfuerzo por obtener información sobre los unificados”, no debe ser tomado en serio, porque no siempre dice “lo que es”. Sobre este tema Boretsky nos escribió; dos veces, en el número 7, nos comunicó que “según ciertas informaciones”, “los unificados están llevando a cabo una campaña que no es lo suficientemente independiente y enérgica”, y “que van demasiado lejos en su colaboración con el OK”, (número 47). Boretsky nos informó que, *según Plejánov*, los unificados tenían “aproximadamente” la misma posición que parte del bloque “agosto” solidario con Márto. ¡Estos dos comunicados de prensa muestran lo lejos que están nuestros redactores y Boretsky de la explicación tendenciosa de la actividad de los “unificados”! También muestran cuán lejos está Márto de “lo que es, es”.

Más adelante ahora.... Según Márto, hemos guardado silencio sobre las noticias sobre los unificados contenidas en *Sozial-demokrat* número 50. No, nosotros no lo hicimos. Dedicamos un artículo de fondo a este tema en el número 68. Mejor aún.... El autor del artículo “Lo que es, es” (¡este título suena irónico!) escribió que ignoramos el artículo 50 para no tener que explicar la posición de los unificados y decirle al lector que

Gvosdiev era miembro. No es vierto: hablamos de Gvosdiev, pero no como dijo Márto, sino como dijo *Sozial-démokrat*: que Gvosdiev, actual colaborador de *Samozachita* y del periódico de Samara *Nache Golos*, era miembro de los “unificados”. ¿Por qué no dimos esta información hasta el 21 de marzo y no antes? Márto dice que teníamos el número en nuestras manos mucho antes del 6 de marzo. Si Márto es tan categórico, es porque, contrariamente al título de su artículo, no sabe que “lo que es, es”. Recibimos la primera copia después del 6 de marzo. Teníamos todas las razones para guardar silencio sobre el contenido de este artículo, ya que la posición del Grupo Unificado parece más ventajosa que en los comunicados de prensa de Boretsky.

Podríamos dejarlo así. Pero estamos convencidos de que en este caso Márto no dejará de enviarnos algunas correcciones más: ¿usted afirma, él nos escribiría, que no recibió el número 50 antes del 22 de marzo y, sin embargo, en el número del 1 de marzo, una declaración de los delegados de Petersburgo hace referencia al número 50? Apurémonos y evitemos un... error de Márto. La “declaración” de los mandatados nos fue transcrita por Bukvoied (Riazánov), y gracias a él pudimos publicar el documento con tres semanas de antelación.

Vemos que todos los hechos y fechas están en contra de Márto. Esto no habría ocurrido si hubiera empezado una polémica de principios contra nosotros en lugar de buscar un mosquito. Por eso debemos aconsejarle: antes de lanzar nuevas acusaciones sobre la base de combinaciones complicadas y tortuosas, es mejor que se explique mediante una carta directa; esto le evitará cometer nuevos errores... y aún mejor, evitará una polémica en las columnas del periódico de la que lo mínimo que podemos decir es que es infructuosa.

Todavía tenemos dos o tres comentarios más que hacer sobre lo que Márto está diciendo sobre el caso.

La declaración, de la que Márto hace tanto alboroto, ya la habíamos encontrado en *Berner Tagwacht*. Confirma nuestras declaraciones sobre la posición de Dann: políticamente no tiene ninguna posibilidad de concretarse y la participación en los comités de guerra sólo puede hacerse bajo el signo del socialpatriotismo. Como nos dice Márto, ¡los “moscals” (moscovitas) están a favor de la “defensa”, mientras que los “peters” (petersburgueses) están a favor de la “salvación”! Por este asombroso “análisis”, no vamos a referirnos al telegrama de los gvosdievanos a los moscovitas, ni tampoco al telegrama de los petersburgueses a Guesde. Tomemos la declaración del diputado Tchjenkely en la дума: “*Al mismo tiempo que nuestros camaradas belgas y franceses tienen libre participación en la defensa de su país, la clase obrera rusa se ve impedida por el poder de llevar a cabo su autodefensa. La reacción preferiría ver a la nación caer en las garras del desastre, venderla y entregarla, en lugar de conceder la autodefensa al pueblo.*”

Parece que las sutilezas filosóficas entre “defensa” y “salvación” no son suficientes para cambiar los colores de los gvosdievanos por los de los internacionalistas. Para Márto, Gvosdiev está dispuesto a adoptar la fórmula bidireccional de la “salvación”, pero cuando se trata de actuar, ante los ojos de sus socios capitalistas, se manifiesta como partidario de la “defensa”. Y Márto, que estaría muy dispuesto a “balancear” a Gvosdiev, se ve obligado por la lógica de su posición a blanquearlo políticamente... Pensamos que una posición, que tiene una lógica tan mala, es digna de ser llamada una mala posición.

(*Nache Slovo*, 9 de abril de 1916)

### ***La fracción socialdemócrata de la дума. Política revolucionaria y política pasiva de esperar a ver qué pasa***

A menudo nos hemos referido a la falta de precisión de la posición adoptada por la fracción parlamentaria liderada por Chjeidze, y consideramos inaceptable hacer la vista gorda ante el hecho de que la prolongación de esta indecisión (frente al crecimiento de los “elementos socialpatrióticos”, por un lado, y de los internacionalistas, por el otro) podría llevar a la facción a una posición sin salida.

Liebnecht nos ofrece el ejemplo de las tácticas agresivas e incansables de un parlamentario en medio de un parlamento imperialista. Sería incómodo llamar a esta agresividad “temperamento”; se deriva de la particularidad de su posición y de los problemas políticos. Todos los ataques de Liebnecht provienen de sus esfuerzos por oponer al proletariado a la guerra y a sus líderes. Considera esencial preparar la “intervención revolucionaria del proletariado” (ver declaraciones a los compañeros de los sindicatos, *Nache Slovo*, número 55). Cree que la guerra sólo puede detenerse en un futuro próximo con la intervención del proletariado, construye toda su política con la convicción de que se acerca el “período de las grandes conquistas del proletariado”. No busca un lenguaje común con la mayoría imperialista; por el contrario, incluso en asuntos secundarios, elige fórmulas que sólo pueden despertar la hostilidad de la burguesía y los socialpatriotas, pero que despiertan en las masas el sentimiento de incompatibilidad mortal entre el socialismo y el imperialismo. Encontrar la fuerza en uno mismo para llevar a cabo una política similar en la atmósfera enemiga de un parlamento contemporáneo sólo es posible para quien se esfuerza por ser la voz de “la intervención socialista del proletariado”. Aunque celebra la transición del grupo Haase a la oposición abierta, Liebnecht, impresionado por las deficiencias de muchos miembros de este grupo, se expresa así: “No tienen el deseo ni la valentía de darle al proletariado una consigna revolucionaria.”

Nuestros diputados no tienen esta táctica revolucionaria y agresiva. No quieren quedar atrapados en sus intervenciones enérgicas contra el poder en cuestiones de política interna. El problema supremo en la vida de las masas populares, como el de nuestro tiempo, es la *guerra*. Así pues, la energía de nuestros parlamentarios se debilita a medida que se acercan a este problema.

Los socialpatriotas *revolucionarios* (muchos de ellos se denominan así) creen que, *aceptando la guerra*, contribuirán al desarrollo de la “revolución nacional” criticando la *conducta del gobierno* en la guerra. Esta estimación es comprensible desde un punto de vista lógico, pero obliga a buscar un lenguaje común con el bloque progresista y reduce la crítica “revolucionaria” a consideraciones de política interna y técnica militar. Así que esta estimación, internamente lógica, es en política la más lamentable de las utopías. Miliukov ha dado rienda suelta a su realismo e impudicia política para explicar que cualquier cálculo de patriotismo sobre la revolución era desesperado.

Pero nuestra facción parlamentaria no hace esos cálculos, lo que la honra. Ese es el lado negativo de su posición. Pero eso no es suficiente todavía. Hay dos posibilidades: o la movilización revolucionaria del proletariado *contra* la guerra (esto significa una ruptura con el bloque progresista), o la política de *esperar a ver qué pasa*. La actividad de nuestros parlamentarios se desarrolla entre estas dos corrientes, con preferencia por el internacionalismo pasivo. La perspectiva de la movilización revolucionaria del proletariado contra la “empresa nacional” (guerra), es decir, contra la dinastía, la nobleza y la burguesía imperialista, asusta a nuestra gente con su carácter de “callejón sin salida”. La oposición revolucionaria del proletariado, no sólo a la reacción sino, también, al bloque imperialista, sólo puede lograrse si se tiene una visión clara de que la guerra es, para toda Europa, “el período de las conquistas del proletariado” y que la ofensiva política

del proletariado ruso es sólo una de esas conquistas y que el destino de la política de lucha antiimperialista en Rusia depende, en última instancia, sólo del resultado de la lucha revolucionaria en toda Europa. Nuestros diputados no tienen una concepción clara del internacionalismo revolucionario. Incluso si rechazan las concepciones nacionalpatrióticas, con demasiada frecuencia se ven desarmados frente a ellas. Esta es la razón fundamental de las incoherencias de nuestra facción parlamentaria y del carácter atentista [de espera a ver qué pasa] de su internacionalismo.

Pero, por otro lado, todavía hay un motivo más directo y, por lo tanto, más peligroso: los vínculos entre la fracción y los líderes socialpatrióticos. Para que nuestros diputados puedan instar libremente desde la tribuna parlamentaria a los obreros a que no se dejen atar de manos por la política de los “defensistas”, ellos mismos deben tener las manos libres de cualquier conexión con estos mismos defensistas, ya se llamen Potriesov o Tchjenkely.

(*Nache Slovo*, 20 de abril de 1916)

### *Sin pivote*

A todos los camaradas internacionalistas mencheviques que, con sentimientos encontrados, siguen la polémica entre el Secretariado para el Extranjero del OK y *Nache Slovo*, sólo podemos aconsejarles que releen atentamente el número 4 de *Izvestia*. Les rogamos que se salten las acusaciones de “mala fe” que, por otra parte, son totalmente inapropiadas y carecen de fundamento. Pero insistimos en que los camaradas verifiquen tranquilamente (con el periódico en la mano) el grado de exactitud de todo lo que escribió *Nache Slovo* sobre la situación en la fracción menchevique en particular y en nuestro partido en general.

La cuestión de las relaciones entre los círculos “dirigentes” y *las bases*, en el bloque “de Agosto”, respecto a la política de los socialpatriotas, fue siempre el pretexto para violentas contradicciones entre nosotros y el secretariado. *Izvestia* opinaba que el socialpatriotismo venía *de abajo* (de la base), de la mayoría de los elementos proletarios que, bajo la impresión de las derrotas, se agrupaban bajo las banderas de la defensa nacional. En cuanto a los dirigentes, la mayoría de ellos (según *Izvestia*) fueron convocados al comité por razones que nada tenían que ver con la política de “defensa”. Esta era también la concepción del secretariado. Nosotros adoptamos la postura contraria. Los lectores comprenden la importancia de la contradicción. Exigir la ruptura total con los socialpatriotas sólo se justifica si la “política de defensa” es ejercida por los dirigentes, es decir, por la burguesía imperialista a través de los cuadros socialpatriotas<sup>134</sup>.

Comprobémoslo ahora con la ayuda del último número de *Izvestia*. Esto es lo que leemos en una carta de Petersburgo: “La división en dos corrientes bien distintas se hace de arriba abajo. Pocos siguen indecisos o dudan. *De éstos, no hay ninguno entre los obreros conscientes y organizados*. Y la brecha entre los internacionalistas y los nacionalistas, es decir, en nuestro idioma, entre los “defensores” y los “antidefensores” se ensancha constantemente. Desgraciadamente, este no es el caso en las universidades. La mayoría no se adhiere oficialmente a ninguna tendencia. Entre ellos *hay representantes de ambas corrientes*. Por parte de los mencheviques, ninguna opinión general. La organización petersburguesa lleva mucho tiempo pidiendo en vano a OK que dé explicaciones sobre este tema, pero se niega obstinadamente a hacerlo con el pretexto de que hay asuntos más importantes que resolver. Creo que es por miedo a una escisión;

<sup>134</sup> Ver, por ejemplo, en nuestras EIS: “[El socialpatriotismo en Rusia](#)”. O en esta obra, más arriba página 279 y siguientes.

pero también creo que los “defensores” pueden intuir que se avecina una derrota si la cuestión se plantea formalmente a todo el país.”

Si consideramos el conjunto de Rusia, no temo decir que “la defensa” domina entre los literatos, la intelligentsia en general. Lo mismo ocurre, por desgracia, entre los obreros más avanzados, los especialistas, los obreros cualificados y, por tanto, bien remunerados. Pero entre las masas mencheviques, la “defensa” está ausente, e incluso es vista con odio.

Lean atentamente estas líneas sumamente instructivas, como toda la carta, y díganos: ¿no es esto una negación perfecta de lo que pretende el Secretariado para el extranjero y no es una confirmación total de lo que afirmamos? Y cuando la redacción del *Izvestia*, que nos abruma con una avalancha de epigramas, añade: “El informe de nuestro corresponsal confirma exactamente lo que escribimos en nuestro número 3 sobre la situación real en Rusia”, ¿esta afirmación nos desarma por su brusquedad! ¿Qué grado de desorganización política para tomarse en serio semejante declaración!

Todo el número 3 de *Izvestia* está dedicado a demostrar lo peligroso que es “forzar” la frontera entre los círculos dirigentes de los “defensores” y la mentalidad desorganizada de las bases. En polémica con el grupo menchevique parisino que intentaba superar el nivel habitual de pasividad, el *Izvestia* respondió lo siguiente: “Para una abrumadora mayoría de los trabajadores de nuestro partido, el fondo de nuestras querellas con los socialpatriotas, ya sean rusos u occidentales, sólo está empezando a emerger”. En contradicción con este intento de ocultar la bancarrota de los dirigentes del bloque por la desorganización de las bases, la carta de Petersburgo comunica que: “elementos indecisos o indeterminados entre los obreros conscientes, ¡no hay, por así decirlo, ninguno!”

El caso es muy distinto en lo que respecta a los compañeros dirigentes. La redacción de *Izvestia* protegió al OK durante dos meses contra nosotros y contra el grupo de París, demostrando que su posición internacional “se expresaba de forma suficientemente decidida”. Para contrarrestar esto, la carta de Petersburgo afirma que el OK oficialmente no ocupa ninguna posición, que se niega obstinadamente a aclarar la posición menchevique. En otras palabras, las bases pueden llamar a la puerta todo lo que quieran, porque son los “defensores” los que se sientan en el KO.

Como ven, la información facilitada por nuestro corresponsal confirma lo que habíamos escrito sobre la situación real en Rusia. Palabra por palabra. Con qué condescendencia e indignación, el número 3 de *Izvestia* rechaza la exigencia de *Nashé Slovo*: “¡Romped con nuestros militantes!”. Tomad este número 3 en vuestras manos y léedlo con atención: referencias a la incultura de los trabajadores, esperanzas en la gran fuerza de un proceso histórico e incluso epigramas imprudentes sobre “una ligereza digna de un culebrón” de quienes exigen una ruptura con el estado mayor socialpatriota.

¿Qué dice la carta de Petersburgo al respecto? “Insistimos en una posición claramente definida del menchevismo. Y si el OK no está dispuesto a hacerlo, tomaremos el asunto en nuestras manos. *Personalmente, la división me parece inevitable*: probablemente, los “defensores” no se someterán”.

No queremos decir que los camaradas mencheviques, de los que habla el autor de la “Carta”, defiendan una posición claramente internacionalista. Pero está claro, no obstante, que se esfuerzan en ganar la vía del internacionalismo. Y para ello se apoyan en el personal socialpatriota que manda en el OK y que se encarga de obstruir todos los esfuerzos de los mencheviques de izquierda. “Personalmente la ruptura me parece inevitable”, nos dice el autor de la “Carta”, visiblemente contaminado tras veinte meses de guerra por “una ligereza digna de un culebrón”.

Ahora está claro que “la información facilitada por nuestro corresponsal confirma todo lo que escribimos en nuestro número 3”. Muy cierto; donde “nosotros” escribimos

sí, el corresponsal escribió *no*, donde nosotros habíamos escrito *más*, él escribió *menos*, donde nosotros tenemos *negro*, con él se vuelve *blanco*. Pero aparte de estos ligeros detalles, ¡sólo se trata de una perfecta coincidencia!... ¡La propia ironía se desarma ante este descalabro nunca antes visto, nunca antes oído!

(*Nache Slovo*, 4 de mayo de 1916)

### ***Argumento en forma de coz***

La guerra, que se ha convertido en un componente “orgánico” de Europa, ha vuelto a entrar en un período de sobresaltos. Los ejércitos aliados están haciendo esfuerzos desesperados para romper el círculo encantado, encantado por ambas partes. Esta vez, la iniciativa fue transferida a Rusia, ya sea porque los aliados querían conocer la capacidad de combate del ejército ruso antes de comenzar, o porque no era posible realizar ofensivas simultáneas. No estamos en condiciones de juzgar si, sobre la base de los resultados de las recientes operaciones militares, los estados mayores aliados han considerado que las tropas rusas son capaces de llevar a cabo una ofensiva metódica y decisiva. Sin embargo, es innegable que la prensa francesa nunca ha sido tan reservada, a pesar de los síntomas favorables. Aparte de unos pocos periodicuchos que destacan el ya gastado cliché de la “famosa apisonadora”, el resto de la prensa ha tenido tiempo, después de dos años de guerra, de entender que la guerra se ha convertido en una cuestión de material, que la ofensiva es un gasto sin sentido del material y que cualquier ofensiva de gran estilo sólo se puede llevarse a cabo si el país garantiza un suministro constante de este material. Después de las alternativas de éxito y derrota, se establece que las producciones bélicas han alcanzado el mismo nivel. Los factores subjetivos como la elección de los generales, la mentalidad del combatiente, la coordinación de los esfuerzos, tienen gran importancia, pero no pueden producir milagros. Por eso no esperábamos y no esperaremos milagros.

Nuestros lectores (tanto nuestros amigos como nuestros oponentes de buena fe) saben que nunca hemos hecho que el destino del socialismo dependa del resultado de la lucha. Los socialpatriotas nos acusan de dos pecados. Primo: ignoramos las causas directas de la guerra, limitándolas a la rivalidad imperialista de las grandes potencias; segundo: también ignoramos la posible influencia que la victoria de un bando u otro pueda tener en el desarrollo de la democracia y el socialismo. Aceptamos estos dos cargos; nuestra lucha contra los socialpatriotas comenzó, precisamente, por ellos.

Por eso la posición adoptada por *Prisiv* nos parece inesperada; *el frente austriaco está perforado*, escribe este periódico único en su género, y *por consiguiente ¡el frente zimmerwaldino está perforado!* ¿Por qué medios? Podemos evaluar con mayor o menor precisión el equilibrio de poder y las consideraciones estratégicas. Pero se nos acusa (y con razón) de basar nuestra política en la relación entre el imperialismo y la revolución proletaria. Entonces, ¿de qué manera el avance de los ejércitos rusos de unos pocos kilómetros destruye los principios y métodos de Zimmerwald? Y, si Verdun cayera, y siguiendo la lógica de *Prisiv*, ¿no confirmaría eso las concepciones de Kienthal?

Es obvio que nos enfrentamos a un puro absurdo. Sin embargo, podemos discernir una especie de lógica entre la gente de *Prisiv*. Dieron lo que una vez consideraron los ideales y problemas del socialismo al gran estado mayor. En el más mínimo éxito del gran estado mayor, ¿ven una respuesta a argumentos teóricos y conclusiones políticas que van más allá de la medida de sus cerebros? Pero, aunque coloquemos todo su bagaje intelectual en la grupa de un caballo cosaco, no se deduce de ello que la política de Zimmerwald pueda ser revertida por un argumento en forma de una coz.

(*Nache Slovo*, 29 de junio de 1916)



### ***Divergencia fundamental***

*Las bases políticas del “internacionalismo” de la industria de guerra. Dos líneas de táctica que se excluyen mutuamente*

En el número 5 de *Izvestia* (publicación a la que pertenecen Axelrod, Mártoov, Martínov, etc.) se publican dos declaraciones, sobre la guerra, de los mencheviques moscovitas y petersburgueses. La primera está firmada por el Grupo de Iniciativa moscovita y el Grupo KD; la segunda solamente por el Grupo de Iniciativa. La amplitud de los documentos, como sucede a menudo, viene acompañada por una extraordinaria vaguedad. Los autores se declaran partidarios de Zimmerwald y se esfuerzan en formular una posición internacionalista. Pero los rasgos característicos de esta última son casi inapreciables, mientras que, por sus conclusiones, esa posición se apoya sobre los Comités de Industria de Guerra.

“En el conflicto mundial actual [escriben los autores de los documentos mencionados] nuestra comprensión de los problemas nos tiene que diferenciar de la de la burguesía, incluso de la burguesía democrática [¡...!] Tenemos que preocuparnos no solamente de la suerte de la patria sino por captar las contradicciones fundamentales del momento, darnos cuenta del peligro contra el que es necesario defenderse, no solamente desde un punto de vista nacional puramente egoísta sino, también, desde el punto de vista de toda la Internacional”. Esta cita es característica del espíritu del documento que expresa ideas simples en términos complicados, adaptados a la mentalidad de “defensores” que revela este documento. Declarándose en principio contra los “defensores”, los grupos arriba mencionados se dirigen no a las masas trabajadoras sino a los socialpatriotas. Es completamente natural que busquen un lenguaje común con ellos. Y hay que decir que lo encuentran fácilmente.

Ya hemos dicho que los dos grupos mencheviques adherentes a Zimmerwald defienden tácticamente (¡y con qué ardor!) la necesidad de participar en los Comités de Guerra: por ello es preciso entender que no es para ocuparse de la “defensa” sino para “hacer avanzar los problemas”, “para reunir fuerzas”, etc. Así, el acuerdo con los socialpatriotas parece ser, en principio, puramente táctico. Pero unos están a favor de la “defensa” y otros de la lucha internacional. Mártoov y otros mencheviques han acusado a menudo a *Nache Slovo* de no querer ver la contradicción entre los motivos que empujan por una parte a Potriesov y por la otra a Dann a entrar en los Comités de Guerra. Les hemos respondido con la pregunta: ¿cómo es posible que nuestros “internacionalistas”, en completa contradicción política con los socialpatriotas, puedan coexistir bajo la férula de Gvosdyev? Se nos ha respondido con referencias a problemas no explicados, a malentendidos, y se ha propuesto suspender la lucha contra los gvosdyevianos hasta que lleguen mensajes explicativos y llenos de exhortaciones del Secretariado para el Extranjero. Pero incluso tras la recepción de esos mensajes, los internacionalistas no se han rendido. Por el contrario, el difunto *Nache Golos* de Samara y los documentos que acabamos de citar, defienden el “anarcosindicalismo” dándole la espalda a la política de la industria de guerra y esforzándose conscientemente en mostrar que *razones de principio perfectamente suficientes* militan a favor de una colaboración con Gvosdyev. En la explicación de esas razones se encuentra, en nuestra opinión, el principal significado de los dos documentos.

“La guerra ha contribuido ampliamente a los procesos de organización de las fuerzas generales políticas en Rusia. La oposición burguesa, cuyo principal error consiste en su indiferencia hacia las cuestiones de organización fundamentales de la sociedad rusa y hacia las tentativas del proletariado para resolverlas, esta oposición se ha comprometido en la vía de la agrupación de las fuerzas colectivas. El proletariado está interesado en sostener el trabajo políticamente organizador de la oposición y de llenarlo con la fuerza

de trabajo de una amplia democracia. El proletariado *debe basar su táctica* en el principio de coordinación de las actividades políticas. Debe dirigir sus primeros golpes no contra los adversarios de una futura Rusia plenamente democrática sino contra los partidarios de la actual dictadura de la nobleza y la burocracia.”

Se vuelve a encontrar la “táctica de base” en el segundo documento. “en nuestra lucha contra el poder tenemos que buscar contactos con la oposición burguesa.” Y más adelante: “la burguesía no puede derrocar el poder sin el proletariado, igual que tampoco el proletariado lo puede hacer sin la burguesía”.

Aquí está el quid de la cuestión del problema mismo, a diferencia de las embrolladas explicaciones de las que se sirve *Izvestia* para definir su posición.

Los internacionalistas en la industria de guerra no quieren asumir la responsabilidad de la “defensa”. Insisten en la imperiosa necesidad de combatir al zarismo sin preocuparse por las consecuencias directas de la guerra. Pero estiman que el proletariado no puede luchar más que con la cooperación de la oposición burguesa. Por este motivo piden que los proletarios entren en las instituciones de la “defensa liberal-burguesa”.

Esta posición, falsa de cabo a rabo, liga de la forma más estrecha a los internacionalistas con los socialpatriotas y nos explica por qué los primeros, bajo la bandera gvosdyeviana, son hostiles a los internacionalistas revolucionarios.

Si marchamos en dirección a una revolución en la que la burguesía, concertadamente con el proletariado, combatirá al poder, nos será necesario, evidentemente, esforzarnos en llegar a la coordinación de las acciones políticas. Y como la actividad política de la burguesía de oposición se desarrolla en el terreno de la “defensa nacional” (imperialismo), para no romper con la burguesía necesitaremos colocarnos en el mismo terreno, “declinando” cualquier responsabilidad en las acciones del militarismo. Encontrarse en un terreno común con la burguesía se traduce en subordinar el movimiento revolucionario al movimiento opositor de la burguesía liberal. El proletariado, por lo que parece, no puede derrocar al poder “sin la burguesía”. Ello significa que el proletariado está destinado a la derrota si se gira contra la burguesía. Aunque los internacionalistas reconocen (¡en las declaraciones!) la independencia del movimiento obrero, someten a ésta a una pequeña restricción (bajo la forma de la coordinación) y la colocan bajo el dominio de la política del liberalismo. Como éste coloca su oposición bajo la dependencia de la política extranjera, “el principio de la coordinación de las acciones políticas” lleva a que los comités de industria de guerra se conviertan en simples engranajes dóciles en los que la energía revolucionaria del proletariado quedará limitada y después neutralizada a la espera de una cooperación revolucionaria de la burguesía. *Y esto es independiente del hecho: ¿quién ocupará los comités? ¿los gvosdyevianos o los partidarios de Dann?* La política del proletariado (por intermedio de la coordinación de las acciones políticas) dependerá de la política del imperialismo con la diferencia respecto a los socialpatriotas que quedará oculta por quilómetros de declaraciones.

#### *Dos líneas de táctica que se excluyen mutuamente*

Acabamos de ver que los internacionalistas de la industria de guerra (el Grupo de Iniciativa, etc.) admiten el principio de la coordinación con los gvosdyevianos. La oposición burguesa, parece ser, está en ruta para reunir a las fuerzas dispersas. Visiblemente se trata del bloque progresivo, de los consejos municipales, de los comités de guerra, etc. En breve, de las fuerzas de las clases burguesas sobre una base imperialista y que colaboran, de hecho y en principio, con una oposición formal a la burocracia. La misma esencia de la obra política de la oposición consiste en desarrollar y profundizar los efectos del 3 de junio; contra la reconciliación con la monarquía, con los agrarios, con los financieros y con los industriales sobre una base capitalista, la oposición burguesa queda

limitada y sometida de antemano. Pensar y esperar que la presión de una oposición burguesa supere el marco de los juegos de sociedad y se ejerza para el derrocamiento de la monarquía (imperialista), es no entender nada sobre los agrupamientos sociales y políticos rusos, tampoco sobre los desarrollos históricos. La presión “opositora” burguesa no tiene solamente por objetivo conservar su influencia sobre las clases burguesas sino, también, amarrar a la disciplina del poder imperialista, a través de la intelligentsia pequeñoburguesa y, por medio de ésta, a las masas trabajadoras. Si en Francia la forma republicana y la enraizada tradición de la revolución, si en Alemania la potencia cultural e industrial, sirven para disciplinar la conciencia del pueblo y someterla al poder imperialista, en Rusia el único recurso de la burguesía es esta gesta opositora que completa y oculta la colaboración imperialista, o como en el caso de los cadetes complacencia de mala calidad.

El zarismo no puede ligar las masas al 3 de junio, que no es una concepción fortuita y pasajera sino la expresión rusa de la combinación paneuropea de fuerzas históricas. El socialpatriotismo no representa en Rusia una capitulación directa y franca ante el poder sino una coordinación de las fuerzas políticas con el cuerpo burgués a fin de ejercer una presión sobre el régimen. Pero el papel servil del liberalismo es tan evidente que el socialpatriotismo, es decir la trasposición del “cadetismo” al movimiento obrero (Potriesovianos, Gvosdyevianos), se ve llevado inevitablemente a comprometerse y privarse de la confianza de las masas trabajadoras. Igual que al imperialismo le es indispensable la oposición liberal para contener a la burguesía, también el “internacionalismo” en la industria de guerra le es indispensable para mantener a las masas bajo la obediencia, no directamente pero no menos eficazmente. Es evidente que no se trata de los comités de guerra en sí mismos sino de la concepción histórica de las tácticas fundamentales que se deducen de ello. La declaración de los mencheviques moscovitas y petersburgueses ofrece las garantías indispensables no al internacionalismo sino al bloque imperialista. El trabajo de este último (sobre la base de un imperialismo bárbaro) es el “agrupamiento de las fuerzas colectivas”. Y el proletariado tiene la obligación de ayudar a esa obra. La victoria de la revolución plantea como condición la colaboración del proletariado y de la burguesía imperialista. Una política independiente del proletariado se ve como una tentativa desesperada. Aunque disimulado bajo raudales de elocuencia, sobresale que la lucha de los proletarios solo es una ayuda al desarrollo del liberalismo que no es otra cosa, a su vez, que un apoyo del imperialismo. Así, a primera vista, la alianza de Zimmerwald con los gvosdievianos es incomprensible. Colaborar con la burguesía liberal contra Gvosdyev, o a pesar de él, es imposible; él es el lazo indispensable. Pero llevar a semejante colaboración a amplias capas de trabajadores por medio de los manifiestos de Plejánov, o de las conversaciones de Gvosyev con Sturmer, es aún más imposible; son necesarios principios más elevados, eslóganes más populares. De ahí la necesidad de los “internacionalistas” de referirse a Zimmerwald, al menos en su fraseología, pues la esencia revolucionaria de Zimmerwald, como lo muestran los documentos citados, es para sus autores un libro de los siete sellos (¡del hebreo!).

Basar su táctica en una cooperación con una actividad imperialista, por tanto, antirrevolucionaria, es rechazar no solamente el internacionalismo sino, también, la revolución. Es más justo decir: del rechazo a una política internacionalista y proletaria independiente se deduce el rechazo a llevar el combate revolucionario contra el zarismo. ¿Qué fuerzas revolucionarias puede reunir el proletariado a su alrededor si tumba la bandera de una lucha implacable contra el bloque imperialista? La cuestión sólo puede resolverse con la práctica de la lucha revolucionaria. Pero si el proletariado ruso no puede él “solo” derrocar al régimen ello significa solamente para nosotros: sin el proletariado europeo, pero no sin la burguesía rusa. Está fuera de toda duda que la revolución en Rusia

no puede llevarse “hasta el final” más que en relación con la revolución proletaria victoriosa en Europa. De esta perspectiva se deduce la necesidad de la más estrecha coordinación con el proletariado europeo (¡Ahí está Zimmerwald!), pero en ningún caso con la burguesía rusa. La coordinación de las acciones del proletariado europeo no puede tomar un carácter atentista, es decir que la fraseología del internacionalismo no le puede servir de paravientos a la pasividad nacionalista. Rompiendo todos los lazos con los partidarios de la “defensa”, movilizándolo a las masas proletarias contra el bloque imperialista, liberaremos a la oposición alemana, ampliaremos su influencia en toda Europa y lanzaremos a los zimmerwaldianos sobre todo el continente. Está claro que esta (nuestra) política nos levanta violentamente contra la oposición burguesa rusa. Esta perspectiva atemoriza a los autores del documento, oportunista hasta la médula, e intentan, a su vez, asustar al proletariado. Precisamente en ese terreno es donde es preciso entablar la lucha. Ahí es donde hace falta plantear la cuestión elevándola al rango de alternativa de principios: ¿la coordinación con la burguesía liberal o con el proletariado europeo en nombre de la revolución europea?

Poner la cuestión a esta altura es comenzar una lucha sin cuartel contra la ideología y la política cuya expresión está contenida en la declaración de los mencheviques petersburgueses y moscovitas e impresa en el número 5 de *Izvestia*.

(*Nache Slovo*, 19 y 20 de julio de 1916)

### *Dos caras*

El criterio político para diferenciar entre los “defensistas” y los internacionalistas lo tenemos en relación con los comités de industria de guerra. No hemos perdido de vista todos los matices en el campo de los socialistas pertenecientes a estos comités. Pero hemos dicho: la resolución *positiva* de la cuestión de la participación en estos comités y la consiguiente lucha contra los opositores a dicha participación deberían haber asegurado infaliblemente el predominio de los social-patriotas. Los distintos matices sólo desempeñan el papel de “asesores”. Por el contrario, una clara oposición a los comités como órganos de la “empresa nacional”, por la lógica objetiva de las cosas, sería el momento crítico en el desarrollo de la táctica internacional. Esta era nuestra estimación.

Según Márto, nos obstinamos en cerrar los ojos al hecho de que “la discriminación entre partidarios de la participación y boicoteadores no coincide en Rusia con la separación entre internacionalistas y ‘defensistas’”. Sin embargo, resulta que no estamos solos en el mundo con nuestro criterio. Leemos en una circular (febrero) de la Comisión [Socialista Internacional] de Berna, con motivo del despertar del movimiento socialista, las líneas siguientes: “En Petrogrado, más de cien mil obreros se declararon en contra de la participación en los comités de guerra y se negaron así a asumir la responsabilidad de la guerra.” Así, Zimmerwald<sup>135</sup>, como criterio, definió la conducta a mantener en relación con los comités y reconoció a sus boicoteadores y sólo a ellos. Se podría suponer que Zimmerwald había sido mal informada o engañada por *Nache Slovo*. Pero no, la humanidad, un poco asombrada, se enteró por el número 4 de *Izvestia* de que la estimación citada anteriormente sobre los comités de guerra de Petersburgo se hizo *a propuesta del representante del OK [Comité de Organización], Márto*.

¿Significa esto que Márto ha cambiado su opinión sobre este punto? No, por qué... Apenas un mes después se indignaba en el artículo “Lo que es, es” de que *Nache Slovo* opusiera a los zimmerwaldianos a los gvosdievanos y demostrara en bellos vuelos de fantasía que Gvosdiev no era Gvosdiev, pues está a favor de la “salvación” no de la

<sup>135</sup> Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista, serie en estas mismas EIS.

“defensa” de la nación. ¿Por qué no se le ofrece una colección de artículos de Mártoov a la Secretaría de Asuntos Exteriores? ¿Sería un libro realmente instructivo!

No habríamos retomado este tema si no nos hubiéramos encontrado con un nuevo hecho de lo más lamentable.

En un folleto publicado por él en alemán, el secretariado, “deseoso de informar a los camaradas del extranjero sobre la posición de una parte de los marxistas rusos y polacos en cuestiones de política socialdemócrata”, ha publicado un proyecto de manifiesto, propuesto en Kienthal por el representante del OK. “Con este fin”, como se dice en el prefacio, se expone la traducción de una parte de la declaración de los mencheviques de Petersburgo y Moscú.

Ya hemos familiarizado a nuestros lectores con la posición de los grupos de “Piter” y Moscú, que han basado, como es sabido, su internacionalismo en la industria de la guerra.

La primera parte de la declaración presenta una exposición bastante confusa de las concepciones “zimmerwaldianas” de la guerra y la “defensa nacional”. Uno se pregunta qué podrán aprender los camaradas extranjeros de este embrollo. La segunda parte trata de las conclusiones extraídas por los grupos mencionados. “La solución del conflicto a escala internacional... debe basarse en *la estructura política del proletariado en los marcos nacionales*. La situación exige, como *táctica fundamental* del proletariado, no atacar a la burguesía liberal”, parte principal del bloque imperialista, sino “coordinar políticamente las actividades”, es decir, *colaborar* con ella. Por ello, se recomienda realizar esta tarea en los comités de guerra y agruparse en torno a Gvosdiev y Cherygorodtsev. Parece que, si se quisiera *informar* a los camaradas extranjeros, habría que hacerlo, *de buena fe*, en la primera parte del documento, porque es precisamente allí donde se menciona la posición de los marxistas rusos y polacos. ¿Qué hace la Secretaría de Asuntos Exteriores? Titula: “Extracto de la declaración”, para asegurar sus espaldas y rechaza toda la parte esencial del documento (que oculta a los camaradas extranjeros) que se refiere a los principios de Zimmerwald.

Afirmamos que ni un *solo* internacionalista extranjero, al leer la primera parte del documento, adivinaría que los autores recomiendan unirse a los comités de guerra para aglutinar al bloque imperialista. Precisamente para “ocultar” a los camaradas extranjeros “lo que es, es” se presenta la cara de Zimmerwald a la [Segunda] Internacional. Desde el punto de vista de la información política, estos procedimientos no tienen nombre. Pero se desprenden de la política oficial y no oficial del bloque de “agosto”: éste tiene dos caras, una llamativamente internacionalista y zimmerwaldiana, y la otra naturalmente gvosdiana.

(*Nache Slovo*, 29 de julio de 1916)

### ***Los agrupamientos en la socialdemocracia rusa***

La situación en el seno de la socialdemocracia rusa se ha aclarado durante estos dos años de guerra y crisis, hasta el punto de permitir un estudio de los resultados, clasificar los grupos internacionalistas que aún no han ocupado un lugar bien definido y sacar las conclusiones indispensables para definir la línea de la futura orientación política.

1.- El grupo *Prisiv* ha ofrecido una bandera a todos los elementos dispuestos a las concesiones, “tránsfugas”, chovinistas y abiertamente antirrevolucionarios, que han ayudado a los imperialistas a falsificar el socialismo y a perseguir a los revolucionarios de la socialdemocracia. Para los internacionalistas no hay duda de la actitud que hay que tomar ante esta agrupación “amarilla” que, además, no tiene ningún futuro en las filas de la Internacional.

2.- El grupo *Samozachita* (Potriessov y compañía). Se sitúa entre el “bloque de agosto”, con el que está orgánicamente vinculado, y el *Prisiv*, del que difiere ideológicamente en algunos puntos de detalle. Es un grupo incomparablemente más serio, con vínculos seguros con los elementos oportunistas a la cabeza del movimiento obrero y con la “sociedad burguesa”. Este grupo representa la rama rusa del social-patriotismo (Scheidemann, Renaudel, etc.) y, dadas las condiciones de Rusia, es de la peor calidad.

3.- El “bloque de agosto” presenta una textura mucho más complicada.

El trabajo político de este bloque se desarrolla casi exclusivamente sobre la base de la participación en los comités “defensistas” de la industria de la guerra. El Grupo de Iniciativa de Petersburgo y el Grupo de Moscú basan su táctica en la coordinación de la acción con la burguesía liberal-imperialista.

Las diferencias en este medio comienzan en el campo de la estimación de la participación en los comités de guerra: los netamente social-patrióticos exigen que esta participación se haga bajo la bandera “defensista”. Los otros, sometiendo de hecho la política del proletariado a la oposición “defensista” de la burguesía, hacen este trabajo declarándose internacionalistas y haciendo votos platónicos de solidaridad con Zimmerwald<sup>136</sup>.

La lucha mutua entre estas dos tendencias, que paraliza el OK [Comité de Organización], no impide que permanezcan juntas en el marco de la organización de “agosto”, sobre la base de la “defensa”.

En el centro del “bloque de agosto” se concentran las agrupaciones de la industria bélica: moscovita y petersburguesa, bajo la bandera del social-patriotismo combativo.

4.- En la fracción parlamentaria, es la desintegración crónica. Tchkhaidze y Skóvelev declaran, desde la tribuna, su solidaridad con Zimmerwald y rechazan cualquier responsabilidad política hacia el OK. No han protestado ni una sola vez contra la participación en los comités de guerra.

Si bien es cierto que las declaraciones de este grupo parlamentario dan un apoyo definitivo a los zimmerwaldistas alemanes, franceses e italianos y en este sentido juegan un papel progresista, su posición en la política interna y en particular en los problemas internos del partido es equívoca y amenaza con convertirse en una tapadera de la cooperación proletaria con la burguesía liberal.

5.- En los límites del “bloque de agosto” encontramos el (así llamado) Secretariado de Asuntos Exteriores, más cercano al ala derecha de los zimmerwaldianos (Ledebour, Bourderon, etc.). Pero al seguir vinculado a la fracción parlamentaria, revela su incapacidad de liberarse de este vínculo y de movilizar a los elementos revolucionarios de los mencheviques contra los socialpatriotas reconocidos que actúan sin conciencia. Por el contrario, el secretariado siempre ha salvaguardado la unidad del “bloque de agosto”, sofocando las contradicciones tanto como ha podido y reforzando la posición de los socialpatriotas. Combatió con mayor energía a los internacionalistas revolucionarios, en particular a *Nache Slovo*, al tiempo que se reconciliaba con la política de “defensa”.

En definitiva, el “bloque de agosto”, cuya ala derecha apoya a los socialpatriotas (*Samozachita*), se acerca, por sus elementos de izquierda, al longuetismo. En la medida en que, en las condiciones que ofrece el régimen de Sturmer, no puede mantenerse por mucho tiempo entre los proletarios un socialpatriotismo declarado a imagen y semejanza de Plejánov y Potriessov, *la política del “bloque de agosto” presenta el mayor peligro*. Al amparo de la bandera zimmerwaldiana, se realiza una labor de subordinación de las esferas dirigentes del proletariado a la burguesía imperialista. En estas condiciones, sólo una lucha concertada y enérgica de todos los internacionalistas contra el “bloque de

<sup>136</sup> Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista, serie en estas mismas EIS.

agosto” puede reducir al mínimo la influencia antirrevolucionaria del nacionalismo y del oportunismo en el movimiento obrero ruso.

6.- En el campo de los internacionalistas rusos encontramos en primer lugar la agrupación “socialdemócrata”. Hemos señalado a menudo los rasgos característicos de este grupo, que no le impiden ser un importante factor revolucionario, pero le privan de los medios para captar los elementos revolucionarios del movimiento. Desde el principio de la guerra, el grupo socialdemócrata se comportó de manera hostil hacia la consigna de la lucha por la paz. Como ha demostrado la experiencia, esta consigna permite la movilización de la oposición proletaria, y sólo sobre esta base los internacionalistas revolucionarios pueden llevar a cabo con éxito su trabajo. La fórmula “guerra civil”, aunque describe con precisión la creciente y contradictoria dureza del conflicto de clases, pierde su significado al oponerla a la de la “lucha por la paz”. Por fin, la fórmula paradójica y contradictoria “la derrota de Rusia es el mal menor”, crea dificultades a nuestros homólogos alemanes y no enriquece en absoluto nuestra propaganda; al contrario, la dificulta y proporciona un arma eficaz para la demagogia socialpatriótica. Esta exageración de las consignas revolucionarias es tanto más peligrosa cuanto que el grupo socialdemócrata las transforma inmediatamente en criterios absolutos de internacionalismo. Estos rasgos negativos no nos impiden, y ahora menos que nunca, reconocer la franca necesidad de coordinar nuestra acción con la de los “socialdemócratas”.

Esta coordinación de este tipo sólo puede ser eficaz a condición de un acuerdo total y orgánico de todas las diversas agrupaciones en el extranjero y en Rusia que, sobre la base del internacionalismo revolucionario, combaten despiadadamente el liberalnacionalismo, cuyo trabajo sobre las masas obreras se realiza no sólo bajo la bandera del *Prisiv* y del Samozachita, sino también bajo la cobertura del “bloque de agosto”.

Este acuerdo es tanto más indispensable cuanto que responde a la necesidad de un agrupamiento *internacional* único. La izquierda zimmerwaldiana, aunque sin duda desempeña un papel progresivo en la unificación de los zimmerwaldianos, no incluye actualmente a todos los grupos y fracciones revolucionarias. Sólo la creación de vínculos ideológicos y orgánicos entre todos los elementos internacionalistas-revolucionarios y la ampliación de la unificación revolucionaria pueden ser una garantía seria contra las sorpresas y los retrocesos en el proceso de desarrollo de la Tercera Internacional.

(agosto de 1916)

### ***El viaje del diputado Chjeidze***

*Kavkazkoe Slovo* reproduce información publicada en el periódico georgiano *Tanamedrove Azri* sobre la visita del diputado Chjeidze (invitado por la población) a las localidades de la Baja Imericia, donde se produjeron disturbios a raíz del alto coste de la vida. El diputado tomó la palabra en una asamblea popular, celebrada en la iglesia de Samtredi, con el permiso de la administración. El coronel Príncipe Mikeladze pronunció el discurso de apertura, tras lo cual el pope Jundfadze se dirigió al pueblo en un breve discurso. Luego, Chjeidze, en un largo discurso, demostró la nocividad de todo tipo de excesos y, en el propio interés de la población, demostró la imposibilidad de luchar contra el alto coste de la vida mediante el saqueo y la destrucción de los bienes creados por el trabajo del pueblo. El diputado invitó a los participantes a mostrar iniciativas individuales en un esfuerzo conjunto para crear cajas de socorros y cooperación para mejorar la difícil situación de los aldeanos. La asamblea adoptó una resolución condenando todos los actos de violencia y llamando a la calma a los habitantes. Por la noche, el gobernador de Novo-Senak aprobó la celebración de la reunión y los términos de la resolución.

En Poti, el 23 de julio, el diputado pronunció un discurso muy brillante, colorido y bien argumentado sobre la situación económica actual, que fue muy aplaudido.

Estos son los comunicados de la prensa rusa. Si esta es la verdad (y, desgraciadamente, la relación entre los hechos mencionados no deja lugar a dudas), debemos plantearle a la opinión general de la socialdemocracia revolucionaria algunas cuestiones sobre el significado político del comportamiento del Sr. Chjeidze.

Como resultado del alto coste de la vida, se han producido “disturbios” en el Cáucaso. Por “disturbios” entendemos agitación, actos de violencia, saqueo de tiendas, etc. Si se produjeran en Alemania semejantes acontecimientos, sacaríamos como conclusión un estado de profunda insatisfacción de las clases más bajas de la población. No tenemos ninguna razón para juzgar de otro modo si estos hechos están ocurriendo en Rusia, no en Sajonia sino en Imericia. No tenemos ningún interés político en recomendar el saqueo de tiendas o la “destrucción de la propiedad de la gente”. Por el contrario, debemos explicar a las masas que los rendimientos no deben ser objeto de violencia episódica contra los bienes de consumo y los especuladores. Estas son las primeras verdades. El diputado podría y debería exponérselo a las masas excitadas. Pero, ¿será suficiente?

Es cierto que el diputado subrayó la necesidad de desarrollar iniciativas en el área de la asistencia mutua, cooperativas, etc. Ante estos consejos sobran los comentarios. Pero, de nuevo, ¿será suficiente? Es innegable que el coronel y el pope invitaron al pueblo a no saquear, sino a preocuparse por construir cooperativas. Cuando Jvostov (el sobrino) fue llamado al ministerio del interior, en su programa recomendó luchar contra el alto coste de la vida a través de las cooperativas. Así, la consigna “no pogromos, sino cooperativas” se ha convertido en la consigna oficial de los periódicos y partidos de los que cargan con la responsabilidad de la guerra y sus consecuencias. Para desarrollar en Samtredi y Poti este apaciguador programa gubernamental, no había necesidad de un orador socialdemócrata.

El deber de este último era disipar las nubes de las mentiras oficiales y no mantener las ilusiones de las masas, sino abrir los ojos ante las causas reales de la vida cara y las responsabilidades. Esta era la única manera posible de convertir las ideas de Zimmerwald en eslóganes accesibles a los trabajadores. ¿Es posible, después de todo, que Chjeidze hablara de esta manera y que la prensa burguesa con su deshonestidad fundamental distorsionara sus palabras? Tal suposición sería plausible y atractiva. Pero, por desgracia, va en contra de la lógica de los hechos. Si el Chjeidze se hubiera fijado el objetivo de explicar a las masas hambrientas y desesperadas el significado de la guerra y las verdaderas causas de la vida cara, como orador socialdemócrata, no habría podido contar sin dificultades con la ayuda del coronel Mikeladze y el pope Judadze. ¡Después de un discurso socialrevolucionario, digno de un auténtico zimmerwaldiano, la multitud no podría haber adoptado una resolución que el gobernador aprobase! Si el diputado hubiera presentado el punto de vista revolucionario sobre la guerra, no habría tenido la oportunidad de explicarse con toda tranquilidad.

Francamente, el papel del diputado bajo la égida de un gobernador, un coronel y un pope fue un espectáculo lamentable. En el mejor de los casos, es el papel de un liberal blando que simplemente se contenta con agitar las manos de una manera tranquilizadora. ¡Para llegar ahí, no era necesario adherirse a las ideas de Zimmerwald!

En más de una ocasión, los miembros de la fracción parlamentaria de kadete han aclamado a la oposición alemana y, en particular, a Liebkecht. Pero esta oposición nunca ha asumido la tarea de pacificar a las multitudes de mujeres hambrientas con la cooperación de la administración de Hohenzollern. Junto a Liebkecht, nunca hemos visto ni coroneles ni pastores; los “sctzmänner” (policías) no le abrieron el camino entre



la multitud y los consejos provinciales no aprobaron sus resoluciones. Liebknecht apareció en la plaza pública al grito de “¡Abajo la guerra! ¡Abajo el gobierno!” La policía lo apresó y los coroneles alemanes, con la bendición de los pastores, ¡lo “pusieron a la sombra” durante 4 años! ¡Así es Liebknecht!

No todos los que saludaron al diputado revolucionario por Potsdam tienen la obligación de igualarle en coraje y decisión. Ningún diputado socialista está obligado a ser un Liebknecht. Pero quienquiera que se adhiera a las ideas de Zimmerwald (bajo la bandera de Liebknecht) no puede comprometer impunemente esta bandera.

(*Nache Slovo*, 3 de septiembre de 1916)

### ***Más sobre el viaje del diputado Chjeidze***

En el Boletín número 1 del Comité para el Extranjero de la Bund (septiembre de 1916), leemos un artículo difuso de MártoV (“El peligro de la simplificación”) que defiende el famoso viaje del diputado Chjeidze. Además del informe de los hechos y otros detalles, el artículo contiene una filosofía de acción política relevante para el caso en cuestión. Pero lo que nos interesa sobre todo son los elementos tangibles del artículo.

MártoV habla de la participación del pueblo ruso en los pogromos caucásicos causados por la vida cara. A este respecto, el alcalde de Sujumi telegrafió al diputado Chjeidze. Según el periódico marxista caucásico, la policía de Sujum había arrestado a un tal Karp Pedanov a la cabeza de la multitud rugiente y había encontrado un documento firmado por Purichkievich en el que se recomendaba a Pedanov como “un personaje capaz de dirigir una multitud y que posee el arte de levantar a las masas”. Fue entonces cuando el diputado socialdemócrata entró en la lucha contra esta propaganda<sup>137</sup>.

Sobre la base de estos datos, MártoV no sólo no está de acuerdo en que la gira de Chjeidze sea “muy lamentable”, sino que también considera que el diputado ha cumplido con su deber socialista. Si este viaje ha sido duramente criticado por la prensa socialista, lo ha sido porque los críticos utilizaron el apoyo ofrecido por el periódico *Kavkazkoe Slovo* dirigido por el muy conocido “centuria negra”, Tymoshkin, y han ofrecido a los lectores una “imagen completamente falsa” del comportamiento del diputado. La mejor prueba de ello es la presencia del oficial Mikeladze, “bien conocido por sus actividades radicales” y la del pope Jundadze, “procesado en 1905 por su participación en el movimiento kadete”.

Con esto concluye la presentación de los hechos en la primera parte del artículo. No hay duda de que ha convencido a los lectores convencidos de antemano.

Empecemos con la fuente: el periódico *Kavkazkoe Slovo*. ¿Está dirigido por Tymoshkin? Eso no lo sabemos. Es posible que éste sea el caso. Pero este es el siguiente hecho: *la referencia hecha por el periódico es una traducción del periódico marxista georgiano*. MártoV guarda silencio sobre este tema, aunque sabe muy bien de lo que está hablando. Así que MártoV sabe muy bien lo que está haciendo, cuando guarda silencio sobre la verdadera fuente de la información de los “Cien Negros”.

Por otro lado, *Kavkazkoe Slovo* puede haber dado una traducción engañosa. ¡Se tenía que haber dicho! Pero llama la atención que el propio Chjeidze (¡una personalidad bastante interesante!) nunca ha contradicho la información reproducida por gran parte de la prensa de “izquierda” (incluido el periódico menchevique *Golos*, de Samara), de modo que los trabajadores rusos han sabido del viaje del diputado lo que los “Cien Negros” Tymoshkin querían que supieran.

<sup>137</sup> Señalemos que los burgueses de Tiflis y otros lugares tienen muchos motivos para “hinchar” las actividades de los “Centurias Negras” a fin de disimular sus propias especulaciones sobre los productos alimenticios.

Es aún más sorprendente que el periódico reaccionario descubra una extraordinaria simpatía por Chjeidze, cubriéndolo de flores por su brillante discurso, su humor, su don de persuasión, su influencia en las bases, etc. ¿Por qué no se pregunta MártoV qué interés tiene Tymoshkin en alabar a Chjeidze y “concederle demasiada importancia”? ¿Ha realizado un trabajo que cumpliera con los deseos de los “jefes” de Tymoshkin?

Pero Chjeidze “hablaba de la situación política en Rusia”. Pero Chjeidze, (¡escuchen con atención!) dijo a la burguesía Tiflis que “no estaba dispuesto a limitarse a interpretar las causas de la situación actual”. Desafortunadamente, ni las agencias telegráficas ni MártoV nos dicen lo que el honorable miembro dijo realmente sobre la situación política en Rusia. Nos inclinamos a creer que dijo muchas cosas buenas. Nadie piensa que Chjeidze escribió su discurso sobre la base de las “soplos” proporcionados por Tymoshkin; en este caso, ¿necesitaría la burguesía de Sujum y Tiflis un diputado socialdemócrata para calmar a la multitud? Sabemos que la resolución adoptada condenaba (lo que es normal) el saqueo de comercios y recomendaba la creación de cooperativas y que entonces “la resolución obtuvo la plena aprobación del gobernador, quien recomendó que las autoridades *no crearan ningún obstáculo para la realización de la serie de reuniones previstas por el diputado*”. Este hecho nos basta para demoler el hermoso mosaico de MártoV. Es lamentable que este último no diga ni una palabra del gobernador. ¿Se habría unido a algún movimiento...? O ¿estaría.... retirado...? No, no es su estilo: porque da órdenes a la policía de no molestar al diputado de ninguna manera, reservándose argumentos irrefutables en caso de que las conclusiones de Chjeidze no tengan el efecto deseado. Vemos que MártoV es muy elocuente cuando se calla.

En este punto, nuestro autor se asemeja al diputado Chjeidze que habla muy bien de la “situación política en Rusia”, pero que sabe callarse aún más elocuentemente sobre las únicas consignas elementales que podrían justificar su acción. Porque (y MártoV estará de acuerdo con nosotros) si Chjeidze no hubiera silenciado sus eslóganes, no habríamos tenido en cuenta las medidas adoptadas por el gobernador, la presentación de Tymoshkin y los telegramas de las agencias, estas conmovedoras manifestaciones de “¡La Unión Sagrada!”

Todas las banalidades sobre la “espontaneidad” y la “conciencia” que MártoV nos anega con un poco de aire de superioridad muy injustificada, atraen la plena aprobación de la redacción del “Boletín”. Pero no pueden ocultar al lector atento que el diputado Chjeidze hizo, durante su viaje, un trabajo que no era el suyo y que no ha aportado la espontaneidad de los primeros elementos de la toma de conciencia *socialista*.

Precisamente por las mismas razones que hacen que el viaje de Chjeidze satisfaga al gobernador, a la burguesía de Tiflis, a Tymoshkin, a los organismos oficiales y a los radicales en sotana (¿y a los comentaristas de Zúrich...?), ¡lo declaramos escandaloso!

(*Nachalo*, 3 de noviembre de 1916)

## X. La crisis del socialismo francés

### *Se va una época [Bebel, Jaurès y Vaillant]*

Hoy, ha sido entregado a las llamas el cuerpo de Vaillant...<sup>138</sup>

Toda una era del socialismo europeo se está yendo. No sólo ideológicamente, sino también físicamente, por la desaparición de sus más eminentes representantes. Bebel murió durante la conferencia de paz en Bucarest, entre la guerra de los Balcanes y la guerra actual. Recuerdo el día en que, en la estación de tren de Ploesti, [Gherea](#)<sup>139</sup>, un escritor rumano, originario de Rusia, me contó la noticia. Al principio me pareció increíble, al igual que la historia de la muerte de Tolstoi; para todos aquellos que estaban conectados con la vida política alemana, Bebel parecía una parte inseparable de ella. En aquellos tiempos lejanos, la palabra “muerte” tenía un significado muy diferente en el lenguaje humano del que tiene ahora. Bebel ya no estaba. ¿Qué iba a ser de la socialdemocracia alemana? Recordé lo que había oído decir a [Ledebour](#)<sup>140</sup> cinco años antes sobre su partido: 20 por ciento de revolucionarios decididos, 30 por ciento de oportunistas, el resto con Bebel.

La muerte del viejo Liebknecht ya había sido una primera advertencia para la generación anterior, que podría tener que abandonar la escena antes de haber cumplido lo que consideraba su misión histórica. Pero mientras Bebel estuvo allí, hubo una conexión viva con el período heroico del movimiento, y los rasgos poco heroicos de los líderes de la segunda hornada no se manifestaron con tanto relieve. Cuando comenzó la guerra y se supo que los socialistas estaban votando por los créditos militares, uno se preguntaba a pesar de sí mismo: ¿Cómo habría actuado Bebel? Axelrod dijo en Zúrich: “No puedo aceptar que Bebel dejara que la fracción del Reichstag se rebajara tanto: contaba con la experiencia de la guerra de 1870 y cargaba con las tradiciones de la Primera Internacional a sus espaldas; ¡no, nunca!” Pero Bebel había desaparecido, la historia lo había dejado de lado para permitir que se manifestaran libremente los sentimientos y el estado de ánimo que, casi imperceptiblemente, pero aún más irresistiblemente, se habían acumulado en la socialdemocracia durante los largos años de su lento crecimiento orgánico.

En esos momentos Jaurès también estaba muerto. La noticia de su asesinato llegó a Viena en la víspera de mi partida<sup>141</sup> y no me impresionó menos que los primeros estruendos de la tormenta mundial. Los acontecimientos grandiosos hacen que uno sea fatalista: la personalidad se desvanece cuando de causas distantes o directas, profundas o superficiales, surgen la confrontación entre los pueblos armados. Pero la muerte de Jaurès, que precedió a esta confrontación de masas impersonales, marcó los acontecimientos

<sup>138</sup> De este texto presentamos dos versiones; la primera se corresponde con la ofrecida en la obra de Tête de Feuilles mientras que la segunda está tomada de la [editada ya hace tiempo](#) en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

<sup>139</sup> Katz, conocido como Constantin Dobrogeanu, más conocido bajo el seudónimo de Ion Gherea como novelista, fue el maestro de toda una generación de socialistas rumanos. Trotsky estuvo vinculado a él desde 1913. Recordemos que August Bebel, el líder de la socialdemocracia alemana, murió el 13 de agosto de 1913. [Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#): “[Dobrogeanu Gherea](#)”].

<sup>140</sup> Georg Ledebour fue uno de los líderes “radical-izquierdistas” de la socialdemocracia alemana, más tarde “centrista”. [Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#): “[Lebedour y Hoffmann](#)”].

<sup>141</sup> Advertido el 3 de agosto de que los austriacos tendrían que detenerlo como “ciudadano enemigo”, Trotsky dejó Viena esa misma noche para ir a Suiza. [Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#), “[El estado de ánimo en la socialdemocracia austríaca](#). Victor Adler. [Salida hacia Zúrich](#)”, página 2 formato pdf; o en esta misma obra, más arriba en página 30 y siguientes].

inminentes con la huella de una conmovedora tragedia individual. Era la variación más majestuosa del antiguo, pero nunca envejecido, tema de la lucha del héroe contra el destino. Una vez más, el destino fue el vencedor. Jaurès yacía allí, con la cabeza atravesada por una bala. El socialismo francés fue decapitado y uno se preguntaba qué lugar hubiera ocupado Jaurès en los acontecimientos.

Parecía que, al prepararse para la desintegración de la [Segunda Internacional](#) después de veinticinco años de existencia, la historia había aligerado su carga eliminando a dos hombres que simbolizaban el movimiento de toda esa época: Bebel y Jaurès.

La personalidad de Bebel encarnaba el tenaz y continuo ascenso de la nueva clase. Este frágil y seco anciano parecía estar hecho de una voluntad tensada hacia un solo objetivo. En su pensamiento, en su elocuencia y en sus obras escritas, no gastó ni una sola energía que no condujera directamente a la meta. No sólo era enemigo de la retórica, sino ajeno a todo disfrute estético como tal. Esta era la belleza superior de su patética política. Personificó la clase que aprende en sus pocas horas de ocio, disfruta cada minuto y absorbe con entusiasmo lo estrictamente necesario.

Jaurès, por otro lado, había desaparecido; su mundo interior consistía en tradiciones ideológicas, imaginaciones filosóficas y poéticas, y tenía rasgos aristocráticos tan claramente marcados como los rasgos democráticos plebeyos de la fisonomía de Bebel. Aparte de esta diferencia psicológica entre estos dos tipos, el extornero y el exprofesor de filosofía, había también una marcada diferencia lógica y política de concepciones entre Bebel y Jaurès. Bebel era materialista, Jaurès era un idealista ecléctico, Bebel estaba completamente comprometida con los principios del marxismo, Jaurès era un reformista, un ministerialista, etc. Pero a pesar de estas diferencias, ambas se reflejaron en la política, a través del prisma de las culturas políticas alemana y francesa, en una misma época histórica. Era la época de la *paz armada*, tanto en las relaciones internacionales como en las nacionales.

La organización del proletariado alemán crecía sin cesar, las arcas se llenaban, el número de periódicos, diputados y concejales, aumentaba constantemente. Al mismo tiempo, la reacción se mantuvo fuertemente en todas sus posiciones. De ahí la necesidad de una colisión entre las dos fuerzas opuestas en la sociedad alemana. Pero esta colisión tardó mucho tiempo en producirse, y los recursos de la organización fueron aumentando automáticamente, tanto, que una generación entera ya había tenido tiempo de acostumbrarse a este estado de cosas, y aunque todos escribieron, dijeron o leyeron que el conflicto decisivo era tan inevitable como el encuentro de dos trenes marchando en sentidos opuestos por las mismas vías, se había dejado de sentir esta inevitabilidad en su interior. El viejo Bebel se diferenciaba de muchos otros precisamente en que, hasta el final de su vida, estaba profundamente convencido de que los acontecimientos estaban destinados a llegar a una conclusión inevitable, y en su setenta cumpleaños habló con concentrada pasión sobre la cercana hora de la revolución socialista.

En Francia no hubo un crecimiento tan constante de la organización de los trabajadores ni un dominio tan abierto de la reacción. Por el contrario, la máquina estatal basada en el parlamentarismo burocrático parecía accesible a todos. Cuando Jaurès, como en el caso de Dreyfus, repelió los ataques del clericalismo y el monarquismo secreto o declarado, consideró como inmediatamente posterior el período de reformas. Su antagonista, Jules Guesde, dio a las tendencias o perspectivas marxistas en la situación de Francia un carácter sectario; fanático profundo y convencido, esperó durante décadas el golpe liberador, ardiendo internamente con el fuego de su fe e impaciencia. Jaurès se había situado en el terreno de la democracia y la evolución. Consideró que su tarea era despejar el camino de los obstáculos reaccionarios y hacer del mecanismo parlamentario el arma de las reformas sociales más profundas, que refundiría, racionalizaría y limpiaría

todo el orden social. Sin embargo, el desarrollo económico de Francia avanzaba con extrema lentitud, las relaciones sociales conservaban su carácter anticuado, las elecciones seguían a las elecciones, cambiando las agrupaciones políticas en el caleidoscopio parlamentario sin alterar en modo alguno la correlación de las fuerzas esenciales. Así como en Alemania toda una generación se había acostumbrado a ver el crecimiento de las organizaciones como un fin en sí mismo, en Francia los políticos de segunda categoría se hundían en el parlamentarismo y sólo recordaban los objetivos finales en discursos solemnes.

El mismo proceso psicológico tuvo lugar en el ámbito de las cuestiones políticas internacionales. Después de la guerra de 1870, se esperaba naturalmente su renovación. El militarismo creció implacablemente, pero la guerra se alejaba cada vez más. En la lucha contra el militarismo interno, a ambos lados del Rin se hablaba constantemente del peligro de la guerra, pero al final la mayoría casi dejó de creer en ella. Se había acostumbrado al militarismo y al crecimiento de las organizaciones de trabajadores. Cuarenta y cinco años de paz armada, interna y externa, habían hecho olvidar gradualmente a toda una generación la proximidad de la catástrofe. Y fue precisamente cuando acabó esta obra cuando la historia desató sobre la humanidad la inmensa catástrofe que la prefiguró y llevó a otras.

Bebel y Jaurès reflejaron su época, pero, siendo hombres de genio, la superaban con creces y, por lo tanto, no habrían resultado tan sorprendidos como sus mediocres colaboradores. Pero dejaron la arena a tiempo para dar a la historia la oportunidad de experimentar el pleno efecto de la catástrofe en las mentes que no estaban preparadas para ello.

\*\*\*

(Segunda versión)

Hoyle se ha enterrado a Édouard Vaillant.

Fue el único representante sobreviviente de las tradiciones del socialismo nacional francés, del blanquismo<sup>142</sup>, que combinaba métodos de acción extremos, hasta la insurrección, con el más extremo patriotismo. En 1870, en su diario *La patrie en danger*, Blanqui no conocía otro enemigo que el prusiano. Su amigo Gustave Tridon abandonó, junto con Malet, la Asamblea Nacional el 3 de marzo de 1871 porque ésta se había atrevido a aprobar el Tratado de Frankfurt y, por tanto, la transferencia de Alsacia-Lorena a los alemanes. “Lucharé incansablemente contra este tratado criminal [escribió Tridon a sus electores] hasta que sea abolido por la revolución o por vuestro patriotismo.” En todo esto no hay contradicción: Vaillant derivaba de Blanqui y Blanqui de Babeuf y la gran revolución. Esta filiación agotó y cerró para ellos el desarrollo del pensamiento político.

Para Vaillant, aunque era uno de los pocos franceses que conocía verdaderamente el idioma y la literatura alemana, Francia había seguido siendo el país elegido, la nación liberadora que por sí sola despierta con su roce a otros pueblos a la vida moral. Su socialismo era profundamente patriótico, así como su patriotismo estaba teñido de mesianismo. A pesar del lento crecimiento de su población, del retraso de su desarrollo económico y del conservadurismo de su modo de vida e ideología, la Francia actual todavía le parecía *el único país* de movimiento y progreso.

Después de las pruebas de 1870-71, Vaillant se convirtió en un feroz opositor a la guerra, contra la cual, como su compañero de armas en los últimos congresos internacionales, el inglés Keir Hardie (que murió unos meses antes que él) propuso los

---

<sup>142</sup> Edouard Vaillant, médico y antiguo miembro del Consejo General de la [Comuna de París](#), se convirtió, a partir de 1881, en el líder del Comité Revolucionario de la Comuna de París, pequeña organización blanquista.

medios de lucha más extremos. Pero cuando estalló la guerra, toda la historia europea, pasada y futura, se resumió para Vaillant en la cuestión del destino de Francia. En cuanto a él, todas las conquistas del pensamiento y todas las victorias de la justicia habían sido el resultado directo de la gran revolución, que fue, y ha seguido siendo, francesa; en última instancia no pudo dejar de vincular sus ideas a la sangre de la raza. Se trataba de la salvación del pueblo elegido, y por eso Vaillant estaba dispuesto a poner todas las fuerzas en acción. Empezó a escribir artículos en el tono de *La patrie en danger* de Blanqui. Bendijo la espada del militarismo contra la que había luchado tan despiadadamente en tiempos de paz; con la condición de que esta espada, heredada de la gran revolución, cortara la monarquía y el militarismo alemán. Vaillant fue un implacable “hasta el final”. Los editoriales que escribió diariamente al principio de la guerra respiraban un nacionalismo tan escandaloso o, mejor dicho, un chovinismo tal, que los nacionalistas vulgares como Renaudel se sentían un tanto molestos por ellos. En la vieja cabeza del hombre canoso de setenta y cinco años estaba despertando la vieja concepción mecánica de la revolución. Bajo su pluma, el militarismo alemán no era el producto de las condiciones sociales alemanas, sino una superestructura monstruosa que podía ser derribada desde el exterior con un ariete republicano. Vaillant había perdido definitivamente sus ilusiones sobre la “raza” alemana. Cuando en Stuttgart surgió la oposición contra el militarismo y la dirección oficial del partido, empezó a explicar el valor de los socialistas de Wurtemberg por la mezcla de sangre gala y alemana en las regiones del sur de Alemania...

Renaudel, Compère-Morel, Longuet y los demás parlamentarios moderados miraban con preocupación al viejo hombre blanco, el Quijote de la misión revolucionaria de Francia, que parecía no darse cuenta de los profundos cambios de la situación. Unos meses más tarde, Vaillant fue expulsado del periódico *l'Humanité*, cuya dirección pasó a manos de Renaudel, que había sido el popularizador de Jaurès y había heredado todos los aspectos débiles de su genial maestro...

Conocí a Vaillant hace unos meses en el Comité de Acción (una institución “militar” compuesta por la mitad de los delegados del partido y representantes de los sindicatos). Era una sombra de su antiguo yo, una sombra del blanquismo con las tradiciones de las guerras de los *sans-culotte*, en la época de la carnicería mundial imperialista. Vivió lo suficiente como para ver dar al católico Castelnau<sup>143</sup> la espada de la república para derribar a la monarquía de los Hohenzollern. El antiguo blanquista ha muerto en esta etapa de la vida política de Francia y de la guerra.

Francia, y especialmente el socialismo francés, han perdido otro hombre eminente. La mediocridad del interregno les parecerá a ellos, y por desgracia a otros también, aún más importante. Pero no por mucho tiempo. La vieja era está bajando del escenario con sus hombres, la nueva encontrará nuevos.

(París, 22 de diciembre de 1915)

### ***Nuestro concurso***

Dos periódicos parisinos consideraron útil sacudir la apatía de sus lectores mediante un concurso. El primero, *L'Événement*, periódico partidario de la lucha hasta el final, está al parecer estrechamente vinculado a la empresa de armamento Maxim, cuyo patriotismo está a la altura de sus dividendos. El diputado socialpatriota Alexandre Varenne, miembro de la redacción, ha recibido el apodo de “cazador de Maxim”. Como tal, afirma uno de los redactores de *Prisiv*, escribe en el periódico “municionista” bajo el

---

<sup>143</sup> El general de Curières de Castelnau era Jefe de Estado Mayor de Francia en 1914.

pseudónimo de un exdiputado. Y ahora *L'Événement* ofrece 50.000 francos a sus lectores para designar a los guerreros que más se hayan distinguido en los combates.

*Le Bonnet Rouge*, periódico inspirado por el financiero radical Caillaux, adversario del hasta el final, aunque prudente, se permitió, bajo la dirección de Almereyda, jugar con los longuetistas e incluso con los zimmerwaldianos. En armonía con su carácter, la redacción del *Bonnet Rouge* ofrece 5.000 francos al lector que nombre las diez leyes sociales más indispensables.

Animado por estos ejemplos, *Nache Slovo* ha decidido premiar a sus lectores con un concurso. No es complicado. En los números 174 y 175, intentamos decir que el lugar de Jaurès estaba ocupado por... epígonos. Pero el censor tachó dos veces las palabras que caracterizaban a estos epígonos. Según el diccionario enciclopédico, los epígonos son individuos de baja estatura que intentan copiar las ideas de su maestro. Preguntamos: ¿qué palabra tachó el censor? Para facilitar la solución del problema, señalamos que la palabra tachada no contiene ningún secreto político-militar, ni llama al derrocamiento del orden establecido. Desgraciadamente, no podemos ofrecer a nuestros lectores 50.000 francos, ni siquiera 5.000, por razones fáciles de adivinar.

(*Nache Slovo*, 3 de agosto de 1916)

### ***Maniobras de los longuetistas***

Las nubes de polvo levantadas en toda la prensa francesa por el último congreso nacional del partido socialista aún no se han posado cuando se descubre en ellas la cuestión principal planteada por la oposición longuetista: el restablecimiento de las relaciones internacionales. Los longuetistas se pronunciaron a favor de la necesidad de restablecer la [Segunda] Internacional. Esta es la única diferencia “de principis” entre su resolución y la de la mayoría oficial. Pero la pregunta sigue siendo: ¿cómo piensan los longuetistas restablecer las relaciones internacionales, si es que *realmente* lo desean? Sobre este punto, la resolución de los longuetistas se limita a proponer una convocatoria preliminar de los partidos socialistas aliados, esperando (de hecho, prometiendo) actuar a través de esta conferencia en las esferas oficiales del Partido Socialista Francés.

Pero, ¿cuáles son estos partidos aliados? Los partidos italiano, ruso, inglés (ambos), serbio y portugués se adhieren a Zimmerwald. Los nacional-reformistas italianos y el partido Hyndemann, puramente chovinista, no son miembros del antiguo Buró Internacional (y esto es una condición esencial para participar en la conferencia “aliada”).

Fuera de Zimmerwald, aparte del partido francés, sólo queda el partido belga, es decir, las esferas oficiales, porque la voluntad de actuar del Partido Obrero [Belga] está aplastada por la ocupación alemana. ¿Qué esperan los longuetistas?

Piensan que las partes “aliadas” se pondrán de acuerdo en la participación de un solo campo. Confían en que los partidos “zimmerwaldianos” se apresuren a una conferencia con Renaudel y Vandervelde, para ayudar a Jean Longuet a convencer a estos señores de la necesidad de armonizar las relaciones con Scheidemann. Se podría seguir hablando de la ceguera milagrosa de los longuetistas, pero el asunto no termina ahí. Jean Longuet debe saber que el partido italiano ha respondido negativamente a la convocatoria de una conferencia de “aliados”.

Los británicos han hecho saber que están totalmente de acuerdo con los italianos. En cuanto a los rusos, Longuet no se hace ilusiones. Así que los dirigentes longuetistas saben que la mayoría de los partidos “aliados” no quieren saber nada de una conferencia “aliada”.

Y, sin embargo, los longuetistas proponen a las masas esta conferencia sin sentido como la única forma de salvar a la [Segunda] Internacional. Esto significa que, atados de

pies y manos por su política gubernamental, se aprovechan de la falta de información de las masas y sólo buscan una cosa: ganar tiempo. Pero en este caso, ganar tiempo es perderlo. Semejante política nunca podría ser juzgada con la suficiente dureza.

(*Nache Slovo*, 13 de agosto de 1916)

### ***La declaración propuesta al Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales***

La oposición en Francia está formada por dos grupos: los longuetistas y los zimmerwaldianos. ¿Cómo pueden y deben ver estos últimos la política longuetista? La respuesta a esta pregunta es de considerable importancia: para poder existir como organización independiente, los zimmerwaldianos debemos tener claro lo que pretendemos hacer y lo que nos separa de los longuetistas. Si nuestras diferencias fueran secundarias, sería un crimen dividir nuestras fuerzas.

¿En qué la política de los longuetistas? En todas las cuestiones fundamentales marchan de la mano de la mayoría del partido socialista y, por tanto, de los partidos del imperialismo burgués. Los longuetistas consideran la guerra como su guerra. Han inscrito en su bandera todos los lemas que engañan a las masas: “Defensa nacional” ... “Restauración del derecho” ... “Destrucción del militarismo”. Destrucción del militarismo” (mediante la guerra), etc. Son responsables ante la historia de la transformación del socialismo francés en un arma al servicio del imperialismo. A sabiendas, siguen aumentando el peso de esta responsabilidad aprobando créditos militares que sirven para aniquilar a los pueblos.

Esta política es la que siguen los longuetistas, tras dos años de una guerra cuyo significado ya no se le escapa a nadie. Los juzgamos por sus acciones y no por sus pomposos discursos. A la luz de sus acciones políticas, todas las declaraciones “internacionalistas” de los longuetistas carecen de sentido serio. Desde el punto de vista de la lucha de clases, estas declaraciones son una fraseología vacía o, peor aún, un medio de ocultar a las masas el carácter puramente gubernamental del socialismo oficial.

El bloque imperialista-gubernamental necesita el socialismo oficial para disciplinar a las masas trabajadoras y someterlas al militarismo utilizando la autoridad del socialismo. Esto es exactamente lo que ocurre entre el socialismo oficial y los longuetistas que agrupan a su alrededor a los elementos descontentos, apaciguan las conciencias socialistas y les obligan a adoptar esa política que sigue la mayoría guiada por Renaudel.

La primera consigna “opositora” de los longuetistas es la convocatoria de la Buró Socialista Internacional.

Los congresos internacionales, y en particular el último de Basilea, exigían que el BIS continuara su actividad durante la guerra. Pero esta última es caracterizada por la resolución del congreso como la lucha por el cese inmediato de la guerra y la explotación de los terribles daños infligidos a las masas trabajadoras, a fin de movilizarlas contra el capitalismo. Pero los longuetistas, al aplicar mecánicamente las exigencias del Congreso de Basilea, es decir, la convocatoria del Buró Socialista Internacional, no renuncian a la práctica de la “unión sagrada”. Por otra parte, está perfectamente claro que, sobre la base de la paz social dentro de cada nación, la existencia del Buró [Socialista Internacional]<sup>1</sup> no tendría sentido. Además, resulta que la convocatoria del buró en estas condiciones, no tiene prácticamente ningún valor. Así, la consigna principal de los longuetistas (el restablecimiento de las relaciones internacionales) está desprovista de todo contenido socialista; es prácticamente ilusoria y tiene como único efecto apaciguar a las masas presentándoles una brumosa esperanza de la obra salvadora realizada por el Buró Socialista [Internacional]. Cuanto más se desvele la inutilidad de la política de Huysmans, más se opondrá a la fuerza ascendente de Zimmerwald la convocatoria del buró utilizada



como consigna. De ahí la necesidad de que los longuetistas promuevan un nuevo programa. Ahora insisten (con la indecisión que caracteriza su naturaleza) en la retirada de los socialistas del gobierno. Está fuera de toda duda que la lógica y el espíritu de continuación no están del lado de los longuetistas; un partido que participa en la *Unión Sagrada* y apoya la guerra no tiene fundamento para negarse a participar en el poder; mejor aún, mientras un partido considere posible poner miles de millones a disposición de un ministro, tiene derecho a supervisar el uso de estas sumas. El antiministerialismo de los longuetistas sólo pretende apaciguar la conciencia despierta de los trabajadores y desviarlos de su verdadera lucha.

Si la política de la mayoría, encabezada por Renaudel, Sembat y Guesde, entierra el futuro del socialismo francés, la de los longuetistas amenaza con comprometer la idea misma de oposición al socialismo oficial.

A los ojos de las amplias masas populares, el gobierno de guerra, la dictadura militar, el socialismo oficial, el sindicalismo oficial y la llamada oposición de los longuetistas deben fundirse en un solo bloque vinculado por una política y una responsabilidad comunes.

La política longuettista no es exclusiva del partido: encuentra las correspondientes variaciones en las filas de los sindicatos. En el entorno inmediato de los obreros, es impensable la política abiertamente progubernamental de los Sembat y los Thomás. Cuanto más se vincula la camarilla sindicalista con el sangriento carro del imperialismo, más se esfuerzan sus dirigentes (como Jouhaux) en distanciarse, aparentemente, de la política gubernamental, y más se multiplican las declaraciones y los gestos semiopositivos. Su periódico *La Bataille* contiene muchos espacios en blanco, ¡señal de su adhesión a la lucha de clases! La diferencia entre la conducta de los longuetistas y la de los partidarios de Jouhaux proviene de la no identidad objetiva de sus condiciones y de sus actividades: los longuettistas mantienen una apariencia de oposición dentro de la organización del partido, mientras que Jouhaux y compañía forman la mayoría dirigente de la CGT. Por otra parte, Jouhaux y compañía, al no ser diputados, no están obligados a aprobar los créditos y conservan una apariencia de independencia frente a la burguesía parlamentaria. Pero bajo estas diferencias externas, se esconde la misma tendencia fundamental, que se esfuerza en apoyar la política sangrienta del gobierno, enmascarando este apoyo con declaraciones y gestos semiopositivos.

Por lo tanto, definir la posición de los zimmerwaldianos en relación con el longuetismo no es sólo una cuestión socialista interna. Esta cuestión concierne en la misma medida a los sindicalistas revolucionarios, así como la política de la CGT concierne directamente a los socialistas revolucionarios.

Está claro que, a los ojos de los zimmerwaldianos, partidarios de la lucha de clases revolucionaria, no hay ninguna diferencia de principio entre las posiciones de Renaudel y Longuet. Si realmente queremos combatir el socialpatriotismo y frenar la caída del movimiento obrero, tenemos el deber de repetir por doquier a los trabajadores la verdad sobre el longuetismo: éste no es más que un arma de la burguesía, un socialismo desarmado e inofensivo, que en aras de la explotación de las masas se sirve de la fraseología del internacionalismo y de algunos artículos inofensivos de su programa.

### ***En el Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales***<sup>144</sup>

El proyecto de declaración propuesto al “Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales” pretendía diferenciarse de los longuetistas. Esta necesidad

---

<sup>144</sup> El Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales se transformó en Comité de la III Internacional. En el comité entraron: Lorient, Rosmer, Monatte (que fue movilizado por el ejército),

surgió principalmente de la conducta de los “zimmerwaldianos” del partido, como Bourderon y Brizon en el último Consejo Nacional; sabemos que se unieron a la resolución de los longuetistas y dieron así a la prensa burguesa el derecho de tratar a los longuetistas y a los zimmerwaldianos como un mismo grupo. Así, el Comité [parala Reanudación de las Relaciones Internacionales], del que Bourderon derivaba su autoridad, corría el riesgo de convertirse en una mera rama de la organización longuetista. La declaración en la que se trata al longuetismo como una mera variante del socialpatriotismo y se exime al Comité [CRR] de toda responsabilidad por la táctica de los longuetistas era, repitámoslo, absolutamente necesaria. El proyecto causó un tumultuoso revuelo en las dos sesiones de la Comisión Especial y en las del propio Comité. Los elementos más moderados del centro estaban en contra de “la declaración de guerra a los longuetistas. Fue un... sindicalista quien pronunció el principal discurso a favor del longuetismo en las columnas de *Ce qu'il faut dire*. Pero los elementos más radicales exigían distinguirse de los longuetistas.

Bourderon trató de situar la cuestión en un terreno inesperado: ¿se puede permitir que anarquistas y sindicalistas “juzguen” a los socialistas en general y a los longuetistas en particular? Esta toma de posición causó sensación. “Pero estamos unidos en una lucha común contra el nacionalismo, por lo que tenemos principios colectivos por encima de las diferencias teóricas y organizativas; si no, no tenía sentido unirse. Vosotros, socialistas, tenéis el deber de declararos contra el nacionalismo en el movimiento obrero, contra Charles Albert y Jouhaux, al igual que nosotros, con vosotros, nos declaramos contra la política del partido socialista.

Tras un prolongado debate, se aprobó el proyecto de declaración.

### ***¿Cómo combatir al longuetismo?***

Pensamos que las objeciones de Lozovsky, con quien la redacción (durante su alejamiento de París) no puede intercambiar opiniones sobre los problemas planteados y aclarar malentendidos, pensamos que las objeciones de Lozovsky no son justas y que son peligrosas por sus conclusiones políticas. Dejamos de lado, por el momento, las objeciones relativas a las agrupaciones en el sindicalismo correspondientes a las organizaciones fundamentales del partido socialista: la resolución de esta cuestión exigiría un análisis detallado que nos alejaría del problema de táctica y de principios planteado por Lozovsky. Digamos solamente que, en la redacción del proyecto de resolución, participaron no sólo socialistas, sino también sindicalistas suficientemente versados en las cuestiones de las agrupaciones internas del socialismo francés.

¿Cuáles son las objeciones de principios de Lozovsky?

En primer lugar, la declaración sospecha de la buena fe de los longuetistas al hablar del “deseo consciente de engañar a los trabajadores”. De hecho, la declaración no dice esto, pero las citas que aporta Lozovsky dicen algo muy diferente. ¿Quieren los longuetistas desviar a las masas de la lucha antibélica? No lo ocultan declarándose en contra de “Zimmerwald”<sup>145</sup>. Se han pasado a la oposición, produciendo una consigna de segunda categoría tras otra (como la Conferencia de Partidos “Aliados”), bajo la presión del descontento y la ansiedad de las masas: intentan, con plena conciencia, disciplinar a estas masas y apaciguar su descontento, para no interferir con la “defensa nacional” y el sacrosanto bloque. Presentar el asunto diciendo que no saben lo que hacen es pura ilusión. Son veteranos de la política que se han sumergido en todas las aguas y que actúan con

---

miembros de la redacción de *Nache Slovo* y también elementos pacifistas que desertaron muy pronto: Merrheim, Bourderon, etc.

<sup>145</sup> [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista](#), serie en nuestras [EIS](#).

plena conciencia (más conscientes que muchos zimmerwaldianos que se desvían desesperadamente en su comportamiento hacia los longuetistas, ya sea sometiéndose a sus críticas despiadadas o capitulando ante ellos). Que el camarada Lozovsky recuerde al menos la posición de los zimmerwaldianos en vísperas del último congreso nacional, cuando declararon que los longuetistas darían “una puñalada por la espalda” a la oposición alemana, pero no impidieron que Bourderon votara a favor de la resolución de Longuet. Para una minoría numéricamente tan débil como la de los zimmerwaldianos, sería un peligro mortal imaginar que sus adversarios políticos son intelectualmente débiles y plantear problemas ideológicos de defensa en lugar de políticos y combativos. Subestimar al enemigo es el peor de los errores en política.

Pero, nos dice el camarada Lozovsky (el ala izquierda del centro), son nuestros amigos del mañana. Puede que sea así. Pero se puede decir con la misma propiedad que son nuestros amigos de ayer. Zimmerwaldianos como Bourderon y Brizon se situaron bajo la bandera de Longuet: observemos de paso que la declaración habla de longuetismo y no, como el camarada Lozovsky, de “centro”.

El puente entre los dos grupos fue la consigna para la reanudación de las relaciones internacionales. ¿La Haya o Zimmerwald? Cuando el camarada Lozovsky insiste, con la ayuda de conclusiones ideológicas, en la necesidad de participar en La Haya, ignorando que esta cuestión no está en el orden del día y que se libra una lucha sin cuartel entre los principios de La Haya y los de Zimmerwald, está ayudando (contra su voluntad) a los zimmerwaldianos del tipo de Bourderon a pasar al longuetismo. Ya se lo hemos demostrado.

El camarada Lozovsky, en sus prisas en ofrecernos amigos del “mañana”, no se da cuenta suficientemente de la distinción que es indispensable hacer con nuestros enemigos de hoy. Para los longuetistas, su falta de sinceridad es la principal arma de combate político; para los zimmerwaldianos esa falta de sinceridad equivale a su desaparición, más exactamente a su disolución en el longuetismo. Ignorando esto, Lozovsky empuja hacia esta disolución cuando opone al acto político (la declaración que opone a los longuetistas a los zimmerwaldianos) una cierta “discusión” entre ellos. Si, según el camarada Lozovsky, en un año de trabajo político después de Zimmerwald el Comité [para la Reanudación de las Relaciones Internacionales] no ha logrado definir su política hacia los longuetistas, no hay ninguna razón fundamental para esperar que esto pueda lograrse en el curso de los debates con estos mismos longuetistas. Cuando se presentó una propuesta similar, los elementos de izquierda de la comisión [del CRRI] se expresaron inmediatamente de la siguiente manera: “Para iniciar un debate con los longuetistas, es esencial que primero definamos nuestro comportamiento hacia ellos. Este es el objetivo de la declaración.

Las objeciones de Lozovsky sobre la composición del Comité [CRRI] son, cuando menos, retardatarias y, en todo caso, van más allá del objetivo: se dirigen contra este Comité que, cabe señalar aquí, molesta a Bourderon y a sus amigos más cercanos. Si la política del partido no se somete al juicio del Comité gracias a la presencia de sindicalistas, y si la política de los sindicatos también está exenta de críticas por el motivo contrario, ¿de qué problemas debe ocuparse entonces el Comité? No es cierto que por parte de los anarquistas y sindicalistas que pertenecen a Zimmerwald haya una tendencia a atacar al partido como tal. Basta con argumentar que el anarquista Sébastien Faure envió felicitaciones a los longuetistas, mientras que el camarada Lozovsky sospechaba, sin fundamento, de su hostilidad hacia ellos. En lo concerniente al longuetismo, como en todas las demás cuestiones, los sindicalistas moderados marchan con los socialistas moderados oponiéndose a elementos de ambos campos.

Por eso pensamos que el Comité actuó perfectamente cuando aprobó, por mayoría, la declaración impresa aquí (es cierto, es sólo en principio, pues su crítica aún no está completa en el Comité). Esta es la única vía razonable, porque en principio lo es. El éxito práctico, es decir, la influencia sobre las masas, está asegurado de esta vía. Sólo tratemos de no desviarnos de ella.

(*Nache Slovo*, 18 de agosto de 1916)

### ***Los socialpatriotas franceses y alemanes***

*¿Cuál es la realidad de la oposición longuetista?*

La Federación Socialista de Oise exige la retirada de los ministros socialistas. El asunto suscitó gran interés al animar la apagada vida del socialismo francés. Los dirigentes oficiales han recordado una vez más (¡en dos años es tan fácil olvidarlo!) que en Francia no hay ministerialismo, que sólo hay participación en la Defensa Nacional, y que después de la guerra cualquier intento de repetir el experimento en tiempos de paz será rechazado por la gran mayoría del partido. Uno de los líderes de la oposición longuetista, Pressemane, escribió que si ellos, los opositores, toleran la participación de Guesde, Sembat y Thomas, ya no la sufrirán una vez concluida la paz. Paul Louis amenazó, en la última sesión de Sens, con provocar la ruptura. El interés del asunto no reside en el hecho de que los longuetistas muestren firmeza donde no es en absoluto necesaria, sino en que ahora se ven obligados a quejarse de la incomodidad en que les coloca la presencia de ministros socialistas. La federación de Oise no está aislada. Muchos longuetistas querrían acabar con el ministerialismo incluso antes del final de la guerra. *Le Populaire* publicó en exclusiva un interesante artículo bajo el título: “¿Deben irse los ministros socialistas?” en el que se demostraba que la principal desgracia del partido francés era la participación de los socialistas en el gobierno.

Desde el punto de vista de la simple lógica, el hecho de tener tres o más bien dos carteras y media no resiste examen. Los longuetistas, como sabemos, están por la Defensa Nacional y la “Unidad Nacional”. Votaron, por razones patrióticas de principio, los créditos militares<sup>146</sup>. “¿Qué argumentos podríamos esgrimir”, se pregunta Longuet, “para justificar la negativa a votar los créditos de guerra, es decir, la participación total en la Defensa Nacional?” Pero si los longuetistas consideran que es deber del partido socialista asumir la responsabilidad de votar los créditos, sus objeciones a cualquier participación en el ministerio adquieren un carácter político de doble juego. El partido que pone voluntariamente hombres y dinero al servicio del poder no tiene derecho a negar a este mismo poder una colaboración en la obra de distribución de los créditos. Si el gobierno, según Longuet, no es lo bastante perfecto como para merecer la cooperación de un Guesde, ¿en qué se basa Longuet para conceder a ese mismo gobierno los medios de dirigir los destinos del país? En este asunto, la lógica está totalmente del lado de los “ministerialistas”. Pero la incoherencia abierta y visible nunca ha molestado a los longuetistas. Sin vacilar, aíslan a Brizon, Raffin-Dugens y Blanc, cuando se trata de votar los créditos y, al mismo tiempo, unos directamente, otros de manera indirecta, dan a entender que sería saludable eliminar a Guesde, Sembat y Thomas de las filas de los que disponen de los créditos.

Explicarlo todo por una simple “incoherencia” sería demasiado fácil y no viene al caso. Desde el primer día de la guerra, los longuetistas abogaron por la Defensa Nacional

---

<sup>146</sup> Reproducamos aquí, para caracterizar la brillante dialéctica de Longuet, uno de sus argumentos “¿Cómo explicaremos a nuestros combatientes nuestra negativa a pagar subsidios a sus esposas e hijos?”. Recomendamos a Plejánov esta nueva filosofía del socialpatriotismo, según la cual la guerra es una empresa filantrópica, que sirve (por vías un tanto indirectas) para mantener a los huérfanos.

y sólo se revelaron enemigos de cualquier participación en el gobierno cuando se planteó esta cuestión. “Sembat recordó que Viviani no quería asumir la responsabilidad de salvar el país sin la participación de los socialistas”. Todos estaban aterrorizados. Longuet recordó el ejemplo de Rochefort y se pronunció en contra de cualquier participación. “Yo mismo he declarado”, decía el autor del artículo (que se ocultaba bajo pseudónimo), “con amargura, pero con expresiones bastante torpes (no buscaba matices) que la propuesta me parece una maniobra...” Pero París estaba amenazada, y desde hace tiempo se sabe que París vale una misa, incluso para los socialistas. Los longuetistas han mostrado su desagrado ante cualquier conexión de su partido con el gobierno en todas las ocasiones. Ahora se ven obligados a mostrar su “antiministerialismo”. Pero subrayan que esta circunstancia no cambia su política, que sigue siendo nacional y gubernamental: *la oposición a Renaudel no significa en absoluto oposición al gobierno de clases*. Así, a pesar de su falta de sinceridad, el longuetismo se revela bastante firme en sus rasgos fundamentales. Debemos comportarnos con el longuetismo, no como con un fenómeno pasajero, sino como con una agrupación política e ideológica bien determinada, que persigue sus propios objetivos con sus *propios* medios.

Sabemos que los longuetistas sitúan la defensa nacional como base de su acción. “Uno de los errores más extendidos”, escribió Longuet en *Le Populaire*, “consiste en convertir a los miembros de la minoría en partidarios de la paz inmediata a toda costa...” A continuación, mostrando los méritos de la oposición en los servicios prestados a la defensa, Longuet prosigue: “No hay ningún miembro de la minoría que no esté dispuesto a volver a hacer lo que él hizo, centuplicado, por la preservación de la independencia de nuestro país y la integridad de nuestro territorio”. Pero hay más: “Que el fracaso más estrepitoso posible del intento de hegemonía alemana, que su derrota es la condición indispensable para el establecimiento de la paz, es para mí irrefutable”. Después de veinticinco meses de guerra, tras los truenos y relámpagos del último comité nacional del partido, Longuet formuló su programa en el mismo periódico que Renaudel: defensa nacional y derrota del militarismo alemán. Esto no deja lugar a hacerse ilusiones.

Pero el programa común con Renaudel no fue suficiente para Longuet. “Junto a los resultados militares, deben obtenerse resultados diplomáticos: una paz que no contenga semillas de conflictos sangrientos para el futuro. Para garantizar estos resultados diplomáticos es necesario, junto a la derrota del militarismo alemán, elaborar un programa común de paz, restablecer los vínculos internacionales entre los proletarios y ejercer la presión de la opinión colectiva del socialismo y la democracia sobre la diplomacia europea”. Aquí tenemos a todo Longuet y el contenido de su pensamiento político: el suyo y el de sus amigos.

El programa de acción unilateral para la defensa nacional y la victoria sobre el militarismo alemán requiere un partido puramente gubernamental. Una política de este tipo quita al partido socialista el derecho a negarse a participar directamente en el poder.

Desde hace algún tiempo, los longuetistas insisten en la retirada de los ministros socialistas. Al mismo tiempo, exigen la convocatoria del Buró Socialista Internacional. A esto se limita su programa de rescate de la [Segunda] Internacional<sup>147</sup>.

Los longuetistas, repetimos, no pueden dejar de comprender toda la falta de lógica de una negativa, por parte de un socialismo patriótico y gubernamental, a participar en el poder; pero al precio de esta “falta de lógica” quieren adquirir una mayor libertad de maniobra en la esfera de las relaciones internacionales. El objetivo oficial de estas maniobras es poner la “fuerza moral” de la Internacional Socialpatriota (Longuet y Huysmans han contado de antemano los votos a favor de los Aliados) al servicio de

<sup>147</sup> Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales; serie en nuestras EIS.

Francia y de “l’Humanité”, y completar la obra “liberadora” del militarismo nacional con el apoyo de la [Segunda] Internacional.

Pero junto a este objetivo oficial, hay un motivo mucho más directo: el estado de ánimo de las masas y, en particular, el de los votantes socialistas. La política de Renaudel-Sembat seguía la del Bloque Nacional, y el elector podía dudar de los motivos que le habían llevado a votar socialista. Pero hay que pensar en el futuro. Por ello, los longuetistas proponen una política de apoyo al gobierno, pero le piden que les exima de toda responsabilidad por las medidas que éste adopte. Sea cual sea la delgadez de la distancia entre el socialismo gubernamental y el gobierno, puede ser, según Longuet, “salvífica”: en efecto, libera las manos del partido, por una parte, para los internacionalistas, por otra, para las maniobras internas que permiten mantener una apariencia “opositora” y conservar a los electores.

*El problema común de Renaudel y Longuet es mantener el partido socialista, durante la guerra, como instrumento de disciplina de masas, para los intereses y bajo el control del gobierno capitalista, y utilizar este trabajo para ampliar o, al menos, mantener las posiciones político-parlamentarias del partido.* Ambos se diferencian únicamente en la técnica de ejecución. Son diferentes, pero se complementan. El Jano socialpatriota mira con los ojos de Renaudel, con fe y esperanza, a la república; con los de Longuet, contempla a las masas con ansiedad.

#### *Longuetismo y “mayoría” alemana*

La política de los longuetistas, manifestándose bajo la bandera de la oposición, crea sin duda serias dificultades a la oposición en Alemania. Esta última, incluso en la forma de su ala moderada (Haase-Ledebour), invocó, al votar *contra* los créditos militares, el antagonismo de principio entre el proletariado y el poder capitalista. La resolución longuetista no dice nada sobre este antagonismo. La guerra se caracteriza exclusivamente por rasgos humanitarios y sentimentales, y los longuetistas envían “una expresión de su pesar” a los proletarios de todos los países para declarar su capacidad de prolongar su acción a favor de la defensa nacional, lo que equivale a decir que aprueban los créditos de guerra. Desmintiendo la acción de la oposición alemana, los longuetistas, para su autojustificación, falsifican el sentido de su política. “A pesar de la vigilancia de los censores, de la habilidad de sus dirigentes, a pesar del desorden creado por la guerra, los socialistas alemanes”, como escribió uno de los líderes de la oposición longuetista, Pierre Mistral, “o al menos una buena parte de ellos, pudieron descubrir la verdad y convencerse de la voluntad de guerra de su gobierno. Por eso Liebknecht, Meyer, Rosa Luxemburg, Clara Zetkin y cientos de otros están encarcelados mientras una fuerte minoría, encabezada por Haase, Kautsky<sup>148</sup>, Bernstein y Ledebour, rechaza los créditos militares.” (*Le Populaire du Centre* 31 de agosto.) De este modo, la posición de Kautsky, Haase y también Liebknecht queda determinada por la pregunta: “¿quién quería la guerra?” Aquí, ni siquiera el experimentado Homo se aventuró a decidir la cuestión indispensable para la salvación de la “oposición” longuetista. Al dibujar la posición de Liebknecht en este asunto “poco claro”, se ve obligado (en lo que respecta a Rosa Luxemburg y Meyer) a reconocer en las columnas de *L’Humanité* que su posición “simplista” se deriva del carácter imperialista de la guerra y no de la naturaleza pecaminosa del Kaiser. Sin embargo, ¿no hay que concluir que Rosa Luxemburg lo tuviese por justo!

No tenemos ninguna razón fundamentada para atribuir esta mala voluntad a Mistral. Es más probable que simplemente no entienda lo que escribe. Pero su

<sup>148</sup> En estas EIS: [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#); en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria: Clara Zetkin, escritos y Obras escogidas de Karl Kautsky](#).

caracterización errónea y antisocialista de la oposición alemana es necesaria para justificar su lugar en la Unión sacrée. Además, descubre el carácter puramente formal, casi fraseológico, de la “oposición” longuetista, que se opone a Sembat y Renaudel, pero no al gobierno de clases.

Al complicar la posición de la oposición alemana al extremo, que *Vorwärts* ya había mostrado de forma moderada y prudente, los longuetistas despiertan las esperanzas de los corazones insumisos de la mayoría alemana. El testimonio más seguro de ello lo ofrecen los ecos de la prensa socialpatriota en cuanto a la última resolución de los longuetistas.

Los círculos dirigentes de la socialdemocracia se han pronunciado desde hace tiempo sobre la necesidad de convocar al Buró Socialista Internacional para juzgar las cuestiones que plantea una pronta terminación de la guerra. El suelo ya está tan profundamente cavado bajo los pies de Scheidemann y Ebert que sienten la necesidad de reforzar su autoridad. Los socialpatriotas neutrales, con especial atención a la Conferencia de La Haya, ya habían ofrecido sus buenos oficios para el restablecimiento de las relaciones internacionales sobre la base de un perdón mutuo de los pecados cometidos. Pero la “resistencia” del partido socialpatriota francés era un obstáculo que aún no se había superado. No es que Renaudel, descendiente no completamente en línea recta de Robespierre, no pudiera llegar a Scheidemann hasta que se hubiera cubierto de la sangre de los Hohenzollern, padre e hijo. Al final, Renaudel habría causado una buena impresión escénica con este apretón de manos. Sobre todo, porque Renaudel necesitaba la pureza socialista demostrada internacionalmente para su propio uso interno. Pero (¡horror!) Renaudel es víctima del parlamentarismo republicano. Scheidemann y Ebert hacen todo lo posible por apoyar a la monarquía imperialista; pero al Kaiser nunca se le ocurrirá tomarlos como ministros. En los países de gobierno semiabsoluto, el socialpatriota más complaciente conserva una apariencia... semiindependiente. Scheidemann nunca se habría trasladado a La Haya sin la bendición de Bethmann-Hollweg. Pero al hacerlo, no incurriría en la responsabilidad del canciller. La miseria del sistema político alemán crea así privilegios tanto para el socialpatriota como para el patrón.

En Francia es muy diferente. El sistema parlamentario tiene una lógica casi automática. Un partido que apoya al gobierno no debe renunciar a las carteras. Así que Renaudel no podía ir a La Haya sin comprometer al gobierno francés. Cuando Longuet, rompiendo con la lógica del régimen parlamentario, se pronuncia contra la participación de los socialistas en el gobierno, trata simplemente de conferirle al socialpatriotismo los “privilegios” de que goza... su colega alemán.

\*\*\*

No es de extrañar en estas circunstancias que la mayoría patriota de la socialdemocracia alemana se apresurara a descubrir un espíritu afín en el longuetismo. Homo ha publicado toda una serie de extractos de la prensa alemana que establecen, a coro, la identidad de sus bases tácticas con las de los longuetistas.

Para convencerse de la veracidad de estas afirmaciones, basta contrastar la resolución de la minoría francesa con la petición lanzada por la dirección del movimiento alemán para recoger firmas entre los obreros. La petición afirma que la guerra es puramente defensiva por parte alemana. Se declara categóricamente contraria a cualquier anexión. Se limita a la integridad del territorio alemán y a la libertad de su desarrollo económico. Exige que el gobierno inicie conversaciones de paz y, si el enemigo se niega, le promete ayuda continuada. Si comparamos este programa con el elaborado en agosto de 1915 (libertad de los mares, integridad de Austria y Turquía, libre acceso a las colonias, etc.), vemos, según el comentario perfectamente acertado de *Berner Tagwacht*, una

retirada de las posiciones del socialimperialismo a las del socialpatriotismo. Este retroceso se pone de manifiesto en los ataques fuera de lugar de socialimperialistas probados como Lensch y de los elementos más velados de la oposición. La intimidación de la administración impidiendo la recogida de firmas da a la empresa el barniz opositor necesario. Por tanto, sería incoherente juzgar qué diferencia la posición de los longuetistas de la de la mayoría oficial del socialismo alemán.

Los longuetistas no aprueban a Haase y Liebknecht, no diferenciándose en esto de Renaudel; pero el *Populaire du Centre* se ha visto obligado recientemente a confesar su identidad de principio con los socialpatriotas de Alemania y Austria. “No discutimos que hay puntos en los que la mayoría alemana está de acuerdo con la minoría francesa (por ejemplo, en la saludable necesidad de una reunión de la [Segunda] Internacional con vistas a la paz... De igual modo, estamos dispuestos a firmar el manifiesto dirigido a la Conferencia de Neutrales por el Partido Socialista Austríaco. La necesidad de prolongar nuestra ayuda a la defensa nacional mientras duren las hostilidades, no nos exime de la obligación de hacer todo lo posible para acelerar el fin de la guerra”. Podemos añadir también que los socialpatriotas austríacos, en cuyo programa el periódico longuetista ha puesto todo el peso de su internacionalismo, se encuentran en una situación privilegiada: ninguno de ellos está obligado por una cartera, pero las vacaciones continuadas en el parlamento austríaco les han eximido de la necesidad de votar los créditos solicitados por Francisco José.

Así, el longuettismo, gracias a sus principales periódicos, se ha acercado a la definición correcta que ocupa. Rechazado temporalmente por la mala voluntad del régimen republicano en la posición de una oposición dentro del partido socialista, no abandona las filas del socialpatriotismo internacional gracias a sus principios básicos y, mediante la formulación de sus sucesivos problemas, se acerca a los círculos dirigentes de las socialdemocracias alemana y austriaca.

De lo anterior se desprende claramente la táctica que debe emplear el internacionalismo frente al longuettismo. Sobre este punto, no podríamos añadir nada más a lo que escribimos en el documento enviado por nosotros mismos y la redacción de *Vie Ouvrière* a la Conferencia de Berna. Reproduzcamos las líneas relativas a la cuestión que nos interesa actualmente: “... Las organizaciones socialpatriotas, teniendo en cuenta el crecimiento de la oposición entre los trabajadores, recurren cada vez más a una fraseología puramente socialista; hablan de paz sin anexiones, de restablecimiento de las relaciones internacionales, etc., pero no cambian de política. En este espíritu se desenfrena una supuesta oposición, el longuettismo en Francia, el “abstencionismo” en Alemania, el OK en Rusia, que, recurriendo de buen grado a la fraseología socialista y jugando con la Conferencia de Zimmerwald, capitula de hecho ante toda manifestación de socialpatriotismo.”

“El desarrollo más lento de lo esperado de la lucha revolucionaria contra la guerra y el imperialismo puede llevar a algunos internacionalistas a recurrir a procedimientos semiopositores e incluso a acercarse a la mayoría. Consideramos que cada paso en esta dirección es mortal. La fuerza de la oposición es que plantea cuestiones políticas clara e irrefutablemente opuestas a la de los socialpatriotas. Cualquier equívoco, cualquier ambigüedad sólo puede servir al socialpatriotismo.”

“Tal posición requiere concepciones tanto de principio como de práctica política. Si en el futuro la crisis del movimiento obrero adquiere un carácter agudo, la minoría internacionalista tiene el deber de hacer todo lo posible para que las masas conozcan lo mejor posible la naturaleza de esta crisis. Si el descontento de las masas surge de repente, este movimiento, que puede rechazarse por parte de los socialpatriotas, debe, desde el primer momento, encontrarse con una agrupación revolucionaria decidida y estructurada,



capaz de dirigir este movimiento. Frente a estas perspectivas, los internacionalistas deben profundizar e intensificar su lucha contra los socialpatriotas, atrayendo hacia ellos a los vacilantes, no con demostraciones carentes de principios, sino con la claridad decisiva de su posición revolucionaria.

(*Nache Slovo*, 14-15 de septiembre de 1916)

### ***La crisis del socialismo francés***

Nadie ha acusado jamás a Briand de estar agobiado por el peso de la *sabiduría libresca*. Por otro lado, es un innegable virtuoso del mecanismo parlamentario. El actual gobierno, en el que el apóstol de la lucha de clases, Jules Guesde, está al lado del monárquico católico Cochon, presenta sin duda el más alto producto de la estrategia parlamentaria. Los cascarrabias refunfunan que el reparto simétrico de todos los matices es la expresión de un esfuerzo sin principios para repartir la responsabilidad entre el mayor número de personalidades y partidos... Pero el hecho es que conseguir este reparto no fue fácil y que mantenerlo es aún más difícil. El mosaico parlamentario y ministerial es muy delicado. Un pequeño error en la grava y todo el edificio se derrumba. Los ripios más difíciles de manipular son los socialistas. Esto es lo que acaba de revelar el Congreso Nacional, o “pequeño” Congreso del Partido Socialista.

Los puntos de vista del socialismo francés son conocidos. Esta guerra es democrática, la continuación directa de las guerras de la Gran Revolución, y el partido espera de esta guerra la realización del “principio nacional”. Esta concepción fue puesta de relieve por un artículo del joven monárquico Jacques Bainville, quien, durante una misión no oficial en Rusia, tuvo la oportunidad de convencerse de que los “problemas democráticos” no eran reconocidos universalmente en todas partes en el campo aliado. La propaganda de las ideas republicanas en Alemania... Pero incluso los izquierdistas socialistas, como el *Leipziger Volkszeitung*, declaran que no quieren una democracia impuesta por las bayonetas. Es cierto que el aviador Marchal lanzó folletos republicanos sobre Berlín. Pero incluso el director de *L'Humanité*, Renaudel, tuvo que constatar que los folletos no estaban firmados ni por los gobiernos aliados ni por el gobierno de la república, sino por el propio aviador. ¿El principio de las nacionalidades? Pero es un arma de doble filo, nos dice Bainville, y ahora, tras el desafortunado congreso celebrado en Lausana, no sólo la política, sino también la retórica, se comportan con recelo hacia el programa de liberación de los pueblos.

En el seno del partido socialista, la oposición ha constatado este estado de cosas, con un punto de vista, huelga decirlo, opuesto al del monarquismo de Bainville. La lucha dentro del partido ha crecido constantemente durante todo este tiempo. Expulsada de *L'Humanité*, la oposición cuenta con tres diarios en las provincias y un semanario en Limoges: *Le Populaire*. Inesperadamente, el vespertino *Le Bonnet Rouge* se ha puesto del lado de la oposición. No es ningún secreto que este periódico pertenece al radical Caillaux, antiguo y (¿futuro?) presidente del consejo, y declarado opositor al *jusqu'aboutisme* [hasta el final]. La oposición tiene dos corrientes muy diferenciadas: los zimmerwaldianos y los longuetistas, llamados así por Longuet que, a través de su madre, sería nieto de Karl Marx. No sería muy exacto llamar a este diputado tan fofo “líder” de la oposición moderada, es decir, no zimmerwaldiana. Pero como la primera se compone de varias tendencias, se puede decir al menos que Longuet representa la resultante.

El principal punto de divergencia sigue siendo el problema del restablecimiento de las relaciones internacionales. Los longuetistas quieren que el partido actúe simultáneamente en el marco nacional e internacional para la conclusión más rápida de la paz. Por lo tanto, el partido quiere que el gobierno declare abiertamente desde la tribuna

parlamentaria sus objetivos de guerra; por otra parte, la iniciativa del gobierno de abrir conversaciones de paz debe facilitar la reanudación de las relaciones entre los partidos socialistas, lo que representa un amplio programa de paz. Estas son las ideas básicas de los longuetistas, como puede verse, sin pretensiones.

El “líder” indiscutible de la mayoría del socialismo oficial es el veterano Renaudel. Desde la época de Jaurès, se limitó al modesto papel de administrador del organismo central y se dio a conocer por su distinguida labor en la vida interna del partido, es decir, por su cocina.

No le faltaban dotes de orador y periodista, pero le faltaba originalidad. La poderosa personalidad de Jaurès lo aplastó para siempre. La efervescente retórica de Jaurès se basaba en una rica imaginación y un notable don para captar las ideas, mientras que, por otro lado, el oportunismo político del tribuno se revelaba por su optimismo y su genial magnanimidad. Renaudel intenta en vano imitar los efectos oratorios de su maestro, pero su elocuencia es pobre y los acentos de su voz, en palabras del poeta Georges Pioch, nos recuerdan que Jaurès ya no existe. La principal fuerza de Renaudel es su talento como estratega parlamentario y su habilidad en los pasillos. Sin una gran perspicacia, pero no sin éxito, Renaudel jugó con las pasiones humanas y supo oponer intereses que, como todo el mundo sabe, no siempre son de primer orden. La llamada “política de pasillos” permitió a Renaudel desplegar toda su fuerza en este campo, y estos métodos, dentro del partido, le confirieron el primer lugar.

Renaudel explicó a los longuetistas que sólo se podrían restablecer los vínculos con la socialdemocracia si ésta rompía con su gobierno y si su oposición tomaba la iniciativa. Los longuetistas respondieron a Renaudel que la oposición alemana consideraba a los adversarios de este último como sus homólogos y que hablar de restablecer los vínculos internacionales significaba esto: o bien se hacía a nivel de las esferas oficiales de los partidos que seguían la política del gobierno, o bien a nivel de las dos oposiciones; cualquier intento de combinaciones, en las que se encontraran Renaudel, por un lado, y Haase o Liebknecht, por otro, era irremediabilmente inútil de antemano.

Los longuetistas cuentan con un tercio de los diputados socialistas; a su izquierda, se sientan tres parlamentarios: Brizon, Raffin-Dugens y Alexandre Blanc, que participó en la Segunda Conferencia [Socialista Internacional] de Zimmerwald (Kienthal). La conversación de Raffin-Dugens con Poincaré causó una gran sensación en los círculos políticos. Recientemente, el presidente de la república invitó a Raffin a una conversación privada. Nuestro “kienthaliano” aceptó la invitación. La reunión duró una hora y media y fue muy “cortés”, según Raffin. Pero, por lo que se puede juzgar, ambas partes se mantuvieron en sus posiciones.

La influencia de los zimmerwaldianos en las altas esferas del partido es insignificante. Ni siquiera es importante en las secciones vaciadas por la movilización. Es incomparablemente más fuerte en las filas de los sindicalistas, los jóvenes y las mujeres. Pero los zimmerwaldianos sostienen, con razón, que la oposición longuetista sólo apareció bajo la presión de sus despiadadas críticas. Los longuetistas tuvieron que escuchar duras críticas, por un lado, de la “derecha”, donde se les exigía que asumieran todas las consecuencias del principio de “defensa nacional”, y, por otro lado, de la “izquierda”, donde los zimmerwaldianos les reprochaban su internacionalismo platónico. “¿Insisten en que el gobierno debe hacer públicos sus objetivos de guerra?”, dicen los zimmerwaldianos. “Muy bien. Pero el partido socialista es parte del gobierno: por lo tanto, se hace a sí mismo sus propias demandas”. Más adelante: “¿Cómo es que los longuetistas aprueban los créditos militares si ignoran los objetivos de la guerra?” Por ello, los zimmerwaldianos exigieron la retirada de los ministros socialistas y el rechazo

de los créditos. Los longuetistas aceptaron la primera exigencia, pero rechazaron la segunda.

En estas condiciones se reúne el congreso nacional (cada tres meses), compuesto por representantes de las organizaciones departamentales (federaciones). Esta fue la ocasión de una encarnizada lucha entre los tres puntos de vista que tenían apoyos: se enfrentaron la mayoría, los Longuetistas y los zimmerwaldianos. Ya en la última sesión, los longuetistas, junto con los zimmerwaldianos, habían reunido un tercio de los mandatos. Demostraron que, si se prescindía de la representación ficticia de los departamentos ocupados por los alemanes (varias decenas de refugiados ostentan los mandatos), habrían alcanzado la mayoría. Como durante los últimos tres meses la oposición se había fortalecido, la prensa burguesa expresó el temor de que la minoría se convirtiera en mayoría. Hervé, el más oficioso de los publicistas, sacó las siguientes conclusiones: retirada de los ministros y crisis de gobierno. Esto no ocurrió. El equilibrio de poder cambió: cierto que la oposición ganó en número, pero la mayoría siguió siendo la mayoría.

Las discusiones se volvieron apasionadas e incluso tumultuosas. Tres ministros socialistas estuvieron presentes en los debates. El serio periódico *Le Temps* informa de que un joven socialista abordó a Guesde a la entrada de la sala de sesiones para regalarle una publicación zimmerwaldiana. “¿Qué es esto?”, preguntó el ministro sin miramientos. “Una publicación de socialistas que son sus oponentes, ministro”. – “No tengo ninguno”, respondió Guesde. “Algunos compañeros creen que me equivoco, yo creo que son ellos los que están en un error...”

Guesde no intervino ni una sola vez. Por otra parte, otro ministro socialista, el autor del libro *Haz un rey, si no, haz la paz*, Marcel Sembat, atacó enérgicamente a la oposición y, en particular, a Kienthal, al que calificó de “peor que Zimmerwald”. Cada frase del elocuente ministro de obras públicas fue interrumpida. “Si se quiere tomar en serio al partido, nosotros mismos debemos tomarnos en serio y cumplir con las obligaciones de nuestros congresos.” – “En particular”, gritó Raffin-Dugens desde su asiento, “¡los ministros deben cumplir con la obligación de la unidad de voto!”

Para entender el significado de esta exclamación, hay que recordar que los ministros socialistas, a pesar de lo aprobado por los congresos, votaron a veces como diputados en contra de su grupo, anteponiendo la solidaridad ministerial a la disciplina del partido. Sembat destacó la organización y la actividad de la minoría. Allí donde el socialista belga De Brouckère, antiguo propietario del periódico bruselense *Le Peuple*, viajaba y hacía una activa propaganda chovinista, se encontraba con opositores armados con su discurso del día anterior.

Uno de los líderes de la oposición longuetista, Pressemane, señaló que los argumentos no eran nuevos y que todo el asunto se reducía a una comparación de fuerzas. Otro miembro de la oposición, con uniforme de suboficial, Paul Faure (no confundir con el príncipe de los poetas, Paul Fort, con quien no tiene nada en común), señaló que la oposición hacía una gran concesión a la mayoría al proponer la convocatoria de una Conferencia de Partidos Socialistas Aliados que decidiera la convocatoria del Buró Internacional. Esta concesión, que pretendía ganarse a la mayoría vacilante de la oposición, era demasiado vaga. Los partidos “aliados”: serbios, italianos, rusos, ingleses, ya habían hecho saber su desacuerdo con una conferencia unilateral de los partidos “aliados”. Por otra parte, la mayoría francesa, de la mano de elementos belgas, como Vanderdelde y De Bouckère, no estaba nada dispuesta a someter la cuestión al juicio de los zimmerwaldianos.

Tanto la mayoría como la minoría incluyeron en su resolución el deseo de una conferencia de los partidos aliados; pero los partidarios de Renaudel redujeron la

conferencia a la elaboración de un programa de paz a largo plazo y a una conferencia económica de los países de la Entente. Ambos proyectos de resolución incluían, aunque de forma diferente, el reconocimiento de la necesidad de que el gobierno francés publicara (siguiendo el ejemplo de Asquith) sus objetivos de guerra. Así, la diferencia fundamental entre las dos resoluciones era únicamente el reconocimiento en principio de la inadmisibilidad (para Renaudel) y, por otro lado, de la necesidad (para Longuet-Mistral-Pressmane) de restablecer las relaciones internacionales. La moción de Renaudel obtuvo 1.824 mandatos, la de los opositores, 1.075, es decir, más de un tercio. Tras la votación, la oposición se negó a continuar los debates y se marchó al canto de La Internacional.

Hay que decir que, en general, las sesiones del comité nacional fueron ricas en incidentes dramáticos, porque a veces estallaron las pasiones. El nombre de Alexandre Varenne sigue ligado a varios incidentes. Es un diputado muy conocido, situado en la extrema derecha de la mayoría oficial. Fue censor al principio de la guerra y más tarde se convirtió en uno de los tres principales redactores de *L'Événement*, que apareció durante la guerra. Todos los círculos políticos y literarios de París saben que este periódico sólo vive de los fondos de la firma inglesa "Maxim", cuyos objetivos hablan por sí mismos. Por ello, los directores del periódico, incluido el adjunto Varenne, son apodados "les hommes de chez Maxim" [los hombres de Maxim] (en respuesta a "la Dame de chez Maxim"). Este sobrenombre, aparecido en la prensa, levantó una tormenta en la sala de conferencias del comité nacional...

De manera particularmente feroz, la minoría denunció la actitud del aparato del partido (*l'Humanité* y sus propagandistas) que sólo sirve a los intereses de la mayoría y permanece sorda a toda reivindicación de la otra corriente. Pero, a pesar de todas las amenazas, la oposición no obtuvo ninguna concesión. La cuestión se aplazó hasta la sesión de Navidad...

Todos los artículos de la prensa burguesa reconocen esta reunión como un factor político de extraordinaria importancia. *Le Temps*, *Le Figaro* e incluso *Action Française* felicitan a la mayoría por haber resistido a la oposición en esta cuestión capital: el restablecimiento de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, estos periódicos lamentan, con mayor o menor energía, las pocas concesiones hechas al "espíritu de Kienthal". Pero lo más interesante es lo que estas gacetas escriben sobre la oposición. Como siempre, el artículo más vivo y significativo es el del director de *Le Figaro*, Capus, muy próximo al presidente de la república a Briand. "La oposición no es una formación casual... representa más de un tercio del partido, no hace concesiones y seguirá hasta el final de las hostilidades forjando sus planes más peligrosos. Compromete al partido socialista, porque éste le permite actuar a la sombra de su bandera." Capus cita el discurso de Sembat sobre la necesidad de resistencia en la oposición, y continúa así: "Sembat sabe mejor que nosotros que sus esfuerzos no detendrán los movimientos de Kienthal y Zimmerwald; está colocado, como los demás socialpatriotas, ante el dilema: o dos partidos socialistas, uno nacional, el otro contaminado por elementos alemanes, o la conservación de la unidad del partido, pero, entonces, renuncia al poder."

Puede decirse que Capus formula en parte, y en parte anticipa, la respuesta de todo el bloque gubernamental a la creciente oposición en el partido socialista: la escisión o la salida del gobierno.

Cada vez se oye más a menudo decir en las filas de la minoría que "la escisión moral" es un hecho consumado.

(París, septiembre de 1916)

## XI. En la socialdemocracia alemana

### *Todavía hay socialdemócratas*

Con gran retraso hemos recibido el número de febrero de *Lichtstrahlen*, una pequeña revista de propaganda en torno a la cual se agrupan muchos internacionalistas. El artículo principal (“Todavía hay socialdemócratas”) está dedicado a la conducta de los socialistas franceses y rusos en relación con la Conferencia de Londres [de la Segunda Internacional].

“Como un consuelo en medio de una gran pena, como una chispa en la oscuridad”, continúa el periódico, “llega la noticia de que, a pesar de todo, sigue habiendo socialdemócratas. Llega la noticia de que nuestros camaradas, los socialdemócratas rusos, se han negado con indignación a desempeñar el papel de instrumento en manos del zarismo, al que consideran el arma de su enemigo mortal, el capitalismo...”

“En un artículo admirable, algunos pasajes del cual fueron reproducidos por *Vorwaerts* [se trata de la declaración redactada por un colega de los colaboradores de *Nache Slovo*], mostraron al mundo que el socialismo no ha muerto, que todavía hay socialistas de la Entente como si mantuvieran estrechos y especiales vínculos entre ellos. En primer lugar, esta conferencia contradice la internacionalidad de los problemas del proletariado, dicen nuestros camaradas rusos. ¿No tienen razón? Si los capitalistas ingleses, franceses y rusos han considerado oportuno aliarse, ¿es esto una razón para que los socialistas de estos países formen entre sí una especie de unión que excluya a los socialistas alemanes, austriacos y neutrales? ¿No es esto sancionar las acciones sangrientas del capitalismo y rebajar a los socialistas al papel de guardaespaldas?

“Vayamos más allá. ¿Cuál es el objetivo de la Conferencia de Londres? – Apoyar política y moralmente la política de la Entente”, nos responden nuestros camaradas rusos. Aquí también tienen razón. La “defensa nacional”, tal como la imaginan los diplomáticos de la Entente, es sólo un engaño, si la guerra se proclama liberadora, es una mentira, y este engaño y esta mentira deben ser fortalecidos con “el mal uso de las ideas y la autoridad del socialismo internacional”.

“El problema fundamental de los elementos socialistas de la Entente”, así hablan nuestros camaradas rusos, “es revelar los verdaderos significados de esta guerra y mostrar al mundo que los socialistas gubernamentales no tienen consigo a todos los socialistas de las naciones aliadas...”

“Es muy difícil de creer”, concluye el artículo, “que Guesde, Sembat y sus hermanos estén encantados con este lenguaje sincero, honesto y varonil. Nos alegramos aún más porque hay socialdemócratas que, en el furioso ajeteo de la guerra, no olvidan su deber.”

Nunca antes, podemos añadir, la actividad de los socialistas de un país ha dependido tanto de la política socialista de otros países. El crecimiento de la solidaridad internacional y la lucha por la paz sólo pueden desarrollarse en paralelo en las naciones arrastradas por un torbellino sangriento. Los socialistas gubernamentales franceses contemplan con esperanza el surgimiento del sentimiento revolucionario entre los proletarios alemanes. Y toda su conducta se basa en esta esperanza. Por el contrario, los socialdemócratas revolucionarios rusos no apoyan al imperialismo alemán, como afirman

calumniosamente los aduladores patrióticos, sino a su enemigo mortal, el ala internacionalista de la socialdemocracia alemana. La lucha librada por esta última es, a su vez, un valioso apoyo para nosotros en nuestra lucha contra la reacción “ententista”.

En verdad, todavía hay socialdemócratas revolucionarios, mañana habrá aún más.  
(*Nache Slovo*, 31 de marzo de 1915)

### ***Son de otra pasta***

El primer número (abril) de *Internationale*, el periódico de Rosa Luxemburg y Franz Mehring<sup>149</sup>, publicado en Suiza. Sólo ahora tenemos la oportunidad de recibir este periódico, que siempre ha sido confiscado por la policía alemana, que se preocupa de proteger la “paz civil”.

Ningún artículo está consagrado a explicar el carácter de la guerra y las razones históricas de la crisis de la [Segunda] Internacional. La publicación se da a sí misma objetivos bélicos directos. Valorar el comportamiento del partido oficial poniendo su poderosa maquinaria al servicio del imperialismo. *Oponer* la política oficial a la política de la lucha de clases. A veces se citan las palabras de Lutero sobre sus enemigos ideológicos: “Son de otra pasta”. La “pasta” del marxismo se opone a la “pasta” del social-nacionalismo.

Este número de la revista se centra en un artículo que Rosa Luxemburg escribió antes de su encarcelamiento. Estas son las ideas esenciales:

Socialismo o imperialismo: esta alternativa ha caracterizado la orientación política de los partidos obreros en los últimos tiempos... Con el estallido de la guerra, la alternativa se ha transformado en una situación política. Frente a esta alternativa, que reconoció y llevó a la conciencia de las masas, la socialdemocracia... cedió sin lucha al imperialismo. Nunca antes, desde el inicio de la lucha de clases, desde la existencia de los partidos políticos, ha habido un partido en posición de liderazgo tras cincuenta años de lucha ininterrumpida, con millones de afiliados, nunca antes ha habido un partido que desapareciera como factor político en menos de 24 horas, como fue el caso de la socialdemocracia alemana.

Rosa Luxemburg ataca indignada a Kautsky y a los marxistas austriacos, propagandistas de la no resistencia al mal y del atentismo. “Esta teoría del eunuco voluntariamente adoptado, que cree que puede preservar la virtud del socialismo sólo eliminándolo como factor en los momentos decisivos de la historia mundial, adolece del defecto fundamental de todos los relatos de la impotencia política: a saber, que está hecho sin el huésped.”<sup>150</sup>

La opinión de que la lucha de clases y la [Segunda] Internacional no deben dedicarse a la autodefensa es rechazada con indignación por Rosa Luxemburg, no sólo como una política de capitulación, sino como una traición teórica al marxismo.

“En alemán, esto significa: no hay una regla de vida para el proletariado, como ha proclamado hasta ahora el socialismo científico, sino que hay dos: una para la paz y otra para la guerra. En la paz, la lucha de clases es válida en el interior de cada país, y la solidaridad internacional es válida en el exterior; en la guerra, la solidaridad de clases es válida en el interior, y la lucha entre los obreros de diferentes países es válida en el exterior [...] Ahora bien, la lucha de clases proletaria es sólo un corolario necesario de la relación salarial como del dominio político de clase de la burguesía. Pero durante la guerra la relación salarial no disminuye en lo más mínimo; por el contrario, la explotación aumenta

<sup>149</sup> [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#) y [Obres escollides de Rosa Luxemburg en català](#) en estas mismas EIS. Mehring, Franz, en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

<sup>150</sup> “La reconstrucción de la Internacional [Socialista]”, en nuestra serie [Obras escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#),. página 2 del formato pdf.

violentamente por la especulación y los chanchullos, que florecen en el exuberante suelo de la industria de guerra, así como por la presión de la dictadura militar sobre los obreros. El dominio político de clase de la burguesía tampoco cesa en la guerra; por el contrario, se eleva a dictadura de clase desnuda por la abrogación de los derechos constitucionales”<sup>151</sup>.

O la [Segunda] Internacional no será más que un montón de ruinas después de la guerra, o su recuperación tendrá lugar sobre el terreno de la lucha de clases, de la que sacará su jugo nutritivo. El renacimiento de la [Segunda] Internacional no será posible si, después de la guerra, se retoma el viejo acordeón y se tocan las mismas melodías como si no hubiera pasado nada desde el 4 de agosto. No. Sólo será posible “mediante la eliminación despiadada de sus propias debilidades”, mediante la liquidación de sus tácticas desde el 4 de agosto. El primer paso en esta dirección es la lucha por el fin de la guerra, por la conclusión de una paz en el interés general del proletariado internacional.

A continuación, el autor critica la declaración de la fracción parlamentaria socialdemócrata contra la política de anexiones: “Las declaraciones solemnes en el parlamento contra cualquier política de conquista no tienen ninguna influencia en el resultado de la guerra. Esta guerra, cuya prolongación es apoyada por Scheidemann y otros, tiene su propia lógica, cuyos auxiliares activos son los elementos capitalistas que dominan en Alemania y no las pálidas figuras de los parlamentarios y los periodistas socialdemócratas echándoles una mano a sus amos... La lucha victoriosa por la paz y la Internacional sólo puede ser emprendida por los socialistas de las naciones beligerantes. El primer paso en esta dirección es dar una decidida media vuelta en el camino del social-imperialismo”.

En un artículo de *Za mir*, Clara Zetkin<sup>152</sup> nos acerca a los signos de desengaño en los partidos obreros de los distintos países... El artículo termina con un llamamiento a la socialdemocracia alemana, instándola a tomar el camino de la lucha por la paz. “Hay que decidir de una vez... con los dirigentes, si los hay; sin ellos, si siguen dudando; contra ellos, si quieren frenar el movimiento. Sólo una lucha de este tipo puede poner la primera piedra para la construcción de la Internacional proletaria”.

Franz Mehring, en su artículo “Nuestros preceptores y la política de la súplica”, demuestra que la nueva orientación del partido, tratando de disimular su actividad bajo referencias a Marx, Engels y Lassalle (que los nuevos dirigentes consideraban hasta esta guerra como “anticuados”), rompe completamente con los métodos marxistas y es sólo una capitulación ante los intereses de clase del enemigo apenas camuflada por las concepciones de un vulgar empirismo. La política de las autoridades del partido, concluye Mehring, presenta una ruptura total con la herencia espiritual de nuestros primeros maestros, con la historia y las concepciones fundamentales de la socialdemocracia alemana. La consecuencia lógica de esta política sería la fundación de un partido obrero social-nacional reconciliado con el militarismo y la monarquía y contento con las reformas que una sociedad burguesa concede a los proletarios... Sería la asfixia del movimiento obrero si el enorme abismo que separa el pasado del presente pudiera ocultarse bajo flujos de palabras sonoras... Contra esta autofalsificación, contra esta cobarde sumisión de los métodos del socialismo a objetivos mortales, Mehring llama a una lucha sin cuartel bajo la bandera del marxismo. Hay que dejar claro que ellos y nosotros, *¡somos de otra pasta!*

(*Nache Slovo*, 13 de junio de 1915)

<sup>151</sup> *Ibidem*, páginas 4 y 5 del formato pdf.

<sup>152</sup> Clara Zetkin, *escritos*, serie en nuestro sello hermano *Alejandría Proletaria*.

### “Izquierda” y “centro” en la socialdemocracia alemana

Cuando *Internationale*, el periódico de Rosa Luxemburg y Mehring, desapareció tras la publicación de su primer número, a la izquierda sólo le quedó un periódico de propaganda, *Lichstrahlen* [Rayos de Luz]. Los intentos de la redacción para pasar de una publicación mensual a una semanal o para aumentar el tamaño de los folletos mensuales se rompieron todas las veces contra la prohibición impuesta por las autoridades militares. En las tinieblas de la Unión Nacional, “Rayos de Luz” no podía reclamar más de 24 páginas al mes.

El número de julio, impreso con retraso (como anuncia la redacción), contiene un artículo sobre el “centro”. Tras caracterizar los agrupamientos tal y como existían en la socialdemocracia hasta la guerra y someter a crítica la organización del centro agrupado en torno a Kautsky, el artículo añade:

“El estallido de la guerra encontró a la clase obrera poco preparada. Entre los líderes, el número de oportunistas resultó ser mayor de lo esperado.”

“Esos líderes asumieron la responsabilidad por la guerra. ¿Y cómo se comportaron los partidarios de Kautsky, el centro del partido? En completo desorden ideológico, sólo tenían una idea en mente, mantener la organización fuera de peligro. Mientras el centro caminaba de la mano de los social-imperialistas, se diferenciaba de ellos por la idea de que después de la guerra podría retomar la vieja canción; los oportunistas habían declarado con toda razón: ¡es indispensable sacar todas las consecuencias de la política del 4 de agosto!”

“En la actualidad, el partido está desgarrado por una lucha interna como nunca la había conocido en toda su historia. La imposibilidad de declarar abiertamente las diferencias no hace sino agravar la situación. Las contradicciones no conciernen únicamente a la *evaluación* de la guerra mundial y a la política futura de la socialdemocracia. Consisten en la diferencia de *actividad*. A la derecha social-patriótica, que persevera en la colaboración en todos los campos, incluso en el futuro, la izquierda responde con una propaganda y acción diametralmente opuestas. La derecha está tratando de expulsar a la izquierda del partido. ¿Qué hace el centro? En realidad, defiende la política de la derecha. Lamenta los excesos tanto de la derecha como de la izquierda, recomienda paciencia y recalienta las viejas esperanzas de que el imperialismo pueda curarse de “sus peligrosas tendencias”. Si Kautsky y sus seguidores se enfadan de vez en cuando por los resultados de la política de derechas, si están convencidos de que pueden conservar los viejos principios, con ello sólo aumentan el caos. Es una profusión de argumentos similares la que Kautsky ofrece a los elementos del partido que, incluso en esta tormenta mundial, no quieren ser arrancados de su tranquilidad. Gracias a la gran autoridad de que goza Kautsky entre las masas trabajadoras, como principal divulgador de Marx, detiene el proceso de explicación ideológica.”

“Es imposible luchar contra la derecha sin luchar contra la concepción de Kautsky. La lucha contra esto último no es una lucha dentro del campo marxista; no es una separación de la izquierda. Es una lucha por la transferencia de los principios marxistas al período histórico actual, es una lucha por la unión de todos los elementos de izquierda del partido, una fracción de los cuales, bajo la influencia de Kautsky, oscila de la derecha a la izquierda, ataca a la derecha de palabra, pero la apoya de hecho.”

Como es sabido, esta lucha decisiva de la izquierda ayudó a Kautsky a salir del quietismo en el que se encontraba desde comienzos de la guerra. El manifiesto firmado en su nombre, a pesar de las limitaciones políticas, y sobre todo tácticas, de su contenido (en cierto sentido *gracias* a estas limitaciones) asestó un golpe inestimable a esa política del “todo vale” de la que Kautsky ha sido teórico durante toda la guerra. La posición del centro estaba políticamente comprometida de forma irreversible. El *Manifiesto* de



Bernstein, Haase y Kautsky dio un impulso inequívoco al movimiento en amplios círculos del partido. Pero al representar sólo un tímido paso fuera del Bloque Nacional, el manifiesto contiene “excesos”, es decir, conclusiones tácticas que deben extraerse de los intentos de los revolucionarios internacionalistas. Por eso, la lucha de la izquierda y del centro no ha dicho aún su última palabra. Cuanto más decididamente realice la izquierda su labor de crítica y propaganda, antes saldrá la clase obrera de la tutela ideológica del centro.

(*Nache Slovo*, 11 de julio de 1911)

### ***Sin escala de medida***

La carta de Kosovsky<sup>153</sup>, reproducida en nuestro número 137 de *Nache Slovo*, no hace sino restablecer la confusión de las comprensiones y de las definiciones, que intentamos aclarar con nuestro artículo principal, el que provocó la respuesta de Kosovsky.

El autor de la carta niega enérgicamente cualquier atracción por la “escala alemana”. ¿Qué es la escala alemana?, se pregunta. ¿La política internacional del imperialismo alemán? Por supuesto, Kosovsky no simpatiza con ella. Pero no considera que su simpatía por la socialdemocracia alemana sea un pecado. El quid de la cuestión es que la socialdemocracia encarnada por sus dirigentes oficiales se ha unido a la política gubernamental. Se pueden compartir las ideas de la fracción del Reichstag. Pero quien las comparte o las aprueba reconoce que la política internacional alemana tiene derecho a ser apoyada por el partido del proletariado. Dado que el partido ha puesto sus fuerzas y su autoridad al servicio del poder, no se puede distinguir entre la política del socialismo servidor y la del imperialismo amo. Es cierto que Kosovsky intenta negar el hecho de la domesticación de la socialdemocracia. Pero si el voto de los créditos, la confianza otorgada al poder, el rechazo de la lucha de clases, el giro de la política socialista hacia la de los dirigentes junker, si esto no es, según Kosovsky, una política de apoyo al imperialismo, significa que no hablamos el mismo lenguaje, y tendríamos que ponernos de acuerdo con él sobre las concepciones fundamentales en el campo de la política proletaria.

Nuestro antagonista trata de definir su comportamiento pacificador frente al partido oficial alemán con un argumento nuevo y bastante peculiar: en las filas del “partido” “se lleva a cabo un intenso trabajo de autocrítica, que continúa a pesar de la opresión de la dictadura militar; la socialdemocracia continúa su intensa vida intelectual y busca desesperadamente una salida a la crisis ideológica...” Muy bien. Pero, ¿qué es exactamente la “intensa vida intelectual” de la socialdemocracia alemana? La izquierda se ha levantado contra las esferas oficiales gobernantes que han capitulado ante el imperialismo; lo hace bajo la bandera del internacionalismo. El centro ha intentado paralizar la “intensa vida intelectual” alegando los intereses de la unidad del partido. En consecuencia, chapotea en corrientes irreconciliables, arrojando a sus mejores representantes a la oposición. ¿Por qué y a quién da Kosovsky su simpatía? Para el socialista que tiene el deber de participar en la vida de las ideas de su comunidad internacional, es una posición demasiado cómoda pasar por alto los pecados (por otra parte, reconocidos a medias por Kosovsky) de la socialdemocracia, considerando la variedad de sus diferentes corrientes. Hay que hacer más, hay que tomar una posición *a favor o en contra*, y no reclamar el derecho de un protectorado histórico sobre el proceso en curso.

---

<sup>153</sup> V. Kossowsky, publicista de la “Bund”, envió una carta a la redacción de *Nache Slovo* titulada: “Una escala de medida a la antigua usanza”.

Kosovsky es partidario de “una actitud cautelosa hacia los llamados partidos oficiales, especialmente hacia la socialdemocracia alemana”. La prudencia es una cualidad respetable si está sujeta a la decisión y al coraje. Pero bajo el estruendo de los llamamientos a la “prudencia”, la dirección del partido intenta sofocar al ala internacional. ¿A favor de quién está Kosovsky en esta lucha, por la vida, por la muerte? Para Kosovsky, con la “prudencia”, y eso es todo. Si decimos “que los principales partidos de la [Segunda] Internacional están en bancarrota, que el socialimperialismo reina en todas partes, es..., nos dice Kosovsky, que nuestro caso no tiene remedio”. ¿Qué caso? ¿La salvación de los centros de los partidos, de las organizaciones oficiales y otras de respetable reputación? Sí, este caso seguramente no tiene remedio. Pero el del proletariado socialista, al que la época anterior ofreció una escuela insuficiente, cierto, pero inmensa, dedicando a ella las fuerzas intelectuales y morales de generaciones de grandes y pequeños “líderes”, ese caso no es en absoluto irremediable. Esta esperanza proviene del hecho de que, en el seno del partido, la protesta es cada vez más fuerte. Se protesta contra esta política, que en sí misma resume todo lo que era atrasado, estrecho de miras y reaccionario en la práctica y la ideología de la Segunda Internacional. La crítica y la autocrítica valientes y despiadadas son las condiciones esenciales para salvarnos de la desesperación. Quien no haya entendido esto hoy, quizás lo entienda mañana. Y quien no lo entienda será rechazado por el movimiento a las filas de los observadores impotentes.

¡La posición de Kosovsky se caracteriza por su condescendencia con los elementos de la izquierda que buscan el contacto mutuo! “La [Segunda] Internacional”, escribe, “renacerá como la suma de los antiguos partidos”: por tanto, hay que eliminar las contradicciones entre ellos. En lo concerniente a la unión de minorías, de oposiciones, no puede dar “más que un pequeño círculo, una secta, una caricatura de la Internacional carente de influencia y de sentido”. Entonces, ¿a quién confía Kosovsky la tarea de restablecer la [Segunda] Internacional? ¿A los que la mataron con la política de bloques o a los que, bajo la bandera de la lucha de clases, tomaron la iniciativa de revivirla? Si pensáramos que la política de la Unión Nacional podría todavía, después de las convulsiones mundiales de la guerra, seducir a la clase obrera, nuestra tarea sería inútil. Pero estamos convencidos de lo contrario, prevemos (y todos los síntomas nos dicen que tenemos razón) que el Bloque Nacional se derrumbará sobre las cabezas de quienes lo crearon. Nuestro problema es preparar a las masas para que tomen conciencia de sus objetivos revolucionarios. Este es nuestro problema, el problema del ala izquierda de la [Segunda] Internacional. Si buscamos acercamientos, no es para “crear” sectas, sino para imprimir el sello revolucionario a la lucha contra el nacionalismo en todos los ámbitos de los viejos partidos proletarios.

Kosovsky no puede perdonarnos lo que en su momento pudimos perdonar a *Vorwaerts*, su renuncia a la persecución de la guerra de clases: “Un cliente vivo”, nos dice nuestro adversario, “es mejor que un león muerto”. Lamentablemente, tenemos que renunciar a incluir este nuevo principio en nuestro arsenal intelectual e instamos a Kosovsky a que lo aplique con “prudencia”. Al fin y al cabo, ninguna organización ni ningún periódico es un fin en sí mismo. Un periódico es bueno y necesario cuando crea un vínculo intelectual entre las partículas atomizadas de una clase. Hay veces que este vínculo puede crearse por la desaparición de un periódico. El órgano central del partido ha declarado a los trabajadores que en este momento el problema del socialismo consiste en rechazar la lucha de clases. Al dejar de aparecer, *Vorwaerts* habría anunciado a las masas que esta lucha era el criterio supremo de la política proletaria: con su desaparición, el periódico habría seguido la misma política a la que había servido desde su creación. Y quién sabe, tal vez esto hubiera inducido a las autoridades militares, en su propio interés, a retirar su impúdico ultimátum dirigido a la socialdemocracia. Y *Vorwaerts* podría haber

renacido sin un sello “canino” en la frente. Incluso, habiendo aceptado esta marca, no tomó ninguna medida de seguridad contra un posible cierre.

Para Kosovsky, nuestra “escala” está “anticuada”. Lo está en el sentido de que nos mantenemos fieles a las mejores tradiciones del socialismo revolucionario. No vamos a renunciar a nuestra escala. El lamentable ejemplo de Kosovsky confirma que tenemos razón. Al no decidirse a adoptar la escala del social-militarismo, nuestro adversario se queda ante nosotros sin ninguna escala. Esta es la razón de la pobreza intelectual de su carta.

(*Nache Slovo*, 17 de marzo de 1915)

### ***Los agrupamientos en la socialdemocracia alemana***

En relación con el artículo del camarada Bukvoied (Riazánov) (“Mehring ante la guerra”) la dirección considera esencial fijar su posición sobre la cuestión planteada por este artículo, en particular en lo concerniente a las agrupaciones de la socialdemocracia alemana.

“Se admite considerar”, nos dice el camarada Bukvoied, “que el ala extrema de los internacionalistas alemanes está constituida por el grupo ‘Internationale’<sup>154</sup>”. Estamos completamente de acuerdo. No nos sentimos obligados a compartir todas las opiniones teóricas y los criterios tácticos de todo el grupo ni de ninguno de sus miembros, pero reconocemos que la corriente bajo cuya bandera aparece el periódico *Internationale* representa el flanco izquierdo del internacionalismo alemán y que tendremos que marchar de la mano de este grupo en nuestra lucha futura. No queremos, ni mucho menos, restar importancia a la orientación teórica de la socialdemocracia ni a sus distintas corrientes. No dudamos de que las diferencias no sólo de filosofía e historia, sino también de táctica, son posibles e incluso inevitables. Pero las agrupaciones normales se definen y unen sobre todo por su posición política y activa. Desde este punto de vista, nuestra solidaridad se dirige íntegramente a esa agrupación cuya acción política se expresa en los votos y declaraciones de Liebknecht, en el manifiesto titulado “¡El enemigo principal está en nuestro país!”<sup>155</sup>, etc., etc.

Como afirma el camarada Bukvoied en su artículo, Liebknecht orientó su conducta al principio de la guerra según el criterio de la guerra ofensiva y liberadora. Nuestros lectores saben que consideramos este criterio absolutamente inadecuado, y no podemos sino remitir al lector a otros artículos de Bukvoied en los que denuncia esta inadecuación con plena convicción. Pero consideramos esencial recordar que, en la declaración hecha por Liebknecht con motivo de la segunda votación sobre los créditos de guerra, no dio a su voto una argumentación formal desde el punto de vista de la guerra ofensiva o defensiva, sino desde el punto de vista revolucionario y socialista. Es lamentable que Liebknecht no adoptase esta posición inmediatamente y que haya marchado con Haase. Pero esta rectificación tardía nos ofrece pocas posibilidades para orientarnos en los agrupamientos actuales de la socialdemocracia. Desde el 4 de agosto han pasado quince meses. Las posiciones han tenido tiempo de definirse. El nombre de Liebknecht (¡qué fuerza de acción política!) se ha convertido en todo el mundo en sinónimo de valor socialista, mientras que los nombres de Haase y Kautsky son, en el mejor de los casos, sólo sinónimos de compromiso.

<sup>154</sup> El grupo “Internationale”, el grupo de Mehring y Rosa Luxemburg. Ligados ideológicamente a K. Liebknecht, Clara Zetkin, etc.

<sup>155</sup> “¡El enemigo principal está en nuestro país!”, en nuestra serie [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista](#).

Kautsky<sup>156</sup> ya había comprendido, antes de la guerra, el peligro que representaban las palabras “defensa” y “ofensiva” para la táctica del proletariado. En el Congreso de Essen de 1907, respondió a Bebel en términos proféticos.

Cuando esta profecía, presentada por Kautsky como un argumento lógico, se convirtió en una trágica realidad, Kautsky capituló ante la mayoría nacionalista del partido, utilizando los argumentos que menos le comprometían. Demostró que todo iba muy bien; hizo la vista gorda ante la monstruosa desmoralización en las filas del partido, tranquilizó a los descontentos y les invitó a observar la disciplina. Si la oposición en el partido, sobre todo Liebknecht, levantó la voz, fue a pesar de Kautsky.

Sólo cuando las contradicciones entre la mayoría y la oposición alcanzaron el mayor grado de tensión, Kautsky, sin acercarse a la oposición y sin firmar el “Manifiesto 200” (tan profundamente principista), reconoció, por fin, la diferencia entre las tendencias imperialistas y el socialismo alemán, y protestó, es cierto, con Bernstein y Haase, pero sólo contra las actividades anexionistas. Cuando más tarde se planteó la cuestión del restablecimiento de las relaciones internacionales, Kautsky y Bernstein fueron a Berna para mantener conversaciones infructuosas con Jouhaux; pero los tres, por supuesto, estuvieron ausentes en Zimmerwald. En la medida en que elementos de la izquierda cercanos a Kautsky, como Ledebour y otros revolucionarios, incluida la delegación de *Nache Slovo*, estaban presentes en esta conferencia, era necesario perseverar en la línea de la izquierda alemana (“Internationale”, “Manifiesto 200”) contra la línea pasiva y pacifista del “Manifiesto de los tres” (Kautsky, Bernstein y Haase).

De todo lo que se acaba de decir se desprende que nos solidarizamos con el agrupamiento “Internationale”, con Liebknecht y Zetkin<sup>157</sup>, los más destacados representantes de la creciente corriente internacional en el movimiento obrero alemán. Estos elementos dirigen una valiente lucha contra la “Paz Civil”, desenmascaran la ideología hipócrita de la “Defensa Nacional”, rompen los marcos de la legalidad y levantan a las masas contra la guerra y los gobernantes. ¡De la mano de estos elementos, hemos comenzado y continuaremos nuestro esfuerzo por crear la Tercera Internacional!

(*Nache Slovo*, 17 de noviembre de 1915)

### ***La declaración de los veinte***

En la sesión del Reichstag del 22 de diciembre de 1915, el diputado Geyer leyó la siguiente declaración en nombre de veinte diputados:

“La dictadura militar, que aplasta sin piedad nuestros esfuerzos por la paz, se esfuerza en ahogar la libertad de pensamiento y nos priva de la oportunidad de dar a conocer fuera del Reichstag nuestra opinión concerniente al proyecto de ley de créditos de guerra. Al igual que condenamos los planes de conquista ideados por los gobiernos y partidos de otros países, también protestamos contra los planes igualmente peligrosos de nuestros anexionistas, que constituyen tantos obstáculos más para las negociaciones de paz. El 9 de diciembre, en respuesta a una interpelación socialdemócrata, el canciller no sólo no se pronunció en contra de estos planes anexionistas, sino que incluso los aprobó (Exclamaciones: “¡Muy justo!”). Todos los partidos burgueses lo apoyaron, exigiendo compensaciones territoriales (“¡Completamente cierto!”). Las negociaciones de paz sólo pueden llevarse a cabo con éxito si se realizan sobre la siguiente base: no se debe aplastar a ningún pueblo, se debe garantizar la independencia económica y política de todos los pueblos, se deben rechazar definitivamente todos los planes de guerra. Nuestras fronteras y nuestra independencia no están en peligro. No nos amenaza ninguna invasión enemiga.

<sup>156</sup> [Obras Escogidas de Karl Kautsky](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

<sup>157</sup> [Clara Zetkin, escritos](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

Pero, si la guerra se prolonga, a nosotros y al resto de Europa nos amenaza el peligro de provocar miseria y la destrucción de la cultura (“¡Cierto!”). Por lo tanto, el gobierno alemán debe dar el primer paso hacia la paz, ya que se encuentra, junto con sus aliados, en la situación más favorable. (“¡Cierto!”). La facción socialdemócrata propuso que el gobierno formulara sus propuestas de paz. El canciller respondió con una negativa (“¡Completamente justo!”). Esta horrible guerra continúa. Cada día trae consigo innumerables sufrimientos. No podemos apoyar una política que no haga todo lo posible para poner fin a esta inconmensurable miseria, que está en irreconciliable contradicción con los intereses de los amplios sectores de la población (“¡Cierto!”). Nuestro deseo de dar un fuerte impulso a los esfuerzos por la paz que se realizan en todos los países, nuestro deseo de paz, nuestra repugnancia a todos los planes de conquista, todo esto no podemos vincularlo al de los créditos militares. Por lo tanto, rechazamos el proyecto de ley.”

Esta es la declaración de la oposición parlamentaria alemana, que motiva su voto en contra del nuevo crédito de diez mil millones. Como vemos, la declaración no sitúa la cuestión de la política de “guerra” de la socialdemocracia en el nivel adecuado. La declaración, basada en una concepción de la posición estratégica de Alemania, insiste en que ésta debe entablar conversaciones de paz. Asumir que la oposición ha dado por sentada la posición de las clases dominantes y de los social-patriotas es causarle una innecesaria ofensa. Si el ala izquierda subrayó en su declaración el hecho de que las fronteras alemanas no estaban amenazadas, fue, sobre todo, para revelar a las masas engañadas la falsedad de las fórmulas defensivas.

Pero el asunto no se limita a estas concepciones propagandísticas puramente legítimas: esta motivación inestable y políticamente superficial facilitó, a todos los partidarios de la oposición parlamentaria, el paso de la pasividad política a la lucha activa contra el militarismo nacional.

Al subrayar la indecisión de la conciencia revolucionaria sobre la cuestión de principios de la “Defensa Nacional”, la Declaración de los Veinte dio a los social-patriotas del otro bando<sup>158</sup> argumentos fáciles para justificar su olvido de la política de clase y su sumisión. Aquí radica el lado débil de la Declaración de los Veinte.

Sin embargo, el hecho de su intervención sigue siendo valioso. La oposición ha dejado de abstenerse y de esperar pasivamente a que la lógica de los acontecimientos, la presión de las masas y su propia acción interna “ilumine” a la mayoría de la fracción parlamentaria. La oposición intervino activamente contra el Bloque Nacional, situó abiertamente la unidad de la política proletaria internacional por encima de la, por cierto, ficticia unión de la fracción parlamentaria.

En Zimmerwald, los delegados de todos los matices exigieron que los diputados alemanes votaran en contra de los créditos. Ledebour y sus amigos, basándose en estrechas consideraciones de organización interna, se opusieron a que esta exigencia se incluyera en el texto del *Manifiesto*<sup>159</sup>, opinando que sólo podría perjudicar su acción futura.

Los socialpatriotas trataron rápidamente de interpretar el comportamiento de la delegación alemana en Zimmerwald como una negativa a votar contra los créditos de guerra. Ninguna explicación o negación pudo evitar que estos señores torturaran a sus lectores y oyentes con esta invención, que les sirvió de baza en la lucha de los socialpatriotas contra la Conferencia de Zimmerwald<sup>160</sup>.

<sup>158</sup> Los social-patriotas del otro bando: es decir, los franceses.

<sup>159</sup> “Manifiesto de Zimmerwald (Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald)”, en nuestras EIS.

<sup>160</sup> Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista, en estas mismas EIS.

Ahora la cuestión está definitiva e irrevocablemente resuelta. En total acuerdo con el espíritu de la resolución de Zimmerwald, los “Veinte” de la izquierda alemana votaron en contra de los créditos de guerra. Zimmerwald encontró un importante eco entre los muros del Reichstag. La votación de los “Veinte” no será sólo un episodio, sino que quedará como una fecha memorable en la historia del renacimiento socialista.

(*Nache Slovo*, 28 de diciembre de 1915)

### ***Hacia el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata***

El cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata abre un nuevo capítulo en el movimiento socialista internacional “de tiempos de guerra”.

Durante los últimos doce años, aproximadamente entre la Guerra de los Boers y el presente conflicto, el desarrollo de las fuerzas de producción y la expansión capitalista dieron un salto gigantesco. Al mismo tiempo se produjo un crecimiento del movimiento obrero y una *equiparación de sus métodos y formas*. En el ámbito político, las tácticas formalmente independientes del parlamentarismo siguieron la línea del “mal menor”. El proletariado inglés, mediante la creación del Partido Laborista, se alineó en todo el frente político. En las esferas sindicales, las diferencias de tipo inglés, francés y alemán desaparecieron: los comités de industria dominaron en la organización; el acuerdo aduanero se convirtió en la constitución suprema de las relaciones industriales.

La uniformidad de las condiciones y métodos de la lucha de clases produjo una psicología uniforme. En los países más antiguos del capitalismo y del movimiento obrero, la guerra provocó una reacción uniforme: el debilitamiento de los partidos proletarios. ¡Hay que estar muy ciego para no ver esto y buscar las causas de la quiebra de la [Segunda] Internacional en los libros amarillos, naranjas y demás de los diplomáticos o en las disposiciones estratégicas de los ejércitos beligerantes! ¡Qué grado de ceguera ideológica se necesita para ver una oposición de principios en las tendencias defendidas *aquí* por Renaudel y *allí* por Scheidemann! Admitamos que los culpables son los diplomáticos de las monarquías centrales: ¿cambia esto el valor de Plejánov, Potriessov, Guesde, Sembat, Renaudel, Longuet, tal como se han revelado en la prueba de los acontecimientos? Acaso no está claro que si mañana, por voluntad del destino, estuvieran al frente de Alemania parangones de la moral internacional como los Romanov y su burocracia, o incluso las personalidades de los sucesivos gobiernos franceses, si al frente de los aliados estuvieran los “piratas y bandidos” de la escuela Hohenzollern, (pedimos respetuosamente a los censores que nos concedan esta suposición puramente lógica), estos cambios, medidos con un rasero micrométrico, no aportarían nada nuevo a la conciencia políticamente nacional con la que Scheidemann, Ebert, Plejánov y Renaudel entraron en la guerra. Pero este es el quid de la cuestión: el social-patriotismo paraliza la voluntad y el pensamiento.

¿Qué hicieron esos chovinistas franco-rusos que se ensañan como hijos de su madre (no hay otra expresión) con la socialdemocracia alemana, bajo la dirección de Laskine, ese adúlador de baja estofa, y Hervé, el oráculo de los conserjes? ¿Qué significa para ellos la vida interna de la socialdemocracia? ¿Qué significa para ellos esta lucha interna si no derrama sobre los ejércitos de Nicolás, “la victoria más completa posible” sobre Alemania?

En la socialdemocracia, el partido clásico de la Segunda Internacional, es donde encontramos la expresión más perfecta del proceso de crisis y renacimiento socialista.

Los otros partidos: ruso, italiano, serbio, rumano y búlgaro, se han mostrado (de repente, a primera vista) más estoicos que el alemán, en la prueba de hierro y fuego de la guerra. Nuestra socialdemocracia rusa, en forma de su maldita emigración, desempeña, en gran medida, un papel iniciador en la formación de la nueva Internacional. Pero sería

imperdonable engañarse en cuanto a las premisas históricas de este papel. Sólo un giro completo de la socialdemocracia alemana puede asegurar la creación de una Internacional revolucionaria centralizada, así como sólo la toma del poder en Alemania por el proletariado puede asegurar la victoria de la revolución social en Europa.

Por eso se puede decir que el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata abre un nuevo capítulo en el movimiento obrero europeo.

Nadie dirá que el grupo opositor de Haase y Ledebour pecó de falta de paciencia o de exceso de iniciativa revolucionaria. Por el contrario, hizo todo lo posible (mientras tuvo la posibilidad física) para reducir su oposición al mínimo y salvar la unidad de su organización. Nadie dirá (al menos, nosotros no lo haremos) que las concepciones del grupo Haase-Ledebour se distinguen por su claridad política y, además, por su firmeza social-revolucionaria. A pesar de las fuertes diferencias individuales en el seno del grupo, sus opiniones conducen al pacifismo socialista: para él, la guerra se presenta, no como un paso hacia el desarrollo de las contradicciones mundiales y la locomotora de la historia, sino como una “desgracia colosal” que detuvo el desarrollo de la cultura, en particular la que se expresó con la lucha del proletariado. Estos pacifistas sólo ven un final rápido, a ser posible “inofensivo”, de la guerra, que aseguraría el restablecimiento de la “vieja” organización y de sus métodos “probados”. Esto es ignorar por completo que el imperialismo, que tiende a la dominación del mundo (un pensamiento de tontos e idiotas, según Haase) no permitirá volver a los viejos caminos. Ante el temor de la disolución política, el proletariado tendrá que dar un salto histórico a un escalón superior de la lucha revolucionaria.

Por lo tanto, el cisma de la fracción socialdemócrata es un acontecimiento de gran importancia.

El proletariado alemán, como la industria alemana, nació con una rapidez febril. El desarrollo industrial generaba constantemente contradicciones, pero las resolvía con su propia expansión. La ausencia de democracia burguesa llevó a la lucha del proletariado por la toma del poder. La táctica de la socialdemocracia consistía en evitar los choques demasiado violentos con un poder muy concentrado, en acumular los problemas no resueltos, con vistas a su futura solución, y en reunir las fuerzas organizadoras. Toda la energía de clase del proletariado, todo su idealismo creador no encontró salida en una lucha abierta y abnegada por su ideal y se dispersó en el establecimiento de la organización del partido, en la ampliación y enriquecimiento de éste. En su propio partido, en sus comités, en sus cooperativas, el proletariado no encontró un arma para la lucha directa, sino el sustituto de lo que no podía encontrar en el gobierno: su propia “democracia obrera” donde se sentía el jefe. El “fetichismo organizativo” de la socialdemocracia alemana (¿qué mujik no se reiría de “Fritz” en esta ocasión?) se reveló como un debilitamiento del desarrollo proletario.

No hace mucho Hilferding repitió un pensamiento, paradójico en su forma, que expresó a menudo en el pasado: la socialdemocracia alemana se ha convertido, por la fuerza de la dialéctica histórica, en un factor antirrevolucionario que frena la energía revolucionaria del proletariado. Todo mecanismo tiene su fuerza de inercia que sólo es contrarrestada por la fuerza viva del vapor, de la electricidad, etc. La organización obrera también tiene su inercia que sólo puede combatirla la fuerza viva de la energía proletaria. Pero en esta organización, que siempre pospuso las soluciones enérgicas, la inercia acabó alcanzando dimensiones colosales. Cuando la guerra imperialista sacudió los fundamentos capitalistas de las sociedades y puso en cuestión el desarrollo de Europa, cuando sonó la hora de la “acción decisiva”, el aparato del partido, negándose a someterse a una profunda refundición interna, entró en contradicción con su propio objetivo. El personal dirigente se mostró incomparablemente más vinculado a las necesidades del

capitalismo que a los problemas del socialismo y, siguiendo la corriente social-patriótica, arrastró a las masas con él. La idea de la disciplina orgánica y la unidad se convirtió en un arma reaccionaria directa en manos del personal dirigente, que se transformó en una oligarquía. Así como en Francia la idea de la República, heredera de la Revolución, etc., era un medio ideológico para hipnotizar a las masas, igualmente en Alemania lo era la idea de la democracia obrera. La explotación del fetichismo organizativo fue llevada a cabo por los social-patriotas, con el apoyo activo del centro opositor, que situó la unidad por encima del objetivo por el que se había creado la organización. Fueron necesarios veinte meses de guerra y hostilidad entre los social-patriotas y los intereses elementales de las clases trabajadoras para que se produjera el cisma. Esto último ha descargado un golpe mortal al *fetichismo organizativo*. Ahora hay dos fracciones frente al proletariado alemán, que lo obligan a elegir en caliente, en el fuego de la acción, liberándolo del automatismo de la disciplina que se ha convertido en el arma de la reacción imperialista. Sólo a través de la quiebra de la rutina, el proletariado alemán logrará la unidad y la disciplina en la *acción revolucionaria*.

El cisma: ¡el paso más importante en esta vía!

(*Nache Slovo*, 2 de abril de 1916)

### ***Imperialismo y socialismo***

El último discurso de Scheidemann atestigua sin temor a desmentidos lo que ya se sospechaba: a saber, que la mayoría dirigente de la socialdemocracia alemana no se dispone a afilar sus cuchillos contra la monarquía Hohenzollern. Por el contrario, el pensamiento esencial expuesto por Scheidemann, para demostrar las consecuencias beneficiosas del 4 de agosto para el socialismo, es el siguiente: la colaboración de la socialdemocracia y el poder debe deshacer los “prejuicios” de las masas contra el carácter “antipatriótico” del partido socialista y, al mismo tiempo, aumentar su fuerza e influencia.

Es cierto que la estimación política del 4 de agosto y las perspectivas que se desprenden de ella no pueden sino golpear con su monstruosa falsedad a todo conocedor de la historia política alemana y de las peculiaridades de la historia de su partido obrero. La política de la socialdemocracia, que provocó acusaciones y “prejuicios” contra su “antigubernamentalismo” y “antipatriotismo”, reunió bajo la bandera del partido a más de cuatro millones de votantes, a tal ritmo que las organizaciones se quejaron de que el crecimiento del ejército socialista superaba la labor de propaganda del partido. Si la política del 4 de agosto debía abrir las capas patrióticas de la población a los socialistas, ha arrojado a la oposición a casi la mitad de los trabajadores registrados. No puede haber dos opiniones sobre esta política que, al perseguir el encuadramiento problemático de sus nuevos partidarios, comienza por dismantelar los cimientos de su antigua organización construida por dos generaciones de socialistas. No cabe duda de que Haase y Kate Dunker hayan denunciado en sus discursos la mentira cegadora del optimismo scheidemanniano.

Sin embargo, sería un error pensar que el propio Scheidemann no se da cuenta de la realidad. Pero es portador o esclavo de tendencias históricas definidas, una de las dos tendencias fundamentales que la guerra ha puesto ante la clase obrera.

Si la socialdemocracia alemana se hubiera presentado en la batalla como el partido de la revolución social (y, por lo tanto, se hubiera convertido en el partido de las masas proletarias), su práctica parlamentaria, sindical, municipal y cooperativa no habría sobrepasado, de hecho, los límites del trabajo reformista sobre bases capitalistas, adaptándose al desarrollo capitalista. La contradicción entre la práctica posibilista y reformista y la concepción social-revolucionaria se habría transmitido, de este modo, a la socialdemocracia en las mejores condiciones para su desarrollo. El imperialismo ha dado a esta contradicción la máxima tensión y dureza.



El imperialismo es, históricamente, el esfuerzo inevitable del capitalismo “nacional” para desprenderse de los marcos de gobierno nacionales que sobreviven y dominar el mundo. Como la socialdemocracia se adaptó al capitalismo nacional, está obligada por la propia lógica de las cosas a acompañarlo en el camino de la empresa imperialista, o bien a rechazar cualquier otra adaptación al gobierno capitalista, declarándole una guerra implacable.

Situado por su propio desarrollo ante la necesidad de una conflagración mundial, el Moloch del poder imperialista se dirigió a Scheidemann en estos términos: “¡Si quieres continuar tu actividad para obtener mejores leyes sociales y aranceles aduaneros favorables, debes ayudarme a asegurar al capitalismo nacional una posición mundial tal que pueda crear la base indispensable para tu propia obra de reforma!” El reformismo socialista se ha convertido en imperialismo socialista. Al negarse a utilizar métodos revolucionarios contra el poder capitalista, la socialdemocracia oficial ha tenido que reconocer y aprobar los métodos imperialistas. De ahí la idea del “cuarto estado”, como dice Scheidemann. Las nuevas “capas” a las que espera acercarse no están en la base, sino en la cima. Scheidemann espera tener éxito mediante una colaboración semiopositora con las fuerzas dominantes de la Alemania imperialista. La dificultad política radica en la reeducación de las masas. Aquí Scheidemann tropieza, cuerpo a cuerpo, con la oposición.

En las condiciones indicadas, el problema planteado a la oposición no puede confundirse con la táctica tradicional de la socialdemocracia definitivamente desgarrada por sus contradicciones internas. En otras palabras, una verdadera oposición no debe tratar de salvar el “honor” de la concepción revolucionaria de un posibilismo reformista totalmente agotado. La historia plantea así la cuestión: o la capitulación ante la violencia imperialista, o la aplicación de la violencia revolucionaria. El deber de la oposición se traduce concretamente en: *lucha por el poder*.

### ***El aliado no siempre tiene la misma idea***

Los periódicos parisinos reproducen simultáneamente la publicación en *l'Humanité* de un artículo que incluye el discurso de Haase y el texto de la carta de Liebknecht a sus jueces. Esta coincidencia no puede calificarse de desafortunada, ya que ofrece la oportunidad de comparar las dos corrientes principales de la oposición alemana. Haase se niega a votar a favor de los créditos de guerra y la confianza en el canciller. “Al apoyar las políticas de los partidos burgueses”, declaró a la mayoría, “ustedes comparten su responsabilidad.” Aparte del canciller y los partidos burgueses, se le dijo, la nación está en peligro. “Ya debería haber votado usted a favor de los fondos necesarios para la defensa del país.” En este diálogo, los puntos débiles están en ambos lados. Haase tiene toda la razón cuando dice que la participación del partido en la defensa significa condenar la vieja táctica de rechazar los créditos militares. La filosofía aventurera e incendiaria (“La casa arde, hay que salvarla”) no vale nada. Para apagar el fuego, se necesita buena voluntad, pero también cubos y mangueras. Por lo tanto, quien está a punto de combatir un incendio debe tener el equipo adecuado. En otras palabras, esta política, para poder unir los dos objetivos (ser coherente), debe implicar el rechazo de una oposición de principios al militarismo. Eso es lo que reclama David. Si Scheidemann se niega a seguirlo, es porque se niega a unir los dos objetivos.

Por otro lado, Scheidemann y David tienen razón cuando demuestran a Haase que el caso no se limita a expresar “confianza” o “desconfianza” al canciller. La guerra significa: peligro para Alemania, y el partido debe precisar sus posiciones. Pero aquí Haase no responde. Define su conducta en relación con el canciller, pero no en relación con Alemania; por lo tanto, evita dar una respuesta precisa a la cuestión de la defensa nacional. “No quiero asumir la responsabilidad de una defensa tal y como la concibe el

canciller”, esa es su posición. A primera vista, podría pensarse que es suficiente por el momento. Liebknecht distingue, por sí mismo, el “deber”, en principio, de la defensa nacional, Haase rechaza la responsabilidad de la aplicación, pero ambos rechazan los créditos al poder. Como las dos actitudes prácticamente se encuentran, algunos camaradas se inclinan a negar o, al menos, a minimizar la diferencia entre las dos posiciones. No hay duda de que Haase, un partidario de Kautsky, al votar en contra de los créditos, está más cerca de Liebknecht que el partidario de Kautsky, Hoch y sus amigos, que se abstuvieron. (No estamos hablando de los representantes de la fauna “opositora”, que no votan a favor de los créditos, porque esta especie no existe en Alemania). No cabe duda de que Haase, Ledebour y otros son aliados políticos de Liebknecht, sobre todo porque el grupo Haase-Ledebour ha salido de la fracción anterior y se opone a ella, mientras que el grupo Hoch permanece en la fracción Scheidemann-David.

Pero el *aliado* no siempre tiene la *misma* concepción. Liebknecht y Rosa Luxemburg, de acuerdo con los del grupo Haase, en la medida en que sus actividades se dirigen contra los dirigentes y la mayoría del partido, mantienen su posición independiente ante las masas y critican incansablemente las bases de la política de sus aliados, así como el carácter pasivo y de espera de sus tácticas. Los internacionalistas revelan al grupo Haase los puntos indefensos atacados por la mayoría del partido.

-¿No confía usted en el canciller y le niega los créditos? Para empezar, es muy bueno, pero no es suficiente. A derecha, les demuestran que no se trata del canciller, sino de la defensa de lo que hemos llamado “Alemania”: sus fronteras, su lugar en el mercado mundial (aquí la mayoría guarda silencio e ignora el hecho de que se trata de la defensa de la estructura política y social actual: la monarquía, el sistema policial, la dominación capitalista, etc.). ¿Cuál es la actitud de usted ante esta pregunta: ¿defender a Alemania?

Esta pregunta no tiene un significado “académico”. La agrupación socialista, que persiste en querer adoptar la vieja táctica, es decir, la línea nacional y posibilista, no puede negarse a defender las bases de esta táctica y, por tanto, la defensa de Alemania.

Al votar en contra de los créditos militares en tiempos de paz, la socialdemocracia, como minoría, nunca ha sido capaz de impedir que el gobierno desarrolle el aparato militar. Y al no votar los créditos, la socialdemocracia “corre el riesgo de desmoralizar” a los obreros-soldados, debilitando y desorganizando la defensa, por tanto. La mayoría de la fracción parlamentaria se detuvo ante esta perspectiva.

-Ya ve usted, dijo David a Scheidemann, nuestra táctica puramente opositora en tiempos de paz ha demostrado ser ineficaz, y usted mismo se ha visto obligado a rechazarla. Después de la guerra, nos veremos obligados a votar a favor de los fondos necesarios para la defensa.

-No, responde Scheidemann, nuestra táctica actual tiene un carácter exclusivo. Después de la guerra, votaremos en contra de los créditos militares.

-¡Pero eso no tiene sentido!

-Esto es práctico; si rechazamos las tácticas de oposición, perdemos nuestra influencia sobre las masas.

-Por lo tanto, usted se prepara para empezar de cero.

-Al menos... quiero intentarlo.

En este diálogo ejemplar, David se destaca ante nosotros como un doctrinario del oportunismo, mientras que Scheidemann salva su derecho a ser un oportunista en el propio oportunismo.

Haase tiene toda la razón cuando, como David, exige que las tácticas de guerra sean consistentes con las tácticas de tiempos de paz: David exige igualdad después de la guerra; Haase, después de la paz.

-¿Qué ha pasado?, grita Haase en su discurso. ¿Quién os hizo renunciar a la oposición al canciller?

-Nada en particular, se le dice irónicamente desde la derecha, siempre que, por supuesto, no se cuente con la guerra que amenaza la existencia misma del Imperio.

El extracto de la intervención que tenemos no dice cómo reacciona Haase ante esta observación. Probablemente se calló. ¿Qué podría decir? No quiere ver que la crisis socialista viene de la ruptura de la tradición que tenía dos fines: posibilista y revolucionaria. Ninguna fuerza en el mundo podrá volver a unirlos.

### *El futuro de los espartaquistas*

David exige que la socialdemocracia haga su trabajo reformista dentro del país gracias a su ayuda al poder militar. Esta posición, a la que no se le puede negar cierta lógica, corresponde al rechazo total del proletariado a cualquier política independiente, incluida la reformista. Bismarck reconoció que la legislación social depende del miedo de las clases dirigentes a la socialdemocracia. Es un hecho inequívoco que mientras el poder esté en manos de las clases poseedoras, las reformas a favor de las masas explotadas son sólo el resultado de su miedo a los movimientos populares. La posición opositora y amenazante de la socialdemocracia, especialmente en las delicadas cuestiones del militarismo, era la condición indispensable para obtener reformas. Si el gobierno capitalista de los junker hubiera tenido la garantía de que la socialdemocracia, en el momento de peligro, habría bajado las armas de los hombros, ¡el proletariado todavía estaría esperando las reformas! Pero como es precisamente ahora cuando la socialdemocracia ofrece estas garantías, David quiere que se escriban en el programa, convirtiéndolo en una real orden reservada para la clase obrera. Esto significa: no más reformas. Los motivos para ello no sólo desaparecerán entre las clases poseedoras, sino que mañana el hombre de gobierno, David, se declarará obligado a reconocer que los imperativos supremos de la defensa nacional exigen ahorros en el campo de la formación profesional y del seguro obrero. Si la práctica del reformismo ha conducido al social-patriotismo, este último está consiguiendo cortar la hierba bajo los pies.

La impotencia del reformismo social les plantea a las clases trabajadoras la cuestión de los métodos de lucha revolucionarios.

La socialdemocracia alemana, apoyada por millones de trabajadores (esto lo ha entendido la mayoría), no puede seguir limitando su negativa a ayudar al gobierno con manifiestos de oposición platónica. Hay que elegir entre el apoyo al gobierno y la declaración de guerra revolucionaria. El neutralismo, incluso el neutralismo “no benévolo” de Haase, ya no es válido ni en las circunstancias internas ni en las externas.

El partido que no quiere traspasar las fronteras del oportunismo parlamentario no podrá mantenerse si niega su ayuda al gobierno nacional.

Para romper con el Bloque Nacional-imperialista y poner en riesgo la defensa nacional (este peligro no es ignorado por Liebknecht, Rosa Luxemburg y Kate Dunker, que acaba de ofrecer un bello discurso), para no temer el debilitamiento de las fuerzas combatientes del país, es necesario tener un partido que ponga los problemas revolucionarios por encima de las consideraciones estratégicas y de los intereses mundiales del capitalismo nacional. En otras palabras, sólo un partido social-revolucionario, que lucha por el poder, puede oponerse a la guerra, aprovechar los éxitos y los reveses para alcanzar sus objetivos, que son más importantes que la cuestión de las fronteras de Alemania. Esta es la posición de Liebknecht. Al mismo tiempo que Haase se niega a confiar en el gobierno, Liebknecht le declaraba la guerra. Basta con leer la carta de Liebknecht al tribunal para darse cuenta de la diferencia entre ambas tendencias...

La fórmula de Raffin-Dugens es célebre: “Voto en contra de los créditos, pero si su destino dependiera sólo de mi voto, votaría a favor”. Expresa, si no el pensamiento, al menos la conciencia política de la mayoría de los dirigentes políticos del “centro” (Haase-Kautsky-Bernstein). Esta fórmula no es en absoluto tan caricaturesca como podría pensarse a primera vista. El voto negativo es una manifestación de desconfianza, pero no es un acto de movilización de las masas para la lucha revolucionaria. La principal acusación de Liebknecht contra los políticos del centro estaba motivada por su negativa a difundir la consigna de la lucha abierta entre las masas. No cabe duda al respecto (este pensamiento se ha expresado a menudo) de que el centro socialdemócrata es sólo una etapa en el camino político hacia la toma de conciencia y el despertar revolucionario de las masas. La mejor garantía del trabajo máximo de los internacionalistas que no se detienen demasiado en la etapa del centro, es, según la expresión de Dunker (de acuerdo con la resolución de Stuttgart) “que quieren aprovechar la crisis actual, para aniquilar el estado capitalista”. Sólo una estrategia decisiva, que no se detenga en las consideraciones secundarias de la lucha interna, la política de doble sentido y la pasividad del “centro”, es capaz de hacer sonar la hora de la ofensiva revolucionaria de las masas contra el poder imperialista. A pesar del escaso número de sus delegados en la Conferencia<sup>161</sup>, contemplamos al grupo “International” (los espartaquistas) como a un factor de primera importancia en los destinos futuros de Alemania.

### *¿Por la república o por el socialismo?*

Homo<sup>162</sup> recoge cada frase que sale de los labios de los representantes de la oposición alemana dedicada a la cuestión de la responsabilidad por la guerra, para demostrar la importancia decisiva de esta cuestión para la política socialista. Los “homúnculos” social-patrióticos rusos hacen lo mismo, pero como analfabetos, pues no conocen ni el socialismo alemán ni la lengua alemana.

La cuestión de la “responsabilidad” desempeña, sin la menor duda, un gran papel en la propaganda tanto de la oposición pacífica como de la revolucionaria. Esto es inevitable si se tiene en cuenta que el trabajo político realizado entre las masas por las clases dominantes y los social-patriotas se ha hecho sobre la base de la cuestión de la responsabilidad.

Las clases poseedoras se han dado cuenta de que la guerra se libra no en defensa del gobierno nacional, que no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas y el capital, sino para aumentarlo más allá de las fronteras. Para ganar el apoyo de las masas, era necesario presentarles a Alemania como el blanco de las malas voluntades de sus enemigos. El idealismo nacional de las clases dominantes se alimenta de los objetivos imperialistas. Por el contrario, para movilizar el idealismo de las clases explotadas, no se podía actuar de otro modo que, con una argumentación defensiva, presentando la causa de Alemania como “la del derecho y la justicia”.

Es perfectamente natural que la oposición socialista haya comenzado por demostrar que el gobierno alemán, uno de los principales componentes del mecanismo del mundo capitalista, carga con gran parte de la responsabilidad de los acontecimientos actuales. Pero la mera exposición del carácter criminal de la política mundial de los Hohenzollern y los Habsburgo no es suficiente para que el proletariado alemán adopte la

<sup>161</sup> Los espartaquistas, Homo nos comunica que había 10 delegados del ala izquierda. No hay que olvidar que: 1º) que en determinados lugares los internacionalistas boicotearon la conferencia; 2º) que, en todos los sentidos, les era mucho más difícil que a sus enemigos aparecer en las reuniones del partido, y 3º) que muchos de ellos estaban encarcelados: Liebknecht, Mehring, Luxemburg, Meyer, etc.

<sup>162</sup> Homo: Grumbach, socialdemócrata alsaciano que en su juventud fue partidario de Liebknecht, después, al principio de la guerra, se alineó con el social-patriotismo francés.

obligación de una política antidefensiva. Si es cierto que la política social-patriótica significa la defensa de la patria, no del poder, hay que concluir que la patria conserva su significado para los trabajadores alemanes y que la defenderán (a pesar de tener un gobierno hipócrita y sin fe), a diferencia, por ejemplo, de los obreros rusos.

Pero si la guerra ha sido provocada únicamente por los Hohenzollern, los social-patriotas de la Entente sacan sus conclusiones *republicanas*. Si los Hohenzollern son la raíz del mal, la garantía contra futuras guerras se encontrará en la república. Sin embargo, este argumento, que no hace responsable a Alemania de los pecados de su emperador, se distingue por su extrema superficialidad.

La destrucción de la monarquía alemana es un problema puramente revolucionario. ¿Con qué fuerzas se logrará? Ni la cuestión de la responsabilidad ni el eslogan republicano ofrecen respuesta a esto.

¿Es posible una revolución democrática en Alemania? En otras palabras: ¿hay clases burguesas en Alemania interesadas en un cambio hacia la república? ¿Qué revolución está en la agenda? ¿La de la nación contra el régimen político? ¿La del proletariado contra la monarquía imperialista?

Los filisteos “evolucionistas” (no faltan entre los que se han colgado la etiqueta de marxistas) ven el asunto de la siguiente manera: Alemania debe llevar a cabo su revolución republicana, preparando así el camino para la lucha proletaria por la conquista del poder. La república les parece una etapa política “natural” en el desarrollo de la sociedad capitalista. Mientras tanto, el análisis materialista nos dice que la conquista del poder por el proletariado es la condición esencial para el establecimiento de la república alemana.

Nunca antes la Europa de los últimos diez años había ofrecido una imagen de la rápida diferenciación de clases y del descenso de las clases intermedias como en Alemania. La guerra completa esta labor eliminando a cientos de miles de pequeños capitalistas y campesinos. Si bien este nuevo ejército puede proporcionar material para la revolución, queda entendido que un movimiento revolucionario serio sólo puede desarrollarse como movimiento proletario. Para que este movimiento triunfe, llevará al poder al partido del proletariado, ese nuevo partido formado por elementos de la actual oposición y la nueva generación revolucionaria forjada al calor de la lucha contra las clases imperialistas y la monarquía. La cuestión de la república está ligada, para el proletariado alemán, a la de la lucha por el poder. La república alemana sólo puede existir como envoltura política de la dictadura proletaria. Pero es obvio que, una vez en el poder, el partido proletario se verá rápidamente obligado a reformar socialmente la sociedad. El problema histórico del proletariado se expresa no por la antítesis: *monarquía-república*, sino por la del *imperialismo-socialismo*.

La propaganda republicano-burguesa puede contentarse con las búsquedas sobre la “responsabilidad”. El proletariado debe tener una clara representación de la responsabilidad del régimen imperialista.

(*Natchalo*, 6-24 de octubre de 1916)

### ***Observaciones sobre el artículo anterior***

¿La Revolución de 1918 contradice el análisis del artículo reproducido anteriormente? Sí y no. En la forma, sí. En la realidad, no. La revolución no ha llevado al proletariado al poder, sino al lamentable feto de la república de Ebert. La lucha del proletariado por el poder ha entrado de nuevo (pero en un grado históricamente superior) en una etapa preparatoria y se ha convertido en el largo proceso molecular de la formación del partido comunista. ¿Significaría esto que la sociedad burguesa ha demostrado ser capaz de desarrollar la lucha revolucionaria bajo la bandera revolucionaria? En absoluto.

Pero esta sociedad burguesa se ha mostrado capaz, por segunda vez, de aprovechar la socialdemocracia para mantener provisionalmente la revolución en el plano burgués-republicano. La catástrofe militar aceleró de manera extraordinaria la explosión de la revolución, antes de que los proletarios tuvieran tiempo de crear un partido que respondiera a sus tendencias en esta nueva época. La lucha revolucionaria debía desarrollarse bajo la dirección de la socialdemocracia, cuya política se puso definitivamente al servicio de la burguesía. En otras palabras, la república no es el fruto de una revolución conjunta de la burguesía y el proletariado, sino del engaño a este último por parte de la burguesía ayudada por la socialdemocracia, que arrebató a los trabajadores una victoria preparada por la historia.

Si en 1848 el burgués soñaba con una república encabezada por un gran duque benévolo, en 1918 se reconcilia con la república del fiel Ebert.

La república burguesa alemana sólo puede mantenerse con el apoyo exclusivo de la socialdemocracia y en la medida en que ésta tenga influencia sobre los trabajadores. Las relaciones de clase y la situación internacional exigen una revolución social en Alemania, pero el pasado reciente del proletariado, frenado por la socialdemocracia, es el último obstáculo en este camino. La república burguesa sólo es posible como interrupción del proceso de la revuelta de clase del proletariado. Nació de la traición de Scheidemann y Ebert en noviembre de 1918, como consecuencia directa de su traición en agosto de 1914.

(8 de mayo de 1922)

## XII. En la socialdemocracia austríaca

### *Una política de impotencia, espera y declive*

Después de una larga interrupción, recibimos el periódico vienés *Arbeiter-Zeitung* [Diario de los Trabajadores]. Tenemos tan pocas noticias de Austria que consideramos esencial extraer lo más posible del A-Z para caracterizar la mentalidad de la socialdemocracia austríaca.

En primer lugar, algunas observaciones preliminares, A-Z era, antes de la guerra, uno de los periódicos socialistas de lengua alemana más impregnado por el nacionalismo. El redactor jefe era Austerlitz, uno de los periodistas más talentosos de Alemania, pero de gran estrechez de miras. Era un socialista en el sentido estricto de la palabra, con la cabeza llena de detalles de la cocina burocrático-policia austriaca, siempre dispuesto a favorecer los intereses “alemanes” a expensas de los “conspiradores” checos. La política exterior fue confiada a Leitner, quien, como “revisionista”, consideraba el nacional-liberalismo prusiano como la cumbre de la meditación humana. Añadir a estos personajes: el viejo Pernerstorfer, un viejo nacionaldemócrata, que llegó al socialismo como resultado de un comportamiento inapropiado hacia los Habsburgo; el crítico militar Hugo Schultze, cuyo “antimilitarismo” no le impedía admirar en secreto al oficial prusiano; Renner, abogado de la monarquía bicéfala. Y ahí tienen a todo el equipo de *Arbeiter-Zeitung*.

La conducta de la socialdemocracia alemana mantuvo a los socialnacionalistas de Viena dentro de ciertos límites. El 4 de agosto los liberó de todas las restricciones. *Arbeiter-Zeitung* describió la vergonzosa entrega de la socialdemocracia al militarismo como un “gran día para la nación alemana”. ¡El primer período de la guerra fue un período de nacionalismo desenfrenado para el periódico! Uno de los artículos (antes de la Batalla de Marne) llevaba por título: “¡A París!”... Victor Adler era muy superior a sus cercanos y le exasperaban las manifestaciones chovinistas de Austerlitz y Leitner, pero, como de costumbre, se reconciliaba con ellos.

De este entusiasmo austrohúngaro sólo quedan pálidos recuerdos. En todo el periódico reina una atmósfera de depresión y perspectivas preocupantes. El artículo del 2 de mayo habla sobre el colapso de las expectativas militares de ambas partes. La ampliación de las operaciones futuras no promete ningún cambio decisivo: están en juego los recursos supremos de ambas partes, el punto álgido de la crisis militar ya está muy lejos. El periódico habla del deseo universal de paz. Pero no hay ni una línea sobre la lucha por la paz: no es porque la censura se haya involucrado, sino porque el pensamiento de una política independiente del proletariado durante la guerra es absolutamente ajeno al espíritu del periódico. Para él, el establecimiento de la paz está ligado a la actitud de Estados Unidos. Le implora a Wilson que no abandone la neutralidad y que tome la iniciativa de entablar conversaciones de paz.

También hay un artículo económico que describe el proceso de agotamiento de los recursos, que tendrá un impacto después de la guerra. “La verdad es que no hay razón para pavonearse. El capitalismo, cuyo desarrollo condujo al imperialismo y a la guerra, al final de la guerra tendrá que demostrar si es capaz de soportarlo. Sólo después de la conclusión de la paz, descubriremos si la guerra ha llevado a conclusiones económicas tales que traerá una nueva era que hará sonar la hora del proletariado.” Pero esta perspectiva revolucionaria es, para el periódico, sólo una posibilidad histórica que no tiene ninguna ligazón con la realización del programa revolucionario.

Por el contrario, lo que caracteriza a la socialdemocracia austriaca es el rechazo absoluto de cualquier actividad política. A pesar de que el Primero de Mayo fue hasta la guerra la ocasión de huelgas prácticamente legalizadas, particularmente en Viena, la socialdemocracia ha abandonado esta posición a la burguesía y se ha limitado a las reuniones por la tarde; sólo en dos ocasiones los comisarios han considerado apropiado interrumpir a los oradores.

Se sabe que el parlamento austriaco no se ha reunido ni una sola vez durante la guerra. Esto ha liberado al partido de la necesidad de adoptar una posición sobre cuestiones políticas. El periódico se dedica casi exclusivamente a los problemas de producción y socorro a las familias de los movilizados. Pero en esta área, no lleva a cabo ninguna campaña de agitación. Cree que debería cooperar con la administración.

1917 será para Austria el año de las negociaciones comerciales. El periódico cree que Austria puede garantizar su industria nacional y sus mercados extranjeros renunciando al proteccionismo agrario. Pero en este sentido, el periódico vienés se esfuerza en “reeducar” a los industriales y a sus representantes universitarios

Mientras se espera la mediación de Wilson, A-Z considera, por supuesto, que es necesario “aferrarse en el hasta el final”. Sin embargo, su patriotismo [del periódico] carece de vigor. Si se ha librado de las “mentiras” más crudas, el carácter servil y pasivo del socialpatriotismo no aparece menos descarnadamente ante nosotros. Por supuesto que no se puede juzgar el estado de ánimo del proletariado basándose en el *Arbeiter-Zeitung*, ni tampoco en *l'Humanité*. Pero no puede imaginarse otra política mejor que la de la socialdemocracia austriaca para adormecer a la gente, sofocar cualquier iniciativa por su parte y edulcorar sus protestas.

En Francia, *Arbeiter-Zeitung* simpatiza con el periódico *Le Populaire du Centre* y lo describe como “un magnífico periódico socialista”. En Holanda, es el Partido Troelstra el que disfruta de las simpatías de Austerlitz. En Holanda, según las insinuaciones del A-Z, los grupos revolucionarios están actuando a favor de la Entente. Una corresponsalía desde Berlín es muy instructiva sobre Liebknecht. Cuenta que Liebknecht hizo todas las declaraciones para agravar su caso e impedir cualquier intercesión por parte del parlamento: “Aquí, como en todo su comportamiento, Liebknecht da la impresión de un hombre que marcha conscientemente a encontrarse con su destino... Ha demostrado su valor moral..., pero su sacrificio es totalmente innecesario, es incluso dañino, desafortunadamente.” En conclusión, el periódico aconseja a los partidarios de Liebknecht que recapaciten lo antes posible.

Una política de impotencia, atentismo [actitud de espera] y decadencia... No se puede construir nada sobre cimientos tan podridos. Solo queda que desear que se encuentre en la oposición suficiente valor e iniciativa para ayudar al proletariado austríaco a liberarse de la parálisis política de la que es responsable el partido oficial.

(*Nache Slovo*, 21 de mayo de 1916)

### ***La época del “espíritu colectivo”***

El socialpatriotismo austriaco presenta, sin duda, una interesante variedad. Austria ha tenido muchas fuerzas marxistas que han enriquecido la literatura socialista con una serie de valiosas producciones, pero que en el campo de la política práctica nunca han abandonado las obras oficiales y han limitado su papel teórico a buscar un argumento “instructivo” a favor de la política oportunista y nacional del partido. Si el catolicismo se ha esforzado en poner la ciencia a su servicio, se puede decir que el oportunismo austríaco ha sido capaz de poner la “ortodoxia austro-marxista” al nivel de la Iglesia [Católica]. Es obvio que esto sólo puede realizarse a costa de la propia “violación” del espíritu marxista. Esta “violación” es más clara y brutal cuando el marxismo se acerca más a los problemas



de la política de combate austriaca. En este sentido, el periódico *Arbeiter-Zeitung* muestra las huellas de una dualidad extremadamente instructiva. Su línea política de combate, representada por Austerlitz y Leitner, está marcada por el posibilismo tacaño con colores chovinistas brillantes. Su línea teórica se eleva a menudo al nivel de un verdadero marxismo. Es característico que en la mente de Renner, estas dos líneas se encuentran en una meta, si no teórica, al menos psicológica.

Mencionaremos aquí dos artículos interesantes, que teóricamente deberían llevar a conclusiones revolucionarias. Uno fue impreso el 30 de abril, el segundo el 21 de mayo.

El primer artículo (“De París a Basilea”) está dedicado a la Segunda Internacional. La clase obrera ha tomado una expansión prodigiosa; esta era quedará grabada para siempre en los corazones de los proletarios como en el libro de la historia. Los esclavos de Mammón, encadenados por leyes hostiles y por la ausencia de derechos políticos, conquistaron derechos, incluso en la Rusia de los zares, el acceso a la legalidad y el reconocimiento de las clases trabajadoras... Pero la Segunda Internacional no sólo aumentó en amplitud y profundidad, sino que llegó a las más altas cimas de la voluntad humana. De un congreso a otro, aumentaron sus problemas, se amplió su horizonte y su influencia sobre los poderosos dirigentes. Alcanzó su punto culminante en los días del Congreso de Basilea. Allí, en armonía todopoderosa, se unieron el espíritu y la conciencia cultural de todo el mundo; allí, la Segunda Internacional se convirtió en garante de un futuro más feliz para la humanidad... De 1889 a 1914... Lo que ha sucedido durante estos treinta años ha sido la repetición del drama de un luchador ideológico que superó su tiempo y luego cayó ante la resistencia del país. Pero esta tragedia individual se está extendiendo aquí a las dimensiones de toda una clase, al proletariado de todo el mundo, y está teniendo lugar en los campos de batalla de todas las naciones...

“La catástrofe causada por la guerra es el último acto (del tiempo de Mammón y Moloch). La devastación que causará requerirá mucho trabajo. Después de este desastre, la humanidad sólo aspirará a la paz y al trabajo prolongado. Estas dos concepciones caracterizarán la ideología de la nueva era, ya que se corresponden con su necesidad interior. *Paz y Trabajo - eso somos nosotros...* Hasta la guerra, el socialismo estaba más allá de su tiempo; después de la lucha llegará el tiempo del trabajo y la paz. Será diferente, por supuesto, de lo que habíamos esperado... Lo que se predijo desde el Congreso de París hasta el Congreso de Basilea, lo que fue una gran desilusión en los últimos dos años, se logrará después de la guerra...”

El segundo artículo, mencionado anteriormente, está dedicado a este nuevo tipo psíquico creado por la guerra. Una campaña que dura unas semanas no puede dejar de tener un profundo impacto en la conciencia de los pueblos... ¡Qué decir de una guerra general europea que dura desde hace dos años! Este es el tema del artículo. Dos años de enseñanza diurna y nocturna, ¡he ahí la escuela suprema para forjar el alma! Debemos estar de acuerdo en que la guerra dejará atrás a seres cambiados.

“No creamos que podamos salirnos con la nuestra (por qué no decirlo así) sacando a millones de hombres de sus hogares y haciéndolos vagar, durante dos años, por toda Europa. El granjero vivía en un pueblo tranquilo, el artesano en un pueblo pequeño y el habitante de la ciudad en el océano de piedra de la gran ciudad. Para cada uno, su pequeño círculo era un mundo. ¡Y de repente este mundo se está ampliando tanto! ¡Se derriban de repente los muros! Una irresistible inclinación por el nomadismo, un impulso hacia el mundo, una obstinada aspiración hacia el mar abierto, se anclan en el corazón de los niños del campo, y provocan en los sedentarios una fuerte insatisfacción por la mezquindad de los lugares habitados. A partir de ahora, se verán atraídos, como los vikingos, a espacios ilimitados; a partir de ahora, la autoridad espiritual medieval desaparecerá.

El pintor ha tenido a menudo el problema de devolver a su plenitud los maravillosos y tranquilos ojos de los animales domésticos: pero los animales salvajes tienen los ojos ardientes. Ahora todo se mueve hacia la paz, hacia la calma de cada día. Pero nuestros agricultores se han acostumbrado a las terribles tensiones de la mente, han estado en el centro de eventos gigantescos durante meses, realizando y sufriendo acciones monstruosas. Han medido la amplitud de la vida espiritual, han descubierto la infinidad del mundo interior, ¡y ahora las sensaciones de la vida diaria les parecerán aburridas y sin valor! ¡Una gran vida, incluso a costa de grandes tensiones, incluso a costa de la muerte, este impulso hacia esa vida permanecerá! En el mundo pasado, el miedo dominó ante lo insólito, ante lo excepcional, ahora será necesario sobrevivir a este miedo... Lo extraordinario, lo inusual, tal será la psicología de la nueva era.

“Hubo una vez guerras largas y a gran escala. Pero contaban relativamente poco en el orden natural de las cosas. En esta guerra actual participan todos, y lo que fue el deber del soldado es y seguirá siendo durante mucho tiempo el del ciudadano. ¡La generación de ojos ardientes se alza!”

El autor nos habla del aumento de la confianza en sí mismo que debe generar la guerra. Ha demostrado que los hombres pueden soportar más de lo que pensaban. Pero al mismo tiempo, ha revelado el poder de la organización masiva y de la técnica. Ha mostrado los milagros que el hombre puede lograr con la organización y la técnica adecuadas. Todo esto llegará a nuestras vidas después de la guerra. La rutina, el trabajo artesanal, la timidez pequeñoburguesa serán relegados al pasado.

“Nunca antes una conmoción había producido un cambio tan completo como ahora; todos los hombres sanos, incluso los ancianos, han sido llamados por los gobiernos. Aportan la prueba, como una convicción inquebrantable, de que el destino del ciudadano depende casi físicamente del buen o mal comportamiento de los asuntos generales. Por eso, en el mundo del futuro, todo el mundo pensará políticamente... El ciudadano del siglo XIX era ante todo una individualidad y consideraba la política como una ocupación medio seria, medio entretenida. El ciudadano del siglo XX tendrá una conciencia colectiva... Podemos, con razón, incluir el período histórico hasta 1914 como el de la existencia individual, y podemos inscribir a la cabeza del nuevo capítulo: *época del espíritu colectivo*.”

“Cuando reflexionamos sobre estas cuestiones, a veces pensamos que muchos de los que hacen discursos políticos hablan, por así decirlo, desde más allá de la tumba; suenan como maestros de escuela hablando frente a bancos vacíos en las aulas. Amanecen nuevos tiempos, llenos de gran preocupación, de acción atormentada. ¡Los esperaremos!”

Nuestros lectores conocerán con interés este artículo lleno pensamientos y estilo. La censura ha intervenido en él evidentemente, no todos los pensamientos del autor han sido autorizados. Pero la esencia de su concepción histórica ha sido expuesta: la guerra abarca todo un período histórico, que a menudo hemos caracterizado como “una era de desarrollo orgánico y de posibilismo político”. Forma un nuevo tipo humano y prepara las condiciones objetivas que obligarán a este tipo de hombre a ejercer su voluntad política para controlar el movimiento de su destino histórico. En otras palabras, la guerra crea una generación revolucionaria y la enfrenta a los problemas de la organización socialista de la colectividad. Pero si, gracias a sus mejores representantes, la socialdemocracia austríaca llega a tales cumbres, se ve reducida, por el contrario, por los errores de sus círculos gobernantes para merecer el juicio ya mencionado: la voz de la socialdemocracia austríaca resuena al llegar a nosotros desde ultratumba, ante bancos desiertos en los que ya no se sentará la generación de proletarios que han sufrido la guerra.

(*Nache Slovo*, 4 de junio de 1916)

### *De los dos, ¿cuál es el mejor?*

“La gloria inmortal del socialismo italiano e internacional es haber luchado por la paz, cuando se decidió esta loca empresa, este crimen, la intervención de Italia”, así describe *Arbeiter-Zeitung* los esfuerzos de los socialistas italianos. Pero estas alabanzas, que se utilizan para atacar a las clases dominantes italianas, pueden ser utilizadas como una forma “correcta” de rehabilitación de las clases dominantes alemana y austríaca. ¡Con qué maligna alegría el periódico subraya los fracasos de los ejércitos italianos enviados por el Destino para expiar los pecados de los poseedores italianos! El servilismo de esta malvada alegría está cubierto por la aprobación dada a los socialistas italianos.

El reciente discurso de Bethmann-Hollweg llenó el corazón de la redacción del *Arbeiter-Zeitung* con las más delirantes expectativas: el canciller les propuso a los gobiernos que contaran con las cartas todavía disponibles y participaran en negociaciones efectivas. “Desentrañar juntos los problemas de la guerra y la paz, he ahí unas palabras decisivas y claras.” “No se desanime”, le grita el periódico a Wilson, “su posición como intermediario es difícil”. El campo alemán no cree en su imparcialidad. La Entente tiene salvajes sueños de victoria, pero... no se desanime. Europa está dividida en dos por un precipicio que ninguno de los dos campos tiene la fuerza para franquear: se necesita un intermediario y un guía para unir a los dos campos opuestos. Este papel de intermediario y guía es uno de los más bellos y nobles que la historia haya ofrecido a un mortal. Si el presidente de un gran estado libre asume este papel y resuelve el problema, se ganará la inmortalidad...” Mientras los nobles intermediarios calculan el porcentaje de lo que aporta una intervención o actitud neutral, el equipo editorial de *Arbeiter-Zeitung* siente una obligación inmoderada de lamer las manos del gran pacificador estadounidense.

Bethmann-Hollweg es ahora el querido héroe de toda la prensa socialpatriótica alemana. Sabemos que el canciller consideró esencial distanciarse de los feroces anexionistas y de los partidarios de hasta el final; así apoya la política seguida por los socialpatriotas que desempeñan el papel de coro de los elementos más pasivos de las clases burguesas.

La oposición alemana está obviamente desenmascarando esta farsa de la mala ley, que pretende hacer del canciller el portador de la idea democrática de la coexistencia de los pueblos europeos a los ojos de las clases trabajadoras. Así, el periódico *Leipziger Volkszeitung* disipa el mito creado por los socialpatriotas en torno al canciller, recordando que éste no se dignó responder a las preguntas formuladas por los primeros. El 9 de diciembre, pidieron al canciller que aclarara los objetivos de la guerra. No respondió. Habían pedido que Alemania, como potencia victoriosa, diera los primeros pasos para la paz. No se trata de eso, por supuesto. Pero los socialpatriotas fingen no ver nada. “Si Jacob dijo una vez que la desgracia de los reyes es no escuchar la verdad, escribe *Leipziger Volkszeitung*, la de los partidos proviene del hecho de que no quieren ver nada”; el primero de estos partidos es el de los socialpatriotas alemanes. Citando estas frases, *l'Humanité* escribe que no se les podría dar un golpe más duro. Mientras *Arbeiter-Zeitung* alaba a los socialistas italianos, para utilizar su política valiente para sus propósitos nacionales y, por otro lado, para ocultar su vergonzoso servilismo de cara a la solidaridad internacional, *l'Humanité* aprovecha las revelaciones honestas de los periódicos alemanes de la oposición para oponer al ensombrecido canciller a los estadistas franceses y hacerlos brillar de esta manera a los ojos del proletariado francés. De los dos, ¿quién es el mejor?

(*Nache Slovo*, 24 de junio de 1916)

### **Friedrich Adler**

Ahora no cabe duda: no fue sino Fritz Adler, secretario de la socialdemocracia austríaca y editor del periódico del partido *Kampf*, el hijo de Victor Adler, quien ha matado al ministro presidente austríaco Stürgkh. Entre las incidencias inesperadas en que nuestra terrible época es tan rica, ésta es, quizá, la más inesperada.

Cuando Stürgkh fue nombrado para remplazar a Binert en el cargo de ministro-presidente de Austria, el viejo Pernerstorfer, presidiendo el congreso de la socialdemocracia autrogermana de Innsbruck, pronunció, al cerrarse el congreso, las siguientes palabras: “De aquí en adelante, el régimen tártaro de Stürgkh se impondrá sobre nosotros.” Pero la predicción no se cumplió. Stürgkh demostró ser un representante de la misma escuela burocrática, característica de Austria, que considera que gobernar significa concluir pequeños pactos, acumular obstáculos y postergar tareas. No se manifestó especialmente próximo a esa camarilla imperialista que había echado un manto sobre la muerte del heredero Franz-Ferdinand y que sostenía que la salida de la pobreza externa e interna de Austria-Hungría descansa en el camino de la política de “mano dura”; pero, aunque, desde luego, no iba a emprender una lucha contra la camarilla, se adaptó a ella, es decir, sucumbió a ella en la práctica: su ministerio pasó a ser un ministerio de guerra. El precoz imperialismo austríaco, que debía superar las profundas contradicciones sociales y nacionales, en la práctica, simplemente, las hizo visible. Los métodos usuales de gobernar de la burocracia de Viena se habían vuelto inadecuados. El ministerio de Stürgkh abolió completamente, a lo largo de la guerra, el régimen constitucional y recolectó y gastó sin ningún tipo de control, a la vez que, contra las tendencias nacionales centrífugas, utilizó las cadenas y la horca. En Stürgkh, burócrata de los lugares comunes y falto de carácter, no había nada que lo asemejase a un dictador o a un tirano, pero, adaptándose automáticamente a los requerimientos de la máquina de los Habsburgo bajo las condiciones de la carnicería europea, el mediocre funcionario creó un régimen dictatorial y de terror blanco. De este modo, el impersonal despotismo de su cargo fue elevado al nivel de representante de un estado imperialista en una guerra de “liberación”. En este sentido ofreció quizá un blanco de cierto “valor” a la bala del terrorista.

Pero Fritz Adler, tal como lo conocemos, no fue un terrorista. Socialdemócrata por tradición familiar y por su propia y elaborada convicción, con una educación marxista acabada, no estaba en absoluto inclinado al subjetivismo terrorista ni a la creencia ingenua de que una bala bien dirigida puede romper el nudo de los grandes problemas históricos. Este “teórico de sillón”, como los informes oficiales y semioficiales decían de él, no sin cierta veracidad superficial, era un inflexible exponente de la “idea del cuarto estado” en el completo sentido revolucionario expresado en el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Precisamente por esta razón, durante las primeras horas, parecía increíble que Fritz Adler hubiera colocado su vida, la vida de un internacionalista, a la misma altura que la vida del Stürgkh de los Habsburgo. Los telegramas de la prensa francesa en Suiza alentaban esta comprensible incredulidad: por una parte, situaban a Adler en la Bohemia germana llamándole secretario del Palacio de Comercio de Praga; por otra, lo confundían evidentemente con su hermano menor, y en los cafés de Viena, con el grupo de “anarquistas” de Peter Altenburg, Karl Kraus y otros. Cuando nuevos telegramas trajeron las reacciones en Alemania sobre los hechos, incluida la del *Arbeiter-Zeitung* de Viena, ya no quedó lugar para dudas; había sido, definitivamente, Fritz Adler, el editor de *Kampf*, el internacionalista revolucionario, nuestro simpatizante y amigo, quien había asesinado al ministro-presidente de Austria, Stürgkh.

Y ahora nuestra original e íntima necesidad (*la duda*) es reemplazada por otra, una *explicación*, más urgente incluso que una crítica política.

Stürgkh, ya lo hemos dicho, aunque ello no aumenta en absoluto su talla, había sido elevado al nivel de perfecto y absoluto representante del sistema, lo que habría sido suficiente para un doctrinario del terrorismo, pero no para Fritz Adler. Los motivos directos y de mayor peso para su acción deben buscarse en las condiciones y en las relaciones internas de la socialdemocracia austríaca misma.

Victor Adler, el padre de Fritz, verdadero creador del partido de los trabajadores austríacos y una de las más grandes figuras de la [Segunda Internacional](#), emergió a la arena política durante la década de los ochenta como uno de los jóvenes próximos a Friedrich Engels que había demostrado un serio bagaje teórico y un genuino temperamento revolucionario. Incluso hoy en día es imposible volver las páginas de su entonces semanal *Gleichheit*, que había librado una lucha magnífica contra la censura de los Habsburgo, su policía y monarquía, y contra la sociedad de clases como un todo, sin un sentimiento de emoción. Esta época heroica, de la que buena parte pasó Victor Adler en las prisiones de la monarquía, le creó un halo revolucionario. Explotando sagazmente la impotencia de la burocracia ante las exigencias nacionalistas, la socialdemocracia austríaca logró desplegar sistemáticamente ante sí un amplio campo para la lucha política. Victor Adler, a su reputación de socialista revolucionario, agregó la de un fino estratega mientras el partido atravesaba un período de crecimiento ininterrumpido. En esta atmósfera de influencia política exclusiva y de personal atracción de Papá Adler se formaba la joven generación de marxistas austriacos: Karl Renner, Max Adler, Rudolf Hilferding, [Gustav Eckstein](#), Fritz Adler, Otto Bauer y otros.

Todos ellos, en mayor o menor medida, aceptaron la táctica oficial del partido como un regalo de lo alto, sin críticas que restringieran sus tareas, ya sea en el campo de la investigación teórica o de la propaganda marxista.

La revolución rusa agregó una nueva dimensión a la actividad política del proletariado austríaco. Bajo la presión directa de nuestra huelga de octubre de 1905, que había provocado una solidaridad colosal en las calles de Viena y Praga, la monarquía, desorientada por las fuerzas centrífugas del nacionalismo, tuvo que garantizar el derecho al sufragio universal. A primera vista parecía que amplios proyectos se abrían para el partido. El método “austríaco” de maniobras complejas, semiamenazas y semiacuerdos parecía más provechoso cuanto más obvio era el reflujó de la revolución rusa, con su “súper simplificación” de las batallas en la calle.

Pero la realidad política corría en ángulo recto con las optimistas expectativas de los entusiastas burócratas del método “austríaco”. Empujados por el rápido desarrollo del joven capitalismo nacional, los gobernantes comenzaron a buscar una salida a sus dificultades internas a través de los éxitos en el extranjero, pero la política del imperialismo condenaba parlamentos mucho más estables que el austríaco a la insignificancia, y el sufragio universal parecía débil para alterar esta ley. El militarismo constreñía la manifestación de las poblaciones multirraciales y la de la monarquía misma, pero cualquier repulsa de los cada vez más numerosos campesinos y masas pequeñoburguesas era aparentemente neutralizada entre los choques de los conflictos nacionales. Los ministros convocaban a voluntad el parlamento y a voluntad lo clausuraban, enviando los diputados de vuelta a sus casas.

Sólo una irreconciliable ofensiva revolucionaria podía unir al proletariado multirracial austrohúngaro a protegerlo de las infecciones del provincialismo y el nacionalismo, y, al mismo tiempo, empujar la monarquía hacia sus vínculos normales y “constitucionales” con las clases poseedoras; pero el método “austríaco” de contemporizaciones parciales, de retrocesos y de la total falta de una estrategia planificada de los líderes hacia las masas tuvo tiempo suficiente para convertirse en una tradición osificada y desplegar sus aspectos desmoralizadores.

Alrededor de Victor Adler, primera y principal víctima de su propio método, se agrupaban las mediocridades, los políticos de pasillo, los rutinarios y los arribistas que no sentían la necesidad, como la sentía su líder, de abrir un camino a través del caos aletargado de los políticos austríacos desde concepciones radicales, y permanecían como enemigos jurados de cualquier iniciativa revolucionaria y de la acción de las masas. La miserable postración de los jefes oficiales del socialismo austríaco se reveló al comienzo de la guerra en la forma de un servilismo desenfrenado hacia el estado austrohúngaro.

En el extenso *Manifiesto de los internacionalistas* de Austria, publicado poco después de la Conferencia de Zimmerwald en la prensa socialista, aparece, junto con un análisis exhaustivo del régimen interno de la monarquía, un análisis todavía más trágico del régimen de la socialdemocracia de Austria. El autor de este manifiesto, que destacaba la necesidad de que, cualquiera fuese el curso de la guerra, los partidos socialistas debían permanecer y actuar como *el ejército en pie de la revolución social*, era Fritz Adler, que encabezaba la oposición socialista.

Si la generación joven de marxistas austríacos no había practicado desde antes de la guerra una política independiente, sino que dejaba la cuestión en manos de Papá Adler, después, en los momentos de esta enorme prueba, surgió el sentimiento de la responsabilidad política con una fuerza colosal en el pecho de Adler hijo. Él no vivía, hervía. Sobre el suelo austríaco, el conflicto entre las dos generaciones del socialismo sacudía por su dramatismo. No estaba ya Bebel en Alemania y mediocres burócratas habían ocupado su puesto. En Francia no estaba Jaurès. Epígonos de segunda fila conducían la podredumbre socialpatriota del socialismo. En Austria, Victor Adler, encarnación de la historia entera de la socialdemocracia austríaca, todavía montaba guardia ante la política socialpatriota oficial. Tanto más grave y dramática era la tarea de su hijo. Entre los jefes del partido se encontró con el desprecio hostil de los atildados parlamentarios sin parlamento, con periodistas que escribían sus crónicas entre desayuno y almuerzo, con pequeños arribistas y, en el mejor de los casos, con nacionalistas declarados. La impersonalidad de los filisteos, incapaces de tomar nada en serio, debió haber llenado su corazón con un odio cada vez más intenso cuanto más limitadas eran las oportunidades para un llamamiento directo a las masas. Los telegramas informaban de una reciente conferencia en la que el líder del partido de los trabajadores, Fritz Adler, exigía una acción firme. “Debemos organizar demostraciones en todas partes [gritaba] o en mayor medida la gente dejará caer la responsabilidad de la guerra sobre los líderes del socialismo”. Se encogieron de hombros. Esta gente no tomaba nada en serio. Pero él, Fritz, tomó su deber de socialista muy seriamente: resolvió gritar a las masas proletarias con todas sus fuerzas que el camino del socialpatriotismo es el camino de la esclavitud y la muerte espiritual; eligió para ello los medios que imaginó más eficaces, y, como un hombre que alerta en el camino cotidiano abriéndose las venas y señalando el peligro que aguarda allí delante con un pañuelo empapado en su propia sangre, Fritz Adler se transformó él y transformó su vida en un detonador para llamar la atención de las masas decepcionadas y fatigadas...

¡Una prueba de que el corazón de esta infeliz humanidad sigue latiendo, cuando hay entre sus hijos personas capaces de cumplir así con su deber!

(*Nachalo*, 25 de octubre de 1916)

### ***Post scriptum***

Ante la muerte de Stugk y en espera del castigo de Friedrich Adler, nuestro artículo se abstuvo de cualquier evaluación táctica. Así que la confrontación entre padre e hijo no fue completa. En realidad, están unidos por la misma actitud escéptica hacia las capacidades revolucionarias de las masas.

Adler, el padre, que había comenzado revolucionariamente, trató de cambiar las actividades directas del proletariado por las combinaciones conciliadoras del líder del partido.

Adler, el hijo, asió el arma del terrorista en un momento de suprema desesperación. Pero sólo fue el acto de un heroico escéptico.

Cuando Friedrich Adler fue liberado de la cárcel después de la guerra, colocado ante la revolución, descubrió que no era un revolucionario, que no era uno de esos líderes que exige nuestro tiempo.

Usó su autoridad de terrorista para frenar la revolución proletaria.

Con esta cualidad se convirtió en el representante más oficial de la Segunda Internacional y Media.

(1 de mayo 1922)

### XIII. La persecución contra Rakovsky

#### *Una bajeza contra Rakovsky*

El arma principal utilizada en la lucha psicológica es, sin duda, la calumnia. Parece que mucha gente ya miente y calumnia en tiempos de paz. Pero por lo que hemos observado desde el comienzo de la guerra, parece que las esferas gobernantes, habiendo cumplido hasta ahora con las leyes de la moralidad, se apresuran, una vez que Marte ha roto sus lazos, a derramar lo que habían tenido que guardar en silencio hasta entonces. Si un historiador escribe sobre la guerra, ¡con qué repugnancia (y qué vergüenza para sus padres) relatará el trabajo de los que son designados como líderes: diputados, diplomáticos y periodistas de servicio?

Dudar de que la prensa rusa ocupe un lugar destacado en este monumento de la vergüenza sería una mentira de la modestia nacional. En esta gran prensa rusa, Amfiteatrov se encarniza con todas sus fuerzas por dar una nota más seria utilizando su reputación como un antiguo “rojo”. Hasta hace poco todavía, Amfiteatrov escribía la historia de los famosos propietarios Obmanov (Romanov), casados con alemanes, y ahora se pregunta si los políticos italianos que no quieren confraternizar con los Obmanov no se han casado con mujeres alemanas. Ayer mismo todavía, se le acusaba de estar vendido a los judíos, a él, que se ha convertido en un devorador de judíos. Amfiteatrov busca los motivos que llevaron a los internacionalistas italianos a venderse a los alemanes.

Rakovsky fue a Italia (un socialista que visitaba a los socialistas) para luchar contra la intervención armada de Rumanía. Pero ¡qué misión tiene Amfiteatrov si no es calumniar a Rakovsky! La peor censura se está produciendo actualmente en nombre de la guerra “liberadora”. Mete a hurtadillas sus narices en las oficinas de telégrafos, mira cartas privadas y aplica su oído a los cables de telégrafos. Amfiteatrov puede haber escrito sobre los Obmanov en la emigración, pero calumniar a Rakovsky... ¡Por favor! ¡Censura, apártate!

Rakovsky llegó a Roma con “una misión oficial”. ¿De quién? ¿Del gobierno? Pero Amfiteatrov sabe que esto es estúpido, y añade “debemos dudarle”. ¿Por qué? “No es un tipo al que se le daría una misión oficial.” Pero si ya no hablamos de una misión oficial, ya no hay base para la calumnia. Amfiteatrov no se avergüenza de esto. Termina su comunicación con las historias de otros calumniadores: “Rakovsky es sólo un testaferro (?), enviado a Italia (¿por quién?) para hacer propaganda alemana.”

Pero, vamos, que Rakovsky no es un tipo para ser enviado en una misión oficial. Es un testaferro. Hay que dudarle, pero, de todos modos, fue enviado. Si se le envía, no es un “tipo” sospechoso. Se calumnia y se miente, meneando la cola mientras se esperan los resultados.

Rakovsky es conocido por la Internacional. Es un hombre que durante veinte años ha luchado bajo la bandera del socialismo, que está estrechamente vinculado a los socialistas rusos, franceses, búlgaros y rumanos, que da todas sus fuerzas y, ¡nos permitimos subrayarlo!, todos sus recursos para la liberación del proletariado. ¡La baba de Amfiteatrov no le llega! En cuanto a este último, ¡el asunto está claro! Él es el “tipo” al que podemos confiar todas las tareas sucias.

(*Nache Slovo*, 17 de abril de 1915)



### ¡A los calumniadores!

Con un sentimiento natural de disgusto, y a riesgo de ofender los sentimientos de nuestros lectores, publicamos una “declaración” de Alexinsky sobre Rakovsky. La redacción de un periódico político, ante la suerte de soportar “documentos humanos”, debe dejarse guiar no por sus propias convicciones, sino por las preocupaciones de la opinión general. Hace dos semanas, este criterio nos obligó a esforzarnos y a hacer frente a las tristes insinuaciones del triste Sir Beg-Allaiev. ¡A tal señor, tal honor!

Alexinsky llama a su prosa una “declaración”. Sin embargo, “no declara” absolutamente nada. No presenta ningún hecho, no demuestra nada acerca de la cuestión que tratamos en nuestro artículo: las bajas insinuaciones de Amfiteatrov acerca de Rakovsky<sup>163</sup>. Evitando el quid de la cuestión, Alexinsky se entrega a consideraciones que no pueden dejar indiferente a nadie. En primer lugar, contradice nuestra afirmación de que Rakovsky está “estrechamente vinculado a los socialistas rusos”. Niega cualquier implicación de Rakovsky, “cualquier implicación material en el socialismo ruso”, aunque nunca lo hemos mencionado en nuestro artículo. Por último, considera imposible permitir que “incluso la sombra de una responsabilidad de la misión italiana de Rakovsky se cierna sobre los partidos socialistas rusos”. (Habiendo salido de uno, Alexinsky ahora habla por ambos.) Da vueltas alrededor de la cuestión con el tono de alguien que sabe mucho más de lo que dice.

Alexinsky se esfuerza en destruir la imagen de “cualquier relación estrecha entre Rakovsky y el socialismo ruso”. ¡Esfuerzo en vano! Rakovsky es y seguirá siendo uno de los *primeros* socialistas rusos. Se unió al grupo “Emancipación del Trabajo” y se convirtió en su propagandista entre los jóvenes rusos y búlgaros. Residió en Petersburgo como escritor marxista, en estrecho contacto con los socialdemócratas activos. Fue expulsado. Participó activamente en la “Liga Extranjera” de nuestro partido, colaboró con *Iskra*, la ayudó materialmente y llevó adelante la lucha contra las tendencias populistas y terroristas dentro del socialismo ruso. Durante la revolución rusa, se volcó en ella en cuerpo y alma, socorrió a los emigrantes, dirigió una campaña a favor de los amotinados del *Potemkin* refugiados en Rumanía, siguió siendo colaborador de las publicaciones socialistas rusas, apoyó a *Golos*, *Social-democrata*, *Pravda* y a las hojas obreras legales. Vinculado al famoso teórico marxista Dobrogeanu-Gherea (el viejo emigrante ruso), Rakovsky vive en pleno acuerdo con muchos artesanos del movimiento socialdemócrata. Tanto Gherea como Rakovsky se han convertido en los mejores amigos de *Golos* y *Nache Slovo*, nos muestran su simpatía con la ayuda material. La carta de Rakovsky que hemos reproducido en *Golos* es una expresión de la solidaridad de los internacionalistas, que la actual demencia sangrienta no ha desarmado.

Alexinsky pertenece a esos muchos elementos que la revolución de 1905 arrojó al campo socialdemócrata, pero que la ola patriótica ha tomado y devuelto a la orilla a la que pertenecen legítimamente. El “pasajero” Alexinsky tiene menos derecho que nadie a juzgar la relación entre Rakovsky y el socialismo ruso. Pero el interrogante permanece con todo su vigor: ¿por qué Alexinsky niega hechos de los que tiene una total incomprensión? ¿Quién necesitaba esta “declaración”? Para dar una ayuda personal a las bajas calumnias “patrióticas”.

¿En qué consiste la “misión italiana” de Rakovsky? ¿Por qué habla Alexinsky con tantos circunloquios de esta misión, que ha provocado tantas mentiras de los aduladores de la prensa reaccionaria rusa y francesa? ¿Por qué considera esencial que el socialismo ruso se mantenga alejado de esta misión e incluso de su “sombra”? ¿Viaja Rakovsky

<sup>163</sup> Ver más arriba “Una bajeza contra Rakovsky”.

como encargado de misión del socialismo rumano combatiente, de acuerdo con las decisiones de los congresos socialistas internacionales, la intervención armada de nuevos países, o es un agente austro-alemán en el desempeño de una misión diplomática alemana? ¿Por qué no firma Alexinsky esta segunda versión distribuida por todos los agentes aliados? ¿Por qué no habla claro, llamando a las cosas por su nombre? Porque no puede responder. Porque, para su “declaración”, sólo tiene a su disposición calumnias y mentiras. Especula sobre el hecho de las calumnias de los Drumont, Daudet, Laskin y Amfiteatrov, y algo quedará en la conciencia de los lectores. No afirma nada por sí mismo, sólo libra de toda responsabilidad (¡Oh! ¡Alexinsky!) al socialismo ruso. Y luego habla de la ayuda material que Rakovsky daría ahora a *Nache Slovo*, ahora, es decir con ocasión de esta famosa misión italiana. Alexinsky entiende muy bien que el lector llegará a la conclusión de que los doscientos cincuenta francos que recibimos de nuestros amigos rumanos fueron proporcionados por el tesoro de Hohenzollern. Por eso Alexinsky necesita un acercamiento “repentino” entre Rakovsky y el socialismo ruso. ¡Lean de nuevo la prosa del caballero! Dos sentimientos guiaron su pluma: la impudicia y la cobardía. El mismo método se aplica a nuestro neoclásico Amfiteatrov. Hay que hacer este recordatorio de los desertores del socialismo: “calumnia, miente, mueve la cola a la espera de los resultados.”

Habiendo rechazado toda apariencia ideológica, desmoralizado por su salto de Marx a Marte, de la revolución al patriotismo militarista, bajamente hostil a todos los que han permanecido fieles al socialismo, Alexinsky, a través de sus insinuaciones y sus calumnias, busca apoyar en él los remanentes de su propia dignidad. Como no es el único, como la contrarrevolución se ha extendido entre amplios círculos de la intelligentsia, la denuncia de Alexinsky encuentra su resonancia en este entorno y, convirtiéndose casi en un símbolo, proyecta la última sombra sobre esta época maldita. Esta es la razón, la única razón, de nuestra publicación de la carta de Alexinsky. En las consecuencias de la fructífera discriminación entre el socialismo revolucionario y la colusión del socialpatriotismo con la burguesía, en este proceso, no sólo hay lógica política, sino también moral política. Al rendirse a la nación burguesa en armas, los desertores del socialismo se han desarmado moralmente y, para confirmarse, se ven obligados a tomar el arma deshonrosa de nuestros enemigos de clase. La “declaración” de Alexinsky no será la última; y estas no son las últimas palabras de Alexinsky. En el camino que ha tomado, no hay vuelta atrás. De calumnia en bajeza y de bajeza en calumnia, seguirá girando en una órbita muy precisa: es el testimonio repulsivo de que la causa a la que sirve ahora, no sólo es mala, sino desesperada.

(*Nache Slovo*, 25 de abril de 1915)

### ***Comentarios sobre el telegrama de Rakovsky del Primero de Mayo***

El 3 de mayo recibí una citación urgente de la comisaría de la calle Delambre. Después de las cuestiones rituales (identidad, documentos, etc.), comenzó el siguiente diálogo:

- ¿Conoce usted a Rakovsky?
- Por supuesto que sí.
- Envió un telegrama a su dirección. ¿Está de acuerdo?
- Aparentemente, es para mí.

El comisario lee el texto del telegrama en voz alta, acentuando la última palabra, “revolucionario”. Entonces, continúa:

- En mi opinión, este telegrama no tiene sentido.
- Permítame guardarme mi opinión personal sobre este punto.
- Quiero decir que este telegrama no es ni caliente ni frío para nadie.

- ¿Entonces por qué me ha citado usted?
- Perdóname, pero era para asegurarme de que...
- ¿De qué, entonces?
- De que el telegrama estaba dirigido a usted.

Me pidieron que firmara un recibo. El asunto quedó en eso. Pero esto demuestra que la actividad patriótica de los Amfiteatrov, Laskin, Alexinsky y Drumont en torno al nombre de Rakovsky encuentra su eco en los círculos policiales parisinos.

(*Nache Slovo*, 5 de mayo de 1915)

### ***Rakovsky juzga a los socialpatriotas rusos***

En el prefacio de la nueva edición francesa de su folleto *El socialismo y la guerra*<sup>164</sup> (tenemos el manuscrito) el camarada Rakovsky habla de los socialdemócratas que intentan sin éxito, pero sin vergüenza, arrastrar a los socialistas “neutrales” a que presionen a sus gobiernos para que entren en la guerra. En los momentos en que Bulgaria ha adoptado una actitud de neutralidad armada, para no intervenir de la noche a la mañana (cierto que en la dirección recomendada por Sudekum y Parvus, y no por Plejánov), las ideas de Rakovsky son de actualidad. Reproducimos este fragmento íntegramente:

“Dirigiéndose principalmente a los socialistas de los países balcánicos cuya intervención es objeto ahora de tanta discusión, Plejánov nos reprocha, a los socialistas de las naciones neutrales, nuestro egoísmo causado por nuestro deseo de no involucrarnos en toda la agitación a favor de la guerra, a favor de la “defensa de Bélgica”, a favor de la Entente, agitación que Plejánov realiza entre nosotros y que los partidos rusófilos están liderando en los Balcanes. Este egoísmo, continúa Plejánov, es incompatible con el concepto de solidaridad obrera internacional. Plejánov razón así: si me mantengo neutral cuando un hombre mata a otro, me arriesgo a ser acusado de complicidad con el criminal, en cualquier caso, de falta de solidaridad con la víctima.

“El grupo de los socialdemócratas rusos, que comparte la opinión de Plejánov, acaba de publicar una resolución de carácter más pronunciado<sup>165</sup>. Los socialistas de los países neutrales, al defender la neutralidad, se afirman como los colaboradores de sus gobiernos que se esfuerzan en “explotar la neutralidad para los intereses egoístas de las clases dominantes”. “La debilidad del control proletario (la resolución habla de países con un proletariado todavía débil) hace que la política de neutralidad se traduzca sólo en frases, y en realidad, no sea más que mercadeo, regateo; bajo el disfraz de palabras generosas que mecen a los proletarios, se esconde la más despiadada codicia.

“Ante todo, los autores de la resolución se permiten dudar de que el proletariado de los países balcánicos (Rumanía, Bulgaria y Grecia) haga una distinción muy clara entre la neutralidad practicada por los gobiernos y la defendida por el socialismo. Los proletarios incluso diferencian estas neutralidades por los nombres que les dan: a la del gobierno se le llama “atentista” [de espera], mientras que a la socialista le dan la de

<sup>164</sup> Khristian Rakovsky, *El socialismo y la guerra*, en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#), serie [Rakovsky, Khristian \(Rako\)](#).

<sup>165</sup> Esta resolución fue presentada en nombre de los representantes de los socialdemócratas en el extranjero, “los del partido”. La indicación “en el extranjero” está colocado perfectamente en su lugar ante la unanimidad de los intentos realizados para atraer al Grupo de Unificación, uno de los grupos internacionalistas más activos de Rusia, a la vía de “la defensa de Bélgica” al lado de las potencias de la Entente. Pero, ¿qué pasa realmente con “los del partido”? El documento impreso no indica los nombres de los agrupamientos que han participado en la elaboración de esta resolución, para ser sinceros, escandalosa. El documento no es anónimo por casualidad. Probablemente la declaración se deba a las iniciativas individuales de ciertos de “los del partido”, representando únicamente su propia escisión con el Partido Socialdemócrata. Una gran parte de ese grupo, y en particular los bolcheviques en el extranjero, han adoptado una posición internacionalista y se agrupan en su mayoría alrededor de *Nache Slovo*.

principios y definitiva. La primera está relacionada con el regateo e incluye la perspectiva de la intervención, mientras que la otra las excluye.

“Si nuestros gobiernos prolongan su actitud de neutralidad, y por lo tanto de regateo y de codicia despiadada, ¿no sería mejor participar en la guerra? ¿Tiene la guerra el talento oculto (¡que se nos diga!) de convertir a los gobiernos burgueses, mercantiles y rapaces, en parangones del altruismo y el desinterés?”

“Bien, pero seguimos creyendo que el objetivo de cada gobierno burgués es aumentar las posibilidades de explotación capitalista, por lo que no podemos unirnos al optimismo guerrero y moral del socialpatriotismo.

“En cuanto a la observación de Plejánov sobre el egoísmo de los socialistas de las naciones neutrales que son testigos indiferentes del aplastamiento de Bélgica, diremos que esta observación estaría justificada si los ejércitos estuvieran comandados por los socialistas. Por desgracia, no somos nosotros, los socialistas, los que tenemos que liberar a Bélgica, sino las clases dominantes. Se nos invita a ponernos a su disposición y a convertirnos en su instrumento.

“Estamos dispuestos a ayudar a Bélgica contra la agresión alemana, pero con nuestros medios socialistas. No hay duda de que estos medios no pueden lograr resultados inmediatos. ¿Pero es éste el único caso en el que tenemos que ver la insuficiencia de nuestras fuerzas? En ningún caso se puede llegar a la conclusión de que debemos debilitarnos poniendo parte de nuestras fuerzas al servicio de los líderes.

“Por otro lado, me permito preguntarle a Plejánov: ¿está convencido de la voluntad salvadora de la burguesía? ¿Está convencido de que los salvadores de Bélgica no aportarán su participación a otros pueblos? Al mismo tiempo que Plejánov nos invita a salvar a Bélgica, otros nos gritan que no tenemos derecho a permanecer pasivos ante la opresión de Galicia ni a permitir que Rusia ponga sus manos sobre todos los pueblos del Imperio Turco. ¿Qué hacer al respecto? Plejánov cree en la guerra “de liberación”. Ni creemos en esta leyenda ni hemos olvidado lo que Plejánov nos enseñó.”

\*\*\*

“Se nos hace una objeción más”, continúa Rakovsky. “Se dirige a los camaradas serbios, cuya valiente conducta dentro y fuera del parlamento ha roto las esperanzas de los socialpatriotas de la Entente que quieren ser más serbios que los serbios. Los socialpatriotas intentan descubrir una contradicción entre la conducta de los socialistas serbios que, en su país, rechazan cualquier ayuda al gobierno y, al mismo tiempo, en Bucarest y Sofía, exigen una república federal de los Balcanes como medio de defensa contra las políticas de conquista de las grandes potencias.

“Presentar el objetivo de la república balcánica de esta manera, unilateralmente, es reducirlo. Nuestras concepciones son de un orden diferente, provienen de las necesidades de la lucha de clases. Si consideramos el caso desde el punto de vista de la defensa de la independencia de los pueblos balcánicos, no vemos ninguna contradicción en los esfuerzos socialistas para formar una federación panbalcánica. A las actividades de los gobiernos (dirigidas, en realidad, hacia otros objetivos), los socialistas oponen las suyas a favor de la independencia y la libertad de los pueblos balcánicos. ¿Se negarían los socialistas a defender los derechos y libertades indispensables para el proletariado? ¡Por supuesto que no! Pero quieren hacerlo por sus propios medios, y la república balcánica, cuya existencia sería una victoria sobre el nacionalismo de guerra de cada una de las naciones balcánicas, se convierte en la bandera de la lucha de clases del proletariado balcánico.”

En este prefacio, Rakovsky, basándose en la experiencia de los pueblos balcánicos, niega categóricamente la posibilidad y la validez de poner la política

proletaria en relación con la guerra bajo la dependencia de la distinción entre “guerra de agresión” y “guerra liberadora”.

“Si el partido socialista”, continúa Rakovsky, “fuera un tribunal sin otro propósito que la represión, de acuerdo con los socialpatriotas podríamos contentarnos con la búsqueda de “agitadores de la guerra”; pero el proletariado socialista tiene otros propósitos que el castigo, que la satisfacción de una venganza más o menos legítima, busca prevenir las guerras del futuro. La táctica de limitar la responsabilidad de la guerra a uno u otro de los beligerantes sólo puede fortalecer al imperialismo en sus planes de conquista y perpetuación de la guerra...”

“Por lo demás, en Rumania hemos utilizado la terminología “guerra defensiva”, “guerra de agresión”, pero los acontecimientos nos han demostrado que la diferencia es de naturaleza puramente escolástica.

“Así que si Bulgaria declara la guerra a Rumanía para recuperar la provincia que ésta le arrebató en 1913, ¿es por parte de Bulgaria una guerra de agresión o de defensa? ¿Y si Turquía va a la guerra para apoderarse de Macedonia? ¿Se trataría de guerras defensivas? Por otro lado, si llamamos a estas guerras “agresivas”, reconocemos que las conquistas, llevadas a cabo con violencia e injustificables, se han convertido en legítimas porque están sancionadas por actos diplomáticos. En otras palabras, reconocemos que las conferencias internacionales son el árbitro legítimo de la existencia de los pueblos. ¿No es eso absurdo desde un punto de vista socialista?”

Qué papel tan lamentable, tragicómico en verdad, añadimos nosotros voluntariamente, habría desempeñado el socialismo balcánico si, en el inevitable enfrentamiento de los pueblos de esta península, hubiera adoptado los criterios de “guerra defensiva” y “guerra ofensiva”, “guerra justa” y “guerra injusta”. ¡Afortunadamente para ellos y para la Internacional, nuestros camaradas en los Balcanes están equipados con criterios que, al contrario, están llenos de esperanza!

(*Nache Slovo*, 30 de septiembre y 5 de octubre de 1915)

### ***Rakovsky y el gobierno rumano***

Ya hemos anunciado la detención de Rakovsky, a quien nuestros lectores conocen como el líder revolucionario del proletariado rumano, pero también como colaborador cercano y amigo de *Nache Slovo* desde los primeros días de la fundación del periódico. Los despachos de hoy nos informan de que Rakovsky ha sido liberado “bajo condiciones” y que uno de los líderes que ordenó el fusilamiento de los huelguistas ha sido trasladado.

Rakovsky, incluso antes de la guerra, ya había atraído el odio de toda la clase dominante rumana. Si los bandidos con barniz de civilizados que gobiernan este desafortunado país habían parecido superficialmente interesados en el destino general de Europa, no sería cuestión tampoco de esta masacre bautizada “grande”, “liberadora” y “justa”. Sólo hay una cosa que pueda paralizar las manos de los verdugos, y es el miedo a las complicaciones causadas por los obreros rumanos. A pesar del limitado desarrollo de la industria, el proletariado rumano activo, con guías tan talentosos como Cristescu, Frimu y Marinescu, desempeña un papel importante en este país de masas campesinas atrasadas dominadas por el parasitismo boyardo.

Si el gobierno “liberal” de Bratianu, incapaz de decidir a quién venderse y adoptando una posición atentista de neutralidad, ha tolerado hasta ahora la agitación socialista como contrapeso a la propaganda de los agentes de la Entente, ahora se da cuenta de que la actividad socialista, cargada de significado revolucionario, constituye un peligro para la oligarquía rumana. La ofensiva rusa y la conquista de Bucovina, llevada a cabo con el objetivo de presionar a Rumanía, han puesto al gobierno Bratianu en una situación crítica que le ha obligado a tener las manos libres para hacer frente a cualquier

eventualidad. La idea de atar a Rakovsky y aplastar a los socialistas surgió naturalmente, y la huelga de Galatz, que condujo a un sangriento conflicto, fue un excelente pretexto. Rakovsky fue arrestado. El gobierno complementó esta medida con la defensa de las manifestaciones públicas. Entonces la camarilla del gobierno se echó atrás. Rakovsky ha sido puesto en libertad “con condiciones”. Aquí hay que tener mucho cuidado. No cabe duda de que el uso de este “bajo condiciones” por parte de los mercenarios de Bucarest será más severo cuanto más los líderes rumanos se inclinen a una intervención en el sangriento conflicto actual.

Bajo los rasgos del partido rumano y su líder Rakovsky, tenemos ante nosotros la gran política de la Internacional Revolucionaria. Desde un punto de vista externo, parece que la política de Rakovsky es la de Branting en Suecia y Troelstra en Holanda: los que predicán la neutralidad en su país. Pero el parecido es bastante superficial: la posición de Branting y Troelstra es nacional y gubernamental, no revolucionaria. Defienden la neutralidad con medidas “razonables”, “pacíficas”, “leales”, sin crear complicaciones internacionales para sus gobiernos. Cuando Holanda y Suecia estaban en vísperas de la guerra (impulsadas por la fuerza de los acontecimientos o la voluntad de las clases burguesas) Branting y Troelstra depusieron sus armas a los pies de la burguesía y se alinearon bajo la bandera de la “defensa nacional”. Naturalmente, el poder enmascarará esta capitulación ofreciendo a los socialistas una participación en el gobierno. Cuanto más cerca esté una intervención de países neutrales, más pronto Branting tendrá una cartera, y Rakovsky una prisión. Esta diferencia caracteriza a las mil maravillas la diferencia entre las dos tácticas.

(*Nache Slovo*, 4 de julio de 1916)

## XIV. En un mundo de vileza y desesperación

### *¡Los tiempos actuales son así!*

El sábado pasado se prohibió el informe de Chernov “El punto de vista alemán sobre la guerra”. ¿Han decidido las autoridades competentes que la presentación *defenderá* las tesis alemanas y no las criticará? Eso no lo sabemos. En cualquier caso, el informe no tuvo tiempo de revelar sus malas intenciones respecto a la “unión sagrada” o la avidez de los rusos por Constantinopla: el golpe que le llega está totalmente de acuerdo con el orden de los presentimientos administrativos.

Sin embargo, sería un error pensar que estas corazonadas tienen raíces míticas. De ninguna manera. Sobre el informe de Trotsky, un periódico de boulevard, al publicar un artículo firmado “X” (desde luego), se preocupó por lo que el poder estaba pensando al respecto. El informe de Lunacharsky no tiene nada que decirle a este señor. Tampoco el de Trotsky. Y todavía están Chernov, Pokrovsky y Lazarkievich. ¿Qué es esta asociación de ingenieros que invita a los “pangermanistas” a hacer informes? La palabra es dura, llena de esperanzas y capaz de atraer la atención de la administración. Así es de ahora en adelante. Siempre ha habido ciudadanos rusos en París a los que no les gustaban las presentaciones de izquierdas. Pero hasta la guerra, eran impotentes. Su pusilanimidad les impidió atacar públicamente a los revolucionarios. Tuvieron que “callarse” y dejar los puños en los bolsillos. No podía hacer otra cosa más envenenarse con su propia bilis. Pero ahora es diferente. “Señor agente, hay una luz en el tercer piso, sospecho que hay un pangermano...” Este es el método utilizado por el periódico *Novosti*. Algún “caballero” se ha vestido de dominó y se ha registrado en el frente patriótico de las tres patrias aliadas, “X” ha denunciado “literalmente”: “Una luz brilla en la ventana de la asociación de ingenieros. Su Señoría, hay que hacer que se extinga. ¡Alerta! ¡Alerta! “(¿En qué sentido brilla?) “Se sabe bien: pangermanistas, Su Señoría, e incluso tienen un folleto.”

En efecto, hay un “folleto”. El patriota de los tres países (olvida Bélgica, Serbia, Montenegro y Japón) se refiere al folleto escrito por el autor de estas líneas. Mientras que Chernov tiene un “punto de vista alemán”, Trotsky tiene un “folleto alemán”. Es cierto que este folleto está prohibido en Alemania, es cierto que el patriota de las aduanas, Wolfgang Heine, invita a sus agentes, a través de *Sozialistische Monatshefte*, a tomar medidas para garantizar que este folleto no salga de Suiza; es cierto que, en Stuttgart, la policía redactó el acta incautándose del folleto; es cierto que, *Chemnitzer Volkstimme*... Y, sin embargo, esto no impidió que las aduanas francesas confiscaran el folleto, por ser de origen alemán. Así son las cosas ahora.

¿Es necesario añadir que la ventana de *Nache Slovo* es objeto de una supervisión especial por parte de la vigilancia patriótica? ¿Con qué frecuencia, durante el trabajo, la nariz del patriotismo se adhiere al cristal? No vamos a discutir; en nuestra ventana brilla una luz sospechosa. En nuestro periódico escribimos artículos donde no escupimos al pueblo alemán, donde no negamos la cultura alemana, donde no acumulamos mentiras reaccionarias. Para estos señores no es importante que, como socialistas revolucionarios, seamos los enemigos implacables del imperialismo de Hohenzollern. Como ven, no aprobamos la conquista de Siria y Constantinopla. No pensamos en Lloyd George y

Plejánov. Porque, verán, nos negamos a “comer alemanes crudos” en cualquier salsa. La cuestión está clara: somos pangermanos.

Hemos denunciado, es cierto, los intentos de algunos aventureros “revolucionarios” de vincular su causa a la de los estados mayores alemanes, austriacos o turcos. Estamos unidos, es cierto, por una indestructible hermandad con Liebknecht, Rosa Luxemburg y Mehring, los enemigos mortales de lo que se llama “pangermanismo”. Pero, ¿cómo cambia eso el caso? Si no estamos con Goremykine y Hervé, estamos a favor de Bethmann-Hollweg. ¿Se puede vivir ahora sin inscribirse en algún estado mayor? Así son las cosas ahora.

Las insinuaciones sobre nuestro pangermanismo (francamente, sólo podemos llamarlas pura tontería) revisten todos los matices: desde alusiones “morales” hasta comentarios sobre el dinero alemán. Así es ¡sí!, dinero alemán. Desde la fundación del periódico, esta calumnia innoble y cobarde ha estado merodeando por nuestra publicación. Se arrastra (¿pero de dónde?) a las antecámaras ministeriales, reside en los pasillos del parlamento, desaparece de vez en cuando y luego reaparece. Y hasta ahora, nos hemos visto privados de la posibilidad de pisarle la cola.

Ayer mismo, cierto Beg-Allaiev, llamándose “un auténtico ciudadano ruso”, nos envió una carta amenazante en la que expresaba su descontento con nuestras observaciones sobre la toma de “Pchemysl” y relacionaba nuestras consideraciones estratégicas con el dinero alemán.

“Si usted hubiera estado en la línea de fuego y hubiera visto cómo luchaba el soldado ruso, no tendría la audacia de escribir que la captura de Pchemysl no representa ninguna ventaja estratégica”, escribió el auténtico ciudadano ruso en un ruso aproximado. “¡Qué idiotez lo que está escribiendo! ¡Si solamente pudiera darse cuenta de eso, señor redactor judío!” Y de ahí, nuestro corresponsal saca la conclusión de que recibimos dinero alemán. Más adelante, perifranea en estos términos, pero debilitando su pensamiento: “Si continúa usted en este espíritu, tendrá que reconocer que el dinero alemán puede comprar incluso a cobardes viles.” No vamos a iniciar una discusión estratégica con Beg-Allaiev. Tampoco insistiremos en que el artículo “judío”, que tanto indignó a Beg-Allaiev, fue escrito por un exoficial del ejército ruso que tiene un nombre más ruso que el de nuestro oponente. No se trata de eso, sino de que Beg-Allaiev nos dé su dirección. Por supuesto, no es la línea de fuego, sino simplemente, 2, rue de l’Orangerie, Villemomble (Sena). Pero nos contentamos con poco.

Sin embargo, planteamos una condición: que Beg-Allaiev tenga el valor de escribir que su sentencia sobre el dinero alemán debe ser entendida, no “moralmente” (sería una falsa prevaricación digna sólo de “cobardes innobles”), sino en el sentido directo y material en el que un juez de instrucción la entienda.

Los tiempos pueden ser así, pero los castigos por calumnias no han cambiado todavía. En el caso de que este caballero no actúe por iniciativa propia, podrá remitir nuestra propuesta a la persona que la solicite. Enviamos una copia a Beg-Allaiev, con el franqueo pagado por el remitente. De esta manera, tendrá el inesperado honor de “firmar el recibo”, en nombre de todos los calumniadores.

(*Nache Slovo*, 1 de abril de 1915)

### ***Somos rojos... seguiremos siéndolo***

El pánico en las filas de la emigración rusa, en particular la emigración judeorrusa, aún no ha disminuido. Está perfectamente claro que la represión contra los “extranjeros indeseables” carece de fundamento. *Le Temps*, *La Guerre Sociale* y *l’Humanité* han explicado abiertamente que Francia no tiene ningún interés en molestar a los judíos norteamericanos ricos con medidas que, en el mejor de los casos, sólo pueden



proporcionar unos pocos cientos de voluntarios “a garrotazos”. Hervé, con su habitual delicadeza, señala que los ahorros judíos son tan necesarios como los de otras personas. En una palabra, según las explicaciones de periódicos no oficiales, uno de la derecha y dos de la izquierda, la república no niega el derecho de asilo a los judíos para no enfadarse con los banqueros, sus hermanos raciales. Nunca hemos dudado de que los que luchan día y noche por “el derecho y la libertad” se acomoden muy bien con la realidad. Hay una razón de peso para mantener el derecho de asilo a los refugiados judíos, una razón que, en nuestra opinión, es mucho más fuerte que el vínculo racial entre los banqueros estadounidenses y los proletarios rusos: la industria de guerra francesa necesita mano de obra, y esta mano de obra (refugiados judíos de Rusia) es aún más explotable porque estará bajo la amenaza constante de una medida de deportación o de internamiento en campos de concentración. Por eso, el ruido del patriótico diputado Gallet conserva de vez en cuando todo su significado nacionalista, aunque no se haya alcanzado su objetivo visible; se recuerda a los proletarios-inmigrantes que viven bajo el signo de la “unión nacional”, y que, desde la huelga hasta el campo de internamiento, la distancia es más corta de lo que parece.

Mientras que la gran masa de emigrantes, como ya se ha dicho, no tiene motivos fundamentados para abandonar el territorio francés (lo que está sucediendo, sin embargo, aquí y allá), debemos reconocer que el “derecho de asilo” sale considerablemente dañado de las últimas aventuras: *no ha surgido ni una sola voz de las filas del Bloque Nacional a favor de este derecho democrático.*

Gustavo Hervé, cuya sabiduría gubernamental mezcla tan acertadamente los rasgos de Figaro y Tartarin, reduce el derecho de asilo republicano a un testimonio de lealtad política. Los extranjeros (Hervé sólo habla de los judíos) que están a favor de la paz inmediata y no de la guerra “hasta el final”, se descubren como “germanófilos” y deberían ser expulsados a “Suiza o Alemania”. Jamás hemos dudado de que la ideología de la “defensa nacional” conduzca a semejantes medidas. El redactor de *La Guerre Sociale* nos asombra tan poco como nos asusta.

Hervé, como todos sabemos, deriva su herencia espiritual de la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano”; pero revela su parentesco espiritual con nuestros socialpatriotas, ellos mismos relacionados con los Mokievich, los Tiapkin-Liapkin y Zagorietsky que bautizaron el socialismo revolucionario germanófilo y así provocan las medidas tomadas en común por las fuerzas de policía aliadas, que son más cooperativas entre sí que la diplomacia de la Entente. La conciencia policial de Hervé (hay que recordar que es miembro del Comité Central del Partido Socialista Francés) no es el resultado de su ignominia personal. Cuanto más se caliente el suelo bajo los pies de los profetas y lacayos de la unidad nacional, más apoyarán su retórica liberadora con argumentos “policiales”. Es natural que, al seguir la línea de menor resistencia, comiencen por los emigrantes. Los sicofantes han buscado siempre y en todas partes, en circunstancias difíciles para ellos, responsables entre los “extranjeros indeseables”. Hervé apoya brillantemente la tradición que se remonta a Metternich, Luis XVI y se pierde en las tinieblas del tiempo.

Sin duda, las medidas policiales contra los extranjeros que no respetan suficientemente el programa de Gustavo Hervé son sólo el primer paso en el camino hacia la represión contra los socialistas revolucionarios. Formulemos el teorema opuesto. Sólo el renacimiento del movimiento socialista garantizará realmente el derecho de asilo (el derecho de asilo que no dependa de pelotazos en la bolsa y préstamos, ni tampoco de las vacilaciones de Hervé y sus empleadores).

Las cabezas pensantes de *Prisiv* han intentado convencer a la consternada colonia rusa de que la mejor garantía del derecho de asilo dentro de la “democracia francesa”

sería unirse a la política del “emisor de pasaportes políticos”: ¡Hervé! Sea usted tricolor, ¡y será inmediatamente mimado! ¡Completamente igual que el carcelero de Shakespeare que quería que la humanidad tuviera un solo pensamiento y fuera buena! Pero, por supuesto, ¿cuál era ese buen pensamiento? Eso, ¡eso el carcelero se lo ha guardado para sí mismo!

Que la “unión nacional” no se haya acercado a la realidad política de los puntos de vista del carcelero shakesperiano es un mérito de la humanidad. Junto a los tricolores y camaleones, hay rojos, y su número va en aumento. Pertenecemos a aquellos que no cambian de color bajo la influencia del medio ambiente. Somos y seguiremos siendo rojos. Esta es precisamente la razón por la que reclamamos el derecho de asilo para nosotros mismos y para nuestros semejantes. Y no prometemos nada a cambio, excepto ser fieles a nuestras convicciones.

No tememos las amenazas de Hervé, aunque sabemos que están suspendidas sobre nuestras cabezas. Vinculamos indisolublemente nuestro destino, el de nuestras ideas y periódicos, al desarrollo del socialismo internacional revolucionario. Nos sentimos vinculados por los lazos más estrechos con la democracia francesa: la grande, la revolucionaria, la socialista que, mañana, será más fuerte que hoy. Respetamos profundamente su pasado y tenemos fe en su futuro.

Llenos de fe en nuestra obra, de orgullo por nuestra bandera y desprecio por los sicofantes, ¡somos y seguiremos siendo rojos!

(*Nache Slovo*, 3 de diciembre de 1915)

### ***Milagros con los que los sabios jamás habían soñado***

El artículo de fondo de nuestro número 254 estaba dedicado al Préstamo Francés. El comienzo y la conclusión quedan reemplazados por dos manchas blancas, el testimonio más elocuente de que la censura de Briand-Galliéni consideró irreprochable el resto del artículo. El artículo comienza con: “El éxito significativo del préstamo puede considerarse como garantizado y decisivo” y justifica plenamente las previsiones reconfortantes en cuanto al apego de la burguesía francesa por los papeles de estado con un buen porcentaje. Que éste sea bueno (5,73 %), la prensa francesa no sólo no la ha negado, sino que, por el contrario, en su propaganda patriótica ha subrayado la excelencia del porcentaje con una energía encomiable.

El 10 de diciembre, el periódico vespertino reaccionario *L’Intransigeant* publicó el siguiente comentario: “¿Cuál es ese periódico llamado *Nache Slovo*, cuyo jefe de redacción es el Sr. Dridzo, con sede en el 19, rue Daguerre, cuyo editor es el Sr. Hambourg (58, Bd de Port-Royal) y que, gozando de la hospitalidad otorgada a nuestros aliados, desacredita hipócritamente nuestro préstamo nacional? ¿No es suficiente con controlar a los neutrales que todavía tenemos que hacerlo con aquellos que pretenden un título de amigos?”

Esta observación, si se quiere utilizar la franqueza, que es la norma entre los aliados, es bastante estúpida. *L’Intransigeant* nos recuerda que disfrutamos de la hospitalidad francesa. ¿Esto hace imperativo no comprender que 5,70 % = 5,70 %? Si tuviéramos la posibilidad de nombrar negro a lo blanco, no nos veríamos obligados a buscar la hospitalidad de la república. Y si, a cambio de hospitalidad, tuviéramos que hacer nuestro el punto de vista de *L’Intransigeant*, surgiría el interrogante: ¿en qué se diferencia la república del zarismo? Además, seamos justos: incluso entre nosotros, en Rusia, no necesitamos examinar la mínima expresión de desinterés patriótico para suscribir el préstamo.

No queremos detenernos demasiado tiempo en este aspecto nada complicado del caso. Recordemos con qué insistencia, repitió el periódico *L’Éclair*: “Después de la

guerra, la renta de 1870 subió a 122, ¡y fue justo tras la derrota! *L'Oeuvre* también ha declarado con la misma franqueza: “El préstamo de 1915 dará la victoria y un porcentaje de 5 ½”. Si a Gustave Téry, conocido por su desinterés, se le permite hablar de porcentajes, ¿por qué no podemos hablar de ellos, nosotros que disfrutamos de la hospitalidad francesa?

Hemos nombrado al Sr. Téry. En medio de la confusión que rodeaba al préstamo, este periodista dio información bastante precisa sobre las sumas recibidas por la prensa francesa por su propaganda a favor del préstamo. No cabe duda de que Téry se guiaba por consideraciones patrióticas: de lo contrario, habría que pensar que estaba impulsado por el deseo de hacerse una escandalosa publicidad.

Sea como sea en el caso de Téry, el resto de la prensa se basó en los porcentajes y no los rechazó. Hasta donde sabemos, *l'Humanité* constituye una excepción. Por lo que se refiere a *L'Intransigeant*, del artículo de Téry se desprende que el periódico no rechazó los símbolos del crédito gubernamental como reconocimiento de la propaganda a favor del préstamo.

Los negocios son los negocios...

Pero creemos... que no es magnánimo por parte de *L'Intransigeant*, a quien se le paga según la tarifa, e incluso más allá, que tengamos que ver desinterés por todas partes.

Cierto que *L'Intransigeant* puede decir que él no tiene nada que ver con esta historia. De hecho, la observación mencionada anteriormente se publica en el periódico de Bailby en forma de anuncio: diez líneas en letra pequeña entre los anuncios de “Tip”, que sustituye a la mantequilla, y el atractivo anuncio del banco Girond sobre “el préstamo de la victoria”. En esta doble vecindad, sólo puede verse el dedo del destino: ¡*Nache Slovo* entre la margarina patriótica y el desinterés bancario!

Pero si estamos en los anuncios clasificados, es porque se ha pagado a *L'Intransigeant*. Si se le ha pagado, ¿quién le ha pagado? “That is the question”, como diría Hamlet. Tenemos nuestras pequeñas ideas sobre este tema, que nos parecen muy convincentes. Pero nos abstenemos de comunicarlas, porque hace unos días, un intento similar no le pareció convincente al censor.

Los comentarios cautelosos sobre el papel desempeñado por el embajador Isvolsky fueron eliminados por el honorable censor, de acuerdo con la amistad franco-rusa.

Prometemos a los lectores compartir los frutos de nuestras meditaciones sobre este anuncio después de la guerra.

Y esa es toda la campaña contra *Nache Slovo*, se pregunta el lector, casi decepcionado. No, eso no es todo. La atención que nos mostraron los misteriosos autores del anuncio fue más allá. Un ejemplar de *L'Intransigeant* fue remitido cuidadosamente a la conserje del edificio donde se encuentra nuestra imprenta. ¡Ciertamente no fue para ampliar el horizonte político de la administradora de nuestra casa! La honorable dama se sintió muy conmovida al enterarse de que bajo su techo se reunían personajes que, no sólo no creían en dios, sino que creían mucho menos en el desinterés de los banqueros y periodistas capitalistas.

¿Eso es todo? No, eso no es todo. En algunas instituciones de alto rango de la república circula un documento que “denuncia” a *Nache Slovo*, acusándolo de perjudicar las finanzas de Francia. ¿Quién ha aportado este documento? No lo sabemos, no sabemos nada. ¿Existe una relación entre el anuncio, la conserje preocupada y este documento, que llamaremos, pura y simplemente denuncia? Lector, ¿por qué suponer la existencia de una relación misteriosa cuando uno puede limitarse a la suposición consoladora de que todo se explica por una coincidencia... El escéptico dirá que es increíble. Pero llamamos a testificar a la sombra ya mencionada del príncipe Hamlet: ¿no le explicó a su amigo

Horacio que hay coincidencias milagrosas en este mundo con las que los mismos sabios no llegaron a soñar?

(*Nache Slovo*, 18 de diciembre de 1915)

### ***Historia con moraleja***

En el pequeño mundo de los periodistas parisinos se cuenta una historia que requiere nuestra atención, porque la riqueza política y moral de la “idea nacional”, recientemente inventada, se revela con una agudeza excepcional.

Como uno de los principales actores de esta historia, nos encontramos con el corresponsal de *Rouskie Viedomosti* en París, el Sr. Bielorusev, el mismo hombre que se negó a que el dinero recaudado para los artistas por ellos mismos se distribuyera a los artistas rusos necesitados, bajo el pretexto de la constitución alógena y la actitud “derrotista” de la colonia de artistas. *Nache Slovo* dijo lo que había que decir en esa ocasión. Pero la atmósfera actual está tan contaminada por los bacilos de la apatía individual y el pánico gregario que incluso entre los artistas, algunos ciudadanos (hay algunos en esta bohemia despeinada) agacharon la cerviz con temor, creyendo que era mejor callar sobre las manifestaciones de Bielorusev. El mundo literario, bajo la presidencia de L. Agafonov, nos apoyó con una resolución condenando al corresponsal de *Rouskie Viedomosti*. Pero el círculo de periodistas, bajo la presidencia del corresponsal de *Riech*, E. Dmitriev, no dijo ni pío por iniciativa de uno de sus miembros. Y fueron listos: la defensa del arte libre y la lucha contra el libertinaje chovinista ya no tiene sentido en el caos de la opinión liberal general y su prensa de hoy. A menos que nos equivoquemos, los artistas acudieron a Dmitriev, pero éste se mantuvo callado, sin sospechar que la insaciable codicia del patriotismo, a la que estaba dispuesto a sacrificar no importa a quién, pronto lo reclamaría como víctima.

Yakolev, un verdadero ruso de *Novoe Vremia*, convocó a un grupo de corresponsales rusos y de otros países a una reunión secreta y les informó que el presidente de la Unión de la Prensa Extranjera, Dmitriev, no se llamaba así en absoluto, sino... (?), un nombre alemán que se le había conferido de una manera muy complicada, obviamente. Los ingleses, holandeses y españoles escucharon con asombro, y luego pidieron explicaciones a Dmitriev; después de esto, cuando quedó claro que no se balancearía al final de la cuerda que se le había preparado tan bien, Bielorusev entró en escena, como Juana de Arco en el momento crítico, y declaró que, si llevar un pseudónimo no demostraba ninguna actividad a favor de Alemania, por el contrario (la transición era lógica). Antes de la guerra, Dmitriev publicaba el periódico *Parijsky Viestnik* “gracias a fondos alemanes”. Como Dmitriev había publicado realmente un periódico liberal y de calle y el editor era realmente un alemán, el asunto estaba sobre una base sólida, especialmente desde que Bielorusev había colaborado en este periódico y había recibido un buen dinero alemán contante y sonante. Pero ¿dónde está Alexinsky? se pregunta el lector perplejo. Muy bien, aquí aparece. Pero he aquí que un francés, el Sr. Bateaut, miembro de la unión y de carácter totalmente insignificante, se manifiesta contra Dmitriev. Pero como este caballero desconoce el ruso, ha nombrado una comisión de tres miembros para examinar el caso. Esta última se apresuró a proporcionar a la unión la declaración que es esencial producir en estas circunstancias.

“Los encargados de misión declaran al Sr. Bateaut que, para llevar a cabo la misión que se les ha confiado, es esencial que no sólo lean atentamente toda la colección de *Parijsky Viestnik*, sino que, para definir la política de este periódico (¡¡¡la política de *Parijsky Viestnik*!!!!), se informen sobre la organización material de este periódico, para conocer sus medios y relaciones. Por lo tanto, los mencionados encargados de misión

solicitan el siguiente plazo: hasta la próxima reunión de la unión el 15 de octubre. Firmado: Severac, Mijailov y Alexinsky.”

Sévérac es un francés que sabe leer ruso y hace carrera haciendo todo el trabajo que le exige la mayoría socialpatriótica; entre otras cosas, es autor de una propuesta para no admitir rusos en el partido. Mijailov es un antiguo abogado, que aparece en calidad de “competente jurídico”. Alexinsky..., es Alexinsky; su genio vibra en cada línea del documento citado.

Así comenzó el caso del “nuevo alemán”. Bielorusov confesó pronto que recibió dinero alemán de Dmitriev. Para no revelar inmediatamente a los periodistas extranjeros que se trata de una intriga de los queridos colegas rusos, se hace aparecer al francés. Luego vienen los personajes importantes: el auténtico ruso de *Novoe Vremia* y la Juan de Arco de *Rouskie Viedomosti* y Alexinsky lanzado en paracaídas por *Prisiv*. A este último le es esencial leer la colección completa de *Parijsky Viestnik* para entender el propósito para el cual Guillermo alimentó a Bielorusov y conocer todos los recursos de la organización. Esto es esencial para que tenga la posibilidad de estar en trance de “espía” durante varios meses. Sin embargo, en todo esto hay un motivo utilitario: puesto que está claro que no saldrá nada del “asunto”, es necesario seguir intentando hacer recaer sobre el presidente del sindicato la acusación de pangermanismo.

El carácter de las relaciones políticas entre los diversos grupos se describe de la manera más clásica en esta historia de nada. Cuando los dueños de la situación tienen que realizar alguna baja en el campo patriótico, siempre encontrarán a su servicio, en calidad de “tercer elemento”, a tres socialpatriotas para hacer el trabajo sucio.

En esta instructiva historia hay un punto más que merece atención. Dmitriev podría haber hecho un ruido de todos los demonios en *Riech*. No lo hizo. ¿Por qué? ¿El dueño del periódico, Miliukov, le impediría hacerlo? Esto es comprensible: para la causa apoyada por Miliukov y Dmitriev, Alexinsky es indispensable. Si, sobre la base de un gran trabajo colectivo, se produce una baja secundaria que corresponde a la naturaleza objetiva del caso y a la naturaleza subjetiva de los participantes, debe considerarse como las inevitables tensiones en el proceso de colaboración sagrada. Esa es toda la moraleja de la historia.

(*Nache Slovo*, 13 de agosto de 1916)

### **Prisiv y su Alexinsky**

Ayer publicamos un comentario sobre una historia increíble, la de Dmitriev, en la que el redactor, el inspirador de *Prisiv* desempeñó un papel increíble, él también, o al menos uno que le parecería así a cualquiera que no conozca la sustancia moral de este ardiente colaborador de Plejánov, Avkxentiev, Bunakov, Voronov, Argunov y Lyubimov.

Se intentó destituir a un kadete de su cargo y se presentaron como pruebas mortíferas de ello un nombre extranjero y relaciones con un alemán. Es cierto que estas relaciones periodísticas-comerciales existieron hasta la guerra. También es cierto que al mismo tiempo que Dmitriev coeditaba su revista con un alemán, Alexinsky colaboraba en una publicación desde el otro lado del Rin. Sus artículos dirigidos contra la política exterior rusa, contra el ejército ruso, contra la alianza franco-rusa (¡en un periódico alemán!) eran de tal naturaleza que la censura no nos permite reproducir una cita de ellos. Esto no impidió que Alexinsky tomara una parte activa y completa contra Dimitriev. Recibiendo sus instrucciones de Bateaut, Alexinsky hizo su trabajo con tanto ardor y lo llevó a tales dimensiones que el chantaje se hizo evidente. La Asamblea de Periodistas Parlamentarios, el Sindicato de la Prensa Extranjera y la Sociedad Rusa de Periodistas se han unido en su condena de la calumnia y los calumniadores. Los periodistas rusos han censurado a estos últimos individualmente y tratando de la intervención de Alexinsky que

añadieron que “había desempeñado el papel menos honorable”, que “su conducta vergonzosa”, ‘expresándose’ por la calumnia política y la falsa denuncia”, merecía el juicio más severo.

¿Hay que tener en cuenta que los periodistas en cuestión son burgueses socialpatrióticos, que defienden la “política exterior rusa”? Por lo tanto, son sus homólogos, no los adversarios ideológicos, los que han censurado a Alexinsky.

¿Y qué? ¿Creen ustedes que *Prisiv* ha sacado a la luz las calumnias de su redactor? Ni una palabra sobre eso. Alexinsky, públicamente deshonrado, continúa su trabajo como colaborador incansable de Plejánov, Avkxentiev y Lyumov.

(*Nache Slovo*, 10 de septiembre de 1916)

### ***Alexinsky y su Prisiv***

El domingo, con motivo del maravilloso asunto Dmitriev, destacamos algunas líneas de *Prisiv* y Alexinsky. Hoy en día, nos parece instructivo tomar el caso desde el otro lado, el de Alexinsky y su *Prisiv*.

Ha pasado un mes desde que Alexinsky fue públicamente censurado. No dijo una palabra. Se calla. Alexinsky calla. Cada término de la resolución suena como un veredicto de muerte.... Alexinsky calla.

Está callado, aunque no tiene la menor posibilidad de que su silencio sea visto como una señal de desaprobación del veredicto en su contra. No. Alexinsky fabricó material “para calumnias políticas y denuncias falsas” a favor de las mismas personas que luego lo condenaron. Después de haber asumido una misión que le fue confiada por la policía política, en este caso, el Sr. Bateaut, Alexinsky, después de todo su chantaje, pidió el juicio de los periodistas. Reconoció así su competencia en la moral política y, juzgando a Dmitriev, se sometió al juicio de sus pares. Fue deshonrado.

¿Por qué calla Alexinsky? ¿Por qué no levantó protestas escandalosas? ¿Por qué no invoca circunstancias atenuantes? ¿No será porque sus colegas le están cerrando las puertas de sus periódicos? Sería bueno en sus formas. Lo consideran lo suficientemente bueno como para hacer ataques calumniosos en su periódico, pero su cautela, que se parece mucho a la cobardía, les impide asumir la defensa del colega sobre el que ha recaído la censura “por difamación política y falsa denuncia”. Por supuesto, tendría los recursos para recurrir a Sévérac y Mijailov, pero al hacerlo señalaría que sus próximos le negaron cualquier ayuda, en un caso del que, en otro medio, depende la vida política de un hombre.

Por eso Alexinsky calla. Por eso *Prisiv* calla. Y su silencio reconoce que el veredicto es uno de aquellos de los que no se puede lavar.

(*Nache Slovo*, 12 de septiembre de 1916)

### ***Un canalla***

“El canalla, maestro del pensamiento contemporáneo.”

(SALTIKOV)

“Sí, me ocupo de las denuncias.”

(ORGULLOSAS PALABRAS DE UN MIEMBRO DEL PARLAMENTO)

La naturaleza ha depositado algo repugnante en su casa. Los que lo vieron y oyeron, sin querer recordaron las palabras de la Biblia: “Le morderá en el talón.” El esfuerzo en morder es la fuente principal de su psicología. En su actividad general, se adhiere al ala extrema, lo que le da mayor latitud. Básicamente, es irrelevante para él si el asunto va “a la derecha” o “a la izquierda”. Como ocurre con todos los reptiles, debe vigilar su espalda para poder morder con más seguridad. Ya hemos mencionado a Purichkievich, pero en este último la suficiencia cómica, que no excluye la maldad,

introduce un elemento de desinterés estético. Pero, aunque dotado de una mentalidad servil y de una indescriptible bajeza, es una nota suavizada en el concierto de la ignominia y la mentira. ¿Pero el Sr. “Canalla” no tiene esta cualidad “embellecedora”? Lo cómico no le es ciertamente extraño, pero es el producto de la falta de armonía entre su voluntad de herir y su falta de habilidad para triunfar. Puede llevar la estupidez a sus límites extremos, pero esta estupidez no se le puede perdonar, como tampoco nosotros perdonamos al escorpión que, en la cúspide de la ira, se muerde la cola.

“Canalla” estaba a la izquierda, más a la izquierda que los izquierdistas (y este “halo” de izquierdismo le hizo aparecer de otra manera). Pero este ambiente, donde el capricho de la historia lo había arrojado, sólo podía molestarlo. No hay necesidad de idealizar el medio “izquierdista”: vive de las ideas, y sus pasiones, grandes o pequeñas, están sujetas a ellas. “Canalla” no tiene control sobre su maldad envenenada, y cuando muerde, no quiere y no puede conocer ningún límite. La gente es demasiado amable y piensa: “No, es incapaz.” Se equivocan, porque es capaz de todo. No necesita rangos ni dinero para realizar la bajeza; tiene suficientes motivos internos. Ni siquiera conoce los límites que dicta la prudencia. Mañana, revelará a propósito de él lo que muchos se niegan a creer hoy...

Gente ingenua, ¡cuidado con el “Canalla”!

(*Nachalo*, 22 de octubre de 1916)

## XV. Expulsado de Francia

### *El zarismo en tierra republicana*<sup>166</sup>

La guerra ha puesto en el mismo plano a todos los gobiernos europeos. Se puede considerar a cada nación como a un gigantesco almacén al servicio de las necesidades del frente: hacen falta tantas toneladas de trigo, tantas de carne de cañón, tantas de comida de... cerdo. Pero, como se sabe, ese animal es refractario a la disciplina militar y no siente ninguna inclinación hacia los sacrificios de inspiración patriótica: necesita su ración tanto en tiempo de guerra como en tiempos de paz. El ser humano es otra cosa distinta: se le cuenta que es el rey de la creación y que intereses superiores exigen su inmoción en el altar de la divinidad capitalista que lleva por nombre patria; enseguida se le hace descender a una fosa sucia (la jerga militar llama a eso trinchera), y el rey de la creación se cubre en ella de piojos y mugre. Cuando llega su turno, se cava otra fosa en la fosa y se entierra el nuevo cadáver.

En las épocas revueltas, el hombre, a fuerza de pensar y luchar, estableció normas políticas e instituciones que, dentro de ciertos límites, garantizasen derechos públicos y una inmunidad personal. Pero esas leyes y esos derechos no valen ya nada en el interior del almacén que suministra la carne humana y también otros alimentos a la Gran Guerra “liberadora”. El régimen republicano, Francia, por ejemplo, le dice al soldado: “Estás llamado a defender ahora la herencia de tus padres, fruto de la Gran Revolución, de la República, de la Democracia, y para que Tú puedas cumplir Tu misión con éxito hay que privarte de Tus derechos y libertades personales, en una palabra, borrar de la superficie de la tierra la herencia democrática de Tus padres.”

El primer paso en esa vía fue el establecimiento de la censura. Oficialmente debe prohibir la difusión de los secretos militares y diplomáticos. Pero también ha demostrado ser un instrumento de las camarillas dirigentes y sirve para garantizar su tranquilidad. Recuerdo cómo (en los Balcanes, en Belgrado y en Sofía) jóvenes ociosos travestidos de militares recortaban aquello que no les gustaba, en los comunicados y los comentarios políticos, con el pretexto de que habría “podido obstaculizar la guerra de la civilización contra la barbarie”. Así es como se explicaba entonces la desenvoltura con la que las camarillas militaristas en el poder trataban los derechos públicos e individuales, por el retraso social de los países balcánicos en los que el parlamentarismo se apoya en el campesinado. “No, no, se decía en Europa, los gobiernos no tendrán esta facilidad para poner los pies encima de la mesa, aunque estén calzados con botas de guerra.” Nos equivocábamos cruelmente. La guerra actual no se diferencia de la de los Balcanes ni por las mentiras oficiales, ni por su estupidez patriótica patente ni por su régimen político interno sino, simplemente, por sus dimensiones gigantescas. Como la guerra, en todos los dominios (económico, político y cultural), es una vuelta a la barbarie, no hay nada de sorprendente en que su dirección ideológica haya caído en manos del zarismo.

La historia del diario internacionalista ruso *Nache Slovo* suministra ejemplos típicos para caracterizar al régimen actual republicano y sus costumbres políticas. Me

---

<sup>166</sup> Aunque redactado en Nueva York para los lectores norteamericanos, este artículo queda insertado aquí en su verdadero lugar pues completa la historia de *Nache Slovo*.



gustaría citar algunos aspectos, pues hay hechos más elocuentes que todas las conclusiones que se puedan sacar.

Nuestro primer conflicto serio con la censura data de los éxitos rusos en Galicia: se había tachado totalmente nuestro artículo necrológico sobre el conde Witte y, para colmo de los colmos, también el título, aunque éste se componía solamente de cinco letras: “Witte”. Fui a explicarme con el censor. Hay que decir que en esa época este último no estaba muy orgulloso de su trabajo.

-No estoy personalmente por nada, me dijo el oficial “encargado” de nuestro diario; todas las directivas concernientes a vuestro órgano emanan del Ministerio de Asuntos Extranjeros. ¿No querrá hablar usted con alguno de nuestros diplomáticos?

Una media hora más tarde, en una sala del Ministerio de la Guerra, veía aparecer a un diplomático de cabellos blancos y aspecto impecable: todos saben que el aspecto impecable les es indispensable tanto a los diplomáticos como a los timadores.

-¿Puede usted explicarme por qué han tachado un artículo concerniente a un funcionario ruso retirado y, además, fallecido, y en qué puede esta medida afectar a las operaciones militares?

-Sabe usted que semejantes artículos *les* son desagradables, me dijo el diplomático inclinando la cabeza en la dirección de la embajada rusa.

-Pero es que, justamente, escribimos para ser *les* desagradables...

(El diplomático sonrió condescendentemente como si se tratase de una fina ironía)

-Estamos en guerra... dependemos de nuestros aliados.

-¿Quiere decir usted que el régimen interno de Francia está bajo el control de la diplomacia rusa? ¿Sus ancestros no cometerían tal vez un error decapitando a Luis Capeto?

-¡Vaya! ¡Está usted fuerte! No olvide que estamos en guerra.

Escuché esta respuesta clásica más de cien veces. Cuando las delegaciones iban a buscar a los ministros socialistas a propósito de los abusos de la censura, de la represión policial o de las ejecuciones de voluntarios rusos, éstos agitaban las manos, completamente igual que mi diplomático, y exclamaban: “¡Estamos en guerra!” Esta fórmula lo explicaba y perdonaba todo.

Hay que decir, sin embargo, que, durante el primer año de guerra (y el diálogo de más arriba es testimonio de ello), todavía podía observarse en los dirigentes franceses algunos restos de conciencia y pudor republicanos. La embajada rusa ayudó a los republicanos a desembarazarse de esos molestos sentimientos, en particular en lo concerniente a los refugiados políticos. Se extendían rumores que presentaban a los emigrados rusos como judíos germanófilos que trabajaban para Guillermo II. No solamente el gobierno, sino también los diputados, se mostraron muy permeables a esos rumores. Cuando el terreno estuvo suficientemente preparado, la embajada rusa organizó un atentado provocador cuyas consecuencias directas fueron el cierre de *Nache Slovo* y mi expulsión.

Desde lejos, desde Nueva York, el internacionalismo y el socialpatriotismo pueden parecer “dos matices” del socialismo. Pero, de hecho, en Europa son dos enemigos mortales.

El socialpatriotismo encarna la reconciliación del socialismo con el poder que dirige eso que se llama la “defensa nacional”. Pero el gobierno no es un principio que se pueda rechazar, es Poincaré, Briand, la policía, las prisiones, las persecuciones y los agentes provocadores. Entonces, es necesario o rechazar todo esto en bloque o aceptarlo. Los socialpatriotas lo aceptan.

Cuando la socialista Luisa Saumoneau se entregó a la propaganda abierta contra la guerra, el ministerio la hizo arrestar tras algunas dudas. Esta decisión se tomó con la participación de Guesde y Sembat, y cuando un próximo a Guesde fue a interceder por Saumoneau, el ministro socialista cogió al infortunado por los hombros y le... enseñó la puerta. Este pequeño episodio dice mucho más sobre el ministerialismo socialista que muchas consideraciones de principios.

Es completamente natural que la represión policial se dirija ante todo contra los emigrados rusos: es la línea de menor resistencia. En ese sentido, los socialpatriotas rusos (en su mayor parte emigrados) le abren la vía a la policía. En el semanario parisino *Prisiv*, dirigido por Plejánov, tienen el hábito de imprimir que *Nache Slovo* se alegra de las victorias alemanas, que defiende los intereses pangermánicos y que en realidad no es más que un diario de desertores rusos a sueldo del estado mayor alemán. A la embajada rusa no le hace falta nada más que hacer llegar esas denuncias a las autoridades francesas. Y lo hace con todos los medios a su disposición. En la rúbrica de los anuncios del diario *Neprimirimy* figuraba la siguiente observación: “¿Qué diario es ese *Nache Slovo* que perjudica a las finanzas francesas criticando machaconamente nuestros empréstitos de guerra?” La embajada rusa había pagado por esa inserción publicitaria inspirada en los artículos de *Prisiv*. El Ministerio de Asuntos Extranjeros recibía cada día, gracias a la embajada rusa, traducciones de los artículos de *Nache Slovo*.

No se podían apoyar estas acusaciones de germanofilia con el hecho que nuestro diario estuviese sometido a la censura. Alguien se dio cuenta entonces de que el oficial que ejercía cotidianamente su perspicacia a costa de nuestros artículos era un colaborador de Hindenburg. La embajada rusa telefoneó al ministerio, éste llamó al censor y M. Chasles respondía invariablemente: “Hago todos mis esfuerzos”. ¡Y el diario continuaba apareciendo, aunque enarbolando a menudo bellas páginas en blanco!

Pero en septiembre de 1916 se suprimió el diario y se me comunicó mi expulsión. ¿Cuál era el motivo directo de estas medidas? Las autoridades francesas no dijeron ni una palabra sobre ello y sólo más tarde se reveló que ese motivo había sido suministrado por una gigantesca provocación organizada en Francia por las autoridades rusas.

Cuando del diputado Jean Longuet visitó a Briand (por propia iniciativa) para protestar contra mi expulsión, el primer ministro le respondió: “¿Sabe usted que se ha encontrado *Nache Slovo* en poder de los soldados rusos que, en Marsella, mataron a un coronel?” Longuet no se lo esperaba. Conocía la orientación “zimmerwaldiana” del diario y mi trabajo entre los internacionalistas franceses, pero la muerte de un coronel golpeó su patriotismo respetuoso con las jerarquías. Longuet quiso informarse cerca de los zimmerwaldianos (y cerca de mí también, pero yo no sabía del asunto más que él).

Los corresponsables de la prensa burguesa rusa se mezclaron en el asunto (esos patriotas encarnizados, enemigos por principios de *Nache Slovo*) y explicaron las circunstancias del asunto de Marsella. Éste mereció haber tenido mayores repercusiones.

Desde que desembarcaron en Francia destacamentos rusos, bautizados “simbólicos” a causa de sus pobres efectivos, la embajada rusa movilizó a todos los espías disponibles. Numerosos de estos últimos son etiquetados oficialmente como “intérpretes”, pero muchos oficiales rusos se han quejado ante los periodistas de que esos intérpretes les hacen la vida imposible.

¿Qué grado podía tener cierto Vining, destacado en el ejército ruso en Francia? Lo ignoro, pero sé que, por el contrario, no puede ser intérprete pues ignora el francés. Pero el hecho sigue siendo que fue enviado por el cónsul ruso de Londres a su colega de París con una carta de recomendación cuyos términos son estos: “El portador de esta carta, M. Vining, estuvo anteriormente mezclado con asunto políticos [léase:

revolucionarios]. Pero desde entonces se ha rehabilitado completamente ante nosotros. Ayúdele a encontrar una posición entre las tropas rusas en Francia. Conoce a X...”

A penas recién llegado al terreno de sus futuras actividades (provocaciones entre los soldados rusos enviados a morir por la república), Vining intentó hacer entrar en su juego a los corresponsales de la prensa liberal. Visitó al corresponsal del diario moscovita *Ruskoe Slovo*, Sr. Werner, periodista muy alejado de las ideas revolucionarias, y, con la patanería del soplón de tercera clase, le desveló su plan: entrar en el ejército ruso para dedicarse a la “propaganda revolucionaria”. Como no levantaba ningún entusiasmo en su interlocutor, Vining se puso a vanagloriarse de sus relaciones oficiales y echó mano de la carta de recomendación que llevaba en el bolsillo, y que estaba escrita por el cónsul londinense (escrita en francés). El imbécil comprendió que así se desenmascaraba completamente. Rechazado por los periodistas, Vining se fue a Tolón donde obtuvo cierto éxito entre los marineros rusos que tenían menos facilidades para reconocer su “je...ta” de soplón. “Aquí el terreno es muy favorable; envíeme usted folletos y periódicos revolucionarios”, escribió Vining a los periodistas; pero no recibió ninguna respuesta. A bordo del crucero Askold estalló una revuelta de inspiración revolucionaria; fue reprimida a costa de numerosas víctimas. Vining juzgó adecuado presentarse en Marsella. Allí el terreno no podía ser más favorable pues las tropas rusas estaban sometidas al “régimen patriótico” (régimen en uso en Rusia) y se arriesgaban a castigos corporales (varas); nada sorprendente, pues, que esas tropas se mostrasen receptivas a la propaganda y maniobras de provocación. Estalló un motín durante el cual un grupo de soldados lapidó al coronel Krause. El cacheo llevó al descubrimiento de un ejemplar de *Nache Slovo* en cada uno de los soldados incriminados.

A los periodistas rusos llegados a Marsella para informar, numerosos oficiales rusos les plantearon esta pregunta:

-¿Cuáles son sus relaciones con *Nache Slovo*?

-No tenemos ninguna. ¿Por qué?

-Porque cierto Vining distribuye ese diario: “¡en abundancia!”.

Así “preparaba el terreno” Vining, dedicándose a una actividad provocadora entre los soldados llevados al paroxismo de la exasperación por el régimen disciplinario y la perspectiva de perecer en tierra extranjera, después distribuía nuestro periódico una vez había estallado el drama.

En mi “Carta a Jules Guesde”<sup>167</sup> yo ya emitía la suposición de que *Nache Slovo* fue entregado a los soldados en el momento oportuno por el agente provocador. Esta suposición quedó confirmada más deprisa de lo que yo pensaba.

Es necesario decir que Vining no actuaba por propia iniciativa: había recibido sus consignas de los cónsules en Londres y París. Es fácil captar el objetivo de esta táctica: los agentes de la diplomacia zarista tenían que demostrarle al gobierno Poincaré-Briand que si Francia deseaba tener la ayuda de las tropas rusas debía terminar lo más deprisa posible con el nido de los revolucionarios rusos. Ciertamente, ¿era necesario sacrificar a un coronel!... Pero ¿acaso eso no forma parte de los sacrificios indispensables para cualquier empresa? En cualquier caso, se alcanzó el objetivo. El gobierno francés, que hasta entonces dudaba, prohibió *Nache Slovo* y el ministro del interior, Malvy, uno de los jefes del Partido Radical, firmó mi decreto de expulsión (preparado desde hacía ya mucho tiempo por el Prefecto de Policía).

Gracias a la previsión y buen saber hacer de Vining y sus patronos, Briand tenía argumentos perentorios contra cualquier intervención parlamentaria. Briand sólo respondía con esta pregunta: “¿No sabéis pues que cada soldado asesino tenía en su poder

<sup>167</sup> Ver en estas EIS: “Carta a Jules Guesde” o en esta obra más abajo en página 369 y siguientes.

un número de *Nache Slovo*?” Esto es lo que Briand respondía a los diputados socialistas Longuet y Moutet y al presidente de la comisión parlamentaria de asuntos extranjeros, el antiguo ministro Leygues. Este argumento producía un efecto mágico, aunque *Nache Slovo* fuese un diario autorizado por la ley, sometido a la censura y de venta en todos los quioscos. Pero pronto se conocieron los detalles del asunto en los círculos parlamentarios. Determinados diputados de izquierda se conmovieron. El ministro de educación nacional, el sabio tan conocido Painlevé, exclamó: “Es una vergüenza... el asunto no puede quedar así...” Pero nadie se atrevió a llevar el caso ante el gran público. Era “antipatriótico” desvelar a la luz del día la verdadera naturaleza del “liberador” Vining.

Por lo demás, es muy posible que alguno de ellos haya hablado de mi expulsión durante una sesión secreta del parlamento. No tengo ninguna información al respecto.

Entonces yo estaba encerrado en la cárcel de Madrid donde me había enviado la policía de Alfonso XIII siguiendo las directrices enviadas por los policías de Nicolás II y Poincaré.

(*Novy Mir*, 10-12 de febrero de 1917)

### ***Carta a Jules Guesde***

*Al señor ministro Jules Guesde, ministro de estado*

Señor ministro,

Antes de abandonar suelo francés, escoltado por un comisario de policía que personifica las libertades por cuya protección usted vigila en el seno del gobierno nacional, creo mi deber expresarle algunos pensamientos que a usted no le servirán probablemente para nada pero que, al menos, servirán contra usted.

Al expulsarme de Francia, su colega el Sr. Malvy no ha tenido la valentía de darme a conocer los motivos de esta medida. Igualmente, otro de sus colegas, el ministro de la guerra, no ha considerado oportuno indicar las causas de la prohibición del diario ruso *Nache Slovo* del que yo era uno de los redactores y que, durante dos años, ha soportado todas las humillaciones de la censura dependiente de ese mismo ministro de guerra.

Sin embargo, no le ocultaré que los motivos de mi expulsión no tienen para mí nada de misteriosos: se trata de medidas represivas hacia un socialista internacionalista, de los que no quieren asumir el papel de abogados o esclavos voluntarios de la guerra imperialista. Por otra parte, si los motivos de la medida que me golpea no se me han explicado a mí, al interesado, por el contrario, sí han sido expuestos, en revancha, por el Sr. Briand a los diputados y periodistas: en Marsella, en agosto, un grupo de soldados rusos amotinados mataron a su coronel; una investigación habría revelado que algunos de esos soldados poseían números de *Nache Slovo*. Tal es, al menos, la versión expuesta por el Sr. Briand en su conversación con el diputado Longuet y el presidente de la comisión de asuntos extranjeros de la cámara,

El Sr. Leygues, que la ha transmitido a los periodistas de la prensa burguesa rusa.

Cierto que el Sr. Briand no se ha atrevido a afirmar que *Nache Slovo*, sometida a su propia censura, fue la causa inmediata de la muerte del oficial. Su pensamiento puede expresarse así: estando dada la presencia en Francia de soldados rusos, es necesario barrer del suelo de la república a *Nache Slovo* y a sus redactores, pues un diario socialista que no siembre la ilusión ni la mentira, podría, según la inaudible palabra de M. Renaudel, dar el “chivatazo” a los soldados rusos y ponerles sobre la vía peligrosa de la reflexión.

Desgraciadamente para el Sr. Briand su explicación se apoya en un escandaloso anacronismo. Gustavo Hervé, en aquellos momentos todavía miembro de la comisión administrativa permanente de su partido, escribía el pasado año que, si Malvy expulsaba de Francia a los refugiados rusos culpables de internacionalismo

revolucionario, él, Hervé, garantizaba que la opinión pública de sus porteras aceptaría esa medida sin ninguna reserva. Evidentemente no se puede dudar que la inspiración de esta profecía no fue recogida por Hervé en uno de sus despachos del ministerio. A fines de julio, el mismo Hervé susurraba oficiosamente que yo iba a ser expulsado de Francia.

En aquellos momentos (es decir siempre anteriormente a la muerte del coronel en Marsella), el profesor Durkheim, presidente de la comisión nombrada por el gobierno para ocuparse de los refugiados rusos, informaba al representante de estos últimos de la próxima prohibición de *Nache Slovo* y de la expulsión de los redactores de ese diario (ver *Nache Slovo* del 30 de julio de 1916).

Así se preparó todo de antemano, incluso a la opinión pública de las porteras del Sr. Hervé. Sólo se esperaba un pretexto para descargar el golpe decisivo. Se encontró ese pretexto: los desgraciados soldados rusos, en el momento oportuno (en beneficio de alguien) abatieron a su coronel.

Esta ocasión providencial ha dado lugar a una suposición que, me temo, corre el peligro de lesionar su pudor ministerial aún fresco. Los periodistas rusos que se han ocupado del incidente de Marsella han establecido que, en este asunto, como casi siempre en casos semejantes, un *agente provocador* ha jugado un papel activo. Es fácil comprender cuál era su objetivo, o más bien el objetivo que perseguían los canallas bien retribuidos que lo controlaban. Les hacía falta un exceso cualquier por parte de los soldados, en primer lugar, para justificar ese régimen de knut, un poco chocante para las autoridades francesas, después para crear un pretexto para medidas contra los refugiados rusos que se benefician de la hospitalidad francesa para desmoralizar, durante la guerra, a los soldados rusos.

Se puede admitir fácilmente que los iniciadores de este proyecto no creían ni querían llevar el asunto tan lejos. Probablemente habrían confiado en alcanzar resultados más vastos con sacrificios menores. Pero en esta suerte de empresas siempre entra en juego un elemento de riesgo profesional. Esta vez, las víctimas fueron no el mismo provocador sino el coronel Krause y sus ejecutores. Incluso periodistas patriotas rusos hostiles a *Nache Slovo* han emitido la suposición que los ejemplares de nuestro diario habrían podido ser entregados a los soldados en el momento elegido por ese mismo agente provocador.

¡Trate usted, señor ministro, de realizar una investigación, por intermedio del Sr. Malvy, en este sentido! ¿No confía usted en obtener ningún resultado? Yo tampoco. Pues, digámoslo francamente, los agentes provocadores como mínimo son tan apreciados para la pretendida “defensa nacional” como los ministros socialistas. Y usted, Jules Guesde, después de haber asumido la responsabilidad política exterior de la III República, de la alianza francorrusa con sus consecuencias, de las pretensiones morales del zarismo, de todos los objetivos y métodos de esta guerra, usted no tiene otra cosa que hacer más que aceptar, con los destacamentos simbólicos de soldados rusos, los altos hechos en absoluto simbólicos del S. M. el Zar.

Al principio de la guerra, cuando se repartían a manos llenas las promesas generosas, su más próximo compañero, Sembat, hizo confiar a los periodistas rusos en que las democracias aliadas tendrían una influencia muy beneficiosa sobre el régimen interno de Rusia. Este era entonces el supremo argumento con cuya ayuda los socialistas gubernamentales de Francia y Bélgica intentaban reconciliar, con perseverancia, pero sin éxito, a los revolucionarios rusos con el zar.

Veintiséis meses de constante colaboración militar, de comunión entre los generalísimos, diplomáticos y parlamentarios, de visitas de Viviani y de Thomas a Tsárskoye Seló, con una palabra: veintiséis meses de “influencia” ininterrumpida de las democracias occidentales sobre el zarismo, han fortificado en nuestro país a la reacción más arrogante, atemperada solamente por el caos administrativo, y al mismo tiempo han

acercado sensiblemente el régimen interno de Inglaterra y Francia al de Rusia. Las promesas generosas del Sr. Sembat valen, como puede verse, menos que el carbón<sup>168</sup>. La desgraciada suerte del derecho de asilo aparece, así, como un resplandeciente síntoma de la dominación militar y policíaca tanto aquí como más allá del Canal de la Mancha.

El ejecutor de Dublin, Llody George, encarnizado imperialista con maneras de clérigo borracho, y el Sr. Aristides Briand, de quien le dejo, señor Jules Guesde, el trabajo de buscar los rasgos en sus artículos de antaño, estas dos figuras expresan mejor que nada el espíritu de la actual guerra, su derecho, su moral, con sus apetitos tanto de clase como personales. Y que digno compañero para los señores Lloyd George y Briand es el Sr. Sturmer, este alemán buen ruso que ha hecho carrera agarrándose a las sotanas de las metrópolis y a los faldones de los meapilas de la corte. ¡Qué trío tan incomparable! Decididamente, la historia no podía haber encontrado para Guesde ministro mejores colegas y patronos.

¿A un socialista honesto le es posible no luchar contra usted? Usted ha transformado al partido socialista en un coro dócil que acompaña a los corifeos del bandolerismo capitalista, en la época en la que la sociedad burguesa (de la que usted, Jules Guesde, era un enemigo mortal) desvelaba hasta el fondo su verdadera naturaleza. De los acontecimientos, preparados por todo un período de pillaje mundial, cuyas consecuencias hemos predicho en repetidas ocasiones, de toda la sangre derramada, de todos los sufrimientos, de todas las desgracias, de todos los crímenes, de toda la rapacidad y de toda la felonía de los gobiernos, usted, Jules Guesde, usted sólo extrae para el proletariado francés una sola y única enseñanza: a saber, ¡que Guillermo II y Francisco José son dos criminales que, contrariamente a Nicolás II y al Sr. Poincaré, no respetan las reglas del derecho internacional!

Toda una nueva generación de la juventud obrera francesa, de nuevos millones de trabajadores despertados moralmente por primera vez por los relámpagos de la guerra, sólo se informa de lo que les quiere decir el Libro Amarillo de los señores Delcassé, Poincaré y Briand. Ante este nuevo Evangelio de los pueblos, usted, viejo jefe del proletariado, usted ha caído de rodillas y usted ha renegado de todo aquello que había aprendido y enseñado en la escuela de la lucha de clases.

El socialismo francés, con su pasado inagotable, su magnífica falange de pensadores, de luchadores y mártires, encuentra ahora (¡qué caída y qué vergüenza!) un Renaudel para traducir día a día, en la época más trágica de la historia, los altos pensamientos del Libro Amarillo en la prensa del mismo color.

El socialismo de Babeuf, de Saint-Simon, de Fourier, de Blanqui, de La Comuna, de Jaurès y de Jules Guesde (sí, ¡de Jules Guesde también!) ha encontrado por fin a su Albert Thomas para deliberar con Romanov sobre los medios más seguros para apoderarse de Constantinopla; su Marcel Sembat para pasear su pasotismo de diletante por encima de los cadáveres y ruinas de la civilización francesa; y su Jules Guesde para seguir, él también, al carro del vencedor Briand.

Y usted creyó, usted confió en que el proletariado francés que, en esta guerra sin ideas y sin salida, es desangrado por el crimen de las clases dirigentes, soportaría silenciosamente hasta el final ese pacto deshonesto entre el socialismo oficial y sus peores enemigos. Ustedes se han equivocado. Surge una oposición. A pesar del estado de sitio y de los furros del nacionalismo que, bajo diversas formas, realista, radical o socialista, conserva su substancia capitalista, siempre la misma, la oposición revolucionaria avanza paso a paso y cada día gana terreno.

*Nache Slovo*, que ustedes han estrangulado, vive y respira en medio de un socialismo francés a punto de reaccionar. Arrancado del suelo ruso por la voluntad de la

<sup>168</sup> Como ministro de trabajos públicos, Sembat era responsable al mismo tiempo del aprovisionamiento en carbón.

contrarrevolución triunfante gracias a la ayuda de la bolsa francesa (a la que usted, Jules Guesde, sirve actualmente), el grupo de *Nache Slovo* era feliz por reflejar, en la medida en que nos lo permitía su censura, la voz de la sección francesa de la nueva Internacional surgiendo en medio de los horrores de la guerra fratricida. En nuestra calidad de “extranjeros indeseables” ligamos nuestro destino al de la oposición francesa, estamos orgullosos de haber recibido los primeros golpes del gobierno francés, de su gobierno, Jules Guesde.

Con la oposición francesa, con Monatte, Merrheim, Saumoneau, Rosmer, Bourderon<sup>169</sup>, Lorient, Builbeaux y tantos otros, hemos compartido el honor de ser acusados de germanofilia. El semanario parisino de su amigo Plejánov, que comparte su gloria como su deshonor, nos denunciaba cada semana a la policía del Sr. Malvy como agentes del estado mayor alemán. Por otra parte, usted ha conocido el precio de semejantes acusaciones puesto que usted mismo ha tenido el gran honor de servirles de diana. Ahora, usted concede su aprobación al Sr. Malvy, resumiendo para uso de los gobiernos de la defensa nacional las delaciones de sus chivatos.

Mi archivo político contiene una condena reciente a cárcel pronunciada contra mí, por contumacia, durante la guerra, por un tribunal alemán a causa de un folleto sobre *La guerra y la Internacional*<sup>170</sup>. Pero, incluso al margen de este hecho brutal de naturaleza evidente para el cerebro policiaco del Sr. Malvy, creo tener derecho para afirmar que nosotros, internacionalistas revolucionarios, somos enemigos mucho más peligrosos para la reacción alemana que todos los gobiernos de la Entente. En efecto, su hostilidad contra Alemania sólo es una simple rivalidad de competidores, mientras que nuestro odio revolucionario contra su clase dirigente es irreductible.

La competencia imperialista puede también acercar a los hermanos enemigos; si los proyectos de aplastamiento de Alemania se realizasen, Inglaterra y Francia buscarían en una década acercarse al imperio de los Hohenzollern para defenderse contra la potencia excesiva de Rusia. Un futuro Poincaré intercambiaría telegramas de felicitación con Guillermo o con su heredero: Lloyd George maldeciría con su lenguaje de clérigo y boxeador a Rusia, esa muralla de la barbarie y del militarismo; Albert Thomas, en calidad de embajador de Francia ante el Kaiser, recibiría muguets de manos de las damas de la corte de Potsdam, como le ocurrió hace algún tiempo con las grandes duquesas de Tsárskoye Seló. De nuevo saldrían a relucir los lugares comunes de todos los discursos y de todos los artículos de ahora y el Sr. Renaudel solamente tendría que cambiar en sus artículos los nombres propios, lo que está completamente a su alcance.

En cuanto a nosotros, seguiríamos siendo los mismos enemigos jurados de la Alemania dirigente que somos ahora, pues odiamos a la reacción alemana con el mismo odio revolucionario que le hemos profesado al zarismo o a la plutocracia francesa, y si usted, usted y sus amigos en los diarios, osa aplaudir a Liebknecht, Luxemburg, Mehring, Zetkin, como enemigos intrépidos de los Hohenzollern, usted no puede ignorar que son nuestros camaradas, nuestros hermanos de armas; estamos aliados con ellos contra usted y sus amos con la indisoluble unidad de la lucha revolucionaria.

¿Se consuela usted, tal vez, pensando que somos poco numerosos? Pero somos mucho más numerosos de lo que creen los policías de toda clase. Con su miopía profesional ellos no se dan cuenta de este espíritu de revuelta que se levanta desde todos los hogares sufrientes, se extiende a través de Francia y Europa, en las barriadas obreras y en los campos, en los talleres y en las trincheras.

<sup>169</sup> Merrheim y Bourderon. Como es sabido, ambos hombres se pasaron más tarde al campo de los defensores de la conciliación.

<sup>170</sup> Ver más arriba en páginas 47 y siguientes o en estas mismas OELT-EIS: *La guerra y la Internacional*.

Usted ha encerrado a Luisa Saumoneua en una de sus prisiones, pero ¿con ello ha calmado usted el desespero de las mujeres de ese país? Usted puede arrestar a centenares de zimmerwaldistas tras haber encargado a su prensa de cubrirlos una vez más de calumnias policiacas, pero ¿puede usted devolverles a las mujeres sus maridos, a las madres a sus hijos, a los niños a sus padres, a los enfermos su fuerza y su salud, al pueblo engañado y desangrado la confianza en quienes le han engañado?

Baje usted, Jules Guesde, de su automóvil militar, salga de la jaula en la que le ha encerrado el estado capitalista y mire un poco alrededor de usted. Puede que el destino tenga por última vez piedad de su triste vejez y pueda usted percibir el ruido sordo de los acontecimientos que se aproximan. Nosotros los esperamos, los llamamos, los preparamos. La suerte de Francia será demasiado espantosa si el calvario de sus masas obreras no lleva a una revancha, *nuestra* revancha, en la que no habrá lugar para usted, Jules Guesde, ni para los suyos.

Expulsado por usted, abandono Francia lleno de una profunda fe en nuestro triunfo. Por encima de su cabeza envió un saludo fraternal al proletariado francés que se despierta a los grandes destinos. Sin usted, y contra usted, ¡viva la Francia socialista!

León Trotsky

11 de octubre de 1916



## XVI. A través de España

### *Impresiones españolas*

#### *Casi un cuento árabe*

La prisión de Madrid (el lector puede ver que estamos llegando al corazón del tema sin adornos), la prisión de Madrid consta de cinco edificios dispuestos en forma de estrella, y cada uno de ellos produce la impresión más fuerte. La particularidad de esta prisión radica en la pregunta que se le hace a cualquier recién llegado: ¿quiere ocupar una habitación a 1,50 por día, a 75 centavos, o una habitación libre? Si el recién llegado no está libre de tendencias maximalistas, puede responder que rechaza incluso la habitación libre. Pero hay que explicar que la libertad de elección no llega tan lejos.

La habitación de a 1,50 tiene dos ventanas con cortinas de lona, obviamente para que las rejas no hagan daño a los ojos; en el suelo de piedra, alguien ha puesto una alfombra; dos pequeños armarios con vitrinas en las esquinas; un crucifijo en la mesa; no hay sillas, algo semejante a un sillón; pero la puerta... la puerta se cierra desde el exterior con un candado complicado y chirriante.

El lector acostumbrado a conclusiones independientes deducirá de las líneas anteriores que el autor tuvo la oportunidad de estudiar la cárcel de Madrid *desde dentro*. Y el lector no se equivoca: una feliz y excepcional combinación de circunstancias me permitió pasar tres días en la cárcel de Madrid.

El autor de estas líneas no es español. Internacionalista en el verdadero sentido de la palabra, conserva, sin embargo, una cierta nacionalidad, aunque limitada, e imagina ingenuamente que el encarcelamiento en su propio país es suficiente para él. Estaba equivocado. “El desarrollo de los intercambios internacionales”, como se afirma en las primeras líneas del programa de la socialdemocracia rusa, ha llevado a una estrecha unión de pueblos y ha conquistado para un socialista ruso el derecho a la ciudadanía incluso en las cárceles de Castilla.

Para ser sincero, no existe un vínculo directo entre este desarrollo de los intercambios y mi detención en la capital de Alfonso XIII. Por lo tanto, no es necesario ser partidario de la escuela sociológica rusa para exigir, además de la prueba económica, la presentación de “un factor subjetivo”.

-En resumen, ¿cuáles fueron las razones de mi detención, caballeros? esa era la pregunta subjetiva del autor al policía olímpico que tenía delante. Estoy diez días ya en España. No hablo español. No conozco a ningún español. No he publicado nada en España. Me parece que estas son las condiciones ideales que excluyen la posibilidad de violar cualquier norma. ¿Por qué me detienen?

Esta simple pregunta pareció poner a mi oficial de policía olímpico en el mayor de los embarazos. “En resumen, ¿por qué lo detenemos?..” Emitieron, a su vez, varias hipótesis y, al menos para mí, muy poco convincentes. Por ejemplo, uno de los agentes de policía invocó las dificultades en materia de pasaportes que el gobierno ruso crea a los extranjeros que viajan a Rusia.

-Si supiera usted... cuánto dinero perdemos persiguiendo a nuestros anarquistas... Otro policía trataba de despertar un sentimiento de simpatía en mí.

-Pero, permítanme, no puedo responsabilizarme simultáneamente de la policía rusa y de los anarquistas españoles.

-Por supuesto, por supuesto, esto es sólo un ejemplo...

-Porque detenerme, por supuesto que me han detenido.

-¿Cuáles son sus opiniones? preguntó el “jefe” después de una madura reflexión. Las expuse de una forma sencilla.

-Bueno, aquí estamos, contestó. Sus ideas son demasiado avanzadas para España.

El lector sospecha aquí una acusación, una parodia, una broma. Nada de eso, todo sucedió exactamente como está escrito aquí: “Sus ideas son demasiado avanzadas para España.”

-Pero, primero, sólo conocen mis ideas por lo que acabo de decirles y, luego, no basta con profesar “opiniones demasiado avanzadas”, sino que deben ser formuladas expresamente en contra de leyes, etc., etc.

Este diálogo fue en vano, ya que la orden de detención ya había sido firmada. Al final, el “jefe” dio la orden a uno de los “agentes” que me habían detenido (un soplón) para que me tratara como a un “caballero”, para que me llevara a una buena habitación, etc., etc. Y a medianoche me llevaron a la prisión de Madrid.

Habiendo recibido el “agente” cinco pesetas de recompensa, inmediatamente comenzó a beberlas y dio a las órdenes una interpretación triunfal. Me dio una palmada en el hombro guiñándome su único ojo (los americanos le habían acuchillado el otro durante la guerra de Cuba), me exigió que fumara sus cigarrillos, declaró su amor por los Aliados en general y por Rusia en particular, trató de abrazarme por el camino y, para colmo, hizo que parase el equipo ante un café y exigió que se nos trajera vino, que él pagaría porque yo era su “amigo”. Debo confesar, sin ser modesto y anticipándome un poco, que he descubierto la capacidad inesperada de atraer la amistad de los “agentes” españoles: hasta ahora tres de ellos me han ofrecido su amistad, y el capítulo “español” de mi vida aún no ha terminado.

Más arriba he hablado de la prisión. La división de los habitantes de esta institución en tres categorías según el precio de la pensión me pareció vergonzosa, sobre todo cuando me enteré de que los residentes de “primera clase” tenían derecho a dos horas de paseos y visitas diarias, mientras que los residentes no remunerados estaban limitados. Pero, después de todo, tenía sentido. ¿Por qué establecer una igualdad ficticia en el sistema carcelario de una sociedad que se basa enteramente en la desigualdad de clases? Por eso, con todos los trucos y aprovechando a los ocupantes de las salas de pago, la sabia administración está aliviando el presupuesto del estado que, en España, como sabemos, lo necesita más que en ninguna otra parte.

El vicedirector de la prisión y el capellán me expresaron sus condolencias y criticaron severamente el ministerio “liberal” del conde Romanones, luego el clérigo terminó la entrevista con estas palabras de bendición: “¿Qué queda por hacer? ¡Paciencia, paciencia, paciencia!”

Sin embargo, cuando me llamaron para que me sometiera a las formalidades de toma de huellas dactilares, no tuve la paciencia necesaria: me negué a tintarme los dedos y participar en esta ciencia forense. Después de muchas vacilaciones y conciliábulos, los supervisores me agarraron de las manos (obviamente, no me resistí) y procedieron a las manipulaciones necesarias. Pero el asunto llegó hasta mis pies y me pidieron que me quitara los zapatos. “No, hágalo usted mismo.” Aquí se acabó la perseverancia española: idas y venidas, conferencias, llamamientos a las altas autoridades y, finalmente, mis pies quedaron en paz.

Desde la cárcel, escribí al ministerio del interior, llamando su atención sobre los procedimientos impropios de la policía. “Ayer me mandaron a la cárcel un agente de

policía que me repitió que debo marcharme de España, e indicar inmediatamente a qué país quiero dirigirme. No tengo medios de marchar libremente a un país cualquiera; previamente hay que contar con la conformidad del gobierno correspondiente, sobre todo después de mi detención en Madrid, pues no habrá en Europa ni en el resto del mundo un solo hombre que crea, señor ministro, que he sido detenido en Madrid sin un motivo evidente, comprensible.”<sup>171</sup>

Al día siguiente, fui “liberado” y el “agente” tuerto encargado de mi vigilancia me confió cuando salí de la cárcel que incluso me iban a enviar a Cádiz.... ¿Cádiz? ¿Por qué exactamente a Cádiz? Estaba mirando el mapa. Cádiz está situada en el extremo suroeste de la Península Ibérica: desde Beresov a través de Petersburgo - en Austria, fuera de Austria - en Francia, fuera de Francia - en España y, finalmente, a través de la península española a Cádiz. Allí termina el continente, comienza el océano comienza...

Los “agentes” que me escoltaron no hicieron ningún misterio del viaje; al contrario, contaron a todos los que pudiera interesarles lo que me había pasado (la prensa española publicó un buen número de artículos y comentarios sobre mí) y me presentaron con mi mejor cara: no era un falsificador, sino un “caballero”, sólo que... con ideas inaceptables. Todo el mundo intentaba consolarme diciéndome que el clima de Cádiz era excelente.

-Nunca hubiéramos detenido al señor, me dijo el segundo “agente”, si no hubiera habido un telegrama. Pero el “jefe” recibió el siguiente telegrama: “Hace tres días, un “peligroso”<sup>172</sup> anarquista cruzó la frontera en San Sebastián [aquí mi nombre]. Se dirige a Madrid.

Siempre había sospechado que mis peregrinaciones españolas no se harían sin un “telegrama”. Ahora tenía confirmación oficial de esto. “Anarquista-terrorista” es probable que el “agente” haya utilizado estos términos para colorear el relato. Queda fuera de duda que el telegrama (de la policía republicana tan educada de Briand) contuviese palabras escogidas con intenciones vagas pero amenazantes, que de ninguna manera excluirían los términos anarquista y terrorista...

Sea o no así, el gobierno liberal español me hizo llevar a Cádiz.

Hay que destacar aquí la encomiable atención de las autoridades españolas. Al enviarme a Cádiz, la policía me ofreció comprar un billete por mi cuenta. Como nunca había tenido la intención de visitar Cádiz, no vi la necesidad de viajar por mi cuenta, sobre todo porque había dado una mano seria al Tesoro español pagando 4,50 francos por mi estancia en la cárcel. Los “agentes” aprobaron mi punto de vista y tomaron las medidas necesarias para obtener un billete a expensas del estado.

El prefecto de Cádiz había recibido una multitud de telegramas muy contradictorios. Se le recomendó que me enviara a una de las repúblicas sudamericanas de mi elección “en el primer barco en salir”.

Consultado con el gobernador, el prefecto decide la fórmula: “el primer barco que salga”, que zarpaba hacia La Habana, a la mañana siguiente. Esta vez, me ofrecieron un billete completamente gratis. Tenía la perspectiva de hacer la travesía en lo profundo de la bodega y ser entregado a la policía de La Habana. Protesté, envié telegramas al director de la seguridad del estado, al ministro del interior y al Conde Romanones, pidiéndoles autorización para viajar libremente a Nueva York. El prefecto y el gobernador se sobresaltaron, pidieron instrucciones detalladas a Madrid y comenzaron a reconocer mi derecho a no salir hacia La Habana. Madrid lo aprobó, mientras que el diputado republicano Castrovido interpeló al gobierno sobre mi detención. Me quedé en Cádiz hasta el 30 de noviembre, cuando un barco levanto anclas para Nueva York. El policía

<sup>171</sup> L. Trotsky, *Mis peripecias en España*, en estas OELT-EIS, página 25 del formato pdf.

<sup>172</sup> En castellano en el original.

que estaba adscrito a mí me informó que su abuelo era “un Grande de España” y que poseía 40 millones. Pero en el carro del abuelo, no llegarás lejos, como dijo Gorki, y por eso yo estaba invitando a mi policía a café, cerveza y tabaco. Aceptó todo con gratitud, sólo quejándose de que mis cigarrillos eran demasiado ligeros. Se sentaba en la biblioteca frente a mí y escupía durante tres horas en el suelo.

Así matamos el tiempo, en compañía, esperando la salida.

P.D.- Como el prefecto de Cádiz no conocía otro idioma que el suyo propio, me traje como intérprete y no sé qué alemán. Más tarde me di cuenta de que este alemán era el secretario del consulado alemán. Para ser mencionado a los “agentes” y “jefes” de *Prisiv*.  
(Cádiz, 21 de noviembre de 1916)

### ***Las sugerencias de los “jefes”. Las revelaciones de los “agentes”***

Hoy recibo el número 49 de *Nachalo* con la traducción de un artículo de *Acción Socialista* dedicado al difunto *Nache Slovo* en general y a mí en particular. En este artículo o informe, hay una singularidad que la redacción de *Nache Slovo* no notó, pero que es curiosa. “Luego esta persona fue vista (el informe se refiere a mí) en las antecámaras de Sembat y Guesde, con las recomendaciones de Plejánov, tratando de obtener permiso para ir al frente como corresponsal de guerra de los periódicos rusos. Apenas el permiso concedido, esta persona...” Para ser sincero, no hay nada malo en que yo, como periodista, me dirija a Sembat y Guesde, como ministros, para pedirles esto o aquello con fines profesionales. El informante lo llama “arrastrarse en la antesala”. ¿Quiere decir que los ministros socialistas sólo reciben a periodistas en el vestíbulo? ¿O este honor está reservado exclusivamente a los periodistas “recomendados” por Plejánov? Como pueden ver, el informante... ha “contribuido en exceso”.

De hecho, nunca recibí permiso para ir al frente. No es que me lo rechazaran, simplemente, nunca lo pedí. Debido a la posición política adoptada por *Nache Slovo*, me pareció inapropiado entablar estas relaciones oficiales esenciales para estos viajes al frente.

¿Con qué petición me presenté a Sembat y Guesde? Sin ninguna. ¿He frecuentado a estos ministros? Bajo ninguna circunstancia. Durante mi última estancia en París, sólo vi a Guesde una vez... desde la ventana del apartamento de Rappoport. Nunca he hablado con Guesde. Nunca he conocido a Sembat. Pero “se me vio arrastrándome en la antecámara”. Noten esto: se me vio... ¡No importa! Un español “agente” me vio en las carreras con un “francés misterioso”. Esto puede suceder. Los “agentes” en general se ven llevados a la bebida, y a menudo ven doble. En ayunas, su estupidez les hace reconocer mal la fisonomía. ¡Qué decir de sus informes!

Pero, ¿cómo se las arregló este agente francés para verme (¡me saltan los ojos!) en las antecámaras ministeriales? Pero ahora llegamos al quid de la cuestión. Al principio de la guerra, a punto de ir a Francia, le pedí a Plejánov (sobre cuya posición, como todos los de Zúrich, no tenía noticias precisas) que me escribiera una carta de recomendación para Guesde en caso de que tuviera que acudir a él para una acción común. Poco después de recibir la carta, me informaron sobre las actividades de Plejánov y decidí no utilizar el documento. Todo lo que tuve que hacer fue encontrarme en París durante unos días para decidir no encontrarme con Guesde o Sembat. Recuerdo haber contado la historia de la carta a los amigos (especialmente a Mártoy y Vladimirov), una carta que permaneció sin empleo. Cuando Plejánov pidió a los diputados de la дума estatal que “disiparan su preocupación” votando los créditos militares, quise devolver la carta a su autor, entonces me abstuve de esta manifestación, por considerar que, de todas formas, todo estaba claro entre nosotros...

Cuando me expulsaron de Francia, Plejánov habló a su agente de su carta sin usar, para convencerme, pero ¿de qué? ¿De qué tuve la suficiente prudencia política para no utilizar la recomendación, cuando no estaba claro lo que haría el “venerable”!

En cuanto al “agente” (el asunto es menor), recibí del “jefe”, guardando cuidadosamente su “incógnito” en este tipo de casos, la información relativa a la famosa carta y “me vio” en las antecámaras de Sembat y Guesde

¿Es el mismo agente que estaba leyendo mi “correspondencia ortodoxa y patriótica”, o algún otro bastardo? No puedo decirlo, pero creo que es la misma persona. P.D.- Debemos recordar que los pasajes más importantes de mi folleto en alemán “escrito con rabia a favor de los Aliados”, fueron impresos en el mismo *Nache Slovo* que siempre ha ayudado a los alemanes.

## XVII. En los EEUU

### *¡Viva la lucha!*

Las puertas de Europa se cerraron tras de mí violentamente en Barcelona. La policía española, instrumento dócil de las “democracias occidentales” (Francia e Inglaterra) me obligó a embarcarme en un navío de la Compañía Transatlántica que, tras una travesía de 17 días, desembarcó su carga muerta y viva en Nueva York; 17 días, una hazaña agradable en los tiempos de Cristóbal Colón cuyo monumento domina el puerto de Barcelona... Pero en nuestra era de electricidad y transportes rápidos esta travesía podría recordar a los tiempos bárbaros por su duración si no estuviese por medio la “guerra liberadora”. Una carta de Madrid a París tarda entre 6 y 7 días, en lugar de 30 horas, y de cada tres veces no llega dos. Los telegramas alcanzan casi la misma velocidad. Los pontífices con casco de la “guerra liberadora” se emboscan en todos los rincones de Europa: abren la correspondencia, retienen las cartas y a veces también a los remitentes. He recibido en Cádiz una carta expedida en Copenhague (de un país neutral a otro también neutral, pues) que había sido abierta por la censura francesa que dejó en el sobre la marca oficial de su... curiosidad.

En Rusia los policías tratan las cartas de los detenidos políticos con productos químicos para asegurarse de que en ellas no hay ningún texto oculto. Esos procedimientos los utilizan ahora todos los censores europeos. ¡Nada de sorprendente en eso, por otra parte! La guerra ha hecho de la Europa de la revolución y del socialismo un inmenso campo de detención y, conforme a esta “evolución”, ha hecho del zar el representante típico del espíritu reinante en esta Europa de los poseedores, de los dirigentes y de los combatientes... y no solamente en Europa. No hablemos de la Europa central: los métodos de los Hohenzollern no son otra cosa más que la traducción al alemán de los métodos anglo-franco-rumanos.

Sería, sin embargo, una calumnia, o al menos un lamentable contrasentido de pacifistas humanitarios, pretender que en Europa no hay otra cosa que esos bárbaros triunfantes que hace ahora novecientos años tumbaron la civilización. Jamás en el pasado hubo tal acumulación de indignación, desesperanza y odios, como la que ha provocado esta guerra, la más insensata de todas... Y sin embargo, en las trincheras donde se ha hipotecado a la flor y nata de la población, en las fábricas, en los hogares de las familias golpeadas por el duelo, camina incansablemente, muy lentamente pero sin paradas, el pensamiento crítico de los nuevos millones de seres humanos despertados por el retumbar de los cañones. El despertar del odio ligado al pensamiento crítico es terrible para los dirigentes pues significa: ¡Revolución! He abandonado esa Europa ensangrentada con una profunda fe en la revolución. Sin la menor ilusión democrática he puesto el pie en la orilla del “Nuevo Mundo”, ya bastante envejecido. Aquí se tropieza con los mismos problemas, los mismos peligros, las mismas obligaciones y las mismas fuerzas que allí. Entro en la familia del socialismo revolucionario americano con la consigna que me enseña la vieja Europa: ¡Viva la lucha!

(*Novy Mir*, 16 de enero de 1917)

***Bajo la bandera de la revolución social (Discurso pronunciado en la reunión internacional de “bienvenida”, Nueva York, 25 de enero de 1917)***

¡Camaradas!

Ante todo, permitidme que exprese mi reconocimiento a los organizadores de esta reunión, a los oradores y participantes en este maravilloso encuentro sobre suelo americano. Ahora que las puertas de Europa se han cerrado provisionalmente tras de mí, confío en trabajar, mano a mano, con vosotros en la familia del socialismo revolucionario americano.

Vuestra Nueva York me ha producido la más viva impresión. Hay que añadir que llegué directamente de España, país de sol deslumbrante, de magnífico cielo, pero también país del inmovilismo, de la inseguridad y la miseria pintoresca, un país en el que la mayor parte de los habitantes todavía viven como en la época de Cervantes. Es difícil representarse mayor contraste que el que ofrecen las ciudades andaluzas y Nueva York.

Pero París, donde he pasado dos años de guerra, presenta un aspecto diferente al de Nueva York. Ya no es el viejo París, la Ciudad de la Luz, como decían los franceses con orgullo, ya no lo es ni el sentido espiritual ni en el físico. Es la ciudad de... las tinieblas. Como consecuencia de la falta de carbón, se apaga el gas a las seis de la tarde. Las ventanas están camufladas ante el miedo a los zeppelines. Las calles están oscuras y sucias. Las casas son tristes. Los corazones están consternados. Falta de todo. Es casi imposible conseguir azúcar. No hay zapateros. Se economiza hasta la menor aguja. Toda la vida económica del país está aminorada hasta el extremo. Y Nueva York asombra por sus deslumbrantes luces, su circulación, su actividad y por la posibilidad de poder conseguir todo lo que se desee, a precios milagrosos. En verdad, ¡país de maravillas! ¡País en el que se puede comprar una libra de azúcar de una sola vez!... Gracias a esta corta exposición os podéis hacer una idea de cómo de modesta ha devenido nuestra norma europea.

¡Camaradas! El hecho económico de una inmensa importancia es que Europa destruye las bases de su economía mientras que Norteamérica se enriquece. Yo, que no he dejado de sentirme europeo, me pregunto contemplando Nueva York con envidia: ¿Se mantendrá Europa? ¿No se convertirá en un cementerio? ¿No pasará a Norteamérica el centro de gravedad de la economía y la cultura mundiales?

Este pensamiento le asalta a uno de forma mucho más natural si pasa del estado de la economía al de la política. La guerra “por la democracia” y por “el derecho” expande cada vez más el orden y costumbres zaristas.

Recuerdo que, en el Congreso de Stuttgart, hace ahora diez años, un viejo socialista inglés llamado Kwelsch calificó las conferencias diplomáticas como reuniones de mentirosos y bandidos. El gobierno wurtembergués fue tan delicado que no pudo soportarlo y expulsó al orador. Recuerdo, camaradas, las exclamaciones indignadas y los sarcasmos que acompañaron al anuncio de la expulsión y, en particular, la excitación de los miembros de la delegación francesa, habituada a las costumbres “democráticas” republicanas... Estos últimos años he podido convencerme de que el calificativo dado por el viejo inglés a los diplomáticos se corresponde con la realidad. Me encontraba en los Balcanes, en la época de la guerra de los Balcanes, y pude verificar de nuevo la veracidad del aserto citado más arriba con ocasión del ejemplo sobre una escala menor de la guerra actual: sí, los actuales dirigentes no son más que bandidos de camino real. Entré en la guerra con esta firme convicción, y no he encontrado motivos para modificar nuestro punto de vista socialista sobre la sociedad burguesa. Fui expulsado, no del Wurtemberg promonárquico, sino de la Francia republicana, a causa de la difusión de mis opiniones

en la prensa y en pequeñas reuniones (las grandes no están autorizadas). ¿Quién me expulsó? No fue un gobierno monárquico o granducal, sino un gobierno de defensa republicana y que, además, tiene a entre sus miembros a socialistas que participaron en el congreso internacional würtemburgués: Jules Guesde, Marcel Sembat, Albert Thomas..., trio de ministros que, junto a centenares de diputados socialistas, votan a favor de los créditos militares y apoyan a la policía de Malvy.

¡He ahí el progreso político!

Me preguntáis: ¿cómo reacciona la clase obrera ante esta violación de los derechos, ante el vacío y la vuelta política al salvajismo político provocados por la guerra? ¿Qué hacen los partidos socialistas?

No quiero ni confundiros ni pintaros aldeas al estilo Potemkin. Nosotros, internacionalistas, somos la minoría en Europa. Tenemos en contra al poder burgués armado hasta los dientes, a la opinión burguesa con todas sus instituciones: el parlamento, la prensa, la universidad, la enseñanza, la Iglesia, los teatros y los cafés concierto, pues, hay que decirlo, cada café concierto se ha transformado en un cráter patriótico expulsando la lava del chovinismo. Tenemos en contra al más potente partido de la Segunda Internacional, que ha demostrado ser el principal apoyo de los gobiernos en lucha. Si se considera nuestra importancia numérica o nuestra influencia en la prensa o el parlamento, no somos más que una ínfima minoría en la arena política. Más aún, tenemos en contra (y esto es grave) a las figuras más importantes del socialismo apoyados por las potentes organizaciones obreras.

No se puede objetar nada sobre ese punto.

Quien puede dejarse guiar por las consideraciones siguientes: las autoridades reconocidas, el número de diputados y periodistas, el de los miembros del partido; quien puede dejarse guiar por esas consideraciones debe darle la espalda a la internacional revolucionaria que está a punto de construirse. No lo retendremos. Sólo queremos fieles.

Pero Liebknecht no se ha dejado guiar por los signos externos, Liebknecht no se ha dejado paralizar por la voluntad de los dirigentes de un partido de cuatro millones de adherentes; ha elevado la voz y se ha quedado solo. Yo, camaradas, yo os pregunto ¿dónde está el socialismo alemán? ¿Dónde está Scheidemann o dónde está Liebknecht? ¡La respuesta es evidente! ¿Quién ha salvado el honor de la socialdemocracia alemana y ha garantizado su futuro? ¡Liebknecht! Los corazones de los trabajadores conscientes palpitan con orgullo cuando se pronuncia el nombre de Liebknecht

¡De ahora en adelante Liebknecht ya no está solo! En Alemania hay muchos sacrificados, ya hay centenares y millares de héroes de la nueva internacional, de la acción revolucionaria y la lucha implacable.

Y mirad cómo las antiguas autoridades patentadas, tales como Kautsky, Bernstein y Haase, se ven obligadas a girar ligeramente de la derecha hacia la izquierda, en la dirección que Liebknecht les indica.

Si la fuerza reside en el número, ¿por qué se desmorona la mayoría mientras que la minoría se fortalece y crece?

Arrodillarse ante la ley del número y el peso de la autoridad es una lamentable y vergonzosa ceguera en esta época que ve el hundimiento de las viejas instituciones, de los viejos métodos, y el ascenso de fuerzas nuevas y de tendencias nuevas.

En Alemania, Liebknecht; en Austria, Friedrich Adler. En esta época de bajeza chovinista y de laxitud personal de los dirigentes del partido, Adler ha dado el ejemplo del coraje individual y de su preparación para el sacrificio en nuestro nombre, no en el de ellos, bajo nuestra bandera, no bajo la de ellos. Vemos el valeroso combate sostenido por Hoeglund en Suecia, Mac Lean en Inglaterra, Rascovsky en Rumania. Hoeglund y Rascovsky usan métodos revolucionarios para impedir la intervención de su país.



Camaradas norteamericanos amenazados por este peligro, debéis meditar más atentamente sobre estos ejemplos europeos. Por fin, nosotros tenemos un grupo de diputados revolucionarios en la Duma que han opuesto la imponente voz de la revolución a los ladridos del patriotismo zaroburgués y a los alaridos de los socialpatriotas; nuestros diputados pagan su acción revolucionaria en Siberia... Tenemos valerosos luchadores en Italia, Serbia y Bulgaria. Están en minoría, pero anuncian los tiempos futuros y preparan el triunfo del socialismo.

Tales son nuestros héroes. Pero, camaradas, ellos no son la base de nuestras expectativas y esperanzas. Basamos nuestros cálculos históricos en el renacimiento revolucionario de las masas, en ese proceso que se desarrolla en la obscuridad y que mañana triunfará con una fuerza extraordinaria.

¡Camaradas! ¿No es necesario ser, no solamente un pesimista sino, además, un misántropo, enemigo rencoroso del género humano, para creer que todos esos acontecimientos pasarán sin plantearles problemas a los dirigentes, que los hombres (al menos los que queden) volverán con sumisión a sus hogares destruidos, a sus celdas capitalistas? ¿Cómo? ¿Qué otra lección necesita la humanidad? ¿Cuántos sufrimientos y humillaciones más? ¿Cuántas experiencias sangrientas? ¿Qué toque de arrebató habrá que hacer sonar si no es el de esta guerra?

No, no será así; la guerra no puede pasar ni pasará dejando impune al capitalismo. Todas las fuerzas de la historia, ciegas y conscientes, se unen para empujar a la humanidad, demasiado tímida, demasiado paciente, demasiado rutinaria, fuera del cerco del inmovilismo, hacia la vía de la lucha revolucionaria.

Examinad los catastróficos cambios provocados por la guerra. El nivel económico, bajo, pero relativamente estable, de amplias capas de la población (la pequeña burguesía y los trabajadores) ha desaparecido definitivamente. Ya no queda nada estable. Nadie sabe lo que le deparará el mañana.

Quien era rico, se ha enriquecido. Quien era pobre se ha empobrecido más. Se han profundizado todas las contradicciones, todos los contrastes son ahora más deslumbrantes, todos los infortunios son mayores, las heridas se han emponzoñado. ¡Un hecho amenazador! Los hombres se acostumbran al resultado y arrastran su miseria. Pero un empobrecimiento se presenta a menudo como un doloroso golpe. Los burgueses medios y pequeños eran la muralla del orden. Se han visto sacudidos más que nadie. El salto al abismo de la miseria ha provocado más de una vez la revuelta.

Todos estos últimos años los gobiernos republicanos han taponado sus heridas con el apósito de las reformas sociales. ¡Se acabó! Tanto para las reformas sociales como para la guerra son necesarias tres cosas: ¡dinero!, ¡más dinero!, y siempre ¡dinero! Pero la guerra engulle el dinero. Las cajas de los estados están vacías. No habrá nuevas reformas. Las antiguas no llevarán a nada. Ningún lugar para las ilusiones. Los hombres serán más pobres, no solamente en bienes sino también en ilusiones. ¡Y desgraciada de la sociedad capitalista sin ilusiones!

Por fin, en el sentido psicológico, la guerra lleva a cabo un trabajo de reeducación peligroso para las clases poseedoras.

La guerra destruye la fuerza humillante de la *rutina*. La sabiduría resignada no dice en vano: “El hábito es una segunda naturaleza”. El acostumbramiento a la esclavitud es el aceite indispensable para la máquina de la esclavitud. Por ello, toda sacudida es peligrosa para una sociedad de clases. No se le puede arrancar impunemente a la esclavitud sus condiciones habituales, ni para elevarlas ni, menos aún, para bajarlas inmediatamente. Y la guerra ha hecho dos cosas a la vez. Ha arrancado al esclavo de su condición de esclavo, lo ha arrojado a las trincheras, donde se cubre de piojos y de sus

propios desechos, y le dice, al mismo tiempo, que es un héroe y que tiene todo el derecho al reconocimiento y protección del estado.

La guerra mata la “prudencia”, esa caricatura del instinto de conservación. Los hombres se habitúan a mirar la muerte y a tenerla cara a cara. Los hombres se convencen de que incluso la misma muerte es bella. Sus nervios devienen capaces de soportar tensiones jamás conocidas hasta ese momento y no pueden soportar ya el banal ritmo de la vida cotidiana. Se ha creado un nuevo tipo de hombre. Hombres de reflejos rápido, hombres capaces de ser *audaces*. He ahí la condición esencial para la revolución.

Examinad ahora el presente y el futuro. Dos generaciones de socialistas han despertado a los proletarios para la lucha, les han abierto otras perspectivas, otros mundos. Las esperanzas de los trabajadores evolucionados de la primera y segunda internacionales no se han realizado. Sin embargo, no han desaparecido, se han colocado en el plano de los trabajos preparatorios. Se han creado organizaciones, se ha reclutado a los elementos todavía inconscientes, se les ha educado, la prensa se ha desarrollado; de esta manera se ha acumulado y puesto en reserva la energía revolucionaria de la clase obrera.

Pero antes de que el partido revolucionario haya osado lanzar a las masas a la lucha por la realización de sus esperanzas e ideales, la burguesía ha tenido el valor de recurrir a métodos crueles y sanguinarios para resolver sus problemas históricos. ¡Mucho más! Ha usado la autoridad del socialismo entre las masas para lograr sus objetivos. Los dirigentes socialistas oficiales se han convertido en los furrieles del imperialismo. El capitalismo ha logrado movilizar la ignorancia e instintos serviles, como también los prejuicios de los elementos de la clase obrera, y no solamente de sus elementos atrasados; gracias al socialpatriotismo, ha transformado esta estafa en una aureola para el servicio de las cuestiones más elevadas, de los más altos objetivos. Esta experiencia, es decir la misma posibilidad de su realización, rinde testimonio de la potencia de la burguesía y de la fuerza de su arte político. Pero todo anuncia que esta experiencia histórica será fatal para la burguesía. Acelerará la educación política de las masas, les fuerza a lavar su sangre de las trazas serviles del pasado, les obliga a vivir bajo unas condiciones en las que la vida lucha sin interrupción con la muerte; a través de su acción, verifica la sinceridad y falsedad del poder, de la Iglesia, del socialpatriotismo y del socialismo revolucionario. ¡Nosotros, los internacionalistas, saldremos triunfantes de esa verificación!

Actualmente no se puede ver cuándo y cómo terminará la guerra; ¡pero llegará a su fin! Los trabajadores saldrán de sus trincheras, se levantarán con toda su talla y mirarán alrededor de ellos y harán una estimación de la herencia de la guerra: ruina de las bases económicas, aumento de las contradicciones, crecimiento de la miseria. De vuelta a casa encontrarán el hambre en el quicio de su puerta. Se les ha llamado héroes, se les ha prometido montañas y maravillas, ¡y no se les pueda ofrecer ni un pedazo de pan! Estos trabajadores-combatientes, salidos de las trincheras, ya no serán tan pacientes como antes de la guerra. Han aprendido a servirse de sus armas. ¿Se puede admitir la idea de que no las usarán para alcanzar sus objetivos? Simultáneamente, en todos los lugares, surgirán los jefes que, en una implacable lucha contra los socialpatriotas, les mostrarán a las masas el camino de la salvación.

Esta época inminente será la de la revolución social. Al abandonar Europa me he traído conmigo esta profunda convicción, lejos de un continente devastado, incendiado y ensangrentado; y aquí, en América, ¡os saludo bajo el signo de la revolución social inminente!

### ***Repetición del pasado***

Ocurre a menudo en la historia que las ideas políticas o religiosas, declinantes en Europa, pasan a suelo americano donde encuentran fuentes vivificantes. Y como

Norteamérica es un país sin tradición y sin ideología, la transferencia le da a las ideas una forma particularmente simplista.

Es lo que ha pasado con las “ideas” de guerra. Todos los gobiernos europeos entraron en campaña con la palabra “liberación” en la boca. Alemania quería liberar a los pueblos de Rusia. El gobierno francés le tendía la mano al pueblo alemán para liberarlo del yugo prusiano. El zar se apresuraba a liberar a los pueblos del imperio austríaco. Inglaterra se comprometía a liberar a toda Europa de la opresión alemana. Los Hohenzollern ardían de amor por los rebeldes irlandeses. Sazónov y Miliukov pasaban las noches en blanco soñando con los armenios sometidos bajo el yugo turco. En una palabra, todos los responsables sólo afilaban sus cuchillos para “liberar” a alguien del otro lado de la frontera. Y todos profetizaban la libertad de los pueblos, la libertad de los mares, la de los estrechos, golfos, y una buena media docena de otras libertades, además.

Después de dos años y medio de guerra, los eslóganes de “liberación” perdieron definitivamente cualquier crédito en Europa. Ciertamente que los socialpatriotas continúan cantando las mismas romanzas, pero nadie presta ya atención..., y vemos cómo estás leyendas usadas hasta la saciedad, tejidas por la vileza de unos y la estupidez de otros, se apresuran a cruzar el océano a pesar de los submarinos alemanes y tratan de volver a comenzar una nueva vida en territorio USA.

¿Por qué esta nación se apresta para intervenir? Porque hay que salvar “la libertad de la humanidad”. Porque es esencial establecer las normas “del derecho internacional”. Porque la “paz justa” llama a su salvador: ¡Wilson! El periodista patriota moja la pluma en el tintero y alumbra en el papel esas frases grandilocuentes de las que, en Europa, el provinciano del “pueblucho” más retirado tiene hasta por encima de la cabeza.

¿Qué pasa con los abastecimientos de guerra amenazados por los submarinos alemanes? ¿Qué hay de los beneficios que ascienden a miles de millones arrancados a la exangüe Europa? ¿Quién puede atreverse a hablar así en el momento en que reina el entusiasmo nacional! Si la bolsa de Nueva York está dispuesta a consentir grandes sacrificios (que soportará el pueblo) no es en nombre del pago contante y sonante, tan despreciable, sino gracias a los principios eternos de la moral. ¡La bolsa no es culpable para nada del hecho que servir a la Justicia Eterna rinda un 100%!

Tomad los diarios europeos de fines de julio y de los primeros días de agosto de 1914, y os sorprenderéis del grado de identidad de sus artículos con los de la prensa de aquí que repite exactamente las viejas mentiras difundidas en todas las lenguas. ¡Ciertamente que la prensa norteamericana no descubre las Américas! Toda su campaña es la “repetición del pasado” de cabo a rabo.

¡De cabo a rabo! Por el momento, no vemos más que el principio, pero no hace falta poseer el don de la profecía para predecir la continuación y el final. Actualmente, hay que convencer al pueblo de que el adversario sólo quiere la guerra. Para ello hay que presentar, en todo su esplendor, la voluntad de paz de los USA. Para los conspiradores imperialistas, ¡qué irremplazable figura es esa de Wilson! ¡Aunque ese “pacifista” patentado, con dulzura angelical, haya roto las relaciones diplomáticas con Alemania, la culpa le incumbe únicamente a ella! El pacifismo no causa daño alguno... únicamente beneficios.

Por el momento, la prensa de la bolsa no se atreve a disparar el primer tiro contra los alemanes, contra todo lo que es alemán, de otra manera se descubriría demasiado pronto que los chacales esperan su hora. No, es preciso darle un poco de respiro al pueblo a fin que se habitúe a la crisis. Hay que dejarles a las masas provisionalmente alguna esperanza en una conclusión pacífica. Pero cuando estén realizados los trabajos preparatorios de la movilización de las almas, entonces la diplomacia dará la señal, y la música infernal del chovinismo resonará por todas partes.

Ya hemos vivido esto en Europa. Conocemos esa música y sus bastos arpegios. Nuestro deber, (¡el vuestro, trabajadores educados!), es responder a los dirigentes con nuestra propia música: la potente melodía de la Internacional.

(*Novy Mir*, 7 de febrero de 1917)

### ***El gran compromiso (A propósito de la resolución del mitin de Carnegie-Hall)***

El 5 de febrero se abrió la campaña oficial socialista contra la guerra en un mitin en Carnegie-Hall<sup>173</sup>. Por parte de los organizadores, esta primera manifestación fue un gran error pues aceptaron la participación de los pacifistas-burgueses, “los Amigos de la Paz”. El motivo de esta colaboración, fuera de lugar, ha sido un hecho completamente fortuito. La sala, la Carnegie-Hall, ya estaba alquilada a los pacifistas y el partido no creyó posible retrasar el mitin. Tenemos que declarar que celebrar un mitin en Carnegie-Hall se paga demasiado caro. El Partido Socialista contaba demasiado con esa gente que se declara pacifista pero que lo son platónicamente y que, al primer disparo, protestan por su ardiente patriotismo y, a semejanza de los pacifistas burgueses europeos, defienden la máquina de matar gubernamental, engañando a las masas convenciéndolas de que para obtener una “paz justa”, “una paz eterna”, “una paz de derecho”. Hay que hacer la guerra hasta el final. Cooperando con personas que tienen a Wilson por el “mago de la paz” mezclamos las cartas y confundimos a las masas. Éstas, justamente, tienen que tener una clara conciencia de clase para poder llevar adelante una lucha eficaz, y no puramente formal, contra la guerra y el militarismo.

El error fundamental ha llevado a otro: las dos resoluciones, la socialista y la pacifista, fueron aprobadas conjuntamente. Aunque los obreros componían la mayoría de la reunión, la relación de fuerza no se expresó y el carácter revolucionario de la manifestación resultó debilitado en gran medida, tanto psicológica como políticamente.

Sin embargo, hemos conocido con gusto el texto de la resolución planteada por los oradores oficiales del Partido socialista. No estaba en ella todo lo que quisiéramos decir, había también cosas superfluas, pero esta resolución era, de todas maneras, un documento internacionalista y presentaba, de acuerdo con las condiciones del momento, el carácter de un acto revolucionario, o por lo menos de una manifestación en ese sentido.

Si la resolución formula que “la guerra” debilita las tradiciones de esta república, simplemente debemos señalar que esta reverencia ambigua ante las tradiciones de una república burguesa está muy en su lugar en la resolución de los pacifistas burgueses: estos últimos, mañana comenzarán a enseñarle al pueblo, exactamente igual que los pacifistas franceses, que para salvar “las nobles tradiciones de la república” es indispensable aplastar a Alemania. Nuestra república proletaria no está contenida en las tradiciones del pasado: está completamente en el futuro.

La resolución estipula (y muy bien) que la guerra que nos amenaza sólo puede servir a los intereses de los capitalistas de este país. Esos intereses están expresados con su nombre: “la lucha se lleva adelante a favor del derecho sagrado de los capitalistas norteamericanos a engordar a costa de las desgracias de una Europa devastada por la guerra.” La resolución prosigue: “la declaración de Wilson (“no perseguiremos objetivos egoístas”) es una suprema hipocresía”. Suprema hipocresía... Muy bien dicho y en toda la frente de esos socialistas cuya bandera se alinea junto a la de Wilson. El socialismo

---

<sup>173</sup> Fenner-Brookway era miembro en Inglaterra del Partido Laborista Independiente. A principios de la guerra publicó el periódico *Labour Leader*. Fue encarcelado por ser miembro de la oposición a la guerra. En el fondo, es un pacifista típico con la mentalidad del ala derecha de la intelectualidad. En estos últimos tiempos ha pedido toda significación política. (Comentario de Heywood).

supone una rebelión organizada contra la sociedad burguesa. La política socialista es la desconfianza organizada ante los partidos burgueses, sus jefes y los emisores de órdenes gubernamentales.

La resolución no plantea la cuestión de la “defensa nacional”. Esta es la carencia más seria. Pero la resolución contiene en sí misma una respuesta política suficiente a esta cuestión. Quien mañana ose hablarnos del deber de la “defensa nacional” se ganará la respuesta: la guerra sólo es la defensa del derecho sagrado de los capitalistas norteamericanos a engrosar a costa de las desgracias de la Europa devastada por la guerra.” ¡Comaradas! ¡Recordad esta fórmula simple, clara y honesta! Os servirá. Incluye la obligación categórica de todos los representantes de la clase obrera de votar contra todos los créditos a favor de la guerra. Excluye, de antemano, a los miembros del partido que hablen, cuando estalle la guerra, de “paz civil” con el gobierno; pues únicamente esos renegados, esos tráfugas, esos individuos sin honor ni fe, pueden incitar a los trabajadores a reconciliarse con los instigadores de guerra para ayudar a los capitalistas norteamericano a aprovecharse de una Europa exangüe.

La resolución llama “a todos los trabajadores de los USA a la lucha, por todos los medios a su disposición, contra cualquier tentativa de arrastrar a Norteamérica a la guerra”. Pensamos que se debería de haber precisado la naturaleza de esos medios. Pero la dirección general de la lucha está bien indicada, pues la resolución nos invita a marchar tras las huellas de Liebknecht, de Fenner-Brockway, de los cinco miembros de la Duma y “de todo el resto de mártires que han sacrificado su libertad e incluso su vida por la causa de la paz”.

“Los medios a disposición del proletariado” vienen definidos enteramente por su papel en la producción capitalista y por la situación del proletariado en el estado actual. Esos medios no se han de inventar. Los suministra la experiencia histórica de la lucha de clases en sus formas de mayor tensión. En este sentido, la resolución nos invita a llevar adelante el combate aumentando la importancia del movimiento, su impacto ideológico y político, y elevando su capacidad combativa.

Nuestros camaradas ven que la resolución del Partido Socialista es rica gracias a su contenido. Es un llamamiento al combate y una indicación del camino a tomar. Pero, al mismo tiempo, es una obligación tomada por los círculos dirigentes del partido. ¡Velaremos para que esa obligación sea asumida hasta el final, sin debilidades, sin concesiones ni dudas!

(*Novy Mir*, 8 de febrero de 1917)

### ***Hay que escoger el camino***

Por la fuerza de las cosas, el socialismo norteamericano sale de su posición neutral. Debe ponerse en pie de guerra. Las cuestiones relativas a la guerra, a la defensa nacional, a la reconciliación civil, se le presentan al proletariado norteamericano con toda su crudeza.

Gracias a la política de las clases dirigentes, los trabajadores de los USA tienen la cruel posibilidad de convencerse de que las contradicciones que desgarran al movimiento obrero europeo no han sido inventadas, en absoluto, por teóricos: se trata de la vida o la muerte del socialismo.

No es una exageración. Toda la historia del movimiento socialista está repleta de luchas internas. Abriéndose camino hacia arriba, la clase oprimida sólo puede desarrollarse usando la crítica y la autocrítica. Pero las contradicciones en el interior del socialismo jamás han alcanzado el actual grado de profundidad. En la lucha del marxismo contra el reformismo y el anarquismo, se trataba de criticar las vías y métodos de la estructura capitalista. La cuestión está planteada ahora entre los socialdemócratas

revolucionarios y los socialpatriotas: ¿es necesario luchar contra el capitalismo y la sociedad burguesa? No hay nada de sorprendente en que los anarquistas-patriotas, tales como Kropotkin y Jean Grave, marchen junto a los socialpatriotas, mientras que los anarcosindicalistas, que se mantienen fieles al internacionalismo, se alienan al lado de los socialistas-zimmerwaldianos.

Puede parecer que, a pesar de su agudo carácter, la contradicción actual sólo es provisional: nació de circunstancias excepcionales de la guerra y con ella desaparecerá. Es la más ingenua de las ilusiones. Los socialpatriotas mismos han tenido tiempo para sacar las conclusiones indispensables en cuanto a su comportamiento en tiempos de paz. El partido que asume la responsabilidad de la defensa nacional (razonan con justicia) debe preocuparse en tiempos de paz de ese aparato de defensa. La oposición de principios al militarismo debe rechazarse. En tiempos de paz hay que votar a favor de los créditos militares para que haya una defensa en tiempos de guerra. Eso cambia todas las relaciones con el poder: el antagonismo irreconciliable queda reemplazado por una actitud de “negocios”, y la socialdemocracia deviene un partido nacional; reclamará reformas con más energía que el resto de partidos, pero sólo lo hará en la medida en que esas reformas no amenacen la estructura burguesa y no choquen con las necesidades de la defensa nacional.

Actualmente existen muchos socialpatriotas retrasados que rehúsan “unirse a los objetivos”, (a sacar las conclusiones lógicas) y repiten el aforismo creado a principios de la guerra para apaciguar sus conciencias: “arde la casa, hay que salvarla; todos están interesados en el salvamento, tanto los ocupantes de las bellas construcciones como los de las mansardas; después, cada uno volverá a su lugar, y todo comenzará de nuevo como en el pasado”. Esta filosofía “incendiaria” es superflua en extremo.

“Con mucha grandeza de corazón, vosotros queréis apagar el incendio cuando la casa ya ha ardido, replican los socialpatriotas con mucha más lógica; pero para extinguir el fuego nos hacen falta bombas de agua. Por tanto, no tenemos derecho a rechazar los créditos de guerra, los créditos militares y todo el presupuesto burgués en tiempo de paz.”

Este último punto de vista es el único lógico si uno se mantiene en el terreno de la defensa nacional. Pero entonces se descubre que el socialpatriotismo encarna la sumisión de un partido revolucionario al poder y que la bandera socialista se utiliza para disciplinar a las masas bajo el objetivo “patriótico”. En este sentido hemos escrito que se trata de la vida o la muerte del socialismo.

La historia nos ha facilitado a menudo ejemplos de movimientos ideológicos que nacen y se expanden bajo el signo de la protesta de las masas oprimidas y devienen un arma irremplazable en manos de los poseedores para servir a la conservación del orden conservado.

*El cristianismo* comenzó como movimiento de los sujetos más humillado y más miserables del poder romano. Se convirtió en instrumento de lucha de las clases dirigentes y sirve ahora de engrasador de los engranajes de la máquina de explotación capitalista.

*La Reforma*, nacida de movimientos populares tumultuosos dirigidos contra la opresión de la Iglesia, se ha convertido en todos los países protestantes en el fiel servidor del capitalismo.

*El liberalismo y la democracia*, bajo la bandera del “pueblo”, lucharon contra la monarquía y el feudalismo; hoy en día están al servicio de la burguesía contra el proletariado.

El socialismo cumplió una evolución en sentido único bajo la forma de su ala patriótica; *movimiento de rebelión, ha devenido conservador y las clases poseedoras lo utilizan para alcanzar sus objetivos.*

Evidentemente que uno puede mecerse en pensamientos tranquilizadores: el antagonismo entre el proletariado y la burguesía no puede extinguirse; el socialismo no puede ser separado de su carácter de movimiento de clases y, en consecuencia, no hay necesidad de tocar a arrebató; sin embargo, habrá que sufrir. Este limitado optimismo, que disimula una total indiferencia ideológica, no solamente se ha extendido ampliamente en Norteamérica, sino que pasa por el marxismo más depurado. De hecho, no es más que una lamentable falsificación.

Si el socialismo debe triunfar “de todas maneras”, ¿para qué sirve el Partido Socialista? ¿Para qué nos ha sido dada la facultad de juzgar, predecir y evaluar? El marxismo no es fatalismo. La teoría marxista puede explicarnos las causas históricas de la llegada del socialpatriotismo, pero no nos libra de la necesidad de luchar contra él. El socialismo vencerá, por supuesto, pero solamente gracias a la clase obrera, a su voluntad, a su nítida consciencia y a su firmeza revolucionaria. La clase obrera debe seguir su camino histórico y, en consecuencia, debe determinar su orientación por sí sola.

Por tanto, le causaríamos un gran mal a la causa de la liberación del proletariado siuviésemos que negar o disminuir la profundidad de las divergencias entre el internacionalismo y el socialpatriotismo. Por tanto, hay que escoger el camino entre estos dos movimientos que se excluyen mutuamente. Ha llegado el momento supremo para los trabajadores norteamericanos que no han escogida ya. El poder capitalista les forzará a escoger. Y los precipitará en el mismo corazón del incendio diciéndoles: “¡nuestra casa arde, adelante! ¡Extinguid el fuego!”

(*Novy Mir*, 23 de febrero de 1917)

### ***¿Qué significa la guerra para Norteamérica?***

Los USA eran nominalmente una potencia neutral; de hecho, llevaban adelante la guerra abiertamente junto a los Aliados (Inglaterra, Francia, Rusia e Italia). Todo el mundo lo sabe. Norteamérica les ha suministrado a los Aliados cantidades de material militar sin interrupción, y sus “simpatías” hacia los franceses y belgas eran casi más altas que sus beneficios. El capitalismo norteamericano habría estado dispuesto, evidentemente, a servir a los dos campos en guerra: a venderles a los alemanes obuses contra los franceses y a los franceses contra los alemanes. Ésta hubiese sido para el capitalismo una política de neutralidad de “ensueño”. Los cañones, las simpatías y los obuses se hubiesen repartido de forma igual entre los beligerantes. Pero Inglaterra instituyó el bloqueo. La ruta hacia los imperios centrales quedó cortada. Si Wilson hubiese querido entonces actuar como actúa ahora, habría debido romper, en nombre de la “libertad de los mares”, las relaciones diplomáticas con Inglaterra y, en general, con los Aliados. Pero en ese caso, la industria norteamericana se habría visto cortada de los dos campos en guerra. Los USA admitieron, pues, el bloqueo (ahí radica el “pacifismo” de Wilson), y el capitalismo norteamericano recibió la posibilidad de realizar beneficios fantásticos bajo el pabellón de la neutralidad. He ahí que, a fines de enero, Alemania declaró el bloqueo total sobre todos sus enemigos. Si el bloqueo alemán hubiese sido lo bastante fuerte como para no cortar solamente a Norteamérica de los Aliados, sino también para permitir la circulación de las mercancías norteamericanas, los capitalistas norteamericanos se hubiesen plegado a ese estado de cosas, y habrían expedido hacia Berlín todas las municiones destinadas a Londres. Todas las “simpatías” habrían recaído sobre los alemanes que protegen a Europa de la barbarie rusa. Y Wilson continuaría llevando el pijama del “pacifista”. Pero no se trata de eso. El trabajo de los submarinos alemanes logró cortar las comunicaciones entre los USA y los Aliados, pero no fue suficiente para abrir el mercado alemán a los capitalistas norteamericanos. El resultado de los bloqueos es cortar a Norteamérica de los dos campos. ¿Qué hacer entonces?

¿Adoptar una política estricta de neutralidad? ¿Suspender los envíos de municiones? ¡Esto significaría no solamente la pérdida de beneficios colosales sino, también, alguna cosa más! Durante la guerra, la industria norteamericana ha cambiado totalmente. En lugar de fabricar productos de consumo, el capitalismo norteamericano se ha reconvertido en la fabricación de instrumentos de destrucción. Fuerzas y medios incalculables (material bruto, máquinas, masas obreras) están consagrados a la industria de guerra. La suspensión de los transportes hacia Europa significaría una crisis no conocida jamás. Numerosas fábricas, empresas subcontratantes más numerosas aún, deberían parar el trabajo de inmediato. Los mercados se hundirían inmediatamente. En el mundo capitalista se producirían lloros y rechinar de dientes. Los signos precursores de esta crisis ya están aquí. Los navíos no zarpan. Los puertos están colmados. Las mercancías se acumulan en los tinglados. No se descargan los vagones. ¡Pero esto no es más que el florecimiento! ¡Los frutos todavía deben madurar! La bolsa se ve sacudida por funestos presentimientos. El capitalismo financiero se agita nerviosamente. Los dirigentes de los trusts reclaman actos decisivos. Wilson se quita sus pantuflas de pacifista y calza sus botas de combate. Pero ¿a quién servirá la intervención armada de los USA? ¡No se pueden hundir los submarinos alemanes con artículos de prensa y jactancias patrióticas! Si la potente flota inglesa no logra garantizar la libertad de los mares, ¿qué harán los navíos de guerra norteamericanos todavía menos capaces de realizar milagros? Pues, caso de una intervención directa, la producción de guerra norteamericana continuaría cortada del mercado europeo como mínimo.

Esto es indiscutible. Pero para los mercaderes de cañones norteamericanos se abrirá pronto un nuevo mercado colosal: en la misma Norteamérica.

He ahí el quid de la cuestión. Alimentando la guerra europea, los USA han edificado la Torre de Babel de la producción de guerra. Esta torre se levanta por encima de la bolsa, de la Casa Blanca, del parlamento, de la conciencia de los periodistas. Si ya no es posible exportar los ingenios de muerte hacia Europa, no queda otra solución más que hacer pagar esto a la república norteamericana. Lo más rápidamente posible debe crear su propio militarismo. Hasta ahora, los mercaderes de municiones se han alimentado con sangre europea. Ahora se aprestan, instigados por sus homólogos europeos, a nutrirse con sangre de sus propios proletarios. ¿Qué carácter tomará la guerra por parte norteamericana? Esta cuestión particular no está todavía clara, incluso para los dirigentes de Washington. Pero la guerra les es indispensable. Necesitan el “peligro que amenaza a la nación” para cargar en los hombros del pueblo norteamericano el peso de la torre babilónica de la industria de guerra.

(*Novy Mir*, 9 de marzo de 1917)

### ***La constitución de los borregos. La conferencia de Gompers y compañía***

La conferencia (en Washington) de los funcionarios de la Federación Norteamericana del Trabajo [AFL] se ha celebrado a petición del Comité de Defensa Nacional, del que es miembro el presidente de la Federación, Gompers. La iniciativa ya se ha precisado. No se trata de una reunión de los representantes de la clase obrera contra la guerra y el militarismo, sino de una conspiración de las “Uniones”<sup>174</sup> para someter a los proletarios al militarismo. Wilson nombró a Gompers para el Comité de Defensa con tanto respeto precisamente con ese objetivo. Con ese objetivo, Gompers ha reunido a su propia “administración”. El resultado ha sido exactamente con el que contaban los dirigentes: la administración de las Uniones ha jurado fidelidad a la del poder.

---

<sup>174</sup> Uniones sindicales.



En el corazón del juramento está, evidentemente, la obligación de la “defensa nacional”. A este respecto, Gompers y sus acólitos no ponen ninguna restricción. Prometen sus servicios (“a todos los niveles”) para “la defensa, protección y apoyo de la república contra sus enemigos, sean los que sean”. De antemano no rehúsan cualquier discriminación hipócrita y sutilmente jurídica entre las naciones en guerra “defensiva” y en guerra “ofensiva”. La república imperialista siempre necesitará en cualquier guerra el apoyo de los trabajadores, y Gompers lo promete. Promete también su ayuda a la institución del servicio militar obligatorio.

La administración de las “Uniones” adjunta a su promesa de lealtad toda una serie de buenos deseos ante la administración gubernamental. Los trabajadores (a saber, los funcionarios de las “Uniones”) deben estar representados en todas las organizaciones de guerra. Los obreros deben tener mandato consultivo. El capitalismo tendrá que soportar el peso de la guerra, etc., etc. Sean cuales sean las condiciones aceptadas, no tienen valor y son humillantes para la clase obrera. Vendiendo a las jóvenes generaciones de trabajadores al militarismo, los dirigentes sindicalistas de las “Uniones” piden el derecho a pronunciarse sobre cómo el Moloch gubernamental los devorará. Los corderos veteranos reclaman al carnicero su representación en el matadero. Consienten en el exterminio de la raza ovina pero dentro del respeto a los derechos y a la constitución de los corderos.

Pero ¿qué garantiza ese derecho a mirar? En ese punto el documento servil de Gompers tiene un vicio de pronunciación. Por una parte, se promete el apoyo al gobierno contra todos sus enemigos; por otra parte, se diría que el derecho a mirar ante el gobierno está sometido a algunas condiciones.

Pero, tras la conferencia de Washington, la posición de principio de Wilson será mucho más firme que la de Gompers. Al primer choque, las clases dirigentes mantendrán frente a los “unionistas” el mismo lenguaje que los gobernantes ingleses, franceses y alemanes mantienen frente a sus socialpatriotas: “la defensa de la patria es el primer deber del proletariado de acuerdo con vuestras propias declaraciones; por tanto; en el cumplimiento de ese deber no tenéis ningún derecho a propinas”. Si la clase obrera norteamericana está obligada “lealmente” a derramar su sangre por la patria imperialista, tendrá que cumplir su deber, sea o no nombrado ministro de trabajo Gompers y se suban o bajen en un diez por ciento los salarios de los obreros de las fábricas de guerra...

En las decisiones de la conferencia de Washington el unionismo obtuso y conservador encuentra su lógica realización y, al mismo tiempo, su repugnante caricatura. El gompersismo consiste en el reconocimiento por el capitalismo del derecho de los proletarios a una constitución “honorable” sobre las bases de la explotación capitalista. Pero el capitalismo ha devenido imperialismo. Éste arrastra al país a la guerra. Gompers, acepta arrodillado la guerra y el militarismo igual que ha aceptado el capitalismo. Se esfuerza (de ahora en adelante sobre la base de la guerra) en obtener una constitución “honorable” para las masas trabajadoras arrojadas al sacrificio.

Si la lucha contra Gompers era complicada en alto grado bajo las condiciones del “desarrollo pacífico” del capitalismo norteamericano, cuando los dirigentes de la clase obrera recibían buenas migajas de la mesa de la burguesía, ahora que se trata de la implacable empresa del militarismo, la posición de los socialistas en lucha contra el gompersismo ha devenido mucho más favorable. Las contradicciones entre los corderos constitucionalistas y las escalofriantes masacres que la guerra provocará en las filas proletarias, serán demasiado visibles, demasiado llamativas, como para que los cerebros más obtusos puedan ignorarlas; se harán más permeables a la palabra socialista de la revolución. Sólo es necesario que nosotros, socialistas, estemos a la altura. Ninguna concesión ni al gobierno, ni al militarismo, ni al patriotismo. Ningún compromiso con el

gompersismo. La burocracia unionista ha firmado un acuerdo con la burocracia del capitalismo. ¡Guerra sin cuartel a una y otra, tal es y debe ser nuestra réplica!

(*Novy Mir*, 15 de marzo de 1917)

***El censo revolucionario de Hillquit<sup>175</sup> (Carta a la redacción de N. Y. Volkszeitung)***

¡Señores redactores!

Mi exposición ante el grupo alemán de Nueva York me privó de la posibilidad de participar el domingo 11 de febrero en la conferencia de nuestro partido. Leyendo vuestro diario, constato que la posición que defendiendo ha sufrido por parte de Hillquit un asalto contra un punto que yo no esperaba en absoluto. Hillquit piensa que nuestro joven amigo Frein no tiene derecho a recomendarles a los proletarios una táctica revolucionaria que comporte sacrificios, pues Frein, jamás ha tenido la ocasión de mostrar lo que está dispuesto a soportar de esos sacrificios. En cuanto a mí, uno de los firmantes del proyecto de la minoría, Hillquit declara que “huí de Rusia para no ser fusilado en nombre de mis ideas pero que he venido aquí para darles a los otros buenos consejos”. No sé si semejantes métodos de “crítica” política son admisibles en Norteamérica. Lo dudo mucho. En cualquier caso, en Europa me habitué a mirarlos como inconvenientes y, además, inadmisibles. Es suficiente con algunos minutos de reflexión para convencerse de la justeza de esta conclusión.

T. Simon Berlin, uno de los miembros de la mayoría, declaró que, habiendo superado la edad del servicio militar, consideraba imposible aconsejar a los otros el empleo de métodos definitivos de lucha contra la conscripción. Muy bien. Pero, entonces, Frein, que está en edad de ser movilizado, está privado del derecho a hacer campaña contra el servicio obligatorio pues su juventud, siguiendo a Hillquit, le impide adquirir el título viril indispensable. Y para acabar, yo no tengo derecho a recomendar los métodos revolucionarios pues no me he dejado fusilar en Rusia. Como vemos, no es fácil encontrar en la naturaleza la combinación de condiciones personales que pudiesen satisfacer a Hillquit: no hay que ser ni viejo, ni joven, y, una vez al menos, no haber sufrido una condena a muerte.

No dudo de que una vez fusilado en Rusia, Hillquit me reconocería el derecho a recomendar la táctica revolucionaria. En tal caso es cierto que me sería difícil beneficiarme de ese magnánimo permiso. Pero ésta no es la única dificultad. Para hacerme fusilar en Rusia tendría que haber predicado la táctica revolucionaria. Pero los Hillquit rusos (¡no todos están en Norteamérica!) no habrían dejado de aprovechar la ocasión para demostrar que, no habiendo dado pruebas de mi capacidad para hacerme fusilar, no tendría derecho a llamar a los trabajadores rusos a la lucha revolucionaria. Como vemos, la situación no tiene salida. Felizmente los movimientos revolucionarios se ríen locamente de las opiniones y normas que imponen sin piedad los catones de Broadway.

En tiempos de la guerra ruso-japonesa, nuestras conferencias y reuniones tenían por objetivo llamar a las masas a la huelga revolucionaria contra la guerra y el zarismo. Esos llamamientos no se quedaban en letra muerta. 1905 fue el año de las mayores huelgas políticas y combates más encarnizados en las barricadas. En nuestras reuniones, juzgábamos nuestros métodos de lucha, y las discusiones subían a veces a un grado violento. Pero a ninguno de nosotros se le hubiese ocurrido esta idea tan baja de

---

<sup>175</sup> El *Volkszeitung*, diario socialdemócrata alemán, tenía a su cabeza al viejo Schlütter, partidario de Kautsky, la tendencia Liebknecht estaba representada por el redactor jefe, Lore, quien tomó la dirección del diario a la muerte de Schlütter. Aquél expresaba las ideas de la Tercera Internacional. Maurice Hillquit, es un abogado muy conocido que cumple con las funciones de líder del Partido Socialista en sus ratos libres. Lore estaba a nuestro favor. Hillquit es originario de Rusia. LT

preguntarle al contradictor: ¿estás presto a soportar personalmente la responsabilidad de las acciones a las que llamas a los trabajadores? No nos sentíamos demasiado directamente revolucionaros. Podíamos estar divididos por cuestiones de orden político pero no por las que tienen que ver con el coraje personal y la capacidad de sufrir las consecuencias de nuestros llamamientos y acciones. Y no he tratado este asunto sin un sentimiento de disgusto.

En el fuego de su acusación, Hillquit no ha podido caer más bajo. La policía reaccionaria de todos los países siempre ha afirmado que los líderes conducen a las masas a la guillotina mientras que ellos se libran siempre. Pero, de hecho, la reacción política siempre la toma con los líderes y, en consecuencia, la conciencia de Hillquit puede estar perfectamente tranquila...

Me queda por demostrar cuán mentirosa es la afirmación de Hillquit: a saber, que yo no quise quedarme en Rusia para ser fusilado allí, pero que vine a Norteamérica para distribuir consejos peligrosos. Yo no podía “quedarme” en Rusia pues la guerra me pilló en Suiza en calidad de emigrado político. Privado por los tribunales zaristas de todos los derechos, no tenía ninguna posibilidad física de volver a Rusia. De Suiza viajé a Francia donde propagué esos puntos de vista que inquietan de tal manera a Hillquit. De ello resultó mi expulsión de Francia a España, de España a Norteamérica. No voy a entrar en una discusión a propósito del “censo” que le da derecho a M. Hillquit a mostrarse tan exigente con sus adversarios políticos, pero pienso que en calidad de abogado debería de mostrarse más prudente en sus insinuaciones.

Nueva York, febrero de 1917

### ***Es mejor dejar en paz a Clara Zetkin***

En la reunión del domingo del Partido Socialista, A. Ingermann (con el objetivo de fortalecer sus objeciones a las propuestas internacionalistas de prohibir a los miembros del partido cualquier participación en las organizaciones militaristas gubernamentales) tuvo a bien recordar una conversación privada con Clara Zetkin que se desarrolló algunos días antes de la guerra: “Mi marido y mi hijo médico se unirán a una organización sanitaria: es nuestro deber.”

¿Qué quería decir A. Ingermann con esta cita? ¿Qué Clara Zetkin, tal o tal otro día y en tal o tal otra habitación, expresó un pensamiento patriótico en presencia de Ingermann? Pero, a decir verdad, no solamente se conoce a Clara Zetkin por sus conversaciones privadas con A. Ingermann. Clara Zetkin, a parte de sus observaciones personales, se manifiesta en público: habla, escribe, redacta artículos y... se encuentra en prisión.

¿Ha sido encarcelada por este pensamiento patriótico expresado ante A. Ingermann hace ahora dos años? No lo creemos. Clara Zetkin figura en la primera fila de los internacionalistas revolucionarios. Pertenece al grupo de Liebknecht, Rosa Luxemburg, Mehring Es completamente partidaria de Zimmerwald y de Kienthal. Ingermann: ¡está con nosotros!

Para defender sus posiciones, tiene usted todo el derecho del mundo a citar a Scheidemann, Plejánov, Vandervelde..., pero, ¡a Clara Zetkin haría usted mucho mejor dejándola en paz!

(*Novy Mir*, 13 de febrero de 1917)

### ***Y a pesar de todo os referís en vano a Clara Zetkin***

A Ingermann ha creído necesario eludir la parte principal de la cuestión y ocuparse en refutar mi carta, para confirmarla mejor. Según Ingermann no se trataba de un compromiso con una organización gubernamental sino con la Cruz Roja. ¿Ingermann

quiere decir con ello que la Cruz Roja no es una organización militar gubernamental? ¿O cree que habría que hacer una excepción a favor de esta organización sanitaria militar? Tendrá que explicarlo. El sentido de la referencia a las palabras de Zetkin deviene aún más misterioso. En la conferencia, Ingermann afirmó que Clara Zetkin habría visto como obligatorio el compromiso con una organización sanitaria militar (*Das ist unsere Pflicht*): es nuestro deber. De las palabras de Zetkin se desprende la conclusión que no hay que excluir del partido a los médicos que se comprometan con la Cruz Roja. Excluirlos o tratarlos menos severamente, eso tiene que ver con las tarifas punitivas. Pero habría que definir antes el compromiso con una organización sanitaria: ¿es un crimen o... nuestro deber? Hay que dar una respuesta que no sea equívoca.

Para saber lo que piensa sobre esta cuestión de principios el grupo de Clara Zetkin, Liebknecht, Luxemburg y Mehring, es suficiente con remitirse al folleto *Las bases del programa de la Internacional*. El artículo de Kate Dunker formula como sigue la opinión del ala izquierda (a la que pertenece Clara Zetkin): los socialistas deben aportar su apoyo al proletariado víctima de la guerra, pero no pueden hacerlo más que en organizaciones socialistas sobre las que deben desplegarse las banderas del socialismo revolucionario y no las de la Cruz Roja, gubernamentales. Solamente en ese sentido puede usted citar a Clara Zetkin sin falsear su posición real, ¡señora Ingermann!

A Ingermann, en conclusión, sólo hablará a los internacionalistas auténticos. Eso es hablar... Pero para eso es suficiente con tener principios bien definidos de política internacionalista. Esperamos que, en la próxima conferencia, Ingermann y sus amigos nos aclaren al respecto. En la última eso no fue demasiado bien. El presidente Brown definió sus principios: él es socialpatriota y tiene el valor de declarar sus sentimientos antisocialistas. El ala izquierda expuso sus principios: lucha revolucionaria durante la guerra. ¿Y los elementos intermedios? Se contentaron con referencias equívocas a palabras privadas de Zetkin defendiendo una tendencia a la que la misma Zetkin es implacablemente hostil. En eso es en lo que he intervenido, por respeto a Zetkin y por los principios.

(*Novy Mir*, 16 de febrero de 1917)

### ***Respuestas a las preguntas de los lectores***

A raíz de mis artículos en *Novy Mir* he recibido algunas preguntas y explicaciones. Me parece conveniente responder a las preguntas que ofrecen un interés general.

#### *Sobre la Cruz Roja*

“En lo concerniente a las opiniones socialistas e internacionalistas [nos escribe Maria Ragoza] estoy enteramente de acuerdo con usted, pero su rechazo a la Cruz Roja me deja perpleja. Le ruego que me explique lo siguiente:

¿De qué forma nosotros, socialistas-internacionalistas, tan poco numerosos, podemos ayudar a las víctimas de la guerra? Hasta donde sé, sólo hay dos médicos entre los socialistas rusos norteamericanos; entre los finlandeses no hay ninguno, incluso ni una hermana de la caridad.

¿De qué forma, nosotros que no tenemos la menor idea de tratar a los mutilados, podríamos ayudar al proletariado? Además, ¿tenemos nosotros, internacionalistas (agrupados en torno a *Novy Mir* y que reclaman cotidianamente ayuda), vendajes, camillas, ambulancias? ¿O nos veremos obligados a arrastrar a los heridos por los pies como el mujik hace con un becerro?

No, camarada Trotsky, ¿no sería mejor clasificar a la Cruz Roja entre las organizaciones neutrales, tales como las clínicas, las bibliotecas, los tranvías, navíos, etc...? Lo que cuenta para el herido es ser socorrido y no las opiniones políticas de quien le ayuda.”

La camarada Maria Ragoza se figura que tengo la intención de *reemplazar* a la Cruz Roja por una organización internacional correspondiente, y se pregunta con una natural sorpresa: ¿dónde tenemos los recursos necesarios? Es evidente que no tenemos los medios indispensables para alcanzar ese objetivo. De cualquier forma, el poder no nos permitiría jamás fundar esa institución en lugar de la Cruz Roja, mucho más de lo que no le permite a un soldado escoger entre un médico civil y un comandante. El soldado herido o enfermo es propiedad del gobierno igual que el soldado sano. Hay que curar al herido lo más rápidamente posible para enviarlo al frente. Únicamente cuando está convencido de que el invalido ya no es capaz de mutilar a otros soldados, el gobierno lo libera de sus grilletes, es decir de la vigilancia de la Cruz Roja. El médico militar tiene el deber no solamente de curar al herido, sino de vigilar que a éste no le repugne volver al frente: tiene el deber de desenmascarar a los simuladores; y, en general, de apoyar los intereses del poder contra los de sus víctimas. Ha ahí por qué el médico socialista no puede en ningún caso considerar como su deber implicarse en semejante institución.

No por ello, nosotros socialistas, dejamos de estar obligados a ayudar con todos nuestros medios a las víctimas de la guerra, pero debemos utilizar “*nuestras vías*”. Ante todo, vigilamos qué pasa en el ejército y, en particular, en la Cruz Roja. Hacemos la lista de todas las crueldades cometidas, de todos los malos tratamientos infligidos a las persona del soldado, de la insuficiente alimentación, de las carencias de tratamientos. Hacemos ese trabajo, no como patriotas exaltados sino como socialistas, es decir como defensores de los intereses de las masas trabajadoras. Nos esforzamos en mantener el contacto con nuestros partidarios, en las trincheras, en los cuarteles y en los hospitales. Les ayudamos; les enviamos tabaco, ropa, dinero, les suministramos libros, diarios, mantenemos correspondencia con ellos y así cultivamos en ellos un espíritu no *belicoso* sino *socialista*. Con ese objetivo podemos formar, si las circunstancias lo exigen, comités privados, nuestra propia “Cruz Roja”. Pero el objetivo de aquéllos no es aliviar al gobierno en su trabajo sanguinario sino, por el contrario, mantener el espíritu revolucionario en las trincheras y fábricas. Sobre todos los sectores de nuestra actividad concernientes a la guerra debe ondear la bandera internacionalista.

#### *Sobre Plejánov*

En uno de mis artículos (“Mi diario”) escribía yo: “En 1913, con motivo de mi estancia en Bucarest, Racovsky me contó que durante la guerra ruso-japonesa Plejánov le había dicho, con más sinceridad que a nosotros mismos, que el socialismo no debía ser “antinacional” y que el estado de ánimo “derrotista” había sido introducido en el partido... por la intelectualidad judía”.

A propósito de esto, A Goïsch me escribe:

“Involuntariamente se plantea el interrogante: ¿por qué usted, camarada Trotsky, no juzgó útil arrancarle la máscara al “camarada” Plejánov haciendo públicas esas palabras?

Estoy convencido de que muchos lectores piensan igual y de que una respuesta clara responderá al interés general.”

El camarada Goïsch me plantea un problema imposible de resolver. Se convencerá fácilmente si intenta representarse las circunstancias que precedieron a la guerra. Plejánov mantenía una posición abiertamente internacional durante la guerra ruso-nipona, después diplomática durante la guerra de los Balcanes. A causa de impresiones personales y conversaciones privadas yo sospechaba que Plejánov tenía tendencias nacionalistas. Pero mientras que éstas no se hiciesen públicas en la actividad política de Plejánov, hubiera carecido de todo interés, e incluso hubiese sido poco correcto, denunciarlas, mucho más teniendo en cuenta que los lectores no hubiesen podido verificarlas. Si ahora juzgo posible

recordar mis impresiones personales es porque éstas se han visto completadas por las actividades públicas de Plejánov y ofrecen de éste la clave psicológica hasta cierto grado.  
(*Novy Mir*, 3 de marzo de 1917)

### ***¡Preparad al soldado de la revolución!***

Se aproximan días sombríos. El gobierno burgués le plantea a cada uno el interrogante: ¿conmigo o contra mí? Muchos de los que giran alrededor del socialismo (abogados, médicos, etc.) abandonan nuestras filas para no romper sus lazos con la sociedad burguesa de la que dependen, y a la que la mayor parte de ellos pertenece moralmente. Pero nosotros, socialistas revolucionarios, alcanzamos una audiencia más profunda en las filas de los trabajadores que los truenos de los acontecimientos despiertan a la vida política.

Igual que los belicistas capitalistas llaman a los reclutas y realizan su instrucción guerrera en el menor plazo posible, igualmente nosotros, los únicos adversarios de esa camarilla belicista, tenemos que hacer pasar a millares y millares de reclutas por nuestra escuela socialista.

Los trabajadores evolucionados deben asumir la obligación de servir de instructores. En cada rincón de Nueva York, en cada ciudad de provincias, en cada fábrica en la que trabajen obreros rusos, hay que reclutar a los lectores de *Novy Mir* y acostumarlos a la lectura racional y consciente de nuestro diario. En todas partes es necesario crear círculos de lectores de *Novy Mir*, discutir y comentar con ellos los principales artículos. Es preciso despertar y empujar hacia adelante el pensamiento del proletariado. ¡Hay que preparar al soldado de la revolución!

(*Novy Mir*, 8 de marzo de 1917)

### ***Nada en común con Vorwärts***

(*Carta a la redacción*)

He aquí el texto de la carta que he enviado a la gaceta judía *Vorwärts*:

Señores redactores,

Cuando acepté vuestra propuesta para publicar en las columnas de vuestro diario mis opiniones sobre la posición internacional del socialismo me daba perfecta cuenta de toda la profundidad de nuestras diferencias de posición. Es cierto que mi ignorancia de la lengua judía me priva de la posibilidad de seguir sistemáticamente todo lo que publica *Vorwärts*. Pero mis compañeros políticos me han dado a conocer bastante a menudo el contenido de vuestros artículos, y he podido deducir de ello vuestra orientación y objetivos. Por ello, hace algunas emanas, acepté vuestra propuesta partiendo del hecho que el socialismo norteamericano acaba de vivir (con retraso ciertamente) un período de “discusiones” sobre los problemas fundamentales, colocando a los partidos socialistas europeos en dos campos irremediamente opuestos. Pero la cercanía de la guerra entre los USA y Alemania ha cambiado brutalmente la situación. Se trata actualmente de política de combate y no ya de discusiones. La redacción de *Vorwärts*, tras la “revelación” de la carta de Zimmermann,<sup>176</sup> ha llamado al proletariado judío (“en el caso” en que la revelación se viese confirmada) a la lucha “hasta la última gota de sangre” por la llamada patria.

De acuerdo con la declaración del Comité Civil de Nueva York de nuestro partido, pienso que bajo el nombre patria figura el derecho sagrado de los mercaderes de cañones millonarios para arrancar otros miles más de millones de sangre a los pueblos de Europa. Pienso que si el proletariado norteamericano está dispuesto a derramar su sangre es contra

<sup>176</sup> Esta revelación se ha realizado bajo un espíritu anti alemán.

la “patria” imperialista y no para defenderla. Ello significa que nosotros nos ponemos en el lado opuesto de la barricada. Bajo estas condiciones, mi colaboración, incluso muy provisional, no puede más que sembrar la duda en el ánimo de vuestros y de mis lectores haciendo suponer que podemos tener ideas comunes. Os ruego, pues, que paréis la publicación de mis artículos y que me devolváis los manuscritos en vuestro poder.

(*Novy Mir*, 6 de marzo de 1917)

### ***No es cierto***

*Vorwärts* repite que yo redacté mi carta a consecuencia de una traducción inexacta de su “declaración” vergonzosa llamando a los trabajadores judíos a derramar su sangre por los intereses del capitalismo norteamericano. ¡Es falso! Nuestra traducción es perfectamente correcta. La redacción de *Vorwärts* lo sabe. Por ello no comunica en qué consiste la inexactitud de la traducción. Por ello también ha intentado de forma indigna disimular mi carta a sus lectores y sólo la ha impreso tras mi protesta indignada. El desconcierto entre los trabajadores judíos evolucionados que piensan como nosotros le obliga a la redacción, desesperadamente comprometida, a utilizar todos los recursos posibles para salir del atolladero. *Vorwärts* no hace más que enturbiar las cosas y engaña a sus lectores.

(*Novy Mir*, 9 de marzo de 1917)

### ***La depuración es indispensable (El papel de Vorwärts en el movimiento obrero judío)***

Recibimos aprobaciones escritas y orales de numerosos camaradas judíos a propósito de nuestra campaña contra la política de *Vorwärts*. Esas aprobaciones no solamente constituyen un acicate moral, sino que, también, nos confirman la existencia de numerosos partidarios con los que podemos marchar hombro con hombro. La confusión provocada por la política de *Vorwärts*, adaptada a las costumbres y necesidades de la pequeña burguesía judía, ha alcanzado un grado extraordinario. Todos los trabajadores judíos evolucionados (¡afortunadamente hay un gran número de ellos!) reconocen la bajeza de la posición del diario que, apoyando las tendencias antiproletarias y guiado sólo por el deseo de una tirada, ejerce de hecho una verdadera dictadura sobre las organizaciones de los proletarios judíos en los USA. En lugar de ser el instrumento de la educación de las masas en un sentido revolucionario, *Vorwärts* sirve para ahogar el sentimiento de lucha de clase y obscurecer las conciencias por medio de prejuicios nacionalistas y sentimientos serviles hacia el poder capitalista.

En la conferencia más reciente del partido se propuso la siguiente resolución: la idea de “defensa nacional” queda rechazada categóricamente y todos los socialistas que prometan su ayuda al poder, en caso de guerra, deben ser expulsados de las filas del partido. El ala derecha, personificada por Hillquit, Lee, Ingermann, se vio forzada a adoptar la resolución. Ello caracteriza mejor que nada la mentalidad de los miembros de la “base”. En el sentido y letra de esta resolución, Kagan, el redactor en jefe de *Vorwärts*, debería ser expulsado del partido. No hay nada de sorprendente en que el diario haya ocultado esta resolución a sus lectores.

Es difícil encontrar otro ejemplo mejor para describir la empresa, puramente capitalista, vomitiva, ejercida por *Vorwärts* en sus lectores proletarios. El diario hace de pantalla entre los trabajadores y el partido, impone su censura capitalista y no comunica a los proletarios las decisiones del partido. ¿Por qué? Porque tras el sentido de esas resoluciones no hay lugar para los “manitus” de *Vorwärts*. No hay pocos ciudadanos socialistas que nos dicen: “El papel de *Vorwärts* es conocido desde hace mucho tiempo,

pero ¿qué podemos hacer?...” ¡Hasta qué punto se aturde la conciencia de esa brava gente con el inmueble de diez pisos en el East-Broadway! La mentalidad de los trabajadores educados es el mejor testimonio de lo que puede hacerse y de lo que se hará. Sería monstruoso que la clase deseosa de derrocar al reino del capitalismo sufriese con sumisión la presencia de periodistas capitalistas en sus propias filas.

Ha llegado el tiempo de verificar severamente y depurar implacablemente. No dudamos que, en esta tarea, que nos prepara para combates de la revolución, *Novy Mir* estará en primera fila con nuestros compañeros europeos.

(*Novy Mir*, 14 de marzo de 1917)

### ***Kagan, intérprete de la revolución rusa ante los trabajadores de Nueva York***

El Señor Kagan tomó la palabra en el mitin de Madison-Square-Garden (ese mitin coincidió con el de los internacionalistas revolucionarios celebrado en Harlem Casino, en el 116 de Lennox Avenue). Los trabajadores rusos combaten a la burguesía liberal y monárquica, a favor de la república. Kagan afirmó que Rusia no está “madura” para la república. Se apresura en socorrer a los lacayos monárquicos rusos contra el proletariado republicano. La clase obrera rusa se bate por la fraternidad de los pueblos contra los imperialistas liberales, a la cabeza de los cuales se encuentra Miliukov. Kagan envía un telegrama de felicitación al enemigo de los trabajadores rusos, Miliukov.

Escuchad, camaradas trabajadores: la conducta de Kagan es una desvergonzada provocación para el proletariado ruso y una ofensa a la revolución rusa.

(*Novy Mir*, 20 de marzo de 1917)

### ***Guerra y revolución***

EEUU entra en guerra en el momento en el que ésta ha provocado la revolución en el Este de Europa. Esta coincidencia es de destacar y tenemos que decir que no se debe al azar. La revolución rusa trae con ella nuevas fuerzas que no dejarán de inquietar a los corazones de las clases dirigentes. Hoy, el gobierno ruso octubrista y cadete ha proclamado solemnemente que mantendrá los compromisos del gobierno zarista, es decir que continuará pagando los porcentajes debidos a las bolsas inglesa, francesa y norteamericana llevando la guerra hasta “el final victorioso”. Tales obligaciones son muy reconfortantes, pero ¿quién puede responder del día de mañana? Si el ministerio Guchkov-Miliukov resulta barrido y surge un poder revolucionario, éste liquidará la guerra y las deudas del Antiguo Régimen. Semejante momento no sería favorable para una intervención de los EEUU. Hay que apresurarse. Es necesario abreviar el plazo de adoctrinamiento de las masas, mucho más teniendo en cuenta que enormes mítines rinden testimonio de una educación del pueblo en el sentido contrario. Es preciso golpear el hierro mientras está ardiente.

Las clases capitalistas de los EEUU no pueden detenerse. La industria de guerra, y su hermana de leche el capitalismo financiero, se precipitan en el abismo de la guerra ante el miedo a una crisis gigantesca. A pesar del ejemplo suministrado por Rusia, donde la guerra y la revolución están tan estrechamente ligadas, a pesar de que la prensa norteamericana burguesa habitúa a su público a la idea de una revolución inevitable en Europa, el gobierno “pacifista” de Wilson está obligado a plegarse a su destino: hacer entrar a la última potencia mundial en la escuela sangrienta de la guerra. Este hecho nos muestra hasta qué punto la burguesía ha perdido toda capacidad y control sobre los acontecimientos. Las fuerzas desenfrenadas del capitalismo actúan con un implacable automatismo. Únicamente el proletariado revolucionario puede amordazarlas. El



capitalismo norteamericano arrastra al país a la guerra; el proletariado norteamericano encontrará en ella una salida por la vía de la revolución social.

(*Novy Mir*, 22 de marzo de 1917)

### ***El pacifismo, cipayo del imperialismo***<sup>177</sup>

Nunca el mundo ha contado con tantos pacifistas, precisamente ahora que los hombres se matan entre ellos. Cada época histórica no solamente tiene sus técnicas y formas políticas propias, sino, también, su hipocresía específica. En determinado período, los pueblos se exterminaban mutuamente en nombre de las enseñanzas del cristianismo, del amor a la humanidad. En adelante únicamente los gobiernos más reaccionarios se acogen a Cristo. Las naciones progresistas se degüellan mutuamente en nombre del pacifismo. Wilson arrastra a los Estados Unidos a la guerra en nombre de la Liga de las Naciones y la paz perpetua. Kerensky y Tsereteli abogan por una nueva ofensiva pretendiendo que ésta acercará la paz.

Hoy en día carecemos cruelmente del verbo satírico y la indignación de Juvenal. Sea como sea, incluso las armas satíricas más corrosivas se muestran impotentes e ilusorias ante la alianza triunfante de la infamia y la servidumbre (dos elementos que, con esta guerra, se han desarrollado sin traba alguna).

El pacifismo pertenece al mismo linaje histórico que la democracia. La burguesía intentó realizar su gran obra histórica tratando de poner todas las relaciones humanas bajo la autoridad de la razón, y reemplazar las tradiciones ciegas y estúpidas por las herramientas del pensamiento crítico. Las ataduras que los gremios le anudaban a la producción, los privilegios que paralizaban a las instituciones políticas, la monarquía absoluta... todo esto no eran más que vestigios de las tradiciones de la Edad Media. La democracia burguesa tenía una absoluta necesidad de la igualdad jurídica para permitir la expansión de la competencia y del parlamentarismo, para administrar los asuntos públicos. También buscó regular de la misma forma las relaciones entre las naciones. Pero, en este punto, tropezó con la guerra, es decir una forma de solucionar los problemas que representa una total negación de la “razón”. Entonces comenzó a decirles a los poetas, filósofos, moralistas y hombres de negocios, que sería mucho más productivo para ellos llegar a la “paz perpetua”. Y éste es el argumento lógico que se encuentra en la base del pacifismo.

La tarea original del pacifismo, sin embargo, es fundamentalmente la misma que la de la democracia burguesa. Su crítica sólo aborda la superficie de los fenómenos sociales, no se atreve a ir al grano, a cortar la carne al vivo y llegar a las relaciones económicas que los sustentan. El realismo capitalista juega con la idea de una paz universal basada en la armonía de la razón, y lo hace de una forma que más cínica con las ideas de la libertad, la igualdad y la fraternidad. El capitalismo ha desarrollado la técnica sobre una base racional, pero ha fracasado en racionalizar las condiciones económicas. Ha puesto a punto armas masivas de exterminio con las que jamás podrían haber soñado los “bárbaros” de la época medieval.

La rápida internacionalización de las relaciones económicas, y el constante crecimiento del militarismo, le han quitado al pacifismo todo fundamento sólido. Pero al mismo tiempo, estas mismas fuerzas le han procurado una nueva aura que contrasta tanto con su antigua apariencia como una rojiza puesta de sol difiere de un alba rosácea.

---

<sup>177</sup> Este artículo fue inicialmente publicado en Norteamérica [en *Novy Mir*] a principios de junio de 1917 [en cualquier caso posteriormente al 11 de junio]. Se reproduce exactamente como fue impreso en el semanario petersburgués *Vperiod.*)

Los diez años que precedieron a la guerra mundial se califican generalmente como “paz armada”, cuando resulta que se trata, de hecho, de un período de guerra ininterrumpida en los territorios coloniales.

La guerra ha castigado duramente a las zonas pobladas por pueblos débiles y atrasados; ha llevado a la participación de África, Polinesia y Asia, y ha abierto la vía a la guerra actual. Pero, como en Europa no se ha estallado ninguna guerra desde 1871, aunque se hayan producido conflictos limitados pero agudos, los pequeñoburgueses se han mecido en una dulce ilusión: en la existencia y el refuerzo continuo de un ejército nacional que garantizaría la paz y permitiría algún día la adopción de un nuevo derecho internacional. Evidentemente, los gobiernos capitalistas y el gran capital no se opusieron a esta interpretación “pacifista” del militarismo. Durante ese tiempo, los preparativos del conflicto mundial alcanzaban su apogeo y la catástrofe se iba a producir muy pronto.

Teórica y políticamente, el pacifismo descansa exactamente sobre la misma base que la doctrina de la armonía social entre los intereses de clase diferentes.

La oposición entre estados capitalistas nacionales tiene exactamente la misma base económica que la lucha de clases. Si se cree posible una atenuación gradual de la lucha de clases, entonces también se creará en la atenuación gradual y en la regulación de los conflictos nacionales.

La pequeña burguesía siempre ha sido el mejor guardián de la ideología democrática, de todas sus tradiciones e ilusiones. Durante la segunda mitad del siglo XIX sufrió profundas transformaciones internas, pero todavía no había desaparecido de escena. En el mismo momento en el que el desarrollo de la técnica capitalista minaba permanentemente su papel económico, el sufragio universal y el servicio militar obligatorio le ofrecieron, gracias a su fuerza numérica, la ilusión de ejercer un papel político. Cuando el pequeño patrón lograba no resultar aplastado por el gran capital, el sistema de crédito se encargaba de someterlo. A los representantes del gran capital no le quedaba ya nada más que hacer que subordinar a la pequeña burguesía en el terreno político sirviéndose de sus teorías y prejuicios y confiriéndoles un valor ficticio. Tal es la explicación del fenómeno que se puede observar durante la década precedente a la guerra: entonces el campo de influencia del imperialismo reaccionario se ampliaba y alcanzaba un terrorífico nivel al mismo tiempo que florecían las ilusiones reformistas y pacifistas en la democracia burguesa. El gran capital había domesticado a la pequeña burguesía para que sirviese a sus fines imperialistas apoyándose en los prejuicios específicos de esta clase.

Francia es el ejemplo clásico de ese doble proceso. En ese país dominado por el capital financiero existe una pequeña burguesía numerosa y generalmente conservadora. Gracias a los préstamos al extranjero, a las colonias, a la alianza con Rusia e Inglaterra, la capa superior de la población se ha visto implicada en todos los intereses y conflictos del capitalismo mundial. Al mismo tiempo, la pequeña burguesía francesa sigue siendo provinciana hasta la médula. La pequeña burguesía siente un miedo instintivo ante los asuntos mundiales y, durante toda su vida, sufre horror ante la guerra, esencialmente porque sólo tiene un hijo al que dejará su negocio y muebles. Este pequeño burgués envía a un radical burgués a representarlo en el parlamento porque ese señor promete que preservará la paz gracias a la Liga de las Naciones, por una parte, y, por otra parte, a los cosacos rusos que le partirán la cabeza al Káiser por él. Cuando el diputado radical, salido de su pequeño ambiente de abogados de provincias, llega a París, está animado por una sólida fe en la paz. Sin embargo, sólo tiene una vaga noción de la localización del Golfo Pérsico y no sabe si el ferrocarril de Bagdad es necesario ni a quién pueda serle útil. En ese ambiente de diputados “pacifistas” es en el que se rebusca para formar los gobiernos radicales. E inmediatamente, éstos se ven enredados en las ramificaciones de todas las

precedentes obligaciones diplomáticas y militares suscritas con Rusia, África y Asia en nombre de diversos grupos de interés financieros de la bolsa francesa. El gobierno y el parlamento jamás han abandonado su fraseología pacifista, pero, al mismo tiempo, han proseguido una política exterior que finalmente ha llevado a Francia a la guerra.

Los pacifismos inglés y norteamericano (aunque las condiciones sociales e ideológicas de esos países difieran considerablemente de las de Francia, y a pesar de la ausencia de cualquier ideología en Norteamérica) cumplen esencialmente la misma tarea: ofrecen una válvula de escape al miedo de los ciudadanos pequeñoburgueses ante las sacudidas mundiales que, después de todo, no pueden hacer otra cosa más que privarlos de los últimos vestigios de su independencia; acunan y adormecen la vigilancia de la pequeña burguesía gracias a nociones como el desarme, el derecho internacional o los tribunales de arbitraje. Después, en un momento determinado, los pacifistas incitan a la pequeña burguesía a sacrificarse en cuerpo y alma al imperialismo capitalista que ya ha movilizado todos los medios necesarios para lograr ese efecto: conocimientos técnicos, arte, religión, pacifismo burgués y “socialismo” patriótico.

“Estamos contra la guerra, nuestros diputados, nuestros ministros, todos se oponen a la guerra”, se lamenta el pequeñoburgués francés: “Resulta de eso, pues, que se nos ha forzado a hacer la guerra y que para realizar nuestro ideal pacifista debemos llevar esta guerra hasta la victoria”. “¡Hasta el final!” grita el representante del pacifismo francés, el barón de Estournel de Constant para consagrar solemnemente la filosofía pacifista.

Para llevar la guerra hasta la victoria, la bolsa de Londres tiene una absoluta necesidad del respaldo de pacifistas con el temple del liberal Asquith o del demagogo radical Lloyd George. “Si esos hombres dirigen la guerra, se han dicho a sí mismos los ingleses, entonces es que tenemos el derecho de nuestra parte.”

Igual que el gas de combate o los empréstitos de guerra, que no cesan de aumentar, el pacifismo tiene, pues, su papel a jugar en el desarrollo del conflicto mundial.

En los Estados Unidos, el pacifismo de la pequeña burguesía ha desvelado su verdadero papel, el de servidor del imperialismo, de forma aún menos disimulada. Allí, como en todos los lugares, por otra parte, quienes hacen la política son los bancos y los trusts. Incluso antes de 1914, gracias al extraordinario desarrollo de la industria y de las exportaciones, los Estados Unidos ya habían comenzado a comprometerse cada vez más en la arena mundial para defender sus intereses y los del imperialismo. Pero la guerra europea ha acelerado esa evolución imperialista hasta el punto en el que ha alcanzado un ritmo febril. En el momento en el que numerosas personas virtuosas (incluyendo a Kautsky) confiaban en que los horrores de la carnicería europea inspirarían a la burguesía norteamericana un santo horror al militarismo, la influencia real del conflicto en Europa se dejaba sentir no en el plano psicológico sino en el plano material, y llevaba a un resultado exactamente inverso. Las exportaciones de los Estados Unidos, que alcanzaban en 1913 los 2.466 millones de dólares, han progresado en 1916 hasta alcanzar el increíble montante de los 5.481 millones<sup>178</sup>. Naturalmente que la industria de las municiones se ha llevado la parte del león. Después surgió de golpe la amenaza de la interrupción del comercio con los países de la Entente, cuando comenzó la guerra de submarinos sin límites. En 1915, la Entente había importado 35.000 millones de bienes norteamericanos, mientras que Alemania y Austria-Hungría sólo habían importado 15 millones. Estaban en juego, pues, gigantescos beneficios, pero, también, una grave crisis del conjunto de la industria norteamericana que descansa en la industria de guerra. Esas cifras son las que debemos tener en mente si queremos comprender el reparto en Norteamérica de las

<sup>178</sup> Las exportaciones de los EEUU: *Monthly summary of origin commerce of the USA*, diciembre de 1916: a Alemania y Austria se ha exportado por menos de... un millón y medio. Estas cifras dan la llave de la expresión de las simpatías.

“simpatías” hacia cada campo. Y los capitalistas llamaron entonces al estado: “Usted ha constituido la industria militar bajo la bandera del pacifismo, es usted, pues, quien debe encontrarnos nuevos mercados.” Si el estado no estaba en condiciones de prometer la “libre navegación de los mares” (dicho de otra forma, la libertad para extraer capital de la sangre humana), tenía que encontrar nuevos mercados para las industrias de guerra amenazadas en la misma Norteamérica. Y las necesidades de la carnicería europea llevaron, así, a una repentina y catastrófica militarización de los Estados Unidos.

Era previsible que esas medidas suscitaran la oposición de una gran parte de la población. En materia de política interna pues, calmar ese descontento de indefinidos contornos y transformarlo en cooperación patriótica constituía un desafío capital. Y por una extraña ironía de la historia, el pacifismo oficial de Wilson, tanto como el pacifismo de “oposición” de Bryan, suministró las armas más aptas para la obtención del objetivo: controlar a las masas mediante el militarismo.

Bryan expresó, alto y claro, la aversión natural de los campesinos y de todos los pequeñoburgueses hacia el imperialismo, el militarismo y el aumento de impuestos. Pero, mientras multiplicaba las peticiones y delegaciones ante sus colegas pacifistas que ocupaban los más altos cargos gubernamentales, Bryan hacía todo lo posible para romper con la tendencia revolucionaria de ese movimiento.

Bryan telegrafió a un mitin antiguerra que se celebró en Chicago en febrero con estas palabras: “Si se llega a la guerra, apoyaremos al gobierno, pero hasta ese momento nuestro deber más sagrado es hacer todo lo está en nuestras manos para evitar los horrores de la guerra.” Esas pocas palabras contienen todo el programa del pacifismo pequeñoburgués. “todo lo que está en nuestras manos para evitar la guerra” significa ofrecer un desahogo a la oposición de las masas bajo la forma de inofensivos manifiestos. Así se le asegura al gobierno que, si tiene lugar la guerra, la oposición pacifista no pondrá ningún obstáculo a su acción.

En verdad, esto es todo lo que necesita el pacifismo oficial: un Wilson que ya había dado a los capitalistas que hacen la guerra numerosas pruebas de su “disposición a combatir”. Y el mismo Señor Bryan entiende que es suficiente con haber hecho esas declaraciones, tras lo cual quedó satisfecho con apartar a un lado su estruendosa oposición a la guerra con un único objetivo: declarar la guerra. Como Wilson, Bryan se precipitó en ayuda del gobierno. Y las grandes masas, no solamente la pequeña burguesía, se dijeron: “Si nuestro gobierno, dirigido por un pacifista de reputación mundial como Wilson, puede declarar la guerra, y si el mismo Bryan puede apoyarlo en la cuestión de la guerra, entonces seguramente es que se trata de una guerra justa y necesaria”. Esto explica por qué el virtuoso pacifismo, a la moda cuáquera, apoyado por los demagogos que dirigen el gobierno, era tenido en tan alta estima por la bolsa y los dirigentes de la industria de guerra.

Nuestro propio pacifismo menchevique, socialista-revolucionario, a pesar de las diferencias de condiciones locales, ha ejercido exactamente el mismo papel a su manera. La resolución sobre la guerra, adoptada por la mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, no solamente se basa en los mismos prejuicios pacifistas en lo concerniente a la guerra sino, también, en las características de la guerra imperialista. El congreso afirma que “la primera y más importante de las tareas de la democracia revolucionaria” es la de acabar rápidamente con la guerra. Pero esas declaraciones sólo tienen un objetivo: en tanto que los esfuerzos internacionales de la democracia burguesa no logren acabar con la guerra, la democracia revolucionaria rusa exige con fuerza que el ejército ruso esté preparado para el combate, tanto a la defensiva como a la ofensiva.

La revisión de los antiguos tratados internacionales le obliga al Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados a someterse de buen grado a los diplomáticos de la Entente, y en su naturaleza no está liquidar el carácter imperialista de la guerra, incluso si pudiesen hacerlo. Los “esfuerzos internacionales de las democracias” abandonan al Congreso Panruso de los Sóviets y a sus dirigentes en manos de los patriotas socialdemócratas, que están atados de pies y manos a sus gobiernos imperialistas. Y esta misma mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, tras verse comprometida en una vía sin salida (“el fin lo más rápidamente posible de la guerra”) se ha visto llevada ahora, en lo que concierne a la política práctica, a una precisa conclusión: la ofensiva. Un “pacifismo” que se somete a la pequeña burguesía y nos lleva a apoyar la ofensiva, por descontado que se verá acogido muy calurosamente por el gobierno ruso y, también, por las potencias imperialista de la Entente.

Miliukov, por ejemplo, ha declarado que: “Nuestra lealtad hacia nuestros aliados y hacia los antiguos tratados (imperialistas) firmados nos obliga a iniciar la ofensiva.”

Kerensky y Tsereteli afirman: “Aunque los antiguos tratados no hayan sido todavía revisados, la ofensiva es inevitable.”

Los argumentos varían, pero la política es la misma. Y no puede ser de otra forma puesto que Kerensky y Tsereteli están estrechamente ligados al partido de Miliukov que se encuentra en el gobierno.

El pacifismo socialdemócrata y patriótico de Dan, igual que el pacifismo al estilo cuáquero de Bryan, sirve de hecho a los intereses de las potencias imperialistas.

Por ello la tarea más importante de la diplomacia rusa no consiste en persuadir a la diplomacia de la Entente para que revise tal o tal otro tratado, o para que derogue tal disposición, sino en convencerla de que la revolución rusa es absolutamente fiable, que se puede confiar en ella con toda seguridad.

El embajador ruso, Bachmatiev, en su discurso ante el Congreso Norteamericano del 10 de junio, también ha caracterizado la actividad del Gobierno Provisional desde este punto de vista:

Ha dicho: “todos esos acontecimientos demuestran que el poder y la representatividad del Gobierno Provisional aumenta cada día. Cuanto más aumenten, más en condiciones estará el gobierno para eliminar a los elementos desintegradores que provienen de la reacción o de la extrema izquierda. El Gobierno Provisional acaba ahora justamente de decidir tomar todas las medidas necesarias para lograrlo, incluso si es necesario utilizar la fuerza, aunque no cesa de buscar una solución pacífica para esos problemas.”

Ni por un instante se puede dudar de que el “honor nacional” de nuestros patriotas socialdemócratas se mantiene intacto cuando el embajador de la “democracia revolucionaria” se apresura a demostrarle a la plutocracia norteamericana que el gobierno ruso está presto para hacer correr la sangre del proletariado ruso en nombre de la ley y el orden. El elemento más importante del mantenimiento del orden era el apoyo leal a los capitalistas de la Entente.

Y mientras que Herr Machmatiev, con el sombrero en la mano, se dirigía humildemente a las hienas de la bolsa norteamericana, *messieurs*<sup>179</sup> Tsereteli y Kerensky adormecían a la “democracia revolucionaria” asegurándole que era imposible combatir a la “anarquía de la izquierda” sin utilizar la fuerza y amenazaban con desarmar a los obreros de Petrogrado y a los regimientos que los apoyaban. Ahora podemos ver que esas amenazas se proferían en un buen momento: eran la mejor garantía para los préstamos norteamericanos a Rusia.

<sup>179</sup> En francés en el original. “Señores”.

Herr Bachmatiev podía haberle dicho a Mr. Wilson: “Ahora puede ver que nuestro pacifismo revolucionario no difiere ni un pelo del pacifismo de su bolsa. Y si pueden creer a Mr. Bryan, ¿por qué no podrían creer a Herr Tsereteli?”

### ***El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano***

#### *En la escuela de la guerra*

Las fuerzas desenfrenadas del capitalismo continúan su tarea de destrucción ampliando su campo de actividad. La última parte del Mundo entra, a su vez, en el torbellino sangriento. Ante el desencadenamiento de esas fuerzas diabólicas, ¡cuán miserable puede ser lo que puede crear el ser humano! Los acontecimientos lo han superado desde hace mucho tiempo. Nada comprable puede encontrarse en la naturaleza pues incluso los cataclismos más escalofriantes, tales como las avalanchas, las erupciones de un volcán, las sacudidas sísmicas, no son más que juegos de salón comparados con este huracán de sangre, de dinamita y muerte, que barre al mundo entero.

Los parlamentos burgueses se callan en sus vergonzosos desconciertos ante estos acontecimientos que ni han sabido prever, ni evaluar y que ni buscan incluso dominar. Se borran ante los ministros, los presidentes y monarcas que, ellos sí, disponen de los “secretos gubernamentales” para ocultar a la vista del pueblo su degradación. Todo lo que saben hacer es fabricar sofismas y soltar fórmulas sonoras y vacías para engañar a las masas. Durante ese tiempo, la técnica capitalista pone a punto su arte infernal, confiando medios de destrucción jamás igualados en manos de los carniceros militaristas.

¡En qué inmensa y victoriosa fuerza se hubiese convertido la [Segunda] Internacional si se hubiese mantenido fiel a los principios que sirvieron para su fundación!

El drama no consiste en que la Internacional no fue capaz de oponerse a la guerra, sino en que ni, incluso, intentó heroicamente levantar a las masas contra el militarismo. Es horrible y vergonzoso hacer lo que han hecho los dirigentes inclinándose ante la guerra, aceptándola y bendiciéndola.

Aquellos de los que pensábamos que eran jefes (sin señalar que años de trabajo cotidiano automático los habían vaciado de su substancia) les habrían podido decir a las masas: “No juzgamos posible llamaros a la rebelión abierta. La burguesía os arrastra a luchar y haceros matar. Marchad al frente como prisioneros del gobierno capitalista y no como socialistas. El militarismo puede adueñarse de vuestros cuerpos, no le entreguéis vuestras almas. Con los dientes apretados esperad el momento en el que la máquina gubernamental se “agripe”, en el que la llama de la protesta surja en las mentes de los más hundidos, de los más atrasados de los esclavos del capitalismo, y entonces vuestro partido os dará la señal de asalto.”

Pero no lo han dicho. Han asumido la responsabilidad de esta guerra, han bendecido la guerra, se han inclinado ante ella. Con la más inquebrantable convicción podemos decir que el ideal del socialismo hubiese sido sepultado para siempre bajo las ruinas de la cultura capitalista si, desde las filas de la [Segunda] Internacional no se hubiese elevado un grito de protesta. Los internacionalistas revolucionarios, fieles a sus banderas, les han mostrado a las masas, con la voz y con la acción, que, ante la capitulación de los jefes, la quiebra de las organizaciones, el alma del socialismo se mantenía viva y el ideal intacto. Los Liebknecht, Hoeglund, Mac Lean, Adler, Rakovsky (aquellos a quienes los que recogen los antiguos altares llaman “fanáticos” y “escisionistas”), han salvado la dignidad y el honor del socialismo y la seguridad moral de su desarrollo.

Sus valerosas voces han resonado sin cesar no solamente como llamamientos directos a los trabajadores de las naciones beligerantes, sino como advertencias a los socialistas de las pocas naciones que la guerra no ha arrastrado en su torbellino.

El partido italiano, al que la guerra le afectó nueve meses después que a los principales partidos de la Internacional, ha entendido la lección. Ha hecho recaer la responsabilidad sobre las clases dirigentes, ha votado contra los créditos de guerra y, a través de su diario *Avanti*, lleva adelante una brillante campaña contra las mentiras patrióticas y la estupidez chovinista. Ha tomado la iniciativa de la Conferencia de Zimmerwald. Mientras que los partidos socialpatriotas de los otros países se deshacen, el Partido Socialista Italiano conserva su unidad y ha adquirido una influencia entre las masas todavía sin igual.

La historia le ha concedido al socialismo norteamericano un plazo incomparablemente más largo para reflexionar. ¿Se ha utilizado ese plazo? Sobre eso nos responderán los próximos acontecimientos. Sin riesgo a equivocarnos, podemos decir esto: los elementos socialistas en Norteamérica sólo están a la altura en la medida en que participan en la lucha que desgarrar a los partidos europeos, en la medida en que abrazan la lucha revolucionaria contra la “paz civil”, a favor de Liebknecht contra Scheidemann, a favor de Zimmerwald contra La Haya. Por el contrario, esos diplomáticos del socialismo que han rehusado definir su posición recomendando conciliar con la fórmula “hasta el final”, que se han comportado frente a la lucha de principios como “neutralistas”, que cosen los desgarrones hechos a su visión del mundo socialista con las agujas oxidadas de su abuela, esa gente le ha prestado un muy mal servicio al proletariado norteamericano. Se han colocado entre él y la experiencia costosamente adquirida de sus hermanos europeos... Y ahora es necesario responder sin esperar “al fin de la guerra”.

Hay épocas en las que la facultad diplomática de lanzar una mirada a izquierda y otra a derecha, pasa por sensatez. Semejante época sucumbe ante nosotros y sus héroes desaparecen poco a poco. La guerra, como la revolución, plantea las cuestiones de forma brusca. ¿A favor de la guerra o a favor de la paz? ¿A favor de la lucha nacional o a favor de la lucha revolucionaria? ¿A favor de Marx... o a favor de Wilson? Los terribles tiempos que vivimos exigen un pensamiento intrépido tanto como también un carácter viril. No se trata solamente de enfrentarse sin miedo a la policía (eso está bien, pero no es bastante), es esencial desplegar un coraje mucho más elevado, el de desenmascarar los prejuicios y a los “guías” tradicionales que, hasta la guerra, poseían una autoridad tal que enturbiaban el pensamiento, y sacar las conclusiones de los mayores acontecimientos de la historia.

En cualquier caso, los tiempos de la espera han acabado ya (ello también se aplica al socialismo). El proletariado norteamericano entra en la escuela de la guerra. De que este paso dará sus frutos tendremos muy pronto la ocasión de convencernos.

(*Novy Mir*, 6 de febrero de 1917)

*¿Qué decía la Internacional sobre la defensa de la patria?*

Desde el principio de la guerra los partidos más importantes de la [Segunda] Internacional se han acercado a las clases dirigentes y han llamado a los trabajadores a servir bajo la bandera de la defensa nacional. Este hecho es la base de la crisis que atraviesa todo el movimiento obrero. En Norteamérica particularmente muchos socialistas dicen: “Que la táctica de los partidos alemán, francés, belga, austríaco, etc., haya sido la apropiada para las circunstancias es una cuestión particular. El próximo congreso internacional examinará la cuestión sobre la base de la experiencia de la guerra y sacará las conclusiones indispensables. Pero no hay duda alguna sobre lo siguiente: la Segunda Internacional ha reconocido la necesidad de la defensa nacional, y los partidos han actuado de pleno acuerdo con ese principio.”

¿Esto es cierto? No, es falso. Los socialistas que afirman lo que se ha dicho arriba son culpables de dos pecados: primero, dejan al descubierto su ignorancia sobre las opiniones reales de la Segunda Internacional y, segundo, no definen qué entienden por

“defensa nacional”. Si la “defensa de la patria” es uno de los principios de la concepción socialista del mundo, está claro que los socialistas deben apoyar al gobierno, sin preocuparse en conocer las causas del conflicto ya que la guerra amenaza a cada una de las “patrias” en guerra. ¿Se quiere decir que la Segunda Internacional ha reconocido la necesidad de la defensa nacional en tanto que principio absoluto, independientemente de las condiciones y carácter de la guerra? Es una afirmación engañosa: aprueba la política de los Scheidemann y Victor Adler, por una parte, y, por otra parte, la de los Vandervelde, Guesde, Plejánov. La guerra amenaza a todas las patrias y, en consecuencia, todas se defienden.

La cuestión se complica a causa del hecho que la mayoría de los socialpatriotas niegan ellos mismos la cuestión planteada así: “Los socialistas sólo puede apoyar a su gobierno si éste es víctima de una agresión. En el caso contrario deben combatirlo negando la obligación de una “defensa de la patria”.” Esta era la opinión de Bebel. Repitió en numerosas ocasiones que él “se echaría el fusil al hombro” si Alemania era atacada. Desde ese punto de vista ampliamente extendido, el principio de defensa nacional se demuestra no ser absoluto: sólo es admisible en las guerras de defensa y no puede servir para justificar la política patriótica de los socialistas de ambos bandos de las trincheras.

Pero ese principio limitado ¿ha sido reconocido completamente por la Segunda Internacional? No es cierto. En el congreso del partido en Essen, el punto de vista de Bebel encontró una fuerte oposición, particularmente por parte de Kautsky: “No podemos comprometernos a sostener el espíritu belicoso del poder cada vez que una agresión nos amenace... No puedo aceptar tal responsabilidad. No puedo garantizar que establezca la distinción justa: ¿el gobierno nos miente o defiende los intereses del país?... Ayer, Alemania era el agresor, mañana será Francia y después de mañana Inglaterra. Esto cambia constantemente... En realidad, ante nosotros no tendremos una cuestión nacional, sino el choque de dos naciones que se transformará en una guerra mundial. El gobierno alemán convencerá a los trabajadores alemanes de su derecho justo, el gobierno francés hará lo mismo con los suyos, y los proletarios convencidos se destriparán con ardor. Hay que evitarlo, y sólo lo podremos hacer si adoptamos como criterio no el de la defensa nacional sino el de los intereses del proletariado que devienen intereses internacionales.”

Este discurso de Kautsky, que puede llamarse profético, muestra toda la envergadura de la mentira que constituye la afirmación según la cual la Segunda Internacional contemplaba el principio de la defensa nacional como el axioma de la política socialista. Kautsky, jefe incontestado de la Segunda Internacional, rechazaba ese principio, y no solamente en el sentido absoluto sino, también, en su limitación, es decir en su aplicación a una respuesta a la agresión. Exigía que los socialistas se acoplasen no al interés de la nación sino al del proletariado.

Sin embargo, ¿qué dicen las resoluciones formales de los congresos de la Segunda Internacional? ¿Reconocen esas resoluciones sin restricciones el dogma de la defensa nacional? ¿La limitan a la guerra de defensa como lo hacía Bebel? Quien se tome la molestia de consultar las resoluciones de los congresos de la Segunda Internacional llegará a la conclusión de que esas cuestiones jamás recibieron respuestas unánimes. Todas las resoluciones formuladas se distinguen ya sea por una precisión insuficiente, ya sea por contradicciones. Pero se puede establecer sin posibilidad de contestación que el principio de “defensa de la patria” ha retrocedido hacia lo que es el problema de los internacionalistas revolucionarios: la lucha contra el imperialismo. Así, la resolución del último Congreso de Basilea, convocado especialmente para juzgar las cuestiones de guerra, impuso a los socialistas un deber más elevado que el de la defensa nacional: conservar un lazo indestructible entre los partidos de los diferentes países, luchar por el



cese inmediato de la guerra y usar la crisis y el despertar de las masas para derrocar lo más rápidamente posible las estructuras capitalistas.

Por tanto, todas las afirmaciones según las cuales los socialpatriotas actuarían estrechamente de acuerdo con los antiguos principios de la [Segunda] Internacional mientras que los internacionalistas se desviarían de ellos, decantándose hacia la anarquía, son absolutamente erróneas. Se puede afirmar que los socialpatriotas buscan una justificación en supervivencias conservadoras y nacional-demócratas, mientras que los internacionalistas unidos en Zimmerwald y Kienthal representan a las tendencias social-revolucionarias expresadas bajo la forma más vigorosa en la resolución del Congreso de Basilea.

Desde el primer día de la guerra, las actuaciones de los socialistas-gubernamentales demuestran que no sentían bajo sus pies el terreno sólido en lo concerniente a los principios. Los socialpatriotas de los dos campos no creían posible limitarse al simple principio de la “defensa de la patria”. Todos intentaron justificar su colaboración mediante un principio auxiliar.

Scheidemann nos dice que la guerra “es contra el zarismo”. Guesde, Vandervelde y Plejánov han afirmado que la guerra estaba “contra el militarismo prusiano”. Además, unos y otros prometen, gracias a la victoria, “liberar” a los pueblos pequeños o débiles, crear una Liga de las Naciones, destruir los ejércitos permanentes, etc...

Está claro para todos que esas promesas sólo son patéticas ilusiones. Pero, incluso desprovisto de todo don profético, cada uno predecía la quiebra. ¿De dónde vino entre los socialpatriotas la necesidad de adornar con rasgos “liberadores” la guerra imperialista? Es evidente que, si el principio de “defensa de la patria” era claro e inatacable, los socialpatriotas no habrían necesitado añadirle correctivos fantásticos y dotar a la guerra capitalista con capacidades creadoras de la revolución democrática. Los problemas liberadores de la guerra tienen un carácter ofensivo y, por ello mismo, chocan con el principio de la defensa nacional.

(*Novy Mir*, 27 de febrero de 1917)

### *Dos campos beligerantes*

Un telegrama de París nos informa de que el Comité Nacional francés del Partido Socialista ha juzgado severamente a la oposición socialista y ha privado a sus partidarios del derecho a ocupar puestos oficiales en el partido hasta que los opositores reconozcan sus herejías. Aquí se trata de los longuetistas, por tanto, de esa fracción que dirige el diputado Jean Longuet.

¿Qué quiere entonces esa oposición que no acudió a Zimmerwald? La convocatoria de una Conferencia Socialista Internacional. Esta es la principal herejía de los longuetistas. Son “patriotas”, votan a favor de los créditos militares, reconocen la “defensa de la patria”. Pero se dan cuenta de cómo de sometido a la burguesía está el partido y de cuánto crece entre los trabajadores el descontento. Buscan una vía de salida en una conferencia internacional que les servirá para tomarle el pulso a la opinión mundial (pero no podemos acudir a una conferencia en la que se encuentren los socialistas alemanes, dicen Guesde y Sembat, etc..., pues nosotros somos un partido oficial y nuestra participación se interpretaría como un intento de negociaciones de paz por parte del gobierno francés). En ese caso, salgamos del ministerio, les responden los longuetistas (hay que recordar que todavía hay un socialista en el gobierno: Albert Thomas, Sembat y Guesde han sido apartados por Briand por inútiles). Pero, puesto que estamos a favor de la defensa nacional, y puesto que le ofrecemos voluntariamente millones de hombres y miles de millones [de francos], no podemos retirarnos del gobierno, responden con lógica Guesde y Sembat.

Justamente, he ahí por qué debéis rehusar cualquier participación en la defensa nacional, romper todos los lazos con el poder y declararle una guerra implacable (son los zimmerwaldianos los que se mezclan en el debate). Pero los longuetistas no van tan lejos; son buenos patriotas atemorizados por el descontento de las masas. Ellos quisieran estar a la vez con el gobierno y con las masas. Y es esta apacible oposición a la que los socialpatriotas ponen en la picota y privan, por tanto, a todos sus miembros de cualquier obligación oficial.

Sin lugar a dudas se trata de un paso decisivo hacia la escisión. ¿Quién la llama? No el coraje de los longuetistas y la resolución de sus posiciones, sino la exigencia de la patria capitalista. Quien no está conmigo está contra mí, grita el capitalismo, y les exige a sus esclavos socialpatriotas que excluyan no solamente a los internacionalistas revolucionarios sino, además, a los elementos que dudan. Y vemos como Scheidemann y Ebert expulsan de su partido la posición tomada por Kautsky, Haase y Lebedour mientras que Guesde y Sembat atacan a los longuetistas. En todos los países de Europa se plantea la cuestión: *o* la patria capitalista, *o* el socialismo revolucionario. Ahora también se plantea en los USA.

Quien está a favor de la patria capitalista es el aliado de nuestros enemigos de clase. No tiene nada que ver con el partido del proletariado revolucionario.

(*Novy Mir*, 8 de marzo de 1917)

#### *Poca calma en Europa*

En Europa reina la inseguridad. Desde el este ruso sopla un viento primaveral, portador de alarma y de clamores revolucionarios, empujado por los obreros de Petrogrado y Moscú. Hace dos años los Hohenzollern y los Habsburgo habrían recibido con gozo noticias concernientes a una revolución en Rusia. Pero ahora esas noticias tienen que llenarlos de inquietud. Alemania está alterada y la atmósfera es siniestra en Austria. Los submarinos alemanes hundieron, no sin éxito, el material de guerra aliado, pero son incapaces de suministrar un trozo de pan o de mantequilla a las madres de familia alemanas. Y las manifestaciones de las mujeres hambrientas en Petrogrado y Moscú mañana pueden provocar un eco en el corazón de las madres en Berlín y Leipzig.

“Tenemos que vencer”, ha dicho recientemente en Dresde el jefe del partido conservador, el conde Westparp, “y tenemos que recibir indemnizaciones de guerra, de lo contrario, tras la guerra el soldado alemán tendrá que pagar cinco veces más en impuestos”. El ministro de finanzas de Francia, M. Ribot, es de la misma opinión que Westparp: hay que vencer a Alemania y recibir de ella una contribución de guerra, sin eso los dirigentes se verán en un mal paso cuando sea necesario rendir cuentas al pueblo. Pero la victoria está actualmente tan lejos como en el primer día de la guerra. Y Francia, con su población que ha dejado de crecer, ya ha perdido un millón y medio de soldados. Y tantos cojos, mancos, locos, ciegos, etc... Los jactanciosos “patriotas” y los charlatanes políticos, que no conocen la responsabilidad, pero sí que conocen muy bien el miedo, están asustados. El parlamento francés busca salir del atolladero. ¿Qué hacer? Se apresta a lanzar por la borda a Briand, el padre protector de todos los aventureros financieros y políticos, para reemplazarlo por un “tipo” de la misma especie, pero de menor envergadura.

Inglaterra también está presa del desconcierto. Lloyd George demostró ser un gran habilidoso cuando se trató de ponerle la zancadilla a su jefe, Asquith. Los papamoscas y los simples confiaban en ver a Lloyd George aplastar a los alemanes en un abrir y cerrar de ojos, pero el pastor emancipado, colocado a la cabeza de los bandidos del imperialismo inglés, ha demostrado ser incapaz de realizar milagros. La población, tanto en Inglaterra como en Alemania, se convence cada vez más de que la guerra ha desembocado en un callejón sin salida. La propaganda contra la guerra encuentra cada vez más eco. Las

prisiones están superpobladas de socialistas. Los irlandeses exigen la aplicación del Home Rule y el poder británico les responde deteniendo a los revolucionarios del Eire. El gobierno italiano, que ha aportado a la guerra más apetito que fuerzas militares, no se siente en mejor posición. Por una parte, los submarinos austrohúngaros crean dificultades a las importaciones indispensables de carbón. Por otra parte, los socialistas italianos, con un indiscutible coraje, llevan adelante una propaganda contra la guerra. La retirada del dictador húngaro Tisza no puede, en ningún caso, alegrar al primer ministro italiano Boselli. Le da qué pensar demasiado en su propio fin.

En las asambleas parlamentarias y los círculos gubernamentales de Europa se ha lanzado la alarma. Las crisis ministeriales están en el aire y si los jefes “de la guerra nacional”, tan atareados como están, no han sido todavía reemplazados es porque se tiene miedo a los aventureros y a los hombres de acción parlamentaria de peso para que se encarguen del fardo del poder.

Durante este tiempo la máquina de guerra trabaja sin respiro. Todos los gobiernos desean la paz y la temen al mismo tiempo pues el comienzo de las negociaciones de paz anuncia el de los ajustes de cuentas. Sin ninguna esperanza en la victoria, los dirigentes continúan la guerra intensificando sus métodos de destrucción. Se hace claro que la sola intervención de una tercera fuerza no será suficiente para poner fin a la mutua destrucción de los pueblos europeos. Esta tercera fuerza sólo puede ser el proletariado revolucionario.

El miedo ante su intervención inevitable es el punto fuerte de los gobiernos. Las crisis ministeriales y las riñas parlamentarias desaparecen ante el miedo que inspiran las masas engañadas. Bajo esas condiciones, las huelgas y la agitación en Petrogrado y Moscú adquieren un significado político que supera, de lejos, las fronteras de Rusia. Es el comienzo del fin. Cada acto decisivo del proletariado ruso contra el más indigno de todos los gobiernos indignos de Europa, sirve de impulso al movimiento obrero en cada país europeo. La cáscara de la mentalidad patriótica y de la disciplina de guerra ha disminuido tras treinta y un meses de guerra; ha quemado los últimos cartuchos. Un golpe vigoroso más y desaparecerá como el polvo. Los dirigentes lo saben. Por ello en Europa hay poca calma.

(*Novy Mir*, 15 de marzo de 1917)

### *Bajo la bandera de la Comuna*

La guerra y la revolución se suceden a menudo en la historia.

En tiempos ordinarios las masas obreras realizan pasivamente el duro trabajo cotidiano, sometiéndose a la potente fuerza de la costumbre. Ni los capataces, ni la policía, ni los carceleros, ni los verdugos, podrían sujetar a las masas sometidas si no tuviesen esa costumbre, verdadera sirvienta del capital.

La guerra, que despedaza y masaca a las masas, es también peligrosa para los gobernantes, precisamente porque sacude de golpe al pueblo haciéndole salir de su estado de costumbre, con su tormenta despierta a los elementos más atrasados e ignorante y los fuerza a mirarse a sí mismo y a quienes les rodean.

Empujando a millones de trabajadores al fuego, los dirigentes deben cambiar la costumbre por promesas y mentiras. La burguesía embellece su guerra con todos los rasgos que son queridos por los corazones magnánimos de las masas populares: ¡guerra por “la libertad”, por “la justicia”, por “una vida mejor”! Al remover a las masas hasta lo más profundo, la guerra acaba inevitablemente embaucándolas: no les aporta más que nuevas heridas y nuevas cadenas. Por este motivo, la tensión de las masas engañadas, provocada por la guerra, lleva frecuentemente a una explosión contra los dirigentes; la guerra alumbra la revolución.

Así pasó hace veinte años durante la guerra ruso-japonesa: inmediatamente acentuó del descontento del pueblo y llevó a la revolución de 1905.

Hace 46 años en Francia, lo mismo: la guerra franco-prusiana de 1870-1871 llevó al levantamiento de los obreros y a la creación de [la Comuna de París](#).

Los obreros de París fueron armados por el gobierno burgués como Guardia Nacional para defender la capital contra las tropas alemanas. Pero la burguesía francesa tenía más miedo de sus proletarios que de las tropas de los Hohenzollern. Tras la capitulación de París, el gobierno republicano intentó desarmar a los obreros. Pero la guerra había despertado en ellos un espíritu de indignación. No querían volver a la fábrica como los mismos obreros que habían sido antes de la guerra. Los proletarios parisinos se negaron a entregar sus armas. Se produjo un enfrentamiento entre los obreros armados y los regimientos gubernamentales. Esto sucedía el 18 de marzo de 1871. Los obreros salieron victoriosos convirtiéndose en los dueños de París y el 28 de marzo de 1871 (bajo el nombre de la Comuna) establecieron un gobierno obrero en la capital. La Comuna no duró mucho tiempo. Sus últimos defensores cayeron el 28 de mayo tras una heroica resistencia contra el asalto de las hordas burguesas. Después comenzaron semanas y meses de sangrientas represalias contra los participantes en la revolución proletaria. Sin embargo, a pesar de su breve existencia, la Comuna ha permanecido como el mayor acontecimiento de la historia de la lucha proletaria. Basándose en la experiencia de los obreros parisinos, el proletariado mundial vio por primera vez qué es una revolución proletaria, cuáles son sus objetivos y vías.

La Comuna comenzó confirmando a todos los extranjeros elegidos para el gobierno obrero. Declaró: “La bandera de la Comuna es la bandera de la Republica Mundial”.

Purgó al estado y a las [escuelas](#) de la [religión](#), abolió la pena capital, derrocó la columna Vendôme (monumento al chovinismo) y transfirió todos los puestos a verdaderos servidores del pueblo, fijando un salario igual al del obrero.

Puso en marcha un censo de las [fábricas y centros de trabajo](#) que los capitalistas asustados habían cerrado, lo hizo para empezar la producción con financiación pública. Era el primer paso hacia una organización socialista de la economía.

La Comuna no pudo llevar a cabo todos sus planes: fue aplastada. La burguesía francesa, con la ayuda de su “enemigo nacional” (que enseguida se convirtió en su aliado de clase), Bismarck, ahogó en sangre el levantamiento de su verdadero enemigo, la clase obrera. Los planes y tareas de la Comuna no llegaron a concretarse. Pero entraron en el corazón de los mejores hijos del proletariado del mundo entero; se han convertido en la herencia revolucionaria de nuestra lucha.

Y ahora, el 18 de marzo de 1917, la imagen de la Comuna se yergue ante nosotros más nítidamente que nunca pues, tras un gran intervalo de tiempo, hemos entrado en la época de las grandes batallas revolucionarias.

La guerra mundial ha arrancado a decenas de millones de trabajadores de sus condiciones habituales de trabajo y de vida vegetativa. Hasta el presente esto sólo ha ocurrido en Europa; mañana también se producirá en Norteamérica. Jamás habían recibido tales promesas las masas obreras; jamás otrora se les había pintado objetivos talmente radiantes; jamás se les había adulado como se ha hecho en esta guerra. Jamás anteriormente las clases poseedoras habían osado pedirle tanta sangre al pueblo en nombre de esa mentira que se llama “la defensa de la patria”. Y jamás se había mentido, traicionado y crucificado tanto a los obreros como hoy en día.

En las trincheras desbordantes de sangre y lodo, en los pueblos y ciudades hambrientos, millones de corazones están llenos de indignación, de desasosiego y rabia. Y esos sentimientos combinados con el pensamiento socialista se transforman en entusiasmo revolucionario. Mañana esa llama ascenderá a la superficie en potentes levantamientos de las masas obreras.

El proletariado de Rusia ya ha entrado en la ruta de la revolución y bajo su ofensiva los bastiones de los más vergonzosos despotismos caen y se hunden. La revolución en Rusia, sin embargo, sólo es la precursora de levantamientos proletarios a lo largo de toda Europa y del mundo entero.

“¡Recordad la Comuna!”, les diremos nosotros, los socialistas, a las masas obreras insurgentes. ¿La burguesía os ha armado contra el enemigo extranjero? ¡Negaos a devolver vuestras armas a la burguesía igual que hicieron los obreros parisinos en 1871! ¡Como Karl Liebknecht os llamó a hacer, apuntad esas armas contra vuestro verdadero enemigo, contra el capitalismo! Arracad de sus manos la máquina del estado, transformadla de arma de violencia burguesa en aparato de autogobierno proletario. Ahora sois incomparablemente más fuertes de lo que lo eran vuestros predecesores en la época de la Comuna. Destronad a todos los parásitos. Tomad la tierra, las minas y fábricas y gestionadlas vosotros mismos. ¡Fraternidad en el trabajo, igualdad en el reparto de los frutos del trabajo!

¡La bandera de la Comuna es la bandera de la República Mundial del Trabajo!

(*Novy Mir*, 17 de marzo de 1917)

### ***Ecós neoyorquinos sobre los acontecimientos en Rusia***

*Lecciones de un gran día (9 de enero de 1905-9 de enero de 1917)*

Los aniversarios revolucionarios no son tanto días de conmemoración como días de enseñanzas. Particularmente para nosotros, rusos. Nuestra historia es pobre. Lo que llamamos nuestra existencia particular y original sólo está compuesta en gran parte por pobreza, bastedad, incapacidad y atraso. Únicamente la revolución de 1905 nos condujo a la gran ruta del desarrollo político. El 9 de enero, el trabajador petersburgués golpeó con fuerza en las puertas del Palacio de Invierno. Pero se puede decir que era el pueblo ruso quien llamaba en las puertas de la historia. El portero coronado no salió. Pero nueve meses más tarde, el 17 de octubre de 1905, tuvo que entreabrir las pesadas puertas del poder y, a pesar de todos los esfuerzos de la reacción, en aquellas puertas quedó una pequeña abertura para siempre. La revolución no triunfó. Como hace ahora doce años, en el poder se encuentran casi los mismos personajes. Pero la revolución hizo irreconocible a Rusia. El imperio del inmovilismo, de la esclavitud, de la ortodoxia, del vodka y de la sumisión, se convirtió en el imperio de la fermentación, de la crítica y la lucha. Allí donde no había más que una masa (el pueblo gris y sin forma, la “Santa Rusia”) se alzaron nuevas clases conscientes, nacieron nuevos partidos con programas y métodos de combate. La nueva historia rusa nació el 9 de enero. Desde esta fecha sangrienta no es posible ninguna vuelta atrás, y el asiatismo maldito de los siglos pasados ya no volverá.

El camino de la nueva historia rusa no lo han abierto ni la burguesía liberal, ni la democracia pequeñoburguesa, ni la intelligentsia radical y la multitud campesina, sino el proletariado. Sobre él, haciendo de él los fundamentos, nosotros, socialdemócratas, edificamos nuestras conclusiones y elaboramos nuestra táctica. El 9 de enero, a la cabeza de los trabajadores marchaba el pope Gapón, figura fantástica en la que se mezclaba el aventurero, el histérico y el provocador. Su sotana era el cordón umbilical que ligaba a los trabajadores a la antigua Rusia, la “Santa Rusia”. Pero nueve meses más tarde, durante la huelga de octubre, la más gran huelga que haya conocido la historia, a la cabeza de los trabajadores petersburgueses se encontraba una organización elegida, independiente: el Comité de Delegados Obreros. En ella figuraban muchos antiguos partidarios de Gapón, pero, durante algunos meses de revolución, habían crecido igual que la clase a la que representaban. Gapón, vuelto secretamente a Rusia, intentó reconstruir su organización y hacer de ella un arma al servicio de Witte. Los partidarios de Gapón, los “fieles”,

participaron en nuestras reuniones, pero en ellas no hicieron otra cosa más que cantar los funerales en memoria de las víctimas del 9 de enero.

Durante el primer período de la ofensiva revolucionaria, el proletariado obtuvo la simpatía e incluso el apoyo de los liberales. Los partidarios de Miliukov confiaban en que los trabajadores restregarían los costados del zarismo y lo volverían más dócil para un acuerdo con la oposición burguesa. Pero la burocracia zarista, habituada desde hacía siglos a dominar al pueblo, no se apresuró a repartir el poder con el pueblo liberado. En octubre de 1905, la burguesía se convenció de que el único medio de acceder al poder era romperle la espina dorsal al zarismo. Pero esta tarea salvadora sólo la podía realizar la revolución.

El problema radicaba en esto: la revolución empujó a primer plano a la clase obrera y la confirmó con una hostilidad irreductible no solamente frente al zarismo sino, también, frente al capitalismo. En el curso de los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1905, observamos que cada avance revolucionario del proletariado rechaza a los liberales al campo zarista. Toda esperanza de colaboración entre los trabajadores y la burguesía no era más que utopía. Para quien haya visto todo esto y no lo haya entendido, para quien todavía sueña con el levantamiento “general y nacional” contra el zarismo, la revolución y la lucha de clases constituyen un libro cerrado con siete llaves.

A fines de 1905 la cuestión se planteó brutalmente. La monarquía se convenció de que la burguesía jamás acudiría en ayuda de los proletarios en el momento decisivo y se decidió a marchar contra los revolucionarios con todas sus fuerzas. Llegaron los siniestros días de diciembre. El Comité de Delegados Obreros fue arrestado por el regimiento Ismailovsky. La respuesta revolucionaria fue grandiosa. En Petrogrado estalló la huelga, el pueblo se levantó en Moscú, en todos los centros industriales se produjeron movimientos revolucionarios y en el Cáucaso y Letonia rebeliones. El movimiento revolucionario fue aplastado. No faltaron “socialistas”, o así llamados, para llegar a la conclusión que la revolución era imposible sin el concurso de los liberales. Si debía ser así, ello significaría que la revolución es imposible en Rusia.

Nuestra gran burguesía industrial (sólo ella es muy fuerte) está separada del proletariado por el odio de clases y necesita a la monarquía para protegerse. Los Guchov, Krestovnikov y Riabuchinsky sólo pueden ver en el proletariado a su enemigo mortal. La mediana y pequeña burguesía industrial sólo tienen un ínfimo significado en la vida económica del país y están enredadas en sus dependencias frente al capital. Los partidarios de Miliukov sólo juegan un papel político como comisarios de la gran burguesía. Por ello el líder cadete ha llamado “harapo rojo” a la bandera de la revolución; recientemente ha declarado que, si se necesitaba la revolución necesaria para vencer a los alemanes, no quería la victoria.

El campesinado ocupa un lugar enorme en la vida rusa: en 1905 iba a caer a su nivel más bajo. Ciertamente que los campesinos expulsaban a sus señores, incendiaron las haciendas, se apoderaron de las tierras de los nobles; pero los campesinos resultaron malditos por su negligencia, incultura e incomprensión. Se levantaban contra sus opresores locales, pero quedaron aterrorizados ante los opresores de toda la nación. Peor aún, los campesinos movilizados no comprendieron que el proletariado derramaba su sangre no sólo por sí mismo sino también por ellos y, en tanto que instrumento ciego al servicio del poder, los campesinos aplastaron la insurrección en diciembre de 1905.

Quien se acuerda de la tentativa de 1905 entiende hasta qué punto son quiméricas y lamentables las esperanzas de los socialpatriotas de hacer colaborar a los proletarios y a los burgueses liberales. En doce años, el capitalismo ha hecho enormes progresos. Los medianos y pequeñoburgueses han caído bajo una dependencia mayor de los bancos y trust. El proletariado, con efectivos acrecidos, está separado de las clases burguesas por

un foso más hondo todavía que el de 1905. Si una revolución “nacional general” no se produjo hace doce años aún tiene menos posibilidades de estallar ahora. Es cierto que se ha elevado el nivel cultural y político de los campesinos. Pero, hoy menos aún que en 1905, en el campesinado no se pueden depositar esperanzas sobre su papel revolucionario. *El proletariado no puede encontrar apoyo real más que entre los proletarios y semiproletarios del campo.*

Bajo estas condiciones ¿existen posibilidades para el triunfo?, nos pregunta un escéptico. Es una pregunta particular; en las columnas de *Novy Mir* nos esforzamos en mostrar que esas posibilidades existen y que son sólidas. Pero antes de abordar esta cuestión nos es necesario barrer todas las ilusiones en cuanto a una posibilidad de acuerdo entre el trabajo y el capital en la lucha contra el zarismo. La tentativa de 1905 nos enseña que tal colaboración es una vana utopía. Examinar a fondo esa tentativa, sacar enseñanzas de ella, es el deber de todo trabajador consciente y deseoso de evitar errores fatales. En este orden de ideas hemos dicho más arriba que los aniversarios revolucionarios no son días de conmemoración sino de enseñanzas.

(*Novy Mir*, 20 de enero de 1917)

### *Se vuelve a abrir la Duma*

A la política rusa no se le puede acusar de falta de diversidad. Los ministros cambian tan a menudo que se cuenta que un ministro titular tomó por error los zuecos del que el día anterior se había despedido. Anteriormente, la Duma buscaba en vano en los ministros un “lenguaje común”. Ahora es el zar quien busca hablar con los ministros en la misma lengua. Esto no es tan fácil; al zar le hace falta un lenguaje poco complicado. Y he ahí que los viejos cortesanos, las damas de compañía con sus tabaqueras, paseantes en sotana, e incluso sin túnica, buscan, día y noche, a un ministro poco complicado. ¿Qué busca usted? Se les pregunta desde el Comité Gubernamental: - Pues bien, vea usted, un... nos hace falta un idiota. - Si ustedes tienen... - Tenemos - Coja usted al primero que pase.

Los Aliados se inquietan. “¿Cuál es el programa de vuestro nuevo ministro?, les preguntan a los embajadores rusos. - Tendremos el programa habitual, fabricado en casa, completamente válido - ¿Válido dice usted? - Palabra de honor... - Por ejemplo, con los judíos ¿cómo actuarán ustedes? - Con los judíos... dentro del espíritu de los tiempos y las recomendaciones del difunto Rasputín. - Los banqueros judíos norteamericanos no están contentos, y sabe usted que los USA, primero que nada, es que son las municiones y después es nuestro aliado de mañana... - “Endosaremos” un buen porcentaje a los banqueros judíos y dejarán de interesarse por sus correligionarios. - ¿Está usted seguro? - Ya tenemos experiencia... - Muy bien.- Pero ¿por qué vuestro ruso-alemán Sturmer está de visita en Copenhague? - Por su salud, no es muy buena... - ¿En Copenhague? - Para respirar el aire marino. - ¿En Dinamarca? Por supuesto, por el clima. Huum... y algún diplomático alemán ¿no visitará también aquello en tanto que amante del clima? A esta respuesta el embajador ruso comienza a girar los ojos. - ¿Por qué un diplomático alemán? Ah, ¿con motivo de la paz por separado? No, no. Nosotros no tenemos ni el derecho a pensar en eso (aquí el embajador ruso toma una “pose psicológica”, para señalar bien lo que acaba de decir y preparar lo que sigue); - Sabe usted, por otra parte... no tenemos dinero... Ustedes se han vuelto muy poco generosos, señores Aliados. ¿Se hace la guerra con las manos vacías? - ¿Es esa la razón del viaje de Sturmer? ¿Quieren ustedes aún más dinero? - Lo queremos. - Pero si les damos ustedes se lo gastarán enseguida; ustedes disolvieron su Duma para poder robar sin control. - ¿La duma? Ah, eso no es nada, la disolvimos ayer, mañana la convocaremos. Y pasado mañana... - ¿Qué pasado mañana? - Nada... Pasado mañana venceremos a los alemanes...” Tras lo cual el embajador telegrafía y, para el 23 F 35 c, expide este telegrama explícito: “Convocad la

duma.” Y el zar les dice a sus cortesanos y a sus damas de honor: “Encontradme dos ministros: uno para la sesión de apertura de la Duma y el otro para la de disolución.” Así es como la política rusa entra en los caminos del progreso.

(*Novy Mir*, 8 de marzo de 1917)

### *En el umbral de la revolución*

Las calles de Petrogrado hablan de nuevo el lenguaje de 1905. Como en tiempos de la guerra ruso-japonesa, los trabajadores reclaman pan, paz y libertad. Como en 1905, los tranvías no funcionan y los diarios no salen. El gobierno envía a sus cosacos. Y de nuevo se puede ver en las calles de la capital a estas dos fuerzas: los obreros revolucionarios y las tropas zaristas.

La falta de pan ha provocado el movimiento. Evidentemente éste no es un motivo fortuito. En todos los países beligerantes las restricciones de productos alimentarios son la causa del descontento de las masas. Toda la demencia de la guerra queda iluminada por este hecho brutal: sólo se produce lo que es indispensable para la vida porque hay que fabricar ingenios de muerte.

Las explicaciones dadas por las agencias telegráficas anglorrasas intentan rebajar el asunto al nivel de una simple falta de pan momentánea y a las nevadas, señalando así la estupidez de esta política del avestruz que oculta la cabeza bajo el suelo cuando se aproxima el peligro. Los trabajadores no se echan a la calle para enfrentarse a los cosacos por simples nevadas que, a veces, causan dificultades de abastecimiento.

Mucha gente tiene la memoria corta y numerosas personas de entre esa gente (incluso en nuestros propios círculos) han olvidado que Rusia se vio sorprendida por la guerra en plena fermentación revolucionaria. Tras la dura represión de 1908-1911 los proletarios curaron sus heridas y los disparos sobre los huelguistas en el Lena han despertado la energía revolucionaria de las masas. Comenzó la oleada de huelgas y durante el año precedente a la guerra, la oleada huelguística alcanzó una amplitud solamente conocida en 1905. En el verano de 1914, cuando Poincaré visitó al zar (seguramente para ponerse de acuerdo sobre el medio de salvar a las pequeñas naciones), el presidente francés pudo ver con sus propios ojos, en las calles de la capital de su amigo, las primeras barricadas de la segunda revolución rusa.

La guerra rompió ese oleaje revolucionario. Se repitió lo que pasó durante la guerra ruso-japonesa. Tras las huelgas tumultuosas de 1903, observamos durante el primer año de la guerra un apaciguamiento político casi total: los trabajadores petersburgueses necesitaron doce meses para recuperarse y lanzarse a las calles. Esto se produjo el 9 de enero de 1905, cuando comenzó nuestra primera revolución, por decirlo así.

La guerra actual es bastante más grandiosa que el conflicto ruso-japonés. Al movilizar a millones de trabajadores, el zarismo no solamente ha roto las filas de las masas proletarias, sino que les ha planteado a las capas más evolucionadas interrogantes de la mayor importancia. ¿Por qué la guerra? ¿Cuál debe ser la táctica de la clase obrera durante la guerra? El zarismo y sus aliados, las esferas noble y capitalista, han desvelado durante la guerra su incapacidad para resolver los problemas de producción creados por la guerra. La miseria de las masas crece (la miseria inevitable de la guerra) multiplicada por la criminal incapacidad del zarismo “rasputiniano”.

En las capas más atrasadas, que puede que nunca hayan escuchado hablar de agitación revolucionaria, los acontecimientos han hecho penetrar un profundo sentimiento de odio contras las clases dirigentes. Al mismo tiempo, la capa evolucionada de los trabajadores ha comenzado elaborando un proceso de crítica de los acontecimientos. El proletariado socialista se ha recuperado del golpe asestado por la quiebra de la internacional y ha entendido que la nueva era exige el endurecimiento de la



lucha. Lo que se está desarrollando en Petrogrado y Moscú es el resultado de ese trabajo interno de preparación.

El poder está desorganizado, comprometido y desgarrado. El ejército está dislocado. Las clases dirigentes están descontentas, ya no creen y tienen miedo. El proletariado se forja al fuego de los acontecimientos. Todo nos da derecho a decir que somos testigos de los inicios de la Segunda Revolución Rusa. Confiamos en que muchos de nosotros participemos en ella.

(*Novy Mir*, 13 de marzo de 1917)

### *La revolución en Rusia*

Lo que pasa actualmente en Rusia entrará en su historia como uno de sus más grandes acontecimientos. Nuestros hijos, nuestros nietos y tataranietos hablarán de ello como del inicio de una nueva era en la historia de la humanidad. El proletariado ruso se ha levantado contra el más criminal de los regímenes, contra la negación incluso del gobierno. El pueblo de Petrogrado se ha levantado contra la más vergonzosa y sangrienta guerra. La guarnición de la capital ha enarbolado la bandera roja de la revuelta y la libertad. Los ministros del zar han sido arrestados. Los ministros de los Romanov, los dueños de la antigua Rusia, los organizadores de la opresión panrusa, están encerrados en las prisiones cuyas puertas sólo se abrían anteriormente para los combatientes proletarios. La potente avalancha de la revolución está en pleno desbordamiento. Ninguna fuerza humana podrá detenerla.

Según un comunicado telegráfico, en el poder está un Gobierno Provisional<sup>180</sup> constituido por representantes de la mayoría de la Duma bajo la presidencia de Rodzianko. Este Gobierno Provisional (comité ejecutivo de la burguesía liberal), no participa en la revolución, ni la ha llamado ni dirigido. Rodzianko y Miliukov se han visto llevados al poder por la primera ola del oleaje revolucionario. Por encima de todo temen se engullidos por ella. Ocupan los puestos de los ministros encarcelado, los guías de la burguesía liberal están dispuestos a considerar la revolución como terminada. Pero ésta no ha hecho más que comenzar. Sus fuerzas no son las escogidas por Rodzianko y Miliukov. Y la revolución no encontrará a sus jefes en el comité de la Duma del 3 de junio.

Las hambrientas madres, con hijos hambrientos, han tendido sus manos agostadas hacia las ventanas de palacio y las maldiciones de esas mujeres han resonado como el toque de arrebato de la revolución. Este es el comienzo de los acontecimientos. Los obreros de Petrogrado han lanzado la señal de alarma. Centenares de millares de trabajadores que saben construir barricadas se han derramado por las calles. He ahí la fuerza de la revolución. La huelga general ha sacudido el potente organismo de la capital, ha paralizado el poder y ha expulsado al zar a una de sus guaridas doradas. He ahí el camino de la revolución. La guarnición ha respondido al llamamiento de las masas insurgentes y ha hecho posible la primera conquista del pueblo. El ejército revolucionario será quien pronuncie las palabras decisivas en los acontecimientos de la revolución.

Nuestras informaciones son incompletas. Hay luchas. Los ministros del zar no se han rendido sin combate. Telegramas provenientes de Suecia nos hablan de puentes volados, de enfrentamientos en las calles y de levantamientos en las ciudades de provincias. La burguesía ha tomado el poder para “restablecer el orden”. Son sus propias palabras. El primer manifiesto del Gobierno Provisional invita a los ciudadanos a la calma y a la vuelta a sus ocupaciones pacíficas. Como si el trabajo depurador del pueblo hubiese terminado, como si la escoba de fuego de la revolución ya hubiese barrido toda la

---

<sup>180</sup> Aquí se trata del Comité de la Duma, con Rodzianko a la cabeza; y del gobierno Guchov-Miliukov; estas designaciones se hicieron siguiendo los telegramas norteamericanos erróneos.

suciedad que han acumulado los siglos alrededor del trono vergonzoso de la dinastía Romanov.

No, Rodzianko y Miliukov han hablado demasiado pronto de paz, y mañana no reinará la calma en la estremecida Rusia. Paso a paso, la nación (todos los oprimidos, espoliados y humillados) se levanta sobre la ilimitada extensión de la cárcel de pueblos. ¡Los acontecimientos de Petrogrado no son más que un inicio!

A la cabeza de las masas populares, el proletariado cumple su deber histórico: sacará a la monarquía y a la reacción de sus escondrijos y tenderá la mano a los trabajadores de Alemania y Europa. Pues no solamente hay que liquidar al zarismo, sino también a la guerra. La segunda oleada revolucionaria ya gira sobre la cabeza de Rodzianko y Miliukov, ocupados del mantenimiento del orden y de acuerdo con la monarquía. La revolución sacará de su propio seno el poder, el órgano revolucionario del pueblo marchando hacia la victoria. Y las grandes batallas, los grandes sacrificios, todavía están ante nosotros. Solamente después obtendremos la victoria total, la victoria triunfante.

Los últimos telegramas provenientes de Londres anuncian que el zar Nicolás quiere abdicar a favor de su hijo. La reacción y el liberalismo quieren así salvar a la monarquía y a la dinastía. ¡Demasiado tarde, es demasiado tarde! Los crímenes han sido demasiado grandes, los sufrimientos han sido demasiado monstruosos y la explosión del furor popular es demasiado grande.

Es demasiado tarde, criados de la monarquía. Es demasiado tarde, liberales que queréis apagar el fuego. La avalancha revolucionaria está en pleno desbordamiento. ¡Ninguna fuerza humana podrá detenerla!

(*Novy Mir*, 16 de marzo de 1917)

*Dos rostros (Las fuerzas internas de la revolución rusa)*

Miremos desde más cerca qué pasa. Nicolás ha sido depuesto y, por lo que algunos cuentan, se encuentra a buen recaudo. Los “centurias negras” más conocidos han sido arrestados; los más odiados han resultado muertos. El nuevo ministerio se compone de liberales, octubristas y radicales de Kerensky. Se ha declarado una amnistía general.

Estos son hechos impresionantes, grandes hechos. Son los hechos más visibles para el mundo exterior. Sobre la base de estos hechos, las burguesías europea y norteamericana declararon a la revolución como terminada y victoriosa. El zar y sus “centurias negras” sólo se batieron para conservar el poder. La guerra, los planes imperialistas de la burguesía, los intereses de los “Aliados”, todo ello pasó a segundo plano. Estaban dispuestos a firmar la paz con el enemigo para dejar libres, así, tropas fieles y lanzarlas contra su propio pueblo.

El bloque progresista de la Duma no se fiaba del zar, menos aún de sus ministros. Ese bloque se componía de diversas fracciones de la burguesía. El bloque tenía dos objetivos: primero, llevar la guerra hasta el final, hasta la victoria; después, promulgar reformas internas: más orden, control y responsabilidad. La victoria le era indispensable a la burguesía para la conquista de mercados, para la puesta en valor de las tierras, para su enriquecimiento. La reforma era indispensable para obtener la victoria. Pero el bloque liberal-progresista quería una reforma pacífica. Los liberales se esforzaban en controlar la presión de la Duma sobre la monarquía y dominarla con la colaboración de los gobiernos francés e inglés. No querían la revolución. Sabían que la revolución, al llevar a primer plano a las fuerzas obreras, amenazaba sus planes imperialistas. Las masas trabajadoras (en las ciudades, en los campos y en el seno del ejército) querían la paz. Los liberales lo sabían. Por ello siempre fueron enemigos de la revolución. Hace ahora algunos meses, Miliukov declaraba: “Si es indispensable una revolución para la victoria, yo rechazaría la revolución”. Pero gracias a la revolución los liberales están en el poder.

Fuera de este hecho, los periodistas burgueses no ven otra cosa. En tanto que ministro de asuntos extranjeros, Miliukov ha declarado: la revolución se ha hecho en nombre de la victoria sobre el enemigo exterior, y el nuevo gobierno tiene la intención de llevar la guerra hasta el final. La bolsa neoyorquina ha juzgado así la revolución: los liberales están en el poder, harán falta, pues, más obuses.

Entre los jugadores de bolsa y los periodistas burgueses hay un gran número de personas inteligentes. Pero se vuelven obtusos cuando se trata de juzgar a los movimientos obreros. Les parece que Miliukov conduce la revolución como si condujese sus propios asuntos. Solo ven la expresión liberal-progresista del desarrollo de los acontecimientos, fleco de espuma en la superficie de la corriente histórica.

El descontento de las masas, tanto tiempo contenido, ha estallado muy tarde, a los treinta y dos meses de guerra; no porque estuviese embridado por la represión policial, sino porque los liberales habían convencido a las masas de la necesidad “patriótica” de la disciplina y del orden. Hasta el último momento, en el que las mujeres hambrientas se lanzaron a la calle y las apoyaron los obreros con la huelga, los liberales intentaron taponar el curso de los acontecimientos, pareciéndose a la heroína de Dickens que quería retener la marea con un cepillo de limpiar.

Pero el movimiento vino de abajo, de los barrios obreros. Tras horas y días de indecisión y disparos, los mejores elementos del ejército confraternizaron con los insurgentes. El poder se mostró impotente, paralizado, destrozado. Los burócratas de las “centurias negras” se ocultaron como cucarachas.

Solamente entonces le llegó el turno a la Duma. El zar intentó disolverla en el último minuto. Lo habría hecho, “siguiendo el ejemplo de los últimos años”, si hubiese tenido la posibilidad de hacerlo. Pero el pueblo ya triunfaba en las calles, ese mismo pueblo que había salido para la lucha, contra la voluntad de los liberales. El ejército marchaba junto al pueblo. Si la burguesía no hubiese organizado su poder, el gobierno habría sido constituido por los insurgentes. La Duma jamás se habría decidido a arrancar el poder de manos del zar. Pero no podía dejar de aprovechar el interregno: la monarquía desaparecía de la superficie de la tierra, el poder revolucionario todavía no se había constituido.

Está fuera de cualquier duda que los Rodzianko habrían querido dar marcha atrás. Pero por encima de ellos planeaba el control de los gobiernos francés e inglés. La participación de los Aliados en la formación del Gobierno Provisional es indiscutible. Entre las perspectivas de una paz por separado por parte de Nicolás y la toma del poder por las masas, los Aliados preferían ver al gobierno en manos de los imperial-progresistas. La burguesía rusa va corta de dinero, y los “consejos” del embajador inglés resuenan en sus oídos como tantas otras órdenes. La burguesía se encuentra en el poder contrariamente a toda su historia pasada, a su política y a su voluntad liberal.

Miliukov habla de la guerra hasta “el final”. Estas palabras no le han salido fácilmente de la garganta: sabe que suscitarán la indignación de las masas y las levantarán contra el poder. Pero Miliukov debe expresarse así por la Bolsa de París, Londres, y... Nueva York. Es verosímil que Miliukov haya teleografiado su declaración al extranjero, cuidándose mucho de darla a conocer en Rusia. Pues Miliukov sabe muy bien que, bajo las actuales condiciones, no puede vencer a los alemanes y apoderarse de Constantinopla y Polonia. Las masas se han levantado para obtener pan y paz. La llegada al poder de algunos liberales no ha alimentado a los hambrientos y no ha curado las heridas. Para satisfacer las necesidades imperativas del pueblo es preciso hacer la paz. Pero el bloque liberal-imperialista no puede permitirse hacer alusión a la paz. Primeramente, a causa de los Aliados. En segundo lugar, porque la burguesía liberal carga ante el pueblo con una gran responsabilidad en lo que atañe a la guerra. Concertadamente con la camarilla

“romanoviesca”, los Miliukov y Guchov precipitaron a la nación en este espantoso conflicto. La perspectiva de acabar esta guerra nefasta, volver al hogar destruido, está al alcance del pueblo. Miliukov y Guchov temen el fin de la guerra tanto como a la revolución.

Tal es su posición gubernamental: están obligados a hacer la guerra no pudiendo contar con una victoria; temen al pueblo y éste no confía en ellos.

“... Desde el principio, presta ya a traicionar al pueblo y a tratar con los representantes de la antigua sociedad, pues ella misma pertenece a esta sociedad..., manteniéndose en el timón de la revolución, no porque el pueblo la sostuviese sino porque el pueblo la había puesto ante él... sin confianza en sí misma, sin confianza en el pueblo, quejándose de las clases dirigentes, temblando ante las clases inferiores, egoísta en los dos frentes y conociendo su egoísmo, revolucionaria contra los conservadores, conservadora contra los revolucionarios, no creyendo en sus propios eslóganes, con frases en lugar de ideas, asustada por la tempestad mundial y explotando esta tempestad mundial; banal, ya que desprovista de originalidad, original pero solamente en la banalidad; traidora a sus propios deseos, sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo, sin misión histórica; vieja maldita que debe dirigir y explotar los primeros movimientos juveniles de un gran pueblo; ciega, sorda, desdentada, así aparecía tras la revolución de marzo la burguesía prusiana que detentaba el poder”. (Karl Marx)

En estas palabras de un gran maestro se tiene el retrato acabado de la burguesía liberal rusa tras nuestra revolución de marzo. “Sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo, desdentada, ciega”, tal es su apariencia política.

Afortunadamente para Rusia y Europa, la revolución rusa tiene dos rostros. Telegramas nos hacen saber que un Comité de Trabajadores se opone al Gobierno Provisional y ya ha protestado contra la tentativa de los liberales de confiscar la revolución en su propio beneficio y devolverle el poder a la monarquía.

Si la revolución se detiene ahora, como lo quisieran el liberalismo, la coalición de los nobles, del zar y de la burocracia, “eyectaría” a Guchov y Miliukov igual que la contrarrevolución prusiana expulsó a los representantes del liberalismo prusiano.

Pero la revolución no se detendrá. Y en su desarrollo futuro barrerá de su camino a los burgueses liberales como ahora ha barrido a la reacción zarista.

(*Novy Mir*, 17 de marzo de 1917)

#### *El conflicto en aumento (Las fuerzas internas de la revolución)*

Es inevitable un conflicto entre las fuerzas de la revolución, a la cabeza de las cuales se encuentra el proletariado, y el liberalismo burgués antirrevolucionario. Evidentemente que se pueden (y se emplean en ello activamente el burgués liberal y el socialtraidor) acumular grandes palabras sobre la predominancia de la unidad nacional en relación con la separación de las clases. Pero nadie ha logrado todavía descartar mediante conjuros las contradicciones sociales y detener el desarrollo natural de la lucha revolucionaria.

La historia de los acontecimientos que se desarrollan actualmente sólo la conocemos a través de ecos y consideraciones filtradas a través de los telegramas oficiales. Es preciso llamar la atención sobre dos puntos que opondrán al proletariado revolucionario y a los liberales.

El primer conflicto lo ha provocado la cuestión de la forma del gobierno. El liberalismo necesita a la monarquía. En todos los países que llevan adelante una política imperialista observamos el crecimiento extraordinario del poder personal. El rey de Inglaterra, el presidente francés y, recientemente, el presidente de los EEUU, han tomado en sus manos una gran parte del poder. La política de conquistas mundiales, negociaciones secretas, traiciones abiertas, exige la independencia ante el parlamento. Por

otra parte, la monarquía constituye una preciosa ayuda para los liberales en lucha contra la mentalidad revolucionaria del proletariado. En Rusia, esas dos causas actúan con mayor fuerza que en ninguna otra parte. La burguesía rusa considera que es imposible rechazar el sufragio universal pues ese rechazo “dirigiría” a las masas contra el Gobierno Provisional y le daría la predominancia al ala más decidida del proletariado. Incluso el monarca “en reserva”, Miguel Alexandrovich, entiende la imposibilidad de acercarse al trono por una vía diferente a la del “derecho de voto, igual para todos, directo, general y secreto”. Es mucho más importante para la burguesía constituir un contrapeso contra las profundas exigencias social-revolucionarias de las masas trabajadoras. Cuenta con hacer que se resuelva la cuestión en la próxima Asamblea Constituyente. Pero en realidad, el gobierno y el ministerio octubrista y cadete transforman el trabajo preparatorio para el establecimiento de la Constituyente en una lucha a favor de la monarquía contra la república. La suerte de la Constituyente dependerá enormemente de quién la convoque y de qué manera la convoque. En consecuencia, el proletariado debe, desde ahora mismo, oponer sus organismos de combate a los del Gobierno Provisional. En esta lucha, el proletariado debe tener como objetivo esencial la toma del poder agrupando alrededor de él a las masas trabajadoras. Solamente un gobierno proletario tendrá la voluntad y la capacidad, incluso durante los preparativos de la Constituyente, para proceder a una depuración radical y democrática en el país, para reformar el ejército, hacer de él una milicia revolucionaria y demostrarles a los campesinos que su salvación sólo puede llegar de un régimen obrero revolucionario. Tal tarea movilizará a las fuerzas creadoras del país y será la principal arma en el desarrollo ulterior del conflicto.

La segunda cuestión que debe oponer implacablemente el proletariado revolucionario al liberalismo es la actitud ante la guerra y la paz.

(*Novy Mir*, 19 de marzo de 1917)

*¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución)*

La cuestión que interesa sobre todas las cosas a los gobiernos y pueblos del mundo entero, a saber ¿qué influencia tendrá sobre el curso de la guerra la revolución rusa? ¿Hará ésta que se aproxime la paz? O bien, por el contrario ¿no se orientará el entusiasmo revolucionario hacia una prolongación de las hostilidades? Es una cuestión grave. De su resolución, en uno u otro sentido, dependen tanto el destino de la guerra como, también, el de la misma revolución.

En 1905, Miliukov llamaba a la guerra ruso-japonesa una aventura y exigía el inmediato cese del conflicto. Toda la prensa liberal y radical escribía en ese sentido. Las más potentes organizaciones industriales se declaraban (a pesar de derrotas sin parangón) a favor del fin de la guerra. ¿Cómo explicar esto? Gracias a la esperanza en una reforma interna. El establecimiento de un orden constitucional, el control parlamentario sobre el presupuesto y la economía, la difusión de la enseñanza y la reforma agraria, habrían debido elevar el nivel de vida, aumentar la población y crear un inmenso mercado interno para la industria. Es cierto que la burguesía rusa estaba dispuesta a apoderarse de cualquier tierra extranjera, pero daba por descontado que el enriquecimiento de los campesinos le ofrecería un mercado más pujante que Manchuria o Corea.

Sin embargo, se demostró que democratizar al país y enriquecer a los campesinos no era cosa tan fácil. Ni el zar ni su nobleza, ni la clase de los funcionarios, consintieron en ceder ni una pulgada de sus privilegios. Recibir de sus manos la máquina gubernamental y tierras no podía hacerse mediante los procedimientos de los liberales; se necesitaba la potente presión de las masas. Pero la burguesía no la quería. Las revueltas campesinas, la lucha sin cesar más dura del proletariado y el crecimiento de la agitación en el ejército, rechazaron a la burguesía liberal al campo de la burocracia zarista y de la reacción constituida por los nobles. Su unión se vio reforzada por la media vuelta

gubernamental del 3 de junio de 1907. De ésta nacieron la Duma del mismo nombre y la que actualmente está en ejercicio.

Los campesinos no recibieron tierra alguna. Las instituciones gubernamentales cambiaron más de forma que de realidad. No se obtuvo la creación de un rico mercado interno siguiendo el modelo de los granjeros norteamericanos. Las clases capitalista, reconciliándose con el régimen, se esforzaron en conquistar los mercados exteriores. Se asistió al inicio de un nuevo imperialismo ruso, con una economía gubernamental y militar depravada y de apetitos insaciables. Guchoy sesionaba en la Comisión de Defensa Nacional que debía acelerar el desarrollo del ejército y de la flota. Miliukov elaboraba un programa de anexiones y lo difundía a través de Europa.

Una gran parte de la responsabilidad de la guerra recae sobre el imperialismo ruso y sus representantes octubristas y cadetes: sobre este punto, los Guchoy y Miliukov no tienen nada que reprocharles a los Bachibuzuk del imperialismo alemán: tanto monta, monta tanto.

Guchoy y Miliukov están en el poder gracias a la revolución, que no han deseado y contra la que luchan. Quieren la prolongación de la guerra. Quieren victorias. ¡Y qué se sabe más! Han arrastrado al país a la guerra para servir a los intereses del capitalismo. Toda su oposición al zarismo provenía de la insatisfacción de sus apetitos capitalistas. Mientras se mantuvo en el poder la camarilla de Nicolás la política extranjera estaba dominada por los intereses dinásticos y reaccionarios. Por ello, en Berlín y en Viena, siempre se confiaba en llegar a la firma de una paz por separado. Ahora, en la bandera gubernamental están inscritos los intereses de un imperialismo integral. “Ya no existe el poder zarista [le dicen Guchoy y Miliukov al pueblo] ahora debéis derramar vuestra sangre por el interés nacional de todos.” Bajo esas palabras los imperialistas entienden el retorno de Polonia, la conquista de Galicia, Constantinopla, Armenia y Persia. Con otras palabras, Rusia se coloca al mismo nivel que el resto de estados europeos y, ante todo, el de sus Aliados: Francia e Inglaterra.

Inglaterra es una monarquía parlamentaria, Francia es una república. En ellas están en el poder liberales e incluso socialpatriotas. Pero esto no cambia en nada el carácter imperialista de la guerra; por el contrario: lo camufla. Y los trabajadores revolucionarios llevan adelante una lucha implacable contra la guerra tanto en Inglaterra como en Francia.

El cambio del imperialismo dinástico a un imperialismo puramente burgués no reconcilia al proletariado con la guerra. La lucha internacional contra el imperialismo sigue siendo, más que nunca, nuestro objetivo supremo. Los telegramas relatando manifestaciones contra la guerra en las calles de Petrogrado confirman que nuestros camaradas cumplen valerosamente con su deber.

Las jactancias imperialistas de Miliukov (aplantar a Alemania, Austria y Turquía) sirven de la mejor manera de las posibles a los Hohenzollern y Habsburgo. Miliukov ejerce ahora el papel de espantapájaros. Antes incluso de haber procedido a una reforma del ejército, el Gobierno Provisional ayuda a los Hohenzollern a sostener el espíritu patriótico y a mantener la “unidad” del pueblo alemán que cede por todas partes. Si el proletariado alemán llegase a creer que el proletariado ruso, la principal fuerza revolucionaria, apoya al gobierno burgués, eso sería un terrible golpe para nuestros hermanos de Alemania. La conversión de los trabajadores rusos en una carne de cañón patriótica al servicio del liberalismo burgués empujaría a las masas alemanas al campo del chovinismo y frenaría durante mucho tiempo el desarrollo de la revolución en Alemania.

El primer deber del proletariado ruso es mostrar que el gobierno no tiene el apoyo de las masas. La revolución rusa debe desvelarle al mundo entero su gran figura, es decir su hostilidad irrenunciable a la reacción y al imperialismo liberal.

El futuro desarrollo de la lucha revolucionaria y la creación de un Gobierno Obrero Revolucionario descargarían un golpe mortal sobre los Hohenzollern pues le darían un fuerte impulso al movimiento revolucionario alemán, así como, también, a las masas del resto de naciones europeas. Si la primera revolución rusa de 1905 provocó revueltas en Asia, Persia, Turquía y China, la segunda marcará el inicio de una gigantesca lucha social y revolucionaria en Europa. Solo esto aportará una paz duradera a la Europa cubierta de sangre.

No, el proletariado ruso no se dejará encadenar al carro del imperialismo miliukoviano. Sobre los estandartes de la socialdemocracia rusa, más vivos que nunca, brillan las consignas del internacionalismo intransigente:

¡Abajo los codiciosos imperialistas!  
 ¡Viva el Gobierno Obrero Revolucionario!  
 ¡Viva la paz y la fraternidad entre los pueblos!

(*Novy Mir*, 20 de marzo de 1917)

### ***Contra quién y cómo defender la revolución***

En nuestro caso, como en todos los demás, el imperialismo se deriva de las mismas bases de la producción capitalista. Pero el desarrollo de nuestro imperialismo se ha acelerado bajo la influencia de la contrarrevolución. Ya hemos hablado al respecto. Cuando la burguesía asustada por la revolución rechazó su propio programa de engrandecimiento del mercado interior, mediante la distribución de las tierras de los “landlords” a los campesinos, pasó a consagrar toda su atención a la política mundial. El carácter antirrevolucionario de nuestro imperialismo resalta con toda su impudicia. La burguesía imperialista prometía mejores salarios en caso de éxito y trataba de comprar a los mejores obreros mediante puestos privilegiados en la industria de guerra. La burguesía prometía tierras a los mujik. “¿Tendremos esas nuevas tierras? [así razonaba el campesino medio que había perdido toda esperanza en recibir tierras de los nobles]; en cualquier caso, estos últimos sólo podrán disminuir y, así, nosotros seremos más libres para adquirir las...”

La guerra fue el medio, en el sentido apropiado del término, para desviar la atención de las masas populares de los problemas internos, en primer lugar de la cuestión agraria. Éste es uno de los motivos del encarnizamiento desplegado por la nobleza liberal, y no liberal, para apoyar al imperialismo burgués en su dirección de la guerra. Bajo la bandera de “salvación del país” los burgueses liberales intentan mantener en sus manos la dirección del movimiento revolucionario y, con ese objetivo, halan no solamente del “destajista del patriotismo” Kerensky, sino verosímilmente también de Cheidse, representante de los elementos oportunistas de la socialdemocracia.

El giro tomado por la guerra y la lucha por la paz vuelve a plantear crudamente todos los problemas internos y, ante todo, la cuestión agraria... Ésta hunde una cuña profunda en el bloque noble, burgués, militar y patriótico. Kerensky tendrá que escoger entre los “liberales” del 3 de junio, que quieren desviar la revolución en beneficio de los capitalistas, y los revolucionarios, que quieren tratar el problema agrario en toda su amplitud, es decir confiscar para el pueblo las tierras de la corona, también las de los nobles, monasterios y de la Iglesia. Sea cual sea la elección personal de Kerensky, ésta no significará absolutamente nada: este joven abogado de Saratov, “suplicando” a los soldados en los mítines que lo fusilen si no le conceden su confianza y, al mismo tiempo, amenazando a los trabajadores internacionalistas, no pesa mucho en las balanzas de la

revolución. Ocuparse de las masas campesinas es otro asunto muy diferente. Hacerlas bascular de nuestro lado es el problema actual más agudo, más urgente.

Sería un crimen querer resolver este problema adaptando nuestra política a la del socialpatriotismo en lo concerniente al campesinado; el obrero ruso marcharía al suicidio saldando el precio de su acuerdo con los campesinos a costa de la ruptura de sus lazos con el proletariado europeo. Pero no existe ninguna necesidad de ello. Tenemos en nuestras manos un arma más poderosa: mientras que el gobierno de los Lvov, Guchov, Miliukov y Kerensky está obligado a tergiversar la cuestión agraria, nosotros podemos, y debemos, plantearla en toda su amplitud ante las masas campesinas.

-Puesto que la reforma agraria es imposible, ¡estamos a favor de la guerra imperialista! Gritó la burguesía rusa después de la tentativa de 1905-1907.

-¡Dadle la espalda a la guerra imperialista oponiéndole la revolución agraria! Les decimos nosotros a las masas campesinas refiriéndonos a la prueba de 1914-1917.

Esta cuestión agraria jugará un enorme papel en el acercamiento de los cuadros proletarios del ejército y de la masa campesina. “¡Constantinopla no, la tierra del señor sí!” le dirá el soldado proletario al soldado campesino explicándole los objetivos de la guerra imperialista. Del éxito de nuestra propaganda en nuestra lucha contra la guerra (entre los obreros en primer lugar e, inmediatamente después, entre las masas de campesinos y soldados) dependerá la rapidez con la que el gobierno liberal-imperialista será reemplazado por un Gobierno Obrero Revolucionario que se apoye directamente en el proletariado y atraiga hacia él a la población del campo.

Únicamente un poder que no se oponga a la presión de las masas, sino que, por el contrario, las guíe, será capaz de asegurar la suerte de la revolución y de la clase obrera. Crear tal poder es actualmente el problema fundamental de base de la revolución.

La Asamblea Constituyente no tiene por el momento más que un barniz revolucionario. ¿Quién se oculta tras de ella? ¿Qué aportará esta Asamblea? Esto dependerá de sus elementos. Y éstos dependen de quien convoque la Asamblea Constituyente y de las condiciones bajo las que se realice esa convocatoria.

Rodzianko, Miliukov y Guchov hacen todos los esfuerzos posibles para crear una asamblea constituyente que les sea favorable. Su baza más fuerte es la consigna de la Unidad Nacional contra el enemigo exterior. Ahora nos contarán que es indispensable salvar “las conquistas de la revolución” de las garras de los Hohenzollern, y los socialpatriotas los acompañarán haciendo coro.

Sin embargo, diremos nosotros, habría alguna cosa que salvaguardar. En primer lugar, es preciso meter la revolución a salvo del enemigo interior. Sin esperar a la Asamblea Nacional es necesario barrer la suciedad monárquica en todos los rincones. Hay que enseñarle al pueblo ruso la desconfianza frente a las promesas de Rodzianko y las mentiras de Miliukov. Hay que lanzar a los millones de campesinos contra los liberales imperialistas, bajo la bandera de la revolución agraria y de la república. Esta tarea no la podrá cumplir más que un Gobierno Obrero Revolucionario que eche del poder a los Guchov y Miliukov. Ese gobierno hará todo lo necesario para ilustrar, poner en pie y unir a las capas más retardatarias, más ignorantes, de las ciudades y del campo. Solamente gracias a un tal gobierno y trabajo preparatorio, la Asamblea Constituyente dejará de ser un paravientos de los intereses capitalistas y será un órgano efectivo del pueblo y de la revolución.

Pero ¿cómo comportarse frente a los Hohenzollern cuyas armas amenazarán a la revolución triunfante?

Ya hemos escrito al respecto. La revolución rusa representa un peligro incomparablemente más grande para los Hohenzollern que los apetitos e intenciones de la Rusia Imperial. Cuanto más deprisa se quite la revolución su careta guchov-



miliukoniana, más grande será la repercusión en Alemania y más incapaces de ahogar a la revolución rusa serán los Hohenzollern, pues ya tendrán bastante qué hacer en su propio país.

-¿Y si el proletariado alemán no se levanta? ¿Qué haremos entonces?

-En resumidas cuentas, usted supone que la revolución rusa puede tener lugar sin ninguna repercusión en Alemania –incluso en el caso en el que el movimiento obrero tome el poder en nuestro país. Es absolutamente imposible.

-Pero ¿incluso si...?

-Por el momento no tenemos por qué rompernos la cabeza en cuanto a suposiciones tan inverosímiles. La guerra ha hecho de Europa un verdadero barril de pólvora. El proletariado ruso lanza en ella una antorcha encendida. Suponer que esa antorcha no provocará explosión es ir contra todas las leyes de la lógica y de la psicología. Pero si se produce lo inverosímil, si los socialpatriotas les impiden a los proletarios alemanes levantarse contra las clases dirigentes, entonces, y esto cae por su peso, el proletariado ruso defendería la revolución con las armas en la mano. El Gobierno Obrero Ruso haría la guerra contra los Hohenzollern llamando a los trabajadores alemanes a luchar contra el enemigo común. Igualmente, si el proletariado alemán llega al poder tendrá el deber de luchar contra la camarilla de los Gučov y Miliukov a fin de ayudar al pueblo ruso a zanjar sus cuentas con su enemigo imperialista. Bajo esas condiciones, la guerra llevada adelante por el proletariado no sería otra cosa sino una revolución armada. Se trataría entonces no ya de “defensa de la patria” sino de defensa de la revolución y de su prolongación al resto de países.

(*Novy Mir*, 21 de marzo de 1917)

### ***1905-1907. Los problemas prioritarios de la revolución***

La guerra franco-prusiana de 1870-1871 terminó con la época agitada de la formación de los estados europeos. Comenzaba una era de inmovilismo político. En el seno de las sociedades capitalistas se abrían paso contradicciones jamás vistas en la historia. Pero ninguna de ellas encontró solución a través de las armas. Todo el arte de los dirigentes consistía en remitir para más tarde las cuestiones importantes. El posibilismo, el oportunismo, la facultad para adaptarse, se convirtieron en escuelas y tradiciones. En esta atmosfera se formó la psicología de las generaciones socialistas de anteguerra. Se veía a la revolución como un método rezagado de “barbarie” política. Los revolucionarios eran considerados como visionarios que, justamente, no perdían el sentido de las realidades.

La guerra ruso-japonesa y la revolución rusa de 1905 descargaron un violento golpe sobre los prejuicios posibilistas. Esos acontecimientos tuvieron eco en el mundo entero. En Austria, la revolución rusa entrañó la conquista del sufragio universal. En Alemania, se alteró un poco el conservadorismo del partido socialista y éste recomendó la huelga general “en principio” en el congreso celebrado en Jena. En Francia, el sindicalismo levantó cabeza e hizo de contrapeso al oportunismo de la fracción parlamentaria. En Inglaterra se creó el Partido Laborista. Sin embargo, no estalló ningún conflicto entre los partidos socialistas y los gobiernos. Mientras las derrotas rusas provocaban disturbios en Extremo Oriente, Persia, Turquía y China, por el contrario en Europa todo volvía al orden tras la sacudida psicológica. ¡La revolución rusa fue aplastada por las fuerzas aunadas del zarismo y la reacción europea capitalista! Este desastre le volvió a dar vida al espíritu del oportunismo. La época comprendida entre 1907 y 1914 fue la del más lamentable conservadurismo y de la más vulgar avaricia en el movimiento obrero. Pero la historia preparaba para los revolucionarios una revancha deslumbrante.

Esta vez Rusia tomó la iniciativa.

La gente que piensa sumariamente, o que no piensa del todo, supone que han resuelto la cuestión diciendo: en Rusia se desarrolla actualmente “una revolución burguesa”. En realidad, la cuestión se plantea así: ¿cuál es esa revolución burguesa? ¿Cuáles son sus fuerzas internas y sus perspectivas futuras?

Durante la gran revolución francesa, la principal fuerza motriz era la pequeña burguesía urbana arrastrando tras de sí a la masa campesina. ¿Dónde está en nuestro caso esa pequeña burguesía? Su papel económico es despreciable. El capitalismo industrial ruso se ha desarrollado desde el principio bajo formas concentradas. En puertitas de la revolución de 1905 el proletariado se oponía hostilmente a la burguesía, de clase a clase. Tales son las diferencias sociales entre las dos revoluciones. Pero no se puede ir muy lejos con semejantes analogías históricas. Es indispensable examinar las fuerzas vivas y fijar sus líneas de movimiento.

Entre la revolución del “tercer estado” en Francia y nuestra revolución está la revolución alemana de 1848. Esta última también era burguesa. Pero la burguesía alemana era incapaz de cumplir con su papel revolucionario. Para caracterizar los acontecimientos de 1848, Marx escribía: “Lento, perezoso y desganado había sido el desarrollo de la burguesía prusiana que, cuando amenaza al feudalismo y al absolutismo, se ve ella misma amenazada por el proletariado y todas las fracciones populares que, por sus intereses y por sus ideas, se emparentan con el proletariado. Y no ve sólo, detrás de ella, una clase que le es hostil, sino, ante ella, a toda Europa que le es hostil. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase representante de *toda* la sociedad moderna frente a los exponentes de la vieja sociedad: el rey y los nobles. Había sido precipitada un tipo de *orden*, dirigido contra la corona menos que contra el pueblo, ansiosa de resistir a ambos, indecisa frente a cualquier adversario suyo, porque le veía siempre delante o detrás inclinada desde el comienzo a traicionar al pueblo y al compromiso con el símbolo coronado de la vieja sociedad, porque ella misma pertenecía a esta última encarnando no los intereses de una sociedad nueva frente a las posiciones de una sociedad vieja, renovados intereses en el interior de una socie envejecida; al mando de la revolución, no porque el pueblo le siguiera, sino porque el pueblo le empuja ante sí; en cabeza, no porque expresar iniciativa de una nueva época social, sino porque representaba el resentimiento de una vieja época social; un orden del viejo estado incapaz de abrirse camino solo y lanzado a la superficie por un terremoto; sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo, quejándose hacia arriba, temblando hacia abajo, egoísta hacia ambas partes y consciente de su propio egoísmo, revolucionaria contra los conservadores y conservadora contra los revolucionarios; desconfiada de sus mismas consignas, hinchada de frases en lugar de ideas, atemorizada por el ciclón mundial pero alerta para explotarlo (ninguna energía en ningún sentido, plagio en todos los sentidos, bajeza por falta de originalidad, originalidad en la bajeza) un orden traficando con sus propias aspiraciones, privada de iniciativa, sorda a cualquier misión histórica mundial (una desgraciada anciana pretendiendo llevarse al lecho de sus débiles y seniles intereses los primeros estremecimientos de juventud de un pueblo robusto); ¡sin ojos, sin: orejas, sin dientes, sin nada! Tal es esa *burguesía prusiana* que, después de la revolución de marzo se encontró al frente del estado prusiano.”<sup>181</sup>

Leyendo este cuadro característico dibujado por la mano de un gran maestro ¿no reconocemos en él a nuestra propia burguesía y a sus guías? La burguesía rusa entró en la arena política después que la burguesía alemana. El proletariado ruso es incomparablemente más fuerte, independiente y consciente que los trabajadores alemanes

<sup>181</sup> Carlos Marx, *La burguesía y la contrarrevolución*, en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#), página 5 del formato pdf.

de 1848. El desarrollo general europeo ha puesto al orden del día la revolución social. Todas esas circunstancias le han robado a la burguesía liberal los últimos restos de confianza en sí misma y en el pueblo.

¡Con qué descaro, a decir verdad, desvergüenza, ha tratado el zar a la burguesía liberal! Convocó la Duma cuando necesitó un préstamo; desde el momento en que lo obtuvo, envió a los diputados a sus casas. A sus exigencias de “un ministerio que gozase de la confianza general”, respondió nombrado a los más rabiosos reaccionarios. La camarilla de los cortesanos siempre ha provocado a Guchkov y Miliukov, nunca los ha temido. Y desde su punto de vista tiene razón: fuese cual fuese el odio de los liberales hacia la banda de la corte, jamás fueron capaces de emprender contra ella ni una acción revolucionaria por miedo a las masas trabajadoras. “si el camino de la victoria tiene que pasar por la revolución, rechazamos la victoria”, declaraba recientemente Miliukov. En tanto que se trataba de la burguesía liberal, Nicolás podía dormir tranquilo: sabía que la molicie de clase de los burgueses ganaba al odio que le tenían al zar.

Muy diferente es la cuestión con el proletariado. En vísperas de la guerra se encontraba en el punto culminante de agitación revolucionaria. El número de trabajadores que participaban en las huelgas de 1914 igualaba al de los huelguistas de 1905. Cuando Poincaré vino a Rusia para echarle la última mano a los preparativos de la guerra que se anunciaba pudo ver las primeras barricadas de la segunda revolución rusa. El movimiento entre 1912-1914 se desarrolló a mayor escala que a principios de siglo. Como hace ahora diez años, la guerra no frenó el desarrollo del movimiento obrero. La caída de la internacional golpeó a la vanguardia del proletariado. Treinta y un meses pasaron, meses de derrotas, de vida cara, de escándalos, de hambre, de “sujomlinada” y de “rasputinianada” antes de que los proletarios se lanzasen a la calle.

Lo hicieron contra el agrado de los liberales burgueses. El 6 de marzo, en vísperas de la huelga general, la prensa invitaba a los trabajadores a no alterar el curso normal de la producción para no entorpecer las operaciones militares. Pero esto no detuvo a las mujeres hambrientas. Ellas se lanzaron a la calle gritando la consigna: “Pan y paz”. Los obreros las apoyaron. La huelga general relegó a un segundo plano el conflicto entre la Duma y el ministerio. Las masas proletarias detuvieron la vida de la ciudad, invadieron las calles y, con su comportamiento, mostraron que no se trataba de una simple demostración sino de una lucha revolucionaria contra las autoridades.

El apoyo del ejército fijó la suerte de la revolución. Los proletarios de Petersburgo no eran todavía lo bastante fuertes, no estaban lo bastante organizados, todavía no tenían suficientes contactos con los proletarios de toda Rusia como para poder conquistar el poder. Pero eran lo bastante fuertes como para, al primer golpe, enviar al zarismo al museo histórico. El poder estaba vacante. En ese momento hizo su aparición en escena “el bloque progresista”.

Puesto que la revolución había barrido el poder, Rodzianko, Guchkov, Miliukov, (esos mismos que, hasta el último momento lucharon contra la revolución) estaban obligados a tomarlo. “No es que hicieron la revolución, sino que el pueblo los empujaba por detrás”.

A todo esto vino a añadirse la presión ejercida por Londres y París. El peligro de que Rusia, paralizada por la “anarquía”, se retirase de la guerra, ponía obstáculos a los planes de la gran ofensiva de primavera (la tercera) y hacía correr el riesgo de influenciar desagradablemente a la burguesía norteamericana en vísperas de la intervención de los USA. Había que hacer de modo que Rusia tuviese un gobierno “reconocido y fuerte”, que declarase en nombre de la revolución que la nueva Rusia asumiría las responsabilidades financieras y diplomáticas del antiguo régimen y, sobre todo, la de continuar la guerra

“hasta el final victorioso”. Únicamente el “bloque progresista” podía formar el gobierno deseado.

El ministerio Lvov acordó la libertad de prensa y reunión y promulgó la amnistía. No se resolvió ninguna cuestión fundamental pero estas medidas fueron una válvula de escape para el furor popular. La guerra seguía ahí. La vida cara, el frío, la crisis financiera, seguían presentes. Y la cuestión agraria se planteaba con toda su agudeza.

Las masas trabajadoras se levantaron exigiendo mejores condiciones de trabajo y protestando contra la guerra. Las multitudes campesinas se levantaron en el campo y, sin esperar a la decisión de la Asamblea Constituyente, comenzaron a expropiar a los terratenientes. Todos los esfuerzos de los liberales para descartar la lucha de clases, bajo el pretexto de “evitar el peligro de una contraofensiva reaccionaria”, quedaron en letra muerta. El simple ciudadano se imagina que la revolución la hacen revolucionarios que pueden detenerla a conveniencia. La lógica de la lucha de clases y de los choques revolucionarios sigue siendo para él un libro cerrado bajo siete llaves (hermético).

El principal problema de la socialdemocracia es unir al proletariado de todos los países en la unidad de acción revolucionaria. En oposición al gobierno liberal-imperialista, la clase obrera se bate bajo la bandera de la paz. Cuanto más deprecia conveza el proletariado ruso a los trabajadores alemanes de que la revolución se hace por la paz y la libertad de autodeterminación nacional, más deprecia estallará el descontento en ascenso de estos últimos en una revuelta abierta. La lucha de la socialdemocracia rusa por la paz está dirigida contra la burguesía liberal y su poder. Únicamente esta lucha puede fortalecer a la revolución y repercutir en Europa occidental.

La confiscación de las tierras de los Romanov, de los monasterios y “landlords” es la segunda condición del reforzamiento de la revolución. Los filisteos políticos norteamericanos (entre ellos hay que contar a los que se toman por socialistas) estiman las posibilidades de la república en Rusia calculando el número de campesinos iletrados. Pero con ello sólo muestran su analfabetismo. Si la revolución da la tierra a los campesinos, éstos defenderán con todas sus fuerzas sus bienes y la república frente a la contrarrevolución monárquica.

(*Die Zukunft*, abril de 1917)

## XVIII. En las prisiones de Lloyd George

### *Explicaciones indispensables*

La publicación de documentos relativos a mi encarcelamiento por parte de los ingleses me parece políticamente indispensable. La prensa burguesa (la que difundió las calumnias más bajas contra los emigrantes rusos que regresaban a Rusia a través de Alemania) no dijo ni una palabra sobre los procedimientos bárbaros que a los que los ingleses sometían a los rusos de camino a su patria a través del océano Atlántico. La prensa socialpatriótica, devenida prensa gubernamental, no es más digna. No tiene ninguna razón apremiante para recordar que los ministros socialistas profesaban hasta hace poco un profundo respeto por los emigrantes, “profesores”, pero que ahora se están revelando como los colaboradores cercanos de Lloyd George, que agarra por el cuello a los “profesores” en la gran ruta oceánica. Este trágico episodio cómico describe perfectamente los sentimientos de Inglaterra hacia la revolución rusa y el significado de esta Santa Alianza al servicio de la cual entraron los ciudadanos Tseretelli, Chernov y Skóvelev.

Porque, a pesar de todas sus declaraciones, los ministros socialistas cargan con la responsabilidad del gobierno del que forman parte. El gobierno de Lvov no está aliado con los socialistas revolucionarios ingleses como MacLean y otros que el poder mantiene en prisión, sino con sus carceleros: Lloyd George y Henderson.

Pasé los dos primeros años de la guerra en Francia. Tuve la oportunidad de observar el ministerialismo socialista durante la era de la “guerra liberadora”. Guesde y Sembat alegaron las circunstancias extraordinarias que les habían obligado a entrar en el gobierno: la patria en peligro, los alemanes a las puertas de París, la confusión general, la necesidad fundamental de defender la república y la tradición revolucionaria; en una palabra, utilizaron el mismo argumento que ahora utilizan, de forma más ingenua, Tseretelli y Chernov para demostrar que su ministerialismo difiere, como el sol de las tinieblas, del de Guesde y Sembat.

Con la bendición y participación de los camaradas ministros, fui expulsado de Francia por mi trabajo en un diario internacionalista ruso y mi colaboración en el trabajo de la Conferencia de Zimmerwald. Suiza, obedeciendo las órdenes del zar, se negó a recibirme. Los gendarmes franceses, vestidos con trajes civiles para salvaguardar el honor de la república, me acompañaron hasta la frontera española. Tres días después, el prefecto de París, Laurent, telegrafió a la policía de Madrid que un peligroso agitador había cruzado la frontera. La seguridad española no encontró nada mejor que arrestarme. Liberado de la “cárcel modelo”, tras una interpelación en las cortes, fui enviado a Cádiz. Desde allí debía ser embarcado para La Habana, y sólo después de una resistencia amenazadora por mi parte, y gracias a la intervención de los socialistas y algunos republicanos españoles, obtuve permiso para viajar, con mi familia, a Nueva York.

Allí, después de una estancia de dos meses, nos llegó la noticia de la revolución en Rusia. El grupo de desterrados políticos del que yo formaba parte intentó llegar a Rusia en el primer barco que partió. Pero el socialista ruso propone... y Lloyd George dispone. Las autoridades inglesas nos llevaron a Halifax y nos encerraron en un campo de prisioneros de guerra. Mi carta, reproducida más abajo a continuación, describe las

circunstancias de la detención y las condiciones del encarcelamiento. Escribí esta carta al ministro de asuntos exteriores en el barco danés en el que me embarqué después de mi liberación: tenía en mente al Sr. Miliukov en aquellos momentos. Pero el líder del partido kadete fue víctima de su lealtad a la Bolsa de Londres. Tereshenko tomó el relevo de Miliukov, al igual que Miliukov había tomado el relevo de la diplomacia zarista. Por eso pude dirigir mi carta a Tereshenko. Se le envió a través del Presidente del Sóviet de Obreros y Soldados de Petrogrado, Chjeidze.

Debo decir unas palabras aquí sobre los prisioneros alemanes cuyo destino compartí durante un mes. Eran 800: unos 500 marineros, cuyos barcos habían sido hundidos por los británicos, 200 obreros sorprendidos por la guerra en Canadá y unos 100 oficiales mezclados con prisioneros civiles de origen burgués. Tan pronto como la masa de prisioneros se enteró de que fuimos arrestados como revolucionarios internacionalistas, sus relaciones con nosotros se hicieron más claras de inmediato. La masa de los que carecían de rango nos mostró su simpatía. Este mes de mi vida en este campamento no fue más que un mitin continuo. Les hablamos a los prisioneros sobre las causas del hundimiento de la [Segunda] Internacional, las transformaciones dentro del partido socialista; también les hablamos de la revolución rusa. Las relaciones entre la masa democrática y los oficiales, algunos de los cuales “ficharon” a sus marineros, dieron un giro muy brusco. Los oficiales alemanes finalmente se dirigieron al comandante del campo, el coronel Morris, quejándose de nuestra propaganda antipatriótica. Por supuesto, el oficial inglés se puso rápidamente del lado del patriotismo de los hohenzollernianos y me prohibió cualquier manifestación pública. Esta prohibición llegó en los últimos días de mi estancia y no logró más que fortalecer nuestra amistad con los marineros y obreros alemanes, que respondieron a la medida del coronel con una protesta por escrito con 530 firmas.

Cuando fui liberado, los prisioneros nos hicieron guardia de honor. Es un recuerdo que siempre he guardado. Los oficiales y los “subofi” se encerraron, pero los “nuestros”, los internacionalistas, estaban en dos filas a lo largo del campo; la orquesta tocaba la marcha socialista; las manos estaban extendidas por todos lados... Uno de los prisioneros pronunció un discurso en el que expresó su entusiasmo por la revolución rusa, lanzó sus maldiciones contra el gobierno alemán; nos pidió que transmitiéramos su saludo fraternal al proletariado ruso. Así que confraternizamos con los marineros alemanes en Amherst. En verdad, no sabíamos que los zimmerwaldianos al servicio del príncipe Lvov, Tseretelli y Chernov, consideraban que la confraternización era contraria a los fundamentos del socialismo internacional. En este punto, estuvieron de acuerdo con el gobierno de Hohenzollern, que también defendió la confraternización, pero es cierto que bajo un pretexto menos hipócrita.

La prensa norteamericano-canadiense explicó nuestro encarcelamiento con nuestra “germanofilia”. Los periódicos rusos del partido kadete siguieron su ejemplo. No era la primera vez que me acusaban de “germanofilia”. Cuando los chovinistas franceses preparaban mi expulsión, difundieron el rumor de que yo tenía tendencias pangermánicas. Pero la propia prensa francesa habló de mi condena por un tribunal alemán por escribir el folleto *Der Krieg und die Internationale* (La guerra y la Internacional). Fue publicada en Zúrich y pasado a Alemania por los socialistas suizos; allí fue distribuido por los socialistas de izquierda, amigos de Liebknecht, a quienes la prensa “amarilla” (los socialtraidores) estigmatizaba como agentes del zarismo y de las finanzas inglesas. No hay nada de original en las ignominias con las que los “miliukovianos” no quieren colmar. Son traducciones literales del alemán.

Sir Buchanan, embajador de Inglaterra en Petrogrado, batió todos los récords: declaró en una carta a la prensa que estábamos de vuelta en Rusia con subsidios alemanes

y para derrocar al gobierno provisional. En círculos “bien informados”, se dio la cifra de los subsidios: diez mil marcos. ¡El gobierno alemán estimaba la solidez del gobierno de Guchkov-Miliukov en una suma tan modesta!

En general, no se puede negar a la diplomacia inglesa las cualidades de prudencia y “fair play”. ¡Pero a la declaración del embajador inglés le faltaba mucha de ambas! Es un ejemplo de bajeza y estupidez. Este fenómeno se explica por las “dos formas de maniobrar” de la diplomacia británica: ¡una para las naciones “civilizadas” y otra para las colonias! Sir Buchanan, que era el mejor amigo de la monarquía antes de hacerse amigo de la república, se sentiría en Rusia como se sentiría en Egipto o en la India y, por lo tanto, no dudaba. Las autoridades británicas se sienten con derecho a arrestar a ciudadanos rusos a bordo de barcos neutrales y encerrarlos en campos de prisioneros de guerra; el embajador británico se siente con derecho a atacar a los revolucionarios rusos con bajas calumnias. Es hora de poner fin a todo esto. El significado de nuestro folleto es acelerar el movimiento revolucionario hasta el momento en que la Rusia revolucionaria le diga a Buchanan y a sus amos: “¡Salgan de aquí pitando!”

### ***Carta al Señor Ministro de Asuntos Exteriores de la República Rusa***

¡Señor!

Con esta carta tengo el honor de llamar su atención sobre un acto increíble de piratería, del que hemos sido víctimas tanto yo como mi familia y algunos amigos ciudadanos rusos, por parte de agentes del gobierno británico, aliado, por tanto y hasta donde se sabe, del gobierno que cuenta con usted como Ministro de Asuntos Exteriores. El 25 de marzo último, animado por la amnistía promulgada por su gobierno, me presenté en el Consulado General de Nueva York, en el que ya habían retirado el retrato de Nicolás II pero donde todavía reinaba una atmosfera de antiguo régimen. Tras las inevitables molestias, el Cónsul General decidió entregarme todas las visas para mi vuelta a Rusia. En el Consulado Inglés, en el que rellené todos los cuestionarios necesarios, se me aseguró que las autoridades británicas no pondrían ningún obstáculo a mi viaje. En presencia de un empleado telefoneé al Consulado Ruso, que me respondió que se habían cumplimentado todas las formalidades y que podía embarcarme sin temor.

El 27 de marzo partí con mi familia a bordo del navío noruego *Christianaffjord*. En Halifax (Canadá), donde el barco se sometió a un control de las autoridades marítimas inglesas, los oficiales de policía, que examinaban formalmente los papeles de los viajeros norteamericanos, noruegos, daneses y otros, nos interrogaron a nosotros, ciudadanos rusos, en el más puro estilo de los gendarmes de nuestra patria: opiniones políticas, etc... De acuerdo con la buena tradición revolucionaria rehusé seguirles por esa vía: estaba dispuesto a darles cualquier precisión útil sobre mi persona, pero la política interna rusa no le concernía en absoluto a la policía marítima inglesa. Esto no impidió que los dos oficiales investigadores, Macken y Westwood, tras una segunda tentativa de interrogatorio, interrogasen a los otros pasajeros respecto a mí, en particular, Fondaminsk, y haciendo esto ambos policías insistían en el hecho de que yo era *a terrible socialist*, un terrible socialista. Esta investigación cogió un aspecto tan indecente, y ponía a los emigrados rusos en una posición tan excepcional en relación con los pasajeros que no tenían la desgracia de pertenecer a una nación aliada de Inglaterra, que algunos de nosotros consideramos nuestro deber dirigir, a través del capitán, una enérgica protesta a las autoridades inglesas sobre el comportamiento de los policías. Pero no habíamos previsto la continuación de los acontecimientos...

El 3 de abril, oficiales ingleses acompañados por marineros armados subieron a bordo del *Christianaffjord* y, en nombre del almirante que mandaba el puesto, nos comunicaron a mi familia y a mí, así como a cinco pasajeros (Chudnosvsky,

Melnichansky, Fichelev, Mujin y Romachenko), la orden de abandonar el barco. En cuanto a los motivos de esta exigencia se nos prometió “explicarnos” el incidente en Halifax.

Las autoridades inglesas no albergaban la menor duda sobre mi identidad y la de las personas que iban a retener. Se nos arrestaba por nuestra calidad de socialistas, auténticos o supuestos, es decir por ser oponentes a la guerra. Declaramos que la orden era ilegal y rehusamos abandonar el navío. Entonces los marineros armados, al grito de “shame” (¡es una vergüenza!), empujados por la mayoría de los pasajeros, nos arrastraron hasta una lancha que, bajo escolta de un crucero, nos llevó a Halifax. Cuando los marinos me agarraron, mi hijo mayor se lanzó sobre ellos al grito de “¿Tengo que pegarles, papa?”. Solo tiene once años, señor ministro, y pienso que toda su vida recordará vivamente ciertas particularidades características de la democracia inglesa y de la alianza anglo-rusa. En Halifax, no solamente no es que no se nos “explicó nada” sino que se nos negó la autorización para entrevistarnos con el Cónsul de Rusia asegurándonos que él estaba justamente allí teníamos que ir. Esta declaración no era más que una mentira igual que las otras declaraciones de los oficiales investigadores, que con su comportamiento y mentalidad podrían muy bien ser de antigua Ojrana. El tren nos llevó a Amherst donde se encuentra un campo de prisioneros de guerra alemanes. Se nos sometió a un cacheo tal como no lo había sufrido yo nunca, ni incluso en mi encarcelación en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Desnudar al preso y su examen corporal se hacía individualmente en la prisión del zar mientras que nuestros aliados democráticos la hacían en presencia de una decena de personas. Los “marranos” que habían tramado todo eso, sabían perfectamente que nosotros éramos socialistas rusos de vuelta a su patria liberada por la revolución. Solamente al día siguiente el coronel Morris nos comunicó oficialmente los motivos de nuestro arresto: “Sois peligrosos para el gobierno ruso actual”. Le señalamos que agentes de ese gobierno nos habían entregado las visas indispensables para el viaje y que, además, ese gobierno era capaz de protegerse por sí mismo. El coronel Morris nos contestó que “éramos peligrosos para los Aliados en general”. No se nos entregó ningún documento justificando nuestro arresto. Después, el coronel añadió, de su propia iniciativa, que siendo emigrados obligados a abandonar nuestra patria por buenos motivos no deberíamos asombrarnos de lo que nos pasaba. Para este hombre la revolución rusa no existía. Intentamos hacerle comprender que los ministros zaristas que nos habían encarcelado estaban ahora tras los barrotes, pero esto era demasiado complicado para el entendimiento de este militar que había hecho su carrera en las colonias y en la guerra de los Boers. Para hacerse una idea justa de este digno representante de Gran Bretaña dominadora, es suficiente saber que tenía por costumbre decirles a los prisioneros insumisos o poco respetuosos “¡si tú llegas a caer en mis manos en la costa sudafricana!”. Si se puede decir que el estilo es el hombre se tiene base para poder decir que el estilo es el sistema (el sistema colonial británico). El coronel Morris nos tenía por revoltosos contra las autoridades legales y, en consecuencia, era completamente normal que tuviésemos un campo de prisioneros de guerra a guisa de residencia.

El 5 de abril tratamos de telegrafiar al gobierno ruso. Nuestros telegramas no fueron transmitidos. Durante toda nuestra detención las autoridades de Halifax nos negaron el derecho a dirigirnos a los ministros rusos. Intentamos esquivar esas prohibiciones telegrafiendo al Primer Ministro inglés. Ese telegrama tampoco fue transmitido. Tuvimos que acordarnos de nuevo de las prisiones zaristas en las que las reivindicaciones no eran bloqueadas por aquellos mismos a quienes iban dirigidas. Todo lo que se nos permitió fue ponernos en contacto telegráficamente con el cónsul ruso en Montreal, Señor Lijachev. Nos respondió que había advertido al embajador en Londres y que hacía todo lo que podía. Nuestros ulteriores intentos para ponernos en comunicación



con el cónsul general también fueron infructuosos. Las autoridades anglocanadienses tomaban todas las medidas para evitar nuestra comunicación con el gobierno ruso y sus agentes. Más aún: cuando el comandante del campo me permitió una entrevista con mi mujer, puso condiciones increíbles: no debía transmitirle ningún mensaje para el consulado. Rechacé la entrevista. Esto pasaba ya dos días después del embarque. ¿Qué hacía Lijachev? ¡Ni idea! Todo lo que puedo decir es que no vino a vernos para darse cuenta en persona de cómo trataban a los ciudadanos rusos las autoridades inglesas.

El campo militar de Amherst estaba establecido en una fundición sucia y abandonada al máximo. Los camastros se amontonaban en tres hileras y dos en profundidad en cada lado. Ochocientos hombres padecían esas condiciones de vida.

¡Usted Señor Ministro puede hacerse una idea de qué atmosfera reinaba en esas habitaciones durante la noche! A pesar de los esfuerzos de los internos, esfuerzos heroicos e incesantes para conservarse física y moralmente, había allí cinco dementes. Dormíamos y comíamos en compañía de esos cinco dementes, ¡Señor Ministro! Está fuera de toda duda que si el cónsul hubiese hecho el mínimo esfuerzo habría logrado condiciones de existencia menos repugnantes.

Pero los cónsules rusos han sido educados en el profundo desprecio hacia la dignidad de los ciudadanos rusos de la clase no dirigente y en el odio hacia los emigrados políticos. Han borrado de sus sobres el nombre “imperial” y con ello consideran que han cumplido con su deber hacia la revolución. Ignoro en qué momento decidieron los ingleses ponernos en libertad. En cualquier caso, se nos retuvo todavía diez días más, después de los cuales el capitán Macken, que se encargaba de nuestro asunto, le declaró a mi mujer que éramos “libres”, pero que teníamos que esperar la llegada de un navío que se nos había asignado. El coronel Morris, el mismo que había hecho su carrera en la guerra angloboer y en el aplastamiento de las revueltas hindúes, nos habló hasta el último momento, el 29 de abril, como si fuéramos criminales convictos. Ni nos advirtió de nuestra liberación ni de nuestro destino. Se nos “ordenó” simplemente recoger nuestras cosas e ir, bajo escolta, a Halifax. Preguntamos ¿dónde y por qué? Ninguna respuesta. ¡Reconocerá usted, señor ministro, que teníamos buenos motivos para no fiarnos de las buenas intenciones de estos señores! Declaramos categóricamente que no nos moveríamos voluntariamente sin saber dónde debíamos ir. Los soldados se llevaron nuestras maletas. Solamente cuando se vieron frente a la necesidad de transportarnos, como lo habían hecho durante nuestro arresto, el comandante del campo hizo llamar a uno de nosotros a la oficina y le declaró con su tono anglo-africano que debíamos embarcar en un vapor danés. Se dará cuenta usted, señor ministro, de cómo nos liberaron nuestros aliados tras un mes de detención en un campo de prisioneros de guerra.

Admitiendo que Inglaterra nos haya arrestado en tanto que emigrados políticos (esa turba de refugiados políticos, según la expresión del coronel Morris), entre nosotros había quién no llevaba la marca del “crimen” en su rostro. Constantino Romachenko había viajado a Nueva York con los papeles perfectamente en regla. No se dedicó a ninguna propaganda, y no pertenecía a ningún partido. Volvía a Rusia con un pasaporte zarista. Lo que no les impidió a los ingleses retenerlo un mes completo sobre la base de una denuncia mentirosa o, simplemente, un error. Los nombres rusos no les son familiares a los funcionarios ingleses y esos señores no ven la necesidad de molestarse con ciudadanos rusos.

Este último rasgo queda al descubierto por el comportamiento de los ingleses con mi familia. A pesar del hecho que mi mujer no era emigrada política, que tenía un pasaporte perfectamente en regla, que no visitaba el extranjero para hacer agitación política, fue arrestada con sus dos hijos de once y nueve años. ¡Este arresto de mis dos hijos no es retórica, señor ministro! En primer lugar, se intentó separar a los hijos de su

madre. Sólo después de una enérgica protesta de mi mujer se les devolvió y los tres fueron alojados en la casa de un agente de policía anglorruso que, por miedo a algún “recado” ilegal, no dejó salir a los niños sin vigilancia. Hasta pasados once días mi familia no recibió autorización para alojarse en el hotel con la obligación de presentarse cada día en la comisaria. Se les procuró un pasaje en el vapor danés *Helig Olaf*, sin preocuparse en saber si la travesía era peligrosa (esto pasaba poco después de la declaración de hostilidades entre los EEUU y Alemania). El capitán Macken y su almirante se preocuparon muy poco de nuestra suerte y de nuestro acuerdo tras haber sido obligados a salir de la base “aliada”. A mis preguntas sobre los motivos de tal acto de piratería contra mi persona, el capitán Macken me respondió con desenvoltura que él sólo era un ejecutor, que las órdenes venían de Londres y que, después de todo, le daba demasiada importancia a este asunto: “Actualmente, cuando países enteros son aplastados, cuando Bélgica... etc, etc.” ¡El estilo es el sistema, señor ministro! No me quedó más remedio que contestarle al indestructible defensor de las pequeñas naciones que si alguien lo cogía del cuello para robarle su cartera y alegaba la suerte de Bélgica para justificar su acto, sería difícil cerrar así el incidente.

Pero mientras que el capitán-investigador no ofreciese ninguna aclaración, el interrogante se mantenía planteado en toda su integridad: ¿quién ha hecho que se nos arreste y por qué? Que la orden de retener a emigrantes políticos con ideas divergentes de las del gobierno inglés hubiese venido de Londres estaba fuera de toda duda, pues Lloyd George no podía dejar escapar la ocasión de desplegar esa titánica energía que le ha servido para izarse al poder. Pero todavía queda pendiente una pregunta: ¿quién nos ha señalado a las autoridades anglocanadienses como merecedores del arresto? ¿Quién ha facilitado a Halifax, entre o cuatro días, un certificado de nuestro pensamiento político? Todo un cúmulo de circunstancias nos lleva a concluir que debemos ese servicio a la complacencia del cónsul ruso, el mismo que había retirado el retrato del emperador y borrado la palabra “imperial” de los membretes. Con una mano, nos tendía los documentos acreditativos y probaba su lealtad hacia un gobierno de amnistía, con la otra mano, transmitía informaciones secretas a las autoridades inglesas con la confianza de que su actividad en este sentido se demostraría llena de esperanzas.

¿Es justa esta suposición? ¡Dispone usted, señor ministro, de más posibilidades que yo! Pero, independientemente del hecho que mi suposición sea justa, independientemente de todas las particularidades de pasillo de este asunto, no deja de existir el hecho que las autoridades inglesas procedieron, en un barco neutral, al arresto de siete ciudadanos rusos y de dos niños que viajaban con papeles debidamente cumplimentados, en regla, que esas personas fueron retenidos un mes entero bajo condiciones indecentes, que fueron “liberadas” bajo tales circunstancias que constituyen un ultraje para las personas “liberadas” y para el gobierno que las hizo liberar. Son hechos irrecusables. Sin entrar en el dominio de las concepciones de política general y no saliendo del marco de mi observación, me queda solamente, pues, formular las siguientes preguntas:

¿No piensa usted, señor ministro, que es indispensable tomar las necesarias medidas para forzar al gobierno inglés a tratar, si no con respeto, al menos con el respeto del derecho elemental, a la gente, a emigrados rusos en territorio controlado por las autoridades inglesas?

¿No piensa usted que con ese objetivo es indispensable: a) hacer lo necesario para que el gobierno inglés presente excusas a sus víctimas; b) hacer lo necesario para los agentes ingleses responsables sean castigados, sea cual sea su grado; c) hacer lo necesario para que el gobierno inglés indemnice a las víctimas por la pérdida de sus bienes durante el registro y detención arbitrarios?

A mi llegada a Petrogrado conocí el comunicado oficial de la embajada inglesa respecto a mi arresto en Halifax. Sir Buchanan declaró que *estábamos provistos de subsidios por el gobierno alemán* y de un plan para derrocar al Gobierno Provisional.

Esta historia de dinero entregado por Alemania completa la intriga significativa del comportamiento inglés hacia los emigrados políticos rusos (hecha de violencia, mentiras y calumnias). ¿Cree usted, señor ministro, que está dentro de lo normal que Inglaterra esté representada por un personaje que usa calumnias tan vergonzosas?

Esperando su respuesta tengo el honor de asegurarle mis respetos.

L. TROTSKY

Petrogrado, 5 (18) de mayo de 1917

## XIX. Programa de paz<sup>182</sup>

El Gobierno Provisional (segunda versión) ha declarado que tenía la intención de salvaguardar una paz sin anexiones, sin indemnizaciones de guerra y con la garantía del derecho a la autodeterminación nacional. Esta fórmula puede parecerles a las almas sencillas una solución magnánima a la cuestión, particularmente tras el descaro imperialista de Miliukov. Pero quien esté familiarizado con las fórmulas anglo-francesas (de la compañía Lloyd George-Briand-Ribot) no mira esta declaración del Gobierno Provisional más que con una desconfianza saludable. Desde la creación del mundo, jamás las clases dirigentes han mentido tanto como durante la guerra actual. “Esta guerra es una guerra llevada a cabo por la democracia”, “Esta guerra es una guerra por la paz y la alianza de los pueblos”, “Esta guerra será la última guerra”. Bajo la cobertura de estos eslóganes, se disimula la intoxicación progresiva de los pueblos, uno tras otro. Cuanto más desvergonzado y cínico es el sentido histórico de esta lucha imperialista, más intentan disimularlo los gobiernos mediante fórmulas impactantes. La burguesía norteamericana se mezcla en la guerra, defendiendo su derecho sagrado a proveer de armamentos a Europa y a enriquecerse con la sangre europea: qué más natural para el apóstol democrático Wilson que poner en movimiento a los corifeos del pacifismo.

Los socialpatriotas han trabajado mucho para elaborar fórmulas contundentes; ese es, por otra parte, su papel principal en el mecanismo de esta guerra. Proponiéndoles a las masas objetivos tales como “defensa de la patria”, o “establecimiento de un arbitraje internacional”, o “liberación de los pueblos oprimidos”, el socialpatriotismo liga la solución de estos problemas a la victoria de su propio país. Incansablemente ha movilizado los eslóganes idealistas para los intereses del capitalismo.

El carácter sin salida de la guerra, la destrucción económica general, el aumento del descontento y de la impaciencia de las masas (que acaban de expresarse con un magnífico comienzo: la revolución en Rusia), todo esto obliga a los gobernantes a buscar un medio de liquidar la guerra.

Es evidente que la mejor liquidación sería la “victoria decisiva”. Los imperialistas alemanes demuestran que, sin victoria, el régimen está amenazado. Los nacionalistas franceses hacen la misma demostración en lo concerniente a Francia. Pero cuanto más se prolonga la guerra, menos posible<sup>183</sup> parece una “victoria decisiva”, más se alarma el estado de ánimo de los dirigentes, y también el de sus auxiliares, los socialpatriotas. La liquidación de la guerra por un acuerdo de cansancio (sobre las espaldas de las pequeñas naciones), así como el restablecimiento de la [Segunda] Internacional mediante el mutuo perdón de las faltas cometidas, es el problema más espinoso para la diplomacia socialpatriota.

Los gobernantes sienten la necesidad imperiosa de la paz. Pero al mismo tiempo la temen, pues saben que el día en que comiencen las conversaciones será también el día de los ajustes de cuentas. Por eso la diplomacia oficial no ve con malos ojos que los

---

<sup>182</sup> Este capítulo fue acabado, tal cual está, en mayo de 1917. En realidad, no es más que un “rewriting” [reescritura, refundición] de artículos publicado en *Nache Slovo* en 1915 y 1916.

<sup>183</sup> En este estudio de la situación militar no hemos tenido en cuenta el papel ejercido por los USA cuya intervención armada provocó la derrota alemana. [Nota de Trotsky a la edición de 1922]

socialpatriotas se aventuren sobre el frágil cristal de las propuestas de paz. Se establece, por supuesto, una distancia prudencial entre ellos y los poderes para caso de fracaso. En este tanteo semioficial del terreno se sitúa la Conferencia “Socialista” de Estocolmo.

La contradicción interna de esta conferencia se ve más clara en la política del Gobierno Provisional. En nombre del programa de “paz sin anexiones”, Terechenko convence a los imperialistas aliados a avenirse a una forma honorable de vida, Kerensky, sin esperar los frutos de esta conversión, prepara el ejército para la ofensiva, y Tsereteli y Skobelev se apresuran a entablar negociaciones de paz en Estocolmo. A las exhortaciones de Terechenko, el embajador italiano replica con una declaración de protectorado sobre Albania. Ribot repite que una victoria completa es indispensable, negándoles los pasaportes de los socialistas invitados a Estocolmo por los colegas de Ribot. Sea cual sea el objetivo con el que se toma el programa de la “paz sin anexiones” dirigido a los aliados (eslogan ofensivo o pretexto para las conversaciones de paz) este programa no nos inspira más que una total desconfianza. Renaudel ya les explica a sus patrones (las clases dirigentes) que sólo se dirige a Estocolmo para develar las intenciones de los socialistas alemanes, y convencer a los trabajadores franceses y aliados de la absoluta necesidad de llevar adelante la guerra “hasta el final”. Debemos pensar que Scheidemann también está provisto de un plan parecido. Nada nos asegura que la conferencia esté dedicada a conversaciones de paz. Verosímilmente también puede ser el medio para encender el fuego mal extinguido de las pasiones chovinistas. Bajo estas condiciones sería un crimen por nuestra parte convencer a las masas para que le otorguen su confianza a la Conferencia de Estocolmo y desviar la atención del único camino, es decir, la vía revolucionaria, hacia la paz y la fraternidad de los pueblos.

La iniciativa de la convocatoria de la conferencia se encuentra en manos del Comité Ejecutivo de los Consejos de Delegados Obreros y Soldados. Esto le confiere a la empresa una gran ambigüedad. No siendo una organización revolucionaria, el comité, sin embargo, habla en nombre de las masas profundamente revolucionarias. Al mismo tiempo, y aprovechando la falta de información de las masas, a la cabeza del comité se encuentran los politicastos henchidos de escepticismo pequeñoburgués y de desconfianza hacia el proletariado y la revolución social.

El *Izvestia Sovieta*, bajo la presión de la crítica internacionalista dice:

“No tendría ningún sentido convocar una conferencia de los diplomáticos socialistas que se sentarían a la mesa con la esperanza de rehacer el mapa de Europa. Tal conferencia, no solamente no daría ningún resultado positivo, sino que causaría un gran daño al dividir a los socialistas de los diferentes países, mientras sus miradas no se extiendan más allá de los problemas nacionales.

Sólo otra conferencia daría sus frutos, aquella en que cada uno de los grupos participantes se sintiese, desde el principio, una unidad del gran ejército del trabajo, unidos por una obra común con esfuerzos comunes.

Esto es así [concluye *Izvestia Sovieta*]. Planteemos la cuestión al Comité Ejecutivo”.

*Izvestia* no toma en cuenta esta simple circunstancia: que el Comité Ejecutivo está estrechamente ligado a la diplomacia capitalista rusa y, a través de ella, a la diplomacia aliada. Declarándose “en principio” por la escisión de la unidad nacional, el Comité Ejecutivo se esfuerza en fortalecer la unidad nacional de su propio país. Con tales comienzos, la conferencia, incluso si lograra llevarse a cabo, no podría más que revelar su impotencia. Sería dar muestras de ligereza y ceguera asumir ante las masas la responsabilidad de una empresa cuya misma base adolece de ambigüedad y de falta de principios.

Para nosotros, un programa de paz es un programa de lucha revolucionaria llevada adelante por el proletariado contra las clases dirigentes. Los socialistas revolucionarios formularon los principios de esta lucha en [Zimmerwald](#) y [Kienthal](#). Ahora tenemos menos motivos que nunca para arrodillarnos frente a los “principios” de Kerensky y de Tsereteli. Hemos entrado en una época de potentes convulsiones revolucionarias. Las políticas de compromiso y de aventurerismo serán eliminadas rápidamente. Marchar a la altura del movimiento de la historia sólo es posible por medio de un partido que ha elaborado su programa y su táctica sobre el desarrollo de la lucha social y revolucionaria mundial, llevada adelante, en primer lugar, por el proletariado europeo.

Petrogrado, 25 de mayo de 1917

### *I ¿Qué es el programa de paz?*

¿Qué es el programa de paz? Desde el punto de vista de las clases poseedoras y de los partidos que las sirven, es la totalidad de las exigencias cuya realización ha sido confiada al militarismo. Así, para realizar el programa de Miliukov, hay que apoderarse de Constantinopla con las armas en la mano. El de Vandervelde reclama la salida inmediata de los alemanes de Bélgica. En resumen, solo se ajustan cuentas mediante operaciones militares. Dicho de otro modo, el programa de paz es un programa de guerra. Esto se presentaba así *hasta la intervención de una tercera fuerza*, la Internacional Socialista. Para el proletariado revolucionario, el programa de paz no expresa las exigencias que debe realizar el militarismo, sino las que los trabajadores revolucionarios quieren ligar a su lucha contra el militarismo de todos los países. Cuanto más se extiende el movimiento internacional revolucionario, más independientes se vuelven los problemas de la paz de la situación puramente militar, y disminuye más el peligro de que las condiciones de paz sean entendidas por las masas como objetivos de guerra.

Esto es lo que se revela más vivamente en la cuestión de la suerte de las pequeñas naciones y de los gobiernos débiles. La guerra se inició con la aplastante agresión alemana contra Bélgica y Luxemburgo. En resonancia al trueno producido por la derrota de un pequeño país, junto a la falsa e hipócrita indignación de las clases dirigentes del otro campo, se hace escuchar la cólera sincera de las masas cuya simpatía se dirige a un pequeño país aplastado porque se encuentra entre dos gigantes.

Al inicio de la guerra, la suerte de Bélgica llevaba la impronta de un drama excepcional, pero treinta y cuatro meses de guerra han mostrado que este pequeño episodio no era más que el primero en la vía de la solución de los problemas que implica la guerra imperialista: *la sumisión de los débiles a los fuertes*.

En el dominio de las relaciones internacionales, el capitalismo ha aplicado los métodos por los que “regulariza” la vida económica interna de las naciones. El camino de la competencia es el de la eliminación sistemática de las pequeñas y medianas empresas y del triunfo del gran capital. La rivalidad mundial de las fuerzas capitalistas significa la sumisión sistemática de las naciones débiles y atrasadas a las grandes potencias. Cuanto más se eleva la técnica, más grande es el papel desarrollado por las finanzas y más caen en la dependencia las naciones débiles. Este proceso se cumple sin interrupción en tiempos de paz, por intermedio de préstamos gubernamentales, de ferrocarriles y otras concesiones, de acuerdos diplomáticos y militares, etc. La guerra ha desvelado y acelerado este proceso introduciendo en él un factor de violencia abierta. Destruye los últimos reflejos de independencia de los países débiles, independientemente de la salida del conflicto.

Bélgica gime todavía bajo la opresión de la soldadesca alemana. Pero esto no es más que la expresión externa, sangrienta y dramática, de la destrucción de su independencia. La “liberación” de Bélgica no es un problema aislado para los Aliados.

Tanto durante la guerra como después de las hostilidades, Bélgica no será más que un peón en el juego de los gigantes capitalistas. Sin la intervención de la tercera fuerza (la *Internacional*), Bélgica permanecerá presa en las garras de Alemania, o bien será sometida a Inglaterra, o más aún será dividida entre los carniceros de ambos campos.

Lo mismo puede decirse de Serbia, cuya energía nacional ha servido de pesa en las balanzas imperialistas mundiales, cuyas oscilaciones no dependen en nada de los intereses serbios.

Los Imperios Centrales han arrastrado a la guerra a Turquía y Bulgaria. ¿Formarán parte del bloque imperialista austro-húngaro o servirán de moneda de cambio? Pase lo que pase, el último capítulo de la historia de su independencia ha terminado.

Más típico aún es el ejemplo ofrecido por Persia: la liquidación de su independencia fue consagrada por el acuerdo anglo-ruso de 1907.

Rumania y Grecia nos muestran claramente qué libertad otorgan los grandes trust a las pequeñas empresas. Rumania ha preferido cumplir un gesto de libre elección levantando las esclusas de su neutralidad. Grecia se ha esforzado pasivamente en “quedarse en casa”, con lo que demuestra mejor toda la hipocresía de la lucha “neutralista” por la autodeterminación, todos los ejércitos europeos han pisoteado el territorio griego. En el mejor de los casos, la libertad de elección se limita a una forma de autoinactividad. En lo tocante a Rumania y Grecia, se levanta el mismo balance: ambos países sirven de peones a los grandes jugadores.

Al otro extremo de Europa, el pequeño Portugal ha creído que era bueno mezclarse en los combates junto a los Aliados. Su decisión podría parecer incomprensible si no recordamos que no es más que un territorio bajo protectorado inglés y que su libertad es tan grande como la del gobierno de Tver o de Irlanda.

Las clases poseedoras de los Países Bajos y de los Estados Escandinavos apilan montañas de oro gracias a la guerra. Pero la fragilidad de la “soberanía” de estas naciones aparece tanto más frágil cuanto que, aun cuando sobreviva al conflicto bélico, será puesta en entredicho en el gran ajuste de cuentas al final de la guerra.

Una Polonia “independiente” en una Europa imperialista sólo puede conservar una apariencia de independencia estando bajo la cobertura financiera y militar de una de las grandes potencias.

La soberanía de Suiza depende de su abastecimiento. Y los dirigentes de la pequeña república, barriando con el sombrero en la mano las escalinatas de las potencias en guerra, ofrecen un cuadro muy claro de lo que puede significar la neutralidad y la independencia de un país que no dispone de millones de bayonetas.

Si, gracias a la multiplicación de los frentes y de los participantes, la guerra ha hecho imposible a cualquier gobierno precisar sus objetivos de guerra, las pequeñas potencias tienen la ventaja de saber que su suerte está determinada de antemano. Cualquiera sea el vencedor, cualquiera sea el vencido, el retorno de las pequeñas naciones a la independencia es imposible. ¿Vencerá Alemania? ¿Saldrá victoriosa Inglaterra? Esto sólo resuelve la cuestión de saber *quién* será el amo de los pequeños países. Sólo los charlatanes o los imbéciles incurables pueden ligar la libertad de las naciones débiles a la victoria de uno u otro campo.

Una tercera salida infinitamente más probable de la guerra será una *partida nula*; la ausencia de una clara superioridad en uno de los campos beligerantes sólo sirve para desvelar el predominio de los fuertes sobre los débiles de cada campo y la de los bloques en guerra sobre las víctimas “neutras” del imperialismo. La salida de la guerra sin vencedores ni vencidos no garantiza nada, ni a nadie, (*los vencidos* serán los pequeños estados, que habrán derramado su sangre en los campos de batalla, y que habrán buscado protegerse bajo la sombra de su neutralidad).

La independencia de los belgas, de los serbios, de los polacos, de los armenios, etc., no es para nosotros una fracción del programa de guerra de los Aliados (como para Guesde, Plejánov, Vandervelde, Henderson, etc.) sino que está inscrita en el programa de la lucha del proletariado internacional contra el imperialismo.

## II “*Status quo ante bellum*”

Bajo las actuales condiciones, el proletariado ¿no puede promover su “programa de paz”, es decir, la solución a su manera de las cuestiones que han engendrado la guerra o que han surgido en el curso de su desarrollo?

Se nos ha dicho que para realizar este programa al proletariado le faltan actualmente fuerzas. Solo sería una utopía. Pero el tema es diferente si la lucha tuviese como objetivo el cese inmediato de la guerra y la paz sin anexiones, por lo tanto, el retorno al estado de cosas antes de las hostilidades. Este es un programa mucho más realista. Estas son las conclusiones a las que han llegado Martov, Martinov y otros mencheviques-internacionalistas que, sobre este punto como sobre otros, adoptan puntos de vista no revolucionarios, sino conservadores (*no* a la revolución social, *sino* restablecimiento de la lucha de clases, *no* a la Tercera Internacional, *sino* regreso a la Segunda, *no* a un programa revolucionario de paz, *sino* aceptación del *status quo ante bellum*, *no* a la conquista del poder por los Consejos de Obreros y Soldados, *sino* vuelta al poder de los partidos burgueses...). Sin embargo, ¿en qué sentido se puede hablar de la “realidad” de la lucha por el cese de la guerra y la paz sin anexiones? Es indudable que la guerra terminará tarde o temprano. En el sentido “atentista [espera]” el eslogan de cese de la guerra es, sin discusión, “realista”, porque es cegadora por lo evidente. Pero ¿en el sentido revolucionario?... ¿No es utópico imaginarse que el proletariado tenga suficiente fuerza para detener la guerra contra la voluntad de los dirigentes? ¿A causa de esto, no es necesario rechazar el eslogan de cese de guerra? Llevemos más lejos aún nuestro razonamiento. ¿Bajo qué condiciones se hará el cese de guerra? Aquí, si se razona teóricamente, se presentan tres posiciones típicas: -1) victoria decisiva de uno de los dos campos; -2) agotamiento general de los beligerantes, en ausencia de una superioridad aplastante de uno de ellos, -3) intervención del proletariado revolucionario deteniendo el desarrollo “natural” de las hostilidades.

Está bien claro que, si la guerra termina con la victoria total de uno de los campos, sería ingenuo contar con una paz sin anexiones. Si Scheidemann y Landsberg intervienen en el parlamento a favor de una paz así, es con el cálculo que estas protestas no impedirán proceder a anexiones “beneficiosas”. Nuestro generalísimo, Alexeiev, tratando la paz sin anexiones de “frase utópica”, ha concluido firmemente que el objetivo primordial era la ofensiva y que, en caso de éxito, todo el resto se arreglaría por sí mismo<sup>184</sup>. Para arrancar las anexiones de las manos de la potencia victoriosa, armadas de cabo a rabo, al proletariado le hará falta, además de la buena voluntad, la fuerza revolucionaria y la capacidad de ponerla en acción. En ningún caso, el proletariado tendría a su disposición los medios “económicos” indispensables para hacer renunciar al botín que el vencedor se ha apropiado.

El segundo punto, sobre el que se basan los partidarios de la “paz sin anexiones y sin nada más”, supone que la guerra, si no es interrumpida por la intervención del proletariado, agotando a todas las fuerzas vivas de los combatientes, terminará con el debilitamiento general, sin vencedores ni vencidos. A esta situación, en que el militarismo se revela demasiado débil para conquistar y el proletariado demasiado débil para hacer la revolución, los internacionalistas pasivos quieren aplicarle el programa de “paz sin

<sup>184</sup> La destitución del general no objeta en nada a la justicia de sus declaraciones.



anexiones” que formulan como el regreso al *status quo ante bellum*. Pero aquí el realismo descubre su Talón de Aquiles. Si la guerra acaba en “partida nula” no excluye para nada las anexiones. Al contrario, las *postula*. Si ninguno de los bloques beligerantes triunfa, esto no significa que Serbia, Grecia, Bélgica, Polonia, Persia, Siria, Armenia, etc., permanecerán intactas. Al contrario, las anexiones se harán a costa de los más débiles. Para impedir este juego de “compensaciones”, es necesario que el proletariado entre directamente en lucha contra los dirigentes. Los artículos, los mítines, las intervenciones parlamentarias, e incluso las manifestaciones en las calles, nunca han impedido ni impedirán que los gobernantes (mediante acuerdo o acuerdos) hagan conquistas territoriales y opriman a las naciones débiles.

El tercer punto es el más claro de todos. Propone que el proletariado internacional se subleve con tal fuerza que paralice y detenga la guerra. Es evidente que, manifestando semejante vigor, no se limitará a realizar un programa puramente conservador.

Por tanto, la realización de una paz sin anexiones supone, *en todos los casos*, un movimiento revolucionario potente. Pero si se supone la existencia de tal movimiento, el programa indicado es miserable en relación a lo que podría ser. El *status quo ante bellum* (este producto de las guerras, de las exacciones, de las opresiones, del legitimismo, de la hipocresía de los diplomáticos y de la estupidez de los pueblos) queda como el único contenido positivo del eslogan “guerra sin anexiones”.

En su lucha contra el imperialismo, el proletariado no puede fijarse como objetivo el regreso al viejo mapa europeo; debe promover *su propio programa de relaciones gubernamentales y nacionales* respondiendo a las tendencias fundamentales del desarrollo económico, al carácter revolucionario de la época y a los intereses socialistas del proletariado.

Aisladamente, el eslogan “sin anexiones” no procura ningún criterio de orientación política para las cuestiones que surgen en el curso de la guerra. Si se supone que Francia recupere Alsacia y Lorena ¿la socialdemocracia alemana, siguiendo a Scheidemann, tendrá la obligación de exigir el regreso de esas provincias a Alemania? ¿Exigiremos el retorno del Reino de Polonia a Rusia? ¿Debemos esperar que Japón restituya Kiao-Cheu... a Alemania? ¿Italia devolverá sus conquistas del Trento? Incluso solamente suponerlo sería pura imbecilidad. ¿Nos mostraríamos partidarios del legitimismo, es decir, defensores de los derechos dinásticos e “históricos” en el más puro espíritu reaccionario? ¡Lástima que la realización de ese programa exija la revolución!

Sólo podemos adelantar el siguiente principio: *pedir la opinión al pueblo interesado*. Cae por su peso que este criterio no es absoluto. Así, los socialistas franceses hacen de la cuestión alsaciana una vergonzosa comedia: primero se ocupa, y luego se reclama el consentimiento de la población. Es seguro que un auténtico plebiscito sólo puede tener lugar bajo *condiciones revolucionarias*, cuando la población pueda pronunciarse libremente, no frente a la boca de un revólver, sea francés o alemán.

El único sentido verdadero del eslogan “sin anexiones” conduce a la declaración contra *nuevas conquistas territoriales*, es decir a la negación de la expresión del *derecho de los pueblos a la autodeterminación*. Pero vemos que este famoso derecho “democrático sin discusión”, se cambia inevitablemente en derecho para las naciones fuertes a dominar a las débiles, en “papel mojado”, y hará de Europa un mapa político en el que las naciones separadas por las barreras aduaneras chocarán sin cesar en sus luchas imperialistas. Este estado de cosas no puede ser impedido más que por la *revolución proletaria*. *El centro de gravedad de la cuestión radica en la realización del programa proletario de paz y de la revolución social*.

### **III El derecho a la autodeterminación**

Más arriba hemos visto que la socialdemocracia no puede dar un solo paso adelante en el terreno de los agrupamientos nacionales y gubernamentales sin el principio de autodeterminación, que es el derecho de cada pueblo a elegir *su destino gubernamental*, es decir, el derecho a separarse de un gobierno que domina varias nacionalidades (por ejemplo: Rusia y Austria). Democráticamente hablando, el único medio de conocer la voluntad de un pueblo es consultarlo por la vía del referéndum. Pero, en realidad, esta obligación democrática sigue siendo puramente *formal*. No nos dice nada sobre las posibilidades reales, las vías y los medios, de la autodeterminación nacional bajo las actuales condiciones de la economía capitalista. Y justamente ahí está el centro de gravedad de la cuestión.

Si no para la mayoría de las naciones oprimidas sí que para muchas de ellas la autodeterminación significa la ruptura de las fronteras y el desmembramiento de las potencias actuales. Este principio democrático conduce, en particular, a la liberación de las colonias. La política imperialista apunta a la ampliación de las fronteras, a la absorción de las naciones débiles y a la conquista de nuevas colonias. El imperialismo es expansivo y *ofensivo* por naturaleza, y se caracteriza por esta cualidad, no por las tortuosas maniobras de los diplomáticos.

De esta manera, el principio de autodeterminación nacional, que conduce, en numerosos casos, a la descentralización estatal y económica (desmembramiento, declive), choca de forma hostil con los esfuerzos centralizadores del imperialismo que posee el aparato del poder y la fuerza militar. Es verdad que a menudo el movimiento separatista nacional encuentra un apoyo en el imperialismo del estado *vecino*. Pero esta ayuda sólo se demuestra eficaz en el caso de cambio de la relación de las fuerzas militares. Apenas se llega a un choque entre dos potencias imperialistas, las *nuevas* fronteras se definen, no sobre la base del principio nacional, sino sobre la de las relaciones de fuerza presentes. *Obligar* al vencedor a renunciar a la anexión de los territorios conquistados es tan difícil como forzarlo a ofrecer por adelantado la libertad de elección a las provincias ocupadas. Incluso si se produjese el milagro (esto es lo que parlotean los semifantasiosos, semicanallas del tipo Hervé) que Europa, por la fuerza de las armas, fuese repartida en gobiernos nacionales perfectos, la cuestión nacional tampoco sería resuelta. Al día siguiente, luego de un reparto “equitativo”, la expansión capitalista recomenzaría su obra, se multiplicarían los conflictos, estallarían las guerras con nuevas conquistas, y esto sería el aplastamiento definitivo del derecho de autodeterminación, para el que no hay bastantes bayonetas para defenderlo.

Esto sería como si se obligase a jugadores profesionales, a mitad de una partida “leal”, a repartir sus ganancias para recomenzar el juego con dos veces más medios para hacer trampas.

Pero frente a la potencia de las tendencias centralizadoras del imperialismo, no se deduce que debamos plegarnos a ellas. La colectividad nacional es un hogar viviente de cultura, tanto como la lengua nacional su organismo vivo, y ambos conservan su significado durante un tiempo indeterminado de períodos históricos. La socialdemocracia quiere y debe, en interés de la cultura material y espiritual, garantizar la libertad de desarrollo (o de formación), porque retoma de la burguesía revolucionaria el principio democrático de la autodeterminación como deber político.

El derecho a la autodeterminación no debe ser separado del programa proletario de paz; pero no puede pretender tener un significado *absoluto*. Al contrario, para nosotros está limitado por las tendencias progresivas del desarrollo histórico. Si bien el “derecho” debe ser opuesto (en el plano de la lucha revolucionaria) a los métodos centralizadores del imperialismo, el proletariado, por otro lado, no puede tolerar que una “frontera

nacional” se atravesase en la ruta del progresismo que planifica la economía mundial. El imperialismo es la expresión capitalista y rapaz de esta tendencia de la economía. Hay que arrancarse definitivamente el absurdo de la limitación nacional, como ésta fue arrancada del absurdo de la limitación de la aldea y del distrito. Al luchar contra las formas imperialistas de la centralización económica, el socialismo no solamente no ataca esta tendencia, sino que, por el contrario, hace de ella su principio director.

Desde el punto de vista del desarrollo histórico, como del de las cuestiones planteadas a la socialdemocracia, la tendencia centralizadora de la economía actual se revela *fundamental*, y hay que garantizarle el cumplimiento de su misión histórica: *la edificación de una economía mundial unida*, independientemente de las ramificaciones nacionales, sometida únicamente a las exigencias del suelo, del subsuelo, del clima y del reparto del trabajo. A los polacos, serbios, alsacianos, dálmatas, belgas y demás pueblos pequeños no conquistados todavía se les podrán restablecer sus derechos y sus fronteras y podrán gozar de su cultura propia, siempre que no se opongan económicamente unos a otros. En otros términos, para que todos estos pueblos no se sientan molestos con su unión, es preciso que sean destruidas las fronteras que los encarcelaban hasta ahora. Es necesario que los marcos del estado, como organización *económica, no nacional*, sean ampliados y abracen a toda Europa. Solamente en la unión económica de los países europeos, liberados de las obligaciones aduaneras, es posible hacer vivir una cultura nacional y un desarrollo desembarazados de los antagonismos nacionales y económicos.

Esta dependencia directa de la autodeterminación de los pueblos débiles le niega al proletariado la posibilidad de plantear el problema, por ejemplo, de la independencia de Polonia o de la unión de los serbios *al margen de la revolución europea*. Pero esto significa, por otro lado, que el derecho a la autodeterminación, como parte constituyente del programa proletario de paz, posee un carácter no “utópico”, sino revolucionario. Esta concepción está dirigida, primeramente, contra los alemanes David y Landsberg que, desde lo alto de su “realismo” imperialista, tratan el principio de independencia como un romanticismo reaccionario; en segundo lugar, contra los simplificadores de nuestro propio campo revolucionario, que declaran que este principio no es realizable más que por el socialismo, y se liberan así de la necesidad de dar una respuesta de principios a los problemas nacionales planteados por la guerra.

Entre el actual estado general y el socialismo se extiende la gran época de la *revolución social*, es decir, la de la lucha abierta del proletariado por la conquista del poder y la utilización de éste para la democratización de las relaciones colectivas y la conversión de la sociedad capitalista en una sociedad socialista. No será una época de paz y de calma, sino, muy por el contrario, un período de extrema tensión, el de la sublevación de los pueblos, de guerras, de ampliación de los intentos del régimen socialista, de reformas socialistas. Esta época le exigirá al proletariado una respuesta directa y activa a la cuestión planteada por las condiciones futuras de existencia de naciones y de relaciones mutuas con el gobierno y la economía.

#### ***IV Los Estados Unidos de Europa***

Más arriba, hemos tratado de establecer que la unión económica y política de Europa es la base indispensable de la posibilidad de la autodeterminación nacional. Al igual que el eslogan independencia nacional para los serbios, griegos, búlgaros, etc. no es más que pura abstracción sin el eslogan complementario “República Federativa Balcánica”, a escala europea, el derecho a la autodeterminación sólo tomará consistencia en las condiciones de una República Federativa Europea.

Si el eslogan de una democracia federativa era de esencia puramente proletaria en los Balcanes, lo es con más razón en el resto de Europa, en donde el antagonismo capital-proletariado es incomparablemente más fuerte.

La supresión de las aduanas “internas” es una dificultad más o menos insuperable para la política burguesa (y sin ella, todos los arbitrajes y los códigos son tan eficaces como la neutralidad belga). El esfuerzo hacia la unión del mercado europeo, y el de apoderarse de los países subdesarrollados no europeos, ambos creados por el desarrollo del capitalismo, chocan con la gran resistencia de las clases capitalistas y agrarias, en manos de las cuales el aparato aduanero en relación con el aparato militar (sin el cual el primero no es nada) es un instrumento irremplazable de explotación y enriquecimiento.

La burguesía financiera e industrial húngara se opone a la unión económica con Austria, mucho más desarrollada en su sistema capitalista. La burguesía austrohúngara es hostil a una unión aduanera con Alemania, mucho más fuerte. Los partidos que defienden a los terratenientes alemanes no consentirán nunca voluntariamente la supresión de las tasas sobre el trigo. Que los intereses económicos de las clases poseedoras de los Imperios Centrales no armonizan fácilmente con el de los capitalistas anglo-franco-rusos lo demuestra elocuentemente la guerra actual. El desacuerdo de intereses capitalistas en el seno mismo del campo aliado es todavía más visible que entre los partidarios de la Triple Alianza. Bajo estas condiciones, una unión económica europea realizada *desde arriba* no es más que pura utopía. No podrá tratarse más que de medidas y compromisos parciales. Esta unión, fuente de desarrollo tanto de la producción como de la cultura, sólo puede ser realizada por el proletariado combatiendo al proteccionismo imperialista y a su instrumento, el militarismo.

*Los Estados Unidos de Europa, sin monarquía, sin ejército permanente y sin diplomacia secreta*, he ahí la cláusula más importante del programa de paz proletario.

La ideología y la política del imperialismo alemán han hecho promover más de una vez un programa de “Estados Unidos”, es decir de Estados de Europa Central. Unir Europa por la violencia, tal es la característica de este programa, tanto como el de los franceses que preconizan desmembrar Alemania.

Si los ejércitos alemanes hubieran alcanzado esa victoria decisiva descontada al inicio de la guerra, el imperialismo alemán habría hecho la gigantesca tentativa de realizar la alianza aduanera y militar de los estados europeos, hecha de extorsiones y compromisos que le habrían quitado todo carácter progresivo al mercado europeo. No vale la pena hacer notar que bajo esas condiciones no se trata más que de una autonomía de naciones reunidas por la fuerza en una caricatura de Estados Unidos Europeos. Esta perspectiva nos ha sido opuesta con el pretexto de que nuestra idea puede, en ciertas condiciones, tomar una realidad “reaccionaria” de imperialismo monárquico. Justamente esta perspectiva presenta el más puro testimonio a favor del valor realizador de nuestra consigna. Si el militarismo alemán lograra unir con la violencia a la mitad de Europa, ¿cuál sería la consigna del proletariado europeo? ¿La ruptura de la unión europea maniatada y el retorno de los pueblos al aislamiento nacional? ¿El restablecimiento de aduanas “autónomas”, de monedas “nacionales”, de un código social “nacional”? Evidentemente no. El programa revolucionario comporta la destrucción de la forma antidemocrática de una unión realizada mediante la violencia. Con otras palabras, nuestro eslogan: sin ejército permanente y sin monarquía, es el eslogan unificador y directriz de la revolución europea.

Tomemos la segunda hipótesis, “la partida nula”. Al inicio de la guerra, el eminente profesor List, propagandista de la “Europa Unida”, demostraba que incluso si Alemania no ganase, la unión se haría y de manera más completa aún. Empujados por sus necesidades de expansión, pero incapaces de medirse unos con otros, los estados europeos

continuarían cumpliendo su “misión” en África, en Extremo Oriente y en Asia, y se verían contenidos por los USA y Japón. Por tanto, la necesidad de ponerse de acuerdo (siguiendo a List) en el plano económico, obligaría a las principales potencias a unirse contra las naciones débiles y, esto cae por su peso, ante todo contra las masas trabajadoras. Ya hemos mostrado los obstáculos enormes que encontraría la realización de este programa. La superación de estos obstáculos, incluso a medias, significaría la creación de un trust imperialista de las potencias europeas, de una camaradería de rapaces. Y esta perspectiva es la que nos han opuesto, a guisa del peligro que presentaría la consigna “Estados Unidos de Europa”, mientras que, en realidad, es la demostración más clara de su significado realista y revolucionario. Si las potencias capitalistas se reunieran en un trust, sería un paso de hecho en relación con la situación *actual*, porque sería una base material y colectiva para el movimiento obrero. En este caso, el proletariado no tendría que combatir ya no contra el retorno a un gobierno nacional, sino por la conversión de un trust en una República Federativa Europea.

*Desde arriba*, se habla de estos amplios planes de unificación de Europa tanto menos cuanto que la guerra se prolonga, dejando al desnudo la total incapacidad del militarismo para dirigir las cuestiones que han provocado la guerra. En lugar de “Estados Unidos” imperialistas, han salido planes de unión económica entre Alemania y Austria, por un lado, de los países de la Entente, por el otro, con tarifas aduaneras de combate. Después de lo que acabamos de decir, no vale la pena insistir sobre el enorme significado que tomaría la política del proletariado luchando contra las barreras aduaneras y diplomáticas. Ahora, tras la enorme esperanza suscitada por la revolución rusa, tenemos fundamentos para pensar que en el curso de esta guerra se desarrollará en Europa un gran movimiento obrero. Está claro que éste no puede esperar la victoria más que siendo *paneuropeo*. Si se mantiene en los marcos de la nación, se expone a su derrota. Nuestros socialpatriotas llaman la atención sobre el peligro que el militarismo alemán hace correr a la revolución rusa. Este peligro es indiscutible, pero no es el único. Los militarismos inglés, francés e italiano, no son menos peligrosos que la máquina de guerra de los Hohenzollern. Para salvarse, la revolución rusa debe extenderse a toda Europa. Si el movimiento revolucionario afecta a Alemania, su proletariado debería buscar y encontrar un eco revolucionario en los países “hostiles” de occidente, y si en uno de esos países los proletarios le arrancasen el poder a la burguesía, estarían obligados a socorrer a sus hermanos de los demás países, aunque sea para conservar su poder. En otros términos, el establecimiento de la dictadura del proletariado no es “pensable” más que en su expansión por toda Europa, por tanto, pues, bajo la forma de una República Federativa Europea. La Unión Europea, no realizada por la espada y por los acuerdos diplomáticos, será el problema ineludible que se le planteará al proletariado victorioso.

Estados Unidos de Europa, tal es el eslogan de la época en la que acabamos de entrar. Sean cuales sean las operaciones militares, sean cuales sean los balances que mostrará la diplomacia, sea el que sea el tiempo de desarrollo del movimiento obrero, el eslogan “Estados Unidos de Europa” recibirá un enorme significado como fórmula de lucha del proletariado europeo para conquistar el poder. En este programa está incluido el hecho de que el gobierno nacional ha vivido en tanto que base del desarrollo de la producción, de la lucha de clases; se transforma en dictadura del proletariado. Nuestro rechazo a la “defensa de la patria” deja de ser un acto puramente negativo de autodefensa ideológica y política, y recibe toda su significación revolucionaria en el caso únicamente en que opongamos, a la defensa conservadora de una patria nacional obsoleta, la concepción mucho más elevada de “patria” de la revolución, la república europea, en la que sólo su advenimiento permite al proletariado revolucionar y organizar el mundo.

He ahí la respuesta a quienes preguntan dogmáticamente “¿Por qué la unificación de Europa y no la del mundo entero?”. Europa no es sólo una apelación geográfica, sino una colectividad económica y de cultura histórica. La revolución europea no tiene que esperar a la revolución en Asia y en África, tampoco en América y en Australia. Una revolución victoriosa en Rusia o en Inglaterra es impensable sin una revolución en Alemania, y viceversa. La guerra se llama mundial, pero, incluso con la intervención de los USA, es europea a pesar de todo. Los problemas revolucionarios le siguen planteados al proletariado europeo.

Cae por su peso que los Estados Unidos de Europa no serán más que uno de los dos ejes de la organización mundial económica. El segundo está constituido por los Estados Unidos de América.

La única concepción histórica un poco concreta contra el eslogan “Estados Unidos” ha sido formulada por el periódico suizo *Socialdemócrata* en los siguientes términos: “El desarrollo desigual económico y político es una ley absoluta del capitalismo”. El diario extrae de ello la conclusión que si bien la victoria del proletariado es posible en cada país, no se deduce de ello fatalmente que esta dictadura proletaria deba arribar a la formación de los Estados Unidos de Europa. Que el desarrollo capitalista es desigual en los diferentes países, es una concepción absolutamente indiscutible. Pero esta desigualdad es ella misma desigual. Los niveles capitalistas en Inglaterra, Austria, Alemania y Francia, no son los mismos. Pero en relación con Asia y África, estas naciones representan una “Europa” capitalista madura para la revolución. Que cada nación no debe “esperar” a las otras en su lucha, es un pensamiento elemental que es bueno e indispensable repetir, con el fin de que la idea de un internacionalismo paralelo no se convierta en el de un internacionalismo atentista [de esperar]. Sin esperar a los demás, nosotros proseguimos nuestra lucha con la firme convicción que nuestra iniciativa dará el impulso deseado a la lucha de los demás países; si esto no se produjese, sería desesperante pensar (como lo atestiguan las experiencias históricas y las concepciones teóricas) que, por ejemplo, la Rusia revolucionaria podría encontrarse frente a una Europa conservadora, o que la Alemania socialista podría seguir estando aislada en un mundo capitalista.

Examinar las perspectivas de revolución social en las fronteras de los marcos nacionales sería ser víctima de una estrecha concepción nacional, que constituye la esencia del nacionalpatriotismo. Vaillant consideraba a Francia como la tierra prometida de la revolución social, y en ese sentido, la defendía hasta el final. Lentsch y otros (unos hipócritamente, otros abiertamente) piensan que la defensa de Alemania significaría la ruina de las bases de la revolución social. Al fin de cuentas, nuestros Tsereteli y Chernov, introduciendo entre nosotros la lamentable experiencia del ministerialismo francés, juran que su política sirve a la causa de la revolución y no tiene nada en común con la política de Guesde y de los Sembat. No hay que olvidar que el socialpatriotismo, junto a un reformismo vulgar, contiene un mesianismo nacionalrevolucionario que contempla a su propio país (por la industria, o por sus formas democráticas, o por sus conquistas revolucionarias) como el único elegido para guiar a la humanidad hacia el socialismo o la democracia. Si una revolución victoriosa fuese “pensable” en los límites de una nación mejor preparada, ese mesianismo, ligado al programa de defensa nacional, encontraría su justificación histórica. Pero en realidad no la posee. Luchar con semejantes métodos para conservar la base nacional de la revolución, métodos que rompen los lazos internacionales del proletariado, es minar virtualmente la revolución que sólo puede debutar sobre una base nacional, pero que no puede expandirse completamente a causa de la interdependencia económica y políticomilitar de los estados europeos que la guerra actual ha puesto en evidencia más que nunca. Esta interdependencia que justifica las actividades

comunes de los proletarios europeos, ofrece toda su expresión a la consigna Estados Unidos de Europa.

El socialpatriotismo que, de principios, si no siempre de hecho, conduce a las conclusiones del socialreformismo, nos propone dirigir la política del proletariado siguiendo la línea del “mal menor”, es decir, adhiriendo a uno de los grupos beligerantes. Rechazamos este método. Afirmamos que esta guerra preparada por el desarrollo capitalista ha planteado brutalmente los problemas *fundamentales* del desarrollo capitalista contemporáneo *integralmente*, y que la línea de conducta del proletariado internacional debe definirse no por signos secundarios políticos y nacionales (pues sería necesario pagar estas inciertas ventajas con la renuncia a una política independiente del proletariado), sino por el antagonismo de base entre el proletariado internacional y el régimen capitalista en su conjunto.

Plantear así esta cuestión de principios es el único medio de conferirle su carácter revolucionario. Por sí sola justifica, en la teoría y en la práctica, la táctica del proletariado internacional.

Negando el estado (no en nombre de la propaganda, sino en nombre de la clase más importante) el internacionalismo no se lava pasivamente del “pecado” de la catástrofe, sino que afirma que la suerte del proletariado mundial no está ligada a la del gobierno nacional, éste, por el contrario, debe dejar lugar a una organización más elevada en cultura y en economía, descansando sobre bases más amplias. *Si el problema del socialismo pudiera coincidir con el marco del estado nacional, coincidiría con la defensa nacional.* Pero el problema del socialismo se plantea ante nosotros sobre bases imperialistas cuando el capitalismo está obligado a romper los marcos nacionales y gubernamentales.

La semiunificación imperialista de Europa podría esperarse, como hemos tratado de demostrarlo, como una victoria total de uno de los adversarios, o por un cese indeciso de la guerra. En uno u otro caso, esta unificación sería la negación del derecho a la autodeterminación de las pequeñas naciones y la centralización de todas las fuerzas de la reacción monárquica, ejército permanente y diplomacia secreta.

La unificación republicana y democrática de Europa, única capaz de garantizar el desarrollo nacional, solo puede hacerse por la vía de la lucha revolucionaria contra el centralismo militarista, dinástico e imperialista, y por el levantamiento de las diferentes naciones. Pero la revolución europea victoriosa, cualquiera hayan sido sus peripecias en las distintas naciones (en ausencia de otras clases revolucionarias) únicamente puede darle el poder al proletariado. En consecuencia, los Estados Unidos de Europa representan, ante todo, la única forma imaginable de la dictadura del proletariado europeo.

### ***Epílogo de 1922***

*Programa de paz* sigue estrechamente la tesis expuesta en el primer tomo de *La guerra y la revolución*.

Hemos repetido varias veces que la revolución proletaria no puede expandirse de manera victoriosa en los marcos nacionales. Esta afirmación podría parecer a algunos lectores negada por la experiencia de casi cinco años de nuestra República Soviética. Pero esta conclusión no está fundamentada. El hecho de que el poder obrero haya podido mantenerse contra el mundo entero, y en un solo país, por lo demás, atrasado, rinde testimonio de las colosales capacidades del proletariado, que, en los países más avanzados, más civilizados, obraría milagros. Pero, en el sentido político y militar, en tanto que gobierno, nosotros no hemos llegado a la formación de un estado socialista, e incluso ni nos hemos aproximado. La lucha por la conservación del poder revolucionario ha provocado una disminución extraordinaria de las fuerzas productivas; ahora bien, el

socialismo sólo es imaginable por el crecimiento y plenitud de éstas. Las negociaciones aduaneras con los estados burgueses, las concesiones, la Conferencia de Ginebra, son un testimonio aplastante de la imposibilidad de la edificación aislada del socialismo en los marcos nacionales. Mientras los demás estados posean gobiernos burgueses, en nuestra lucha contra el aislamiento económico nos veremos forzados a buscar acuerdos con el mundo capitalista; podemos afirmar con certeza que estos acuerdos pueden ayudarnos a curar nuestras heridas, a avanzar un poco, pero el grandioso impulso de la economía socialista en Rusia no será posible más que con la victoria del proletariado en las principales naciones europeas.

Los acontecimientos de los últimos años rinden un claro testimonio de que Europa forma un todo, no solamente geográfico, sino económico y político: la decadencia de Europa, la creciente potencia de los USA, las tentativas de Lloyd George de salvar a Europa mediante la combinación de los métodos del imperialismo y del pacifismo.

Actualmente, el movimiento obrero europeo se encuentra en un período de actividad defensiva, reuniendo sus fuerzas y preparándose. Un nuevo período de combates revolucionarios, declarados en vistas a la toma del poder, empuja inevitablemente hacia delante la cuestión de la interacción de los pueblos de la Europa revolucionaria. La única solución a esta cuestión es la creación de los Estados Unidos de Europa. En tanto que la experiencia de Rusia ha hecho avanzar el poder soviético como la forma más natural de la dictadura del proletariado, en tanto que la vanguardia proletaria de otros países ha admitido, como principio, esta forma de poder, podemos augurar que, a partir del renacimiento de la lucha directa por la conquista del poder, el proletariado europeo promoverá el programa de la República Soviética Europea. En la actualidad, la experiencia de Rusia es rica en enseñanzas. Bajo el régimen proletario, atestigua la perfecta armonía de la autonomía nacional y cultural más amplia con el centralismo económico.

En este sentido, la consigna “Estados Unidos de Europa”, traducida al lenguaje del gobierno soviético, conserva no solamente su sentido propio, sino que promete desvelar su inmenso significado en la inminente época de la revolución social.



**Edicions Internacionals Sedov**  
**Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)**



*Consulta las publicaciones de nuestras 18 series*

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)*
  - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
    - *04. Obres escollides de Lenin en català*
    - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
      - *06. León Sedov: escritos*
      - *07.a Liga de los Comunistas*
  - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
  - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
    - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
  - *09.a. Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*
  - *09.b. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
    - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
  - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*
    - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
    - *14. Lenin: dos textos inéditos*
    - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
    - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
    - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano  
(enlace desde imagen)

**Alejandría Proletaria**

